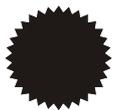


UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES
Facultad de Ciencias Económicas

LAS DOCTRINAS ECONÓMICAS
ANÁLISIS BASADO EN LA HISTORIA Y LA POLÍTICA ECONÓMICAS,
DESDE UNA PERSPECTIVA NACIONAL

CARLOS A. ORTIZ

Posadas, Junio de 2004



EDITORIAL UNIVERSITARIA DE MISIONES

San Luis 1870

Posadas - Misiones – Tel-Fax: (03752) 428601

Correos electrónicos:

edunam-admini@arnet.com.ar

edunam-direccion@arnet.com.ar

edunam-produccion@arnet.com.ar

edunam-ventas@arnet.com.ar

Colección: Cuadernos de Cátedra

Coordinación de la edición: Nicolás Capaccio

Armado de interiores: Javier B. Giménez

Corrección: Hedda Giraudo

Ortiz, Carlos Andrés

Las doctrinas económicas : análisis basado en la historia y la política económicas, desde una perspectiva nacional. – 1° ed. – Posadas : Editorial Universitaria Universidad Nacional de Misiones, 2004.

276 p. ; 29,7x21 cm. – (Cuadernos de cátedra)

ISBN 950-579-004-X

1. Economía–Doctrinas. I. Título
CDD 330.1

ISBN 950-579-004-X

Impreso en Argentina

©Editorial Universitaria

Universidad Nacional de Misiones

Posadas, 2004

EL AUTOR

Contador Público, graduado en la Facultad de Ciencias Económicas de la UNNE-Resistencia-Chaco. Posgrado y Especialización en Gestión de Producción y Ambiente, graduado en la Facultad de Ingeniería de la UNaM-Oberá-Misiones.

Trabajos realizados:

- Director de Infraestructura y Tarifas Eléctricas en la Dirección General de Electricidad de Misiones, luego denominada Dirección General de Construcciones Eléctricas (DGCE)-1975/83.
- Entre 1978/79 formó parte del equipo de elaboración del Plan Energético Provincial 1980, en base al cual la provincia de Misiones pretendía construir las centrales hidroeléctricas de Piray Mini II y de Urugua-i; aprobándose finalmente la construcción de esta última y la instalación del primer ciclo combinado que existió en La Argentina.
- Adscrito a la Administración Provincial de Obras Sanitarias entre 1983 y 1985, fue asignado al SPAR, ente de contralor de las Cooperativas de Agua Potable.
- Posteriormente trabajó en la Administración de EDEMSE (Empresa de Energía de Misiones Sociedad del Estado), ente que había sustituido a la DGCE.
- Fue afectado a la administración del CREDMHI (Centro Regional de Desarrollo de Micro Aprovechamientos Hidroeléctricos de Misiones), hasta 1989.
- Asesor en el Ministerio de Economía de Misiones 1989/90; en la Gerencia Urugua-i, hasta fines de 1993; y en la Cooperativa de Servicios Públicos de Gobernador Virasoro (Corrientes) 1980/89.
- Actualmente docente terciario de la cátedra de Economía Argentina; y docente-investigador de la cátedra de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas de la UNaM.
- Asistió a numerosos cursos, seminarios, congresos y disertaciones referentes a temas profesionales contables, económicos, geopolíticos, energéticos y otros.
- Publicó hasta la fecha más de 600 artículos periodísticos y trabajos académicos, en diarios y revistas de Misiones, Corrientes, Chaco; así como en publicaciones técnicas de nivel nacional, y continúa publicando.
- Autor de los libros “Energía, ecología y desarrollo socio-económico de la República Argentina – La energía hidroeléctrica como base del desarrollo de Misiones”; “La Central Hidroeléctrica de Corpus Christi – Análisis político, social, geopolítico, económico y técnico de una gran obra de infraestructura”; “Energía y medio ambiente”; “Energía eléctrica y desarrollo socioeconómico”.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE	
La evolución económica y la conformación de los sistemas económicos.....	13
Conceptos generales. Sistemas, regímenes y estructuras económicas	13
Los sistemas económicos	14
Clasificación de sistemas económicos	14
Regímenes de propiedad de los bienes y del trabajo personal. Breve análisis y cuadro sinóptico	14
Breve reseña histórica y sus proyecciones previsibles al futuro	15
Los sistemas precapitalistas. La economía pastoril, la revolución agrícola y sus evoluciones	15
Las actividades económicas en la época feudal y precapitalista	16
El florecimiento del comercio y el auge de las industrias artesanales	17
La era de las Ciudades-Estado italianas	18
El avance del Islam – sus implicancias económicas.....	18
El desarrollo del norte marítimo europeo. Las Hansas Germánicas.....	19
Características del comienzo de la era industrial.....	20
El comienzo de la estructura económica capitalista. La revolución industrial y el gran desarrollo del capitalismo empresario.....	20
La era de las mega concentraciones empresarias y financieras	21
La sociedad postindustrial. Tendencias vislumbradas a comienzos del siglo XXI.....	21
SEGUNDA PARTE	
Las doctrinas y las escuelas económicas	33
Las escuelas económicas	33
Breve reseña de algunos aspectos históricos vinculados al tema	34
Los sistemas capitalistas. El marco histórico, político y social de sus comienzos	35
Las diversas ideas económicas y sus derivaciones en las Doctrinas Económicas	37
Breve reseña de los precursores del pensamiento económico	37
El metalismo o bullonismo	37
El mercantilismo	37
El mercantilismo francés o colbertismo	38
El mercantilismo inglés o comercialismo	39
El mercantilismo liberal holandés	39
El cameralismo alemán	41
El mercantilismo español	42
El mercantilismo ruso	42
La fisiocracia	43
Los empíricos discordantes (Galiani, Hume y Stuart)	44
La aritmética política	46

El Georgismo o la Neo Fisiocracia	46
El liberalismo o la escuela clásica del pensamiento económico	48
Marco general	48
Significaciones de los conceptos de “conservadorismo” y “liberalismo” en La Argentina y en el mundo	51
La evolución del liberalismo ortodoxo. De Adam Smith hasta nuestros días	52
Las crisis del capitalismo liberal	61
La doctrina keynesiana y el post keynesianismo	61
El neoliberalismo	66
Los “economistas antiglobalizadores”. Las críticas al neoliberalismo globalizante dentro del sistema de propiedad privada	69
Los movimientos antiglobalizadores en el mundo	72
La contracara del liberalismo. Las variantes socialistas y radicalizadas	73
El socialismo y sus diversas variantes	73
El anarquismo	75
El comunismo y el marxismo	80
El comunismo del “2º mundo”	86
Los contestatarios del modelo liberal	87
Definiciones del concepto de “contestatarios”	87
Las primeras oposiciones al dogmatismo liberal	87
Malthus, Lauderdale y Sismondi: los primeros contestatarios	88
Las críticas de Malthus a algunos dogmas liberales	88
El “equilibrio antidogmático” de Lauderdale	89
El intervencionismo social y la regulación estatal de Sismondi	90
Las distintas expresiones del pensamiento nacionalista	91
El Nacionalismo	91
El “Plan de Operaciones” de Mariano Moreno	91
Federico List	92
La experiencia de Bismarck	109
El Fascismo	110
El Nazismo	113
El Estatismo del “1º Mundo”	115
El Estatismo del “3º Mundo”	116
La miseria desahuciada del “4º Mundo”	117
Las experiencias nacionales estatistas en América Latina	117
El desarrollismo	119
TERCERA PARTE	
Los tratados económicos y sus vinculaciones con la economía política	125
Breve introducción al tema	125
El Tratado de Methuen	125
El Tratado de Utrech	126
El Tratado de William Eden	127
El Pacto Roca-Runciman (o “El Estatuto Legal del Coloniaje”)	128
El Tratado de Anthony Eden	132

CUARTA PARTE

Acontecimientos políticos y militares de los siglos XVIII, XIX , XX Y XXI que tuvieron gran importancia económica	135
El belicismo latente como constante de La Historia	135
La geopolítica como ciencia del poder político internacional	136
Reseña de guerras, revoluciones y conflictos en todo el mundo, desde el siglo XVIII al siglo XXI	137
Ampliaciones conceptuales acerca de algunos hechos significativos en la historia mundial, con gran significación política y económica	178

QUINTA PARTE

Breve reseña argentina y mundial – Siglos XIX y XX	181
Etapas de la Economía Argentina. La economía primaria exportadora. La economía semi-industrial dependiente. La restauración del liberalismo	181
Conceptos generales	181
La Economía Primaria Exportadora Siglo XIX – Marco argentino	181
Siglo XIX –Marco internacional	182
Las décadas del /10 y del /20 –Marco Internacional	184
Las décadas del /10 y /20- Marco argentino	185
La Economía Semi Industrial Dependiente	186
La década del /30-Marco internacional	186
La década del /30 –Marco argentino	187
La década del /40 –Marco internacional	188
La década del /40 –Marco argentino	189
La década del /50 – Marco internacional	192
La década del /50 - Marco argentino	194
La década del /60 - Marco internacional	198
La década del /60 - Marco argentino	200
La década del /70 - Marco internacional	203
Primera Mitad de La Década Del /70- Marco Argentino	204
La Restauración Liberal. - El “Proceso de Reorganización Nacional”	205
Segunda mitad de la década del /70 - Marco argentino	205
La década del /80 - Marco internacional	208
La década del /80 - Marco argentino	210
La década del /90 - Marco internacional	210
La década del /90 - Marco argentino	212

SEXTA PARTE

La República Argentina en la época de la restauración del liberalismo	215
La crisis del petróleo – Su incidencia en Latinoamérica	215
Contexto General	215

Creación y accionar de la OPEP. Incidencia en la economía mundial y principalmente en las economías del Tercer Mundo	219
Otros antecedentes argentinos sobre política económica	222
El liberalismo y su accionar en la República Argentina en el último cuarto del siglo XX	224
El proceso de privatizaciones en la República Argentina	231
Evolución de la deuda externa argentina	236
CONCLUSIONES	239
BIBLIOGRAFÍA	241

INTRODUCCIÓN

De acuerdo con la experiencia recogida como docente, así como de la que es consecuencia de las publicaciones periodísticas (aunque no sea profesional del periodismo, en el sentido estricto de la palabra), lo referente a las doctrinas económicas es uno de esos temas sobre los que se habla mucho, pero en general con poca profundidad conceptual, y en muchos casos con notables distorsiones u omisiones.

Inclusive desde la cátedra, en muchos casos el tema suele ser tratado con la “asepsia” de una ciencia natural, no “contaminada” por las pasiones humanas y los intereses de las naciones y de los grandes grupos transnacionales, para los cuales el tema nunca es neutro, y mucho menos “inocente”.

Los análisis suelen complicarse, y habitualmente generan gran confusión entre lectores, escuchas u opinantes no advertidos de esta realidad; pues normalmente quienes opinan de estos temas desde la óptica de la ortodoxia liberal, recurren a una lustrosa pátina de una supuesta “objetiva científicidad”, con lo cual sus análisis y conclusiones pretenden ser neutros, objetivos y poco menos que “la verdad revelada”.

Ubicándose a sí mismos en el centro de la escena, y avalados por los numerosos economistas, filósofos e intelectuales respaldados y bendecidos por el *establishment*, dentro de los cuales suman a pensadores de renombre y que en su momento asumieron posturas que para la época eran revolucionarias o al menos fuertemente transformadoras de la realidad (como J. J. Rousseau, Montesquieu, o Juan Bautista Alberdi antes de sus reflexiones de sus últimos años, cuyo “pecado” le valió morir en la absoluta miseria en Europa), y reforzados por el imperceptible pero denso aparataje cultural del que el sistema se nutre y al que a la vez sostiene y alimenta, los postulados liberales llegan a alcanzar el nivel de dogmas económicos. Y ese precisamente es uno de los ejes centrales de la discordia, pues en temas científicos no pueden existir dogmas, ya que estos, al escapar del campo de lo racional, solo deben tener cabida en las delicadas cuestiones religiosas.

Por ello, ubicándose desde el altar pagano en el cual los poderosos intereses políticos y económicos los han situado, los economistas liberales (y sus versiones “aggiornadas”, los neoliberales), califican de “herejes” a quienes destruyen sus paradigmas sin abjurar del capitalismo y la propiedad privada, y sin tocar los intereses esenciales de las potencias dominantes, tal como es el caso de Keynes. A la vez, “los excomulgados” pero no por ello “suprimidos de circulación” son los rebeldes que atacan las bases filosóficas del capitalismo (como los marxistas, los anarquistas, etc.); los que de última son “tolerados” pues de hecho constituyen “la otra cara de la moneda”, pues sus postulados críticos los hacen partiendo de bases de análisis liberales. Pero el peor de los ataques es sufrido por quienes se han atrevido a cuestionar las propias bases pseudo-científicas del pensamiento liberal, poniendo al desnudo que detrás de él se mueven los casi invisibles hilos del poder mundial, manteniendo a la gran mayoría de las naciones del mundo atadas a esquemas de sempiterna dependencia. Estos pensadores que centran su atención en los problemas económicos nacionales, y que desde allí elaboran sus análisis y postulados de política económica, son “los excluidos”, “los desaparecidos” o los “NN” del pensamiento económico, pues sus obras son sepultadas bajo toneladas de calculada indiferencia, de claro desprecio y de una visible conjura de exclusión, por parte de los dueños del poder económico y financiero mundial; con sus representantes, cómplices y obsecuentes en cada país excluido del selecto grupo de las naciones que alcanzaron el desarrollo a nivel postindustrial. Dentro de este grupo debe incluirse a Federico List, de la Alemania aún balcanizada políticamente y carente de una sólida base tecnológica e industrial (antes de Bismarck), a nuestro Juan Bautista Alberdi en su meditada ancianidad, y a notables intelectuales y economistas cuyas obras difícilmente pasan a ser reeditadas, condenadas precisamente por atacar las bases de la estructura de la dependencia. Entre muchos otros, puede citarse a Marcelo Diamand, a Marcelo Ramón Lascano, a Walter Beveraggi Allende, a Eduardo Conesa, a Roberto Roth, a Raúl Scalabrini Ortiz, a Arturo Jauretche y muchos otros “excluidos” de los círculos intelectuales permanentes, que forman el aparataje cultural del poder antinacional

Y con ese esquema de poder perpetúan en la miseria a las grandes masas de la población mundial, eternamente excluidas del progreso y de las mínimas condiciones de vida digna y decorosa. Estos economistas y pensadores directamente son ignorados por los círculos académicos e intelectuales dominantes, por lo que sus obras no alcanzan gran difusión o, de lograrla, rápidamente son ocultadas y desaparecen de los catálogos de las grandes ediciones de libros y de revistas especializadas, pasando a ser simples rarezas de anticuario, que subsisten en algunas bibliotecas públicas o universitarias, o en

colecciones particulares, pero que jamás “pueden ni deben” ser ni siquiera mencionadas por “los amigos del poder liberal internacional”.

Con el ánimo de contribuir al esclarecimiento de estos temas, brindando un enfoque lo más sencillo posible dentro de las necesarias pautas económicas, y de facilitar las consultas y los análisis de los aspectos principales de las distintas doctrinas económicas, este libro pretende brindar un enfoque claro, directo, *comprometido claramente con el pensamiento y la causa nacional*; por lo que tajantemente está desprovisto de los falsos oropeles de “neutralidad” con los que se disfrazan los mediocres, los cobardes que medran con sus sempiternas permanencias “en la cresta de la ola”, y los eternos aportantes a la confusión conceptual generalizada, en cuyo complejo marco logran mantener sus fetiches intelectualoides, con los que apuntalan la permanencia de la dependencia y la sumisión argentina, hoy ya bajo el perceptible riesgo de la disolución nacional.

Por supuesto que este libro pretende ser un aporte, desde una óptica definidamente nacional, para los estudiantes de Historia Económica, de Historia de las Doctrinas Económicas, Economía Argentina, Geografía Económica, Historia Económica Mundial y materias afines.

Queda en claro entonces que los modestos objetivos de esta obra son precisamente dar una visión nacional acerca de las doctrinas económicas y sus marcos históricos generales (incluyendo en esto último los aspectos políticos, sociales y económicos); pero no se pretende lograr ni la extensión ni la profundidad de un Tratado en la materia. Más bien este libro es un ensayo realizado con todo rigor documental y técnico posible en el corto plazo de su ejecución, con la intención de ampliarlo y profundizarlo en posibles futuras ediciones.

Como aclaración a una metodología utilizada en parte de esta obra, cabe expresar que se consideró muy conveniente transcribir numerosas frases textuales de la obra de Friedrich List; adoptándose esa decisión tanto para no perder la enorme fuerza y claridad de esas expresiones, como por el hecho que al ser una obra agotada, y que muy difícilmente se reedite dado el “mecanismo de exclusión ideológica” que el *establishment* aplica a los críticos y opositores brillantes que desnudan las falencias y gruesas equivocaciones conceptuales y de análisis de la doctrina liberal. En mucha menor proporción, se citan algunas frases textuales de otros autores.

Es importante definir los objetivos del presente libro, de forma tal de precisar sus alcances y limitaciones, al menos desde el modesto punto de vista de quien lo escribió. En lo referente a las distintas doctrinas e ideas económicas, se pretende dar una visión lo más abarcativa posible, intentando analizar todas las doctrinas económicas, con la profundidad que puede requerir un estudiante universitario de la especialidad, que desea tener una idea general. Para mayor profundización, se debe acudir a la bibliografía indicada o a otras fuentes bibliográficas o documentales.

En cambio, los aspectos históricos generales, como por ejemplo los conflictos de los últimos siglos y sus implicancias políticas y económicas, son analizados en forma muy sintética, pretendiéndose simplemente dar una idea muy general, que permita al lector ubicar mejor los marcos históricos en los que se desarrollaron las ideas y escuelas económicas. Pero de ningún modo, tanto por la extraordinaria complejidad del tema como por su carácter enciclopédico, este libro puede ni pretende ser totalmente abarcativo ni tampoco realizar -respecto a estos temas específicos-, una profunda investigación o explicación histórica.

Sin embargo, el lector podrá advertir que algunos temas fueron tratados en forma reiterada, al juzgarse necesario brindar esas ideas en contextos de redacción diferentes o, en algunos casos, por estimarse conveniente profundizar algunos conceptos por la relevancia que alcanzaron, tanto desde la óptica mundial, como -y principalmente- por sus implicancias para La República Argentina y para las hermanas naciones de Iberoamérica.

El breve listado de guerras, revoluciones, golpes de Estado y similares, de los siglos XVIII, XIX, XX y XXI, permite sacar varias importantes conclusiones; a la vez que brinda el marco o visión general a escala planetaria, que permite la ubicación temporal-espacial de la América Colonial, del Virreinato del Río de La Plata, de La Argentina y de las naciones hermanas con las que tenemos una historia, una lengua, una religión y -esperemos así sea- un gran futuro en común.

El concepto de religión en común, es expresado en el marco de un amplio ecumenismo y de una respetuosa tolerancia de otros credos, pero con el convencimiento que las bases históricas suministran las irrefutables pruebas que el Catolicismo, además de ser la religión abrumadoramente mayoritaria desde Tierra del Fuego hasta México, ha jugado y continúa desempeñando una irreemplazable función de

amalgama cultural de nuestros pueblos Iberoamericanos, más allá de su específica acción pastoral, social y educativa.

Advertirá el lector que se dan algunas pautas que vinculan los análisis geopolíticos con los aspectos históricos, políticos, sociales y económicos; pues sus vinculaciones son innegables y sumamente importantes. Dichos análisis geopolíticos están insertos implícitamente en varias partes del libro, y en forma prácticamente explícita en los análisis de los distintos conflictos bélicos.

Ello se entiende claramente si se advierte la estrecha vinculación de la economía con la política, y se comprende que la guerra es la manifestación más explícita y violenta de la política. Como la política es el arte de gobernar, la política internacional es un permanente juego de presiones y poderes, y la economía es -además de una ciencia autónoma-, un instrumento de la política, queda en claro que la geopolítica -por ser una perspectiva geoestratégica de la política- debe estar incluida en los análisis.

Por lo demás, no se descarta que tanto los temas analizados como el enfoque conferido, tengan aristas claramente conflictivas. Pero de la comparación de las distintas posiciones de este y otros libros, podrá sacar el lector sus propias conclusiones.

PRIMERA PARTE

LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA Y LA CONFORMACIÓN DE LOS SISTEMAS ECONÓMICOS

CONCEPTOS GENERALES. SISTEMAS, ESTRUCTURAS Y RÉGIMENES ECONÓMICOS

Al analizar las doctrinas económicas, suele emplearse como sinónimos o como conceptos muy análogos a “sistemas”, “estructuras” y “régimenes”.

Esa asimilación suele provocar confusiones semánticas, las que consecuentemente complican el significado y comprensión de los trabajos referentes a la temática.

Siguiendo a Lajugie (op. cit.) se puede definir un *sistema económico* como “un conjunto coherente de instituciones jurídicas y sociales en el seno de las cuales son puestos en práctica para asegurar la realización del equilibrio económico, con ciertos medios técnicos, organizados en función de ciertos móviles dominantes”.

Esa definición comprende a la estructura jurídica, la economía, su *hinterland* (espacio geográfico), las formas de actividad, los procedimientos técnicos, los tipos de organización y las motivaciones psicológicas (móviles) que animan a todo el proceso.

Por ello, el concepto de *sistema económico* es el más amplio y abarcativo de los tres.

En cambio, el *régimen económico* es el conjunto de reglas legales que rigen las actividades económicas de las personas, dentro del sistema económico determinado.

Obsérvese que dentro de un mismo tipo de sistema económico pueden existir regímenes económicos muy distintos. Por ejemplo, dentro del sistema capitalista puede existir un régimen ultraliberal, otro con mediano grado de intervencionismo estatal, o un tercero fuertemente dirigista.

Diferenciándose de los otros dos, el de *estructura económica* es un concepto intermedio, pues indica o muestra las proporciones y relaciones que caracterizan a un conjunto económico localizado en el espacio y en el tiempo (Lajugie. Op. cit.).

En ese contexto, el concepto de “estructural” se contrapone al de “coyuntural”.

Se advierte así que el régimen es uno de los elementos componentes de la estructura económica; mientras que un sistema económico se conforma con diversos conjuntos de estructuras ordenadamente ensambladas.

Resumiendo se obtiene.

	{Estructura económica	{Régimen económico
	{	
Sistema económico	{Estructura social	
	{	
	{Estructura jurídica	
	{	
	{Otras estructuras	
	{Otros factores	

La clasificación más elemental diferencia entre sistemas económicos cerrados, de subsistencia; y los sistemas abiertos, basados en el intercambio.

A partir de ello, la clasificación de los dos grandes sistemas político-económicos “puros” comprende a la economía capitalista o de mercado, y a la colectivista o planificada.

Consecuentemente, ello puede sintetizarse como se muestra en el siguiente punto.

LOS SISTEMAS ECONÓMICOS

Clasificación de sistemas económicos

Regímenes de propiedad de los bienes y del trabajo personal. Breve análisis y cuadro sinóptico

El conocimiento y análisis de los distintos regímenes vigentes a lo largo de la historia, referentes a la propiedad de los bienes y a las características del trabajo personal, brindan una visión objetiva de las evoluciones experimentadas por el ser humano en aspectos económicos directamente relacionados con las cuestiones sociales, como sin duda lo constituyen la propiedad de los bienes y el trabajo humano.

En tal sentido, los cuadros sinópticos siguientes muestran en forma muy sintética pero muy abarcativa, los aspectos principales de ambos regímenes, que estuvieron o que están vigentes en el mundo.

Propiedad de Los bienes	{	{absoluta
	{Privada	{limitada
	{	
	{Comunitaria	{Estatal
	{	{De entes intermedios (cooperativas, granjas
	{	{comunitarias, etc.)
Régimen del trabajo personal	{esclavitud	{brutal y definitiva
	{	{atenuada, a veces temporaria
	{servidumbre	{sujeta al señor feudal
	{	{vinculada a la tenencia de la tierra
	{agremiación	{estructura cerrada
	{artesanal	{escalonamiento progresivo (aprendiz-oficial-maestro)
	{	{relación interpersonal directa con el maestro/dueño
	{	{carencia de “mentalidad proletaria” pues todo
	{	{aprendiz terminaría siendo maestro
	{empleo	{* por la supervivencia-de ultra explotación
{asalariado	{“mentalidad proletaria” - sin movilidad social	
{	{* regulado por el Estado y/o sindicatos -	
{	{-con movimientos sociales	

Las clasificaciones expuestas en este punto tienen simple valor referencial, pues cada país puede llegar a configurar un caso especial que genere una clasificación o una subcategoría diferente.

Por ejemplo, el caso actual de China, difícilmente pueda catalogarse dentro de las categorías básicas expuestas, pues es un caso absolutamente “sui generis” de combinación entre uno de los pocos sistemas comunistas que aún subsisten, con fuertes inversiones extranjeras, las cuales a su vez se encuentran enmarcadas en normas estrictas de contralor estatal, que las regulan y condicionan dentro de los límites acordados al concretarse dichas inversiones.

De la misma forma, es difícil encuadrar el sistema económico aplicado en la Yugoslavia de Tito, y en menor grado en la Argentina de Perón en la década del '46 al '55, y en la Francia de De Gaulle.

Por otra parte, es básico entender que en las economías supuestamente “liberales” y totalmente “capitalistas”, que por definición tendrían escasa o nula intervención estatal, lo real es que los respectivos estados nacionales intervienen de muchas formas, más o menos sutiles y más o menos directas, pero siempre en forma muy acentuada y con papeles preponderantes para orientar, planificar y para encauzar sus economías nacionales; así como para influir en la medida que su propio potencial nacional permite, en la economía mundial.

Por su vinculación con otras unidades político-sociales	{cerrada - de subsistencia {abierta - de intercambio {intermedia-con bajo nivel de intercambio
Por el régimen de propiedad	{capitalista o de mercado {colectivista o comunista {Estatista

BREVE RESEÑA HISTÓRICA Y PROYECCIONES PREVISIBLES AL FUTURO

Los sistemas precapitalistas
La economía pastoril, la revolución agrícola y sus evoluciones

Las estructuras sociales más simples y primitivas, como primera actividad organizada bajo el núcleo familiar, desarrollaron actividades pastoriles.

La cría del ganado comenzó como una actividad nómada, de subsistencia.

Esas estructuras socioeconómicas aún subsisten en diversas regiones del mundo, y con diversos grados de integración con la economía moderna de los respectivos Estados en los que se asientan.

Dentro de la original conformación social de las economías pastoriles, la familia era un concepto muy diferente al actual. En ese esquema, la familia se constituía con el núcleo del patriarca o matriarca, e incluía a todos los descendientes directos, más las concubinas y sus propios descendientes, los sirvientes y los esclavos.

Consecuentemente, cada familia podía abarcar un número relativamente numeroso de personas, de hasta varias decenas de individuos.

Al unirse varias familias en una estructura más compleja, se pasaba a la constitución de una tribu o de un clan. Las tribus o clanes tenían en común troncos familiares ancestrales más o menos remotos en común, identidad cultural, lingüística, racial, geográfica, etc.

En estructuraciones aún más complejas, las agrupaciones de mayor o menor grado de organización de esas tribus o clanes llevaban a la conformación de grupos sociales, políticos y económicos mayores, como las hordas.

Dentro de las estructuras socioeconómicas muy primitivas, como eran las pastoriles elementales, la división del trabajo se realizaba bajo las directivas del patriarca o jefe del núcleo familiar, abarcando todas las necesidades elementales del grupo familiar.

Al ir evolucionando paulatinamente las sociedades humanas primitivas, se pasó por las siguientes fases de actividades.

- La recolección y la caza.
- La ganadería nómada.
- La ganadería sedentaria.
- La agricultura.
- Las industrias artesanales.
- El comercio interno (dentro del núcleo tribal o del clan).
- El comercio inter-clanes o inter-tribales.

Cabe señalar que pasar de la etapa de la simple recolección y/o caza a la cría de ganado, significó toda una enorme revolución cultural y social. Posteriormente, el salto tecnológico y cultural a la agricultura tuvo las características de una revolución social de particularidades aún más acentuadas que aquella precedente. Considérese que el ser humano pasó a controlar, así sea precariamente, sus provisiones de alimentos y, en forma muy paulatina, a experimentar y a lograr incluso variaciones genéticas de las plantas de consumo básico, como sucedió con el trigo, que de un pequeño tallo evolucionó al tamaño actual.

Las actividades económicas en la época feudal y precapitalista

En etapas históricas sucesivas, las constituciones de los Estados feudales, y posteriormente los Estados nacionales, los límites geográficos fueron precisos, o al menos más definidos; y las estructuras de poder se hicieron más complejas. Todo ello dio lugar a cambios en las estructuras legales, sociales y económicas; a la vez que la política interestatal adquirió mayor complejidad, tanto en su forma convencional (la diplomacia), o en su forma extrema (la guerra).

Al ir constituyéndose los Estados, ya en la Edad Media, las actividades económicas se tornaron paulatinamente más complejas. La política cobró entidad de ciencia autónoma, alcanzando grados de sutileza tal vez impensables en las sociedades antiguas más evolucionadas (los sumerios, los babilonios, los griegos, los romanos, etc.). De tal forma, en la Edad Media esas ideas cobraron la forma del tratado básico de la política estatal, con el libro “El Príncipe” de Nicolás Maquiavelo, en el cual todos los valores supremos, incluyendo la ética, se sacrifican en aras del poder.

En ese nuevo marco político general, fue desarrollándose como disciplina autónoma la economía política.

Si bien no se pretende en este trabajo profundizar acerca de las características proto-económicas imperantes en ese período histórico, como tampoco en los aspectos políticos en general, algunas consideraciones básicas ayudarán a comprender cómo evolucionó el mundo en las etapas posteriores, sobre todo a partir de la conquista de América y el consecuente comienzo de la Edad Moderna.

Los primeros economistas advirtieron la existencia de determinados factores de la producción, cuando las rápidas transformaciones provocadas por la revolución industrial obligaron a mirar al mundo con otros ojos, y a ir creando paulatinamente la llamada “economía política”, la cual posteriormente fue llamada simplemente “economía”.

Los economistas habían advertido inicialmente la existencia de factores diferenciados de producción, y ya para el siglo XIX la mayoría de ellos coincidía en la existencia de tres factores de la producción: tierra, capital y trabajo.

Pero en la época feudal la situación era muy distinta. La tierra no era un bien económico en sí mismo. O sea que la tierra no era un “bien transable”, no era objeto de comercialización. La tierra era un bien de carácter básicamente político, y marcaba el área de influencia de cada señor feudal, por lo que era impensable que el señor feudal intentara “vender” sus tierras.

El régimen del trabajo había evolucionado desde la esclavitud, en sus diversos grados según la época y el lugar, al régimen de siervos de la gleba, o siervos al servicio del señor feudal, a los que a cambio de protección se les asignaba una parcela de tierra, de cuyos frutos una parte importante era propiedad del señor del feudo. A la vez, en muchos casos era compromiso del siervo participar en la defensa del feudo, por lo que formaba parte de las propias tropas del señor, en caso de necesidad. Queda en claro que bajo esas condiciones, el “trabajo” tampoco era un “factor de la producción” ni era “transable” tal como hoy puede entenderse.

Ni siquiera el “capital” era un concepto asimilable al actual. Era más usual entender el concepto de riqueza, la cual podía medirse por la acumulación de los pocos bienes suntuarios que el escaso comercio podía ofrecer, por los metales preciosos que podían atesorarse, y por otros tipos de bienes muy importantes para la época (como podía serlo el ganado, determinados enseres productivos), y las armas y elementos usados para la guerra.

Para entender mejor todo esto, debe comprenderse que eran economías cerradas o casi totalmente cerradas; autosuficientes en los bienes elementales, y solo en algunos casos los bienes de mayor valor podían soportar las limitaciones de costos y riesgos del escaso tráfico de la época.

Por supuesto que esa situación fue evolucionando, y ya bien entrada la Edad Media el comercio fluvial y marítimo había ido cobrando más importancia. Además el comercio por tierra había recibido impulsos de acuerdo con los vaivenes de los sucesos políticos favorables, como la temporaria unificación política lograda por Carlomagno.

El florecimiento del comercio y el auge de las industrias artesanales

De alguna forma esta parte del presente trabajo sigue la conformación eurocéntrica del análisis de la Historia y consecuentemente de la Historia Económica. Se siguen esas pautas por varios motivos:

a) por la extrema dificultad de obtener en el medio local (provincia de Misiones - República Argentina) fuentes documentales razonablemente amplias y sólidas, para incluir en este punto las culturas de la América Precolombina, Asia y África, en sus aspectos político-económicos;

b) para facilitar el acceso a las fuentes bibliográficas a quienes se interesen en profundizar estos temas;

c) vinculado con lo precedente, para permitir el más fácil ensamble de estos conocimientos con la metodología tradicional de dictado de estos temas.

Pero quede en claro que quien suscribe esta obra hubiese preferido que esta parte del trabajo tuviera un carácter más general y mucho más abarcativo, como se hizo en prácticamente casi todo este libro, por *la plena convicción que ese “razonamiento desde Europa” es una de las causas más significativas del aculturamiento europeizante y extranjerizante que ha distorsionado la visión de la realidad de no pocos intelectuales y estudiosos de Argentina y de Iberoamérica, y con ellos del resto de la población de Nuestra Patria y de nuestro subcontinente.*

Y para una mayor precisión, usualmente los análisis señalados se centran casi exclusivamente en el geográficamente reducido sector que en los recientes años de la “Guerra Fría” fue denominado “Europa Occidental”, excluyéndose casi por completo las también ricas historias de los pueblos eslavos y otros que habitaron -y aún habitan- hacia el este desde el “eje norte-sur” que pasa por los Estados Bálticos (Estonia, Letonia, Lituania), Polonia, Bielorrusia, la ex Checoslovaquia, los Balcanes, Ucrania y otros.

Dentro de las pautas señaladas en los párrafos precedentes, cabe señalar que los últimos siglos de la Edad Media mostraron un creciente resquebrajamiento de las cerradas estructuras feudales, en paralelo con la inicialmente lenta conformación de los Estados Nacionales, en un proceso sumamente complejo que, como tal, tuvo imbricaciones con las diversas facetas del accionar humano.

Con la caída del Imperio Romano de Occidente sobrevino un drástico cambio en la ecuación del poder en Europa Occidental y sus áreas de influencia. Atomizado el férreo poder que mantuvo por varios siglos el gran imperio, sobrevino una época de fragmentación del poder y de constituciones de pequeños feudos. La falta de un poder central poderoso, o de una estructura que lo reemplazara, favoreció sucesivas invasiones, algunos pacíficos desplazamientos de poblaciones, así como actividades de bandolerismo y piratería.

Ese marco de situación perturbó en gran medida las actividades comerciales, y con ello perjudicó las producciones artesanales de la época, ante la regresión en muchos casos a una economía de autosuficiencia de los feudos.

En plena Edad Media, la constitución del Sacro Imperio Romano Germánico bajo la conducción de Carlos El Magno (Carlomagno), alcanzó a concretar una vasta unión de los pueblos de la disgregada Europa Occidental. Su apogeo se dio al momento de su coronación como emperador, en el año 800. Pero fallecido Carlomagno, su imperio (que por cierto no era ni sacro, ni romano ni germánico) se fragmentó inmediatamente. Se tardaría bastante en volver a consolidar la unidad política de Europa, casi doce siglos después.

Pero entre dos a tres siglos después del Imperio Carolingio, las condiciones generales de la Europa Occidental permitirían un resurgimiento cultural, un cambio paulatino de la situación política y social; y con todo ello, el surgimiento y paulatino florecimiento de las actividades comerciales, y un auge de las actividades artesanales en las ciudades de aquel entonces (que en general eran pequeñas poblaciones de entre diez y veinte mil habitantes). Con ello, el eje central de las actividades económicas pasó de las áreas rurales y de estructuras de producción familiares y feudales a las áreas urbanas, en las que los gremios de artesanos cobraron creciente relevancia.

El fortalecimiento comercial de las ciudades y el paulatino auge comercial fueron algunos de los factores que cambiaron el cerrado cuadro feudal. Con el debilitamiento de los feudos y el paralelo fortalecimiento de estructuras políticas mayores (principados y reinos), se fueron dando las condiciones para las posteriores conformaciones de los Estados nacionales. El origen de estos data en general del siglo XV, entre fines de la Edad Media y los comienzos de la Edad Moderna.

La era de las Ciudades-Estado italianas

Las principales fueron Génova, Milán, Venecia y Florencia. Sus períodos de apogeo tuvieron relación con la importancia que el Mar Mediterráneo llegó a tener como vía principal del comercio de Europa con Asia. Su inicio y auge, así como su declinación, fueron fenómenos predecesores de los similares ocurridos con las ligas de ciudades bálticas.

El comienzo de la era de las Ciudades-Estado italianas se sitúa en el siglo XI, cuando Venecia obtuvo facilidades de Bizancio (el Imperio Romano de Oriente), logrando establecer asentamientos comerciales e importantes facilidades para comerciar. Poco después, al concretarse la expulsión de los invasores sarracenos de Sicilia, Venecia pasó a dominar el Mar Mediterráneo.

Los venecianos combinaban las técnicas mercantiles con el uso sistemático de la fuerza militar, considerándose que fueron los primeros en establecer verdaderas empresas de comercio y piratería, diferenciándose de las actividades de pillaje y bandolerismo no planificado que existieron en la Edad Media en Francia, Alemania (la llamada “ley del puño” germana) y otros territorios europeos, en un modelo que después sería “mejorado” y ampliado por Holanda, Francia, y principalmente por Inglaterra, reino en el cual los piratas fueron distinguidos con cargos nobiliarios (como Sir Francis Drake, entre otros).

Pero volviendo al tema analizado en este punto, la diferencia fundamental que los historiadores apuntan entre Venecia y Florencia (otra de las grandes Ciudades-Estado), fue precisamente el uso sistemático de la fuerza, como respaldo de sus actividades mercantiles.

La perdurabilidad política de las ciudades-estado italianas fue básicamente un proceso en el que estos pequeños entes políticos de tipo comunal evitaban rendir cuentas al conde, señor local u obispo de la región, poniéndose bajo el dominio indirecto de un poder mayor, como los proto-imperios o los imperios en formación; procesos que fueron dándose al irse definiéndose las nacionalidades, al fin de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna. De esa forma, las Ciudades-Estado italianas fueron poniéndose bajo los mantos protectores de Castilla y Aragón (posteriormente España) y de Francia.

Según testimonios de algunos historiadores, Venecia fue la única ciudad-estado italiana que mantuvo su independencia, beneficiándose con las crisis que soportaron sus rivales; pero a la vez su situación se complicó paulatinamente dada la preeminencia del Imperio Otomano, que pasó a dominar el tráfico en el Mediterráneo.

En la época de esplendor de las Ciudades-Estado italianas, la larga influencia de los Médici marcó el accionar político de la época, llegando incluso a imponer pontífices y definir los gobiernos de Florencia, e influir -casamientos mediante- en el reino de Francia. Al respecto es una obra de literatura política esencial “El Príncipe” de Nicolás Maquiavelo, redactado en esa época histórica, pero con vigencia perdurable como un “manual del gobernante exitoso” sin importar los medios para obtener los fines de poder.

Ahogadas las posibilidades del tráfico entre la Península Italiana y la zona del Levante (actuales Palestina, Israel y naciones cercanas), las Ciudades-Estado italianas necesitaban imperiosamente encontrar un modo de enjugar las pérdidas o lucro cesante que tal estado de situación suponía. Fue entonces cuando se celebró un “matrimonio por conveniencia” entre la Corona Española -que obtuvo un importante beneficio político-, y Génova -que obtuvo un importante beneficio económico-.

Es muy interesante consignar que en las Ciudades-Estado italianas nació la contabilidad por partida doble, básicamente la que aún hoy se utiliza; comenzaron a funcionar instituciones financieras (los primeros Bancos), y se impuso el uso de instrumentos comerciales como los documentos comerciales del tipo de la letra de cambio.

La caída del Imperio Romano de Oriente significó un punto significativo en la época de expansión y apogeo de los musulmanes, llegando a dominar totalmente el Mediterráneo, lo cual produjo o al menos aceleró el ocaso comercial, económico y político de las Ciudades-Estado italianas.

El avance del Islam - sus implicancias económicas

A partir del inicio de las predicaciones de Mahoma, el profeta y fundador del Islam, la tercera de las tres grandes religiones monoteístas, la expansión de esta religión ha sido un proceso prácticamente

constante y, a la par de ello, se incrementó la importancia política de los factores de poder ligados con el fenómeno cultural-religioso.

Lo precedente no es más que una descripción de una realidad objetiva, pues sin perjuicio de respetar los diferentes dogmas religiosos, es innegable la importancia social, cultural y política de dichos dogmas. Y a partir de sus implicancias políticas, los efectos económicos están directamente ligados.

Ya el hecho de haber dado un significado e identidad propias a la vida de miles de habitantes del desierto arábigo y sahariano, que para esa época eran nómades en gran parte, ha sido un enorme logro de la por ese entonces nueva religión.

No se pretende en esta obra detallar el complejo proceso de rápida expansión del Islam, sus conquistas y retrocesos, ante las resistencias de los pueblos cristianos de Europa, ni tampoco reseñar sus importantes logros culturales, como sus aportes a las ciencias y a la cultura.

Simplemente es importante consignar que tanto la toma de Constantinopla (1453) como la expulsión de los mahometanos de la Península Ibérica (1492), ambos hechos sucedidos en el siglo XV en un lapso breve si se lo mide en términos históricos, fueron verdaderas bisagras de la historia, al punto tal que una u otra de dichas fechas son consideradas por diversos historiadores como el fin de la Edad Media.

Pero la caída de Constantinopla y el avance musulmán en la zona de Los Balcanes y aún más al norte y noroeste, significó el quiebre de la llamada “Ruta de la seda”, que conectaba al oriente con Europa, y que había llegado a ser la principal ruta de intercambio comercial.

De un modo u otro fue precisamente el quiebre de esa vía comercial el factor de incentivo de la búsqueda de Las Indias a través de la circunnavegación, en un proceso que fortuitamente provocó la llegada de los ibéricos a América. También el señalado avance musulmán y su claro predominio en el Mediterráneo, hay que considerar como poderosas causas de la declinación definitiva de las ciudades-Estado italianas.

El desarrollo del norte marítimo europeo. Las Hansas Germánicas

Hansa es un vocablo que significa “liga”, motivo por el cual la expresión “ligas hanseáticas” es en sí una redundancia, si bien adquirió identidad propia en la ciencia económica en nuestro idioma. Algunas referencias precisan que para la época de constitución, el vocablo “hansa” significaba “gremio de comerciantes”.

Las Hansas Germánicas (también llamadas Hansas Teutónicas) se constituyeron entre diversas ciudades, principalmente germanas, con el fin de proteger y promover las actividades comerciales - básicamente navieras-, y con preeminencia en el Mar Báltico, llegando empero al Mar del Norte y otros puntos más alejados, como el Mediterráneo, al cual accedían tanto por tierra como a través del Estrecho de Gibraltar.

Durante todo su apogeo -en el siglo XIV-, el epicentro del comercio europeo fue claramente dominado por las Hansas Germánicas. Su vigencia abarcó un total de 375 años, desde 1250 a 1625. Llegó a tener casi 100 ciudades integradas (asociadas).

La primera liga se originó en Wisly o Visby, en la isla de Gotland (literalmente “Tierra de Dios” o “País de Dios”). Pero a partir del Hansa acordada entre las ciudades de Lübeck y Hamburgo en 1241, su preeminencia fue acentuándose. Llegaron a dominar el comercio entre puntos tan distantes como Riga (en Letonia), Novgorod (actual territorio ruso), Flandes (actual Bélgica), Francia e Inglaterra.

Para dar una idea de la preponderancia que las Hansas Germánicas habían adquirido en su zona de influencia, es interesante advertir que el término *easterlings* significaba “mercaderes del este” (tal se llamaba a los germanos en Inglaterra), y el término derivó en *sterling*, o sea “esterlina”, el nombre de la actual moneda británica (libra esterlina). Más aún, en las épocas de las Hansas, las monedas circulantes en Inglaterra eran de procedencia germana (hanseática).

Intentando poner en su justo contexto histórico la conformación de las Hansas, debe entenderse que el poderío de las ciudades germanas solo fue posible sobre la base de la debilidad del propio Imperio Germano, en un proceso histórico que fue dándose a lo largo de varios siglos, por una sumatoria de causales.

Cabe acotar que al cargo de Emperador no se accedía por la vía hereditaria, como en prácticamente todas las otras monarquías europeas. Era un cargo electivo, en un proceso en el que unos pocos pero muy relevantes electores tenían la responsabilidad y el enorme poder político de designar al

emperador. De esa forma, desde su asunción, los emperadores accedían condicionados o con sus poderes acotados.

Para la época de comienzo de Las Hansas (siglo XIII), la magnificencia, el extenso imperio territorial y enorme poderío que había logrado concentrar Carlomagno en su Sacro Imperio Romano Germánico (entre los siglos VIII y IX), se había fragmentado y diluido a pesar de los esfuerzos de algunos de sus sucesores, como Otón El Grande (en el siglo X).

En la época de comienzo de las Hansas, la influencia de estas se focalizaba en el Mar Báltico, extendiéndose luego a las costas de Mar del Norte, en los actuales Países Bajos, Bélgica y Francia. Por tierra, las ciudades que conformaban Alemania llegaban hasta Suiza y Austria, si bien el territorio prusiano (el noroeste de Alemania) fue incorporado posteriormente.

Al final de la Edad Media existían 75 ciudades de cierta importancia (de más de 10.000 habitantes) en Alemania, cuyas actividades culturales, políticas y económicas eran significativas. En toda la Época Hanseática los epicentros de las cuestiones importantes se suscitaban en esas ciudades relevantes, siendo secundarias y en muchos casos inocuas las influencias de los propios emperadores.

En plena Época Hanseática, en 1348, bajo el reinado de Carlos IV, se fundó la primera Universidad Alemana utilizando el modelo de La Sorbona.

Las mercaderías principales comercializadas por las Hansas eran granos, pescados, sal, hierro, pieles, ámbar, especias, vinos y telas.

En la era de los grandes descubrimientos (desde 1492) el eje del comercio europeo se alejó del Báltico, haciendo perder relevancia a las Hansas Teutónicas. A la vez, las constituciones de los Estados modernos (que perduran hasta nuestra época) significaron que las ligas de ciudades pasaran a ser entes políticamente débiles, que a la postre terminarían diluyéndose y fragmentándose.

A consecuencia de los procesos descritos precedentemente se produjeron los desmembramientos de la Confederación Helvética (Suiza), Chequia (actual República Checa), Austria y Holanda, cuyas separaciones políticas de los Estados germánicos (actual Alemania) sigue vigente hasta nuestros días.

La unidad del territorio alemán, sostenida por la acción de las Hansas sin un poder central único, que iba en disolución hacia el año 1600, recién se concretaría casi tres siglos después, en la década de 1870, bajo la férrea e implacable conducción del llamado “Mariscal de Hierro” Otto von Bismarck.

CARACTERÍSTICAS DEL COMIENZO DE LA ERA INDUSTRIAL

El comienzo de la estructura económica capitalista. La Revolución Industrial y el gran desarrollo del capitalismo empresarial

Contrariamente a cierto esquema de pensamiento que presenta a la Revolución Industrial como un proceso repentino en la historia, como una bisagra de la historia asimilable a una revolución política (como fue por ejemplo la Revolución Francesa), los antecedentes de la Revolución Industrial pueden encontrarse más de un siglo y medio antes de la eclosión productiva que significó el advenimiento del maquinismo industrialista.

Para cierto sector del pensamiento, la Revolución Industrial fue un proceso abrupto, casi repentino, que se originó en una serie de rápidos avances tecnológicos producidos a partir del dominio de la tecnología del vapor como fuente de energía, de la utilización de la polea y de la rueda, con sus casi infinitas aplicaciones a la ciencia y a la industria. Ese fue el comienzo del maquinismo, proceso cuyos comienzos pueden definirse a mediados del siglo XVIII, y claramente consolidado en Gran Bretaña en el siglo XIX.

Sin embargo, las políticas activas implementadas por Inglaterra ya a partir del siglo XVI, fueron dando paulatinamente sus frutos, permitiendo el surgimiento de numerosos establecimientos fabriles de carácter artesanal, que consolidaron económicamente la expansión del naciente Imperio Británico.

Al respecto, no fue un tema menor el conjunto de medidas gubernamentales que atrajeron y protegieron las actividades de artesanos calificados, técnicos, artistas, académicos y científicos. Todo ello creó un ambiente propicio a las innovaciones tecnológicas y a los avances científicos, los cuales llevarían a las grandes transformaciones técnicas que produjeron el maquinismo y las fases consecuentes de la Revolución Industrial.

Lo precedente significa que al contrario de lo expuesto por las ideas económicas básicas del liberalismo (el *laissez faire*), el proceso de industrialización de Inglaterra fue posible principalmente por la implementación de activas Políticas de Estado conducentes precisamente a lograr ese objetivo.

Dicho más claramente, Inglaterra aplicó medidas exactamente opuestas a la idea central de la doctrina económica -la llamada “escuela clásica” o el liberalismo- que fue el sustento filosófico que aseguró el desarrollo industrial británico, el cual a su vez fue la piedra angular de la base económica en la que se edificó el imperio británico.

A la vez, existieron políticas activas que permitieron consolidar las actividades de los diversos empresarios británicos, muchos de los cuales lograron transformarse en propietarios de grandes conglomerados económicos de su época.

De hecho, las primeras industrias artesanales se adaptaron a las condiciones tecnológicas vigentes por entonces, y consistían en grandes concentraciones de trabajadores agrupados en establecimientos que multiplicaban las producciones artesanales, facilitándoles las provisiones de materias primas y concentrando las ventas de los bienes producidos. Una de las formas de producción vigentes consistía en facilitar las producciones de pequeños lotes de artesanos, a los que los empresarios les pagaban por tanto, suministrándoles las materias primas y retirando las producciones.

Las grandes utilidades obtenidas por esos empresarios británicos marcaron -para muchos historiadores económicos- el verdadero comienzo de la era capitalista. Para ello, la doctrina liberal de Adam Smith fue la convalidación académica de ese capitalismo fuertemente impregnado de colonialismo expansionista, que resultaba tan afín a los intereses del surgente Imperio Británico.

Para todo ello, el cerrado proteccionismo fue una pieza clave del exitoso industrialismo británico. Básicamente impulsaba por todos los medios posibles las ventas de manufacturas británicas, facilitando las compras de las materias primas necesarias para ese proceso. Para ello debió vencer resistencias internas, privilegiando la producción lanera en detrimento de las producciones agrícolas, lo cual a su vez creó una enorme legión de desocupados y desheredados agrícolas, que fueron a sumarse a las poblaciones marginales de las ciudades, brindando abundante mano de obra barata a los establecimientos fabriles de la época. Por mucho tiempo, las regulaciones o intervenciones del Estado fueron nulas, en lo relativo a las cuestiones laborales y sociales, lo cual dio lugar a las más inicuas condiciones de explotación de los trabajadores. Fue la época del trabajo en extenuantes jornadas laborales de 16 a 18 horas diarias, del trabajo de mujeres y niños al límite de sus fuerzas físicas, de las lesiones invalidantes sin ninguna cobertura, del salario de hambre, etc. Y todo ello fue aceptado y avalado por los intelectuales de su época, enrolados de un modo u otro en la doctrina económica liberal durante los siglos XVIII y XIX en sus diversas variantes.

Ello dio origen a diversos contestatarios del sistema, algunos de tipo utópico, otros pacifistas y partidarios de los cambios por evolución, y no pocos adheridos a postulados revolucionarios, dentro de los que descollaron los anarquistas y los comunistas. De estos últimos, su mayor exponente fue Carlos Marx.

Pero también existieron pensadores y economistas que analizaron la situación desde la óptica de los intereses de sus respectivas naciones, dentro de los que descolló el alemán Friedrich List, cuyos análisis incluyeron aspectos sociales, políticos y geopolíticos.

Y todos estos análisis y las consecuentes discusiones que surgen de las políticas divergentes en la materia (entre ultra liberales y proteccionistas), siguen teniendo plena vigencia, pues absolutamente todas las nuevas potencias emergentes resolvieron la cuestión aplicando el sentido común y priorizando los intereses nacionales, protegiendo adecuadamente las áreas prioritarias de sus economías. Por esa sencilla pero elemental razón, este tema es una de las piedras angulares de toda evaluación económica seria y bien fundamentada.

LA ERA DE LAS MEGA CONCENTRACIONES EMPRESARIAS Y FINANCIERAS

La sociedad postindustrial. Tendencias vislumbradas a comienzos del siglo XXI

El enfoque sustentado por quien suscribe, considera que el estudio de la Historia Económica y de las Doctrinas Económicas pasa a cobrar plena vida si a partir de ambas disciplinas se comprende la

realidad actual, conociéndose cómo se llegó a la misma; y sobre la base de esa suma de conocimientos, con los aportes de otras áreas del saber social, pueden realizarse fundamentados análisis de las proyecciones previsibles o factibles en el futuro.

Esa metodología de trabajo, además de sacar a la Historia de los polvorientos y mohosos estantes y vitrinas de museo, seguramente aburrida, carente de vida, y en general poco motivante para los estudiantes, es sin duda un enfoque más comprometido con la realidad, pues requiere que el autor o analista fije posiciones, evitándose posturas pretendidamente “asépticas”, que en rigor de verdad pasan a ser cómodas posiciones de no compromiso, cuando no de “tartufismos” (escondiendo conductas perversas bajo un manto de pretendida honesta pulcritud moral) que navegan en las calmas aunque pútridas aguas de la cómplice mediocridad.

Dicho más simplemente, tener una actitud comprometida con la verdad y asumiendo posturas de definiciones ideológicas, dentro del marco del Pensamiento Nacional.

Sobre la base de la filosofía de acción que motivó este libro, y de acuerdo la metodología descrita, se analizan las perspectivas político-económicas que se vislumbran las cuales configuran un sucinto trabajo de futurología.

A partir de la abrupta disolución de la Unión Soviética, el mundo fue sorprendido por el repentino fin de la bipolaridad dándose paso al advenimiento del unipolarismo absoluto y excluyente. Ese singular proceso en el que en forma aparentemente repentina colapsó el mayor imperio del mundo, sucedió en el marco de las transformaciones sociales y políticas internas encuadradas por “la perestroika”. Los cambios se suscitaron muy pacíficamente, si se consideran la velocidad y profundidad de los mismos.

El prolegómeno a la desintegración de la Unión Soviética fue la caída del Muro de Berlín, y la también inesperada y rápida unificación política de las dos Alemanias, particionadas a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

La unificación alemana incluso tomó de sorpresa a relevantes líderes mundiales, que no esperaban el fulminante desencadenamiento de los hechos, y que prácticamente de la noche a la mañana se encontraron con una unidad política y económica que pasó a representar el epicentro del poder de la Unión Europea, por el formidable peso de su poderosa economía y de su desarrollo tecnológico muy avanzado y en constante y rápida evolución. Para tener una idea más precisa de la importancia político-económica de la reunificación, debe considerarse que la economía de la ex Alemania Occidental era ya la más poderosa de todo el bloque del Mercado Común Europeo, mientras que la economía de la ex Alemania Oriental, era a su vez la más importante de toda Europa Oriental, excluida la URSS.

A partir de allí se resquebrajó la aparentemente monolítica unidad del bloque soviético. En diciembre de 1991 se concretó la disolución de la URSS. El proceso, si bien traumático, fue notablemente pacífico si se considera la enorme magnitud de los cambios, y lo impensado que parecía que tan poderoso imperio se pudiera disolver tan rápidamente y sin mayores resistencias. Eso contradice una máxima de la política internacional, según la cual “los Estados no se suicidan”.

Los cambios económicos en la ex URSS se denominaron “la perestroika”, y llevaron a la Rusia actual, del más cerrado sistema comunista a la llamada “economía de mercado”, con notables secuelas de desocupación, de crecimiento de las mafias económicas, de enriquecimiento de minorías poderosas, etc. Lo precedente no implica ninguna adhesión al sistema comunista por parte de quien escribe esta obra, y no puede tampoco desconocerse la sumatoria de severos problemas sin resolver que siete décadas de aplicación del régimen comunista arrastraba como pesada carga.

Por su parte, los cambios políticos se ejecutaron en la ex URSS en el marco del proceso denominado “glasnot”, el paralelo político de “la perestroika” económica.

Antiguas naciones, que habían sido incorporadas al contexto de la URSS a partir de la derrota de la Alemania Nazi, recuperaron su independencia y tuvieron que construir o reconstruir todas sus estructuras gubernativas, burocráticas, legales, administrativas, etc. Tales los casos de Estonia, Letonia, Lituania (los tres pequeños Estados del este del Báltico); Ucrania, Bielorrusia, Armenia, etc.

Además de eso, las naciones que integraban el llamado “Pacto de Varsovia”, que constituían el bloque de las naciones de Europa Oriental, alineadas férreamente con la Unión Soviética, experimentaron también rápidos cambios políticos internos y una reacomodación de sus ubicaciones geopolíticas, habida cuenta de la pérdida de poder real de la nueva Rusia respecto a la URSS, y a la creciente importancia que cobró la Unión Europea en ese contexto, como bloque de poder.

Existen analistas que afirman que Mijail Gorbachov fue asesorado por prominentes figuras de la “Trilateral Commission” (Comisión Trilateral) y del CFR (“Council of Foreign Relations - Consejo de

Relaciones Exteriores”), previo a la disolución de la URSS, lo cual adquiere verosimilitud en función de la “pulcritud política” de la disolución del ex Imperio Soviético, y de la rápida aceptación de ese proceso a niveles de decisión mundiales.

Pero ese drástico cambio en los factores de equilibrio político mundial no vino solo.

Fue precedido por un cambio en las estructuras de poder mundial, en un proceso muy complejo que involucró a varios hechos y a múltiples factores de poder.

Dentro de esa multiplicidad de hechos y factores, cabe resaltar el rápido auge del neoliberalismo y la paralela y consecuente vigencia de la doctrina de la globalización a ultranza; presentadas ambas filosofías como “únicas vías posibles”, o sea enancado en la vieja concepción de la “idea única”, o del “pensamiento único”.

Desde la década de 1970 fue factible advertir una serie de hechos que fueron sucediendo a escala planetaria, los cuales inicialmente podían parecer aislados o no conectados entre sí. Una breve reseña de esos hechos permitirá después entender al menos parte de las vinculaciones o concatenaciones entre sí.

- Por una parte, en forma casi imperceptible se fue dando el surgimiento del neoliberalismo y de su directa consecuencia, la globalización, tal como se describe.

- Paulatinamente fue abriéndose paso un “*revival*” (resurrección) del liberalismo más crudo e insensible, tal como el que había estado vigente en los siglos XVIII y XIX, y que en esos siglos dio lugar a los distintos tipos de oposiciones políticas y económicas, desde dentro y fuera del sistema político vigente. Para ello, jugaron un papel vital ciertas poderosas pero poco conocidas organizaciones privadas de tipo transnacional, con epicentros en Nueva York, Washington, Londres, Tokio y algunas pocas de las grandes ciudades de las naciones líderes del mundo.
- Para dar forma a los postulados teóricos de la “nueva doctrina” (el neoliberalismo), para difundirla masivamente, y para establecer planes de acción a largo plazo y a escala planetaria, esas organizaciones apelaron primeramente a sus “*think tank*” (literalmente “tanques de ideas”, o mejor aún “bancos de cerebros”). Esas organizaciones atraen a su seno a mentes brillantes, que previamente hayan demostrado su adhesión a los postulados “políticamente correctos”, o sea al encuadre general dentro del cual se desenvuelve el pensamiento y las líneas de acción de esos mega intereses de grupos político-económicos que operan a escala mundial.
- Esos “*think tank*” (tanques de ideas) agrupan tanto a presidentes y empresarios de grandes grupos económicos, a catedráticos de renombre, a periodistas y distintos tipos de comunicadores sociales, a políticos prominentes de las naciones de la sociedad postindustrial, así como a dirigentes afines y prominentes de las “potencias emergentes” y de algunos países subdesarrollados, a militares de altas graduaciones de las naciones del Grupo de los Siete, y otros personajes similares.
- Dentro de todo ese esquema, juegan un papel preponderante las mega corporaciones financieras, cuyo papel y relevancia en la economía mundial se potenció en forma exponencial, al resurgir las pautas pre-keynesianas que privilegian las operaciones financieras por sobre las actividades productivas.
- El neoliberalismo lleva explícitamente involucrado el fin de la filosofía del “Estado Benefactor”, que caracterizó a la economía keynesiana. A la vez, representó una vuelta a los postulados y paradigmas liberales, que en los hechos privilegiaron a las actividades financieras y especulativas por sobre las actividades productivas. Al propio tiempo, se implementaron numerosas medidas de tipo fiscal, impositivo, etc., conducentes todas ellas -en los hechos, más allá de las meras “declaraciones de principios” y otras hipocresías de similar tenor- a producir un acelerado e impiadoso proceso de concentración de la riqueza. Ese proceso, de tipo catastrófico en Argentina, afectó y afecta incluso a los sectores sociales más desprotegidos de las propias economías de la “sociedad postindustrial”, donde por ejemplo en los EE.UU. y en la U.E. los “sin hogar” (los *homeless*) forman una casta de parias abandonados a su suerte y al desamparo total.
 - Las concepciones geopolíticas mundiales fueron variando, y los enfrentamientos políticos y bélicos que se suscitaron tuvieron matices diferenciales. Del duro enfrentamiento entre las dos superpotencias, en territorios de terceros países, durante toda la vigencia de la “guerra fría” se pasó a la hegemonía absoluta de EE.UU. al colapsar la URSS.
 - La metodología del intervencionismo de las grandes potencias militares, y sobre todo de EE.UU. varió en forma relativamente poco perceptible pero significativa. En las décadas del '50, '60 y '70 habitualmente se buscaba la “cobertura” o el aval jurídico -así sea a posteriori o algo

extemporáneo-, de las Naciones Unidas, del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca), de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) o similares. En las décadas del '80, '90 y en lo que va de la primera década del tercer milenio, paulatinamente los intervencionismos o invasiones militares se fueron haciendo menos sutiles, menos sustentados en un difuso “derecho internacional” para pasar a tener la forma brutal de agresiones directas, casi sin “atenuantes o justificativos ideológicos”. En esta última línea se pueden calificar a las invasiones o golpes comandos a Granada (1983), a Afganistán (1979-1990. URSS), a Panamá (1989'90), a Kosovo-Yugoeslavia (2000), a Afganistán (2001-EE.UU.), a Iraq (2003).

- Las concentraciones empresarias en gigantescas mega corporaciones están en plena ejecución, previéndose que en las áreas económicas y financieras más dinámicas, más rentables y de mayores complejidades tecnológicas, finalmente subsistan menos de media docena de corporaciones diferentes por cada rama o sector de actividad. Una clara tendencia a ello puede observarse en la industria aeronáutica, en la alimentaria, las comunicaciones, el comercio de materias primas alimenticias, la industria automotriz, el sector financiero, etc. Esas concentraciones se van materializando por compras, fusiones, absorciones, vinculaciones accionarias, por políticas de hostigamientos que pueden terminar con la quiebra de empresas “rebeldes” a “integrarse”, etc. Obsérvese a título de ejemplos, que en la fabricación de grandes aeronaves comerciales la competencia se verifica entre una corporación norteamericana (Boeing), una de la UE (Airbus) y en menor escala una rusa (Ilyushin) y una ucraniana (Antonov, radicada en Kiev); o en la industria automotriz, donde las fusiones, absorciones y vinculaciones se dieron y se siguen dando a un ritmo que, medido históricamente, es muy acelerado.

- Las comunicaciones a escala planetaria están siendo absorbidas por grandes corporaciones, las cuales manejan directamente los grandes medios de comunicación (diarios, revistas, estaciones de radiodifusión, emisoras de TV, medios periodísticos electrónicos {*on line*}, etc.); y/o manejan directa o indirectamente las grandes agencias noticiosas.

- Las editoriales de libros también están experimentando similar proceso de concentración. De uno u otro modo, ese es también un factor condicionante para que los libros de gran éxito sean en su mayoría provenientes de las naciones post industriales. Eso se refiere tanto a la literatura de entretenimiento, como a libros científicos y técnicos.

Mientras que en muchos países del Tercer Mundo se produjeron hechos de violencia no organizados estratégicamente, que habrían respondido a reclamos por inequidades socio- económicas, también fue perceptible un proceso de violencia organizada que operó en forma prácticamente simultánea, bajo la impronta de diversas vertientes ideológicas del marxismo (marxismo-leninista, trotskismo, maoísmo, etc.), así como motivaciones de tipo nacionalista las que por su variedad y complejidad no pueden ser analizadas en esta obra ni constituyen el objetivo de este trabajo.

Cabe sí señalar que a posteriori existieron evidencias que en muchos casos las fuentes de financiaciones de esos grupos armados “de ultra izquierda” provenían -paradojalmente- de la C.I.A. (Central de Inteligencia de EE.UU.) o de entes relacionados directa o indirectamente con la C.I.A.

Por ello es elemental inferir que ese tipo de violencia -en muchos casos demencial y despiadada- fue la herramienta instrumental para provocar los procesos de reacción -tanto o más violentos que aquella-, y que en su conjunto crearon las condiciones propicias para imponer gobiernos autoritarios que impusieron -por la fuerza y sin oposición posible- el modelo neoliberal.

Con la fuerza del “pensamiento único” instaurado por los medios masivos de comunicación, por los catedráticos “de renombre”, por los políticos y hombres de negocios “exitosos y creíbles”, la doctrina del neoliberalismo se abrió paso con fuerza avasallante, cual una pesada topadora a orugas arremetiendo contra un bosque de escuálidos arbustos.

Queda muy en claro cómo funciona el sistema de “premios y castigos” en una estructura político-económica dependiente y manejada por determinados grandes intereses financieros o económicos transnacionales. Ya Jauretche había descrito largamente ese proceso en sus numerosos libros y casi incontables artículos periodísticos, la mayoría de los cuales datan de las décadas del 50 y 60. Y ya el economista Marcelo Ramón Lascano describió también cómo opera ese mismo proceso, doblegando voluntades díscolas con el castigo del ostracismo intelectual y de la marginación económica. Por ello, el “renombre”, el “éxito” y la “credibilidad” son monedas de cambio con las que se premia la adhesión

incondicional a los “pensamientos políticamente correctos”, que en última instancia representan la sustanciación del “pensamiento único”.

Entiéndase que más allá de la capacidad real o prefabricada de los dirigentes políticos, empresarios, sindicales; de los comunicadores sociales, de los catedráticos, y de otras personas que adquieren relevancia pública, lo que cuenta para esos factores de poder es la aceptación del “pensamiento único”, la inserción en los carriles de opinión “aceptables”, todo lo cual implica incluso cierto grado de disenso, el cual nunca llega a cuestionar las ideas de fondo que sustentan a todo el andamiaje político-económico.

Y para imponer esos nuevos paradigmas de falso modernismo se arrasó impiadosamente con estructuras sociales, políticas y económicas. En América Latina vimos derrumbarse viejas estructuras sociales de carácter marcadamente igualitario, como las de Uruguay y de Argentina; vimos cómo se arrasaron y cambiaron gobiernos de diversos tipos, primeramente aniquilando toda resistencia al nuevo modelo político económico, para después advertir cómo bajo la fachada de sucesivos “cambios” de gobiernos autoritarios, “democráticos” y otras creaciones políticas sui generis, en esencia, el manejo de los resortes efectivos del poder, sobre todo del económico, ha seguido en las mismas manos.

Posiblemente no exista ningún ejemplo más claro de destrucción sistemática de las estructuras sociales y económicas, como el padecido por la República Argentina, con indicadores de retroceso del P.B.I., con aumento desmesurado de los índices de desocupación, desocupación encubierta y subocupación, con degradación de los sistemas educativo y sanitario, con el desguace casi total del sector industrial y tecnológico, y con el empobrecimiento masivo de casi toda la población, con sus secuelas de destrucciones familiares, de degradación moral, de muertes por inanición (que parecían impensables en un país exportador masivo de alimentos), de subalimentación crónica que genera taras mentales o discapacidades psico-físicas, con la emigración de cantidades masivas de población en un país que con las actuales tecnologías de producción de alimentos puede cobijar dignamente a mucho más de 300 millones de habitantes, etc.

Es interesante advertir que aproximadamente una década y media antes que en Argentina, el proceso de destrucción socioeconómica sistemática fue aplicado y “experimentado exitosamente” en Uruguay (precisamente el efecto buscado era la desarticulación social y económica del país). Y el experimento no fue casual, pues las similitudes sociales, culturales, económicas, e inclusive étnicas, hacen de Uruguay en muchos aspectos un modelo a escala reducida de Argentina. Eso se refuerza aún más si se considera que era parte integrante del Virreinato del Río de la Plata, a partir del cual se emancipó y constituyó nuestro país.

A consecuencia de esas medidas, se calcula que Uruguay perdió aproximadamente el 40% de su población, que se vio forzada a la emigración por causas políticas y económicas, principalmente estas últimas, al no poder suministrar empleo decoroso a su ya escasa población existente cuatro décadas atrás.

Las mismas medidas produjeron idénticos resultados en Argentina, si bien no se conocen estadísticas precisas acerca de la magnitud del éxodo poblacional en nuestro país.

Volviendo al análisis de los cambios producidos en las últimas décadas, y las proyecciones que de ellos se derivan, es muy importante señalar que en el análisis de Adrián Salbuchi, el siglo XXI comenzó efectivamente en 1991, con el advenimiento de la guerra tecnológica de alto nivel electrónico, desatada por EE.UU. contra Iraq.

Esa fue una clásica guerra punitiva, la llamada “Operación Tormenta del Desierto”, como hubo muchas otras en la historia de la humanidad. Pero fue una bisagra de la Historia, pues marcó el comienzo del ejercicio del omnímodo poder militar de EE.UU. a nivel planetario, contando con la ayuda de las otras potencias económicas (Unión Europea, Japón y todo el denominado “G7” - Grupo de los siete países económicamente más poderosos) para concretar la agresión; además del implícito aval de Rusia y la abstención de China, sumándose asimismo los apoyos financieros y logísticos de naciones árabes, destacándose entre estas Arabia Saudita. En esa circunstancia, lamentablemente la Argentina abandonó la vieja doctrina de la no intervención y del respeto a otros países (que en su momento había suscitado un claro enfrentamiento a la “Doctrina Monroe” -que ya en 1823 pregonaba “América para los americanos” y que en los hechos significaba “América para los Norteamericanos”, anteponiendo el pensamiento expresado por Argentina “América para la humanidad”-).

Después de doce años de continuos hostigamientos y agresiones a Iraq, por parte de EE.UU. y su “aliada” Gran Bretaña, se concretó la segunda invasión a Iraq, en 2003. Esta vez no se utilizó la pantalla de la Naciones Unidas como marco o pretexto para la agresión. Esta vez el imperio hegemónico, con el

único apoyo bélico de “La Rubia Albión” (Gran Bretaña), invadió y ocupó todo Iraq en un brevísimo lapso de tiempo, y con un costo en bajas propias muy reducidas si se compara con operaciones similares realizadas en las dos guerras mundiales, en Corea o en Vietnam.

Es interesante destacar que a partir de la 2ª Guerra Mundial, en los hechos la otrora orgullosa Gran Bretaña opera como el aliado menor totalmente sumido a las órdenes de su antigua colonia. Por ello, cabe calificar a Inglaterra como “el lacayo confiable” de “la democracia del garrote”, EE.UU.; aunque pueda molestar a quienes toman como modelos a “la gran democracia del país del norte” y a “la primera monarquía constitucionalista y democrática” (dos expresiones que son dignas de figurar en las páginas en blanco que Don Arturo Jauretche dejó a propósito al fin de su extraordinario Manual de Zoncercas Argentinas).

Las dos guerras de Iraq, y sobre todo la primera, son consideradas el ejemplo paradigmático del enfrentamiento entre unas eficientes y bien equipadas fuerzas armadas con tecnología de mediados de la segunda mitad del siglo XX (décadas del '70 y '80), contra fuerzas armadas equipadas con la mejor tecnología bélica disponible, la cual en muchos aspectos anticipó los rumbos de la tecnología bélica de punta del siglo XXI.

El análisis de las tendencias tecnológicas, políticas, sociales y económicas adquirió tanta importancia a partir de fines de la década del '60 y comienzos de la década del '70 que la futurología adquirió un lugar preponderante en los círculos intelectuales relacionados con los más importantes grupos de poder mundial. El más renombrado futurólogo de esa época fue Herman Kahn, catedrático e investigador del “Hudson Institute” de EE.UU., cuyas opiniones fueron consideradas sumamente valiosas a la hora de adoptar decisiones políticas de las grandes potencias y de las grandes corporaciones. Sin embargo, comparando análisis del mismo futurólogo, realizados con pocos años de diferencia, llegaron a mostrar diferencias tan sustanciales, que permitieron inferir los amplios márgenes de variaciones o errores en que puede incurrirse al efectuarse proyecciones futuras.

Pero más allá de esas proyecciones a futuro, cabe señalar una serie de hechos claramente perceptibles que se han venido desarrollando desde hace dos o tres décadas, y que todos los indicadores permiten suponer que se irán acentuando, aunque esos procesos no son de tipo totalmente uniformes a escala mundial, ni tampoco son necesariamente inevitables, dependiendo tal circunstancia de diversos factores, dentro de los cuales es relevante la importancia de cada nación, la firmeza de sus convicciones y la claridad y fortaleza de sus respectivos Proyectos Nacionales.

De todos modos, los procesos más importantes ya ocurridos o en plena realización a escala planetaria son los siguientes.

- Mega concentraciones empresarias, de una magnitud sin precedentes en la historia. Los grandes conglomerados económicos están logrando un nivel de concentración de tal magnitud, que se prevé que en muy pocos años más los sectores económicos más dinámicos y con mayor importancia estratégica estarán aglutinados en menos de una decena, o inclusive menos de media docena por cada gran sector de actividad, en todo el mundo. En tal sentido, algunos sectores de actividades, como el financiero, el automotriz, el naviero, la industria aérea, la comercialización de alimentos, y otros, ya están mostrando claras evidencias de lo avanzado de ese proceso. El más visible ha sido el de la industria automotriz, en el cual las mega fusiones y las mega absorciones están transformando el mapa mundial de dicha industria. Considérense en tal sentido las fusiones, compras accionarias, absorciones, etc., que se han sucedido muy rápidamente en términos históricos. De ellas cabe citar: la constitución del grupo Citröen - Peugeot; el grupo Daimler Chrysler (Daimler Benz de Alemania con Chrysler Corporation de EE.UU.) la compra de la división Volvo Automotores por General Motors Corporation; la compra de la división automotores de Saab por Ford Motor Corporation; la adquisición de parte del paquete accionario de FIAT por parte de GMC; la fusión Renault - Nissan; las compras parciales de Mazda por parte de Ford MC y de Suzuki por GMC; las compras de las automotrices inglesas por parte de los grupos Volkswagen y BMW; las absorciones de Dacia por parte de Renault; de SEAT por Volkswagen (este proceso es antiguo); los intentos de compras de las automotrices coreanas por parte de las dos grandes automotrices norteamericanas, etc. La enorme concentración que está operándose en el sector financiero constituye otro caso paradigmático.
- La constitución de grandes bloques político-económicos, dentro de los que descuellan: la Unión Europea (el más antiguo), el NAFTA (EE.UU.-Canadá-México), y el Mercosur (Argentina-Brasil-Paraguay-Uruguay), las naciones musulmanas del norte de África y de Medio Oriente (con sus

particularidades muy especiales); además de los “monobloques” que representan por sí mismos Japón, China, India, Indonesia y su *hinterland* (posiblemente con la asociación de Malasia y otros Estados menores como Brunei y Singapur, y eventualmente algunos algo más lejanos), y otros en menor escala.

- Las imposiciones de muy determinadas políticas económicas, que promueven y exigen sutilmente (o casi sin ninguna sutileza) los grandes organismos financieros mundiales, como el Banco Mundial, el FMI, el BID, etc.
- Las grandes alianzas estratégicas militares, como la OTAN y otras menores, u otras más específicas (como los acuerdos preferentes que EE.UU. tiene con Gran Bretaña, con Israel, con Egipto, y otros).

Dentro de ese marco, en forma casi imperceptible para el común de la gente, con muy bajo perfil, pero en forma muy clara y categórica, se han pronunciado diversos personajes muy influyentes, demostrando cuál es la dirección que se le quiere dar a la política de poder mundial en el siglo XXI.

En tal sentido, es ilustrativo transcribir varias frases, notablemente coincidentes, de prominentes pensadores y líderes de las naciones del G7 (Grupo de los Siete - las siete naciones más desarrolladas del mundo), que afirman categóricamente que el proceso de globalización es -a criterio de ellos por supuesto- irreversible, tendiendo a la completa anulación de los Estados Nacionales, de las nacionalidades y de todo poder regional que se oponga al N.O.M. (Nuevo Orden Mundial), el cual en esencia sería una especie de “gobierno mundial”, regido por los grandes poderes financieros, los cuales a su vez son la representación institucional de una muy cerrada oligarquía mundial cuyo objetivo es terminar de construir ese inmenso y omnímodo poder a escala planetaria. Todo lo que se oponga a ese esquema, evidentemente será presionado, sofocado, y de ser necesario aplastado inmisericordemente... por supuesto bajo las consabidas excusas de “ser un peligro para la paz mundial”, de “amenazar la democracia”, de “representar intereses dictatoriales”, frases de similar efecto y de idéntica generalización sin esencia específica.

Uno de los aspectos notables del caso, es que para lograr los fines buscados, la manipulación de las religiones jugará un importantísimo papel, tendiente a lograr la docilidad y el “adoctrinamiento universalista” de la mayor masa de la población, de forma tal que acepte e incluso defienda los postulados del “gobierno mundial” en ciernes.

Para este último objetivo los medios son múltiples. Tanto el apoyo a difusas doctrinas “orientalistas” (como las sectas conocidas de origen coreano, hindú, y otras similares); las múltiples ramas del protestantismo que operan fuera de las grandes iglesias; como el propio accionar dentro de las grandes confesiones como la Iglesia Católica Apostólica Romana, las Iglesias Ortodoxas, las Iglesias Luteranas, etc.

Algunas de esas frases y afirmaciones se detallan seguidamente.

- “Guste o no, tendremos un Gobierno Mundial. La única cuestión es si será por concesión o por imposición”. James Paul Warburg, del Grupo Financiero Warburg, miembro de la Round Table y del Council of Foreign Relations (CFR o Consejo de Relaciones Exteriores); expresiones vertidas en el Senado de EE.UU.
- “El poder ha de ser inevitablemente transferido de las naciones soberanas a instituciones supranacionales”. Gianni de Michelis, ex ministro italiano de Asuntos Exteriores y ex presidente del Instituto Aspen, vinculado a su vez con la Comisión Trilateral. Difundido por el diario “El País” de Madrid del 4 de abril de 1990.
- “El socialismo moderno no dependerá de los teóricos o de los políticos, sino de los dirigentes de las empresas multinacionales”. John Kennet Galbraith, economista, profesor de la Universidad de Harvard, vinculado con el CFR y la Comisión Trilateral. Diario “La Vanguardia” (España) del 9 de marzo de 1977.
- Si bien es cronológicamente anterior, véase este largo párrafo del brillante escritor inglés Bernard Shaw en su obra “La Comandante Bárbara”: “¡El gobierno de tu país! Yo soy el gobierno de tu país, yo y Lazarus ¿Crees que tú y unos cuantos principiantes como tú sentados en fila en esa institución de estúpido parloteo pueden gobernar a Undershaft y a Lazarus? No, amigo mío, ustedes harán lo que nos convenga. Harán la guerra cuando nos sirva. Comprenderán que el comercio necesita ciertas medidas cuando nosotros hayamos decidido esas medidas. Cuando yo necesite algo que aumente mis ganancias, ustedes descubrirán que mi voluntad es una necesidad

nacional, y cuando los demás necesiten algo que disminuya mis ganancias, ustedes llamarán a la policía y al ejército. Como recompensa gozarán del apoyo de mis diarios y de la satisfacción de pensar que son grandes estadistas...Vuestras multitudes depositan sus votos y se imaginan que de esa forma gobiernan a sus gobernantes. ¡Votar! Cuando usted vota lo único que cambia son los nombres del Gabinete”.

- “En nuestros días, el Estado-Nación ha dejado de jugar su papel”. Afirmación de Zbigniew Brzezinski, ex alto funcionario del gobierno de EE.UU. y miembro de la Comisión Trilateral, expresada en el “New York Times” del 01/08/76.
- “La estructura que debe desaparecer es la nación”. Afirmado en la revista “Enterprise” por Edmond de Rothschild, influyente financista de La Banca homónima y miembro de la Comisión Trilateral.
- En la Conferencia Anual de Davos (Suiza) -Foro Económico mundial que viene a ser algo así como la más importante reunión anual de los grandes capitales mundiales- de 1971, se expresó: “En los próximos treinta años, alrededor de trescientas multinacionales geocéntricas regularán a nivel mundial el mercado de los productos de consumo, y no subsistirán más que algunas pequeñas firmas para abastecer mercados marginales. El objetivo deberá alcanzarse en dos etapas: primeramente diversas firmas y entidades bancarias se reagruparán en el marco multinacional; después, hacia finales de la década, esas multinacionales se acoplarán al objeto de controlar, cada una en su especialidad, el mercado mundial.”.
- En la misma reunión, Raimond Barré, miembro de la Comisión Trilateral y ex Ministro de Economía de Francia, expresó: “tal vez sea necesaria la experiencia de un *crack* económico para que queden definidas las nuevas reglas de juego”.
- Con relación a la pregonadas “libertades individuales” que dice defender como valor supremo el neoliberalismo, es tajantemente claro advertir que el objetivo buscado es precisamente el opuesto, si se consideran las afirmaciones del ya mencionado Z. Brzezinski: “La Era Tecnocrática va diseñando paulatinamente una sociedad cada vez más controlada. Esa sociedad será dominada por una élite de personas que no dudarán en realizar sus objetivos mediante técnicas depuradas con las que influirán en el comportamiento del pueblo y controlarán con todo detalle a la sociedad, hasta el punto que llegará a ser posible ejercer una vigilancia casi permanente sobre cada uno de los ciudadanos del planeta”.
- En el Club de Roma el trilateralista Aurelio Peccei dijo que “uno de los mayores obstáculos para el progreso de la humanidad es la soberanía de cada nación”.

Todo lo precedente es coincidente en expresar la existencia de una mega plutocracia (aristocracia del dinero) que está operando a escala global, con claros objetivos que se buscan alcanzar sin límites de tiempo. O sea que más allá de avances y retrocesos, es muy claro que los objetivos de esa plutocracia persisten en el tiempo, existiendo interesantes trabajos de investigación que demuestran que ese esquema del poder que tiende a diluir los poderes de los Estados, para terminar desarticulándolos definitivamente, es el resultado de acuerdos logrados poco después de finalizada la Primera Guerra Mundial, que se han ido adaptando y corrigiendo de acuerdo con las necesidades y con las cambiantes realidades geopolíticas mundiales, pero sin variar la esencia de las decisiones originales, que datarían de acuerdos concretados en 1921, entre líderes de los grandes sectores financieros de EE.UU. y Gran Bretaña, a los que se sumaron otros del mundo desarrollado.

Más allá de que se lo disfrace de “tolerancia” y de “respeto a los valores espirituales”, queda muy en claro que ese esquema neoliberal a ultranza precisa que el consumismo desenfrenado sea uno de los valores supremos. Y precisamente el consumismo es la expresión más clara del materialismo a ultranza; o sea, de la negación de los valores espirituales.

Ese materialismo como cultura básica es posiblemente el más claro punto de contacto entre el neoliberalismo y el marxismo pues, de última, ambos supuestos “extremos” del pensamiento terminan expresando valores afines de materialismo “in extremis”, y de manejo total de los poderes políticos, sociales y económicos por una pequeña cúpula de “elegidos”. Y al respecto, es destacable advertir que en más de una oportunidad fue posible constatar los entendimientos entre ambos supuestos extremos del pensamiento político. Ya desde la Revolución Bolchevique, el apoyo de los grandes sectores financieros norteamericanos se hizo presente, dando oxígeno a las finanzas de la cúpula gubernativa bolchevique. Esa

situación se repitió en varias oportunidades, a pesar de la existencia de focos de alta tensión a nivel mundial, como el bloqueo terrestre a Berlín entre el 26 de junio de 1948 y el 12 de mayo de 1949 por parte de la URSS; o la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962.

Es notable advertir que incluso existen claros indicios (de hecho es muy difícil pensar en pruebas concluyentes en temas tan delicados y que son habitualmente tratados con discreción y en círculos cerrados) que está a estudio o incluso en ejecución una suerte de eje del poder anglosajón, el cual se constituiría bajo la égida de EE.UU., con el apoyo de Gran Bretaña y los países del Commonwealth con predominio político de blancos sajones. De forma se integraría además con Australia, Nueva Zelanda, eventualmente Sudáfrica, y Canadá.

Esa coalición en ciernes, o mancomunidad anglosajona, pudo advertirse en la Segunda Invasión a Iraq, en 2003, en la que si bien el grueso de las tropas y la logística fueron estadounidenses, hubo importante participación británica, y colaboraciones de Australia y Nueva Zelanda.

También operó esa comunidad anglosajona durante las prolongadas y feroces guerras de Los Balcanes que significaron la fragmentación de la ex República de Yugoslavia, entre 1991 y 1995, así como la Guerra de Kosovo en 1999.

En la Primera invasión a Iraq, en 1990, si bien la cobertura institucional fue dada por las Naciones Unidas, y hubo participación de otras potencias europeas, el apoyo financiero de otros países árabes, Japón, etc., además de modestas colaboraciones de otros países, como Argentina (envió dos naves de guerra para colaborar en las patrullas), también fue visible la preponderancia de esa comunidad anglosajona.

Y más atrás en el tiempo, en la Guerra del Atlántico Sur (impropiamente llamada “Guerra de las Malvinas”, pues también involucró a las Islas Sandwich del Sur y Georgias del Sur), en 1982, la misma comunidad anglosajona participó y se involucró activamente en contra de Argentina y de las naciones latinoamericanas que apoyaron la justa causa de reivindicación de la soberanía argentina.

Es de destacar que las notables evoluciones tecnológicas han transformado drásticamente la realidad geopolítica mundial, haciendo cambiar las importancias estratégicas de muchas materias primas y de determinados tipos de actividades humanas.

De tal forma, muchas materias primas han logrado desarrollarse o sustituirse en forma sintética. Eso sucedió con el caucho, con el aceite de tung (situación que deberíamos conocer muy bien en Misiones, dada la forma en que afectó a nuestra economía provincial), etc. Pero a la vez, la producción automatizada ha llevado a reconsiderar la importancia de la mano de obra, sobre todo en las actividades menos calificadas.

La conjunción de todos esos factores llevó a las definiciones de “naciones inviábiles” o de “naciones descartables”. En tan crueles definiciones se incluyen a casi todas las naciones del Tercer Mundo que no producen ningún bien de gran importancia estratégica, y que a la vez son tan pobres que ni siquiera importan en forma relativamente significativa como consumidores.

En esa clasificación se involucran la mayor parte de los países del África Negra y de Latinoamérica.

En la antigüedad, las potencias dominantes encontraban población que en el peor de los casos podría suministrar esclavos, soldados mercenarios, asalariados para producir materias primas locales, o posteriormente mano de obra barata.

Esa situación varió al evolucionar la tecnología, por lo que con un criterio absolutamente deshumanizado se afirma que esos “países inviábiles” nada pueden aportar a las economías de las naciones de la sociedad postindustrial.

Sin embargo, más allá de los que nos quieran hacer creer para doblegar nuestras conciencias, lo real es que la globalización no afectó a todos por igual, y “los más globalizados” (o sea los países en los que sus cúpulas gobernantes y sus pueblos fueron narcotizados mentalmente por la ignorancia o por las diversas técnicas de evasión de la realidad y de colonización mental mediante métodos subliminales), han sido los que en mayor medida han padecido ese proceso de destrucción nacional sistemática que implica precisamente la globalización a ultranza. Seguramente los “mejores ejemplos” de ello son Argentina, Ecuador y Uruguay. Nuestro país, por la destrucción social, desintegración política y regresión económica sin precedentes a escala mundial; Ecuador, por el caos socioeconómico que provocó la dolarización y todas las políticas neoliberales (el “maestro” de las mismas fue Domingo Felipe Cavallo, para más precisiones); Uruguay, por haber sido en menor escala el anticipo de lo que poco después sucedería en Argentina.

Por otra parte, queda muy en claro que al momento de escribirse este libro, en 2003, existen claros indicios que demuestran un resquebrajamiento de la aparentemente pétrea y monolítica estructura de la globalización y el neoliberalismo, arrojando duras críticas, como la del economista Joseph Stiglitz (precisamente salido del “riñón del poder” en el Banco Mundial) y muchos otros en todo el mundo.

Una nación con los enormes recursos humanos y naturales como Argentina, no puede ni debe resignarse a la desintegración nacional, que es el futuro que nos depara la doctrina de la globalización. Pero para ello falta un muy claro y patriótico Proyecto Nacional, en el cual la calidad a obtener de la población (cuantificable por su nivel educativo y sanitario y evaluable por su calidad moral), debe ser el basamento para desarrollarnos tecnológicamente e industrialmente, en sociedad y armonía con las hermanas naciones de Latinoamérica.

Queda muy en claro que las naciones líderes siguen invirtiendo ingentes recursos en sus desarrollos tecnológicos, en ampliar, mejorar y modernizar sus infraestructuras, en cuidar y mejorar sus poblaciones. Es muy claro que no desdeñan la planificación a mediano y largo plazo, y que de uno u otro modo intentan fortalecer sus Estados nacionales. Como también es muy claro que siguen -y seguirán, en la medida de sus necesidades y de sus importancias políticas y económicas para sustentarlos- practicando fuertes medidas proteccionistas.

Una de las pautas básicas para preservar el estado de dependencia y de subdesarrollo consecuente, es precisamente la aceptación pasiva de la realidad, bajo la idea paralizante según la cual “no hay otra alternativa posible”, o que “la realidad mundial ya está impuesta y predeterminada”, u otros pensamientos de colonización cultural por el estilo. Como un hecho simplemente anecdótico a escala planetaria, pero de significativa importancia para la Argentina, y de primerísima significación para la provincia de Misiones, cabe resaltar que hace poco menos de quince años algún autocalificado “economista de renombre” me expresó con todas las letras, palabras más o menos, que “no tiene sentido luchar por el desarrollo hidroeléctrico de Misiones, pues las políticas energéticas para Argentina ya están decididas en los niveles de decisión internacionales, que privilegiaron la generación termoeléctrica, dejando definitivamente de lado a las hidroeléctricas”.

Fiel a mis profundas convicciones a favor del desarrollo socioeconómico autosustentable, y plenamente convencido -con la formidable fuerza que dan los sólidos fundamentos técnicos- que la mayor riqueza natural de Misiones es el enorme potencial hidroeléctrico que atesora casi sin utilizarlo, me aboqué a la enorme tarea de difusión y esclarecimiento a nivel masivo.

A pesar de jugar con prácticamente todos los factores de poder en contra (opiniones de los principales “referentes” políticos locales; campañas de las grandes transnacionales de la ecología, con el consabido y consecuente “rebote” en varias ONG locales y de la región; todo el “aparataje” del *establishment* afín a la termoelectricidad formando parte claramente del aparato gubernativo que impuso las impiadosas políticas económicas neoliberales; campañas seudoecologistas masivas en los medios televisivos de Bs. As. difundidas en todo el país; etc.), puede afirmarse que esa tendencia se está revirtiendo, y que tanto la opinión pública como los estamentos intelectuales, políticos, sindicales, empresarios, etc., están reconsiderando sus actitudes del pasado, y hoy Misiones parece estar encaminándose a ser la gran productora hidroeléctrica de Argentina.

En algún momento mi prédica estuvo en absoluta soledad, y parecía poco menos que una quijotada o una causa perdida. Sin embargo, los resultados demuestran la tremenda importancia de las convicciones patrióticas y de la tesonera perseverancia.

Esas actitudes pueden y deben ser aplicadas a escala nacional para revertir la disgregación nacional y la economía pastoril que promueven los gestores de la globalización y del neoliberalismo a ultranza.

En vez de aceptar encorsetar al país en un modelo socioeconómico que a todas luces nos queda muy chico, debemos crear un modelo de nación a la medida de nuestras necesidades y enormes potencialidades.

El “pensamiento único” no es más que otra tremenda falacia, que no debe ser aceptada, para construir la gran nación que podemos y debemos ser.

Cabe destacar enfáticamente que dentro del estudio de la Economía, más allá del conocimiento de las herramientas técnicas básicas de la ciencia, se entra al estudio comparativo de la Economía Política, dentro de la cual las distintas vertientes de pensamiento están representadas por las Doctrinas Económicas. Y al entrar en el campo de las Doctrinas Económicas, se entra en el campo de la Política Económica. Para un enfoque amplio y globalizador de toda esta temática, la Historia Económica brinda

los marcos temporales y espaciales de esta múltiple interrelación de diversos saberes, ciencias y realidades, complejas y cambiantes, como son todas las ciencias sociales. Pero no por complejas y cambiantes debe admitirse el criterio de aceptación de enfoques supuestamente simplificadores, que en los hechos pasan a ser amorfas y confusas descripciones de la realidad, que solo pasan a ser nuevos aportes a la confusión.

Con el estilo directo de esta obra, se pretende concretar un aporte a la comprensión y a las claras definiciones conceptuales.

SEGUNDA PARTE

LAS DOCTRINAS Y LAS ESCUELAS ECONÓMICAS

LAS ESCUELAS ECONÓMICAS

El nacimiento de las escuelas económicas fue una consecuencia de los profundos cambios políticos y sociales experimentados en el continente europeo, en la Edad Moderna. Pero para una mejor conceptualización y una más precisa ubicación histórica, es prudente realizar al menos una brevísima síntesis de las transformaciones y hechos vinculados al tema, ocurridos en la Edad Media.

Esa es la metodología expositiva desarrollada en el punto siguiente, para posteriormente entrar al tema propiamente dicho, comenzando con una descripción de los factores sociales y culturales relevantes, que sirvieron de marco humano, para posibilitar las sucesivas transformaciones políticas, humanas y técnicas, las cuales fueron dándose en forma exponencial en la mayor parte de los casos; sobre todo en el ámbito técnico.

Dentro de todo ese complejo e imbricado proceso histórico, el nacimiento de los Estados dio lugar a la aparición de los sentimientos nacionales en cada uno de ellos. A la vez, el proceso de consolidación y de expansión de los Estados, en muchos casos originó las constituciones de nuevas estructuras imperiales, independientemente del tipo de gobierno que se adoptó sucesivamente en cada uno de ellos.

En todo ese contexto, las cuestiones económicas fueron tomando relevancia, a la par que se hacían más complejas. Inicialmente incluida dentro de las ciencias políticas, la economía como tal atrajo el interés de diversos hombres de Estado -estadistas-, y de muchos intelectuales y políticos.

Fueron entonces desarrollándose diversas ideas, ensayos, tratados y trabajos teóricos y prácticos, conducentes a entender, orientar, e influir sobre la economía. Ese fue el nacimiento de las doctrinas económicas, muchas de ellas nacidas más de la necesidad y del puro empirismo, fruto de las necesidades de Estado.

Después vendrían los teóricos y los teórico-prácticos, que elaboraron trabajos específicos y claramente identificados con el área de la economía política, posteriormente denominada simplemente economía. La nueva ciencia pronto alcanzó entidad e importancia propias, separándose de otras ramas del saber, como la matemática, la política, la sociología y el derecho, sin por ello perder sus profundas vinculaciones con todas ellas y con otras áreas del conocimiento, como la historia y prácticamente todo lo vinculado con las ciencias sociales.

Desde sus comienzos, la economía no fue una ciencia “neutra”, pues implícita o explícitamente todos los intelectuales y economistas advirtieron la importancia que reviste esta ciencia para la política. Y como la política es el arte de gobernar (entre otras incontables definiciones), la economía es siempre una ciencia vinculada con el poder.

En tal sentido, debe quedar muy en claro que nunca, repitámoslo claramente: nunca, las doctrinas económicas son “inocentes”, ni pueden desarrollarse en forma “aséptica” respecto a la realidad sociopolítica en la cual cada una de ellas actúa o al menos se pergeña. Inclusive la “asepsia” (léase supuesta falta de compromiso con alguna vertiente del pensamiento político), constituye en sí misma una sutil y en muchos casos perversa forma de escapismo político, que en los hechos resulta afín y perfectamente funcional con el establishment del ámbito en que se practica.

Algunas escuelas económicas, particularmente el liberalismo, se desarrollaron pretendiendo su aplicabilidad universal, su validez en toda circunstancia, independientemente de la realidad política, social, técnica, geográfica y económica de cada país o de cada región o macro unidad política. De allí a la muy nociva idea del “pensamiento único” evidentemente media un solo paso.

Las diversas escuelas económicas dieron lugar a una o más doctrinas económicas cada una de ellas, o al menos de diversas variantes de la doctrina básica de cada escuela.

Las pretendidas “recetas únicas”, derivadas del susodicho “pensamiento único”, constituyen en verdad poderosas herramientas políticas de dominación de las potencias económicamente desarrolladas, por medio de las cuales influyen, condicionan y en la generalidad de los casos impiden el desarrollo económico autosustentable y autónomo del amplio espectro de los países subdesarrollados.

Y muchos de los enfrentamientos entre distintas doctrinas económicas tienen estrecha vinculación con paralelos enfrentamientos entre distintos bloques o sectores de poder, en el intrincado y muy cambiante tablero del poder regional y mundial.

Breve reseña de algunos aspectos históricos vinculados al tema

Sin ser el objetivo principal de esta obra, un análisis meticuloso de los diversos y muy imbricados aspectos históricos, políticos y sociales que contribuyeron a transformar la sociedad feudal en una sociedad marcada por las constituciones de las nacientes nacionalidades (génesis de varias de las más antiguas naciones que como tales superviven), y de la economía de tipo capitalista, es importante dar el marco contextual para entender cómo y porqué fueron dándose las transformaciones que conllevaron a la creación de las distintas escuelas económicas.

En tal sentido, un meduloso análisis que permita imbricar las distintas variantes del pensamiento económico debe necesariamente contemplar y evaluar cuál ha sido el marco histórico, político y social en el que se ha gestado, desarrollado, declinado y, en muchos casos, desaparecido.

Las Naciones-Estado surgieron como instituciones políticas preponderantes, en el siglo XVI, significando en lo político el predominio del poder central sobre los múltiples poderes feudales existentes en sus territorios. De la atomización del poder que había significado el feudalismo -después de los grandes proyectos político-militares integradores de la Europa Occidental de la Edad Media, como el Sacro Imperio Romano Germánico de Carlomagno, de corta permanencia histórica- se pasó a un largo período de preeminencia de incontables pequeños territorios autónomos.

Hasta el siglo XV, esas múltiples unidades casi autosuficientes, que de hecho no respondían permanentemente a ningún poder político superior, eran los feudos. En ellos el señor feudal era el amo y señor, era la autoridad indiscutida. A cambio de cierta seguridad provista por su propio pequeño ejército y en algunos casos de la cesión del uso de parcelas de la tierra, los siervos se sometían a su casi ilimitado poder que incluía hasta aspectos personales de sus súbditos, debiendo dar parte de sus producciones al señor feudal, y servir en su milicia, en caso de ser convocados.

Pero las transformaciones sociales y políticas continuaron su devenir, en el largo período histórico que fue la Edad Media. Entre otras cuestiones importantes, muchos pequeños poblados se fueron transformando en ciudades de cierta importancia para la época, y en ellas las actividades productivas artesanales fueron logrando mayor preeminencia y derechos especiales para los respectivos gremios de artesanos. Para esa época, los poblados de más de 20.000 (veinte mil) habitantes ya eran considerados de alguna importancia.

A la vez, el paulatino incremento del comercio y de las actividades ligadas a él logró crear una burguesía, la que si bien no contaba inicialmente con el poder político real, hizo sentir su creciente influencia económica, lo cual constituía una manifestación de poder. Otro hecho muy importante ocurrido en la Edad Media fue la fundación de las Universidades en algunas de las más importantes ciudades de la época, como Bologna (1158), París (1205), Palencia (1210), Oxford (1214), Padua (1222), Nápoles (1224), Cambridge (1226), Salamanca (1228), Toulouse (1229), Montpellier (1239), Piacenza (1246). Valladolid (1294), siguiendo el camino ya transitado en la Grecia Antigua con la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles y la Biblioteca de Alejandría, constituyendo esta última un gran centro cultural y científico, posiblemente el más importante de su época.

Hacia el comienzo de la Edad Moderna, en Francia, Inglaterra y España, se fueron consolidando los primeros Estados Nacionales de Europa. Además de consolidar sus unidades políticas en extensiones territoriales relativamente extensas (para los parámetros europeos), todos ellos de una u otra forma manifestaron sus políticas expansivas, lo cual dio origen a sucesivos conflictos al colisionar rápidamente sus intereses político-económicos, tanto en suelo europeo, en la zona del Mediterráneo, y posteriormente a escala planetaria al expandirse la influencia de las potencias europeas en la era de los grandes viajes y posteriores colonizaciones en otros continentes.

Esas consolidaciones nacionales y/o imperiales, se fueron dando posteriormente en Rusia, el Imperio Otomano (Turquía y su *hinterland*, que alcanzó a ser considerable) y otras potencias en siglos sucesivos.

De hecho, en América, en Asia y en África también existieron muy antiguas civilizaciones, y llegaron a consolidarse grandes imperios en los que las artes, las ciencias y las organizaciones político-

económicas alcanzaron grandes niveles de desarrollo. Pero estas civilizaciones e imperios, por regla general no buscaron sus expansiones a escala transcontinental o mundial, como lo hicieron las potencias europeas a partir de la época de consolidación de los Estados Nacionales. Para no pocos historiadores, esa vocación expansionista e imperial de las nuevas potencias constituyó un legado cultural e histórico del Imperio Romano, cuya prolongada vigencia dejó una profunda impronta cultural y política en la civilización europea y en el área de influencia del Mediterráneo.

Los sistemas capitalistas. El marco histórico, político y social de sus comienzos

Tal como se reseñó brevemente en los puntos precedentes, las evoluciones políticas, culturales y económicas que fueron gestándose sobre todo en la última etapa de la Edad Media, prácticamente eclosionaron en profundas transformaciones concretadas en términos históricos muy breves durante los siglos XV y XVI.

El nacimiento de unidades políticas mayores y permanentes -las Naciones-Estado- configuraron, entre otros cambios significativos, complejidades mucho mayores en la política de los Estados, en sus estructuras administrativas, en sus basamentos legales y reglamentarios, etc.

Paralelamente, el notable predominio que las estructuras de la Iglesia habían mantenido y consolidado a lo largo de la prolongada Edad Media (de un milenio de duración) iba transformándose en un proceso de separación entre lo estrictamente religioso y lo secular.

Este es un tema particularmente controversial, especialmente entre historiadores y pensadores clericalistas y anticlericalistas a ultranza.

Durante el largo interregno entre la Edad Antigua y la Edad Moderna, que significó la Edad Media, las tareas desarrolladas por la Iglesia excedieron en mucho a la de por sí enorme tarea pastoral. Mediante esta acción pastoral, casi toda Europa se cristianizó, sustituyéndose cultos y costumbres paganas, completándose las tesoneras acciones emprendidas por los evangelizadores de los primeros siglos del cristianismo. Pero a la vez, se divulgó el conocimiento y uso del latín, como lengua eclesiástica tanto como idioma transmisor de la cultura, más allá de las fronteras de los distintos pueblos y razas que conformaban esa Europa en permanente ebullición política, social y militar. Para comprender mejor el significado unificador del latín (lengua adoptada por la Iglesia Católica), cabe mencionar que era el idioma de uso corriente en las diversas Universidades europeas durante toda la Edad Media, y continuó siéndolo en buena parte de la Edad Moderna.

Por otra parte, es bien sabido que la religión conforma uno de los factores sociales y culturales de mayor preponderancia. El hecho de tener una religión en común, fue sin duda uno de los factores más significativos entre los que contribuyeron a amalgamar culturalmente a Europa, en un proceso que después se repetiría a una escala geográfica mucho mayor en toda Iberoamérica.

Otras grandes religiones, como el Islam y el Budismo, cumplieron funciones similares de asimilación cultural entre los pueblos semitas y buena parte de los asiáticos, respectivamente. Pero todo este vastísimo e interesante tema no forma parte del análisis que se pretende realizar en este libro.

Durante toda la Edad Media, los monasterios, conventos y abadías, habían sido -junto con las pocas pero importantes Universidades de la época- los ámbitos en los que el estudio, la lectura, las bibliotecas, las transcripciones de libros -realizadas manualmente-, la enseñanza, y otras expresiones de la ciencia y el conocimiento, encontraban resguardo y lugar propicio para desarrollarse.

Esas influencias de amalgama cultural de los pueblos cristianos, de supresión de costumbres paganas en muchos casos brutales y arcaicas, y de conservación y lenta pero persistente ampliación del conocimiento, han sido hechos sociales sumamente positivos del accionar de la Iglesia.

A la vez, las estructuras de la Iglesia fueron conformando un claro factor de poder temporal, inmiscuyéndose y pasando a formar parte de los núcleos sociales predominantes en los distintos pueblos y comunidades. En ese contexto, las opiniones de los prelados y las máximas eclesiásticas alcanzaron categorías de dogmas poco menos que indiscutibles.

Dentro del cuadro de situación someramente descrito en los párrafos precedentes, las interpretaciones bíblicas que condenaban todo tipo de intereses sobre operaciones de préstamos gravitaron fuertemente sobre toda la población europea de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna. Al ser explícitamente condenadas y despreciadas todas las actividades de préstamos a interés, se desalentó a los cristianos a realizarlas. A la vez, dadas las persistentes luchas de los pueblos europeos

cristianos contra los pueblos islámicos, la presencia de población árabe en Europa era casi nula, a excepción de la Península Ibérica y de la zona de transición étnica y cultural que conformaban y aún conforman en la actualidad los Balcanes. De allí que la población judía, que no tenía impedimentos para realizarlas, haya pasado a ser en esa época muy preponderante en las actividades de préstamos, financieras y otras vinculadas.

Transformándose las pautas culturales en diversos estamentos sociales predominantes o emergentes, se separaron las ideas y principios estrictamente religiosas de los criterios de acción temporales. En cierta forma eso aceptó explícitamente la idea de la doble moral, la religiosa y la profana.

En ese nuevo marco, en cierta forma desvalorizada la caridad como una de las virtudes supremas, el afán del lucro sin medida pasó a ser una virtud socialmente aceptada e incluso bien vista, en función de que era el medio para obtener enormes riquezas materiales y a través de ellas se podía acceder al prestigio social y al poder político.

A esa mutación en la consideración de los valores sociales, sin duda contribuyó significativamente el pésimo ejemplo de la corruptela generalizada que se había instalada en la Iglesia como institución terrenal. Las luchas por el poder en las que los papas y obispos eran partes preponderantes, las ventas de indulgencias y las concentraciones y ostentaciones de riquezas de la institución eclesiástica y de los altos prelados, terminaron provocando un proceso revulsivo, del cual Martín Lutero (1483-1546) fue el factor detonante.

La preponderancia de las prédicas del alemán Lutero primero, y del francés Juan Calvino (1509-1564) después, son evidentes e indiscutibles como factores catalizadores de las transformaciones generales ocurridas al comienzo de la Edad Moderna.

Sin embargo, tampoco pueden ser dejados de lado otros importantes factores que motivaron y consolidaron los cambios. Dentro de estos cabe citar al auge logrado por los librepensadores, el racionalismo (que permitió el rápido desarrollo de las ciencias), la exaltación del materialismo como pensamiento y como forma de vida, radicalmente opuesto al espiritualismo impregnado de romanticismo preponderante con anterioridad.

Respecto a los reformadores religiosos -verdaderos revolucionarios sociales pacíficos para su época- es importante diferenciar las influencias ejercidas por Lutero y por Calvino.

Si bien Lutero fue el padre del protestantismo, el primer gran artífice de un vasto movimiento religioso que sacudió hasta los cimientos las estructuras de la Iglesia Católica Apostólica Romana, en lo político, en lo social y en lo económico fue claramente conservador. Más aún, en esos campos del pensamiento Lutero era un continuador de las ideas del medioevo.

Por ejemplo, Lutero mantuvo las ideas medievales respecto a los préstamos a interés, y era abiertamente contrario a las reformas sociales. Eso significa que al ser partidario del statu quo social, no era opositor al sistema de servidumbres y a las enormes e insalvables diferencias sociales de esa época.

Los efectos de la Reforma fueron múltiples, dando a su vez motivos a la formación de la Contrarreforma, dirigida desde Roma con sus abanderadas España y los múltiples pequeños Estados de la Península Italiana.

Pero volviendo a Lutero, expresado con mayor precisión, fue un reformador estrictamente en lo religioso, y un conservador en los otros ámbitos sociales.

Calvino, en cambio, produjo cambios en otros ámbitos de la actividad humana. El calvinismo tuvo particular buena acogida en el país natal de su mentor -Francia-, y en Inglaterra, Escocia, Holanda, Suiza, y en las colonias de Nueva Inglaterra (en Norteamérica).

A diferencia de los dogmas del libre albedrío, de la salvación a través de las obras y la fe alcanzable por cualquier creyente, así como de los valores del ascetismo, de la moderación, de la frugalidad y en cierta forma de lo que hoy llamaríamos “bajo perfil”, que caracterizaba a los fieles católicos, el calvinismo sostuvo la teoría de la predestinación, según la cual la salvación o perdición de las almas está ya predeterminada al nacimiento.

En base a dicha supuesta predestinación surgió la teoría o doctrina de la vocación, según la cual los creyentes podrían demostrar mediante sus éxitos terrenales su clara señal de gracia divina que lo conduciría a la salvación.

En ese contexto de dogmas y creencias calvinistas, la posesión y acumulación creciente de riquezas no estaba rodeada por el aura “pecaminosa” o de potencial culpabilidad que a esa situación en cierta forma calificaba el credo católico. Es bueno recordar al respecto las interpretaciones del catolicismo de aquella expresión de Jesús citada en los Evangelios: “es más fácil que un camello pase por el ojo de

una aguja que un rico entre al Reino de los Cielos”, en las que se solía omitir citar que por “ojo de una aguja” se entendía a una pequeña puerta triangular que existía en los pueblos amurallados de la antigüedad, en las que los camellos debían arrodillarse para poder pasar.

Al contrario del catolicismo, el calvinismo consideraba a la acumulación de riquezas como una manifestación elocuente de las bendiciones de Dios.

Pero como además el calvinismo exaltaba las virtudes del trabajo y de la austeridad, resulta muy claro considerar a esta doctrina religiosa como uno de los motores de los profundos cambios sociales y económicos que condujeron a la creación de grandes emporios empresariales, a la revolución industrial y al desarrollo de la economía como ciencia autónoma.

Con todo ello -y seguramente por la sumatoria de causales- quedaba expedito el camino a la formación del pensamiento económico, a la constitución de diversas escuelas económicas, y al desarrollo de diversas doctrinas económicas.

LAS DIVERSAS IDEAS ECONÓMICAS Y SUS DERIVACIONES EN LAS DOCTRINAS ECONÓMICAS. BREVE RESEÑA DE LOS PRECURSORES DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

El Metalismo o El Bullonismo

Partía de la suposición de considerar que la riqueza de un Estado se medía por las cantidades de metales preciosos (principalmente oro y plata) que podía acumular.

Su denominación indica cuál era el eje principal y casi único de su prioridad económica. Al respecto, el bullón era una unidad de medida del oro, utilizada en Francia en esa época.

Adviértase que se trata de un enfoque estático de la economía, pues prioriza el atesoramiento de riquezas bajo la forma de metales preciosos, y no tiene en cuenta la producción como importantísimo factor económico. Menos aún valorizó la importancia de poseer y mejorar las técnicas de producción y los artesanos capaces de realizar esos procesos productivos.

Tuvo vigencia en los siglos XVI y XVII, siendo una directa consecuencia de las masivas afluencias de riquezas que los europeos extraían de América en los primeros siglos de la conquista.

España fue la principal beneficiaria de la afluencia de riquezas de las Américas, a partir del descubrimiento del continente, en 1492. Secesionado Portugal en 1640, pasó a ser un competidor al cual también le llegaban enormes cantidades de diversas riquezas provenientes de las colonias de América.

Pero prontamente, las otras potencias europeas de la época buscaron la forma de poseer dominios coloniales, primero en América, y luego en África y Asia.

Gran Bretaña, Francia y Holanda fueron las potencias que siguieron a España y a Portugal en la posesión de dominios coloniales fuera de Europa.

Pero lo más importante es advertir que al no fomentar a sus propias industrias y actividades agrícola-ganaderas en sus territorios nacionales (en la propia Península Ibérica), las enormes riquezas que aflúan de las colonias americanas expoliadas por los conquistadores, rápidamente pasaban a manos de terceras naciones (principalmente Gran Bretaña), desde donde España y Portugal se abastecían de productos manufacturados; o de Francia, donde además de manufacturas adquirirían bienes de consumo básicos, como alimentos.

El Mercantilismo

Si bien es considerado por diversos estudiosos de la economía, como una de las más trascendentes doctrinas económicas, lo real es que el Mercantilismo nunca se plasmó en un cuerpo doctrinario como tal, ni tampoco tuvo una uniformidad de aplicación entre las distintas naciones que adaptaron estas ideas.

El Mercantilismo fue aplicado durante la Edad Moderna, particularmente en el siglo XVII, pero fue perdurando hasta el advenimiento de la Revolución Industrial, en la segunda mitad del siglo XVIII.

Las ideas básicas sustentadas en todos los Estados en los que se aplicó el Mercantilismo, fueron las enunciadas a continuación.

- Necesidad de obtener saldo favorable en la balanza comercial.
- Fuertes estímulos a las exportaciones.
- Trabas aduaneras y otras a las importaciones de manufacturas. Facilidades para importar materias primas destinadas a abastecer a la industria nacional.
- Estímulos para retener a los propios artesanos y trabajadores calificados; así como para facilitar las radicaciones de los extranjeros en territorio propio.
- Creación y/o fortalecimiento de la marina mercante.
- Creación o mejoramiento de puertos, canales interiores de navegación y de caminos.
- Clara prioridad a las actividades manufactureras y comerciales, respecto a la agricultura y la ganadería.

De las distintas variantes del Mercantilismo, las más conocidas son las siguientes.

El Mercantilismo Francés o Colbertismo

Debe su nombre al ministro Colbert. Implementó las medidas que dieron su nombre a esa política de Estado, a partir de 1666.

Juan Bautista Colbert (1619-1683) es con toda justicia considerado el padre del desarrollo industrial francés, previo a la revolución industrial. Fue ministro de Luis XIV, en uno de los períodos de mayor esplendor de Francia, y precisamente fue uno de los artífices -si no el principal- de ese florecimiento político y económico de su nación.

Colbert fue un trabajador inagotable, que dedicaba 16 horas diarias a sus múltiples actividades en sus funciones oficiales.

En su época, Francia no poseía ricas colonias equivalentes a los dominios de ultramar de España y Portugal, motivo por el cual no tenía acceso a minas de oro y plata, por lo que para poder tener llenas las arcas del tesoro real debía buscar un constante saldo comercial positivo, tal como lo señalaron las ideas mercantilistas básicas.

Entre las múltiples concreciones del colbertismo cabe destacar:

- Abolición de todas las aduanas e impedimentos al comercio interior.
- Facilidades para el desarrollo de las tareas artesanales, que en su época constituían la base de las actividades manufactureras. Ello incluía fuertes estímulos para la radicación de artesanos extranjeros, con sus familias, sus aprendices y todos sus enseres de labores.
- Prohibición de emigración de los trabajadores calificados y de obreros.
- Estímulos de todo tipo a las actividades industriales. Dichos estímulos incluían créditos a tasas muy reducidas (del 5% anual), subvenciones de diversas formas, franquicias impositivas, amplias libertades para despedir trabajadores, creación de manufacturas reales, empresas cuyas producciones eran monitoreadas por el Estado.
- Construcción y mejoramiento de la infraestructura portuaria fluvial y marítima.
- Creación y constante mejora de la flota mercante, la cual habría pasado de un total de 18 naves en 1661 a 273 en 1683 (un incremento de más de 15 veces en 22 años).
- Fortalecimiento de la marina de guerra.
- Fuertes estímulos a la natalidad, los que incluían exenciones tributarias temporales a las familias con más de 10 hijos, así como a los casamientos a edad juvenil.
- Agresiva política de exportaciones y limitaciones de diversos tipos a las importaciones.
- Ordenamiento administrativo nacional, siendo considerado Colbert el padre de la contabilidad pública moderna.
- Estímulos a las formaciones de grandes compañías comerciales para traficar con territorios coloniales franceses.

A la vez, Colbert se mostraba permanente preocupado por los altos niveles de gastos de las clases altas, por el lujo y el dispendio absolutamente excesivos a los cuales se entregaban las clases altas francesas, con apogeo en las fastuosas fiestas palaciegas. En todo esto Luis XIV no hizo caso absolutamente a las continuas sugerencias y opiniones de Colbert.

Para completar el cuadro de injusticias sociales, que un siglo después desembocarían en la Revolución Francesa, las clases económicamente ociosas (nobleza, clero de alto rango, altos oficiales

militares) no tributaban ningún tipo de impuestos. Como contrapartida, los agricultores eran agobiados con muy altos impuestos y con pesadas obligaciones, como trabajar un mes al año al servicio del Estado (construyendo caminos, acequias, etc.) y además debían realizar otros servicios a favor de las clases altas.

Al fallecer Colbert, todo el andamiaje administrativo y legal que se había montado en su época fue rápidamente desarmado, dada la ineptitud de las clases gobernantes (la realeza y la monarquía), de la mano del libertinaje y la corruptela de las mismas, así como de la falta de visión de grandeza que pusieron de manifiesto los sucesores del colbertismo.

Es de hacer énfasis en el hecho que fueron las ideas liberales (el *laissez faire, laissez passer*), los medios instrumentales con los que las clases “intelectuales” (esos mismos que -traspolando al caso argentino Jauretche llamaba “la *intelligentzia*”), desarmaron todo el andamiaje industrial de Francia, situación que recién se recuperaría trabajosamente varias décadas después.

El Mercantilismo Inglés

Para algunos autores es el más claro ejemplo del mercantilismo, institucionalizado a nivel nacional y mantenido en el tiempo hasta la aplicación de las ideas liberales (aplicadas estas recién cuando Inglaterra contaba con clara ventaja respecto a todas las otras naciones del mundo).

Su importancia debe cuantificarse tanto por los efectos directos (notable desarrollo económico y aumento de la potencialidad política, económica y militar de Gran Bretaña), como por haber sido el precursor de la revolución industrial.

Ya en el año 1600 se había constituido la Compañía Inglesa de las Indias Orientales.

Uno de sus pilares fueron las Leyes de Navegación (*Navegation Acts*), que estipulaban rigurosas medidas tendientes a asegurar la absoluta supremacía británica en el transporte de mercaderías de exportación y de importación, exigiendo que se realizaran en barcos de bandera propia, y en los cuales por lo menos las $\frac{3}{4}$ partes de la tripulación y el capitán debían ser británicos.

Las Actas de Navegación se sancionaron en 1651, durante el período en el que el manejo del gobierno inglés estaba en manos de Cromwell, que fue un gran impulsor del desarrollo del poderío inglés, acentuando toda la batería de medidas de estímulos a las producciones de manufacturas locales, de impulso a la navegación y de incremento de las exportaciones de las manufacturas inglesas, a la par de las importaciones de insumos de ultramar.

Estimuló las exportaciones de manufacturas, así como de materias primas que debían utilizarse en sus talleres y fábricas. Para ello, al haber sido anticipados por los holandeses en la conquista de colonias en Asia y África, la competencia por la conquista o el dominio de colonias y de los mares del mundo, pronto derivó en una sucesión de guerra entre estas dos potencias marítimas de su época. Las tres guerras se libraron en 1652-1654, 1665-1667, y 1672. Al final de dichos conflictos, Gran Bretaña emergió como la gran potencia naval de la época, sentando las bases para el gran poderío económico y militar que se consolidó con la revolución industrial, aunque esto ya sucedió en pleno auge del liberalismo, doctrina que había suplantado al mercantilismo.

Durante la vigencia del mercantilismo, sus propios capitales recibieron grandes facilidades para expandirse, tendiéndose a la creación y consolidación de empresas orientadas hacia las manufacturas, buena parte de las cuales tenía por destino la exportación.

Los estímulos hacia el sector empresario incluían los salarios muy bajos, la casi total ausencia de derechos de protesta y de agremiación de los asalariados; y un sector financiero en fuerte y continua expansión, sobre la base de la propia generación de excedentes comerciales, así como por los acuerdos comerciales firmados con otras naciones (siendo un claro ejemplo de ello el Tratado de Methuen, con Portugal).

El Mercantilismo Liberal Holandés

Implementó políticas decididas y activas para favorecer las exportaciones de manufacturas holandesas, para expandir su navegación y para extender sus dominios en territorios coloniales. La base de operaciones de todo el proceso fue la paulatina preeminencia que el puerto de Amsterdam fue adquiriendo a partir de las últimas décadas del siglo XVI. Ello respondió a un proceso histórico que tuvo

múltiples causas, y que a la vez fue hábilmente aprovechado por los Países Bajos para expandir su navegación, su comercio, y sobre ambos, toda su actividad económica.

El nombre deviene del carácter marcadamente “librecambista” del mercantilismo holandés, lo cual lo diferenciaba de los otros tipos de mercantilismo aplicados por diversas potencias europeas occidentales.

El proceso de constitución y de florecimiento del mercantilismo liberal holandés fue sumamente complejo, y para poder ubicarse mejor en el marco temporal y espacial (histórico y geográfico) deben comprenderse múltiples factores.

Como provincia o pequeño reino de cultura, lengua y etnia germana, Holanda fue asumiendo un papel independiente desde la segunda mitad del siglo XVI, proceso que fue afianzándose en forma conjunta con el debilitamiento y posterior desmembración de las hansas germanas.

Al respecto es conveniente recordar que la llamada Liga Hanseática o liga de los múltiples pequeños reinos germanos que emergieron de la Edad Media, dominó el comercio del Mar Báltico y del Mar del Norte, a lo largo de cuatro siglos, desde el siglo XIII al siglo XVI.

Tan poderosas habían sido las Hansas, que llegaron a dominar por completo el comercio exterior y en buena parte el comercio y actividades económicas interiores de Inglaterra en la época del auge hanseático; al punto tal que el nombre de la moneda británica (libra esterlina) deriva de una voz germana que representaba al dinero a fines de la Edad Media.

Precisamente la declinación de las Hansas prácticamente coincidió con el comienzo del esplendor comercial y naviero de Holanda. Si bien el momento preciso en que Holanda doblegó política y económicamente a las Hansas no está muy bien definido, se considera que para el año 1600 la supremacía holandesa sobre los otros principados germanos unidos (las Hansas) era total.

Los motivos políticos que fueron aprovechados por Holanda se sintetizan seguidamente.

A fines del siglo XVI España era aún la gran potencia dominante, Portugal no se había separado de España; y los enemigos principales del reino castellano eran Inglaterra y Francia. Por otra parte, pese a los esfuerzos españoles por implementar medidas de tipo mercantilista, diversos factores concurren para frustrar los mismos, tal como se explica en el apartado específico (el mercantilismo español). Consecuentemente, ante el reiterado fracaso en autoabastecerse no solo de insumos industriales, sino inclusive de bienes elementales, como cereales, España se vio forzada a importarlos de diversos proveedores del viejo continente. En esa circunstancia, Holanda asumió el papel de proveedor de diversos bienes que España demandaba imperiosamente.

Con su flota mercante, su gran puerto de Amsterdam, sus florecientes instituciones financieras, administrativas y posteriormente aseguradoras, y con una política nacional hábilmente orientada, Holanda se transformó en el gran intermediario de todo tipo de bienes. Para dar una idea más acabada de esa situación, algún lord británico llegó a quejarse amargamente en el Parlamento, que los paños ingleses eran revendidos por los holandeses en la propia Inglaterra, más baratos que los provistos directamente por los industriales y comerciantes británicos.

Pero como Holanda siempre fue un país de muy reducido territorio, de una relativamente poca numerosa población, y como en esa época (fines del siglo XVI y comienzos del XVII) no competía abiertamente con España -no constituía un adversario político-, era un “socio confiable”. Si a eso se le agrega que los banqueros radicados en Holanda recibían de muy buen grado los metales preciosos que España les hacía llegar en pago de todo tipo de mercaderías, se puede entender muy bien de qué forma Holanda fue el “socio menor necesario” que España necesitaba.

Recién cuando Inglaterra comenzó a ganarle a España el dominio de los mares, el naciente Imperio Británico estuvo en condiciones de competir y de ganarle a Holanda en la lucha por el dominio del comercio mundial.

Algunos autores señalan -con mucha objetividad y sin asomo de ningún antisemitismo-, que el desarrollo comercial y financiero de Holanda estuvo muy relacionado con las importantes radicaciones de judíos sefarditas (de tipo árabe), los cuales al ser expulsados de España en 1492 fueron a diversos puntos de Europa, entre ellos Amsterdam.

Las claves para el notable desarrollo comercial y económico de Holanda pueden sintetizarse en las siguientes.

- Al comprar en metálico (en efectivo) y en grandes cantidades, se aseguraban precios de costo excepcionales.

- Rápidamente pasó a ser el intermediario prácticamente necesario en el comercio de los cereales producidos en Europa Oriental.
- Las tasas de créditos vigentes en Holanda eran reducidas, del orden del 5% anual.
- El gobierno desarrollaba un conjunto de medidas tendientes a facilitar e impulsar el desarrollo económico en general, significando ello lo que hoy denominaríamos “políticas activas”.
- Se especializó en la construcción de navíos mercantes y de guerra, para la época de muy buena tecnología. Sus naves mercantes eran más veloces y maniobrables (de casco muy angosto) que las pesadas naves comerciales inglesas.
- Al adquirir maderas de todo el entorno del Mar Báltico, Holanda pasó a ser el gran centro de distribución continental de las mismas. Fabricando además (o adquiriendo a muy buen precio) todo el utillaje metálico, velámenes, etc., sus astilleros pasaron a ser de relevante importancia.
- Los puertos, sobre todo el de Amsterdam, crecieron y mejoraron sensiblemente sus instalaciones.
- Los distintos servicios necesarios para sostener e impulsar el comercio marítimo también se desarrollaron rápida y eficientemente.
- Las medidas de tipo proteccionista, Holanda las aplicó preferentemente para proteger y desarrollar su navegación y su intermediación comercial. En cambio, en lo referente a los otros bienes en general, adoptó una postura favorable a facilitar el intercambio.
- En pleno auge del mercantilismo liberal holandés, esta nación desarrolló grandes empresas comerciales colonialistas, al estilo de las inglesas (como la de las Indias Orientales). Sin embargo, las empresas holandesas perduraron mucho menos que las inglesas, dada la menor potencialidad de su política colonialista.

Esa particular simbiosis entre medidas proteccionistas y políticas gubernamentales activas, con la favorable predisposición a promover el intercambio general de mercaderías con el menor grado de controles y barreras arancelarias posible (dado que sus beneficios derivaban de la intermediación, más que de la propia producción), dieron por resultado el *muy sui generis* mercantilismo liberal holandés.

El Cameralismo Alemán

Alemania era un conjunto de pequeños Estados, carentes de unidad política, aunque cultural e históricamente identificados entre sí.

Como un proyecto de unidad nacional, y con claros objetivos políticos y económicos, las ligas de los Estados alemanes implementaron medidas tendientes a eliminar sus barreras arancelarias interiores, fortalecer el comercio interior, estimular las exportaciones, e intensificar las producciones de artículos manufacturados.

Los resultados obtenidos fueron muy satisfactorios, aunque esa política se abandonó temporariamente, al imponerse durante un tiempo en los círculos académicos, intelectuales y determinados estamentos gubernativos, las ideas liberales de Adam Smith y sus continuadores.

Uno de los principales pensadores del cameralismo alemán fue Johann Heinrich Gottlob von Justi (1717-1771). El nombre de la doctrina deriva del latín *camera*, en alemán *Kammer*, que significa el lugar donde se guarda el tesoro del príncipe.

La diferencia principal con otros mercantilismos fue el énfasis por defender el funcionamiento y fortaleza del Estado, que en esa época se asimilaba con el soberano. Para ello, se avanzó en lo concerniente a poseer una eficiente burocracia administrativa del Estado, una planificación eficiente, una poderosa intervención estatal, y estableció las bases del Estado de Bienestar, implementado por Federico I de Prusia, en un adelanto de las políticas que un siglo después implementaría férreamente y perfeccionaría Otto von Bismarck. Von Justi previno acerca de las nefastas consecuencias que tendría la política del *laissez faire*, tal como después precisamente sucedió en su propio país y en otros del mundo.

Dentro de múltiples catedráticos universitarios y pastores luteranos que enseñaban la disciplina (el cameralismo), se menciona a Ludwig von Scheckendorf (1626-1692).

Otro autor importante de la misma corriente de pensamiento fue el austríaco Josef Sonnenfels (1732-1817), el cual profundizó sus análisis en lo referente al comercio internacional. Adviértase que para

la época, Austria -hoy nación germano parlante separada de Alemania- era uno más de los múltiples Estados germanos, de los cuales los principales eran la propia Austria y Prusia.

El cameralismo alcanzó tal relevancia en los Estados germanos, que se crearon cátedras universitarias de Ciencias Cameralistas. Inclusive las Facultades de Derecho (ámbito en el que por esa época se enseñaba la novel economía), pasaron a denominarse Facultades de Derecho y Ciencias Cameralistas.

El Mercantilismo Español

En la misma época, España comenzó la aplicación de medidas claramente identificadas con el Mercantilismo. Pero la corrupción interna que ya se evidenciaba en distintos sectores gubernativos y sociales, así como el inadecuado manejo de la masiva afluencia de metales preciosos de las colonias americanas, y otros graves problemas organizativos internos, terminaron por hacer fracasar al Mercantilismo Español.

Es dable advertir que a pesar de los esfuerzos realizados por algunos gobernantes -en rigor burócratas de alto rango- por sacar a España de la paulatina decadencia a la que la llevaba, paradójicamente, la enorme afluencia de riquezas provenientes de América, el apoyo real (de los sucesivos reyes) fue insuficiente para revertir la situación.

Al consolidarse el expansionismo español en América y otros territorios (como Filipinas), buena parte de la población peninsular emigró a los nuevos dominios. Paralelamente se produjo un proceso de suba de los precios internos, junto con la falta de estímulos a las producciones locales.

Tan grande fue el deterioro interno al que en algún momento se llegó, que España necesitó importar prácticamente casi todo lo que se consumía, aún los cereales. Claro está que la enorme afluencia de riquezas fáciles usurpadas de las minas americanas permitía que, a pesar del deterioro de la economía de la Península Ibérica, el nivel de fastuosidad de las clases altas continuara imperturbable. Ese nivel de vida se mantenía derivando al exterior ingentes cantidades de metales preciosos, tanto vía Mar del Norte como a través de Génova (por ese entonces territorio bajo dominio de la Corona Española).

Para complicar más la situación, la miseria se apoderó de los sectores sociales productivos (agricultores, artesanos, etc.) que carecieron de estímulos verdaderos para seguir produciendo.

Una interesante opinión manifiesta que habiendo adquirido España el estatus político de gran potencia mundial, logrando ser “el imperio donde no se pone El Sol”, su estructura administrativa no llegó a desarrollarse en la escala gigantesca necesaria para gobernar con eficiencia semejante imperio gigantesco.

Algunos historiadores sostienen que durante el apogeo del Imperio Español, muchas de sus conquistas o anexiones territoriales rendían réditos políticos dentro del intrincado ajedrez de la política europea con proyecciones mundiales de la época, pero no rendían los resultados económicos necesarios para mantener con eficiencia el control político total en tan extensos y variados territorios. En Europa, durante su apogeo en los siglos XVI y XVII, España tenía posesiones en el Báltico, en el Mediterráneo y en centro y sur de Italia. Pero la superestructura militar necesaria para defender tan vastos territorios (que incluían casi toda América y otros territorios insulares) provocaba un ingente uso de recursos financieros, que ponía en apuros al Tesoro Real, el cual repetidamente tenía que recurrir a los banqueros de la época, principalmente los radicados en la actual Holanda.

Puede sintetizarse todo ese cuadro de situación definiendo que el mercantilismo español fue un proceso incompleto, que no alcanzó a dar ningún fruto perdurable, y no pudo detener la decadencia española, que al comienzo del siglo XVII ya era perceptible.

El Mercantilismo Ruso

Dentro de los profundos y drásticos cambios tenazmente implementados por el Zar Pedro I (1689-1725), también llamado Pedro El Grande, las transformaciones económicas fueron significativas y las medidas tomadas eran totalmente afines al pensamiento mercantilista.

Cabe señalar que este singular monarca recibió su apelativo no solo por sus descomunales fuerza y tamaño físico, sino por la profundidad e importancia de las transformaciones concretadas en Rusia.

Puede afirmarse que a partir de su extenso reinado, Rusia pasó de ser un reino de relativa importancia y sumamente atrasado, sin salida al mar y sin mayores proyecciones continentales, a constituir un gran imperio, con salida al Mar Báltico, con grandes conquistas territoriales, y con una estructura económica diversificada y ya industrializada, además de lo cual contó con una flota naval.

Su obra de expansión y de “rusificación” de la Europa Oriental y de los alejados confines del imperio en Asia, fue continuada por la Emperatriz Catalina La Grande, también llamada La Emperatriz Alemana o La Emperatriz Impúdica.

Bajo la conducción de Catalina, Rusia se expandió hacia el sur, confrontando con el Imperio Otomano, y alcanzando un acceso al Mar Negro a través del Mar de Azov, junto a la Península de Crimea; pero esto fue un proceso posterior.

Habiendo asumido como Zar muy joven, Pedro I mostró rápidamente sus enormes energías, su férrea voluntad, e inclusive su despiadado talento para hacer de su reino un gran imperio. Su extrema violencia incluso llegó a provocar la muerte de su propio hijo, la cual acaeció ante los castigos que recibió en la cárcel, donde fue confinado por expresa orden del propio Zar.

Teniendo una gran admiración por la cultura y los adelantos de Europa Occidental, no vaciló en trasladarse con una comitiva, por largo tiempo, residiendo en Königsberg (Alemania) para aprender la construcción de artillería; en Ámsterdam (Holanda) aprendiendo ingeniería naval; y en Londres (Inglaterra) para conocer las más avanzadas técnicas de navegación.

La expansión rusa hacia el norte la ganó a expensas del Imperio Sueco, el cual en esa época se expandía mucho más allá de la Península Escandinava, dominando buena parte de las costas del Mar Báltico, donde limitaba con Polonia y otros dominios.

Sobre el Báltico, Pedro El Grande hizo construir su fastuosa capital imperial, la ciudad de San Petersburgo, dotada de un esplendor digno de las más ricas capitales imperiales europeas.

En lo económico, las medidas adoptadas fueron múltiples, dentro de las cuales cabe citar:

- El establecimiento de monopolios estatales en actividades de manufacturas de tejidos y tapices, así como en las explotaciones de minas y bosques del área de los Montes Urales.
- Diversas facilidades para las radicaciones de extranjeros dotados de habilidades artesanales, técnicas, comerciales, de oficios laborales (oficiales) y artistas; llegando a contratarlos expresamente.
- Creación de Escuelas de Estudios Superiores y fundación de la Academia de Ciencias de San Petersburgo en 1725.
- Fabricación de navíos comerciales y militares.
- Políticas para favorecer a las ciudades, como medio de consolidar las reformas instrumentadas.
- Protección a las industrias artesanales nacionales.
- Política de fomento a la agricultura y la ganadería, aunque fueron limitadas.

Cabe acotar que la gran masa de la población continuó viviendo en la pobreza, por lo que el germen del descontento social fue creciendo, como prolegómeno a la gran revolución bolchevique que estallaría dos siglos después.

Durante el reinado de Catalina, si bien se consolidó la expansión de la economía rusa y se extendió el imperio, la población siguió sumida en la pobreza, mientras la corte imperial vivía en la fastuosidad.

Fue esa situación de notable injusticia social la que preparó el caldo de cultivo de muchas expresiones de disconformismo, las que llevarían mucho después a la revolución bolchevique de 1917.

La Fisiocracia

Esta particular escuela económica, iniciada por el médico francés Quesnay, pretendía fundamentar que las únicas genuinas producciones eran las de origen agropecuario, no considerándolas de igual modo a las actividades artesanales-industriales, ni a los servicios. La Fisiocracia se desarrolló y tuvo un corto período de auge, exclusivamente en Francia.

Para fundamentar tan curioso pensamiento, elaboró la Tabla Económica (*Tableau Economique*), mediante la cual sostenía la elaboración de su doctrina. De acuerdo con ello, la única actividad que debía ser gravada con impuestos era la agrícola-ganadera.

Salta a todas luces la incongruencia de ese tan sectario pensamiento, visto con la sola impronta de la más elemental lógica. Pero para entender las claves de ese razonamiento, debe comprenderse la realidad de Francia en la corta época de vigencia de la doctrina fisiocrática, en el siglo XVIII, antes de la Revolución Francesa (1789).

La nobleza, la monarquía y la aristocracia religiosa, concentraban el poder político y económico en Francia, en esa época. Todos esos sectores gozaban de amplios privilegios, dentro de los cuales estaba la total exención de impuestos, los que recaían exclusivamente en los artesanos, los agricultores y otros sectores desposeídos.

Como médico de la corte de Luis XV, y como médico personal de Madame Pompadour, a Quesnay y sus seguidores se les hacía muy difícil realizar críticas directas a las injusticias sociales de la época.

Algunos analistas clásicos sostienen que, con esta filosofía económica, los fisiócratas pretendían hacer caer todo el peso de los impuestos en la ya muy empobrecida clase social de los agricultores, librando de toda carga impositiva a los rentistas, a los sectores burgueses, a la aristocracia y a los artesanos.

Sin embargo, con gran lucidez, List propone otro enfoque muy diferente. Sostiene que para los pocos intelectuales de la época era muy difícil manifestarse en contra del statu quo. Dentro de ese marco, algunos médicos, molestos por las grandes diferencias sociales pero que forzosamente desarrollaban su profesión sirviendo a las clases acomodadas, se percataron que la propiedad real de la tierra estaba en manos de las clases altas (nobleza, monarquía, clero). Con esa situación, y la imposibilidad fáctica de transformarla, la fisiocracia habría constituido un intento de darle un sustento intelectual a una política de distribuir la carga impositiva exclusivamente entre los sectores terratenientes, desgravando de hecho a los sectores productivos y más castigados de la población francesa de la época.

Los empíricos discordantes

Se denomina así a algunos autores que pueden considerarse entre los primeros economistas, si bien sus actividades fueron variadas, por lo que la economía, o al menos los grandes tratados no fueron sus características distintivas.

Dentro de esta categoría se ubica a Hume, Galiani y Steuart, habiendo sido contemporáneos entre sí y contemporáneos de Adam Smith y de una generación anterior, pero también contemporáneos de Friedrich List.

Se diferenciaron claramente de los fisiócratas, pues mientras que estos eran racionalistas en grado extremo, los discolos prácticamente contemporáneos de los fisiócratas eran empíricos, observando la realidad e investigando los ejemplos históricos.

El racionalismo de los fisiócratas llegó a niveles dogmáticos, por lo que estos proto economistas (los fisiócratas) descalificaban apriorísticamente todo lo que no estuviera dentro de sus construcciones racionales abstractas, así fueran estas sin puntos de contacto con la realidad.

Aportando otro enfoque de los temas económicos, los empíricos discordantes preferían valerse de las observaciones de la realidad y, dentro de ese método, la investigación histórica era un componente muy importante. Algunos estudiosos de las doctrinas económicas denominaron a estos empíricos los antiracionalistas, calificativo con connotaciones casi descalificatorias e injustas. En efecto, los empíricos discordantes sin duda emplearon métodos de “raciocinio” (de razonamiento), pero evitaron las entelequias intelectuales divorciadas de la realidad y solo sostenidas por la fuerza del dogmatismo, como sucedía con los fisiócratas.

Para entender mejor las negativas influencias de los dogmatismos en la economía, adviértase que el sustento último y real de la parte medular del pensamiento liberal y neoliberal también se sostiene en pensamientos dogmáticos, que no resisten los análisis objetivos y profundos. Y adviértase también que List y otros economistas de la corriente nacional del pensamiento, también se sustentaron en las enseñanzas de la historia, para fundamentar sus análisis.

Otra diferencia notable entre los fisiócratas y los empíricos discordantes, es que los primeros eran médicos volcados a los análisis económicos, mientras que los segundos eran intelectuales de otras profesiones, y posiblemente más en contacto con la realidad general.

Tal vez por ello se entienda el enfoque de los fisiócratas, analizando el funcionamiento de la economía en modelos productivos y circulatorios cerrados de la riqueza; asimilándolo con el funcionamiento del cuerpo humano, cuyo sistema “productivo” y circulatorio responde también a una concepción cerrada e independiente, en lo esencial, de factores exógenos.

Ferdinando Galiani (1728-1787) fue un diplomático italiano que cumplió funciones en París, y dentro del desarrollo de sus actividades pudo conocer a destacadas personalidades de su época. Dentro de ellas, se incluye en un sitio preponderante al filósofo e historiador Giambattista Vico (1668-1774), quien fue un tenaz contestatario del racionalismo antihistórico.

Si bien los aportes de Galiani son considerados de alto nivel, inclusive brillantes, lo real es que no se dedicó de lleno a la economía, ni tampoco tuvo predisposición a escribir largos y farragosos tratados, ni manifestó la perseverancia para abocarse a esta -por entonces- nueva ciencia, con toda la dedicación de una vida, tal como sí lo hicieron otros economistas.

No obstante, en su libro, de mediana extensión, Galiani elaboró enfoques novedosos para su época, dentro de lo cual resaltó su teoría del valor; del cual distinguió entre valor de uso y valor de cambio. Con ello, pasó a considerar como un factor de suma importancia a las fuerzas sociales y a los aspectos subjetivos, como determinantes de buena parte de los componentes de la actividad económica.

En ese sentido, los enfoques de Galiani tuvieron un paralelismo con los trabajos de *Thornton Veblen* (economista norteamericano posterior a su generación).

Al entrar en las consideraciones del hedonismo como fuente de motivación, se refirió al denominado “*efecto sustitución*” y al “*efecto demostración*”, como motivadores de decisiones económicas importantes, tanto vinculadas con el consumo como con la inversión.

El pensamiento de Galiani tuvo que ser conocido por Adam Smith, quien sin embargo lo omitió totalmente en sus trabajos. Ello es entendible, pues Galiani, al reconocer la importancia de lo que hoy llamaríamos “políticas estatales activas”, estaba ubicado prácticamente en las antípodas del crudo liberalismo que el escocés Smith encarnó.

David Hume (1711-1776) fue un filósofo escocés que trató a la economía como una ciencia social, por lo que a partir de esa concepción, la construcción de una “ciencia del hombre” pretendió darle una orientación muy distinta a los fisiócratas y otros predecesores, más afines al pensamiento rígido y dogmático.

Hume fue considerado uno de los precursores de la moderna concepción de la ciencia, pues más que considerarla encasillada en ideas rígidas, sostenía que debía basarse en la continua observación, en la experiencia, en un proceso dinámico continuo, el cual lleva a la evolución de una idea original u otras más avanzadas.

Hume era un utilitario, en el sentido que asimilaba lo útil a lo bueno; además, era partidario de utilizar las lecciones de la historia para obtener conclusiones, y de la introspección para evaluar los análisis.

Si bien era partidario de un orden más justo, y fundamentó que la “satisfacción” que recibe una persona carenciada es muy superior a la “insatisfacción” de un acaudalado al que se le hace contribuir para redistribuir a los pobres, consideraba que la igualdad total es además de imposible de lograr, impracticable, por las consecuencias de anarquía o de desorden general que sobrevendrían.

En sus análisis afloró la idea del “*homo economicus*”, del hombre como ser abocado a actividades económicas. Consideró que el trabajo puede ser una fuerte motivación, con características incluso divertidas o placenteras y, -dentro de ciertos límites-, sanamente competitivo.

Entre sus muchos aportes económicos consideraba al comercio exterior como una actividad beneficiosa en general para la humanidad, y que en cierta forma iría dando oportunidades a diversas naciones a medida que estas accedieran a estadios superiores del desarrollo económico. De tal forma, las nuevas naciones productoras de manufacturas irían desalojando a las productoras antiguas, en base a menores costos de producción y otras ventajas similares, en un proceso que -según su concepción- debería ir repitiéndose con otras naciones que alcanzaran sus propias etapas industriales.

Consideraba a la clase media como el gran motor de la economía, pero a la vez alertaba acerca de los perniciosos efectos de las deudas en la sociedad en general.

Un concepto muy avanzado para su época, que recién sería vuelto a tratar por Keynes casi un siglo después, es el referente a los efectos benéficos de una moderada inflación sobre la actividad económica general, al estimular un incremento general de la producción.

Fue amigo personal de Adam Smith, y si bien alabó su obra, señaló defectos en ella, como por ejemplo en lo concerniente a la renta.

Sir *James Steuart* (1712-1780), escribió “Principios de economía política”, publicándola casi al fin de su vida.

Habiendo nacido en Escocia, durante varios años debió exiliarse en el continente por motivos políticos. Durante su exilio entró en contacto con los cameralistas alemanes, partidarios de un activo proceso de participación del Estado en las actividades económicas, y en un profundo estudio de la historia como medio de obtener conocimientos empíricos para fundamentar las ideas económicas.

No fue partidario de “sistemas” de concepciones cerradas y dogmáticas (lo que lo distanció de los fisiócratas y del liberalismo), pues sostenía que cada país debería tener su propia economía política, acorde a su realidad social, geográfica, política y cultural propia.

La aritmética política

En el siglo XVIII, y en respuesta a la escuela metalista o al bullonismo, surgió una corriente de pensamiento de efímera vida, y en general muy poco conocida, a la que se denominó la aritmética política.

Davenant describió a la aritmética política como -“el arte de razonar por medio de las cifras las cosas relativas al gobierno”-. Por ello, a pesar de su corta vigencia como doctrina económica autónoma, puede considerarse como la precursora en el uso de las estadísticas como herramienta efectiva de gobierno.

Sir *William Petty* (1623-1687) es considerado el iniciador de esta escuela de pensamiento económico. Fue el precursor de la Contabilidad Nacional, considerándola tanto una herramienta básica del gobierno como una fuente de datos fiables para los estudios económicos.

Petty fue médico, poeta, escritor, científico y uno de los precursores de la economía. Al considerar al “cuerpo económico” en forma similar al cuerpo humano para los estudios teóricos, su metodología y concepción general se asemejó a la de los fisiócratas.

Pero su orientación a basar sus conclusiones en análisis matemáticos de la realidad dio a sus estudios una configuración con características particulares, conformando una escuela económica singular. Pero no por ello la aritmética política ha sido marcadamente diferente de la escuela clásica, pues Petty consideraba que existía una especie de “leyes naturales” a las que no tiene sentido oponerse, y que tenderían al equilibrio, motivo por el cual se manifestó en contra de las que hoy denominamos “políticas activas”, sobre todo en lo referente al comercio y principalmente al comercio exterior. También se refirió a la división del trabajo como un factor importante para el buen desenvolvimiento de la economía. Prácticamente, Petty fue un precursor de la llamada “escuela clásica”.

Habiendo acompañado la expedición invasora de Cromwell a Irlanda, puso en aplicación sus ideas para implementar un sistema de impuestos (*taxes*) que gravaran las actividades del territorio conquistado, basando sus aplicaciones en los cálculos económicos de las actividades económicas de ese territorio incorporado por la fuerza al Imperio Británico.

El Georgismo o la Neo Fisiocracia

Henry George (1839-1897) fue un pensador estadounidense de características muy sui generis, que elaboró una doctrina que en su momento alcanzó bastante difusión y que llegó a tener un indeterminado pero importante número de adeptos. En España, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, sus seguidores llegaron a constituir la Liga Española para el Impuesto Único.

Inmigrantes españoles e italianos trajeron esa filosofía político-económica a la Argentina, la cual alcanzó cierta preponderancia entre algunos de los líderes del alzamiento de “La Pampa Gringa”, cuyo suceso más relevante fue el “Grito de Alcorta” en 1912.

El Georgismo es una muy particular conjunción entre el liberalismo extremo propugnado por Adam Smith y la fisiocracia de Quesnay. Podrían encontrarse ciertos paralelismos con algunas ideas del anarquismo, en lo referente a las críticas ácidas al papel del Estado al imponer otros impuestos, al favorecer la propiedad privada de la tierra (que en el siglo XIX tenía características absolutas como las del Derecho Romano, sin consideraciones de índole social), y al sostener el ideal de un idílico mundo prácticamente sin fronteras y sin conflictos entre las naciones.

Pero sin duda tiene perfiles propios, pues a diferencia de los “maximalistas” Henry George manifestó una profunda fe cristiana, y en muchos de sus escritos hizo referencias a parábolas, pasajes y enseñanzas bíblicas. Cabe acotar que “maximalistas” es un término en boga a fines del siglo XIX y comienzos del XX, equivalente a “extremistas”.

Consideró que todos los otros impuestos son violatorios a la ley moral, y fuente de injusticias e inequidades. Pero puede advertirse que al execrar los impuestos que gravan diversas manifestaciones de riqueza, el “georgismo” no parece aportar ideas concretas tendientes a una más justa redistribución de la riqueza (siempre sin caer en posturas revolucionarias ni mucho menos). Al respecto, sostuvo que el propuesto impuesto único a las tierras libres de mejoras lograría por sí mismo una situación de igualdad social, o al menos un estado de cosas marcadamente más equitativo que el conseguido con las aplicaciones de todas las otras ideas, doctrinas y sistemas económicos.

Afirmó Henry George que la tierra no debe estar sujeta al derecho de propiedad privada, pero en cambio propuso el concepto de “posesión privada”. Según este criterio, el “poseedor” de una parcela de tierra (sea esta grande, mediana o pequeña) debería ser el dueño del producido de dicha parcela. Justificó estas ideas en base a la justa retribución del esfuerzo de quien realiza mejoras en la tierra, la cuida y la cultiva, por lo que -según su concepción ética con claras connotaciones cristianas- debería tener como recompensa la propiedad exclusiva del “producido” de dicha tierra con sus esfuerzos (o los esfuerzos del personal que contrate y retribuya con justicia y equidad).

Con esos criterios, nada impediría que se mantenga la “posesión” de la tierra, siempre y cuando se la tenga permanentemente en producción. Del mismo modo, nada impediría transferir dicha posesión a los herederos o a terceras personas en operaciones comerciales, donando, legando o vendiendo la “posesión”, pero siempre impidiendo la propiedad de la tierra como tal.

De acuerdo con esa filosofía, la “posesión” de la tierra se perdería automáticamente al no ocuparse y utilizarse la misma. Con ello se impedirían todas las maniobras especulativas y las potencialmente conflictivas figuras de arrendamiento, aparcería, locaciones, etc.

Analizando el hecho cierto que el valor de las tierras se incrementa según su ubicación, su cercanía a poblaciones, rutas y otras mejoras hechas por el hombre, propuso gravar el valor real de la tierra, el cual debería actualizarse año a año. Consideró que el valor de la tierra se vincula directamente con el progreso social, con lo que dio el marco ético a sus propuestas; no obstante lo cual la precisión matemática del valor de la tierra no deja de ser un tema controversial.

Habiendo vivido en plena época de desarrollo industrial, y advirtiendo la creciente automatización de las tareas, advirtió acerca de la posibilidad de prescindir totalmente de ramas enteras de operarios, proceso que se está dando en nuestros días y que inclusive lleva a la marginación de las llamadas peyorativamente “naciones inviables”. Sostuvo que esa situación de exclusión absoluta se evitaría mediante la abolición de la propiedad de la tierra.

Siendo que los escritos de Henry George son acentuadamente apasionados y con claros ribetes literarios, además de fogosamente politizados, le atrajeron la atención y aceptación de lectores profanos a la economía, y lo malquistaron con los economistas profesionales, más acostumbrados a un lenguaje sobrio y por lo general no comprometido política ni socialmente.

Luis Denegri y varios de sus seguidores y simpatizantes fueron los continuadores de las ideas de George en la Argentina, aplicando dicha filosofía en los alzamientos campesinos de la Pampa Húmeda en la década de 1910.

EL LIBERALISMO O ESCUELA CLÁSICA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO Y SUS DERIVACIONES

Marco General

En primer lugar, cabe diferenciar al liberalismo como concepto cultural, del liberalismo político, y del liberalismo económico.

Como concepto cultural, el liberalismo representó un cambio de valores frente a las rigideces e hipocresías de estructuras sociales más acartonadas o rígidamente formales, como la de la época victoriana (de la reina Victoria en Gran Bretaña). En tal sentido, el liberalismo cultural suele identificarse con la desestructuración de las pautas tradicionales vigentes y una mayor permisividad en las costumbres sociales.

Como concepto político, el liberalismo propugnado a fines del siglo XVIII representó un drástico cambio comparado con las estructuras monárquicas absolutistas que imperaban en casi toda Europa. En tal sentido, el advenimiento de la democracia como forma de gobierno puede considerarse una consecuencia del pensamiento político liberal. Claro está que puede advertirse que la democracia como fenómeno de aplicación práctica ha sido más un formalismo carente de contenido real, tanto por las dificultades fácticas de implementar una democracia directa al estilo de la ateniense, como en las diversas maniobras que rápidamente desnaturalizaron su esencia, aun en naciones consideradas como “ejemplos democráticos”, como suele denominarse a EE.UU., Francia o la Alemania de posguerra. Más aún, en las naciones subdesarrolladas, la democracia es -con rarísimas excepciones- un cerrado sistema partidocrático, que eterniza los privilegios y el ejercicio del poder para una minoría enriquecida y excluyente, que en tal forma pasa a ser un ámbito de corrupción muchas veces inclusive escandalosa y desenfrenada, tal como es factible constatar en los países latinoamericanos de fines del siglo XX y comienzos del XXI.

Como concepto económico, el liberalismo es la doctrina que goza de mayor difusión académica y mediática, y frecuentemente se confunden (sin ninguna inocencia) los tres tipos de conceptualizaciones del liberalismo (cultural, político y económico), como otro aporte sistemático a la confusión, dentro de las maniobras de perpetuación en el poder real por parte del *establishment*.

El nacimiento de la Escuela Económica Liberal, también llamada Escuela Clásica, fue contemporáneo con los albores de la Revolución Industrial, a fines del siglo XVIII en Gran Bretaña, bajo el reinado de Jorge III. El comienzo de la Revolución Industrial fue contemporáneo con el proceso de emancipación de EE.UU., proclamada en 1776.

Un hecho relativamente poco conocido es que las batallas por la emancipación de EE.UU. contaron con el muy importante auxilio de tropas españolas y francesas, estas últimas lideradas por el mítico comandante Marqués de La Fayette. A la par de ese importante dato histórico habitualmente soslayado por los intelectuales afines al *establishment*, tampoco se enfatiza el fuerte componente económico que tuvieron las luchas por la emancipación norteamericana, las claras motivaciones económicas que sustentaron la ideas independendistas, habida cuenta de las imposiciones del Imperio Británico para evitar todo asomo de industrialización en las pujantes colonias de Norteamérica, y el claro giro hacia el proteccionismo que adoptó EE.UU. al poco tiempo de haberse independizado.

Adam Smith fue un pensador y docente, que vivió entre 1723 y 1790. Fue docente de la Universidad de Glasgow, Escocia. Imbuido de las ideas de su época, después de una larga elaboración, en 1766 publicó su obra “Investigación sobre la naturaleza y las causas de las riquezas de las naciones”.

La Revolución Industrial fue la consecuencia lógica de la continuación en el tiempo de las medidas proteccionistas y fuertemente intervencionistas mantenidas en Gran Bretaña durante la vigencia del mercantilismo. A la vez, el liberalismo fue el sustento teórico seudocientífico de la revolución industrial inglesa (en buena parte es válido darle el carácter de “inglesa” y no “británica”, pues esa suerte de “colonialismo encubierto” que Inglaterra mantiene sobre Gales, Escocia e Irlanda del Norte, provocó la masiva concentración industrial predominantemente en el sur de Gran Bretaña, o sea en Inglaterra.

No cabe ninguna duda que el liberalismo fue como “un traje a medida” para la notable expansión imperial que concretó Gran Bretaña a partir de la revolución industrial, la cual ya había tenido importantes antecedentes previos a la utilización del vapor como fuerza motriz, a partir de las múltiples

medidas políticas y económicas adoptadas para favorecer de todas formas y a toda costa su propio desarrollo técnico e industrial, desde la época artesanal.

Esas medidas habían sido, entre otras, las múltiples facilidades para las radicaciones, asentamientos y desarrollo de los artesanos y de los empresarios que los aglutinaban en empresas, para producir en escalas cada vez mayores; las facilidades para el comercio interior, eliminando todo tipo de trabas y facilitando el transporte de las mercaderías a través de canales interiores, mejores instalaciones portuarias fluviales y marítimas; así como la creación de una poderosa marina mercante, protegida esta por la más poderosa marina de guerra de aquel momento.

A la vez, la legislación proveyó de financiación accesible a los empresarios emprendedores, y concedió todo tipo de facilidades a los artesanos y científicos dotados de capacidad de inventiva, incentivando de ese modo el desarrollo tecnológico.

Los continuos avances tecnológicos fueron la consecuencia lógica del entorno de incentivos y estímulos a las innovaciones de todo orden; y dentro de ese esquema general, la productividad se multiplicó, permitiendo las producciones en masa y a costos cada vez más reducidos. Inicialmente, ese proceso fue posible en medio de un claro esquema de exclusión social, pues la masa de asalariados mostraba el tristísimo espectáculo de multitudes de fatigados empleados de las minas, las fábricas y todo tipo de establecimientos, trabajando por pocas monedas, en condiciones infrahumanas, y sin derecho a ningún reclamo.

Por todos los medios se tendió a la producción en gran escala, y un objetivo permanente fue incentivar las exportaciones de manufacturas, recibándose a cambio materias primas que abastecían a las propias industrias británicas.

Con todo ello se cerraba el circuito tendiente a producir un ininterrumpido crecimiento de la economía británica, y al afianzamiento de su rol político de imperio dominante a escala mundial.

No es de extrañar que la revolución industrial sucediera precisamente en la nación que había dispuesto todas las condiciones para facilitar precisamente el acelerado desarrollo tecnológico, y todo tipo de incentivos para facilitar todo aquello que tendiera a incrementar la producción en una escala exponencial, disponiendo del mercado interno y dominando ampliamente el mercado internacional, sin competidores a igual o relativamente similar escala en la época del comienzo del proceso denominado revolución industrial (fines del siglo XVIII).

Los principios básicos del liberalismo, previamente imbuidos de un “cientificismo” más que discutible, precisamente tendieron a perpetuar las condiciones ventajosas para el Imperio Británico, de forma tal que al ser (supuestamente) la nación dotada de las “condiciones naturales” para ello, sea “*per secula seculorum*” (por los siglos de los siglos) “la factoría del mundo”, reservando al resto del mundo el papel secundario de mero proveedor de materias primas para la industria británica.

En una brevísima síntesis, las ideas básicas del liberalismo eran (¿son?) las siguientes:

- Un “*laissez faire, laissez passer*” (dejar hacer, dejar pasar) absoluto.
- Lo precedente conllevó la idea de la absoluta ausencia del Estado en las cuestiones económicas.
- Defensa a ultranza de la división internacional del trabajo.
- Énfasis en el dogma según el cual cada país debe dedicarse exclusivamente a producir aquello para lo cual posee “las mejores condiciones naturales” (por supuesto que con ese criterio, ninguna otra nación hubiese “debido” desarrollar su propio potencial industrial y tecnológico, pues inicialmente ninguna otra estaba en condiciones de competir en un plano de igualdad con la poderosa industria británica).
- Absoluta “libertad” para el comercio exterior, lo cual significa la inexistencia de barreras aduaneras para proteger las producciones nacionales de las naciones menos desarrolladas o con menor grado de desarrollo relativo.
- Afirmación que “el mercado” provee las soluciones “naturalmente” a todas las crisis que puedan plantearse (lo cual diversas severísimas crisis económicas mundiales demostraron que es absolutamente falso).
- Defensa de la supuesta “igualdad” de las partes al contratar, lo que a todas luces es falaz en la relación patrón-empleado.
- Suposición de una permanente armonía en las relaciones internacionales, como si los conflictos no sucedieran.

- Negación del valor económico intrínseco de las producciones de servicios (como la salud, la educación y la investigación pura).
- No reconocimiento del mayor efecto multiplicador de determinadas ramas de la producción, ni sus mayores importancias estratégicas. Eso se resume en la famosa frase “es lo mismo producir acero o caramelos”.
- Carencia de análisis de las múltiples connotaciones de las relaciones internacionales y consecuentemente, de las decisiones económicas como herramientas de la política económica.
- Postulado de la teoría de “los salarios de subsistencia”, según la cual necesariamente los salarios deberían tender al mínimo imprescindible para la subsistencia, y todo “exceso” sería de un modo u otro “corregido” por las “fuerzas del mercado”. Nótese que esta teoría se conjuga con el “abstencionismo” estatal en las cuestiones laborales y sociales, así como con la mal llamada “libertad para contratar”, según la cual cada patrón y cada obrero deberían negociar “per se” las condiciones laborales, en un supuesto plano de “igualdad” entre ambos.

Resulta interesante la crítica de Adam Smith a las Actas de Navegación, pues según su particular enfoque resultaron no beneficiosas económicamente para Inglaterra, aunque reconoció que fueron instrumentos importantes que le permitieron incrementar su poder real. Al respecto, List fue muy claro y sintético, al afirmar que “el poder es más importante que la riqueza”. De aquí se deriva otra fuerte crítica a la estrechez de miras de Smith.

Como una síntesis de las ideas troncales del liberalismo, resulta muy ilustrativo explicar lo que Marcelo Diamand (Op. cit.) denominó “las tenazas del liberalismo”, para crear y mantener la situación de dependencia de los países subdesarrollados, respecto a los industrializados, que hoy conforman “las sociedades tecnológicas postindustriales”.

El liberalismo a ultranza, tal como se lo enseña y como es asumido a nivel de dogma cuasi religioso y por ende indiscutible, plantea situaciones que de hecho son insolubles dentro del estrecho marco conceptual provisto por el propio liberalismo.

La situación de dependencia es doble: por un lado la más visible, la dependencia comercial, pues en el intercambio de materias primas por productos elaborados siempre es dependiente el país exportador de materias primas, el cual a la vez no maneja los precios respectivos.

El otro tipo de dependencia, menos visible y por ello mucho más insidioso, es la sempiterna dependencia financiera que crea y que refuerza permanentemente, y para lo cual los organismos crediticios “internacionales” son los verdaderos testaferros y custodios fieles del sistema.

Cabe señalar que bajo la apariencia de una “democracia in extremis”, según la cual en la abstracta teoría el liberalismo económico promueve la más absoluta igualdad de oportunidades a todas las personas, en la práctica instrumenta y fortalece un cerrado sistema de exclusión social, que opera bajo la sutil pero no por ello menos tangible tiranía de los mercados, en un sistema cargado de perversiones e hipocresías, funcionando de modo tal que unos pocos pero muy poderosos actores económicos detentan de manera casi invisible pero muy férrea todos los resortes del poder, definiendo pautas tácitas pero muy claras que definen las “opiniones políticamente correctas”, repartiendo premios y castigos según las adhesiones o rebeldías a dichas pautas, a las que pretendidamente se les asigna valor dogmático.

Esas son las realidades tangibles en las naciones del mundo subdesarrollado, en el cual los Estados Nacionales virtualmente han desaparecido, avasallados por los “mandatos implícitos” de la globalización, acordes a los dictados de los poderes financieros transnacionales.

En cambio, en las naciones del mundo desarrollado, en las cuales los Estados nacionales conservan buena parte de sus poderes reales originales, el propio accionar estatal opera como factor morigerador lo cual, entre otras consecuencias, permite una distribución más igualitaria de las respectivas rentas nacionales. A ello se suma el mayor ingreso per cápita de estas economías desarrolladas, todo lo cual permite la conformación de vastas clases medias de buen nivel de vida, en esquemas sociales muy diferentes a los vigentes en el empobrecido mundo subdesarrollado.

SIGNIFICACIONES DE LOS CONCEPTOS DE “CONSERVADORISMO” Y “LIBERALISMO” EN LA ARGENTINA Y EN EL MUNDO

Un detalle sumamente importante es definir las vinculaciones entre los conceptos “liberal” y “conservador” en la Argentina y en otros países, y precisar los significados político y económico del adjetivo “liberal”.

En muchos países del mundo, desde el punto de vista político, los “liberales” son la antítesis de los “conservadores”, pero siempre dentro del marco del sistema de electocracia, sea esta bajo formas de gobierno presidencialistas (al estilo de EE.UU. o de Francia), parlamentaristas (como en cierta forma es Italia), monárquicas “democráticas” (como en España, Holanda, Suecia, Noruega o Gran Bretaña), o eventualmente otras combinaciones posibles.

En cierta forma, esa concepción marca la continuación de la clasificación entre “derechistas” e “izquierdistas” que data de la Revolución Francesa, en cuya Asamblea Legislativa a la derecha se ubicaban los representantes de los sectores de la aristocracia, del alto clero y de los grandes terratenientes, mientras que a la izquierda se ubicaban los representantes del pueblo común, de los obreros y de los desposeídos.

Obsérvese que esa clasificación entre “derechistas” e “izquierdistas” perdura hasta nuestros días, y se le pretende dar valor universal y permanente. No obstante, es muy importante precisar que es una más de las ideas que conforman la visión eurocéntrica de nuestra realidad argentina y latinoamericana. Esa visión eurocéntrica enturbia la comprensión y distorsiona los análisis sociales, políticos y económicos, con lo cual frecuentemente al partirse de bases de evaluación equivocadas, las conclusiones a las que se arriba son consecuentemente erróneas, o al menos muy confusas y enrevesadas.

En nuestra realidad latinoamericana, las disquisiciones y discusiones entre “derechas” e “izquierdas” son básicamente un efectivo aporte a la confusión.

Lo verdaderamente relevante es definir y confrontar las ideas y posiciones sociales, políticas y económicas entre “lo nacional” y lo “antinacional”, para lo cual y a los efectos de una mayor precisión, cabe remitirse a los muy claros conceptos de don Arturo Jauretche.

Evalúese que ha sido muy frecuente que muchos intelectuales y militantes auto catalogados o integrantes de agrupaciones “de izquierda” son de hecho agentes -conciente o inconcientemente- al servicio de intereses antinacionales. A la vez, ha sido frecuente la pretendidamente dura calificación de “fachos” (o sea neo-fascistas) -usualmente mal aplicada y peor comprendida- de muchos militantes de la Causa Nacional.

En lo político, el liberalismo nació con la Revolución Francesa, y fue una reacción contra los brutales excesos de la aristocracia monárquica a la que parcialmente sustituyó. Surgió entonces el concepto de democracia (literalmente “gobierno del pueblo”) como forma de gobierno.

Pero rápidamente pudo advertirse que los regímenes “democráticos” degeneraron en diversos tipos de corruptelas que enturbiaron, distorsionaron e inclusive anularon la supuesta transparencia del mandato popular ejercido a través del sufragio. Al respecto no solo son claros los casos de partidocracias cleptocráticas que caracterizan a la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos, sino que incluso han llegado a la llamada “gran democracia del norte” (EE.UU.), en la que en un enturbiadísimo proceso George Bush (h) fue electo presidente a pesar de haber perdido las elecciones frente a Al Gore.

En lo económico, *en la mayor parte de los países de gobiernos formalmente democráticos de la llamada sociedad postindustrial*, los gobiernos conservadores tienden a favorecer la concentración de la riqueza en los sectores más poderosos política y económicamente, mientras que los liberales suelen tender a una distribución más igualitaria de la renta y de las oportunidades sociales de la población.

Pero es muy importante advertir que tanto *en la Argentina como en la mayor parte de Iberoamérica, así como en Gran Bretaña, el liberalismo es la conceptualización económica de los gobiernos conservadores*. Más aún, en Iberoamérica, los sectores políticamente conservadores en muchos casos derivaron las posturas crudamente reaccionarias en las que, con tal de defender los privilegios de las castas gobernantes, no han tenido ningún prurito en adoptar iniciativas y posiciones marcadamente opuestas a los respectivos intereses nacionales, y claramente perjudiciales para las grandes masas de desposeídos de las respectivas poblaciones nacionales.

El tema es de mayor complejidad aún, pues en Argentina (y seguramente en las hermanas naciones iberoamericanas) varios partidos y dirigentes políticos de claro cuño conservador han tenido diáfanas y en muchos casos incorruptibles actitudes de defensa de lo nacional e incluso de lo popular.

Posiblemente uno de los mejores ejemplos sea el del Dr. Lisandro de La Torre y del Partido Demócrata Progresista en las épocas del notable caudillo rosarino. Otros ejemplos han sido los partidos de orientación conservadora popular, que en Argentina desde el '45 apoyaron y se sumaron a las profundas transformaciones realizadas por el Justicialismo en las tres presidencias de Perón.

No obstante los señeros casos mencionados en el párrafo anterior, en la Argentina los términos de “liberal” y “conservador” son la expresión económica y política -respectivamente- de un mismo concepto; oligárquico y antinacional por antonomasia. Y por supuesto, muchas “izquierdas” muy ruidosas y con escasísima inserción popular simplemente “le hacen el juego” a ese esquema de poder.

LA EVOLUCIÓN DEL LIBERALISMO ORTODOXO. DE ADAM SMITH HASTA NUESTROS DÍAS

El “padre” del liberalismo fue *Adam Smith*, quien en su obra expuso una serie de principios que fueron aceptados como dogmas virtualmente sacrosantos por los “intelectuales” repetidores de conceptos pero escasos de capacidad de análisis de la realidad. Raros personajes que son capaces de construir un castillo en el aire, pero son incapaces de darse cuenta de las realidades cotidianas de las que con toda lógica deberían extraerse valiosas enseñanzas.

Cabe aclarar que, dado el extremismo e inaplicación de las ideas liberales, es muy evidente que como tal y en su plenitud nunca se aplicó esta doctrina -menos aún en las naciones industrializadas seudo “campeonas del liberalismo”-. Pero eso no significa que no haya sido parcialmente aplicada, siempre en nombre de “la doctrina”, y haya sido utilizada hábilmente como instrumento de dominación de las naciones subdesarrolladas.

Su compatriota *David Ricardo* fue quien recogió las ideas de Smith, las sistematizó y logró hacer de ellas un cuerpo doctrinario. El mérito de D. Ricardo sería entonces haber dado forma científicista a La Escuela Liberal; posteriormente llamada La Escuela Clásica del pensamiento económico, o simplemente “La Escuela”.

Con notable dureza y solidez conceptual y técnica, Federico List descalificó a Ricardo, por -según su criterio- haber tenido el único mérito de ordenar el pensamiento de Smith, sin realizar ningún aporte propio.

Para Robert L. Heilbroner, David Ricardo reflejó las profundas contradicciones sectoriales y sociales de Gran Bretaña a comienzos del siglo XIX, prácticamente medio siglo después de A. Smith.

Habiendo tenido una vida breve (1772-1823), Ricardo tuvo poca educación formal en temas económicos, y su inclinación a esta ciencia se manifestó después de haber leído la obra de Smith, a sus 27 años de vida. Pero recién 10 años después comenzó a escribir sobre economía, de forma tal que -para los ideólogos del liberalismo- fue el más importante economista del siglo XIX, o poco menos.

Los antepasados de Ricardo eran judeo-hispanos, habiendo emigrado de España a Inglaterra en el gran éxodo judío de 1492. Sin embargo, David Ricardo rompió con la tradición hebrea, adoptando o haciéndose más afín al pensamiento cuáquero de su esposa.

Su obra principal “Principios de economía política y de tributación” fue publicada en 1817. Para los economistas enrolados en la ortodoxia liberal, las deducciones abstractas y llevadas al extremo, de David Ricardo, alcanzaron un muy alto nivel en esta obra y en otras obras menores publicadas a partir de ella hasta su deceso.

Sin embargo, para muchos analistas más objetivos, o al menos no enrolados “in extremis” en los postulados de la escuela clásica, las abstracciones económicas de Ricardo llegaron a ser pensamientos abstrusos y descolgados de la realidad, por lo que básicamente habrían sido aportes a la confusión general en una ciencia que en su época era aún nueva y en cierta forma estaba en proceso de consolidación.

Por otra parte, sus críticos coinciden en el hecho que Ricardo intentó suplir sus deficiencias en la formación básica -como Historia, Filosofía, Política, etc.-, con deducciones teóricas que pasaron a ser el mundo ideal de sus ideas económicas, aunque esas abstracciones no tuvieran mayor contacto con el mundo real. Sus deficiencias de formación cultural son aceptadas incluso por sus biógrafos más favorables a su persona, y por los continuadores de sus pensamientos económico-políticos.

A Ricardo se le asigna el mérito de haber sido uno de los constructores del orden vigente en el siglo XIX, fortalecido a partir del período victoriano imperante prácticamente hasta el estallido de la 1º Guerra Mundial. Si bien ese “mérito” tiene mucho de verdad, eso tiene que buscarse más por el lado de la vigencia política de “*laissez faire*” que solidificó a la economía británica, que por la pretendida brillantez

de las ideas ricardianas. Eso significa que el pensamiento de Ricardo fue funcional a los intereses británicos, más allá que fuera aplicado por el Imperio Británico a la medida de sus reales conveniencias en cada caso en particular. O sea, liberales para exportar y proteccionistas para importar, cuando las circunstancias lo hacían necesario.

Sus abstracciones llevaron en muchos casos a modelos encasillados, como en lo referente a las causas de la inflación, que atribuyó exclusivamente a la expansión monetaria en un enfoque no solo excesivamente simple sino también equivocado.

Sin embargo, en lo referente al funcionamiento del Banco de Inglaterra, y en su trabajo póstumo, abogó por transferirlo a la esfera gubernamental para evitar que los beneficios derivados de la emisión de dinero favorecieran a unos pocos banqueros en vez de distribuirse a toda la sociedad.

Acordes a la ortodoxia liberal, sus teorías acerca de la renta, los salarios, los beneficios, y del principio de las ventajas comparativas, alcanzaron en su momento gran aceptación; pero ya List y otros economistas posteriores (como Keynes, Diamand y otros) no solo criticaron sino que desnudaron sus serias limitaciones y su “funcionalidad” con los intereses político-económicos del Imperio.

Sus elucubraciones relativas a la renta las elaboró en base a dos principios: el diferencial y el marginal. Según el principio diferencial, los costos se diferencian en diferentes parcelas de terrenos, o en la misma con diferente aplicación de capital y trabajo. En cambio, el valor de cambio estará -teóricamente- siempre regido por el costo marginal. Con esas conclusiones, infiere que el propietario de una buena parcela y el que aplica una mejor ecuación de la relación trabajo-capital, obtendrá una renta superior

La teoría de los beneficios, sostenida por Ricardo, se vincula con sus teorías de los salarios y del valor. A consecuencia de la suba de los salarios -prevista en su teoría- y del mantenimiento de los precios de los productos manufacturados -otro de los supuestos- obtenía como conclusión que los beneficios deberían tender a reducirse. Debe advertirse que, a diferencia de un visionario como List, no advirtió Ricardo que los avances tecnológicos crearían condiciones de producción diferentes que modificarían los esquemas -y los costos- de producción.

De los salarios, partiendo de la base de la supuesta “necesidad y conveniencia” del más absoluto “dejar hacer - dejar pasar” (o sea de la “libre acción de la oferta y la demanda”), afirmaba que el Estado debía abstenerse totalmente de intervenir, a la vez que consideraba perniciosa toda injerencia de los sindicatos en las negociaciones salariales.

En perfecta línea con el pensamiento de Smith, Ricardo ni siquiera observó que las “libres negociaciones entre las partes”, en realidad no eran ni libres ni equitativas, pues el poder de negociación de un opulento empresario es infinitamente mayor al de un operario necesitado de trabajar para subsistir él y su familia, y fácilmente reemplazable por otro operario tan necesitado como él.

Para Ricardo, “el precio natural del trabajo” es aquel que permite a los trabajadores “subsistir y perpetuar la especie, sin hacerla aumentar o disminuir”. Adviértase que no existe en tal razonamiento ni la mínima noción de humanismo, de ética ni de intención de propender a mejorar las condiciones de vida de los asalariados. A ese nivel de subsistencia lo llamó “ley del bronce de los salarios”. Según ese particularísimo criterio, los altos salarios alientan el aumento de la población, a consecuencia del cual en el futuro cercano los salarios deberían tender a disminuir. Obsérvese que nada de ello ocurre en la realidad, pues las familias pobres y paupérrimas son las que mayor número de hijos traen al mundo.

Respecto a los salarios, no analizó las abismales diferencias de salarios reales existentes entre diversas naciones; aunque alguna referencia hizo respecto a la tendencia a la suba del salario real en condiciones de desarrollo económico permanente, como hoy se advierte que suele darse en los países industrializados.

Como para Ricardo los salarios deberían ser casi irremediabilmente de subsistencia, todo incremento en los precios de los alimentos y artículos de primera necesidad haría aumentar ese “piso” de los salarios.

Respecto a las “ventajas comparativas”, en base a las cuales -supuestamente- sería beneficioso que los países se “especializaran” en determinados tipos de producciones, no cabe ninguna duda que los análisis que fundamentan este “principio económico” liberal al que se pretende asignársele carácter dogmático, fue elaborado por y para los intereses británicos, en el marco de la realidad mundial del siglo XIX.

Ricardo fundamentó los supuestos efectos benéficos del principio de las ventajas comparativas, en los resultados que produciría sobre la distribución de las mercancías, y la mejora de las rentas que derivarían de ello.

Respecto a los beneficios de la distribución, consideraba que los menores costes de las materias primas a adquirirse (implícitamente por Gran Bretaña) permitirían anular la tendencia a la disminución de los beneficios a largo plazo. Por su parte, afirmaba que las rentas reales de toda la población mejorarían, pues todos son consumidores, y la mayor cantidad y variedad de bienes disponibles sería benéfica para los consumidores, al abaratar los precios y a la vez brindar más amplias posibilidades de elección de mercaderías.

De hecho, Ricardo omitió considerar los efectos de dependencia económica y política de los países productores primarios, respecto a los industriales, y tampoco se refirió (no previó) el fenómeno del deterioro de los términos del intercambio, hecho verificado a nivel mundial en la primera mitad del siglo XX.

En esa época -siglo XIX- se libró una enconada lucha entre la clase terrateniente -tradicionalmente rica y poderosa-, y la nueva y muy activa burguesía industrial que pretendía consolidar los beneficios de formar parte de la nación por entonces más industrializada y más poderosa del mundo.

A través del parlamento y por todos los otros medios disponibles, ambos sectores pugnaban por imponer sus intereses sectoriales; mientras que la gran masa asalariada se debatía en la mayor pobreza y sin alternativas dentro del esquema de poder de esa época.

Los terratenientes, que abastecían de cereales y otros alimentos al mercado interno, se vieron beneficiados por las fuertes subas de sus productos que aumentaban en forma sideral sus ingresos y sus ganancias.

Dentro de ese esquema, los industriales se veían obligados a incrementar los salarios que pagaban a los obreros de sus fábricas, para poder mantenerlos dentro del nivel de subsistencia.

Como definió con notable claridad cargada de cinismo, un conspicuo representante de los grandes intereses financieros británicos afirmó que para el obrero todo sería igual, pues siempre cobraría un salario de subsistencia, ya sea con el trigo barato o caro. Pero si el trigo era caro, disminuían sustancialmente los beneficios del sector industrial.

Dado que a Gran Bretaña le importaba primordialmente mantener fluidamente y en alza a sus cuantiosas exportaciones industriales, el conflicto se “solucionó” algunas décadas después permitiendo la importación de alimentos sin ningún tipo de recargos o de protecciones aduaneras.

Para Heilbroner, David Ricardo veía al mundo como una gran escalera mecánica, donde muy pocos lograban llegar a la cima, y aún así debían luchar a brazo partido para mantenerse allí; mientras que la gran mayoría no alcanzaba a subir ningún peldaño, y otros subían algunos pocos escalones para después caer dolorosa y aparatosamente al suelo.

O sea que aquel supuesto idílico mundo de las armonías mantenidas por la providencia -pregonado hasta el cansancio por Adam Smith y sus exégetas más favorables al liberalismo “absoluto”-, en el cual “la mano invisible del mercado todo lo solucionaba” (esquema totalmente falso por supuesto), se transformaba en un mundo de continuas y crueles luchas sin cuartel ni compasión, *en una verdadera ley de la jungla*.

Una de las constantes preocupaciones de Ricardo era que pudiera producirse lo que él denominaba “un atascamiento” de mercaderías. O sea que la producción no pudiera venderse. Pero a la vez, descartaba de plano que pudiera ocurrir una crisis severa o una depresión económica. Más aún, ni siquiera consideraba la posibilidad de su ocurrencia.

La Teoría Cuantitativa del Dinero, enunciada por D. Ricardo, parte de la premisa del pleno empleo. Por otra parte, afirmaba que el sector financiero no influye en la producción. Eso equivale a considerar “neutro” a todo el sector financiero, mientras que la realidad demuestra hasta qué punto las políticas financieras restrictivas generan recesión económica y que, por el contrario, políticas financieras expansivas se traducen en efectos positivos en la economía en general, facilitando un incremento en la producción de bienes y servicios.

Ricardo fue el modelo del teórico puro, totalmente descolgado de la realidad, preocupado en entender la existencia de lo que llamaba “las leyes invisibles de la economía”. Su libro clásico fue “Principios de economía política”, en el que todo se desarrolla según las conductas arquetípicas de los distintos miembros de la sociedad humana.

Con mucha elegancia, Keynes se refirió a Ricardo como el autor de una... “realización intelectual suprema..., al adoptar un mundo hipotético...y luego vivir en él sin contradicciones...” (Marcelo Diamand, op. cit.).

Otro de los seguidores del pensamiento liberal fue el francés *Jean Baptiste Say*, economista de principios del siglo XIX, cuyo mayor aporte fue la llamada “Ley de Say” -también llamada “la ley de los mercados”-, según la cual toda oferta genera automáticamente su propia demanda. El sentido común e infinitos casos verificados en todo el mundo dan por tierra esa afirmación teórica. De hecho, las sucesivas crisis económicas, muchas de ellas vinculadas con la superproducción y/o con la falta de capacidad de compra de los consumidores, así como los severísimos cuadros de recesión relacionados con erróneos manejos financieros, dan por tierra con las elucubraciones teóricas de Say.

Say suponía erróneamente -a nivel de dogma- que el desempleo originado en la insuficiencia del mercado interno no podía existir. Para su pensamiento (una entelequia teórica con pocos asideros con la realidad), la capacidad instalada era la única limitación a la producción (analícese esa audaz afirmación con el caso argentino en la severísima recesión de 1998-2003, y se verá su falta de sustento).

Para Ricardo, el terrateniente es productivo en cuanto a sus actividades innovadoras, de cambios tecnológicos o similares, pero absolutamente improductivo como rentista. Con este pensamiento, fortaleció de hecho a los empresarios industriales en su disputa con los terratenientes, en la Gran Bretaña de comienzos del siglo XIX.

Tanto Say como Ricardo afirmaron que por una parte la demanda sería siempre infinita, y que lo propio sucedía con la producción mientras hubiese capacidad para realizarla. O sea que la única limitación a esa supuesta producción ilimitada sería contar con las fábricas o instalaciones para producir. Las crisis y los períodos de depresiones no entraban en el mundo ideal -e irreal- de Ricardo y Say. De hecho, la realidad se ocupó de dar por tierra con ambas aseveraciones.

La Ley de Say, tan famosa como controversial, fue presentada por diversos pensadores afines al liberalismo como una gran elaboración teórica que significó un gran avance en la teoría económica. Tanto David Ricardo, John Stuart Mill y todos sus seguidores de la ortodoxia, la consideraron o totalmente válida o al menos un “valioso aporte a la ciencia económica”. Sin embargo, ya en su época, Malthus, Lauderdale y Sismondi la consideraron poco menos que una incoherencia, cuando no una entelequia carente de sustanciación concreta. Lo propio explícitamente (respecto a esta “ley económica”) sostuvo Federico List. Ya en el siglo XX, Keynes la refutó con sólidos argumentos teóricos y con la fuerza de los hechos, que representaron las crisis económicas que la ortodoxia liberal demostró ser impotente para resolverlas. Nuestro compatriota Diamand también coincide en esa línea de pensamiento crítico, y de hecho, desde una óptica político-económica, ya lo había hecho Arturo Jauretche antes que Diamand.

Pero más allá de las interpretaciones que pretendan realizarse respecto de un pensamiento presentado en forma algo oscura y complicada, lo real es que tomarlo como una base sólida del pensamiento económico es en nuestros días inducir a realizar un aporte a la confusión y al simplismo económico adornado con oropeles de estilo.

Dentro de esa línea de pensamientos erróneos, reflatados o pretendidamente enaltecidos por los poderosos factores de poder que se mueven detrás de la aplicación a rajatabla de la ortodoxia liberal o neoliberal, puede considerarse a la teoría del “velo monetario”, expuesta por Say. Según ella, la moneda no es más que un delicado “velo” que cubre a la sucesión de operaciones de compra venta, careciendo el circulante -según esa idea- de una significación propia en sí mismo.

De hecho, ese pensamiento se contradice con la realidad, ya que el dinero es un bien en sí mismo, y su atesoramiento (llámese ahorro o especulación) es independiente de los gastos y de las inversiones.

Como una derivación del pensamiento liberal, el hedonismo utilitario de *Jeremy Bentham* (1748-1832) ponía énfasis en el utilitarismo y en la búsqueda prácticamente obsesiva del placer como principal o única motivación económica, sosteniendo que, a dosis importantes de placer, el mismo resulta decreciente ante sucesivas dosis similares de los bienes o servicios (económicos) que producen placer.

Para entender un poco más la supremacía de las teorizaciones sobre la realidad que caracterizó a varios de “los próceres” del liberalismo, algún autor afín al pensamiento explicó que así como Ricardo elaboró sus abstracciones teóricas sin molestarse jamás en pisar una fábrica, James Mill (seguidor del pensamiento ricardiano y padre de John Stuart Mill) escribió una voluminosa “Historia de la India Británica” sin haber siquiera visitado aquel país de milenaria cultura, por ese entonces la más preciada colonia del “British Empire”. Lo importante -para estos intelectuales coloniales- no eran los hechos reales, sino la forma en que podían presentarse favorablemente a los fines permanentes del imperio.

Y para entender un poco más el desprecio hacia otras culturas, algún utilitarista (recordemos que el utilitarismo fue una corriente de pensamiento económico derivada del liberalismo) al ser nombrado gobernador de la India, propuso demoler el Taj Mahal (una de las grandes maravillas arquitectónicas del mundo) para vender los mármoles que componían dicha obra. Según narró Henry Spiegel, no concretó ese verdadero atentado al patrimonio cultural mundial por no encontrar la forma de vender, con adecuada utilidad, los materiales valiosos que potencialmente podrían haberse obtenido en dicha demolición.

El más destacado de los continuadores del pensamiento liberal, en cierta forma el sucesor de Say y de Ricardo, fue *John Stuart Mill*. De alguna forma, algunos autores consideran que en el cuarto de siglo entre la muerte de Ricardo (1823) a la primera publicación económica de Mill (1848), no habría surgido ninguna otra figura particularmente descolante dentro del pensamiento liberal.

Fue considerado una de las mentes más brillantes de su tiempo, habiendo recibido una vasta y muy completa educación, la que comenzó desde su más temprana niñez. Por lo tanto, sus intereses intelectuales abarcaron un campo mucho mayor que la economía, aunque sin duda esta ciencia tuvo un lugar preeminente en sus trabajos, tanto por la influencia de su padre como de Bentham, siendo además influido por los escritos de Say, Ricardo, Smith y otros clásicos de su época. Por su formación humanística, manifestó preocupación por el desarrollo del ser humano.

El utilitarismo de Mill tuvo un sesgo más humano o si se quiere menos brutal que el crudo hedonismo económico de Bentham.

Pero esa preocupación -que no se duda tuvo que ser sincera- no lo liberó del hecho de haber visto y analizado la realidad de su época desde una óptica primordialmente británica, y en segundo lugar europea continental, dada la influencia cultural que Francia tuvo en su persona.

Por ello, puede afirmarse que su adhesión a los postulados liberales, y los avances teóricos que logró concretar en los análisis económicos, fueron -al igual que lo sucedido con otros liberales de su época- totalmente funcionales a los intereses del imperio británico.

Habiendo sido originalmente influido por el utilitarismo de Bentham y las ideas ricardianas de su padre, posteriormente adoptó posturas con impronta propia que lo llevaron incluso a revalorizar la Ley de Say, la cual por entonces había sido fuertemente cuestionada por Malthus, Lauderdale y Sismondi.

Al efecto, siendo muy claro que tal como está expresada la Ley de Say es una teorización descolgada de la realidad, Mill sostuvo que a pesar de las críticas deberían buscarse las facetas positivas de ese pensamiento, para lo cual interpretó que dicha “Ley” estaría vigente en condiciones de trueque, y que aún en el caso de la economía monetaria, en el mediano plazo el producido de toda venta equivaldrá a otra compra, con cuyo razonamiento “suavizó” o relativizó la inaplicabilidad de esa parte troncal del pensamiento de Say.

En sus análisis de los efectos y condiciones del intercambio de vino portugués por manufacturas británicas -refiriéndose a éstas como “paños”- (a consecuencia del Tratado de Methuen), ahondó los aspectos teórico-matemáticos referentes en los límites en los que dicho intercambio resultaría beneficioso para cada una de las partes. Sin embargo, nótese que pese al alto nivel de sus elucubraciones, no “advirtió” (más bien soslayó) los condicionantes políticos de dicho tratado, que mantuvieron a Portugal sumida en la miseria de la economía primaria, mientras vendía en discutibles condiciones sus finos vinos al monopsonio del mercado consumidor británico. Esto reafirma la conclusión que el pensamiento de Mill estaba “en línea” con las necesidades político-económicas de su nación-imperio.

Considerado el primer “economista” en el sentido lato de la palabra, defendió la calificación de la economía como ciencia autónoma, apartándose de los que la asimilaban a un “oficio”, o de los que la consideraban parte de otras ciencias, como la filosofía o la política. Por ello, realizó la construcción teórica del “*homo economicus*”, centrándose en los análisis de tres fuertes fuentes de motivaciones: el hedonismo (sobre todo de goces costosos), la aversión al trabajo, y el principio de la población. Pero su simplificación dejó de lado otras múltiples consideraciones de otros tantos factores imponderables que influyen en la economía. Por ello, sus conclusiones distan mucho de ser categóricas, pasando a ser meras hipótesis válidas solo si no intervienen los otros factores que sin duda existen en el mundo real.

Durante todo el siglo XIX, la mayoría de los economistas que lograron el “reconocimiento” de “la escuela” (el liberalismo), fueron los que sumaron nuevos aportes a esa doctrina político-económica, sin cuestionar sus aspectos básicos.

Tal es el caso de *Alfred Marshall*, cuyo principal aporte fue entender que deben diferenciarse los estudios y los problemas según se traten en el corto o en el largo plazo, pues los enfoques -según

Marshall- deben ser diferentes. Más adelante se analizan las ideas de este economista, que es casi un contemporáneo nuestro, pues vivió hasta el primer cuarto del siglo XX.

Es interesante destacar que la economía de las naciones industrializadas habían ya experimentado otras crisis, previas a la gran depresión de 1929. De las precedentes, posiblemente la más importante fue la de 1886, que conmovió al sistema bursátil de Gran Bretaña.

Dado que a partir de la teoría keynesiana la prioridad pasa por la plena ocupación interna, todas las otras políticas pasan a ser subordinadas de aquella. Para mantener la plena ocupación interna, bajo la forma de exportaciones subvencionadas, de barreras arancelarias o para-arancelarias a las importaciones bajo la forma de movimientos de capitales y un sinnúmero de herramientas de presión política, las naciones líderes continuamente transfieren sus problemas y contradicciones internas a las naciones subordinadas a ellas, perpetuando el círculo de la riqueza en la llamada “sociedad postindustrial”, y la miseria general en el mundo del subdesarrollo.

Existió otro grupo de economistas que algunos autores clasificaron como los “economistas históricos”, por la preponderancia que le asignaron a los estudios históricos en los análisis económicos. En el siglo XIX existió un relativamente gran número de estudiosos de la economía, de origen británico, que de alguna forma se consideran inmersos en esta corriente económica. Dentro de ellos cabe citar a *Jones, Cliffe Leslie, John K. Ingram, Arnold Toynbee, Comte, Spencer, Maine, Walter Bagehot, Rogers* y otros. Al fin del siglo XIX esta corriente económica tendió a declinar, siendo paulatinamente reemplazada por otras tendencias, de las cuales los principales exponentes británicos pueden considerarse *F. Y. Edgeworth* y *Alfred Marshall*.

En EE.UU., y en el siglo XIX también existieron economistas que si bien estaban en general dentro del liberalismo, representaron algunas variantes que en algunos casos alcanzaron a ser fuertemente críticas e inclusive de corte opositor, favorables al proteccionismo y a la defensa de los intereses nacionales de su propio país, influidas por la particular idiosincracia que iba formándose en una potencia en fuerte expansión económica, que a la vez iba expandiéndose territorialmente a costa de su vecino del sur (México) y de curiosas compras de territorios concretadas con Francia y Rusia.

Dentro de esos economistas puede citarse a *Daniel Raymond* (1786-1849), quien distinguió la economía de los particulares de la economía nacional, abogando por protecciones arancelarias para proteger a la industria y para favorecer el “pleno empleo”, concepto posiblemente acuñado por este autor.

Henry Carey (1793-1879), escritor autodidacta y de orientación nacionalista, favorable al proteccionismo, quien puso además énfasis en el desarrollo cuantitativo de la producción como medio genuino de aumentar los salarios nominales y reales. Por otra parte, en lugar de alentar la extrema especialización que propugnaban los liberales ortodoxos, sostuvo que la diversificación productiva sería beneficiosa.

Jacob Newton Cardozo (1786-1873) se opuso a las conclusiones de David Ricardo, al señalar que los progresos tecnológicos sintetizados en su frase “creciente facilidad de producción” anularían la supuestamente inflexible ley de los rendimientos decrecientes.

George Tucker (1775-1861) también fue un crítico de las ideas de Ricardo, esbozando una nueva teoría del valor-trabajo.

Por su parte, *Alexander Everett* (1790-1847) dio una interpretación distinta a la Ley de Malthus, considerando los efectos benéficos del aumento de la población sobre el desarrollo económico.

John Rae (1796-1872) atacó abiertamente la obra de Adam Smith del libre comercio in extremis. Además, fue uno de los primeros en analizar la influencia positiva del capital instrumental en el desarrollo económico.

Thorton Veblen, de cuño liberal, fue sin embargo considerado un rebelde a su modo, posiblemente por su complicado método de exposición que dificultaba su encasillamiento doctrinario. Fue un ciudadano norteamericano hijo de inmigrantes noruegos, y ese choque de culturas hizo en su caso que no se adaptara totalmente a ninguna de ellas. Sus escritos son bastante crípticos, o al menos de un estilo bastante confuso, rebuscado por sus menciones a las otras muchas ciencias en las que había abrevado conocimientos, como las naturales, filosofía, etc. Rebelde al fin de cuentas, centró sus esperanzas en lograr que los técnicos tomaran el poder real de las actividades económicas, pues descreía de la capacidad de razonamiento de la clase trabajadora, y le repugnaba el derroche de recursos de determinados empresarios que en busca de maximizar sus ganancias no tendrían escrúpulos para materializar sus objetivos.

En Alemania, múltiples pensadores, filósofos y economistas también dieron origen a su propia escuela económica historicista. Además de *List*, en franca rebeldía respecto al liberalismo, otros pensadores destacados fueron *Georg Wilhelm Friedrich Hegel* (1770-1831), *Edmund Burke* (1729-1797), *Adam Müller* (1779-1829), *Johann Gottlieb Fichte* (1762-1814), *Roscher*, *Hildebrand*, *Gustav von Schmoller* (1838-1917), *Max Weber* (1864-1920), y algunos economistas casi contemporáneos, como *Arthur Spiethoff* (1873-1957) y *Werner Sombart* (1863-1941). Algunos de ellos fueron considerados los impulsores del romanticismo en la economía, si bien los fríos análisis de Weber llevaron a un pensamiento positivista, sistemático y libre de pasiones. A diferencia de los postulados marxistas, que prevén una “dictadura del proletariado” (de los trabajadores), Weber previó una dictadura de los burócratas o funcionarios.

Ya llegando a épocas casi contemporáneas nuestras, surgieron otros economistas que dejaron profundas huellas con sus enfoques más elaborados, los que en muchos casos se fundamentaron en análisis estadísticos y matemáticos.

Uno de ellos fue el ruso *Kondratieff*, quien analizó el comportamiento de la economía en los grandes ciclos económicos. En base a ello, se pudo deducir que los análisis de este economista ruso resultaban ser un enfoque optimista acerca de la evolución futura de la economía. Como esas ideas se contraponían con el pensamiento marxista, cuya base dogmática estipulaba la cercana crisis final del capitalismo, Kondratieff fue calificado como “reaccionario y burgués”, motivo por el cual fue confinado a Siberia, desconociéndose el fin de sus días en esos helados parajes.

A fines del siglo XIX comenzó a definirse un nuevo enfoque de la economía denominado marginalismo, en un proceso que algunos llamaron la revolución marginalista, si bien para otros fue una evolución gradual, dado que algunos indicios datan de comienzos de este mismo siglo.

Los más importantes exponentes iniciales de la ya definida corriente económica marginalista fueron el inglés *William Stanley Jevons* (1835-1882), el austriaco *Carl Menger* (1840-1921) y el francés *León Walras* (1834-1910), quien fue profesor en la Universidad de Lausana, Suiza, cuyos trabajos coincidieron en aparecer en la década de 1870.

Los nuevos enfoques enfatizaron los análisis marginales de la oferta, la demanda, la utilidad, la satisfacción del usuario-consumidor y otros.

Durante esta etapa del pensamiento económico, el mayor interés académico se centró en diversos aspectos de la microeconomía. En cambio, cuestiones macroeconómicas como el estudio del crecimiento económico y los temas colaterales al mismo, pasaron a revestir -para estos análisis- menor importancia relativa.

Los marginalistas usaron con mayor preponderancia las herramientas matemáticas para fundamentar y ampliar sus análisis. Las ecuaciones matemáticas con varias variables y los consecuentes gráficos dieron otro enfoque más científicista a la economía, utilizándose como herramienta adicional el cálculo diferencial.

El énfasis general en los estudios varió de las grandes magnitudes a las reducidas variaciones de los factores analizados, adicionándose o quitándose las “unidades marginales” como eje central de los estudios. Dentro de ello, la teoría del equilibrio de las variables adquirió una importancia central.

De allí el ingreso marginal, el costo marginal, la productividad marginal y la utilidad marginal. La teoría de la utilidad como factor determinante marcó el fin de la preeminencia de la teoría del valor-trabajo.

La relación que realizó Jevons va del costo de producción a la oferta, la cual determina el grado de utilidad, el cual al final determina el valor.

Los discípulos más destacados de Jevons fueron *Francis Isidro Edgeworth* (1845-1926) quien enfatizó el uso de las matemáticas, y *Philip H. Wicksteed* (1844-1927), quien desarrolló su elaboración de las “escalas de preferencia”, afirmando que toda la vida es una continua elección entre distintas alternativas.

Carl Menger fue confidente y consejero del heredero del trono de los Habsburgo, y como intelectual fue considerado un defensor del Imperio Austríaco, ya por entonces severamente amenazado de disolución dadas las fuerzas centrífugas de las diversas nacionalidades comprendidas en él.

Ese habría sido el motivo por el cual Menger y otros economistas austríacos se apartaron de la escuela historicista alemana, volcándose más a las abstracciones históricas que pusieron un manto de olvido a los intentos separatistas de checos, eslovacos, polacos, alemanes, húngaros y el mosaico de Los Balcanes.

Dentro de los discípulos de Menger, resaltaron *Friedrich von Wieser* (1851-1926) y *Eugen von Böhm Bawerk* (1851-1914), prosiguiendo la escuela económica austriaca con *Ludwig von Mises*, *Friedrich von Hayek* y nuestro casi contemporáneo *Joseph A. Schumpeter* (1883-1950). Este último no solo se dedicó a la economía abstracta y teórica, sino que dio gran importancia a los estudios empíricos. De esa forma llegó a su conclusión central, que consistía en destacar la gran importancia que la élite empresarial tiene en toda la economía nacional, siendo en este esquema importante el hecho de practicar la innovación.

Fue Schumpeter quien clasificó los diversos tipos de ciclos económicos, de acuerdo con los economistas predecesores que los estudiaron. De tal forma y desde su trabajo, los ciclos económicos fueron clasificados en cortos o de Kitchin, de entre tres a cinco años; medios o de Juglar, de nueve años; y largos o de Kondratieff, de cincuenta y cinco años.

Por su parte, Walras hizo un uso bastante extenso de las matemáticas, construyendo ecuaciones que sirvieran de base técnica a sus estudios y evaluaciones económicas.

Fue partidario del uso del sistema del “tanteo”, realizándose sucesivas aproximaciones para arribar al resultado marginalmente más conveniente.

Walras dedujo la existencia de múltiples equilibrios concomitantes, para cuyas evaluaciones las ecuaciones matemáticas fueron fundamentales.

La concreción de la matriz de insumo-producto, perfeccionada por Wassily Leontieff, es considerada una continuación de las ideas desarrolladas por Walras.

Si bien Walras distinguió entre la economía teórica y la empírica, sus ecuaciones no pudieron sustraerse del campo de la primera, y sus enfoques están claramente orientados a la microeconomía, no sirviendo como modelos teóricos -menos aún prácticos- para resolver los grandes problemas y las crisis económicas mundiales, como sí en cambio se aplicó el conjunto de las ideas de Keynes.

El sucesor en la cátedra de Lausana y en las ideas de Walras fue el ingeniero italiano *Wilfredo Pareto* (1848-1923), quien es considerado uno de los grandes exponentes de la economía matemática. Pareto estuvo más volcado a la economía empírica, sustentando sus análisis en datos históricos y estadísticos. Sobre esa base elaboró la llamada “Ley de Pareto”, la cual sostiene que la distribución de la renta sigue siempre un modelo invariable. Con ello consideró inútiles y vanas las teorías de redistribución de la renta. A cambio, afirmaba que el incremento global de la renta es la única alternativa para mejorar las rentas de los diversos sectores socioeconómicos.

Fue el sucesor de Walras en la Escuela de Lausana, Suiza.

Pareto fue un noble italiano, quien en una poco frecuente evolución profesional, de la ingeniería pasó a trabajar en la economía -ya en su edad madura-, mientras que en sus últimos años se dedicó a la sociología.

Sus análisis, tanto económicos como sociológicos, reflejan claramente sus convicciones políticas, muy definidas hacia el manejo del poder por parte de las cúpulas o elites ilustradas. Sus opositores le criticaron su muy escaso o nulo interés por la situación de las clases menos pudientes, y su pensamiento reflejado en su “ley”, según la cual sería hasta insensato intentar redistribuir en forma más equitativa los ingresos.

Pareto intentó reemplazar el concepto de “utilidad” por el neologismo “ofeliminidad” -de creación propia y con raíces griegas- el cual no tuvo acogida y fue olvidado. Su significado difiere del concepto “utilidad” pues significa la “capacidad para satisfacer las necesidades”.

A la vez, en los aspectos puramente matemáticos, Pareto realizó algunos aportes vinculados con la utilización de las curvas de indiferencia.

Como contribución en cierto modo interesante, si bien adhería a los principios económicos tradicionales que proclaman la ventaja de la competencia, hizo una excepción en el caso de empresas o actividades con grandes costos fijos. Como ejemplo puso a los ferrocarriles, en cuyos casos afirmó que los precios no podrán fijarse según el costo marginal, dada precisamente la enorme relevancia de los costos fijos en la estructura general de costos.

Pareto descolló también por ser un analista de conceptos generales, y a la vez profundizar en determinados aspectos específicos de la economía.

Sus análisis sociológicos consideran un enfoque negativo y lúgubre de la humanidad, la cual considera que vive auto-engañándose.

Al estudiar a *Alfred Marshall* (1842-1924), se entra de lleno en la etapa de los economistas contemporáneos. Fue catedrático de economía de Cambridge, y a diferencia de otros destacados

economistas de su época y precedentes, que se formaron profesionalmente en las ciencias sociales, o en abogacía, o en ingeniería, para después incursionar en la economía, Marshall fue un matemático que evolucionó hacia los análisis económicos.

Su sólida formación matemática no le impidió advertir que el componente humano de la economía es suficientemente determinante como para invalidar los análisis fundamentados exclusivamente en ecuaciones matemáticas. Por otra parte, algunos autores presentan a Marshall como un fogoso humanista y piadoso filántropo, que observó y analizó a la economía desde la ética pura, en un enfoque muy diferente a los fríos cálculos de muchos de sus colegas predecesores, contemporáneos y sucesores.

No obstante el importante uso instrumental que Marshall dio a las matemáticas, sus estudios económicos tuvieron enfoques más vinculados con la realidad y más alejados de las abstracciones y teorizaciones a las que fue tan afecto -entre otros- David Ricardo.

Consideraba que los cambios se producen más por evolución que por revolución.

En sus obras, a las que casi como una constante introducía sus ideas como conceptos y análisis posteriormente perfectibles, hacía referencia a posibles posteriores perfeccionamientos o modificaciones.

Se lo considera uno de los precursores de la econometría, al hacer profuso uso de las matemáticas, no obstante sus salvedades acerca del componente humano de la economía.

Centró sus análisis en aspectos de microeconomía, con preferencia en el accionar del punto de cruce de las curvas de oferta y de demanda, desde el punto de vista de una empresa o una determinada rama productiva.

A la vez, en lugar de analizar el equilibrio general de la economía, consideraba la existencia de equilibrios parciales.

Entre otros aportes, señaló las diferentes elasticidades de la oferta y la demanda, y diferenció la importancia del factor tiempo, distinguiendo entre tres tipos de períodos para los análisis económicos: el período de mercado, de muy corto plazo, en el cual no puede ajustarse ningún factor de producción; el período corto, en el cual se pueden alterar los factores variables; y el período largo, dentro del cual caben también las modificaciones de los factores fijos de la producción.

El concepto, hoy muy extendido, fue tomado de la contabilidad, la cual distingue entre los componentes del costo variable y los del costo fijo o de capital (también llamado de utillaje).

Distinguió entre las incomodidades (*discommodities*) o costos psicológicos, de los otros costos, todos ellos necesarios para la producción de los bienes (*commodities*).

Téngase presente, tal vez como un aporte indirecto de Marshall, que en la última década el concepto de *commodities* se impuso como sustitución ampliada al concepto de materias primas, para clasificar determinada clasificación del comercio exterior.

Marshall acuñó el concepto de la cuasi-renta para definir a la retribución a los propietarios de determinadas maquinarias o utilería (utillaje) especializado, a los poseedores de habilidades o capacidades muy especiales, de muy difícil reemplazo en el corto plazo.

En cierta forma, vinculado con todo ello, creó el concepto de las “economías externas”, las cuales se vinculan con la facilidad de obtener mano de obra altamente calificada, provisión de insumos y de servicios especializados, los que suelen concentrarse en determinadas áreas geográficas que aglutinan a algunas ramas industriales o productivas de características similares. Ese concepto se complementa con el tradicional estudio de las economías de producción de una empresa, sector al que Marshall denominó las “economías internas”.

Arthur C. Pigou (1877-1959) es considerado el precursor de la llamada “economía del bienestar”. Fue discípulo de Marshall, y colega y contemporáneo de Keynes en Cambridge.

Se preocupó por los problemas sociales que eran causa del liberalismo crudo, que solo buscaba obtener las mayores ganancias por parte de los empresarios y dejaba librados a su suerte a los trabajadores asalariados.

Por ello propuso la participación activa del Estado, para elevar las condiciones de vida de toda la población.

Consideraba que el bienestar económico es un estado de ánimo, el cual puede ser mensurable. A la vez, en un concepto muy avanzado para la época (fines del siglo XIX y comienzos del XX), afirmó que la búsqueda del interés de los privados no lograría hacer alcanzar el óptimo del bienestar general de la nación. O sea, que la maximización de las utilidades privadas y el “capitalismo desenfrenado” se oponen al bienestar general.

Para sustentar sus ideas elaboró el concepto de “producto social marginal neto”.

Afirmó que para orientar y regular la economía nacional, el Estado debía implementar subsidios, facilidades fiscales (que denominó privilegios) e impuestos especiales, de tipo regulatorio de determinadas actividades. A la vez consideró importante la nacionalización de importantes sectores de la economía.

Posiblemente Pigou podría ser ubicado en un término gris o zona intermedia entre los liberales tradicionales y los contestatarios del liberalismo.

LAS CRISIS DEL CAPITALISMO LIBERAL

Más allá del pensamiento ultra teórico del crecimiento sin límites y libre de conflictos a escala planetaria, la realidad demostró con trazos muy firmes y gruesos que las luchas por el poder -concebido como tal a secas-, por el poder político y su subsecuente lucha por la supremacía económica, se aceleraron al ir extendiéndose la era industrial a más naciones.

Ya en el siglo XIX eran seis las naciones que habían alcanzado ese estadio económico superior. Ellas eran Gran Bretaña, Francia, EE.UU., Alemania, Rusia, y Japón. A comienzos del siglo XX paulatinamente se incorporaron otras naciones, inicialmente Italia y a posteriori otras, como Canadá.

De hecho, esta situación originó una lucha por el dominio del propio “*hinterland*” (geopolíticamente es “el territorio en el que se extiende la influencia propia”) al comienzo, y posteriormente por el dominio del amplio mercado mundial.

Dentro de los criterios geopolíticos vigentes esas naciones se agrupaban en cuatro grandes grupos imperiales o proto imperiales.

- Europa insular (Gran Bretaña)
- Europa continental (Francia, Alemania, Rusia)
- América (EE.UU.)
- Asia (Japón)

Al ir expandiéndose las áreas de influencia de los nuevos imperios políticos, basados en sus potencialidades económicas y básicamente industriales, se generaron las condiciones para sucesivas guerras de expansión e imperiales de conquista de territorios coloniales, así como de áreas de influencia político-económica.

A la vez, contradiciendo uno de los postulados básicos del liberalismo que -aún hoy- sostiene que “la mano invisible” del mercado todo lo soluciona, sobrevinieron varias profundas crisis, de las cuales la de 1929 fue la que dejó más perdurables huellas históricas.

La especulación desenfrenada, la preeminencia de las operaciones especulativas sobre las productivas, la desmesurada concentración de la riqueza, unidas a crisis de superproducción relacionadas con la falta de planificación y las restricciones al poder adquisitivo de grandes sectores de la población, fueron factores que desencadenaron la llamada “gran recesión” de la década del '30.

Esa crisis fue la que dio lugar a nuevas doctrinas económicas, de las cuales la más mencionada - pero no la única- es el keynesianismo, derivando de la misma el criterio del “Estado benefactor”, idea ya expresada con otros términos en el siglo XIX por Galiani, Sismondi y List, pero perfeccionada y expuesta como concepto específico, amplio y abarcativo a partir de Keynes.

LA DOCTRINA KEYNESIANA Y EL POST KEYNESIANISMO

La Primera Guerra Mundial marcó el comienzo del ocaso de la supremacía británica y europea en general, pues los EE.UU. salieron política y económicamente fortalecidos y disputándoles la primacía mundial.

Por su parte, la Segunda Guerra Mundial significó el quiebre de la supremacía europea a escala mundial, que a través de diversas naciones se había mantenido desde el comienzo de la Edad Moderna.

Las transformaciones de las dos grandes guerras mundiales afectaron profundamente -para bien y para mal- las estructuras políticas, sociales y económicas de prácticamente todo el mundo. Debe tenerse presente que dichos cambios ocurrieron en el marco de una constante y cada vez más acentuada y rápida

evolución tecnológica, pues queda muy en claro que los cambios tecnológicos suceden a una escala exponencial, cada vez más rápido y cada vez más profundos.

Así como el siglo XIX marcó el fin de la esclavitud (al menos como fenómeno aceptado o al menos tolerado a escala mundial), el siglo XX marcó el fin de la era del colonialismo, como hecho político dominante a nivel global.

A la vez, el régimen de propiedad fue objeto de profundos cambios de criterios, pues anteriormente en muchas naciones se asimilaba al régimen de propiedad absoluta heredado del Imperio Romano, para pasar a concepciones más atenuadas, incluyendo al criterio de la propiedad privada con criterio social, lo cual marca un cambio muy profundo. Por supuesto, a ello se suma la figura de la propiedad colectiva, que si bien no era nuevo (pues existió en numerosas culturas antiguas de diversas partes del mundo) tomó un acentuado cariz político a partir de la aplicación de las ideas políticas marxistas.

Dentro del marco de convulsiones y descontentos sociales generados o acentuados por la crisis mundial de 1929, podía resultar previsible que los principales críticos al liberalismo provinieran de sectores políticos radicalizados, más afines a la ideología de Marx, y con toda la carga de rencores de clases sociales marginadas, o de ciudadanos de países oprimidos por el subdesarrollo o a consecuencia de derrotas militares.

Sin embargo, *John Maynard Keynes* fue un economista que recibió una cuidadosa educación, producto de la buena posición económica y social de su familia, que a la vez llegó a concretar una importante riqueza económica personal, y que por añadidura fue un catedrático de renombre en la reputada Universidad de Oxford.

Este hombre, de atildados modales y de pulcra apariencia, fue -impensadamente para algunos estudiosos de la sociología- el economista que logró destruir uno de los dos paradigmas del liberalismo. Por ese “sacrilegio”, que echó por tierra parte del aparataje dogmático de la doctrina económica y política del liberalismo, es aún no aceptado o denostado por los ultraconservadores defensores del andamiaje intelectual creado por A. Smith, y defendido por el *establishment* de los grandes poderes financieros y económicos transnacionales.

Sin duda fue un “gravísimo pecado” haber puesto de manifiesto buena parte de las notables falencias y contradicciones de la ortodoxia liberal, la cual, dentro de sus cerrados esquemas, se demostró incapaz de evitar y más aún de salir de las recesiones generadas precisamente por la aplicación ultra ortodoxa de las “máximas” del liberalismo.

El gran mérito de Keynes fue destruir el paradigma liberal cuyo pilar fundamental es la prioridad de mantener la estabilidad monetaria a toda costa. Ello implica subordinar lo económico (la producción) a lo financiero (la especulación).

Ese vetusto y erróneo paradigma fue reemplazado por el nuevo paradigma keynesiano, para el cual lo prioritario es mantener -o lograr y mantener- una economía interna de plena ocupación. Es importante señalar que lo relativo al pleno empleo era una cuestión ni siquiera analizada por “los clásicos” del liberalismo, habida cuenta que precisamente el pleno empleo era uno de los inmovibles y sacrosantos presupuestos del liberalismo (aunque la realidad demostrara repetidamente lo contrario).

O sea que Keynes puso el orden lógico, al subordinar lo financiero a lo económico, poniendo énfasis en estimular el incremento de la producción, lo que equivale al crecimiento de la economía.

Queda muy en claro que todas las grandes potencias económicas logran mantener altos niveles de empleo y evitar las recesiones, “exportando” sus problemas a las naciones subdesarrolladas, tanto mediante su predominio económico como a través del más sutil y más perverso predominio financiero.

No obstante los grandes méritos de Keynes y la indiscutible contribución de sus trabajos a analizar la economía desde una óptica notablemente más racional que la de los dogmáticos del liberalismo, en sus escritos e investigaciones *no alcanzó a analizar -y consecuentemente a refutar- en toda su profundidad la falacia que implica el otro gran paradigma liberal*, el que sostiene *la existencia del equilibrio externo autónomo* respecto a otras variables de la economía, y *la asimilación como un mismo concepto a los de las divisas y el capital.*

Por otra parte, los *modelos de análisis de las transacciones internacionales* realizados por el liberalismo, son básicamente *estáticos*. Ese supuesto de por sí *distorsiona* notablemente los enfoques, pues *si algo caracteriza a las transacciones internacionales, es su notable dinamismo.*

Keynes no alcanzó a profundizar lo referente a los problemas de las crisis de producción que son consecuencia de los desequilibrios de la balanza de pagos. Menos aún evaluó la situación de extrema

dependencia económica y de sumisión política a las que se tiene sujetas a la mayor parte de las naciones subdesarrolladas, por medio de los mecanismos financieros transnacionales que generan y sostienen un esquema de desequilibrio permanente de las balanzas de pagos de estas naciones.

Dicho en pocas palabras, el aspecto troncal no desarrollado con toda la amplitud necesaria por Keynes, es lo referente a los desequilibrios externos crónicos de las balanzas de pagos de las naciones subdesarrolladas.

Esa situación económica patológica genera a su vez la crónica dependencia de las economías subdesarrolladas, respecto al financiamiento externo, conformando un círculo del cual no es posible salir en el marco de “las recetas” tradicionales, o sea de “las recetas” liberales del F.M.I., el Banco Mundial y organismos similares.

Es sabido que el keynesianismo, aplicado inicialmente en forma de políticas de *shock* en EE.UU., provocó el abandono del “patrón oro”, lo cual permitió a ese país implementar políticas financieras activas de estímulo a la economía.

Pero también es sabido que a partir de los acuerdos de Bretton Woods, y más aún a partir de la creación de los organismos financieros transnacionales (el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional), de hecho el “patrón oro” fue sustituido por el “patrón dólar”.

Ese hecho fáctico, sumado a la “parte faltante” de la teoría keynesiana”, logró mantener el claro predominio financiero de las naciones industriales, como eslabón fundamental para mantener la estructura de la dependencia de las naciones subdesarrolladas.

Pero de hecho no debe soslayarse ni minimizarse el enorme aporte realizado por Keynes, pues logró cambiar el paradigma liberal que priorizaba la estabilidad financiera y el equilibrio presupuestario, por el nuevo paradigma de búsqueda del pleno empleo, como objetivo prioritario macroeconómico, a nivel de las economías nacionales.

Resulta muy interesante comparar las opiniones de dos grandes intelectuales contemporáneos de Keynes, respecto a la economía.

Para el físico alemán Max Planck, la economía era considerada una ciencia demasiado difícil, motivo por el cual manifestó que no se dedicó a estudiarla; y téngase presente que se trata de un científico que ganó un Premio Nobel.

Sin embargo, Bertrand Russell expresó que no se dedicó a la economía por considerarla algo demasiado fácil.

Para entender un poco más el contexto económico de la gran depresión, durante la cual Keynes lanzó sus -para la época- muy atrevidas teorías, es interesante rescatar algunos indicadores de la profundidad de la recesión en la que se encontraba inmerso EE.UU.

El total de sueldos y otras retribuciones al trabajo, pagados por toda la economía de EE.UU. en 1929, alcanzaba la suma de U\$S 15.000 millones, mientras que en 1932 ese concepto se redujo a U\$S 886 millones. En ese contexto, los problemas sociales llegaron a ser gigantescos, con elevadísimos índices de desocupación, con millones de personas sin hogar, y con mucha gente revolviendo la basura para encontrar comida. Adviértase que las cuestiones sociales son prácticamente calcadas respecto a las acontecidas en Argentina durante la llamada “década infame” (1930-1943), y a las actuales que son producto del largo interregno neoliberal que arrancando en marzo de 1976 (o si se quiere en junio de 1975), lleva ya casi 3 décadas de vigencia en nuestro país.

En ese contexto, Keynes fundamentó la inevitabilidad de un claro dirigismo estatal, sin por ello cambiar en lo sustancial el régimen de la propiedad privada. El objetivo de Keynes era lograr una economía capitalista sin desempleo. Podemos decir que ese objetivo ha estado cerca de alcanzarse en las economías del 1º Mundo Post Industrial, pero a costa de transferir ese problema al 3º Mundo.

Algunos autores afirman que básicamente Keynes le dio el marco académico y doctrinario a varias medidas económicas marcadamente heterodoxas, que habían comenzado a ser implementadas en EE.UU. En ese contexto, el gobierno federal de EE.UU. lanzó un vasto plan de grandes obras públicas, a la vez que implementó otras medidas para crear empleo, complementando todo ello con subsidios a los desocupados.

Esas medidas heterodoxas (como la abolición del “patrón oro”) fueron fuertemente resistidas por el *establishment* ultraconservador de EE.UU., inclusive a nivel de la Suprema Corte de Justicia, cuya resistencia fue vencida. Muchas grandes obras de infraestructura, como autopistas y centrales

hidroeléctricas, al ser resistidas inicialmente por los pobladores fueron impuestas a punta de fusil, al movilizar a las fuerzas armadas para allanar el camino hacia las concreciones de las obras.

No fue un tema menor el hecho que a los voceros de la “democracia” formal de EE.UU., les producía particular molestia contrastar los lentos progresos para salir de la recesión que mostraba su país, respecto a los rápidos resultados obtenidos en la Italia de Mussolini y en la Alemania de Hitler.

En todo ese complejo contexto, es entendible que las opiniones de un “hereje” de la economía liberal, que echó por tierra muchos de los “dogmas sagrados” de la teoría político-económica que había dominado al mundo y silenciado a “los rebeldes” (como F. List), hayan sido no solo aceptadas sino también recibidas de muy buen grado.

Seguramente influyó mucho a favor para la aceptación de Keynes en los altos círculos del poder mundial, el hecho de ser “uno de los suyos”, pues no solo era anglosajón (inglés), sino también fue un claro miembro de la clase alta, llegando en sus últimos años a ser distinguido con un título nobiliario; y como detalle básico, no era un contestatario del capitalismo ni un furibundo reformista social, ni menos aún un revolucionario al estilo de Marx. Lejos de todo eso, Keynes pretendió (y logró) implementar profundas correcciones al sistema capitalista, para facilitar su perdurabilidad.

Convencido de que las depresiones pueden ser permanentes (como lo muestran la mayor parte de las economías de Latinoamérica y de África, así como varias de Asia), virtualmente *destruyó la "teoría del columpio"*, según la cual las propias fuerzas del mercado deberían inexorablemente sacar a la economía de la depresión en la cual la habían sumido.

Yendo mucho más allá de las limitaciones de “los padres del liberalismo” Keynes advirtió que *en una depresión los ahorros no se "atascan" sino que se agotan rápidamente, y en ese marco, si no existe una rápida y fuerte intervención del Estado, la propia economía "privada" se muestra incapaz de salir de la situación.*

Keynes demostró que la inversión y la reactivación del mercado interno son claves para salir rápidamente de la recesión.

Pero a la vez, *advirtió que la economía siempre puede colapsar, y eso puede suceder inclusive en medio de un proceso de fuerte expansión, al restringirse la inversión.*

Habiendo sido pieza clave para los acuerdos económicos de posguerra, que delinearon las pautas a las que de un modo u otro se debió ajustar la economía mundial a partir de 1945, Keynes falleció en 1946.

Resumiendo los aportes de la revolución keynesiana.

En las economías internas de cada país.

- Puso al sector productivo sobre el sector financiero.
- La prioridad pasó a ser el pleno empleo, relegando al equilibrio presupuestario.
- Independizó al sector industrial de la preeminencia de todo el andamiaje financiero.
- Destruyó el falso dogma liberal según el cual mediante políticas exclusivamente financieras se debería salir de un cuadro de recesión, mediante los “ajustes automáticos” que “el mercado” por sí haría.

Pero en lo referente al sector externo, solo alcanzó a bosquejar (al menos públicamente, o en sus trabajos conocidos) algunos de los siguientes aspectos:

- La dependencia de los países importadores de capital (los subdesarrollados) respecto a los exportadores de capital (los desarrollados).
- La existencia de todo el andamiaje financiero internacional, que mediante presiones políticas y el accionar ideológico-doctrinario de la escuela liberal, tilda de “hereje” y “pecaminoso” a todo accionar que intente salirse de los rígidos esquemas doctrinarios, con lo cual el caso no tiene solución.
- La “trampa” que significa una balanza de pagos crónicamente deficitaria, y la necesidad de salir de ese esquema de dependencia mediante el manejo conjunto del comercio exterior como fuente genuina generadora de divisas, y una política financiera interna orientada hacia la producción y el crecimiento, con el estricto manejo del Banco Central.
- No alcanzó a destruir el falso dogma liberal del equilibrio automático de las balanzas de pagos.

Otros economistas destacados de la época keynesiana o posterior, fueron *Joseph Alois Schumpeter, John Kennet Galbraith y Paul A. Samuelson.*

El gran aporte de *Joseph Schumpeter* fue su análisis acerca de los ciclos económicos, contribuyendo a su conocimiento y sentando las bases para implementar las medidas para morigerarlos. Schumpeter era escéptico acerca de la supervivencia del capitalismo, pues sostuvo que sus propias limitaciones terminarían haciendo inviable al sistema. Buena parte de esos problemas serían originados por el imperio de la “ley de la selva” absolutamente despiadada en el mundo de las empresas; y también serían consecuencia del gigantismo de las corporaciones, que llevaron a crear a otro de los factores de la producción, a los empresarios. En ese análisis, la figura del “empresario” se separa de la del capitalista, dándole mayor soporte tecnocrático, lo cual llevó a su vez a crear otro de los factores de la producción, el “tecnócrata”, o sea el hombre capacitado para manejar la “tecnocracia”.

A partir de allí, a los tres factores tradicionales de la producción, tierra, capital y trabajo, se le agregan el empresario, el tecnócrata y la tecnocracia.

Esos nuevos factores de la producción, según la óptica de Schumpeter, acabarían por quitar el ímpetu propio de los primeros capitalistas emprendedores, arriesgados y muy dinámicos. Eso haría perder el empuje, y el socialismo iría absorbiendo a la economía capitalista. Esa conclusión de Schumpeter da importancia a otros aspectos de la realidad, situados mucho más allá de la pura teoría económica, pues confluyen para ello aspectos de la historia económica, de lo social, lo cultural y lo político.

John Kennet Galbraith fue un economista de tono fuertemente crítico a los males que el poder omnímodo de los oligopolios y oligopsonios causan en toda la sociedad.

Es considerado en cierta forma un continuador de Veblen, pero logró mucha mayor difusión, posiblemente por su estilo de redacción más claro y directo.

Fue el creador de varios conceptos que a partir de él siguieron utilizándose en los análisis económicos y políticos. Dentro de ellos cabe citar a “la sociedad opulenta”, el “poder compensador”, la “tecnocultura” y otros de similar fuerza y poder de síntesis conceptual.

En cierta forma, fue un adelantado a su tiempo, pues muchas de sus descarnadas críticas fueron tomadas y potenciadas, varias décadas después, por los ambientalistas que -un poco por tanteo, por prueba y error- fueron conformando la incipiente “economía ambiental”.

Como ejemplo de esa orientación marcadamente crítica, Galbraith afirmó que la llamada “soberanía del consumidor” en realidad fue avasallada por el poder que las grandes empresas ejercen sobre el mercado; pero más aún, sostuvo que dentro de las empresas el poder real no es ejercido por sus accionistas o propietarios, sino por el sector técnico altamente calificado que él denominó la tecnocultura. Obsérvese que a partir de ese concepto, la clasificación de los factores de la producción fue modificada sustancialmente, pues de aquellos originariamente admitidos -tierra, capital y trabajo- a los que posteriormente se había agregado “la cuarta rueda del carro”, el factor empresario, los análisis de Galbraith terminarían adicionando dos nuevos factores de producción -tecnología y tecnocracia-, con lo que se termina de constituir la media docena de factores de la producción admitidos a comienzos del siglo XXI.

Afirmaba que la sociedad opulenta es capaz de satisfacer las neo necesidades que ella misma crea, pero a la vez es marcadamente incapaz de satisfacer necesidades básicas de servicios esenciales, como la educación, salud pública y otros. A la vez, tuvo un enfoque afín con el actual ambientalismo, al afirmar que las empresas no deducen el “valor social” por la contaminación y otros daños al medio ambiente.

Para Galbraith, “los hombres no pueden vivir sin una teoría económica”, incluyendo con ello consideraciones sociológicas y psicológicas al estudio de la economía.

Uno de los aspectos verdaderamente notables de Galbraith está constituido por su capacidad de realizar profundas críticas a los males de la aplicación a rajatabla de las “recetas” del liberalismo, mostrando las distorsiones de enfoques de los economistas que pretenden aplicar las mismas medidas en todos los países, independientemente del grado de desarrollo en que se encuentren, de sus diferencias culturales, de sus sistemas de gobierno, de aspectos sociológicos profundos; y otras consideraciones que habitualmente son dejadas de lado por los analistas tradicionales y “apegados al librito” en vez de profundizar en el conocimiento de la realidad.

La forma en que abordaron los problemas del desarrollo económico, demuestra una capacidad de crítica objetiva, sin perjuicio de haber sido un hombre muy involucrado con los sectores del poder económico estadounidense, al punto de haber sido -entre otros cargos- embajador en la India.

Su propuesta de evitar la división tajante entre países desarrollados y subdesarrollados, pretende considerar los grados del desarrollo como un sendero o trayecto en el que existen numerosas etapas

sucesivas, cada una de las cuales posee sus características y, por ende, las medidas que pueden ser muy positivas en determinadas etapas pueden ser negativas en otras.

A diferencia de otros economistas que practican la ultraortodoxia, y que anteponen a la economía totalmente planificada (como pretendió ser la soviética) la teórica economía privatista en extremo (una falsedad sin asidero), Galbraith reconoció el rol indelegable del Estado en muchas áreas económicas de los países más desarrollados, tal como sucede en EE.UU., la UE, Japón, etc.

En base a ello consideró no solo totalmente aceptable y recomendable, sino incluso imprescindible, que los respectivos Estados Nacionales tengan activa participación en los procesos de inducción al desarrollo socioeconómico de los países subdesarrollados. A la vez, reconoció explícitamente que la planificación es una herramienta insustituible para orientar el desarrollo y asignar en forma más eficiente los recursos económicos, sobre todo cuando estos son escasos, como sucede en los países subdesarrollados.

También denostó a ciertos tipos de “izquierdas” que prefieren modelos retardatarios y negativos, que no mejoran ni la cuantía de la producción ni la distribución de la riqueza, pero que “son acordes a la doctrina”, en vez de aceptar medidas de tinte “más capitalista” pero que son probadamente eficaces y positivas.

Para Galbraith, la educación es a la vez gasto e inversión, pero al manifestar expresamente que ninguna otra actividad puede producir tan grandes saltos cualitativos, y el extraordinario modo en que contribuye y sostiene a todas las demás actividades, le asignó el rango de inversión prioritaria e imprescindible, sobre todo en los países subdesarrollados. No existe eficiencia posible ni transformación alcanzable, si esta no es fundamentada en una masa de población calificada permanentemente y sin analfabetismo.

Pero una opinión realmente extraordinaria de Galbraith -por provenir de un economista norteamericano- es afirmar que *uno de los grandes problemas de los países subdesarrollados es producir profesionales capacitados para analizar la realidad desde la óptica de los países desarrollados, pero incapaces de advertir y analizar sus propias realidades nacionales, muy diferentes a las de las sociedades postindustriales.*

Por su parte, Samuelson es tal vez el más prestigioso de los economistas vivientes en este momento. Es catedrático de una de las más célebres universidades norteamericanas, y es autor de un libro que constituye uno de los pilares del aprendizaje de los estudiantes de economía de nuestro tiempo.

Paul A. Samuelson, prestigioso economista contemporáneo nuestro nacido en 1915, es autor de un libro de economía que es todo un clásico, que prácticamente forma parte de la bibliografía básica de todo estudiante de economía, y del que holgadamente se habría vendido más de un millón de ejemplares en prácticamente todo el mundo.

Su trabajo ha sido tan variado y polifacético, que suele ser difícil encuadrarlo o encasillar las áreas específicas en las que sus aportes teóricos fueron más relevantes.

Posiblemente sus estudios referentes al comercio exterior y sus múltiples connotaciones, han ocupado buena parte de sus análisis.

Pero lo más relevante es su énfasis en la econometría y sus variadas aplicaciones al campo teórico y práctico de la economía.

Dotado de mucha claridad expositiva y conceptual, se destaca también por sus dotes como profesor y conferencista.

Formado en Harvard, posteriormente se incorporó al prestigioso M.I.T. (Instituto Tecnológico de Massachusetts, por sus siglas en inglés), sin duda Samuelson contribuyó enormemente a que el M.I.T. también sea conocido y destacado en el campo económico.

Puede sintetizarse diciendo que hoy es prácticamente una reliquia viviente en el campo de la economía.

EL NEOLIBERALISMO

Este es un término que pretende sintetizar un concepto que es bastante difícil de precisar con nitidez. Buscando los años de origen del neologismo, salvo error u omisión, puede situarse a comienzos de la década del '70, y todo indica que fue una reacción intelectual del *establishment* financiero mundial a la muy severa crisis que en su momento significó el comienzo del accionar de la O.P.E.P.

Queda muy en claro que esa reacción intelectual fue orientada a un ámbito mucho más fáctico y concreto que el mundo académico y meramente teórico. Fue el marco intelectual que brindó el sustento para la nueva etapa de auge del sector financiero, que significó una reacción contra los países subdesarrollados, y en especial contra el poder que llegaron a mostrar los grandes exportadores de petróleo, coaligados en la Organización de Países Exportadores de Petróleo.

Milton Fridman, el padre de la llamada “escuela de Chicago”, es considerado el padre del monetarismo como doctrina económica, la cual a su vez ha sido uno de los más poderosos fundamentos de la denominada “revolución conservadora”, que encarnada en dirigentes ultraconservadores, como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, han materializado el neoliberalismo que entre sus ideas básicas propugna el desguace total del “estado benefactor” y de la “economía del bienestar”.

El monetarismo puso acentuado énfasis en priorizar absolutamente al sector financiero por sobre las actividades estrictamente productivas. Por ello, al volver a la época prekeynesiana, el monetarismo y su consecuente engendro económico, el neoliberalismo, constituye un “revival” del más crudo liberalismo ortodoxo.

Debe resaltarse que la “escuela de Chicago” fue el “*think tank*” (tanque de ideas) y la cuna de formación económica de la mayor parte de los relativamente jóvenes colaboradores del ex Ministro de Economía de Argentina, durante la primera etapa del nefasto “proceso”, por lo que a ese equipo económico se lo denominó “Martínez de Hoz y los Chicago’s boys”.

Una de las ideas troncales del monetarismo -vinculado con la “Escuela de Chicago”-, es afirmar que las erogaciones del Estado en las políticas activas de previsión social y de cobertura social de toda la población, significan costos excesivos en toda la economía, y principalmente en los empresarios privados. Por ello, propone destinar esos fondos a la actividad productiva directa, disminuyendo las contribuciones e impuestos destinados a fines sociales, argumentando que el empresariado privado está mejor dotado para asignar más eficientemente esos recursos económico-financieros.

A la vez, al propugnar una drástica disminución de las funciones del Estado, ha hecho que en aquellos países en los que esta particular filosofía se aplicó a rajatabla, el Estado como tal virtualmente ha desaparecido. Como ejemplos pueden citarse a la amplia mayoría de los países latinoamericanos.

El énfasis puesto en las actividades financieras y las legislaciones ampliamente favorables a ese sector, previamente extranjerizado en la mayoría de nuestros países, ha contribuido severamente a aumentar la economía de especulación, a entorpecer las actividades productivas reales, y a aumentar la sangría de recursos financieros de nuestros empobrecidos países hacia los mercados financieros de los países de la sociedad postindustrial.

Todo esto, a su vez, condujo a una masiva y muy rápida concentración de la riqueza en muy pocas manos, destruyendo a la clase media, empobreciendo drásticamente a la clase media y la clase baja, destruyendo la industria nacional, aumentando la desocupación a niveles altísimos y con carácter crónico, y llevado a una situación de crisis permanente y sin solución dentro de los esquemas político-económicos vigentes.

El accionar de los grandes sectores financieros transnacionales contó con la “bendición” de la doctrina monetarista, difundida por Milton Fridman de la llamada Escuela de Chicago, cuyos trabajos le valieron el espaldarazo intelectual (y económico) de un Premio Nobel de Economía.

La doctrina monetarista fue un ataque en toda la línea a los postulados keynesianos, volviendo a poner todas las prioridades en el sector financiero, dejando a un lado y en posición totalmente dependiente al sector productivo, y sobre todo a los subsectores más dinámicos del área productiva, como son el tecnológico y el industrial.

La contraofensiva desatada contra las políticas económicas keynesianas, las estatistas y las socialistas, tuvo características integrales, pues se logró desbaratar el accionar conjunto de los países del 3º Mundo, que había sido importante en los foros internacionales, operando como las Naciones No Alineadas (del que Argentina y la amplia mayoría de los países latinoamericanos formaron parte).

A la vez, fue intenso el accionar político en varias de las naciones líderes, incluyendo la toma del poder por parte de los sectores más conservadores y ortodoxos, como los Republicanos en EE.UU., los Conservadores en Gran Bretaña, y partidos vinculados a los conservadores o similares en Francia, Alemania, etc.

Todo ello fue favorecido con un perceptible cambio en el accionar de la Iglesia Católica, la cual abandonó los postulados de la llamada “iglesia tercermundista”, para volver a pautas más conservadoras y convencionales.

Pero mucho más afín a la imposición de este modelo sociopolítico y económico, ha sido el accionar de innumerables sectas religiosas, que contando con amplios apoyos financieros transnacionales han logrado minar parcialmente la conciencia de la población, imponiendo esquemas mentales de cerrado sectarismo, de falta de compromiso social y de subvaloración de todo sentimiento patriótico. Este proceso ha sido alentado por el llamado “Informe Rockefeller” elaborado en los años ’60, en el que se proponía prioritariamente destruir uno de los tres grandes pilares de la unidad cultural latinoamericana: la mayoritaria adhesión a los postulados religiosos de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Los otros dos pilares de unidad latinoamericana son la historia y el idioma.

Por otra parte, el deterioro político y económico en el bloque soviético, que eclosionó rápidamente entre fines de la década del ’80 y comienzos de la década del ’90, marcó el fin de la era bipolar en el mundo, dando comienzos a la absoluta supremacía de EE.UU. como única superpotencia mundial.

Esa enorme ofensiva de los sectores financieros y ultraconservadores, a escala mundial, por supuesto incluyó el conocido sistema de “premios y castigos” para todo el sector de los comunicadores sociales más importantes de cada país, para los estamentos académicos e intelectuales de las grandes universidades y academias de diversos países, al amplio arco del sector político, gremial y empresarial, a los militares y a todos los sectores que representaran una fracción importante del poder en sus distintas facetas.

Uno de los más perceptibles reflejos fue el nacimiento o el fortalecimiento de medios masivos de comunicación, que reflejaran abierta y crudamente los nuevos paradigmas monetaristas y neoliberales. Dentro de ello cabe situar a los diarios y revistas especializados en temas económicos y sobre todo financieros, a determinados canales televisivos, a radios “especializadas”, etc.

Dentro de todo ese marco de gigantesca contraofensiva del liberalismo, y con el respaldo inicial (en las décadas del ’70 y ’80) de una cruzada política anticomunista, las presiones ejercidas sobre los países latinoamericanos fueron amplias, fuertes y constantes.

La Doctrina de la Seguridad Nacional, elaborada en EE.UU. y difundida principalmente a través de la “Escuela de las Américas” (centro estadounidense de instrucción de militares latinoamericanos) brindó el marco ideológico y conceptual a los sectores militares más duros, antipopulares y antinacionales, para tomar el poder por la fuerza, en muchos casos desalojando del mismo a gobiernos civiles de orientaciones populistas y nacionalistas. Lo notable del caso fue que los mencionados golpes de Estado en muchos casos estuvieron enmarcados en severas dosis de violencia institucionalizada de claras orientaciones oligárquicas, pero decían responder a “la democracia”.

El “clima” de inseguridad previo había sido “convenientemente” preparado por diversos grupos insurreccionales de extrema izquierda, cuyas acciones violentas generaron las lógicas secuelas de temor, rechazo y odio. Lo destacable, es que años después se divulgó que la propia C.I.A. había financiado -al menos parcialmente- el accionar de estos grupos guerrilleros de ideologías marxistas o similares.

Uno de los ejes de acción principales en América Latina fue instaurar gobiernos manejados de hecho por sectores económicos ultra conservadores (como en Argentina los grandes terratenientes de la Pampa Húmeda), unidos a los sectores financieros locales y a los testaferros de los grandes grupos financieros transnacionales. Con esos sectores dirigiendo en forma omnímoda el poder, fue fácil implementar políticas de endeudamiento masivo de las economías latinoamericanas, las que en el marco de las sobrevaluaciones de las monedas locales (en varios casos) y la apertura aduanera abrupta e indiscriminada, barrieron rápidamente con la mayoría de los sectores industriales no vinculados con las actividades primarias.

Los paradigmas económicos que sustentaron semejantes políticas de genocidio económico masivo en América Latina, se presentaron como “las últimas tendencias” y “el pensamiento económico moderno a escala mundial”, aunque en rigor de verdad no eran más que las viejas ideas anquilosadas de Adam Smith, David Ricardo y sus sucesores, apenas recubiertas por una ligera capa de barniz de las “nuevas” ideas monetaristas de Milton Friedman, las que no son más que reelaboraciones de viejas ideas de preeminencia absoluta del sector financiero y de las actividades especulativas en claro detrimento y destrucción de las actividades productivas.

Como un aporte más a la confusión conceptual, para que el fenómeno no pudiera ser fácilmente analizado ni menos aún entendido por los ciudadanos el neoliberalismo se presentó como “una doctrina nueva y superadora” pretendiendo diferenciarse del liberalismo tradicional. Pero analizados sus postulados, las medidas propugnadas e implementadas, así como la absoluta falta de sensibilidad social,

es evidente que se trata de una reedición del viejo y caduco liberalismo tradicional, apenas retocado y adecuado a la realidad mundial de nuestra época.

La única diferencia -pero que a los fines prácticos es más formal que de contenidos- es constatar cuál es el sector que en esta nueva etapa del liberalismo concentra las mayores cuotas de poder real. Si en épocas anteriores el poder real a escala mundial estaba compartido entre los grandes conglomerados que manejaban las transacciones comerciales y los grandes grupos financieros, enmarcados ambos en las políticas de Estado de los grandes imperios y en el ámbito interno argentino el poder devenía de la asociación de los exportadores tradicionales (agrícola-ganaderos) con los sectores financieros extranjeros, en esta nueva etapa la mayor parte del poder se concentró exclusivamente en el sector financiero transnacional.

Las nefastas y trágicas consecuencias de la aplicación de las medidas neoliberales en Argentina, en la larga noche que abarca desde 1976 hasta nuestros días, las estamos padeciendo con palpable crudeza, en estos primeros años del siglo XXI.

Queda muy claro que el fin último del neoliberalismo es imponer la globalización a ultranza, proceso que de triunfar significaría que el poder real estaría de hecho en las manos omnímodas de un reducido grupo de financistas que en tal supuesto controlarían -directa o indirectamente- prácticamente todos los aspectos de la vida de toda la población mundial.

LOS “ECONOMISTAS ANTIGLOBALIZADORES”. LAS CRÍTICAS AL NEOLIBERALISMO GLOBALIZANTE DENTRO DEL SISTEMA DE PROPIEDAD PRIVADA

Este punto se refiere a algunos de los muchos economistas que en diversos países del mundo han comprendido los efectos catastróficos de la aplicación del neoliberalismo globalizante, y han elaborado propuestas e iniciativas que significan concretas vías alternativas de acción, oponiéndose de ese modo a la nefasta filosofía del “pensamiento único”, que cual dogma pseudo-religioso se pretende imponer a escala planetaria.

Lo notable del caso es que todos los economistas mencionados seguidamente -igual que muchos otros más- no son de ningún modo militantes o tan siquiera simpatizantes de posiciones sociopolíticas revulsivas o revolucionarias respecto al sistema de propiedad privada y a otros aspectos que caracterizan al capitalismo, en sus distintas variantes. Por el contrario, son partidarios de modelos socioeconómicos pacíficos, lejos de posturas fundamentalistas; pero que en cambio poseen fuertes componentes de sensibilidad social y claros principios de respeto a los valores nacionales.

Resulta muy interesante advertir de qué modo se multiplican los críticos al crudo neoliberalismo globalizante, oponiéndose al arrollador avance del neoliberalismo como fenómeno cultural que desde hace dos a tres décadas se está intentando imponer “a presión” a escala mundial, en un proceso de penetración cultural académica, comunicacional, y general, en el que se presenta al neoliberalismo como “la única alternativa posible” que, según esa concepción ideológicamente totalitaria, descalifica a priori a todos los opositores.

Queda muy en claro que al dominar ampliamente la casi totalidad de los más importantes medios masivos de comunicación, los opositores al “statu quo” neoliberal habitualmente gozan de muy poca prensa. Por este motivo, al ser usual que “se batan los tambores” ante cada opinión de los economistas “bendecidos” por el *establishment*, y al existir densas paredes de silencio cercando a las voces de los fundamentados críticos, se tiende a confundir al común de la gente, e inclusive se induce al error a personas medianamente informadas en temas económicos, pues suele ser difícil acceder a las fundamentadas opiniones de economistas opuestos a la esquizofrenia de la globalización a ultranza y a su herramienta principal, el neoliberalismo.

Por ello es importante destacar la existencia de algunos de estos economistas “antiglobalización”, rescatando algunas ideas de sus pensamientos y propuestas. Desde ya este punto es apenas la punta del témpano, que tan solo da una somera idea de la totalidad del pensamiento socioeconómico opositor al neoliberalismo, que por definición es apátrida y carente de toda connotación o sentimiento social o humano.

Sin duda, el más conocido de los críticos al neoliberalismo es el economista norteamericano *Joseph Stiglitz*, cuyas opiniones han llegado a alcanzar gran difusión. Este grado de difusión de las ideas de Stiglitz constituye una verdadera rareza dentro del amplio espectro que cubren los “economistas antiglobalizadores”. Pero claro está que Stiglitz constituye un verdadero “peso pesado” a quien como tal

el *establishment* no pudo neutralizar, tanto por la solidez de sus “pergaminos” -es Premio Nobel de Economía 2001, ex-integrante y posteriormente presidente del Consejo de Asesores Económicos del entonces Presidente de EE.UU. William Jefferson “Bill” Clinton, ex Vicepresidente Primero y Economista Jefe del Banco Mundial, catedrático de renombre en varias universidades norteamericanas, autor de varios libros muy leídos-, como por el hecho de ser “ciudadano del Primer Mundo” (es norteamericano), y sobre todo por sus contundentes e incluso explosivas afirmaciones.

Ha dicho Stiglitz -conceptualmente- que principalmente en la década del '90 la economía mundial ha sido (y sigue siendo) manejada por los grandes poderes financieros transnacionales. Que importa a dichos poderes las operaciones financieras por sobre las actividades productivas. Que muchos (¿tal vez quiso decir todos?), los políticos influyentes, directivos y asesores de los entes financieros transnacionales y otros poderosos de EE.UU. (aplicable a todo el “G7”) han mantenido una conducta económica esquizofrénica, pues “recomiendan”, inducen y obligan a los países subdesarrollados a aplicar medidas socioeconómicas recesivas, duras y de altísimos costos sociales; mientras que para el selecto grupo del mundo de la economía post industrial tienen amplias consideraciones sociales y mucha preocupación por evitar cualquier recesión económica. Afirmó que el atroz endeudamiento que atenaza a las economías de los países subdesarrollados ha sido fuertemente inducida por los organismos crediticios transnacionales y los grandes centros financieros del mundo, a sabiendas que esas deudas serían impagables. Como las precedentes, ha expresado otras fundamentadas y muy caústicas observaciones.

Por su parte, menos conocido para la gran prensa y la opinión pública, *Philip Mirowski*, catedrático de la Universidad de Notre Dame, Francia, es un auténtico “revoltoso intelectual”, cuyas drásticas afirmaciones son fuertes revulsivos dentro del mundillo de los economistas mundiales. Obsérvese que también es un economista criado, educado y residente en el Primer Mundo y en el “G7”, por lo que sus expresiones alcanzan mayor difusión que las provenientes de cualquier nación emergente o sumergida en el Tercer Mundo.

Mirowski es economista e historiador, siguiendo implícitamente la misma metodología de análisis de Federico List y los economistas de la llamada “Escuela Económica Alemana”, que consideran imprescindible incorporar las enseñanzas de La Historia para los análisis económicos.

Afirmó que economistas convertidos en íconos vivientes de La Economía, como Paul Samuelson y Kenneth Arrow están profundamente equivocados, al afirmar que la Historia no es importante para entender y construir la Economía, y al formar parte de los economistas “del sistema”, para los que los análisis económicos solo son válidos si incluyen farragosos y complejos modelos y ecuaciones matemáticas. Considera Mirowski que grandes y prestigiosos economistas, como han sido Alfred Marshall y John Maynard Keynes, bajo los parámetros de excesiva formalización y elevada complejidad matemática, no serían considerados “economistas serios”, o sea que hoy no serían “aceptados” por el establishment de los economistas neoliberales y afines al sistema globalizador. Con meridiana claridad expresó que es falso que los mercados representen o manifiesten los deseos y necesidades de la gente. Puso de relieve la enorme habilidad de los economistas neoclásicos (léase neoliberales) para neutralizar a los críticos, al hacerlos absorber por el sistema y tornarlos inofensivos. Pero posiblemente su frase más fuerte es aquella que afirma que para ejecutar la economía neoclásica solo es necesario contar con una banda de zombis descerebrados, totalmente incapaces de razonar por sí mismos y que tan solo se atengan a obedecer ciegamente las reglas impuestas.

Muhamud Yunus representa un caso sumamente interesante para comprender cabalmente cómo operan en las naciones subdesarrolladas los paradigmas económicos impuestos por las naciones desarrolladas. Este economista, oriundo de Bangla Desh -uno de los países más pobres del mundo- se doctoró en Economía en EE.UU., y posteriormente regresó a su patria para ejercer la docencia en la universidad.

Advirtiendo las gruesas contradicciones entre las pautas y los paradigmas económicos aprendidos y la cruda realidad de su país, fue dándose cuenta que virtualmente toda esa economía muchas veces sustentada en modelos abstractos, emanada del selecto grupo del “G7” (Grupo de los Siete países de la llamada “sociedad postindustrial”), de por sí contiene supuestos teóricos inhallables en el mundo real.

Pero más aún, Yunus advirtió que todo ese andamiaje teórico del neoliberalismo es en verdad una entelequia no solo inaplicable, sino también sombríamente negativa para la dura realidad de un país subdesarrollado, y mucho más si se trata de un emblemático modelo de país del “cuarto mundo” como es Bangla Desh.

En una notable coincidencia con Federico List, Yunus de hecho entendió que para comprender la economía real de un país pobre como el suyo, virtualmente debía “quemar los libros” de la economía clásica, y pasar a reescribir todo el andamiaje teórico-práctico de la Economía.

En base a esta diametralmente opuesta concepción mental, Yunus comenzó a reelaborar La Economía, partiendo de datos de la realidad de su propio país para, basándose en ello, construir el andamiaje teórico-práctico que pueda dar respuestas concretas a las necesidades de un país sumido en la miseria y con grandes contradicciones y problemas sociales sin resolver.

Obsérvese que la habitual forma de razonar de los economistas adoctrinados en la pautas neoliberales, es querer encasillar las particulares condiciones socioeconómicas de los países subdesarrollados en esquemas teóricos diseñados en los países ricos; que incluyen máximas de acción coincidentes con las elucubraciones teóricas del neoliberalismo, predicadas pero no aplicadas fronteras adentro por la naciones desarrolladas. Vendría a ser algo así como “haz lo que yo digo pero no lo que hago”.

Fruto de esa nueva concepción mental fue la creación del “Banco de los Pobres”, institución que fue creada para atender las necesidades de financiación de personas emprendedoras, de muy bajos recursos, necesitadas de un modesto respaldo inicial para comenzar actividades económicas en muy pequeña escala (denominadas microemprendimientos). Este Banco extendió sus actividades a varios países, y una característica es que la mayoría de sus préstamos están destinados a mujeres que son jefas y el único sostén de sus respectivos hogares.

En Argentina existen y trabajan activamente muchos economistas, cuyas opiniones han sido sistemáticamente omitidas por los grandes medios de comunicación, hasta la explosión socioeconómica del sistema en diciembre de 2001.

Entre otros cabe la cita de “economistas militantes” anti-sistema, como los asesores económicos de instituciones gremiales y empresariales opuestas al modelo neoliberal (como la C.T.A. -Confederación de Trabajadores de Argentina-, la F.A.A. -la Federación Agraria Argentina- y otras).

El economista Eduardo Conesa, con sus brillantes análisis de la economía argentina, pronosticó la cataclísmica salida de la convertibilidad al poco tiempo de comenzarse su aplicación. Manifestó que si no se implementaban medidas correctoras, una medida meramente instrumental como la convertibilidad se convertiría en la piedra angular de todo el proceso económico y en la profunda trampa de la cual sería muy doloroso salir. Lo valioso es que esas afirmaciones fueron hechas en un libro publicado en 1993, mucho antes de la hecatombe de diciembre de 2001.

Además, Conesa realizó y realiza constantes estudios de la Economía Argentina, fundamentando porqué dentro del “sistema” neoliberal no existirán soluciones de fondo, sugiriendo a la vez concretas medidas de acción que prácticamente constituyen un plan económico alternativo.

Daniel Muchnik es un economista y periodista que se caracterizó por sostener ideas político-económicas que en forma muy explícita se oponen al “pensamiento único”, y consecuentemente son favorables al desarrollo diversificado, autosostenido, con claras connotaciones humanas, y de un estilo muy claro, que a la vez demuestra los serios vicios y corruptelas del sistema neoliberal impuesto en la Argentina.

El *Plan Fénix* fue elaborado por un numeroso y destacado grupo de profesores de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA) y un profesor de la Universidad Nacional de Córdoba. Cabe citar a *Aldo Ferrer, Abraham Leonardo Gak, Jorge Schvarzer, Héctor Valle* y otros, como componentes del llamado “Grupo Fénix”.

El Plan Fénix constituye un completo programa económico de gobierno, que fue presentado a la opinión pública en el año 2001, cuando la inquietud general presagiaba aciagos días, los que incluían no solo la hecatombe socioeconómica que sucedió, sino también la certera amenaza de disolución nacional.

Inicialmente soslayado por los grandes medios de comunicación (los que solo concedían amplios espacios a los economistas afines al *establishment*), posteriormente el Plan Fénix logró cierta difusión, surgiendo en su momento como la única alternativa estructuralmente consolidada y sólidamente elaborada frente a las diversas versiones del “pensamiento único” que machaconamente se repetía sin cesar, sobre todo en los “programas serios” de la *troupe* de “periodistas exitosos” de la TV de la Capital Federal y el Conurbano bonaerense.

Habiendo alcanzado amplia difusión, resulta notable la afirmación de uno de sus coautores, que “*off the record*” expresó que el Plan Fénix despertó mucho interés en los estamentos dirigenciales intermedios, pero fue recibido -en general- con marcada frialdad en muchos sectores del alto poder. Eso

no puede extrañar, pues en esas esferas directamente vinculadas con el poder se hallan enquistados muchos de los que han obtenido pingües ganancias por la aplicación del modelo neoliberal en Argentina; ganancias de las cuales la contracara es la miseria generalizada y la destrucción socioeconómica que afecta a la amplia mayoría de los argentinos.

El Plan Fénix se propone reencauzar a la Argentina por la senda del desarrollo socio económico autosostenido, con vigorosas medidas de estímulo a los sectores de mayor efecto multiplicador (tecnológico e industrial), volviendo a fortalecer el mercado interno sobre la base de una batería de medidas (fuerte plan de obras públicas, incremento de los salarios reales, créditos bancarios accesibles, reinstauración de la confianza en todos los operadores económicos incluyendo a los asalariados y consumidores, etc.). A la vez, propone impulsar un fuerte incremento de las exportaciones, dando estímulos a las exportaciones no tradicionales, las que precisamente son las de mayor valor agregado.

Cabe también mencionar el trabajo producido por un numeroso conjunto de economistas, titulado “Argentina: alternativas frente a la globalización - Pensamiento social de la iglesia en el umbral del tercer milenio”. Entre sus coautores puede citarse a J. C. Scanone, G. Erramouspe de Pilnik, G. Farrell, J. E. Barbará, L. Videla, I. Chojo Ortiz y otros.

LOS MOVIMIENTOS ANTIGLOBALIZADORES EN EL MUNDO

El tema de la globalización a ultranza es aún un capítulo abierto con final incierto en la historia de la humanidad que está forjándose en nuestros días, y que posiblemente adquiera un sesgo más definido -en contra o a favor-, dentro del término de nuestra generación; lo cual configura una definición en un brevísimo término de tiempo en el marco del devenir histórico general.

Por cierto que parecería que los “gurúes” de la globalización no esperaban encontrarse con la persistente y creciente resistencia que se está produciendo a escala planetaria, al punto tal que las periódicas reuniones mundiales que convocan a los representantes de los factores del mega poder mundial (grandes corporaciones, gigantescos consorcios financieros, entes de análisis y prospectivas vinculados con y en muchos casos financiados por esas mega empresas, representantes de las naciones del G7, presidentes y ministros de economía del 3º y 4º Mundos afines o permeables al modelo del pensamiento único, etc.).

Ya en la reunión de Seattle (EE.UU.) de 1999, los enormes niveles que alcanzaron las manifestaciones masivas de protesta hicieron terminar la convención en un virtual fracaso político y un fiasco a nivel de repercusión en la opinión pública mundial.

Posteriormente se realizaron otras masivas manifestaciones de protesta en oportunidad de sucesivas reuniones en Washington, Praga, Génova, y hasta en la propia y muy apartada localidad turística de Davos (Suiza). Las represiones a los manifestantes fueron de tal violencia que inclusive se produjeron víctimas fatales, agregándose con ello la cuota de dramatismo no por ello exenta de autenticidad. A consecuencia de ese creciente estado de malestar en la opinión pública, los sitios de reunión de los “dueños del poder” y sus representantes se están realizando paulatinamente en lugares más remotos e inaccesibles para el común de la gente.

Inclusive se constituyó un Foro Mundial Antiglobalización, concretándose sus primeras reuniones en la ciudad de Porto Alegre, capital del Estado de Río Grande del Sur, en Brasil. A comienzos del año 2004 dicho Foro se reunió en la ciudad de Bombay, en la India, ubicada no solo en las antípodas geográficas sino también en las antípodas socioeconómicas. Ello es así pues mientras que Porto Alegre es parte de uno de los más ricos e igualitarios (socialmente) Estados de Brasil, Bombay es una ciudad donde la inmensa mayoría de la población vive en la miseria más abyecta, inmersa en un sistema social de castas y sin ninguna posibilidad de acceder a condiciones dignas de subsistencia.

Los militantes anti-globalizadores constituyen un variado conjunto de entusiastas activistas, provenientes de diversos países y con diversas orientaciones políticas. Están allí agricultores europeos que ven peligrar los sistemas de subsidios que los mantienen, antiguos militantes socialistas y comunistas, nacionalistas de países desarrollados y del tercer mundo, ecologistas, etc.

Inclusive el propio Joseph Stiglitz ha sido uno de los más destacados disertantes en este tipo de foros.

Respecto a los ecologistas, resulta notable su participación, y en tal sentido cabe diferenciar las distintas corrientes que existen dentro del amplio espectro del movimiento ecologista mundial, puesto que

algunos de ellos asumen posturas de corte fundamentalista, las que de hecho resultan perfectamente funcionales a los intereses de la globalización.

LA CONTRACARA DEL LIBERALISMO. LAS VARIANTES SOCIALISTAS Y RADICALIZADAS

El Socialismo y sus diversas variantes

Los libre-pensadores de comienzos del siglo XIX, partidarios de reformar el sistema capitalista desde una óptica social, recibieron el nombre de socialistas. Motivaban sus pensamientos y escritos, las condiciones miserables en que vivía la mayor parte de la población, que explotada hasta límites indecibles literalmente vivía para trabajar, en vez de trabajar para vivir. Las extensísimas jornadas laborales hasta el agotamiento, el trabajo brutal impuesto a mujeres y niños, los frecuentes accidentes laborales, sin las mínimas protecciones, la carencia total de cobertura médica y la inexistencia de cobertura social, habían hecho de la revolución industrial un sistema prácticamente igual a la esclavitud, con la diferencia que el esclavo se cuidaba al menos porque tenía un valor de compra, mientras que el obrero podía cambiarse o reemplazarse con suma facilidad y sin mayores costos (a veces sin ninguno).

El socialismo utópico tuvo varios destacados pensadores, entre los que resaltaron las figuras de *Saint-Simon* (1760-1825), *Proudhon* (1809-1865), *Robert Owen* (1771-1858), *Fourier*, *Cabet*, *Leroux* y *Goodwin*.

Los socialistas utópicos planteaban la existencia de “leyes naturales”, y suponían que los males sociales eran consecuencia de la falta de aplicación de dichas leyes.

Pero dichas supuestas “leyes naturales” debían ser encontradas utilizando para ello como herramientas a la economía, la sociología y la historia.

A la sociedad vigente la llamaban “irracional”, considerando “racional” a la que se sujetara a esas “leyes”. Con bastante credulidad, suponían que el profundo cambio que todo ello significa se realizaría sin resistencias. Con ello, sus ideas elaboradas a nivel de postulados tenían un fundamento básicamente moral, ignorando las otras fuerzas que motivan la conducta humana.

Por ello, a diferencia de otros reformistas, no propugnaban la lucha de pobres contra ricos, ni de la clase obrera contra los capitalistas, pues suponían que los cambios se harían por la propia fuerza de los hechos, sin resistencias y sin violencia.

Si bien el socialismo fue rápidamente desplazado por doctrinas mucho más radicalizadas, como el anarquismo y el comunismo, perduró como tal, manteniendo su vigencia -en general bastante reducida- en los países europeos, y llegando a América a través de la masiva inmigración de los siglos XIX y XX.

Robert Owen planteaba la necesidad de implementar radicales transformaciones sociales en la muy conservadora Gran Bretaña de la era previctoriana y victoriana.

Sus iniciativas eran sumamente audaces para su época, habiendo defendido ante el parlamento la necesidad de combatir la extrema pobreza del pueblo en los años posteriores a las guerras contra Napoleón, dando la posibilidad de trabajo a cada uno.

Owen fue un filántropo práctico, que en una remota aldea escocesa (New Lanark) montó una fábrica de hilados modelo, en la cual el respeto a los obreros era la clave de todo. Los castigos físicos (comunes en su época) eran inexistentes en New Lanark, no trabajaban niños menores de 10 años, la limpieza era la norma en la pequeña ciudad, los niños recibían educación, las familias de los operarios tenían viviendas dignas, y otras cosas por el estilo, absolutamente impensables en esos años.

Pero además propuso crear nuevas ciudades bajo la forma de aldeas cooperativas, en las que la propiedad de las fábricas sea comunitaria, con grandes áreas parqueizadas, regímenes de trabajo más humanitarios, etc.

Como en Gran Bretaña Owen tuvo la oposición de los pensadores afines al orden establecido y la crítica mordaz de los más radicalizados, se marchó a EE.UU. a concretar su aldea ideal. En Indiana estableció su comunidad ideal, a la que llamó New Harmony, la cual debería ser independiente de la propiedad privada, de la religión irracional y del matrimonio formal. Su iniciativa ideal fracasó en un tiempo relativamente breve, pues no podía coexistir con los valores tradicionales y con los estafadores que pululan en toda sociedad.

Owen expuso sus ideas a los presidentes de EE.UU. y de México, Jackson y Santa Ana, respectivamente sin lograr nada concreto.

De regreso en Gran Bretaña, mientras que sus pares de la clase alta no lo tomaban con seriedad, sus propuestas calaron hondo entre los trabajadores, que para ese entonces ya se habían organizado en sindicatos y gremios para defender sus derechos. Florecieron muchas cooperativas y entidades de trueque, que sin embargo no lograron sobrevivir, excepto las de consumidores, que influyeron posteriormente en el Partido Laborista británico.

Nuevamente viajó a EE.UU., donde formó la Gran Liga Nacional, mediante la cual pretendía instrumentar los grandes cambios sociales que propugnaba. Los sectores patronales y el propio Estado norteamericano se sintieron perturbados, y lograron desarticular a la Liga, que constituyó el último intento práctico de Owen por implementar sus ideales. Aunque aún le quedaron energías para entrevistarse con la Reina Victoria, siempre para defender sus propuestas de cambios sociales.

Owen afirmaba que el hombre es producto de sus circunstancias: por eso pretendía cambiar las circunstancias para mejorar al hombre.

El Conde Henry Claude de Rouvroy de Saint Simon era un aristócrata francés que se decía descendiente de Carlomagno. Viajó a EE.UU. donde participó en las guerras de la independencia, donde puso en evidencia su amor a la democracia y su oposición a los sistemas monárquicos. Después de un breve paso por México, donde aún gobernaba un virrey, regresó a Francia, a tiempo para participar en la Revolución Francesa.

Tan fuertes eran las convicciones igualitarias de Saint Simon, que inclusive renunció a su título de nobleza.

Terminó su vida en la más absoluta pobreza, en 1825, previo a un fallido intento de suicidio un par de años antes.

Sus seguidores habían constituido una secta de características casi religiosas, que rápidamente degeneró en permisividades prácticamente inmorales, diluyéndose pocos años después de su muerte.

Uno de sus grandes aportes fue la vehemente defensa de la importancia que para Francia, su país, revestían los científicos, técnicos y artesanos, a los que consideraba el alma de su patria; mientras que con elegantes pero duras palabras trataba de “adornos sociales” a los miembros de la nobleza.

Pretendía poner en la cúspide de la pirámide social a todos los trabajadores -los productivos-dejando en el último a las clases en ese entonces dominantes y totalmente ociosas -los nobles, las castas sacerdotales y los sectores vinculados a ellos-. Pero no elaboró ningún modelo o doctrina económica acorde a su pensamiento, si bien sus seguidores pretendieron avanzar suprimiendo la propiedad privada.

Para dar vuelo a sus ideas llegó hasta a entrevistar a Luis XVIII y a otros hombres importantes de su época. A su muerte, su filosofía perduró un tiempo, y llegó a tener alrededor de 40.000 adeptos para diluirse poco después.

Otro socialista utópico fue *Charles Fourier*, aunque sus ideas generales más tendieron a parecer las de un loco total, que las de alguien interesado en los grandes cambios políticos, sociales y económicos.

Sus ideales sociales y económicos los expuso a través de las organizaciones de falanges o falangsterios, verdaderas organizaciones comunales de una gran vivienda única, aunque con comodidades individuales, espacios para sembradíos y establecimientos manufactureros. El tipo de organización era bastante confuso y utópico. A pesar de sus notables lagunas y contradicciones doctrinales, las falanges llegaron a tener cierta difusión en EE.UU., donde algunas perduraron hasta 1930, aunque sus características internas fueron notablemente variadas y en general muy excéntricas.

El conjunto de falanges formaron los falangsterios, logrando algunos de ellos cierta perdurabilidad en algunos puntos de Europa, para terminar extinguiéndose ante su inviabilidad práctica u otros problemas humanos y organizativos.

Los socialistas utópicos, marcados por características cercanas o inmersas en la locura, eran la reacción a una sociedad marcadamente injusta, y en la que las injusticias eran consideradas una fatalidad tan inevitable como las leyes de la física.

Por su parte, *John Stuart Mill* fue una notable inteligencia que dio bases mucho más científicas a los pensamientos vinculados al socialismo.

Dotado de conocimientos bastamente enciclopédicos, ya en su aún joven madurez escribió su obra “Principios de economía política”, en 1848.

Mill diferenció la importancia de la economía en los fenómenos de la producción, pero afirmó que la distribución de la riqueza es un fenómeno totalmente ajeno a la economía. Habiendo vivido hasta 1873, fue considerado el sucesor de Ricardo.

La gran contribución de J. S. Mill fue destruir las afirmaciones de los clásicos precedentes, acerca de “la mano invisible” o de la “inevitabilidad” de las injusticias sociales, permitiendo considerar a esos temas -nuevamente- como el tema ético que había sido antes de Smith, Ricardo y sus seguidores.

Algunos consideran a Mill el primer socialista serio, pues permitió comenzar a pensar acerca de la distribución de la riqueza; pero a pesar de ello no habría llegado a ser un detractor a ultranza de la organización social de su época, y tampoco fue un comunista.

Otros socialistas tomaron el rumbo de la revolución como método para lograr los cambios propugnados. A partir de allí, en algunos casos los límites son algo difusos entre los socialistas revolucionarios, los anarquistas y los comunistas.

Dentro de los primeros, algunos nombres lograron cierto predicamento, como el español *Luis Blanc* (1811-1882), quien participó de la sangrienta revolución de París de 1848, la cual fue desarrollada por los obreros y sectores socialmente marginados, los que finalmente fueron derrotados tras dura lucha.

Otro de estos socialistas revolucionarios fue *Augusto Blanqui* (1805-1885), hombre de pocas escrituras, pues básicamente era un hombre de mucho temperamento y proclive a la acción directa. Su modelo de revolución -a la que dedicó prácticamente toda su vida- era de tipo organizada, de ciertas elites revolucionariamente ilustradas y preparadas para la acción. Por ello, descreía de las revoluciones de las masas, siendo tildado de gestor de golpes de Estado por otros revolucionarios violentos que creían básicamente en las insurrecciones generalizadas. Fue catalogado despectivamente como “putschista” por otros socialistas revolucionarios que podrían definirse como “populistas” (por buscar alguna definición a sus diferencias metodológicas).

En Argentina, el Socialismo tuvo representantes de bastante renombre, entre los que sobresalieron entre otros *Alfredo Palacios*, *Américo Ghioldi* y *Alicia Moreau de Justo*. Es de destacar que en Argentina, el Socialismo como tal, más allá de sus postulados teóricos se ubicó como uno más de los partidos del *establishment*, siendo esa postura muy clara en la llamada “Revolución Libertadora”, en la que no solo colaboraron activamente, sino que los dos últimos mencionados apoyaron intelectualmente las políticas de fusilamientos masivos implementados a partir de 1956, de los partidarios -civiles y militares- del movimiento de características populares y nacionales derrocado con el citado golpe de Estado.

En sí mismo, el socialismo es una doctrina política, pero no alcanza a conformar una doctrina económica. Puede decirse que de una postura muy crítica al régimen capitalista despiadado de comienzos de la revolución industrial fue morigerando sus posturas, para pasar a impulsar mejoras sociales progresivas pero sin cuestionar el régimen de propiedad, y sin elaborar ideas diferentes a las del liberalismo respecto al accionar general del Estado. Tanto en Europa como aún más en América Latina, el socialismo ha sido de hecho uno más de los partidos que sistemáticamente se opuso a las políticas estatistas y populistas, bajo pretextos formalmente democráticos u otros cuestionamientos formales de similar tenor.

El Anarquismo

Más allá de las diversas orientaciones del anarquismo, dentro del amplio abanico de opiniones y tendencias de una ideología tan drástica en sus postulados generales como difusa en las precisiones operativas e instrumentales, cabe distinguir dos variantes básicas a partir de las cuales los distintos militantes o pensadores elaboraron sus propuestas.

De esa forma, se tiene por una parte el anarquismo individualista, y por otra el anarquismo comunista o colectivista.

El anarquismo individualista sostiene la necesidad de la desaparición absoluta del Estado, aceptando solamente ciertas elementales formas de cooperativismo y de actividades colectivas para actividades elementales como las de la producción para la subsistencia.

En el anarquismo colectivista la importancia del individuo es destacada excluyentemente como parte del ente colectivo, de la colectividad. La realización del individuo solo se admite como parte de la realización de la sociedad en su conjunto. Estas concepciones tienen muchos puntos en común con la doctrina comunista ortodoxa, si bien el pensamiento anarquista se diferencia del marxismo en grado suficiente como para ser considerado una doctrina económica claramente separada.

Para algunos historiadores, el precursor de esta particular forma de pensamiento político económico fue el inglés *William Godwin*, quien a fines del siglo XVIII desarrolló sus ideas que pueden considerarse un proto-anarquismo, si bien no mencionó específicamente al concepto de anarquismo. Básicamente consideraba que el hombre posee la suficiente capacidad intelectual y moral como para manejarse por sí mismo, sin depender de gobernantes o poderosos que lo manden. De hecho consideraba explícitamente que el poder es intrínsecamente perverso.

Anarquía significa “sin gobierno” o “carente de gobierno”, y en un vocablo compuesto por dos voces griegas: “a” que significa “sin” o “desprovisto de”, y “arkos” que significa “gobierno”.

En su momento fue una ideología política que alcanzó gran difusión. Su iniciador fue el ruso *Mikhail Bakunin* (1814-1876), y su doctrina se propagó rápidamente entre los países eslavos y latinos. Principalmente a través de la inmigración masiva de estos últimos (Italia y España) llegó a la Argentina a fines del siglo XIX, alcanzando bastante difusión durante las primeras décadas del siglo XX. *Pedro Kropotkin* (1842-1921) fue un príncipe ruso disconforme con las desigualdades sociales de su época y entorno, siendo uno de los ideólogos de los inicios del anarquismo.

La corriente anarquista de Bakunin fue partidaria de las acciones violentas. Inclusive discrepó con Marx, al considerar que las ideas marxistas no eran suficientemente revolucionarias. Bakunin sostenía que solo y únicamente por la fuerza los desposeídos y la clase trabajadora alcanzarían el poder, debiendo previamente desalojar del mismo a las clases política y económicamente opresoras. Yendo aún más lejos, Bakunin propugnaba la disolución total y absoluta de todos los Estados nacionales. Demostrando su virulencia “in extremis”, sostenía -palabras más o menos- que el revolucionario debe estar dispuesto a matar y a morir, sin que para ello lo limiten los afectos personales.

El anarquismo consideraba necesaria la supresión del Estado, pues fundamentaba que el Estado era la representación del aparato político y judicial de los sectores más poderosos, en contra de los sectores más desposeídos.

Pretendió lograr la convivencia social sin la existencia del Estado, en una situación de fraternidad general muy utópica, contradecida por las propias características del ser humano promedio. Queda en claro entonces que pretendió la coexistencia de todas las personas sin estar sujetas a ningún sistema de gobierno, pues consideró una intolerable coacción cualquier estructura que rigiera las relaciones interpersonales, así sean estas bien intencionadas y justas.

Una sociedad construida sobre las bases de la anarquía debería estar organizada sin autoridad, lo cual parece todo un contrasentido, pues la organización requiere la existencia de algún tipo de autoridad. Consideraban los anarquistas que pensar en la imposibilidad de organizarse sin autoridad es “tener mentalidad autoritaria”.

El ideal buscado era la máxima libertad del individuo, dentro de un sistema de economía similar al comunismo. En cierta forma, sería un utópico comunismo sin Estado; el cual ninguno o pocos pensadores no anarquistas dejan de considerarlo irrealizable e impracticable.

Los principios básicos del pensamiento anarquista son: pluralismo y autogestión.

Pierre Joseph Proudhon (1809-1865) fue otro de los grandes precursores de esta corriente de pensamiento. Buscó el equilibrio funcional entre la tesis y la antítesis, en vez de la tríada de tesis, antítesis y síntesis.

Consideraba que la “fuerza colectiva” de la sociedad es superior a las fuerzas sumadas de sus integrantes. Expresó que la fuerza colectiva se transforma en fuerza coactiva manipulada por las fuerzas sociales dominantes. Eso se haría mediante el monopolio económico - el monopolio como concepto clásico, y el monopolio político - el Estado.

Calificó al Estado como invasor y expansivo, en contra de la iniciativa individual, comunal y social. Dos frases definen con meridiana claridad la esencia del pensamiento de Proudhon: “el gobierno es la maldición de Dios” y “la propiedad es un robo”.

Según Proudhon, explotar y gobernar son la misma cosa, en una drástica tesis acorde al ideario anarquista.

Las contradicciones de la sociedad serían la base de los cambios pero, para Proudhon, dichas contradicciones son irremediables.

Para llegar al “federalismo pluralista”, Proudhon entendió a la economía mutualista como la única alternativa.

En el campo económico, Proudhon concibió la “teoría de la creación del valor mediante el intercambio y el trabajo invertido”, lo cual fue duramente refutado por Marx, quien lo trató de pequeño burgués.

De todos modos, el pensamiento de Proudhon -al igual que prácticamente la totalidad del ideario anarquista- es sumamente impreciso y con enormes lagunas conceptuales, a la hora de definir políticas económicas -así sean estas elementales- destinadas a concretar o mantener las producciones en grandes escalas, como en los grandes complejos industriales en los que el orden, la planificación sistemática, la jerarquía y la disciplina, son factores imprescindibles sin los cuales esas actividades serían imposibles.

Godwin y Proudhon eran básicamente pacifistas, siendo partidarios del método de la resistencia pasiva e individual como forma de lucha.

Consideraban que el “ser colectivo” es libre porque es dinámico, y es dinámico porque es libre. El ideal de los anarquistas es la sociedad autogestionada. Sin embargo, muy poco en concreto llegaron a definir acerca de las medidas económicas a adoptarse en el hipotético caso que se concretaran sus ideales políticos, disolviéndose los Estados y toda forma de gobierno. Algunas vagas ideas de explotaciones colectivas o de tipo cooperativo fueron esbozadas, pero prácticamente nada alcanzaron a definir.

Sin embargo, es interesante señalar que Proudhon se manifestó contrario a la filosofía de “la lucha de clases” del marxismo, pues consideraba que si la clase trabajadora alcanzase el poder, sería tan nefasta y tan opresora como las elites políticas o económicas que detentaban el poder en su época.

Los anarquistas son contrarios a la estructuración que denominan “conservadora” de la familia. Sin embargo, Proudhon habría sido más conservador en este aspecto, y también consideró positivo el mantenimiento de la pequeña propiedad.

Justicia, equidad e igualdad, son los pilares teóricos de Proudhon; siempre considerados desde su particular y drástica óptica.

Para él, propiedad y robo son sinónimos; toda preeminencia social es iniquidad y bandolerismo.

Para Proudhon, la Revolución Francesa (1789) solo logró extender el derecho de propiedad a todas las clases sociales, siendo que -para él- debió suprimirlo.

La declaración de los Derechos del Hombre supone -para Proudhon- una variedad de desigualdades civiles, o sea desigualdad ante la ley.

Vincula a despotismo, desigualdad civil y propiedad.

El Estado... se erige en jefe de bandidos (para Proudhon). Dentro de ese esquema, el trabajo lleva a la igualdad en la propiedad.

Para ello, todos los salarios deberían ser iguales.

Citó reiteradamente a su contemporáneo y compatriota Say, cuya visión de la economía no era por cierto ni sencilla ni precisa.

Consideró la propiedad como factor de exclusión y como facultad de invasión.

Para el sistema anarquista, toda producción debería ser canalizada hacia el consumo o a una nueva producción, pero no a la capitalización de tipo acumulativa (que engrosa fortunas privadas).

Parte del supuesto de la absoluta igualdad de todas las personas, e igualdad del valor de retribución de todas las tareas.

La retribución a la propiedad sería la retribución a un nulo esfuerzo de producción, según esta teoría.

Atacó al Estado, a la propiedad, a la religión, a la familia, al servicio militar; en síntesis, propugnó un cambio de características tan profundas que pasó a ser, además de potencialmente muy violento, utópico; a partir de las propias complejidades expuestas, de la inviabilidad fáctica de un cambio de semejante envergadura, dentro de las características culturales propias del ser humano; como de las indefiniciones respecto a lo que sería el salario o la retribución justa o correcta, e igualitaria.

De hecho, Proudhon estuvo en contra del concepto e institución de la propiedad de tipo absoluto, tal como lo era en el Derecho Romano; lo cual es bastante diferente al concepto de “propiedad privada con sentido social”, criterio hoy mayoritario y que tiende a impedir abusos, sin por ello afectar el propio derecho de propiedad. Sin embargo, para este autor la propiedad adquiere el carácter de homicida, precisamente por los abusos de la figura absoluta, pero a la vez porque para el autor, la propiedad como tal es una fuente perenne de injusticias y, -según él-, debería ser completamente abolida.

Para *Mirko Roberti*, la “sociedad económica” son los trabajadores, y la “sociedad política” son las clases dominantes. A partir de ello, infiere el carácter antitético de la política y la economía.

La justicia es el fundamento de las sociedades, pero si la justicia está corrompida, si la sociedad está corrupta, la justicia reflejará esos valores negativos y será intrínsecamente “injusta” e inmoral. Sin duda esta frase es aplicable a cualquier tipo de sociedad, y bien podría ser acuñada “a la medida” de la Argentina del neoliberalismo.

Para el anarquismo, la teología es la ciencia de lo infinitamente absurdo. Afirmaron que después de los apóstoles, la verdad cristiana se extinguió.

Expresaron que se reemplazó la injusticia intrínseca de la monarquía por la más sutil pero igualmente injusta forma de gobierno democrática, pues las iniquidades, que antes recaían en unos pocos gobernantes, se extienden a algunos centenares o miles de nuevos gobernantes “democráticos”, existiendo idéntico despotismo en ambos sistemas.

Consideran los anarquistas que el concepto de “lo justo” varía con las sociedades. Para los filósofos antiguos, la esclavitud era “justa”. Para los clérigos de la Edad Media, la servidumbre era “justa”; para Napoleón, contradecir su voluntad era atentar contra el Estado, o sea era “injusto”; para algunos moralistas o pensadores de la era industrial, como Malthus, si bien no consideraban “justa” la desigualdad, de hecho consideraban que debía mantenerse.

Para los anarquistas, el Estado pasa a ser la materialización de las injusticias establecidas.

El derecho de ocupación impide la propiedad, el derecho al trabajo la destruye, según reza una de las máximas del anarquismo.

Tres “prejuicios”: soberanía del hombre, desigualdad de condiciones, propiedad, son -para esa visión política- simplemente uno solo expresado en tres formas distintas.

Siendo la propiedad un derecho, la posesión es un hecho. La propiedad pura y simple es la nuda propiedad, la posesión es un hecho. Estos conceptos fueron reiteradamente citados por los ideólogos anarquistas.

Se puede constatar que es básicamente una ideología política de carácter absolutamente revolucionario, con proposiciones tan drásticas que solo podrían intentar materializarse mediante el ejercicio de la violencia extrema. Para esta ideología política, lo económico pasa a ser un apéndice muy importante, pues en varios axiomas o ideas de tipo económico fundamenta buena parte de su andamiaje teórico-político.

Pero como doctrina económica podría considerarse relativamente elemental o al menos de una elaboración muy simplista, que omite analizar o plantear las soluciones reales a problemas fácticos de muy difícil aplicación, considerando la normalmente conflictiva naturaleza psicológica del ser humano. Todo lo no analizado debería ser, en teoría, estudiado posteriormente y a la medida que se implementen -supuestamente- los cambios propuestos.

Respecto a las desiguales capacidades humanas, que según esta doctrina deberían ser todas compensadas o remuneradas por igual (¿cómo se evitaría la holgazanería, o la poca dedicación, si no se diferenciaban capacidades y dedicaciones diferentes?). Pero en tal sentido, al talento lo considera una obra de la sociedad, pues sería la acumulación de capitales intelectuales y otros accesorios, cristalizados en forma destacada en algunos individuos. Y respecto al genio, al ser providencial, considera que debe estar totalmente al servicio comunitario, por lo que tampoco merecería ninguna retribución diferencial.

Otros autores, como *Enrico Malatesta* o *Julio Godio*, fueron aún más drásticos que Proudhon, siendo por lo tanto mucho más proclives a los cambios signados por la violencia, en mensajes que por una parte denuncian evidentes injusticias sociales, y por otra están cargados de resentimientos hacia el sistema social, político y económico; y sobre todo hacia las clases sociales pudientes o en algunos casos privilegiadas.

Malatesta fue el típico intelectual y militante revolucionario europeo, por lo que sus análisis y sus conclusiones -con los que se podrá coincidir o no-, describen estos enfoques de la realidad de los países de Europa Occidental.

Godio parece apegarse a los estereotipos de las ideologías más radicalizadas, como el anarquismo y el comunismo. Y aunque sea un intelectual latinoamericano, esos estereotipos hacen que la obra consultada sea más bien el reflejo doctrinario de ideas políticas y sociales europeas, que un análisis de la realidad de los países tercermundistas o de Latinoamérica.

En varias partes de su obra, Malatesta exhibió un humanismo profundo e inclusive sobrecogedor, preocupándose por todos y cada uno de los excluidos, dolientes y marginados sociales. En eso, su enfoque puede ser idéntico al de cualquier otro humanista, como por ejemplo un ferviente cristiano militante. Pero a partir de allí los caminos se bifurcan ostensiblemente. A sí mismo se definió como “comunista

libertario”, pero se diferenci6 nítidamente de la ortodoxia comunista al no estar de acuerdo con “las estructuras” ni con regímenes de gobierno severos y dictatoriales, como se han caracterizado los comunistas.

Como hecho anecd6tico, cabe consignar que Malatesta estuvo en la República Argentina entre 1885 y 1889, en forma coincidente con el arribo de las primeras grandes oleadas de inmigrantes italianos y espańoles, dentro de los que un cierto nÚmero adhería a los postulados anarquistas. Como en otros paÍses en los que residi6, Malatesta fue expulsado de Argentina a consecuencia de su clara instigaci6n a la violencia y a la desintegraci6n social.

Este autor, coincidiendo con la m6dula de la filosofía anarquista, fue totalmente opuesto al concepto de patria y a toda prÁctica religiosa, mostrando en esto Último una importante coincidencia con Marx, quien decía que “la religi6n es el opio de los pueblos”.

Respecto a Bakunin, el primer ide6logo de esta corriente de pensamiento, Malatesta afirm6 que fue anarquista y colectivista, pues estaba a favor de la colectivizaci6n de todos los bienes.

Malatesta expres6 su convencimiento de derrotar -por la fuerza- a todos los gobiernos, de expropiar -violentamente- a todos los terratenientes, y de quitar todo privilegio -por la fuerza- a los sacerdotes, a los que acus6 de someter las conciencias de los proletarios. Pero no profundiz6 acerca de c6mo construir despu6s esa hipot6tica sociedad ideal y justa. Lo notable del caso es que despu6s de definir cambios que intrínsecamente son violentos, se expres6 en contra de la violencia. Dijo reconocer la violencia solo como legítima defensa, partiendo del supuesto que en todos los casos todos los gobiernos y todos los propietarios ejercen violencia.

Para la cuesti6n de la propiedad de la tierra, un tema que Malatesta calific6 como crucial y complicado, propugn6 el comunismo, o sea la propiedad comÚn de la tierra. Pero en ese hipot6tico caso, restarían definir mÚltiples aspectos acerca de qui6n la trabajaría, c6mo, y c6mo distribuir equitativa o igualitariamente la producci6n, habida cuenta de los disímiles rendimientos de la propia tierra, de la tecnología a emplearse, de las diversas capacidades individuales, etc.

Respecto a la actividad bancaria, la consider6 puramente especulativa y francamente delictiva o al menos atentatoria contra los derechos de las personas. La soluci6n final sería -supuestamente- volver al trueque. Pero ademÁs de los mayÚsculos problemas prÁcticos que ello presupondría, nada defini6 acerca de c6mo implementar el interregno entre la propuesta revoluci6n y el cambio hacia el trueque institucionalizado.

Consider6 que los intereses de los diversos grupos sociales son siempre antag6nicos, en permanente conflicto. Sin embargo, todo incremento real de la producci6n lleva a una mayor producci6n de riquezas, la cual puede distribuirse equitativa o inequitativamente, lo cual no fue ni siquiera considerado por Malatesta y otros te6ricos del anarquismo. Al provenir ideol6gicamente de paÍses desarrollados, tampoco parecieron avanzar mucho en la investigaci6n de las causas de sometimiento de los paÍses subdesarrollados por parte del reducido “club” de paÍses desarrollados.

Pero lo notable del caso, es que mÁs allÁ de algunas ideas centrales, en las que en general los anarquistas coinciden, el anarquismo no llega a conformar una doctrina econ6mica integrada que alcance a abarcar los distintos aspectos de la actividad econ6mica, o al menos intentarlo.

Muy por el contrario, el anarquismo deja “muchos cabos sueltos”, bajo la fundamentaci6n - discutible por cierto-, que todo eso debe dejarse librado a la creatividad o a la posibilidad de flexibilizar las posiciones para adaptarse a las circunstancias. Palabras mÁs o menos, ese cÚmulo de indefiniciones mÁs allÁ de algunos t6picos troncales, y la absoluta falta de precisiones acerca de c6mo implementar medidas te6ricas que en la prÁctica serían sumamente conflictivas, tornan al menos discutible que el anarquismo cubra los requisitos para ser considerado una doctrina econ6mica, siendo en cambio e indudablemente una doctrina política con claras vinculaciones con aspectos econ6micos.

Otra de las mÚltiples variantes del anarquismo fue la propugnada por el estadounidense *Henry Thoreau* en el siglo XIX, quien alababa las bondades de la vida del campesinado, y atacaba los males y depravaciones que -a su criterio- serían las consecuencias inevitables de la vida ciudadana.

La variante mÁs violenta y revulsiva del anarquismo es la denominada “nihilismo” originado en Rusia, la cual oper6 a trav6s del anarcosindicalismo. Esta variante logr6 una inserci6n importante en las naciones europeas latinas -en especial en Espańa e Italia-, paÍses a trav6s de los cuales deriv6 su influencia a Am6rica Latina, y en especial a la República Argentina.

El vuelco masivo de los sindicatos hacia la doctrina justicialista, en la primera mitad de la d6cada del '40, marc6 la reducci6n del anarquismo a niveles absolutamente marginales, carentes de

representación, en nuestro país situación vigente hasta nuestros días y que posiblemente marque un punto de no retorno definitivo de esta ideología en Argentina.

El Comunismo y el Marxismo

Cabe primeramente realizar una distinción semántica entre “comunismo” y “marxismo”, pues son dos conceptos que habitualmente se utilizan como sinónimos, pese a las diferencias relativamente sutiles existentes entre ambos.

El “comunismo” engloba a todas las doctrinas que, de diversas formas, bajo distintos conceptos políticos y en disímiles realidades históricas y geográficas, intentaron crear organizaciones políticas, sociales y económicas basadas en la propiedad en común de los bienes económicos, bajo estructuras políticas y sociales igualitarias. De tal forma, muchos reformistas utópicos, socialistas, uno de los más importantes sectores del anarquismo, y el marxismo, han sido diversas vertientes teóricas del comunismo.

Por su parte, el marxismo ha sido la doctrina político-económica comunista de mayor trascendencia, tanto por su perdurabilidad como por haber sido la única que logró llegar al poder político efectivo en numerosos países, incluyendo en ellos a los dos más extensos (la URSS y China) y al más poblado de la tierra. En su momento, antes del colapso de la URSS, el comunismo marxista era el sistema político-económico vigente en la mayor parte de Asia, en toda Europa Oriental, en varias de las nuevas naciones africanas, dentro de Latinoamérica en Cuba. Por otra parte, múltiples movimientos insurgentes en prácticamente todo el mundo subdesarrollado tenían claras orientaciones marxistas o filo-marxistas. Por ello, en algún momento cercano de la historia, el marxismo era el sistema político-económico que gobernaba a la mayor parte de la población mundial.

Cabe distinguir que el marxismo ha reconocido tantas vertientes o variantes como conductores ha tenido. De tal forma, de los enunciados teóricos de Marx, pensados básicamente para el encuadre geográfico y temporal de países industrializados de la Europa del siglo XIX, como Alemania e Inglaterra, al triunfante movimiento bolchevique de la URSS de las primeras décadas del siglo XX, existieron diferencias y adaptaciones metodológicas (cabe destacar que la Rusia era básicamente un país muy pobre y deficientemente industrializado). Inclusive dentro de la URSS, el Leninismo, el Stalinismo, el Trotskismo, y el Post Stalinismo de Nikita Kruschev y sus sucesores, han tenido marcadas diferencias, en algunos casos insalvables, como las que llevaron al asesinato de Trotsky como parte de las maniobras de perpetuación en el poder de Stalin.

A la vez, el Maoísmo y el Post Maoísmo en China tuvieron diversas improntas, protagonizando duros enfrentamientos con el comunismo soviético. Del mismo modo, Josip Broz (más conocido por Tito) en Yugoslavia, Fidel Castro en Cuba, y los líderes comunistas de diversos países de África y Asia, también representaron diferenciaciones de diversos grados en las aplicaciones prácticas del comunismo en el poder y, en algunos casos, en los enfoques teóricos, como en el caso del citado Tito, y Nasser (en Egipto). Aunque tanto Tito como Nasser más bien deben incluirse entre los más caracterizados líderes de la Tercera Posición (concepto político puesto en vigencia en Argentina por Juan Domingo Perón).

Con esas salvedades, cabe analizar al marxismo propiamente dicho.

Karl Marx, nacido en 1818, un ciudadano alemán de origen judío, hijo de padres conversos al cristianismo, fue el filósofo, economista y básicamente un teórico científico de la revolución política y social. Su gran amigo, colaborador y mecenas fue Friedrich Engels, quien literalmente lo tuvo a su cargo para permitirle dedicarse de lleno a la investigación y la escritura. Inclusive Engels publicó en forma póstuma la última parte de la obra de Marx.

Sus grandes obras literarias fueron “El Manifiesto Comunista” y “El Capital”, esta última su obra cumbre. La primera de esas obras fue publicada en 1848, en medio de una época de gran agitación social y política en casi toda Europa; mientras que su segunda obra vio la luz en 1867.

Si bien es indudable que su obra fue un aporte a la política y a la economía, fue básicamente un revolucionario, en toda la acepción del término.

Sostenía que el comunismo es la fase superior del capitalismo, en la cual este necesariamente desembocaría.

Marx fue llamado el primer economista científico, dado que en la estructuración de su obra cumbre -“Das Kapital”- (“El Capital”), su método de análisis se aproxima mucho a un enfoque científico, a pesar de referirse básicamente a una ciencia humanística, como lo es la política. Pero a la vez, sin dejar

de ser fuertemente políticos, los trabajos de Marx están sólidamente sustentados en elaborados análisis económicos; y dado que la economía es una ciencia con fuertes bases matemáticas, es factible de ser -al menos en buena parte- pasible de someterse a los rigores de las investigaciones y métodos científicos.

“El Capital” constituye un meduloso y muy profundo análisis del capitalismo y de las reglas que lo gobiernan. No obstante, más allá del innegable valor intelectual de esta voluminosa y sin duda enjundiosa obra, estudiados con la perspectiva que da la historia a los enunciados marxistas (pretendidamente convertidos en dogmas de fe política), resulta innegable que sus estudios guardaron una estrecha relación con la ubicación espacial y temporal en la que fueron realizados (la Europa Occidental del siglo XIX), por lo que los cambios históricos parecerían demostrar que sus predicciones principales - como el colapso del capitalismo y su drástico reemplazo por el comunismo-, difícilmente ocurran, precisamente por haber variado el contexto histórico, social, político, económico y tecnológico del mundo.

Su análisis histórico concluye en la supuesta “inevitabilidad” del comunismo, por las propias contradicciones del capitalismo. A diferencia de los socialistas utópicos, que en sus trabajos se dirigían a sus similares intelectuales de las clases altas y medias-altas, Marx focaliza sus esfuerzos dirigiéndose a los asalariados, a quienes denomina proletarios.

El método de análisis de Marx se basaba en la dialéctica materialista o materialismo histórico. Este método reconoce su origen en las ideas del filósofo germano Georg Wilhelm Hegel, quien afirmó que cada idea lleva en sí misma el germen de su autodestrucción. Cada idea (tesis) implica la existencia de su opuesto (antítesis), y del conflicto de ambas se llega a una nueva idea (síntesis) que se compone de elementos de las dos primeras. A partir de ello, se repite indefinidamente el proceso. De allí el carácter eminentemente dinámico y cambiante de la historia, según este análisis hegeliano.

Por su parte, el filósofo Feuerbach, compatriota de Hegel y Marx, fue considerado el vínculo intelectual entre ambos pues le dio un sentido materialista a la dialéctica de Hegel.

Pero Marx se encargó de marcar las diferencias con Hegel, al afirmar que su método dialéctico es el opuesto al de aquel, al afirmar que “Para Hegel, el mundo real no es sino la forma extrema de ‘La Idea’, y para mí, por el contrario, la idea no es sino el mundo material reflejado por la mente humana”.

Afirmaba que el capitalismo se sustenta en la plusvalía, que es el plus de valor agregado por los trabajadores, y que es -a su modo de ver- injustamente apropiado por el dueño del capital.

Para sus análisis, la economía constituye los cimientos de la sociedad, a los que llama “la infraestructura”. Apoyándose en ella, se alza “la superestructura”, la cual sería todo el andamiaje cultural, ético, jurídico y religioso de una sociedad.

Intentando definir al comunismo, puede decirse que es un sistema político que pretende destruir “hasta sus raíces” al sistema social, político y económico vigente para, a partir de dicha destrucción, edificar un “nuevo orden social” basado en la propiedad comunitaria de la tierra, estableciendo una sociedad teóricamente igualitaria, en la cual las retribuciones a todos los tipos de trabajo serían iguales o muy semejantes, y donde cada uno debería trabajar y producir de acuerdo con sus propias capacidades individuales; pero parte de análisis económicos liberales, por lo que es la contracara del liberalismo.

Su ideal sería la dictadura del proletariado, sistema que solo terminaría reemplazándose por el comunismo perfecto al lograr destruirse todos los factores que impidan ese supuesto estado ideal de la humanidad. El sector social de los proletarios es aquel de los completos desposeídos, los que no tienen más que sus hijos (su prole) y sus propias fuerzas. Adviértase que ese modelo social pudo ser el vigente en la Europa del siglo XIX, pero no es el de los países desarrollados actuales, ni tampoco el que correspondía a la Argentina antes del advenimiento del proceso neoliberal. Por otra parte, se edificó sobre la base de una realidad social y cultural que no se repite en los países del 3º Mundo de América Latina, África y Asia actuales.

Marx consideraba que la lucha de clases era un fenómeno irreversible, que sería empujado por la desesperación de los asalariados sumidos en la miseria y la resistencia al cambio de los poderosos. La realidad es que en la sociedad post-industrial el nivel de vida de los trabajadores es tan alto, que pasaron a conformar una fuerte clase media (una burguesía, al decir de Marx), para la cual la lucha de clases y la revolución no solo no son un objetivo sino que son factores negativos y detestados.

A partir de allí, se puede llegar al análisis actual según el cual el alto nivel de vida de la clase trabajadora de las naciones post-industriales, solo sería posible basándose en la explotación que esas naciones realizan a las naciones subyugadas y subdesarrolladas del 3º Mundo.

La “internacionalización” del marxismo en teoría debería haber sido la fuerza que se opusiera al imperialismo y su natural expansionismo.

En “El Capital” -publicado en 1867-, una obra de escritura muy densa, de difícil lectura y de muy complicada elaboración, analizó hasta en sus más minuciosos aspectos el accionar del capitalismo de su época.

Respecto a la teoría del valor, el marxismo distinguió el “valor de uso” -eminente subjetivo y por ello prácticamente imposible de homogeneizar- del valor de cambio, el cual sería función del trabajo directo o indirecto que existe aplicado a cada bien o servicio transable. Y como en la época de Marx, en las naciones industrializadas de la época los salarios eran de subsistencia y los trabajadores debían trabajar en extensísimas jornadas de muchas horas, la parte patronal se apropiaba indebidamente de toda la parte del salario que excedía el nivel de subsistencia. Esa indebida apropiación es la base conceptual de la “plusvalía” incorporada a todos los bienes y servicios transables.

El fenómeno de la concentración de los capitales, que predijo Marx, se está verificando en nuestros días. Pero la supuestamente inevitable crisis que sobrevendría por las disminuciones constantes de las utilidades en general no se produjo por varios factores, pero dentro de estos los principales han sido las medidas keynesianas en la economía, y los constantes progresos tecnológicos que amplían constantemente los rendimientos productivos y con ello los márgenes de utilidades.

Sus ideales dieron como resultado la constitución de la I Internacional, reunida en Londres en 1864. Posteriormente, para diferenciarse de los anarquistas, que se habían identificado con la I Internacional, los marxistas fundaron la II Internacional en 1889.

La estructuración del pensamiento marxista tiene su piedra angular filosófica en lo que Marx denominó “el materialismo dialéctico”.

El concepto de “materialismo” proviene de la importancia que le da a la producción de bienes materiales, estudiando qué y cómo se produce, y cómo se realiza la distribución de la riqueza que se origina en la producción.

El concepto de “dialéctico” lo tomó del pensamiento de Hegel, quien sostuvo que el pensamiento humano es un proceso dinámico, y que una idea genera su opuesto. Estos dos polos opuestos dan finalmente como resultado una nueva idea en la que confluyen las dos precedentes. Esta nueva idea, a su vez, genera su propio antagonismo y el proceso vuelve a repetirse. La dialéctica hegeliana considera que las sociedades están en mutación permanente.

Por otra parte, la “lucha de clases” es otro de los conceptos elementales del marxismo, partiendo del supuesto de la inevitabilidad de la misma, la cual es producto de las tensiones sociales, políticas y económicas que son -según Marx- consecuencias inevitables del capitalismo.

Esa “lucha de clases” debería ser la consecuencia de las supuestamente “inevitables” contradicciones del capitalismo. Uno de los aspectos doctrinariamente básicos de las presupuestas contradicciones o aspectos inmorales del capitalismo es la existencia permanente de salarios de subsistencia. Pero la realidad demuestra que prácticamente en la totalidad de las naciones desarrolladas, los salarios permiten una vida muy cómoda, prácticamente al nivel del que disfrutaban las clases acomodadas un siglo atrás.

Con esa constatación, uno de los pilares dogmáticos básicos del marxismo deja de tener sustento real. Claro está que los teóricos modernos del marxismo alegan que ese fenómeno es posible por haberse en cierto modo trasladado el fenómeno de la plusvalía, a escala mundial, en el intercambio entre las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas. Si bien por la única vía del intercambio, esa sustracción de riquezas no parecería suficiente para sustentar el muy buen nivel de vida de la mayoría de la población del “1º Mundo”, si se le suman las cuantiosas transferencias financieras (por intereses, por el uso de tecnología, por derechos de marcas, por servicios de fletes, seguros, etc.), el monto total de transferencias de riquezas del “3º y 4º Mundos” al “1º Mundo”, adquiere volúmenes mucho mayores. De todos modos, sería absurdo sustentar el buen nivel de vida exclusivamente en los motivos precedentes, dejando a un lado la creciente eficiencia de los procesos productivos, que es producto de la utilización de tecnologías que mejoran y evolucionan en progresión geométrica, y en el sustento social y político de sistemas jurídico-legales y políticos estables y en general coherentes, más allá de situaciones de inequidad y privilegios que pueden existir y que son propios del egoísmo humano.

Por otra parte, el marxismo tiene algunas otras serias falencias de origen, que distorsionan los análisis, y que llevan a que de hecho sus militantes más radicalizados operen como “aliados desde la izquierda” del liberalismo.

Toda la formidable construcción teórica del marxismo fue concebida a partir de la realidad de las naciones industrializadas del siglo XIX. Por ello, muchos de sus análisis no pueden escapar de las pautas encasilladas dentro de los esquemas de razonamiento de los marxistas. De esa forma, diversos gobiernos populistas y claramente progresistas de América Latina, Asia y África, al pasar por alto los “clichés” doctrinarios marxistas, pasan a ser atacados por los militantes e intelectuales marxistas. Así pasó por ejemplo con el fenómeno del peronismo en Argentina, desde siempre atacado “desde la izquierda” por las estructuras del Partido Comunista de Argentina, obediente a los dictados de Moscú, e incapaz de darse cuenta de las verdades elementales que eran propias de nuestra realidad en aquellos años, totalmente fuera de las pautas elaboradas por Marx y Engels.

A la hora de la verdad, más allá de las estentóreas manifestaciones verbales, todo el arco del comunismo en Argentina (en sus diversas variantes) fue siempre el “aliado desde la izquierda” de los factores de poder conservadores en Argentina. Así sucedió con la “Unión Democrática” en 1945, con los procesos guerrilleros que prepararon el terreno para la instauración del “proceso” de 1976, y la postura asumida ante la complicidad de hecho de Moscú con el propio proceso, pocos años después, con el visto bueno de los intelectuales del P.C. de Argentina.

Por otra parte, todo el denso trabajo expuesto en “El Capital” era básicamente la respuesta a las teorizaciones descolgadas de la realidad de David Ricardo, muy en boga a mitad del siglo XIX. Por ello, los análisis marxistas asumen como dogmas o poco menos, a elaboraciones teóricas que eran poco sustentables 150 años atrás, y que hoy evidentemente en muchos casos quedaron totalmente fuera de contexto real.

Más allá de las coincidencias o discrepancias ideológicas con el marxismo, no cabe ninguna duda que el trabajo intelectual de Marx ha sido de dimensiones monumentales, a lo que se suman las colaboraciones de su amigo Engels. Pero tal como es lógico, Marx estuvo influenciado por el pensamiento dominante de su época. Por ello, dentro de las discordancias ideológicas se advierten las coincidencias metodológicas con el liberalismo abstracto de David Ricardo. Por eso también, los marxistas teóricos del siglo XX y del siglo XXI, que son apegados a los dogmas originales de Marx, terminan negando la doctrina keynesiana, que es una construcción teórico-práctica que salió a la luz medio siglo después del fallecimiento de Carlos Marx.

La contribución doctrinaria de *Vladimir Ilich Ulianov*, más conocido como *Lenin* (1870-1924), principal instigador de la Revolución Bolchevique de 1917, fue el libro “El imperialismo, estadio supremo del capitalismo”, en el cual consideraba a la guerra como la consecuencia de la acción de los capitalistas para mantener al mundo dividido, para obtener “superbeneficios” resultantes de los países subdesarrollados mostrando el doble sentido de la explotación: el de la lucha de clases en cada país, y entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas en el contexto mundial. Sin tener que comulgar con la filosofía marxista-leninista, es evidente que su análisis de la realidad mundial tiene una gran vinculación con la realidad, acentuada a partir de la vigencia del neoliberalismo en el marco de la “globalización compulsiva”, instrumentada y aplicada en las últimas dos o tres décadas a escala mundial.

Como Keynes proporcionó un remedio efectivo para uno de los principales problemas del capitalismo -el desempleo-, los marxistas ultra ortodoxos terminan negando el keynesianismo, o tildándolo de “reaccionario”, pues en cierto modo Keynes fue el “médico” que creó el “tónico” necesario para reforzar y prolongar -tal vez por mucho tiempo- la vida del enfermo cuyo lugar pretendía heredar el marxismo a su “muerte”, o sea al colapso preanunciado por Marx, del sistema capitalista.

Obsérvese que como bajo los análisis marxistas, el sistema capitalista se conduce por sí solo hacia su propia autodestrucción, sus objetivos son supuestamente “acelerar” dicho proceso de autodestrucción. Por ello, los comunistas son por regla general acérrimos enemigos de los reformadores sociales, pues interpretan que estos, al mejorar las condiciones de vida de los desposeídos o de los sectores más rezagados de la sociedad, pasan a “retardar” la supuestamente “inevitable” lucha de clases y la subsecuente “dictadura del proletariado” que -siempre según ese enfoque- sobrevendría inevitablemente.

Dentro de los numerosos pensadores del marxismo, un papel prominente fue el desempeñado por *Nikolai Bukharin* (1888-1938), quien a la sombra de V. I. Ulianov -Lenin- alcanzó preeminencia como el teórico más destacado del pensamiento marxista.

Bukharin consideró necesario suprimir de cuajo el accionar del mercado y las situaciones de competencia entre distintos factores productivos y consumidores, así como todas las elucubraciones referentes a la teoría de los valores y de los precios. Todo ello sería reemplazado por la planificación, las regulaciones y las directivas del Estado soviético. Se pensaba que esta concepción político-económica iría

extendiéndose por el mundo, previéndose en la década de 1820 que Alemania sería el primer país en aceptar esta concepción organizativa de su Estado nacional, dado que a consecuencia de la miseria generalizada de la posguerra el Estado alemán tomó parte activa en las actividades sociales y económicas. Sin embargo, no sucedió tal como preveían (o deseaban) los planificadores políticos soviéticos, pues el intervencionismo estatal alemán se opuso firmemente al avance del comunismo, derivando hacia una suerte de capitalismo de Estado, el cual posteriormente derivó hacia el nazismo.

En la Rusia Soviética, el debate teórico derivó entonces en la posibilidad de un “comunismo de un solo Estado”, con todos los debates y variantes posteriores hasta el colapso del sistema a comienzos de los años '90; y con las variantes diversas de aplicación, como el “modelo chino”, el “modelo yugoeslavo”, el “modelo cubano”, el “modelo tercermundista”, etc.

Al ir profundizándose la revolución soviética, el gran debate económico fue acerca de cuál debería ser el perfil productivo de la Unión Soviética. Dichas discusiones abarcaron el período comprendido entre 1924 a 1928, y entre la postura de los “tradicionalistas” partidarios de profundizar el modelo agrícola y los “industrialistas” que propugnaban un rápido proceso de industrialización, triunfó la postura de estos últimos.

El mencionado Bukharin, y *Eugene Preobazhensky* (1886-1937) fueron posiblemente los economistas más destacados de ese proceso. La clave del debate fue cómo obtener los recursos para desarrollar el vasto proceso de industrialización basado en constituir una formidable industria pesada y de alta tecnología.

El “modelo de acumulación socialista primitiva” expuesto y defendido por Preobazhensky -que básicamente fue aplicado- consistía en financiar el vasto y ambicioso proceso de industrialización, manteniendo bajos los precios del sector agrícola, transfiriendo los recursos financieros del sector primario al sector secundario, con preeminencia en las industrias pesadas y de alta tecnología. Pero las bajas retribuciones al sector primario se compensaban -parcial o totalmente- con el acceso gratuito a los servicios de salud y de educación, anteriormente más deficientes o de acceso pago y relativamente caro.

Medido en base a los resultados concretos, el proceso de industrialización soviético fue exitoso, pues en pocas décadas transformó una economía atrasada y básicamente primaria en una de las economías más adelantadas y de mayor desarrollo tecnológico del mundo. Pero claro está que ese desarrollo se consiguió sobre la base de restringir el consumo a los rubros imprescindibles, limitando el nivel de vida de la gran masa de población de la URSS, lo cual es considerado como una de las causas del descontento que a posteriori precipitó la caída del sistema comunista y el colapso de la Unión Soviética.

El largo período stalinista en la URSS, que abarcó desde su ascensión al poder en 1928 hasta la muerte de Josef Stalin en 1953, marcó la época más dura de gobierno en la URSS, definida como la del “marxismo stalinista”.

La aplicación de sucesivos planes quinquenales, la total intolerancia a toda crítica que pudiera ser considerada -así sea marginalmente- “antirrevolucionaria”, “antimarxista”, o “pro-burguesa”, era causa suficiente para tortuosas investigaciones secretas, para la deportación a Siberia, o el fusilamiento. Esa política del terror abarcó a vastos sectores intelectuales, a ex pequeños o medianos terratenientes, a oficiales militares y a cualquiera que pudiera ser considerado “reaccionario”, aunque previamente hubieran servido incluso a los intereses de la propia revolución bolchevique.

De esa forma fueron fusilados o desaparecieron prácticamente todos los economistas destacados que no pudieron emigrar, como Kondratieff, y los mismos Bukharin y Preobazhensky, entre otros. Eso originó un cuarto de siglo durante el cual se restringió severamente el estudio de la economía en la Unión Soviética. Las estadísticas económicas también fueron consideradas potencialmente proclives al pensamiento reaccionario, por lo que las limitaciones se extendieron también a esta especialidad.

Al fallecimiento de Stalin asumió el gobierno Nikita Krushev, iniciando el período conocido como la desestalinización o del deshielo. Si bien las pautas básicas de la planificación general ni los principios marxistas no fueron discutidos, en cambio hubo mayor libertad para discrepar en cuestiones como la formación de los precios, los cálculos de costos en los grandes conglomerados industriales formadores de los precios básicos, etc.

Matemáticos y economistas rusos, como L. V. Kantorovich y poco después Wassily Leotieff (este último ya exiliado en EE.UU.), enfatizaron el uso de la estadística para los análisis económicos, dando origen a la planimetría, instrumento que también fue analizado -después de los economistas rusos- por Dantzig y Koopmans, vinculando esas instrumentaciones con las técnicas del *input-output*, de gran

utilización estratégica a partir de la Segunda Guerra Mundial, no solo para los estudios de la propia economía nacional sino también los de las naciones rivales.

El modelo comunista chino tuvo sus particularidades, que prácticamente desde el comienzo lo diferenciaron del modelo soviético o ruso.

Bajo la férrea conducción política de Mao Tse Tung (o Mao Tse Dong), desde la unificación de China inmediatamente posterior a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, las políticas económicas fueron implementadas a medida, conociendo las singularidades del gigantesco país más poblado del mundo.

En un proceso que insumió varias décadas, primeramente se definió, después de cruentas luchas, la supremacía del régimen comunista liderado por Mao y originariamente apoyado por la URSS, sobre el liberal orientado por Chiang Kaik Sek, sustentado externamente por EE.UU. y Gran Bretaña. Tras la derrota militar, Chiang se refugió en el archipiélago de Formosa, constituyendo la República de Taiwán, también denominada China Nacionalista. El proceso fue particularmente cruento, dado que la lucha entre las dos facciones políticas de China inicialmente fue coexistente con la lucha contra el Imperio Japonés, el cual se había apoderado de la extensa y rica en recursos naturales región de Manchuria, colindante a su vez con la URSS.

La transformación económica de China estuvo sujeta a los vaivenes de su realidad política, la cual tuvo varias etapas, siendo posiblemente las más sangrientas la primera, de consolidación de la revolución comunista, y la de la llamada “revolución cultural” en la década de los '60, que prácticamente fue una revolución dentro de la revolución, en un proceso que para algunos fue considerado prácticamente caótico, y para otros constituyó un intento de sinceramiento y profundización del proceso comunista en China.

El comunismo chino fue diferente aún en su concepción doctrinaria, pues en lugar de considerar “aliados de clases” a los obreros de las naciones industrializadas, los clasificaba como beneficiarios del proceso de explotación de los países pobres y subdesarrollados, por parte de los países poderosos e hiperindustrializados.

Como se explicó, las particularidades del enorme país de dimensiones continentales y que alberga a la tercera parte de la población mundial, con varios idiomas y múltiples etnias, con una milenaria cultura, con una rica historia que en su momento albergó a una de las civilizaciones más avanzadas del mundo, hicieron lógico pensar que las medidas y soluciones pensadas y aplicadas fueran diferentes a las de otras regiones y países del mundo.

Sin duda alguna, la superpoblación es una amenaza constante en la realidad social, política y económica de China. Para ello, se establecieron políticas de Estado que de hecho penan severamente a las parejas que procrean más de un hijo. En una enorme nación en la que se logró alimentar y satisfacer las necesidades básicas de prácticamente toda su población, las penalidades que restringen la procreación pasan por las pérdidas de facilidades de educación, limitaciones en el nivel de atención sanitaria y en la vivienda y posteriores posibilidades laborales, para los hijos de aquellas parejas que no se limiten a tener un solo hijo o hija.

El proceso de industrialización no siguió el modelo soviético de grandes conglomerados industriales, los que habían sido montados prácticamente a semejanza de los grandes complejos industriales de EE.UU. y otras potencias industriales del mundo no comunista. Más acorde con la tradición china, y en un proceso conforme a pautas de descentralización de utilización intensiva de la superabundante mano de obra, China prefirió optar por constituir múltiples pequeñas factorías diseminadas en todo su extenso territorio las cuales, en los casos necesarios, coordinaban sus producciones para montar procesos industriales de mayor complejidad o de mayores volúmenes.

De esa forma, al ser en su gran mayoría industrias de pequeñas dimensiones, fue más fácil montar sus reconversiones o modernizaciones en un proceso más ágil y menos traumático que el que, con grandes dificultades, intenta realizar Rusia en sus grandes, voluminosos y hoy obsoletos complejos industriales de alta tecnología o de la denominada industria pesada.

En las últimas dos o tres décadas, China modificó la orientación de sus procesos de transformación, pasando a ser receptora de grandes inversiones de capital y -primordialmente- de tecnología de las naciones de la sociedad post-industrial, lanzándose a un acelerado proceso de desarrollo sin parangón en el mundo del último medio siglo.

La mayor influencia tecnológica proviene en estos últimos tiempos de Japón, en un proceso que permitió rápidamente a China liderar la fabricación mundial de motocicletas, ser un importante productor

y exportador de automóviles livianos, e incursionar con éxito en las fabricaciones industriales pesadas y de alta tecnología.

A la vez, China se abocó a un acelerado proceso de producción de insumos básicos para su población y su industria, dentro de lo cual es descollante su acelerado ritmo de construcción de centrales eléctricas, siendo dentro de las mismas muy destacable el sector hidroeléctrico, poseyendo al momento de escribirse este libro un centenar de usinas hidroeléctricas en proceso de construcción, dentro de las cuales está la que será la mayor del mundo, y cuya potencia instalada por sí sola es casi equivalente a toda la potencia eléctrica instalada en la República Argentina.

El comunismo del “2º Mundo”

Durante la vigencia del mundo bipolar, básicamente desde fines de la 2º Guerra Mundial (1945) hasta la disolución de la URSS (1991), existió un nutrido conjunto de países, esencialmente ubicados en la Europa Central y Oriental, que constituyeron un conjunto de naciones que pueden definirse como del “2º Mundo”.

Obsérvese que esa clasificación es muy poco conocida, pues básicamente los medios de comunicación se referían abundantemente al “1º Mundo” y al “3º Mundo”, siendo prácticamente inexistentes las simples alusiones al “2º Mundo”. Esa omisión sin duda tuvo que ver con la autocensura, así como con las censuras tácitas o explícitas que los centros de poder del mundo “occidental” (definición de por sí engañosa, pues Japón pertenecía a “ese” occidente), o más precisamente no comunista, de un modo u otro ejercieron (y sin duda ejercen) sobre todo el sector de las comunicaciones sociales.

El “2º Mundo” comprendía a las naciones industrializadas del área política comunista. Dentro de esas naciones cabe mencionar a la URSS (dentro de la cual algunas naciones eran las que concentraban el mayor poderío tecnológico e industrial, como Rusia y Ucrania), Checoslovaquia, Polonia, Alemania Oriental, y en menor grado de industrialización posiblemente Rumania y Hungría. Dentro del mismo grupo económico cabía incluir a Yugoslavia, aunque por sus posturas políticas “díscolas” respecto a la supremacía de la URSS, algunos análisis la incluían en el “3º Mundo”.

Obsérvese que el mapa político desde ese entonces a nuestros días sufrió varias transformaciones. La URSS se disolvió como tal, habiéndose independizado varias repúblicas que se hallaban bajo el dominio soviético, como Ucrania, Armenia, Afganistán, etc. Checoslovaquia se dividió en las Repúblicas Checa y Eslovaca. Yugoslavia se fragmentó en seis pequeñas y muy enfrentadas naciones.

Básicamente las naciones del “2º Mundo” eran las naciones con elevado o importante grado de desarrollo tecnológico e industrial, insertadas en la esfera política del comunismo.

En todas ellas, la propiedad privada, o era inexistente, o solo se admitía para muy limitadas categorías y limitados montos personales de bienes. Pero las grandes empresas industriales, de servicios, el comercio exterior, y todo el sistema bancario, estaba en manos del Estado. Las planificaciones económicas asumían un rol muy importante, tanto para las producciones industriales como para las de materias primas, e inclusive para las cuestiones académicas, determinándose qué cantidad de profesionales de cada especialidad eran los necesarios, limitándose el acceso a los estudios superiores dentro de dichos parámetros de cantidad.

En todos esos países, las industrias pesadas, las de alta y mediana tecnología, y sobre todo las industrias de alta precisión, eran consideradas de gran prioridad.

En la URSS, el modelo stalinista copió las megas escalas de los conglomerados industriales de las naciones líderes del área no comunista, como EE.UU. y Gran Bretaña. Otros países con largas tradiciones en industrias de alta tecnología y de precisión, como Alemania Oriental y Checoslovaquia, profundizaron sus procesos industriales de preguerra (previos a la 2º Guerra Mundial), liderando determinadas ramas productivas como las fábricas de armamentos de larga tradición en Checoslovaquia, o las maquinarias de precisión de Alemania Oriental.

Respecto a la producción agrícola en pequeña escala, hubo variaciones, tanto en los países como con el transcurso de los años. En los últimos años de ese período caducado en 1991 se tendió a flexibilizar las rígidas normas de propiedad comunitaria y las prohibiciones de comercializar por cuenta propia los productos agrícolas y ganaderos, siempre en pequeñas escalas.

Con la eclosión de la URSS y los rápidos cambios políticos en todos esos países, la calificación de “2º Mundo” perdió vigencia temporal, manteniéndose como una referencia histórica a una época relativamente prolongada y terminada hace poco más de una década.

LOS CONTESTATARIOS DEL MODELO LIBERAL

Definiciones del concepto de “contestatarios”

Podría decirse que los “contestatarios” han sido fuertes opositores al pensamiento liberal, al punto tal de prácticamente haber “roto las lanzas” con los intelectuales partidarios del “pensamiento único” sustentado por los pensamientos dogmáticos de “los padres del liberalismo”, que en algún caso incluso llegaron a proponer políticas activas que mejoren las condiciones de vida de la población. Pero a diferencia de otras posturas radicalizadas en lo político y en lo social, de ningún modo fueron revolucionarios o tan siquiera reformadores profundos del statu quo.

Dicho en otros términos, no plantearon un cambio en las ecuaciones de poder de la sociedad de la época que les tocó vivir, no entrando en análisis o disquisiciones políticas, como por su parte sí lo hicieron otros intelectuales disconformes, como por ejemplo los anarquistas, Carlos Marx, y otros.

Resulta muy interesante considerar que en varios aspectos estuvieron muy avanzados respecto a su época, y posiblemente en parte por eso, en vida recibieron pocos reconocimientos, en particular Sismondi, quien llegó al final de sus días convencido de la supuesta inutilidad de su tesonera lucha intelectual.

Adviértase que el intervencionismo estatal -prácticamente “impensable” para los “puristas” del liberalismo, fue recomendado como absolutamente necesario para regular la economía y para evitar las injusticias sociales. En cierta forma Sismondi fue un precursor del keynesianismo.

Las primeras oposiciones al dogmatismo liberal

La trilogía de los contestatarios más Federico List, constituyeron las primeras y fuertes oposiciones al dogmatismo aparentemente incontestable, que el *establishment* intelectual británico y sus seguidores en otros países habían construido como un baluarte aparentemente inexpugnable.

Lo notable de estos cuatro pensadores, fue que concretaron sus notables análisis e investigaciones desde bases de razonamientos claramente diferenciadas de los postulados liberales. Esa forma de analizar la economía constituyó avances notables, que incluso en varios casos fueron más drásticos y profundos que los concretados un siglo después por Keynes; a diferencia de los razonamientos de Marx, otros comunistas, socialistas utópicos y diversos intelectuales revolucionarios, cuyas críticas “al sistema” parten de bases de razonamiento o de principios económicos tomados del liberalismo, o al menos muy vinculados a esa doctrina económica.

Para entender mejor este razonamiento, de algún modo el marxismo y otros revolucionarios sociales que incursionaron con mayor o menor profundidad en la economía, constituyen la contracara de la misma moneda. Por ello parten de las premisas liberales, para luego construir sus esquemas teóricos revolucionarios.

En cambio, los contestatarios (Malthus, Lauderdale y Sismondi) y List, con sus agudos razonamientos atacaron las falacias dogmáticas del liberalismo, dejando al desnudo las erróneas premisas en base a las que se construyó el aparataje cultural que sustenta hasta nuestros días al liberalismo y a su continuador, el neoliberalismo.

Malthus, Lauderdale y Sismondi: los primeros contestatarios

Las críticas de Malthus a algunos dogmas liberales

Dentro de la época de Adam Smith y poco después de su muerte, fue publicada en 1798 la Teoría Malthusiana, obra del reverendo *Thomas Robert Malthus*. En una óptica que Heilbroner describió como “sombria”, Malthus elaboró toda una teoría según la cual la humanidad estaba condenada a la miseria permanente de grandes masas de personas.

Malthus habría sido el primer economista “profesional”, pues vivía del producido de enseñar su ciencia para formar a funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales. A diferencia de Ricardo, Malthus habría intentado permanentemente estar en contacto y entender la realidad tal como es.

Lo notable del caso es que para el enfoque malthusiano, la situación de miseria permanente de los asalariados debería ser la constante en todos los países del mundo, como una ley natural imposible de superar pues, según él, todo aumento de salarios llevaría indefectiblemente a un aumento proporcional de la población, con lo que las necesidades se multiplicarían, perpetuando las condiciones de miseria extrema de la mayoría de la población.

Sin embargo, los acontecimientos demostraron que los países industrializados están en condiciones de exportar no solo bienes, servicios y capitales. También exportan sus problemas internos, transfiriéndolos a los países subdesarrollados y dependientes. Por ello, la miseria y el subdesarrollo son problemas insolubles para las llamadas “naciones del tercer mundo”, mientras no se superen las causas que dan origen y mantienen ese esquema de dependencia económica y subordinación política perenne a la que de hecho los tienen sumidos.

De todos modos, resulta poco conocido que Malthus realizó valiosos aportes a la ciencia económica, sobre todo si se los considera en el marco temporal en que fueron hechos, a comienzos del siglo XIX.

Malthus mostró serias discrepancias, que fueron acentuándose con el tiempo, con las ideas clásicas de Adam Smith, motivo por el cual mantuvo serios debates académicos, expresados a través de artículos en revistas especializadas, con su contemporáneo y amigo David Ricardo.

Desafiando explícitamente a los partidarios de Ricardo, Malthus afirmó que resulta muy posible que se produzca una crisis de sobreproducción, ese fenómeno que Ricardo llamó “un atascamiento de mercaderías”. Con esa aseveración, puso en tela de juicio una de las piedras angulares del liberalismo, que afirma que “la ley de la oferta y la demanda siempre tiende al equilibrio” y que “todo lo soluciona”. Si se produce una crisis de superproducción, atiborrando los depósitos con mercaderías que no encuentran compradores, eso significa que las teorizaciones de A- Smith, de D. Ricardo, de Say y toda “la escuela” liberal, son simples entelequias. De hecho eso sucedió muchas veces en prácticamente todos los países.

Malthus diferenció entre el ahorro y la inversión, considerando que quien atesora riquezas sin volcarlas al circuito productivo, de alguna forma constituye un impedimento para el desenvolvimiento económico, pues resta dichas riquezas a la producción. En esto se separó del pensamiento de Smith, pues este no reconocía diferencias entre el ahorro y la inversión. Malthus en cambio, decía que “el que atesora, cierra bajo llave la facultad de producir”. Por ello fundamentó su idea que un exceso de propensión al ahorro es muy negativo para la evolución económica. En coincidencia con esta idea, negó que el dinero sea “neutro”, con lo cual se opuso al concepto del “velo monetario” que sostuvo Say. Básicamente se opuso al concepto de considerar equivalentes al ahorro y la inversión, pues -acorde con ideas más modernas al respecto- afirmó que el atesoramiento no volcado al circuito productivo resta bienes monetarios (u otros) al circuito productivo.

Su énfasis en los beneficios de las políticas fiscales -como las medidas estatales para producir bienes y servicios e influir en la demanda a través del incremento de los Ingresos Nacionales- fue otra de sus ideas no aceptadas por sus contemporáneos, y opuestas a la ortodoxia liberal.

Se consideró que Malthus era afín a los intereses de los grandes terratenientes, motivo por el cual se minusvalorizó su opinión favorable al papel que dicho sector improductivo produce como consumidor, lo cual le valió notables controversias.

Por otra parte, enfatizó su opinión relativa a la relación entre los ingresos y la formación de los precios, para lo cual estudió lo referente a la “demanda efectiva”.

A la vez, Malthus consideró importante al cálculo y análisis matemático para los estudios económicos. Sin embargo, ya en su edad madura, no insistió con la aplicación del cálculo, posiblemente por la resistencia que el tema -aplicado a la economía política- producía entre sus contemporáneos.

Sus estudios acerca de la renta y las vinculaciones del concepto con la producción agrícola de las tierras marginales, colocó a Malthus como uno de los primeros -sino el primero de los británicos- en investigar con rigor científico el tema. No obstante ello, la teoría de la renta es habitualmente atribuida a Ricardo, cuyo trabajo, si bien posterior, alcanzó mayor difusión.

De alguna forma, Malthus abordó temas importantes del estudio económico en forma más avanzada que Ricardo. Así sucedió con la unidad de medida del valor, para lo cual utilizaba la paga del trabajo común, mientras que Ricardo -más conservador- se aferraba al oro como base de la valuación. Ambos autores consideraron, así sea implícitamente, la existencia de más de un factor de la producción.

Malthus se preocupó mucho acerca de las consecuencias en los desequilibrios entre la oferta y la demanda, así como de la relación entre los costes de producción y el nivel de oferta.

Al avanzar hacia los estudios de los índices de formación de precios, Malthus estuvo muy avanzado respecto al pensamiento de su época, lo cual lo malquistó con sus contemporáneos economistas.

La “poca prensa” que posteriormente se le dio a las ideas económicas de Malthus, seguramente tuvieron que ver con el esquema de “censura implícita” que los economistas del *establishment* practicaron en forma solapada pero constante, contra todos aquellos que cometieran la “osadía”, el “sacrilegio” y “el pecado capital” de criticar -así sea en parte- el supuestamente “sacrosanto” pensamiento de la ultra ortodoxia liberal, encarnada en Adam Smith, David Ricardo, Jean B. Say y sus continuadores.

Para entender un poco más acerca de ese tema, adviértase que esa “defunción académica” de las ideas económicas de Malthus, fue realizada respecto a un pensador y economista británico y de ningún modo opositor integral al sistema económico liberal (y por lo tanto perfectamente funcional a los intereses británicos de los siglos XVIII y XIX, y anglosajones del siglo XX y comienzos del XXI). Si esa “muerte académica” fue impuesta a las ideas de un británico, ¡mucho más severo aún fue “el castigo” impuesto a pensadores que, como List, desnudaron las falencias e hipocresías del liberalismo, y no eran súbditos británicos! Directamente estos últimos, ni siquiera figuran en los libros “aceptados” o “recomendados” por los “niños mimados” del *establishment* del liberalismo. ¡Y si eventualmente se tratara de un economista latinoamericano, por caso un argentino, que fuese discordante con “las ideas económicas correctas”, muchísimo peor aún! En este último caso, el osado “nativo sudaca” (calificativo despectivo de los españoles respecto a los sudamericanos) que cometiera semejante “sacrilegio” sería borrado a perpetuidad de los anales de la economía. “¡Como puede ser que un ciudadano de la periferia mundial desafíe el “pensamiento establecido”!... Y esto es precisamente lo que habitualmente sucede con todos los intelectuales iberoamericanos no sometidos a las pautas del *establishment*.

El “equilibrio antidogmático” de Lauderdale

Otro estudioso de la economía, algo díscolo para la ortodoxia liberal, fue *James Maitland, conde de Lauderdale* (1759-1839), también británico y de alta alcurnia.

Se manifestó tajantemente en contra de la “supersticiosa adoración del nombre de Adam Smith”, pues evidentemente se opuso a la elevación a la categoría de dogma de sus postulados económicos, dado que seguramente debió prever lo nocivo de dicha entronización de supuestas “verdades absolutas” que en rigor de verdad conllevan serias limitaciones y falencias.

También criticó a Malthus por su “propensión a irse a posturas extremas”, siendo que Lauderdale valoró a lo largo de toda su vida la noción de medida y equilibrio.

No consideró de capital importancia buscar una medida o unidad invariable de valor, pues este varía constantemente y de acuerdo con múltiples factores. Por ello tampoco consideraba que el trabajo en sí mismo pueda ser una unidad de valor.

Se opuso a lo que consideró importancia exagerada de Smith al valor de la división del trabajo. Fue considerado el primer economista británico que hizo mención a los tres factores de la producción reconocidos como tales en el siglo XIX: tierra, capital y trabajo. En este aspecto, Say se le había adelantado un año.

Si bien no habría roto tajantemente con la doctrina del “dejar hacer, dejar pasar”, en cierta forma avanzó hacia un intervencionismo estatal en la economía.

Respecto al rendimiento a obtenerse del capital, su afirmación de que depende del estado de “las artes y la tecnología”, ha sido adelantada a su época, y fuera del dogmatismo de la ortodoxia liberal.

Al igual que Malthus, Lauderdale también consideró improductivo al mero atesoramiento de riquezas no volcadas al proceso productivo.

El intervencionismo social de Sismondi

Jean Charles Leonard Simonde (1773-1842), más conocido como *Sismondi*, fue considerado tanto un socialista, un liberal moderno, un contestatario del liberalismo, como uno de los precursores del marxismo. Pero a la vez, de acuerdo con el rico anecdotario que brinda la docencia -según testimonio de un respetado colega- una gráfica expresión de un alumno ante una mesa examinadora lo definió como “el primer justicialista”, al enfatizar las similitudes de las ideas socio económicas de Sismondi con las implementadas en los tres períodos de gobierno de Juan Domingo Perón.

Evidentemente que tan disímiles clasificaciones son incompatibles entre sí, y dependen en buena medida de la interpretación que cada autor le da a la orientación de Sismondi. Lo que no cabe duda es el hecho que este economista e intelectual estaba muy adelantado a su época, por lo que sus ideas -en su contexto temporal y espacial- pueden ser consideradas casi revolucionarias.

De familia italiana, Sismondi nació en Ginebra, Suiza, y terminó sus días en la misma ciudad natal.

En una época en que las ideas de Smith eran aceptadas tal como fueron expresadas, y en un marco en el que la ortodoxia liberal era prácticamente una verdad dogmática, Sismondi atacó duramente los principios doctrinarios de la propia ortodoxia, al manifestarse clara y muy fundamentadamente a favor de un fuerte intervencionismo estatal y de la adopción de avanzadas ideas de protección social de la población.

Criticó fuertemente los serios defectos -sobre todo la insensibilidad social- del capitalismo industrial de su época, principalmente al inglés, al advertir las deplorables condiciones en que vivían los trabajadores en esa época.

Consideraba que los cambios sociales debían ser evaluados con sentido histórico.

En el prefacio de la obra “Nuevos principios de economía política” publicada en 1827, invocó la absoluta necesidad del intervencionismo del Estado. Sus ideas intervencionistas deberían facilitar la movilidad social, tal como aconteció en muchos países ya avanzado el siglo XX. Pero esos cambios eran poco menos que impensables y revulsivos del orden social, en la Europa de la era previctoriana y victoriana.

Consideró que dichos cambios sociales deberían consolidar a la clase media, generando a la vez la “mentalidad de clase media” que incluso profundizaría estas reformas, pero dentro del marco global de aceptación del orden imperante.

A pesar de que no fueron aplicadas en vida de Sismondi, no cabe duda que sus ideas fueron consideradas por otros notables pensadores y economistas contemporáneos y posteriores a él. De esa forma, claramente se advierten algunas coincidencias básicas con el pensamiento de F. List (de cuyo pensamiento económico general no discrepa mucho) y de C. Marx (a pesar de ser mucho más radicalizadas las ideas de este, pues propugnaba el cambio drástico por la vía de la revolución armada).

Respecto a Federico List, el autor alemán enfatizó en sus escritos su profundo amor a su patria, en ese entonces fragmentada en múltiples condados semi-independientes, mientras que Sismondi fue más “economicista” y menos orientado a la política, no incursionando el suizo en pensamientos europeístas y geopolíticos de avanzada, como sí en cambio fueron expresados y defendidos por List. La coincidencia básica de estos dos autores estriba en la defensa de un fuerte intervencionismo estatal, con claras connotaciones sociales.

Con Carlos Marx pueden encontrarse ciertas coincidencias en el énfasis puesto en los aspectos sociales, pero a partir de allí las desemejanzas son muy notorias. En cierta forma, Sismondi fue un pacifista, mientras que Marx fue un permanente instigador a la violencia revolucionaria. Lo notable del caso es que algunos términos o conceptos claves del marxismo y ampliamente divulgados por esta ideología, fueron acuñados por Sismondi. Así ocurrió con el término “proletario” para definir a los trabajadores cuya única riqueza era “su prole” (sus hijos); definió como “lucha” a la relación entre la

parte obrera y la patronal, y si bien no definió a “la plusvalía” llegó a definir los “productos de la plusvalía”.

Sismondi atacó muy duramente la Ley de Say, también llamada “ley de los mercados”. Debe recordarse que para Say existía el llamado “velo monetario”, que significaba que la moneda debía considerarse la mera intermediaria entre sucesivas compras y ventas, desconociendo su significación e importancia como valor autónomo en sí misma. Y para Say la oferta y la demanda debían estar siempre en permanente equilibrio, por lo que la oferta global debería ser igual a la demanda global.

En cambio Sismondi consideró que la Ley de Say solo sería válida en un sistema de trueque, y consecuentemente manifestó su preocupación por la adecuación de la demanda, dados los fenómenos de las fluctuaciones económicas, de la superproducción, del subconsumo, de la relación ahorro-inversión y fenómenos similares, en cuyos marcos se generaron profundas crisis económicas.

Estimó que las políticas fiscales no son instrumentos suficientes o adecuados para producir la estabilidad económica.

Respecto al valor de los salarios, los consideró un componente muy importante para la formación de la demanda global. Por ello, defendió las mejoras salariales como medio para fortalecer la demanda, sin por ello desdeñar el factor social que tal medida implica positivamente.

Abogó por un cambio de actitud de los gobiernos, cesando la oposición y la hostilidad hacia los sindicatos. Enfatizó el valor de la solidaridad, como base moral para mejorar la sociedad.

En un concepto muy adelantado a su época, Sismondi afirmó que los costos resultantes de los daños sufridos por los trabajadores a consecuencia de los trabajos, y las enfermedades de los asalariados, debían ser soportados por la parte patronal.

Terminó su vida muy amargado y sintiéndose derrotado al no ver cristalizados en hechos concretos los ideales por los que luchó toda su vida. Sin embargo, prácticamente todas sus ideas socioeconómicas fueron aplicadas varias décadas después de su muerte.

Las profundas diferencias puestas de manifiesto por Sismondi respecto a los dogmatismos de “los clásicos” del liberalismo, permiten sustentar la afirmación que fue un tenaz contestatario del “statu quo”, siendo posiblemente el primer precursor del fuerte intervencionismo estatal, o si se prefiere, del “capitalismo de Estado”, en cuyo esquema conviven diversos tipos de intervencionismo del Estado con las empresas y la propiedad privada.

LAS DISTINTAS EXPRESIONES DEL PENSAMIENTO NACIONALISTA

El Nacionalismo

La “Representación de los Hacendados” y el “Plan de Operaciones” de Mariano Moreno

El Dr. Mariano Moreno (1778-1811), brillante abogado, político de agudo y meditado pensamiento y destacado integrante de la Primera Junta de Gobierno Patrio, fue una de las figuras más controversiales de su época. Su pensamiento fue básicamente político, pero por cierto no estuvo exento de definiciones económicas, las cuales no podían soslayarse dado el sesgo fuertemente económico de buena parte de las motivaciones que dieron origen al levantamiento que significó la proclama de libertad del 25 de mayo de 1810.

Su temprana muerte truncó su rápido ascenso en las incipientes actividades de la política criolla, y sin duda nos privó de conocer otras expresiones escritas de su pensamiento, el cual puede calificarse como controversial, imbuido de ideas económicas acordes a su tiempo y a las circunstancias que le tocaron vivir, en extremo duro e impiadoso (si se lo juzga a la luz del Plan de Operaciones), y muy inserto en la política criolla y básicamente porteña.

Las dos obras más importantes que se le atribuyen son “La Representación de los Hacendados” (difundida en 1809) y el “Plan de Operaciones” redactado con premura a partir de los sucesos de Mayo de 1810 y difundido pocos meses después.

Respecto a la primera obra, existe prácticamente unanimidad entre los historiadores en adjudicársela a Mariano Moreno, rubricante de la misma, y carente de motivaciones para que se suponga que otro u otros intelectuales hubiesen colaborado en su redacción.

Pero respecto al “Plan de Operaciones” (que el conocido y fundamentado historiador José María Rosa denomina el “Plano de Operaciones”), las controversias relativas a su autoría subsisten hasta

nuestros días, pues algunos autores sostienen que este trabajo pudo deberse a la pluma de Manuel Belgrano, por sí solo o compartida la redacción con Moreno.

Dados los durísimos términos en que fue redactado, el “Plan de Operaciones” hizo considerar a Moreno el “Robespierre sudamericano”, sobre todo teniendo presentes las medidas de drástica eliminación física de los opositores. Inclusive se atribuye a Moreno la autoría intelectual del fusilamiento de Santiago de Liniers, a raíz de un conato de reinstauración del poder monárquico a poco de haberse proclamado la libertad el 25 de Mayo de 1810.

Por su parte, los historiadores y políticos liberales se basan en la lectura textual o interpretación literal de la “Representación de los Hacendados” para afirmar que Mariano Moreno fue un adalid del liberalismo, con lo cual se estaría reafirmando que la ideología que forjó a La Patria Argentina fue precisamente el liberalismo.

Sin embargo, a esa interpretación se contraponen otras, tanto o más fundamentadas, las que sostienen que debe evaluarse el contexto global en el cual se escribieron ambos documentos.

Por una parte, no cabrían dudas que al estudiar en la Universidad de Chuquisaca, en el Alto Perú (actual Bolivia), tomó contacto con las por ese entonces nuevas y revolucionarias ideas de Rousseau y otros pensadores de la época. Y queda muy en claro que frente a la política de monopolio comercial instrumentada por la Corona Española (por cierto muy atenuada a fines del siglo XVIII), la doctrina que parecía estar en las antípodas era el supuesto “librecambio” que proponía Inglaterra (que en realidad pasó a ser un monopolio más sutil pero a la vez más cerrado).

Adicionalmente, las severas críticas al liberalismo efectuadas por List y algunos antecesores a comienzos del siglo XIX, aún no habían sido escritas en vida de Moreno. Y no cabe ninguna duda que de haber sido escritas, esa suerte de particular censura de los centros reales de poder mundiales hubiese impedido que llegaran a América.

Por otra parte, aún en EE.UU., donde a los pocos años de la independencia el proteccionismo se instaló con absoluto pragmatismo y particular severidad, en sus comienzos se había sucumbido a los “cantos de sirena” de la doctrina de Adam Smith (ese conquistador más efectivo y más temible que Napoleón, como afirmara pocos años después el economista alemán F. List).

Pero queda muy en claro que la “Representación de los Hacendados” fue un documento que respondió básicamente a las necesidades puntuales del momento en el cual, después de haberse obtenido condiciones más laxas para el comercio, algunos funcionarios del virreinato pretendieron reimplantar el monopolio español. Y el documento redactado por Moreno fue la defensa intelectual y política del “statu quo librecambista” recientemente obtenido por los comerciantes portuarios.

Puede afirmarse que sobre la base de las particularidades políticas de la época, con la Corona Española en plena decadencia y sin el control real de las colonias americanas, el comercio con Inglaterra aparecía como la única alternativa de importancia viable, más allá de algún relativamente modesto comercio inter-colonias o inter-virreinos.

Sin embargo, el “Plan de Operaciones” parecería salido del contexto político liberal al estilo de Rousseau. Y como -sobre todo en esa época- el liberalismo económico era el necesario correlato del liberalismo político, la orientación de este segundo y último documento atribuido a Moreno no guardaría coherencia ideológica con la “Representación de los Hacendados”.

Por todo ello, si tal como coincide la mayor parte de los historiadores, el “Plan de Operaciones” fue redactado por Mariano Moreno, quedaría muy en claro que el fin último de ambos documentos habría sido insertarse en las respectivas coyunturas de muy corto plazo, pero la finalidad última sería construir la nueva nación de acuerdo con la propia conveniencia, con lo cual sería de prever que -de haber vivido lo suficiente- Moreno se habría volcado fogosamente a favor del proteccionismo y de una política de tinte claramente orientada a lo nacional.

Federico List

List nació en 1789 en Reutlingen, que por entonces formaba parte del Württemberg, uno de los tantos pequeños reinos en que se hallaba fragmentada Alemania.

Algunos autores lo citan como Friedrich y otros como Frederick List. La primera versión de su nombre parece más ajustada al idioma germano, si bien la confusión puede venir de las diferencias hasta hoy existentes entre el idioma alemán del sur y el del norte.

Fue en la por entonces capital del pequeño reino de Württemberg, en Stuttgart, donde se inició en la política. En 1817 fue designado profesor de Política Práctica en la Facultad de Ciencias Sociales. Su patriotismo y su visión pangermánica de la realidad de su patria, así como las profundas críticas realizadas al liberalismo, lo malquistaron con los poderosos de su época y de su patria, al punto tal que padeció la cárcel en la fortaleza de Asperg a consecuencia de su lucha por sus ideales.

Previamente había constituido en Leipzig, en 1819, la Asociación Alemana de Industria y Comercio, a través de la cual luchó por la abolición de las aduanas interiores, mayor equidad en las cargas públicas, y utilizar un presupuesto general como mecánica de gobierno. Fue profesor de Economía Política en la Universidad de Tübingen, en Württemberg.

Su libertad la logró a costa del forzosos exilio en 1820, el cual lo hizo partiendo hacia EE.UU., de donde regresó años después, en 1833. Previamente, en 1830, List había obtenido la ciudadanía norteamericana. En clara valoración de sus méritos intelectuales y personales, y seguramente por haber participado abiertamente en la campaña presidencial de Jackson, List fue nombrado cónsul estadounidense en Hamburgo.

Regresó en un breve viaje a EE.UU. en 1831, para después volver definitivamente a su patria natal en 1833, siendo esta vez designado cónsul honorario en Baden.

Es de destacar que mientras vivió List, el *establishment* de los pequeños Estados germánicos, estaba formado o fuertemente influido por poderosos comerciantes, para los cuales sus conveniencias personales favorecían el mantenimiento del statu quo, que en ese momento en lo económico consistía en una economía nacional primaria, con exportaciones de materias primas y con masivos abastecimientos de manufacturas británicas.

Lo notable del caso es que las personalidades intelectuales y académicas de la época, de los diversos estados germánicos, en general apoyaban sin cortapisas las ideas liberales y librecambistas a ultranza de Smith, por lo que la voz y la pluma de List eran francamente disidentes en su entorno nacional pangermánico.

En EE.UU., dándose tiempo también para departir con destacadas personalidades como Lafayette (ciudadano francés que luchó por la independencia de los Estados Unidos de América), Henry Clay, Harrison, Jefferson, Monroe, Madison, Emerson y Webster, pudo a la vez comprender en su real dimensión la enorme importancia de estimular la producción manufacturera nacional, protegiéndola adecuadamente en sus comienzos, para que dispusiera para sí de todo el mercado nacional, sin la ruinosa competencia de las producciones de otras naciones que ya alcanzaron la madurez tecnológica e industrial.

O sea que -ni más ni menos- List sentó las bases de su propia doctrina, fruto de sus observaciones directas y de sus propios análisis, sobre la base de los cuales demostró que los postulados liberales resultan claramente falsos y notablemente perjudiciales para cualquier nación que pretenda materializar su propia grandeza.

En una oportunidad, poco antes de embarcar rumbo a EE.UU., decía List: “Espero que los EE.UU. me ofrecerán un hermoso ejemplo en prueba de mis afirmaciones. Han seguido la teoría de Adam Smith hasta ver por tierra sus industrias, y solo entonces han recurrido a un sistema que los teóricos repudiaban”.

En defensa de sus ideales, y tanto en su patria como en EE.UU., List desarrolló una vasta labor, siendo conferencista, periodista, asesorando a entidades públicas y privadas en lo referente a sus ideas económicas, siempre claramente a favor de la industrialización y del desarrollo económico integral y armónico. A la vez, iba acopiando informaciones con el objetivo de volcarlas a un libro de economía. Lo notable de su obra, es que es brillante en lo teórico, pero a la vez se basa sólidamente en datos de la realidad, analizados con espíritu crítico y con notable sentido común.

A partir de 1834, con una constancia y tenacidad poco comunes, desarrolló una verdadera tarea de agitación político-económica. Y precisamente en 1834 se constituyó el Zollverein (unión aduanera) germánico, y después de proseguir su tesonera lucha, en 1843 vio fundarse el Zollvereinsblatt (sistema de aduanas) poco después de la aparición de su notable obra de literatura económica.

El 30 de noviembre de 1846 falleció en plena campiña nevada, en la localidad de Kufstein. Su temprana muerte no le permitió concluir otras dos obras de literatura político-económica, bosquejadas bajo los títulos de “La Política del porvenir” y “La influencia de instituciones políticas en la riqueza y el poderío de una nación”.

List es considerado el más importante impulsor de la escuela económica alemana que enfatiza el estudio histórico como fundamento importante de la economía.

Realizó una notable obra, de marcada sistematicidad, en la cual volcó sus agudas observaciones de la realidad, sus sólidos conocimientos de historia y política europea y mundial, su indudable versación y profundo espíritu analítico en macro y micro economía, y -anticipándose más de medio siglo al surgimiento específico de la disciplina como tal- notables elucubraciones de geopolítica.

Formó parte de una notable generación de muy destacados intelectuales que desde sus distintas disciplinas sentaron las bases de la unificación política de su nación.

Entre los principales intelectuales de la época cabe citar al propio economista y teórico político y geopolítico List (1789-1846); al literato J. G. Herder (1744-1803); al filósofo Hegel (1779-1831); al historiador Von Ranke (1795-1886); al filólogo Grimm (1786-1859) y otros más.

Pero más allá de realizar un profundo análisis de las ideas de política económica esbozadas o desarrolladas en diversas naciones europeas y en Estados Unidos de Norteamérica, y de describir con notable precisión la realidad económica de su tiempo, expuso con notable claridad conceptual sus ideas acerca de la evolución esperable a nivel mundial en los ámbitos político y económico, siendo destacables sus agudas observaciones que le permitieron prever los motivos de los diversos conflictos que sucederían a posteriori, y los sistemas de alianzas supranacionales que irían consolidándose mucho tiempo después de escrita su obra.

El libro de Federico List titulado “Sistema Nacional de Economía Política” constituye un meduloso tratado de economía política, enfocado desde una óptica claramente nacional alemana, en la cual desarrolló los fundamentos teóricos para la unificación política de su nación, y para su desarrollo económico orientado hacia una economía nacional plenamente integrada, pero con clara preeminencia del sector industrial como motor básico de todas las actividades económicas.

Los ejes principales de las *fundamentadas críticas de F. List a la doctrina liberal* desarrollada por A. Smith, son los siguientes:

- No distingue entre economía pública y privada, por lo que las confusiones conceptuales son muy pronunciadas, sobre todo en los razonamientos referentes a la economía pública.
- No realiza la distinción entre los intereses de una nación en particular y los de toda la humanidad, confundiéndolos como si fueran una sola cosa, siendo que -evidentemente- no es así.
- Es una doctrina excesivamente enfocada al cosmopolitismo, por lo que no fue apta para el mundo real del siglo XIX (ni para el XX), y tampoco lo es para el mundo del siglo XXI.
- No aporta ninguna prueba el pretender equiparar los intereses de los individuos con los de la sociedad.
- Ignora deliberadamente que existen naciones separadas (con intereses separados), por lo que de hecho, pasa a ser un vocero de los intereses del imperio de turno (en ese entonces la patria de Adam Smith, el Imperio Británico).
- Omite el hecho palpable e irrefutable de la existencia de economías nacionales, cada una de ellas con particularidades distintas, por lo que sus necesidades y sus condiciones estructurales son también distintas.
- El sistema económico de Smith es una teoría de valores de cambio; mientras que el sistema económico descrito por List se fundamenta y se expone en la existencia de las *fuerzas productivas*. O sea, una es una teoría básicamente mercantil y la otra es *transformadora e industrialista*.

Para entender y valorar en su justa y enorme dimensión la tarea y la verdadera lucha de titánicas proporciones a la que List prácticamente consagró su vida, hay que entender que tuvo que luchar denodada y sistemáticamente contra los preconceptos aceptados en su tiempo como las únicas verdades “científicas” o académicas; y además de ello, tuvo que soportar las presiones de todo tipo -incluyendo la cárcel- que padeció por afectar los intereses de los poderosos e influyentes de su época.

Lo notable del caso es que si bien tanto en su patria natal -Alemania-, como en su patria adoptiva -EE.UU.-, List enfrentó el mismo tipo de oposición; fue en su propia patria natal donde esta fue más encarnizada y virulenta.

Posiblemente haya influido mucho en la más rápida y mayor aceptación de las ideas de List en EE.UU., el hecho que estaban muy frescos los recuerdos de un incipiente esplendor industrial, el cual había sido anulado por un resurgir de las ideas ortodoxas, siempre manipuladas estas por la conjunción de intereses entre los importadores locales y la poderosa industria del Imperio Británico. Además de ello,

jugó a favor de las ideas de List el hecho que la incipiente Unión que constituía EE.UU. actuaba políticamente como tal, con claro sentido de identidad y de defensa de los intereses nacionales.

En Alemania en cambio, la unidad nacional era aún un caro anhelo por materializarse (recién lo concretaría Otto Von Bismarck varias décadas después, en 1870). Además en Alemania, los propagandistas de los intereses británicos tenían a su favor el peso enorme de la teoría económica dominante, a lo que se sumaba la adhesión del sector catedrático vernáculo (alemán), que repetía los preconceptos hechos “verdades reveladas” del liberalismo, aunque claramente se oponían a los intereses alemanes, al impedir su industrialización y con ello condenar a la población a la miseria y la desocupación, y a su patria a un triste papel secundario e irrelevante.

Otro aspecto muy destacable de la obra de List, es que pudo percatarse y alertar a sus connacionales acerca de las trampas psicológicas (aunque no las llamó así) que significan cierto tipo de “romanticismo” y sentimentalismo, que pueden resaltar esos aspectos para dar una imagen positiva a cuestiones que objetivamente significan un atraso y un estancamiento económico, además de la miseria social, como puede ser por ejemplo la utilización de antiguos arados de tracción a sangre, en vez de mucho más eficientes y modernos arados mecánicos.

A la vez, la visión geopolítica de List se adelantó casi doscientos años a los acontecimientos, visualizando una Europa Continental unida, y con su propia patria como eje principal de esa unión supra nacional. Ese pensamiento paneuropeísta e integrador en los aspectos político y económico, discrepaba mucho con la visión de subyugación militar imperante desde los tiempos del Imperio Romano, pasando por la época de Carlomagno, y por la por entonces contemporánea visión y acción napoleónica de la unidad europea.

Por otra parte, a diferencia de los cánones estratégicos de su época, en los que la importancia de las rivalidades políticas y económicas era mayor respecto a los Estados limítrofes, List percibió claramente que el rival principal de su patria no era Francia, sino Gran Bretaña.

Y con meridiana claridad, expuso que la teoría de Adam Smith era en verdad un formidable instrumento de dominación cultural, política y económica, para lo cual analizó, puso en evidencia sus falencias e inclusive destrozó sus bases conceptuales. Con ello, el liberalismo dejó el sitio de “trono sagrado” en el cual se revelaron los supuestos paradigmas perpetuos e irrefutables de la economía, para pasar a ser simplemente lo que es: una doctrina económica elaborada por un británico, en pleno auge de la revolución industrial británica, a la medida de los intereses británicos y prohibida y expandida en todo el mundo por el mismo aparato cultural, político, económico y militar del entonces gran imperio mundial.

Sin llamar al fenómeno con ese nombre, List entendió y expuso claramente la teoría del efecto multiplicador, percatándose que el mayor dinamismo corresponde siempre al sector industrial, muy por encima de la relevancia que pueden alcanzar la agricultura, la ganadería y las actividades puramente mercantiles.

Como sustento de todo proceso industrial, entendió con nitidez la enorme importancia de contar con un moderno y eficiente sistema de transportes, tanto interno como internacional. Respecto a este último, comprendió la importancia estratégica de poseer una flota mercante del propio Estado, para no depender de flotas de terceras naciones, eventualmente competidoras o influenciadas por los principales competidores, especialmente Gran Bretaña.

Según sus propias palabras, para entender el funcionamiento de la economía norteamericana de su época, List dijo: “dejé de lado los libros” (pues) “estos no hubieran hecho otra cosa que desviar mis pasos. La obra mejor que en ese país nuevo puede leerse acerca de la Economía Política, es la vida misma”. También afirmó tajantemente que “la Economía Política... hasta ahora trastornó la mente humana con su hinchazón escolástica, con sus contradicciones y su terminología perfectamente falsa...”.

Del fruto de sus observaciones destacó que el pequeño agricultor norteamericano, en forma empírica sabía que para impulsar la agricultura e incrementar sus ingresos, debía atraer a su entorno a “industriales y fabricantes”.

A la vez, expresó que entendió la poderosa sinergia existente entre lo que él llamaba “la energía industrial” y el sistema de transportes nacionales. Percatándose de la enorme importancia integradora y desarrolladora de la economía de los ferrocarriles, fue según sus palabras “paladín de un sistema ferroviario alemán”.

Como un verdadero luchador en pos de sus profundas convicciones nacionales, en su obra no ahorró la utilización de grandes dosis de sarcasmo, cuando no de finas ironías, para referirse a las notables contradicciones, los errores conceptuales, las elucubraciones teóricas descolgadas de la realidad, y los

“refritos” diluidos de las obras de los iniciadores del liberalismo, por parte de varios de los seguidores de esas ideas, del sector académico e intelectual de la Europa de su tiempo, y en especial de sus connacionales germanos.

Vale aquí la salvedad que el término “refrito” es un neologismo de la jerga periodística, que significa conceptualmente “volver a escribir en base a algo ya escrito, con pequeñas modificaciones formales”, o sea un vulgar robo de ideas, apenas retocado para intentar darle otra apariencia. De hecho, en su obra List no utiliza el término “refrito”, pero conceptualmente con toda claridad a ello se refiere.

Uno de los aspectos originales del método de estudio y análisis de F. List consistió en basarse fuertemente en observaciones de la realidad (que él denominó “la naturaleza de las cosas”), y en el énfasis puesto en tener muy en cuenta las enseñanzas de la Historia. Ese método puede conceptualizarse como el de “tener los pies puestos sobre la tierra”, diferenciándose tajantemente de las elucubraciones abstrusas, meramente teóricas y descolgadas de la realidad, tal como solía ser la metodología usual de los economistas de “la escuela” liberal, siendo tal vez el más acabado ejemplo de este método de los “modelos teóricos” el de David Ricardo.

Obsérvese que la nueva versión de esa *metodología de la teorización compleja y divorciada de la realidad, es la de cierta corriente actual liberal y neoliberal*, que elabora complejos modelos matemáticos, y que justifican la total inaplicabilidad práctica de dichos modelos matemáticos, con el simple argumento de calificar de “condiciones patológicas” a las de las economías que no se ajustan a sus elucubraciones. Es el conocido caso de *pretender hacer encajar a la realidad en un modelo equivocado, en vez de elaborar un modelo acorde a la realidad*.

Es notable destacar que hace casi 200 años expresaba una enorme verdad, que sin duda será muy positivo aplicarla a la realidad argentina, pues recomendó a los economistas ser prácticos y defender los intereses de su patria, en lugar de seguir atiborrándose con “necias teorías”, como llamaba a los paradigmas del liberalismo, que eran aceptados con fe casi religiosa, como “verdades reveladas”, a pesar de sus gruesos errores conceptuales y su falta de vinculación con la realidad.

Con otros términos, y con una interesante clasificación entre seis categorías de economistas, el argentino Marcelo Diamand coincide conceptualmente con List, al descalificar a los teóricos, pero a la vez alertando respecto a los que voluntariamente se ponen al servicio de los intereses antinacionales, a sabiendas y como medio de escalar posiciones sociales, académicas, de ventajas económicas personales y como medio de obtener una fracción del poder, o al menos estar al amparo de este.

Respecto a la verdadera finalidad de la doctrina expuesta por Adam Smith, List citó un trabajo de un por entonces muy joven estudiante de nombre Alexander von der Marwitz, el cual forma parte de un libro llamado “Galería de retratos sacados de las conversaciones y correspondencias de Rahel”. Marwitz, citado por List, consideró a Adam Smith un conquistador tanto o más eficaz que Napoleón. Con esa definición, puso al desnudo el directo objetivo imperial británico de la doctrina liberal, creada por Adam Smith.

La piedra angular de las diferencias entre Adam Smith y List, es el hecho que el liberalismo dice defender un supuesto “cosmopolitismo”, o “ecumenismo”, o “humanismo sin fronteras”, siendo que en realidad pasa a ser el más celoso defensor del statu quo que favorece los intereses de su propia nación - Gran Bretaña-, mientras que List es claramente y sin subterfugios ni cortapisas, un celoso defensor de su nacionalidad. Por otra parte, los liberales escribieron -y escriben- en un lenguaje rebuscado, pretendidamente cargado de tecnicismos, de forma tal que resultan “indigeribles” e incomprensibles para los que no dominan el léxico y los “códigos” técnicos específicos. A diferencia de ello, List escribió en un lenguaje llano, comprensible para el común de la gente, pues su mensaje pretendió -y consiguió- arrojar luz sobre temas artificialmente presentados como complicados muy técnicos y solo comprensibles para “mentes iluminadas”. A la vez, List expresó que su propósito no fue escribir un tratado de economía. Queda muy en claro que su principal motivación fue su permanente y profundo amor a su patria natal, la cual mantuvo aún cuando vivió y sirvió con dedicación al gobierno de EE.UU., para acelerar y fortalecer el por entonces incipiente desarrollo tecnológico e industrial de su patria adoptiva.

Habiendo sido un hombre de vasta cultura, fue un analista y conocedor de la realidad política europea de su tiempo, además de un estudioso de la historia.

Siempre con el centro de atención puesto en Alemania, aún durante sus estadías en EE.UU., en su libro muestra por comparación los efectos que la organización política de los Estados ejerce en la economía. Para ello, además de estudiar profundamente el proceso de desarrollo británico, evidenció conocer muy bien la realidad de Francia, atribuyendo su por entonces decadente realidad a la infiltración

de los postulados liberales en las altas esferas gubernativas, así como al Tratado de Eden, siendo la consecuencia de ambos factores la rápida destrucción de todo el sector manufacturero francés, con las consabidas consecuencias de miseria, desocupación generalizada, y la pérdida de importancia relativa de Francia en el concierto mundial de naciones.

Por supuesto que su libro abunda en ejemplos y análisis de las múltiples experiencias y de sus pacientes recolecciones de datos en EE.UU., nación a la que admiró y sirvió lealmente. Pero también, en el otro extremo comparativo, describió la decadencia de Polonia, en la cual una nobleza de escasa visión y muy apegada a los lujos y a los excesos no se interesó en la modernización de su patria, dando como resultado una agricultura atrasada, la falta total de un sector manufacturero propio, la miseria -que describe como mendicante- de la burguesía polaca, y las miserables condiciones serviles de los trabajadores agrícolas. No dejó de mencionar a las transgresiones de la ley por parte de la todopoderosa nobleza polaca, la subsistencia del sistema feudal, y recalcó la falta de patriotismo de los poderosos de Polonia. Inclusive mostró como notorio el ejemplo del Imperio Ruso, el cual por necesidad -y en contra de la teoría liberal- se industrializó a pesar de tener una masa de población poco calificada culturalmente para ello. Y obtuvo excelentes resultados, en contra de los vaticinios de “la doctrina” liberal.

Es interesante observar que List no “compró” (no aceptó incondicionalmente) los postulados democráticos de la relativamente reciente Revolución Francesa. Muy por el contrario, textualmente manifestó “...la mejor forma de gobierno es aquella que corresponde al espíritu y a las condiciones de la nación, y en particular al grado de cultura en que se encuentra...”.

Sus agudas observaciones no dejaron de señalar que las naciones pueden perder su identidad nacional, su independencia y su propia existencia política si su organización nacional se encuentra corroída y su sector económico se halla desquiciado, postrándose a la nación toda en la miseria y la impotencia.

Como método de trabajo de la Economía Política (hoy llamada simplemente Economía), propuso apoyarse sólidamente en la Filosofía, la Política y la Historia.

La Filosofía debería dar el marco moral, siendo el objetivo último la unión universal (pero no basada en el previo avasallamiento general por parte del imperio de turno dominante).

La Política tiene que ver con el sano y adecuado ordenamiento interno de cada nación, proporcionando las reglas claras a las cuales atenerse y sujetarse.

La Historia proporciona el marco referencial real, para orientar a cada nación y hacerle conocer la realidad evitando volver a incurrir en errores cometidos por la propia nación o por otras que pueden servir como ejemplo al respecto. Es notable su frase según la cual “...contra las ilusiones de la ideología [existen] dos vigorosos medicamentos: la experiencia y la necesidad”.

Otra frase de List de mucha fuerza conceptual es aquella que dice “cada fábrica, arruinada al disminuir la protección o implantarse medidas de gobierno (negativas), viene a ser como un cadáver colgado que contamina a gran distancia a todos los seres vivos”.

A la vez, alertó a sus compatriotas acerca de la importancia de proteger con mayor énfasis a las producciones de artículos de uso corriente y generalizado, de escaso valor unitario y factibles de ser producidos en grandes cantidades, pues se dio cuenta que precisamente ese segmento (el de la producción masiva) forma la base en la que se fundamenta el sector industrial.

El pensamiento político y geopolítico mundial de List fue muy preciso al definir una teóricamente posible unidad mundial. Para List, esa unidad debe ser un paso posterior al del fortalecimiento de las nacionalidades, y debería realizarse bajo la forma de una confederación. En ese paso previo, textualmente manifiesta que “uno de los principales objetos a que debe aspirar la nación es, y tiene que ser, el mantenimiento, desarrollo y perfección de la nacionalidad”.

Como contrapartida, y en clara alusión a los postulados liberales que en su época favorecían al Imperio Británico, expresó que “una unión universal basada en el predominio político, en la riqueza predominante de una sola nación, es decir en la sumisión y la dependencia de otras nacionalidades, traería como consecuencia la ruina de todas las características nacionales y de la noble concurrencia entre todos los pueblos...”.

Respecto a las etapas de la evolución económica de los países, la clasificación de List establece cuatro categorías básicas:

- Estado salvaje
- Estado pastoril
- Estado agrícola-manufacturero

- Estado agrícola-manufacturero-comercial

Lo notable es su afirmación por la que manifiesta que el libre comercio puede resultar beneficioso para los Estados, hasta el momento en que pretenden lograr su desarrollo manufacturero. Pero para alcanzar la categoría de país manufacturero (o industrial, si se prefiere el término), es imprescindible implementar durante un cierto número de años un sistema de protección aduanera. De lo contrario, la competencia desigual y en muchos casos desleal, que significan los productos industriales importados, impediría el surgimiento de la industria y de la tecnología propias. Lógicamente List no utiliza el término “tecnología”, pues es un neologismo que no estaba en uso en su época, pero conceptualmente es muy claro que al hablar de términos como “habilidades industriales” o similares, se refería a la tecnología.

Calificando al efecto multiplicador de las actividades industriales, su comparación entre una nación puramente agrícola y otra “manufacturera” (o sea industrial) y también agrícola, List las describe comparativamente en los siguientes párrafos.

“En [...] una nación puramente agrícola, [...], una gran parte de las fuerzas productivas de las fuentes auxiliares de carácter natural tienen que permanecer ociosas y sin utilización. La energía manufacturera, en cambio, fomenta la ciencia, el arte y el perfeccionamiento político, aumenta el bienestar nacional, la población, los ingresos públicos y la potencialidad de la nación...”.

Por otra parte, List enfatizó que ambos tipos de actividades (agricultura e industria), no solo pueden convivir en paz, sino que inclusive la actividad primaria se beneficia cuando está sustentada por un paralelo desarrollo industrial.

Como una notable curiosidad de su pensamiento, que en otros aspectos no trasunta ningún tipo de racismo o de afán segregacionista, List incurre en dos ideas que son al menos discutibles, por no decir los únicos pensamientos contradictorios o criticables de su obra. Por una parte, considera que los países de las zonas cálidas no están dotados para desarrollar actividades industriales. Y por otra, junto con esos países, incluye también a los de toda América Latina y toda Asia Continental, excepto Rusia. Si se analiza en su totalidad, este conjunto de pensamientos puede interpretarse como un tipo más sutil de eurocentrismo, pues en cierta forma EE.UU. sería -para esa concepción-, la prolongación de Europa en América. Pero por cierto, estos dos aspectos discutibles o poco felices de su obra en nada invalidan lo mucho de positivo de sus brillantes razonamientos económicos, políticos y geopolíticos, muchos de los cuales fueron adelantados a su tiempo, y prácticamente todos ellos son conceptualmente aplicables en la actualidad.

Es interesante constatar si, tal como afirmó M. Diamand, los libros de List y de otros economistas posteriores de similar pensamiento no son reeditados continuamente -como sucede con las obras de “los clásicos”- ni son citados por los autores liberales o los “asépticos” contemporáneos nuestros; ello es debido a que a ninguna de las potencias económicas les interesa ni conviene la difusión de estas claras y fundamentadas ideas.

Como las grandes potencias económicas también regulan las ediciones de libros y de un modo u otro influyen en los contenidos de los programas de economía de las universidades de los países subdesarrollados, obras como las de List son virtualmente “proscriptas”, y eso es motivado por el tácito pero concreto interés de impedir el conocimiento de esas ideas, las cuales, de lograr mayor divulgación tanto entre los estudiantes, profesores, como en el común de la gente interesada en estos temas, actuarían como un fuerte revulsivo que podría generar cambios a nivel de cada uno de los países subdesarrollados, como así también en el concierto internacional.

Como esa posibilidad afectaría cuantiosos intereses que de un modo u otro lucran con la situación de desigualdad existente, y además (tal vez lo más importante) cambiaría, las relaciones de poder obras como las de List, la propia de Diamand, los libros de Scalabrini Ortiz y A. Jauretche, fueron y son objeto de sutiles pero drásticos y muy efectivos métodos de censura.

En clara contradicción con la afirmación liberal que afirma que “es lo mismo producir caramelos que acero”, o llevado al plano del comercio internacional, que “es lo mismo exportar materias primas que productos elaborados”, con toda claridad List afirmó que es mucho mayor el poderío y la riqueza de una nación cuanto mayores cantidades alcancen sus exportaciones industriales, y a la vez, más materias primas importe.

De acuerdo con las concepciones geopolíticas de su época (las cuales están virtualmente vigentes en los análisis de todos los estrategas políticos y militares), List enfatizó la importancia de dominar las desembocaduras de los ríos, poseer territorios extensos y dotados de recursos naturales, y fronteras bien definidas; pues entendía que son condiciones estratégicas para fundamentar el potencial nacional, y a

partir de él definir políticas económicas favorables a la propia nación, como la protección arancelaria y la promoción industrial.

A la vez, puso mucho énfasis en la educación orientada a la industria, como medio de poseer población calificada a partir de la cual pueda fundamentarse el propio desarrollo industrial.

Fue conciente en entender que el principio de cosmopolitismo a ultranza es una filosofía útil y compatible con los intereses de la potencia dominante.

Una frase de List tiene plena vigencia para la actual y muy prolongada crisis y virtual debacle social, política y económica de Argentina. Dice así: “La historia ofrece ejemplos de naciones que han sucumbido porque no supieron resolver a tiempo la gran misión de asegurar su independencia intelectual, económica y política, estableciendo manufacturas propias y un vigoroso estamento industrial y mercantil”.

Del florecimiento y posterior decadencia de las Ciudades-Estados de Italia, señaló como principal causa de su declinación la corrupción, la indolencia, la pereza, y el apego a los lujos inútiles, de las castas dominantes; sumado a la servidumbre y la falta de iniciativa del pueblo sojuzgado. Por supuesto, no dejó de entender la influencia que tuvieron los cambios políticos mundiales y sus influencias en las rutas mercantiles, pero enfatizó que los males morales y políticos fueron el verdadero cáncer que corroyó desde adentro a las otrora poderosas Ciudades-Estado de la península italiana.

Siempre pensando en la unificación de su patria natal -que cristalizaría años después y en base al pensamiento de List el Canciller Otto Von Bismarck-, analizó la importancia que tuvo la Confederación Hanseática, que fue una unión en defensa de intereses comunes, pero sin lograr la total unificación política de ochenta y cinco ciudades alemanas. Esa Hansa (liga, en idioma germano) unificó las energías productivas de todos sus componentes, favoreciendo el comercio interior y desarrollando una flota mercante muy importante para su época.

El comienzo formal de la Liga Hanseática fue la alianza rubricada entre Lübeck y Hamburgo, en 1241, acuerdo que prontamente se extendió a otras ciudades.

Para List, las normas de navegación venecianas fueron copiadas por las leyes de navegación de la Liga Hanseática, las cuales a su vez fueron utilizadas para redactar el Acta de Navegación de Inglaterra.

Tan importante fue el papel desempeñado por la Hansa, que había llegado a dominar el propio comercio de Inglaterra, el cual se canalizó en esa época en barcos germanos y manejado por comerciantes germanos.

De allí deriva el término “*easterlings*” (mercaderes del este) con el cual se designaba a los comerciantes germanos de la Hansa. Dado que la moneda (en sus diversos tipos) que se utilizaba en Inglaterra era originada en la Hansa, se utilizó la palabra *sterling* o libra esterlina, unidad monetaria aún vigente en Gran Bretaña. Los *easterlings* fueron constituidos como corporaciones de mercaderes hanseáticos, bajo el reinado de Enrique III de Inglaterra, en una época en la que el comercio exterior inglés aún no se había desarrollado y pasó a estar en manos germanas.

Los privilegios de la Liga Hanseática en Inglaterra fueron suprimidos 375 años después de ser acordados, en 1625. En todo ese lapso, hubo períodos de resistencia por parte de los comerciantes y manufactureros ingleses de paños, que incluso llegaron a lograr breves períodos de restricciones a las introducciones de paños y otras manufacturas producidas en la Hansa.

En 1630 la Liga Hanseática fue formalmente dejada sin efecto. Las consecuencias de esa nueva atomización económica y organizativa germánica la describió List, al mostrar la miseria que imperaba en una ciudad-puerto otrora importante, como Hamburgo, en 1780, o sea un siglo y medio después de fenecida la Liga. Lo notable fue que el proceso de desculturización fue tan intenso y rápido, que en esa época los propios habitantes de Hamburgo desconocían prácticamente por completo las glorias y esplendores que tiempo atrás caracterizaban a su ciudad y otras de la Hansa.

El lugar de la Hansa fue tomado por los marinos y comerciantes holandeses e ingleses, lo cual marcó una nueva etapa en el desarrollo del poderío político y económico mundial. La decadencia de la Hansa tuvo básicamente motivos políticos internos, al no poder el sector burgués-empresarial contraponer el peso retrógrado de la aristocracia de los múltiples pequeños reinos de la Liga Germana, y no concretar una férrea unificación política nacional.

Al analizar la influencia de las políticas inglesas en Portugal y España, en un solo párrafo List resumió la esencia del accionar británico (el cual en nuestros días puede ser aplicado a todas las grandes potencias industriales, en su accionar sobre los países del 3º Mundo). Al respecto, decía List con relación

a los británicos: “en sus palabras eran [son] cosmopolitas y filántropos; en sus actos, monopolistas en todo momento”.

Del propio análisis de la decadencia germana después de disuelta la Liga Hanseática, con la consecuente disgregación institucional general, extrajo valiosas enseñanzas para comprender cuánta importancia posee todo el sistema político y la base jurídica y administrativa de una nación para el desarrollo de todas las actividades económicas. Esa precisamente es una de las mayores discrepancias con la doctrina liberal, que en todo momento se ocupa del individuo, mientras que la doctrina de List pone mucho énfasis en la enorme importancia del propio Estado nacional.

Citó varias veces en su obra la influencia nefasta de las ideas “nobles y cosmopolitas” de Canning y Huskisson. Vale aquí la aclaración que Lord Canning tuvo también notable influencia en el expansionismo británico en la zona del Río de La Plata.

Respecto al real espíritu del “liberalismo” británico, cita textualmente lo expresado en el Parlamento Británico por el filántropo, cosmopolita y liberal Lord Henry Brougham en 1815: “Vale la pena arriesgar una pérdida en la exportación de manufacturas inglesas, con tal de ahogar en la cuna las manufacturas extranjeras”. Una década después, con similar crudeza, el también liberal y famoso Hume decía su deseo de “ahogar en sus pañales las fábricas del continente”, en directa alusión a las fábricas de Francia y Alemania.

Con relación a la “cultura anti-industrial” que Gran Bretaña pretendió imponer a sus colonias de Norteamérica, se destaca una frase de Chatham pronunciada en 1770, según la cual “a los habitantes de Nueva Inglaterra (hoy EE.UU.) no debía tolerarse que en las colonias se fabricara ni un clavo para una herradura”. Ese es sin duda otro ejemplo más de la “interpretación práctica del liberalismo” según los intereses del imperio de turno.

Incluso una vez independizados los EE.UU., llegaron a aplicar una política de “libre comercio”, entre 1786 y 1789, con ruinosos resultados para su economía en general. Vueltos a un adecuado sistema proteccionista, las industrias volvieron a florecer, y con ello toda la economía.

Más aún, EE.UU. estuvo mucho mejor preparado para afrontar la guerra de 1812, en la cual Gran Bretaña pretendió recuperar su antigua potestad sobre las ex colonias norteamericanas.

Por presiones de poderosos comerciantes importadores, EE.UU. volvió a reducir los aranceles a las importaciones, en 1816, con los mismos desastrosos resultados anteriores.

Pero por la visión de gobernantes con claro sentido nacional (como Jefferson), que no se dejaron doblegar por los teóricos, EE.UU. volvió a brindar adecuadas protecciones arancelarias a sus industrias, política que en los hechos no abandonó hasta nuestros días.

Es notable que List haya estado muy lejos del prototipo del “economista puro”, pues inclusive opinó en forma muy explícita acerca de la correlación existente entre la moralidad privada, el orden público, la vigencia, validez y fortaleza de las instituciones, la capacitación e inteligencia de la población respecto al desarrollo económico y el bienestar general de la respectiva nación.

Utilizando reiteradamente el concepto de “energías productivas” (que englobaría a la capacidad laboral y la creatividad), señaló su profunda vinculación con el entorno social y con las instituciones vigentes en su país.

Con relación a los pueblos de Centro y Sudamérica, opinó que sus instituciones y gobiernos no podrán tener consistencia “mientras sus banderas no ondeen en todos sus mares”. Compárese esa realidad con la relativa o real irrelevancia de las naciones latinoamericanas, y podrá evaluarse la certeza actual de esa afirmación realizada hace dos siglos.

Como ejemplos de políticas económicas ruinosas, en función de las aperturas irrestrictas de las aduanas, mencionó los ejemplos de Portugal en 1703 (Tratado de Methuen), de Francia en 1786 (Tratado de Eden), de EE.UU. en 1786 y 1816, de Rusia entre 1815 a 1821 y de su propio país (Alemania) durante dos siglos, situación que persistió prácticamente hasta el gobierno de Bismarck.

Mientras en su época muchos economistas e intelectuales tomaban por válidas las profecías de Malthus, List ya se manifestaba convencido de que los avances de las ciencias permitirían multiplicar los rendimientos de los cultivos en progresión geométrica, tal como ocurrió en el siglo XX. En este tema, como en otros, mostró ser un agudo visionario.

Yendo a la parte medular de la doctrina fundamentada por List, él puso énfasis en la “fuerza productiva” como factor preponderante en la economía. Por lo tanto, su análisis buscó constantemente los medios para incrementar cuantitativa y cualitativamente la producción de su país. A tal efecto, sostenía

que uno de los aspectos básicos para analizar la riqueza de una nación es analizar qué proporción de su población está asignada a tareas productivas.

Siguiendo con el razonamiento, consideraba que la suma de las energías productivas de sus pobladores es un factor relevante para definir la energía productiva de un país. Pero sin utilizar el término de “sinergia”, evidentemente manejó el concepto, pues la sinergia (conjunto armónico de órganos, que potencia el accionar de cada uno de ellos, al actuar coordinadamente) depende de la organización política y social del país, así como del respeto a la moral y a la ley que impera en el mismo.

Por consiguiente, queda muy en claro que para List la riqueza de un país se mide por la sumatoria de su producción, lo cual es un concepto básicamente dinámico y de continua transformación.

Compárese con la “teoría clásica” (el liberalismo), en la cual la piedra angular es la teoría de los valores, concepto en sí estático (pues no está ligado estrechamente con la producción). Por otra parte, Smith consideró las relaciones de valores de los bienes materiales desdeñando implícita pero claramente a los servicios como parte importante del proceso económico, y no incluyéndolos en sus teorizaciones acerca “del valor”. Nótese que con ese criterio, servicios esenciales como la educación, la salud pública y la seguridad pública no serían productivos; lo cual el más elemental sentido común indica que es un craso error.

La continuación de esa idea lleva al mendaz concepto -sistemáticamente reiterado por los economistas y voceros del liberalismo- de calificar y conceptualizar como “gastos” a todas las erogaciones presupuestarias, siendo que por ejemplo las erogaciones en educación, salud pública y seguridad son verdaderas inversiones que inciden fuertemente en la capacidad productiva de una nación.

List enfatizó el hecho que para el liberalismo todo lo concerniente a la política no tiene significación para la economía, lo cual a todas luces es un absurdo. Contestó la afirmación de Say según la cual “las leyes no pueden crear riquezas”, diciendo que “pueden crear energías productivas... las cuales son más importantes que las riquezas”.

Sin mencionar al efecto multiplicador (concepto no conocido en su época), indudablemente a ello se refirió cuando criticó a Adam Smith al no diferenciar la mayor “energía productiva” del sector manufacturero, respecto al sector agrícola.

Con mucha claridad List enunció que los bienes espirituales son productivos porque crean energías productivas.

Contestando a Say, afirmó que una nación es más rica en función de sus energías productivas, en vez de considerar la simple posesión de riquezas como medida de prosperidad. Al efecto, puso como ejemplo el caso de España, que acumuló inmensas riquezas “estáticas”, pero perdió su capacidad de producción en la época de la colonización de América.

Respecto a la división del trabajo, List contestó a Smith clasificando esa división en objetiva y subjetiva. La objetiva es cuando una misma persona divide su trabajo para ordenarse y mejorar su producción. La subjetiva es aquella a la que se refirió Smith: cuando un mismo trabajo es dividido entre varias personas, para mejorar la productividad.

Dando un enfoque diferente, más acorde al principio de sinergia tan usado en nuestros días, List afirma que la mayor productividad obtenida es consecuencia de la agrupación más que de la propia división. O sea que considera la sumatoria de esfuerzos coordinados como la principal causante del incremento de la productividad.

Una definición de List que es tremendamente gráfica es aquella que dice “*una nación que solo se dedica a la agricultura es un individuo al que en su producción natural le falta un brazo*”. En ese caso, la productividad de una nación así, queda a merced de los caprichos o arbitrariedades de terceros.

Enunció y explicó la “ley de unificación de energías”, que no es otra cosa que la sinergia de las “energías productivas” de una nación, que hacen fructificar con mayor solidez los esfuerzos individuales en un marco de progreso y orden general. Al respecto, con toda lógica afirmó que “solo cuando el interés privado se subordina al nacional... llegan las naciones a un desarrollo armónico de sus energías productivas”. Esa diferenciación conceptual importante no existe en la “escuela” clásica (el liberalismo), en la que se supone una simple “suma aritmética” de los esfuerzos individuales, desconociéndose que precisamente el accionar colectivo en un marco jurídico y administrativo ordenado y orientado al bien nacional, potencia sobremano los esfuerzos productivos de cada habitante del país.

Advirtió que lo que puede parecer ilógico o incoherente en el campo económico individual, puede ser acertado en el marco de la economía nacional, en el que prima el interés colectivo y el de la propia nación como concepto globalizador.

Por otra parte, enfatizó el hecho que el liberalismo desdeña (¿adrede?) las características diferenciales de cada nación, pretendiendo practicar un cosmopolitismo teórico que dice preocuparse del bienestar general a escala planetaria. Por ello, las “recetas” postuladas bajo forma de dogmas, perduran equivocadamente hasta nuestros días, y forman parte de las imposiciones de los entes crediticios transnacionales. En verdad, es fácil entender que los dogmas se utilizan como pantallas para intentar ocultar los objetivos políticos de sumisión permanente de las naciones subdesarrolladas.

Con notable claridad, List expuso que de acuerdo con “la doctrina” (el liberalismo), los pueblos salvajes deberían ser los más prósperos del planeta, pues en ellos se dan las condiciones de “liberalidad” y falta de injerencia estatal, que tanto pregona la doctrina de Adam Smith. Sin embargo, son muy claros los ejemplos que demuestran que *cuanto más desarrollado es un país, mayor es el grado de intervención del Estado Nacional en diversos ámbitos de la vida pública y privada de ese país.*

Advirtiendo lo que sucedía en su época, y que con mayor crudeza sigue sucediendo en nuestros días, List expuso el principio económico según el cual *un país no industrializado (o sea subdesarrollado) no puede determinar por sí mismo qué materias primas de la agricultura producirá, pues estará siempre subordinado a lo que quieran o necesiten comprarle los países desarrollados. A eso debe agregarse el hecho de que los precios de las materias primas están en la gran mayoría de los casos, determinados por los países desarrollados, por lo que la dependencia de los productores primarios es total, un verdadero círculo de hierro, del cual no pueden salir si operan dentro de las sutiles reglas económicas impuestas por los países desarrollados, reglas que por supuesto operan a favor de estos últimos.*

La doctrina liberal no toma en cuenta el estado de beligerancia económica permanente existente entre las naciones, por lo cual su cosmopolitismo pasa a ser una cortina de humo a favor de los países industrializados. En otros términos, eso afirmó List y sigue siendo una realidad en nuestros días.

Otra afirmación de List, que “la doctrina” se cuida muy bien de decir, es que un trabajador industrial tiene múltiples oportunidades de formarse personal y culturalmente, mientras que no ocurre lo propio con un habitualmente tosco trabajador rural, confinado a su predio y a su pequeño círculo de personas del entorno.

Compárese con la afirmación de Smith, el cual -según su biógrafo Dugald Stewart- afirmó que la agricultura requiere más destreza que las labores industriales.

La misma comparación formuló List entre las mucho mayores posibilidades de desarrollo general y de desarrollo personal de sus habitantes de las naciones industriales, respecto a los de países de economía primaria.

Acertadamente List afirmó que la ciencia y la industria han podido reemplazar ventajosamente al esforzado e injusto trabajo del esclavo. Con ello, además de formular un pensamiento humanista, puso énfasis en la importancia de la tecnología como una actividad clave para el desarrollo.

Valorizando la importancia de las ciudades, como cunas de la civilización, sin embargo diferenció entre ciudades productivas y consuntivas, o ciudades de consumo, carentes de producción. Entre estas últimas incluyó a las ciudades de los servidores del Estado y de la Administración Pública. Enfatizó el hecho que en este último tipo de ciudades conviven el lujo abusivo y desenfrenado, con la más abyecta pobreza; la extrema soberbia de los poderosos con el servilismo más bajo entre los desposeídos.

Como factor de nivelación puso a las industrias, generadoras de un fuerte sector social intermedio, que tiende a equilibrar la situación social y nivelar los aspectos económicos.

Describió el modo cómo en una ciudad industriosa, de modo prácticamente espontáneo, florecen las artes, las ciencias y todas las actividades que tienden a elevar espiritualmente al ser humano.

A título comparativo, obsérvese la situación de las capitales provinciales de Argentina en las que existe un gran desarrollo industrial, y aquellas otras que solo son ciudades administrativas, y se verá reflejado en gran medida el cuadro de situación descrito por List hace casi dos siglos, respecto a los tipos de ciudades.

También enfatizó el hecho que en las naciones industriales tiende a utilizarse la mayor parte de las riquezas y potencialidades naturales de la misma, ocurriendo en forma inversa en las naciones primarias y atrasadas. Respecto a este tema, enfatizó el hecho que el liberalismo no hace distinción alguna entre las actividades primarias y las industriales, equiparándolas, a pesar de que es notorio que no sucede así, pues el efecto multiplicador de las actividades de alta tecnología es muy superior.

Refuta la argumentación de los liberales, que resultaría negativo intentar producir todo en un solo país, por las diferentes potencialidades naturales de los mismos. List enfatiza que en el campo industrial

nada impide a un país extender sus actividades industriales a todas las ramas de la producción, e inclusive manifiesta que eso será altamente beneficioso.

Una disquisición sumamente importante la realizó respecto a los significados asignados a las palabras, y a la forma en que los significados utilizados pueden hacer variar las comprensiones de las ideas que se pretenden transmitir. Lo notable del caso es que ese tipo de “confusiones conceptuales” (de alguna forma debemos llamarlas) que de alguna manera List desenmascaró cuando con claridad expresó que eso “sirve para encubrir un razonamiento falaz”, es una herramienta muy utilizada por los economistas, comunicadores sociales académicos y otros intelectuales que forman parte del *establishment*, para confundir a la opinión pública y contribuir a la confusión conceptual que impida visualizar claramente los problemas, y de ese modo imposibilitar su solución.

Lo precedente fue profundizado en lo referente a la precisa definición de “capital”, pues “la escuela” (el liberalismo) no distingue entre capital instrumental y el capital intelectual de una nación. Critica el hecho que Smith tomó el concepto de capital en el sentido rentístico o comercial del mismo, como simple sumatoria de los bienes de cambio, soslayando diferenciar los bienes destinados directamente a la producción, dentro de estos principalmente las maquinarias, y a las personas capacitadas para operar en el proceso productivo de alta complejidad, como es el industrial.

Afirmó que la formación del capital productivo de un país difiere diametralmente del criterio rentista del ahorro como simple acumulación de riquezas inertes, dando en cambio importancia a las estructuras fabriles, a la infraestructura, y a la capacitación de la población. Enfatizó que en una nación integrada, agrícola y manufacturera, el capital nacional es a simple vista mucho mayor que en una nación primaria, exclusivamente agrícola.

Contundentemente afirmó que “la escuela” confundió la simple acumulación del capital privado con el capital nacional siendo que este último es un concepto más complejo y muy diferente a aquel. A la vez, distinguió que el capital físico (como por ejemplo una estructura fabril), no puede fácilmente mudar de una rama de actividad a otra, por lo que su readaptación es muy compleja y muchas veces no se puede dar. Ello explica que el libre cambio tiene múltiples limitaciones técnicas reales que lo tornan una utopía irreal; mientras que para salvaguardar determinado tipo de actividad, *el proteccionismo es una herramienta válida e incluso absolutamente necesaria*.

Con relación a la falsa antinomia entre agricultura e industria, los conceptos de List son muy concluyentes y certeros, e inclusive pueden ser aplicados al caso argentino, en relación con la postura abiertamente “aperturista” de las grandes entidades empresariales y de propietarios de la Pampa Húmeda.

Comenzó haciendo una comparación acerca de cuánto porcentaje del Ingreso Nacional representa el conjunto de las rentas de inmuebles (en especial rurales) en un país pobre e inculto, en cuyo caso estimó que alcanza entre una tercera parte y la mitad del total. En cambio, en un país industrializado y con población más cultivada intelectualmente, las rentas representan entre un cuarto y un quinto del total del Ingreso Nacional.

A partir de allí, compara que el valor en efectivo de las tierras es muy superior en un país industrializado que en un país exclusivamente agrícola (lo cual sigue siendo vigente hoy, si comparamos el valor de una hectárea de tierra en EEUU o Canadá, respecto a una hectárea en Haití, o en Camerún).

Pero a la vez, en un país desarrollado, la demanda interna de productos primarios será (es) muy superior que la demanda interna de similares productos en un país agrícola.

Por ende, los precios serán superiores en el mercado interno de un país desarrollado, por lo que las retribuciones a los productores primarios serán mejores.

Si bien no lo dijo List, pues no era aplicable al caso de Alemania del siglo XIX, en un caso como el de Argentina, si el país logra desarrollar un mayor poderío económico (solo factible si se vuelve a un modelo de desarrollo industrial y tecnológico), tendrá a la vez mayor poder de negociación en el contexto mundial, por lo que podrá imponer mejores precios a las ventas de materias primas; a diferencia de hoy, en que los precios se fijan en los mercados de Chicago, Londres, París, etc.

En cambio, sí afirmó List que la interacción de las energías de la agricultura con la del sector manufacturero, necesariamente beneficia a toda la economía, y permite fortalecerla tanto para el mercado interno como para el comercio exterior.

Puso en evidencia que “la escuela” (el liberalismo) estudió a la renta exclusivamente desde la óptica de la economía individual, omitiendo el análisis desde el punto de vista del respectivo Estado nacional.

Destacó que Smith y Say muestran las medidas proteccionistas como limitaciones a la propiedad privada, enfrentando de ese modo a los terratenientes agrícolas con la burguesía industrial, no advirtiendo -el enfoque liberal- que los intereses de terratenientes e industriales (a lo que cabe añadir los obreros, intelectuales y toda la población) están entrelazados y unidos en la defensa del interés nacional, pues cuanto mayor sea la potencia de la nación mayor será la de cada uno de sus integrantes.

Por otra parte, la doctrina liberal insiste en afirmar que es negativo (insensato) establecer industrias sobre la base de “medidas artificiales”. Pero lógicamente no desarrolló la idea, pues de hacerlo se deduce claramente que con ese criterio, la única potencia industrial seguiría siendo Gran Bretaña. En cambio -y contra toda lógica y todo ejemplo en el mundo- los liberales afirman que las industrias surgen de “modo espontáneo” cuándo y dónde deben surgir. La realidad contradice esta afirmación, pues la propia industria británica nació sobre la base de fuertes estímulos estatales en la época de Cromwell, y perduró basándose en dichos estímulos, si bien fueron en muchos casos sutil y casi imperceptiblemente aplicados.

Con toda crudeza, List afirmó que “la escuela” (como despectivamente llamaba al liberalismo) trató en forma muy equivocada lo concerniente a la naturaleza de la renta, como fenómeno económico, mencionando a autores como Ricardo, Mac Culoch y otros, que consideraban que la renta retribuye la parte de la capacidad productiva nacional que posee cada propiedad o finca. En cambio, List analizó las diversas rentas de países tan diversos como Gran Bretaña, Canadá, Polonia, Malta y otros, siendo un fenómeno diverso en cada uno. De última, la renta se mueve sobre la base de un criterio que mucho tiene de especulativo. Pero influyen mucho sobre la cuantía de la renta otros factores, como el grado de desarrollo del propio país (lo que List llamó “la suma de capitales espirituales y materiales que existen en la sociedad”). Compárense las rentas a obtener en una propiedad situada en una zona industrial de un país desarrollado, con la que tal vez pueda conseguirse en una región rural de un país subdesarrollado, y se verá que ese razonamiento tiene bases coherentes.

Respecto a la importancia del comercio, List coincidió con “la escuela” (el liberalismo) en que constituye una actividad productiva. Pero la diferencia fundamental consiste en el grado de importancia dado al comercio, en relación con las actividades primarias (List mencionó básicamente a la agricultura) y la industria.

Es bien sabido que para los liberales, el comercio constituye uno de los pilares básicos de la actividad económica, al enfatizar la importancia del *laissez faire, laissez passer* (dejar hacer, dejar pasar). No fue casual que List calificara a esa máxima básica del liberalismo, como “tan grata a los ladrones, falsificadores y rateros, como al comerciante”.

En cambio, para la filosofía económica nacional de List, los términos deben invertirse. Las actividades básicas son las productivas de bienes, la agricultura (así como la ganadería y la minería), y la industria. Para List, el comercio es “mediador de cambio”, y su actividad debe subordinarse a aquellas, al revés de lo afirmado por los liberales, que subordinan la agricultura, ganadería, minería, y la industria a los designios e intereses del comercio.

Obsérvese que la esencia del liberalismo es el comercio, mientras que para la doctrina nacional de List son las actividades productivas de bienes; sin por ello desdeñar los diversos servicios también productivos, como la enseñanza, la salud, etc.

Más aún, *List enfatizó las críticas al advertir cómo el comercio desenfrenado, que puede dar pingües ganancias a unos pocos, puede incluso comprometer la independencia y la autonomía de la nación; y cómo el comercio puede llevar a la ruina moral a pueblos enteros, fomentando vicios como el opio y los licores, o estimulando actividades repugnantes a la moral, como la esclavitud; o de qué manera miles y miles de personas pueden ser llevadas a la más abyecta pobreza, sin preocuparse de eso mientras las ecuaciones (los números) den balances positivos para los que lucran con esas iniquidades.*

Respecto de los que priorizan sus ganancias sobre toda otra consideración, List afirmó que en situación de guerra, son capaces de vender armas al enemigo, vender las tierras nacionales al mejor postor, y una vez liquidada la propia patria, emigrar sin remordimientos para intentar seguir lucrando en otras latitudes. Compárese este párrafo con lo sucedido en Argentina durante el período de “restauración del liberalismo”, desde 1976 en adelante.

En una deducción perfectamente aplicable al caso argentino y al enriquecimiento de Buenos Aires a costa del interior, ejemplifica que las operaciones de ventas favorecen casi exclusivamente a las zonas litorales y ribereñas, dejando marginado al país interior, que es donde precisamente están las zonas productivas agropecuarias.

Respecto al comercio exterior, afirmó que únicamente produciendo artículos industriales a muy bajo precio, una nación se puede asegurar el comercio con todas las naciones del mundo, obteniendo en el intercambio lo que necesite, e inclusive creando artificialmente nuevas necesidades en otros pueblos.

Y como base del comercio de ultramar, observó que cuando los propios fletes de las exportaciones hacen posibles los viajes, es también posible traer en el viaje de vuelta mercaderías de mucho menor valor. O sea que las exportaciones industriales por sí mismas justifican el viaje de ida y vuelta de un buque mercante, aunque a la vuelta regrese con poca carga o con mercadería de poco valor.

De lo precedente es fácil deducir que si por una parte la estructura industrial de un país necesita de una poderosa marina mercante propia, la marina mercante pasa automáticamente a depender de las exportaciones industriales para mantener e incrementar el nivel de su actividad. Eso es ni más ni menos otro de los aspectos del efecto multiplicador de la industria.

Tal como ocurre en la gran mayoría de los casos en la actualidad, List afirmó que en el comercio entre un país primario y uno industrial, la mayor parte del transporte queda en poder de buques del país más desarrollado.

Respecto a las consecuencias de intercambiar productos primarios por manufacturas, List puso los ejemplos de EE.UU. y Rusia (ambos países en el siglo XIX), a los que pueden agregarse muchos casos más, como el de Portugal después del Tratado de Methuen, o el de Argentina durante “el proceso” e inclusive después hasta el 2001, etc.

En todos esos casos, los países citados, básicamente productores primarios y sin límites aduaneros precisos y severos a las importaciones, la constante fue un déficit comercial. En la época de List (siglo XIX), el déficit se equilibraba pagando la diferencia “en metálico”. Eso acontecía con EE.UU., Rusia y Portugal en los siglos XVIII y XIX. En el siglo XX, los casos como el de Argentina se “solucionan” aumentando la deuda externa, lo cual implica aumentar la situación de dependencia del país deudor respecto a los grandes centros financieros mundiales.

Con toda lógica, List puso al desnudo que “la doctrina” (el liberalismo) consideró esa situación asimilándola a lo que sucede en las transacciones entre particulares. Y es bien sabido que las relaciones comerciales entre Estados se manejan con otras pautas, y producen otras consecuencias políticas de naturaleza muy diferente.

Además de eso, dejó al descubierto las maniobras que en su época realizaba el Banco Nacional de Inglaterra, que mediante artilugios financieros podía abaratar los costos de las manufacturas inglesas enviadas a determinados mercados, inclusive por varios años, con el objetivo específico de aniquilar a la industria del país importador de manufacturas inglesas.

Particularmente aplicable al caso argentino actual, es la contundente respuesta que List dio a la absurda y temeraria afirmación de Adam Smith, quien llegó a sostener la opinión que un país puede incrementar incesantemente e indefinidamente su deuda con otro país, sin que tal hecho termine afectando a su economía. Del mismo tenor es la afirmación que un país puede indefinidamente tener saldo desfavorable en su balanza comercial (sin compensar ese déficit con exportaciones de servicios, como hace por ejemplo EE.UU. en la actualidad). Obsérvese que ese déficit comercial permanente de un país no industrializado (subdesarrollado) llevará al endeudamiento creciente, mencionado antes.

Como resultados nefastos de esas políticas, List mencionó las crisis de Francia (1786-'89), de Rusia (1820-'21) y de EE.UU. a partir de 1833.

Respecto al flujo de metales preciosos, en forma contundentemente genial, List expresó la siguiente pregunta: “¿si la ‘naturaleza de las cosas’ (o la mano invisible que mencionan los liberales), debería tender naturalmente a proveer a cada nación todo el oro que esta necesitara, porque el Banco Nacional de Inglaterra realiza políticas activas para incrementar el flujo de metales nobles hacia sus arcas?”.

En lo referente a la influencia de las políticas de gobierno y la importancia de su continuidad, expresó que en la mayor parte de las actividades la excelencia se alcanza a través del tiempo, y para poder perdurar se requieren normas de gobierno dotadas de permanencia, más allá de los pequeños cambios o ajustes que resulten necesarios.

Enfocando el análisis en su época, se manifestó a favor del sistema de gobierno monárquico, seguramente al constatar las abruptas modificaciones, muchas veces contradictorias y negativas, que fueron consecuencia de los sucesivos cambios de gobierno en Francia desde la Revolución Francesa.

Precisó el hecho que aún después de grandes catástrofes, la agricultura puede recuperarse rápidamente; pero que no ocurre lo mismo con la actividad industrial, en la que un cese relativamente

prolongado de actividades puede causar la irreversible destrucción de todo un sector productivo. De allí la importancia de la continuidad en las políticas de gobierno.

Por otra parte, una larga frase de su libro parecería haber sido redactada premonitoriamente respecto a lo que pasará si EE.UU. logra imponer a América Latina el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas). La nación con gran infraestructura industrial, con larga trayectoria en ese tipo de actividad, con todas sus estructuras administrativas, financieras, y sus factores de poder, logrará fácilmente hacer claudicar a todas las naciones en las que la actividad industrial no se encuentre tan afianzada; por lo que por la brutal fuerza de su empuje industrial acumulado a lo largo de décadas, impondrá a las otras naciones su regresión a una economía primaria, totalmente dependiente, y carente de estímulos para su propio desarrollo tecnológico e industrial.

En ese caso, la teoría liberal del “curso natural de las cosas” resultará reemplazada -con mayor o menor sutileza- por la brutal aplicación de la fuerza económica, política, o inclusive militar. Con ello, al acordar esas irrestrictas condiciones de “libre comercio”, los Estados más débiles estarán resignando su propio bienestar material, su progreso intelectual y resignando -tal vez definitivamente- su grandeza nacional.

En el concepto de la productividad, distinguió -y valorizó- List a las actividades que constituyen estímulos para las actividades productivas, involucrando en ello tanto a la producción como al consumo. Dentro de esos estímulos a la producción, mencionó a las artes, al periodismo y a la literatura en general, a la educación, e incluso a las actividades rentísticas.

Es de destacar que todo ello fue soslayado por la doctrina liberal, lo cual es otra evidencia de lo limitado de esa filosofía económica (del liberalismo).

Mencionó List la importancia de la movilidad social, siendo ese rasgo un distintivo de las naciones más evolucionadas, por lo que es una característica adicional positiva de los procesos de industrialización. Por el contrario, las economías primarias son socialmente cerradas, con características más proclives al atesoramiento de bienes inmuebles, con clases sociales muy delimitadas y con economías estancadas. Adviértase que esos rasgos corresponden a los de las provincias más conservadoras de Argentina.

Respecto al fundamento de mantener protecciones aduaneras, las características descritas por List *parecen redactadas a la medida de Argentina*. Véase el párrafo siguiente, transcripto textualmente para mayor precisión conceptual.

“Las medidas protectoras únicamente pueden justificarse cuando se persigue el fomento y protección de la energía manufacturera nacional, y solo en aquellas naciones que, contando con un territorio extenso y bien articulado, una gran población, la posesión de fuentes auxiliares naturales, una agricultura adelantada, un elevado grado de civilización y cultura política, están llamadas a mantenerse a igual nivel que las primeras naciones agrícolas-manufactureras-comerciales, y las máximas potencias marítimas y terrestres”.

Realmente para el caso argentino, solo habría dudas en lo referente a la cultura política, muy deteriorada en el último cuarto del siglo XX.

En cuanto a la aplicación del proteccionismo, recomendado por List, la diferencia con la aplicación hecha en el caso argentino en el período de 1943 a 1976 estuvo dada por el hecho que para el pensador alemán, la salvaguardia del mercado nacional debería ser la base para proyectar las exportaciones nacionales, mientras que en Argentina se demoró excesivamente en promover las exportaciones industriales.

Con relación al “libre comercio”, que es uno de los pilares teóricos de la “escuela” liberal, y a los supuestos “beneficios” que tal medida “debería” ocasionar a las naciones que lo practican, List expresó con precisión que la historia demuestra exactamente lo contrario.

Para fundamentar esa falacia (la del “libre comercio”) el liberalismo pretende enfrentar a los agricultores con los industriales, recurso que en Argentina dio resultado y perturbó notoriamente el proceso de industrialización y desarrollo tecnológico.

El pensador alemán hizo mención a varios casos ocurridos dos siglos antes, perfectamente asimilables al caso argentino.

Contestando a los problemas o males implícitos en todo sistema aduanero -más allá de sus virtudes-, el economista germano compara con los costos y males que significa mantener un ejército y librar una guerra, preguntándose si acaso por evitar dichos costos y males va una nación a renunciar a su defensa nacional.

Destacó que la ideología liberal admite las protecciones aduaneras en tres casos: como medida de retorsión o contramedida a protecciones impuestas por otras naciones, como parte de la defensa nacional; y como medida de equiparación ante diferencias en las gabelas e impuestos aplicados entre el propio país y el que pretende exportar.

Pero al respecto, cabe definir que en lo económico y en lo político las naciones están permanentemente enfrentadas aplicándose la máxima según la cual la guerra es la política aplicada con otros métodos. En consecuencia, si el estado de guerra es permanente ¿por qué negarse a aplicar medidas protectoras, como las barreras arancelarias?

Mostró a la Italia de su época (aún un proto-Estado constituido por diversos pequeños reinos o feudos), en un claro ejemplo de la decadencia y de lo nefasto que puede ser la ausencia de políticas de Estado nacionales, de la falta de continuidad y de las carencias administrativas de la propia nación; las cuales obviamente la Italia anterior a 1870 no poseía como un cuerpo coherente, pues aún no se había unificado políticamente.

Respecto a Polonia, afirmó que virtualmente sucumbió como nación organizada, en su época, por carecer de fuerza política para transformar la aristocracia feudal imperante, en una próspera burguesía industrialista y progresista, al estilo de las existentes en los países industrializados.

Con relación a la fisiocracia, el enfoque de List ha sido muy diferente a los habituales respecto a esta muy discutida escuela económica. Consideró que los pensadores de la fisiocracia, que a la sazón eran médicos de la corte y de la monarquía, estaban imposibilitados de manifestar abiertamente sus críticas a los errores gubernativos y a las severas injusticias sociales derivadas de un orden básicamente opresivo para el pueblo, que favorecía una mayor concentración de riquezas en los sectores privilegiados y no productivos -la nobleza y el clero-, que a la vez eran los sectores que concentraban en su poder la mayor parte de las tierras productivas, y que adicionalmente estaban totalmente exentos de impuestos. Además existía el opresivo y vetusto sistema de aduanas interiores, que tanto perjudicaba a toda la economía francesa.

Dentro de ese marco, la fisiocracia -con pensadores como Quenay y Turgot- habría pretendido tender a favorecer el régimen de tenencia de la tierra, al gravar -así sea de modo indirecto- su posesión.

Pero no por ello dejó de evidenciar el autor alemán, las serias limitaciones de la fisiocracia. Y a partir de allí, realizó una de las más profundas críticas al liberalismo, al afirmar que respecto a las diversas realidades nacionales y al marco internacional, las ideas de Adam Smith son una mera continuación de la muy limitada filosofía fisiocrática. En efecto, el liberalismo -deliberadamente o no- pasa por alto e ignora las diversas naturalezas de las nacionalidades, no considera la enorme importancia de los factores políticos, ignora el permanente estado de beligerancia latente al presuponer un "limbo de paz eterna" y un ecumenismo teórico y armonioso, desconoce el enorme valor de lo que List llamó "las energías productivas" y "la energía manufacturera nacional".

Con toda claridad, List estableció que para Adam Smith no existen naciones, sino tan solo una única sociedad mundial, lo cual es a todas luces una entelequia, y una flagrante violación a la verdad en base a la cual se beneficia a la nación o a las naciones más poderosas, que en los tiempos de Smith era exclusivamente Gran Bretaña. De allí que el liberalismo haya sido concebido como una formidable herramienta de colonización cultural y económica, habida cuenta que muchos de los economistas e intelectuales de las naciones perjudicadas por la aplicación sin cortapisas, de la teoría del libre cambio absoluto, la apoyaban entusiastamente... lógico que sin efectuar los profundos y fundamentados análisis que hicieron List y algunos otros economistas con los pies sobre la tierra y con claras convicciones y sentimientos de patriotismo.

Los otros economistas pueden clasificarse en varias categorías, desde los superficiales, los acomodaticios e insertados en el *establishment*, los cipayos asumidos, etc.

Esas mismas clasificaciones, aplicables al siglo XIX, son aplicables en la actualidad.

El liberalismo es una simple doctrina de los valores, y presupone que solo los particulares -los individuos- son capaces de producir, y por ende descalifica "ex ante" al Estado como "creador de valores" o productor. Tampoco Smith considera "productivas" las actividades de los creadores de bienes intangibles, como la educación, las artes, la administración y organización del Estado, la seguridad, etc.

Consecuentemente, *List califica al liberalismo como una simple teoría comercial o de mercachifles.*

Un tema sumamente interesante analizado por un economista muy proclive al industrialismo, como fue List, es lo referente al valor y el precio de las tierras, y la vinculación de ambos valores con el

comercio exterior. El economista alemán distinguió la sutil diferencia entre valor y precio de las propiedades inmuebles, enfatizando que la mayor riqueza material de toda nación está constituida por sus tierras, y que ese valor varía sustancialmente al desarrollarse el país e incrementarse el volumen de su comercio exterior. Obsérvese que esas ideas son perfectamente aplicables a nuestro tiempo. Compárese el valor de una hectárea de tierra fértil en un país pobre y de economía primaria, con el de una superficie similar y de idéntica calidad en cualquier país desarrollado, y se verá que el razonamiento de List ha sido correcto y continúa vigente.

Respecto a Juan Bautista Say, el economista alemán considera que no efectuó ningún aporte propio, excepto considerar productivas a las actividades intelectuales. Por lo demás, Say solamente intentó ordenar y sistematizar las ideas de Adam Smith.

Say dejó entrever las gruesas fallas de la teoría del valor, de Smith; aunque List afirmó que fue el hermano de Say el que detectó esas falencias de dicha teoría.

Un párrafo realmente genial de List es aquel respecto a las adhesiones que el liberalismo despierta en los gobernantes inútiles e inoperantes, dado que para el liberalismo el buen gobernante es aquel que practica el laissez faire, laissez passer (dejar hacer, dejar pasar), o sea el que no hace nada.

Respecto a las expresiones de Say relativas a la omnipotencia de los individuos y la impotencia de los Estados, las califica simplemente de ridículas (además de totalmente faltas de fundamento).

Con relación a las cualidades de Say, en forma acorde a su estilo directo, List lo calificó de ignorante total de la Historia, fracasado en el comercio, en la industria y en la política, y “refugiado” finalmente en la Economía Política.

Pero más aún, lo calificó de “terrorista científico”, pues a la menor crítica a sus ideas consideraba como oscurantistas a sus críticos. Además de ello, J. B. Say se autocalificó como el exégeta de las obras de Smith, pretendiendo enseñar cómo leerlo e interpretarlo.

Afirmó List que Say aconsejó a la juventud leer pocos libros de economía, “para no verse inducidos a errores”, tras lo cual con toda picardía el alemán hizo ver que dentro de los “pocos libros” solo deberían en ese caso estar los propios de Say, los de Smith y algunos pocos más. O sea una prueba de la cerrazón de criterios de estos “próceres liberales”.

Finalmente, con ironía List reconoció el valor de Say como “creador de doctrinas subordinadas” (a Smith), o sea que no creó nada propio.

Respecto a la particular interpretación que los poderes británicos hicieron respecto a la doctrina liberal, List abundó en ejemplos acerca de las políticas activas desarrolladas por el Imperio Británico, para sacar provecho de cuanto acuerdo internacional pudiera celebrarse, al estilo de los de Methuen (con Portugal) y de Eden (con Francia), cambiando materias primas de los otros países por sus productos industriales; al monopolio de hecho mantenido con sus colonias, para comprarles -de ser posible- todos sus productos primarios, y para ser el único proveedor de manufacturas; así como a las directas expresiones de Lord Chatam y de Lord North, para impedir a toda costa que en Estados Unidos se fabrique tan siquiera un clavo, pretendiendo subordinarlos como productores de materias primas. *Respecto a William Pitt, expresó que fue el primer estadista británico que advirtió la tremenda potencialidad como instrumento de sometimiento de otros pueblos, que tenía (y tiene) la teoría cosmopolita que sustenta al liberalismo.*

También mencionó los hábiles usos del “liberalismo a la inglesa” (a la medida de las propias conveniencias del imperio), aplicados por Canning y Huskisson.

Denunció las hábiles y sutiles maniobras británicas implementadas por Poulett Thomson respecto a Francia, para lo cual utilizó los servicios de un profesor con gran don de gentes, el Dr. Bowring, para “explicar” en Francia los “beneficios” que este último país obtendría si se dedicara únicamente a las tareas para las que “tenía condiciones naturales” (producir materias primas), con lo cual Gran Bretaña dejaría de tener un importante competidor fabril.

Es de destacar que anticipó más de un siglo antes que comenzara a esbozarse, el nacimiento de la Unión Europea, y el rol protagónico que Alemania tendría en ella.

Más allá de la notable claridad conceptual del economista alemán, de su capacidad de visionario en aspectos políticos, geopolíticos y sociales, y de su innegable probidad como patriota de su patria natal y en segundo término de su patria adoptiva (EE.UU.), debe señalarse que List no dejó de incurrir en adherir a notorios prejuicios eurocentristas (para lo cual EE.UU. era un apéndice cultural de Europa). Eso puede decirse al evaluar los pocos pero muy duros párrafos respecto a las capacidades industriales,

técnicas y organizativas que les asignó a todos los pueblos ubicados más allá de Europa Occidental y EE.UU., o a la presunta holganza de los negros libertos de EE.UU.

Pero a la vez, no existe en su obra ni un solo párrafo de tenor afín al nazismo.

Por ello, es importante enfatizar que si bien es indudable que Bismarck fue el ejecutor político de las ideas de List, y que Hitler admiró a Bismarck y se consideró su sucesor, de ningún modo las ideas políticas de Hitler constituyeron la continuación del pensamiento de List.

La experiencia de Bismarck

Otto Von Bismarck, “El Canciller de Hierro”, fue sin ninguna duda el padre de la unificación política de Alemania, proceso terminado en 1870, luego de una larga gestación de siglos, durante los cuales los intereses sectoriales de los distintos feudos en que se dividía el territorio lograron primar sobre los intereses de la por entonces no conformada nación.

Von Bismarck ya había estado en el poder con Federico Guillermo IV, entre 1840- 1861, y fue nombrado Canciller entre 1861 y 1888 por Guillermo I.

Primeramente realizó hábiles maniobras diplomáticas que condujeron a la guerra con Dinamarca en 1864, de la cual el reconstituido Estado alemán resultó victorioso. El motivo de esta guerra fue reclamar los ducados de Schleswig y Holstein, los cuales fueron obtenidos en condominio por Prusia y Austria, además del ducado de Lauenberg, cedido por Dinamarca a Prusia.

Decidido a lograr la unificación germana, no dudó en provocar la guerra con Austria, en 1866, por la posesión de los ducados de Schleswig-Holstein y Lauenberg, obteniendo Prusia el control de dichos territorios. A consecuencia de estos triunfos militares, los Estados del sur de Alemania se unieron a la nueva unidad política conducida por Prusia, el génesis de la actual Alemania, ya excluida Austria. Este reino, derrotado militarmente, ya componía el gran Imperio Austro-Húngaro.

En 1870 se libró la breve pero decisiva Guerra Franco Prusiana, la cual en el corto lapso de un mes, luego de las batallas de Metz y Sedan, culminó con el triunfo prusiano. Francia continuó la guerra en 1871, terminada definitivamente ese año con el sitio a París y la derrota francesa. En 1871 Guillermo I fue proclamado emperador de Alemania, mientras que en Francia el descontento que provocó la pérdida de la guerra ocasionó la caída de Napoleón III.

Esta guerra hizo que los largamente disputados territorios limítrofes de Alsacia y Lorena pasaran a manos germanas. Pero a la vez, la guerra con su contundente resultado contribuyó decisivamente a consolidar la unidad alemana, pero dejando la secuela de odios y resentimientos que sería posteriormente una de las causas principales de la 1º Guerra Mundial, poco más de 40 años después.

Pero los aspectos más destacables del período de gobierno de Bismarck fueron el notable impulso al desarrollo de su nación, el cual fue fundamentado en un poderoso crecimiento industrial, el que puso énfasis en las ramas tecnológicas más avanzadas de aquella época.

De hecho, Bismarck no vaciló en practicar un fuerte intervencionismo del Estado en todos los sectores de la vida nacional, incluyendo por supuesto a la economía.

Con sobrados fundamentos, puede afirmarse que Bismarck fue el ejecutor -varias décadas después de haber sido expuestas- de las ideas políticas, geopolíticas y económicas de Friedrich List.

Aristocrático, de mentalidad política conservadora pero progresista en lo económico, inicialmente intentó encontrar soluciones dentro de la ideología económica liberal, la cual estaba en boga entre los intelectuales germanos de la época. Sin embargo, al constatar los resultados negativos al desarrollo integral y la industrialización, no tuvo falsos escrúpulos ni ataduras ideológicas que le impidieron cambiar drásticamente, pasando a aplicar un fuerte conjunto de medidas activas de gobierno, promoviendo las actividades claves, estableciendo un eficiente sistema de protecciones aduaneras, consolidando la infraestructura con especial énfasis en los ferrocarriles, canales internos, instalaciones portuarias, y constituyendo una poderosa flota mercante.

En los últimos años de sus funciones como Canciller, su política exterior fue marcadamente pacifista, orientándose a lograr las condiciones de paz que permitieran a su recientemente reconstituida nación lograr consolidar el formidable desarrollo socioeconómico y tecnológico que ya había logrado, que entre otros factores había construido la imagen de eficiencia y perdurabilidad de las maquinarias manufacturadas en Alemania, como un distintivo de evidente prestigio que favoreció la imagen externa de la nación.

Sin embargo, el mito de la supuesta invencibilidad bélica, la eficiencia lograda en la administración nacional, el liderazgo tecnológico logrado en diversas áreas del conocimiento y la industria, unido todo ello a un cada vez más acentuado sentimiento de chauvinismo, sustentado en complejas elucubraciones acerca de los orígenes y evolución del pueblo germano, fueron el génesis de posteriores sentimientos de supuesta superioridad racial, los que a su vez provocaron los excesos tan conocidos en el siglo XX.

De todos modos, estas distorsiones -que no pueden inculparse a Bismarck-, de ningún modo anulan la tesonera y ciclópea tarea realizada por el “Canciller de Hierro”, verdadero padre de la unificación germana.

El Fascismo

Las economías de las naciones europeas habían quedado maltrechas a consecuencia de la 1º Guerra Mundial. Italia no era ninguna excepción a ello.

Por otra parte, dentro del tejido social de cada país se libraban duras luchas ideológicas, las cuales eran exacerbadas por las muchas veces paupérrimas condiciones de vida de buena parte de la población de cada uno de esos países.

Las monarquías estaban duramente cuestionadas, tanto por los irritantes privilegios de la casta de los nobles, como por la extrema rigidez conceptual muchas veces demostrada para implementar cambios económicos que beneficiaran a amplios sectores de la población, sobre todo los obreros y campesinos. El descontento de estos era capitalizado políticamente por sectores radicalizados, como los anarquistas y los comunistas.

En 1923 asumió el poder Benito Mussolini. Pero el proceso tuvo su extenso desarrollo, desde la unificación italiana en la década de 1870.

De hecho, la política italiana ha sido desde ese entonces hasta ahora bastante compleja, mostrando continuas pujas entre diversos sectores, como los afines a la monarquía, los católicos democráticos, los socialistas, los comunistas, y el por ese entonces fuerte accionar de sectores anarquistas.

Ya la participación italiana en la 1º Guerra Mundial dio lugar a muy duros enfrentamientos entre sectores partidarios del neutralismo, otros de un llamado “neutralismo activo”, algunos que sostenían la importancia de mantener su alianza con las llamadas “potencias centrales” (la triple entente), y otros presionaban para apoyar al sector de los aliados, por entonces denominada la triple alianza.

La triple entente estaba constituida originalmente por Prusia, el Imperio austro-húngaro e Italia; mientras que la triple alianza se conformaba con Francia, Inglaterra y Rusia.

Al haber prevalecido la postura de los partidarios de apoyar al llamado grupo de los aliados (a la postre se sumaron EE.UU. y otros), Italia se enfrentó al Imperio austro-húngaro, Alemania, el Imperio Turco y sus aliados.

Los objetivos que se había fijado Italia para participar en esa guerra solo se obtuvieron muy parcialmente, y a un muy alto costo en vidas y en mutilados. Todo eso generó un clima de enorme descontento, a partir del cual el carismático liderazgo de Benito Mussolini logró alcanzar y consolidar el poder, muy rápidamente si se mide en términos históricos.

Al clasificar la evolución del fascismo -el movimiento político gestado por Mussolini-, los historiadores generalmente lo dividen en tres fases bien diferenciadas: la consolidación: 1919-1925; el fortalecimiento: 1926-1936; y el desgaste hasta el ocaso: 1937-1945, destacándose en el postrer período la 1º caída en 1943, la audaz liberación por parte de comandos alemanes encabezados por el mítico piloto de la Luftwaffe Otto Skorzeny, y la definitiva caída y fusilamiento en 1945.

Desde el punto de vista económico, el fascismo pasó por períodos diferentes: el primero, que puede calificarse como liberal, y el segundo, el del fascismo propiamente dicho, el cual tuvo fuertes componentes estatistas con fuertes particularidades con énfasis en lo social y lo nacional.

Tal vez permita aportar algo de claridad acerca de la formación político-económica de Mussolini, el hecho de haber mantenido inicialmente ideas cercanas al socialismo tradicional, mientras que en la propia formación intelectual personal dijo haber leído diversos autores socialistas, a comunistas y a otros clásicos del pensamiento político y económico.

Dentro de las medidas iniciales, estableció el impuesto a la renta, mientras que desgravó las transferencias de las herencias, suprimió el control de precios y de rentas, interrumpió el financiamiento

estatal a las cooperativas de distinto tipo, y de hecho paralizó el proyecto de reforma agraria. Optó por no nacionalizar los seguros, mientras que se devolvió a la propiedad privada (italiana) a la red telefónica y las fábricas de fósforos.

De una situación poco controlable desde el punto de vista fiscal, al comienzo de la gestión en 1925, el presupuesto nacional pasó a ser equilibrado. Pero la balanza comercial y sobre todo la balanza de pagos eran deficitarias, pues el país había quedado muy endeudado a consecuencia de la 1ª Guerra Mundial.

Al incrementar la injerencia estatal en la economía, se fiscalizó el funcionamiento de la bolsa de valores y se elevaron las tasas de descuentos. Pero una de las más importantes medidas de control estatal fue la centralización de la emisión monetaria en el Banco de Italia, con lo cual el Estado nacional asumió el pleno control de la política monetaria.

En 1927, una medida que tuvo consecuencias negativas para la economía italiana fue la revalorización de la lira, lo cual provocó una severa crisis general.

Seguramente ese fue el motivo que originó, a partir de 1928, que el Estado corporativo y fuertemente dirigista fuera puesto en marcha, inicialmente bajo la conducción económica de *Antonio Masconi*.

Poco antes, en 1925, se había dejado sin efecto la libertad sindical, prohibiéndose de hecho las huelgas, por una ley de 1926, las que fueron suplantadas por las discusiones de los convenios colectivos de trabajo entre los sindicatos y los patronos.

La llamada “Carta de Trabajo” fue sancionada en 1927, la cual dio forma al “Estado Corporativo”, el cual reguló todas las actividades económicas. Basándose en, el interés nacional fue puesto por encima de los intereses sectoriales, y la denominada “iniciativa privada” debió subordinarse a las directivas corporativas. Una drástica medida de esa naturaleza tuvo que tener por supuesto sus defensores y sus detractores. Dentro de los méritos, se le atribuyó poner límites e incluso impedir las maniobras especulativas, mientras que las críticas básicas se refirieron a los límites impuestos a la iniciativa privada y a la creación de focos de corrupción e influencias, en los entes encargados de orientar y dirigir la producción económica.

Paralelamente, la legislación social adquirió caracteres integrales, abarcando paulatinamente a todos los sectores sociales que hasta ese entonces estaban desprotegidos o marginados. Las cajas mutuales de seguridad se fortalecieron al ser de afiliación obligatoria, controladas todas ellas por el Instituto Nacional para la Seguridad contra las enfermedades (INAM).

A la vez, fueron creados diversos entes estatales para la invalidez, la vejez, los seguros de trabajo, la maternidad y la niñez, la tuberculosis, y muchos otros específicos.

Dentro de ellos, por su importancia se destacó el Fondo Nacional de Seguros Sociales, posteriormente transformado en el Instituto de Previsión Social (IPS).

Siendo que durante todo el siglo XIX Italia había sido un país de fuertes corrientes de emigración (principalmente a Argentina, Brasil y EE.UU.), y que esa tendencia continuaba a comienzos del siglo XX, el fascismo implementó medidas para dificultar las emigraciones. Paralelamente desarrolló legislaciones que estimularan los nacimientos, dando facilidades a las familias para criar y educar a sus crecientes proles.

Con las medidas precedentes (freno a la emigración e incremento de la natalidad) se buscaba aumentar la población, lo cual era considerado un importante factor de poder (y de hecho continúa siéndolo así, desde las ópticas política, económica y geopolítica).

Dados los grandes problemas de abastecimiento en general que había sufrido Italia, tanto a consecuencia de la guerra como de sanciones directas e indirectas, se consideró absolutamente prioritario incrementar rápidamente la producción en general, buscándose la autarquía y la autosuficiencia nacional.

Los logros obtenidos fueron rápidos y significativos. No solo creció la producción industrial. En la agricultura y a pesar de las opiniones en contrario de “especialistas” tradicionales, la producción de trigo aumentó espectacularmente, lográndose incrementos de más del 50% en los rendimientos por hectárea, además de haberse aumentado significativamente la superficie cultivable. Lo primero se logró mediante la mecanización y la aplicación de tecnologías más apropiadas. Lo segundo, al haberse puesto en práctica exitosamente, gigantescos operativos de desecación de pantanos, de drenaje y de riego. A todo ello se sumó la asignación de tierras incultas y abandonadas a familias campesinas y trabajadores rurales. Paralelamente se implementó un masivo plan de forestación.

Como medio de disminuir la desocupación y de estimular el crecimiento de la producción, se realizó un vasto plan de obras públicas, con gran énfasis en las comunicaciones. Se destacó un gigantesco túnel de 18 km de extensión atravesando Los Apeninos. Se reestructuraron los ferrocarriles, ganándose en eficiencia y puntualidad, además de lo cual se electrificaron muchos ramales principales.

Se construyeron muchos kilómetros de caminos pavimentados nuevos, resaltando la construcción de autopistas, las que son consideradas las primeras del mundo. A este efecto, se fundó la ANAS (Azienda Nazionale Autónoma della Strade), ente similar a la Vialidad Nacional de la República Argentina.

En lo referente al turismo, creó el ENIT. Otros entes importantes fueron el IRI (Instituto para la Reconstrucción Industrial, la STET (Società Finanziaria Telefónica), el FINMARE (vinculado a la navegación) y el FINSIDER (para la siderurgia y los astilleros).

Los grandes consorcios industriales y empresarios en general se vieron favorecidos con medidas de estímulo, por lo que empresas como FIAT, Ansaldo, Macchi y otras, se consolidaron en todo el período inter-guerras.

Todas las medidas estaban orientadas a facilitar el incremento de la producción, con entes específicos destinados a regular y a incentivar las producciones.

Una de las diferencias fundamentales respecto al comunismo consistió en que las empresas abocadas a la producción no fueron confiscadas, respetándose la propiedad y la administración de sus dueños, recibiendo inclusive fuertes estímulos a la producción.

Tampoco existieron grandes procesos de transferencia de propiedades rurales, excepto las que se hallaban incultas o abandonadas.

Respecto a épocas anteriores o a las medidas denominadas “de libre mercado”, el accionar estatal reguló las actividades, manteniendo dentro de ciertos márgenes las utilidades empresarias, y muy especialmente interviniendo en la contratación y la remuneración del sector asalariado.

A consecuencia de todo lo descripto, la producción general se incrementó fuertemente, por lo que las dos primeras fases del fascismo pueden sin duda ser consideradas notablemente exitosas, desde el punto de vista económico.

Al respecto, analícese que la gran recesión de 1929, si bien impactó en la economía italiana, no tuvo los efectos catastróficos que generó por ejemplo en la economía norteamericana, y los datos existentes permiten afirmar que la recuperación fue mucho más rápida en esta economía fuertemente estatizada, que en los modelos “de libre mercado”.

Lejos de ser la intención de este trabajo la de realizar una apología del fascismo, las afirmaciones precedentes se basan en los resultados que las fuentes bibliográficas muestran.

Pero también resulta evidente que los sucesivos y significativos errores políticos cometidos en la tercera etapa (a partir de 1936), anularon o mellaron significativamente los logros económicos obtenidos. Los errores políticos más significativos posiblemente hayan tenido que ver con la política exterior, los cuales significaron a la postre la caída total del fascismo. Pero el descrédito en que sumió al fascismo, no puede significar dejar de analizar las medidas económicas tomadas y los resultados de las mismas.

Dentro de los errores de la política exterior, los más significativos seguramente fueron la invasión de Etiopía, entre 1934 y 1936, y la participación en la 2º Guerra Mundial, a partir de 1939.

La invasión a Etiopía, como una tardía manifestación de colonialismo, rindió dudosos frutos económicos, fue muy mal vista por la opinión pública mundial, y básicamente fue una manifestación del orgullo nacional venido a menos ante la inferioridad de condiciones de Italia respecto a otras potencias europeas (por carecer Italia de territorios coloniales y por su desarrollo económico algo más tardío y relativamente atrasado).

Entre el fin de la Guerra de Invasión de Etiopía y el comienzo de la 2º Guerra Mundial, se desarrolló la Guerra Civil Española, en la cual -como casi todos los Estados europeos- Italia tuvo una importante participación. Pero Italia en particular se involucró con activo asesoramiento y mucho equipamiento bélico moderno, a favor del Generalísimo Francisco Franco.

Respecto a la participación en la 2º Guerra Mundial, de una u otra forma y a la luz de los en general pobres resultados militares obtenidos, resulta evidente que Italia no estaba preparada militarmente para afrontar un conflicto de la magnitud y duración de esta gigantesca guerra. Por otra parte, en función del en general pobre espíritu de combate que en ese conflicto mostraron las tropas italianas, muchos historiadores y analistas de guerra coinciden en afirmar que el propio pueblo no estaba mínimamente motivado para una contingencia tan extrema, que ya a mediados del conflicto estaba harto de tantos años de sufrimientos y privaciones (es de recordar que el estado de beligerancia para Italia comenzó en 1934),

y carecía de la mística de reivindicación de los germanos o de la mística imperial de Japón, Gran Bretaña y EE.UU., o del nacionalismo exacerbado que sostuvo en los peores momentos a las sacrificadas tropas de la URSS, más allá del sistema político eventualmente en vigencia, por citar algunos ejemplos.

No debe omitirse tampoco el hecho que la política del culto a la personalidad, ejecutada en el frente político interno, terminaría acarreándole al fascismo una creciente oposición interior, sobre todo en los sectores intelectuales y políticamente no afines al sistema político fascista.

Cabe reiterar que el propósito del presente libro no es realizar un análisis de las ideologías políticas en sí mismas, ni menos aún hacer un juicio de valor en temas que no competen directa o indirectamente a la realidad argentina. Las referencias políticas de este y otros temas se efectúan en tanto y en cuanto es innegable que la economía no es una ciencia “neutra”, ni “pura e incontaminada” como pretenden mostrarla algunos analistas presuntamente “no comprometidos”. Al mostrar el accionar económico de determinados sistemas de gobierno que han resultado muy controversiales, como el caso del fascismo, del nazismo, del comunismo, u otros, debe evitarse que las pasiones encontradas que por lo general despiertan, nos impidan evaluar con objetividad las realidades económicas de los mismos.

El Nazismo

El vocablo nazi significa la contracción de la denominación del Partido Obrero Nacional Socialista Alemán.

En la estructuración cultural-filosófica del nazismo y su visión del pangermanismo confluyeron en un modo sui géneris las ideas de unidad nacional puestas en práctica por Otto Von Bismarck en el siglo XIX, las concepciones geopolíticas del General Karl Haushoffer, aspectos de las ideas filosóficas de Kant, Nietzsche, Hegel y Schopenhauer, y el fuerte nacionalismo de Wagner. La exacerbación de esas concepciones es la fuente principalmente atribuida a la visión de la supuesta superioridad aria, a partir de la cual los excesos resultaron una consecuencia prácticamente inevitable.

Ideológicamente esta concepción se opone tanto al sistema democrático de tipo liberal, como al colectivismo comunista, y más aún a los pensamientos anarquistas.

En teoría es un sistema elitista, en el cual las elites se seleccionan por sus capacidades intelectuales y por su adhesión a los postulados político-sociales. Siempre en teoría, sería muy distinto al sistema aristocrático tradicional hereditario, pues la “selección natural” no obraría en función de castas nobiliarias, primando en cambio los mencionados aspectos intelectuales, a los que se adosaron postulados raciales muy conocidos y cuyo análisis no es el objetivo de este trabajo.

La oposición al anarquismo es muy clara, pues mientras este propugna la desaparición del Estado, el nazismo basa su accionar en una férrea conducción estatal -siendo el Estado el ente supremo-, si bien permite la propiedad y fomenta la iniciativa privada (aspecto principal que lo diferencia del comunismo).

Por otra parte, la férrea y hasta entonces victoriosa disciplina militar de Prusia (el Estado germánico a partir del cual se configuró la unificación política de Alemania en la década de 1870) se había agregado a la impronta cultural de orden, creatividad y laboriosidad del pueblo germano. Las amargas consecuencias de la posguerra en carácter de vencido en la llamada “primera gran guerra civil europea” (1914-1918), completaron el cuadro de situación en el cual pudo emerger vertiginosamente el nazismo como doctrina excluyente en la Alemania del período inter-guerras (entre las dos guerras mundiales).

Después de la disgregación social y moral y el caos económico que fueron las consecuencias de la derrota en la 1º Guerra Mundial, la sociedad alemana estaba de un modo u otro clamando por la restauración del orden, y por levantar la moral patriótica, seriamente herida tanto por la derrota militar como por las muy lesivas condiciones impuestas al fin de la guerra al rubricarse el armisticio. Algunos historiadores culpan al plenipotenciario francés Georges Clemenceau y al británico Lloyd George, por el miope espíritu revanchista impuesto a Alemania, tanto al obligar al pago de cuantiosas e impagables indemnizaciones, como por las severas restricciones impuestas a su rearme, las cuales fueron precedidas por la obligación de entregar a los vencedores prácticamente la totalidad del armamento pesado, incluyendo en ello a toda la flota de guerra de superficie -por ese entonces la 2º del mundo por su tonelaje y poderío-, así como toda la flota de submarinos -que era por lejos la mayor y más eficaz del mundo.

Todo ello, y la pavorosa miseria consecuente con un nivel de desocupación muy alto, acentuada por el descontrol general de la economía, azotada por una desenfrenada hiperinflación sin parangón hasta

ese momento y con pocas similitudes hasta nuestra época, creó las condiciones para generar un profundo resentimiento en vastas capas del pueblo alemán.

Para completar el cuadro de situación, los sectores políticos tradicionales se mostraban impotentes para poner orden y volver a generar una economía productiva, industrializada y de alta tecnología, como había llegado a poseer Alemania. La llamada República de Weimar -llamada así por haberse celebrado la asamblea constitutiva en la ciudad homónima, elegida al efecto por ser la ciudad natal de Goethe y Schiller, dos intelectuales netamente germanos pero básicamente no belicistas, y muy respetados en todo el mundo- fue el postrer intento de los sectores políticos tradicionales para generar las condiciones que permitieran revertir el cuadro de disgregación social, moral, política y económica, pero esos esfuerzos fracasaron ostensiblemente.

En ese marco, un desconocido y oscuro sujeto, que acreditaba entre otras ocupaciones la de haber sido cabo combatiente en el frente francés durante la 1ª Guerra Mundial, en términos históricos muy rápidos, prácticamente vertiginosos, constituyó una nueva agrupación política con una conformación de tipo militar, que logró hacerse del poder y encaramarlo a él, su líder -Adolfo Hitler-, en el poder absoluto.

El año 1923 fue particularmente crítico, marcado por la ocupación francesa de la cuenca del Ruhr -el foco neurálgico de la industria alemana- y por un pico hiperinflacionario. El estado de descontento generalizado, unido a fuertes sentimientos nacionalistas en la población, tornó muy permeable a la inmensa mayoría de la gente al discurso de fuerte contenido nacionalista del partido nacional socialista (nazi).

A la vez, los escuadrones de choque del partido, los SA y los SS, anulaban las oposiciones políticas y sindicales que pudieran oponerse a la creciente influencia del nazismo.

Grandes conglomerados industriales, como Thyssen, Krupp, Bosch, Siemens, Vögler, Haniel y otros; los armadores Beindorff y Woermann; banqueros como Schröder, Schacht y Reinhart, y destacados empresarios como Emil Kirchdorf, Friedrich Flick, Von Stauss, entre otros, proveyeron la necesaria financiación a un partido que se veía como la alternativa válida a la influencia de los comunistas y similares. Incluso existieron apoyos de otros grupos empresarios relativamente menos importantes, como Stinnes, Bechstein, Kirdorf y Bruckmann.

De hecho, la lucha por el poder tuvo muchos altibajos, dentro de los cuales incluso Hitler estuvo en prisión, oportunidad en que escribió su libro "Mein Kampf" ("Mi Lucha").

Dentro de las muchas medidas adoptadas paulatinamente, los sindicatos opositores fueron virtualmente anulados, pasando a ser obligatoria la afiliación a la central obrera afín al partido dominante.

Cuando la crisis mundial de 1929 se hizo sentir con rigor en Alemania, acentuada por las deudas que esa nación tenía con EE.UU. y otras, el descontento general fue creciendo y tornó inviables de hecho las medidas políticas intentadas en el marco de la llamada República de Weimar. En ese estado de cosas, finalmente Hitler accedió a la suma del poder público en el año 1933. De inmediato puso en marcha el primero de dos planes cuatrienales de gobierno, los que incluían fuertes medidas para recomponer la situación económica y social, y para afirmar el poder omnímodo del partido.

La influencia del Estado se hizo sentir claramente en los distintos ámbitos de la vida nacional. En la parte económica, las prioridades fueron poner rápidamente en marcha todo el aparato productivo; lograr mayores índices de productividad tanto en las actividades primarias, en las industrias, como en la administración; implementación de estímulos a los agricultores, incentivar las innovaciones tecnológicas; concentrar el grueso de las operaciones financieras en un pequeño y fuerte grupo de Bancos manejado por el Estado; superar totalmente el desempleo; eliminar los focos de corrupción y a la vez inculcar una mística que devolviera la autoestima a la población; desarrollar un vasto plan de obras públicas; orientar la producción industrial de acuerdo con las pautas definidas en los planes de gobierno; y con todo ello en marcha, emprender la tarea de un rápido y gigantesco rearme en una escala jamás lograda antes en ese país, y posiblemente en ningún otro país en el mundo hasta ese momento. Esas afirmaciones son válidas hasta el inicio de la 2ª Guerra Mundial, en setiembre de 1939.

Por supuesto, relacionado con la afirmación expuesta al fin del párrafo precedente, el esfuerzo industrial destinado al campo bélico, implementado por EE.UU. a comienzos de la década del '40, superó con creces el volumen de producción de Alemania, siendo seguramente el factor decisivo para definir el resultado de la guerra.

Resulta interesante señalar que el modelo económico del nazismo, a similitud con el del fascismo, no solo toleraba la propiedad privada sino que incluso la estimuló, sobre todo en el nivel de los grandes conglomerados tecnológicos e industriales. En ese aspecto, la diferencia fundamental con las economías

liberales (como la de EE.UU.) es el hecho que las producciones de dichos conglomerados privados debían orientarse y planificarse estrictamente en el marco preconcebido por el propio Estado nacional. En ese contexto, las propias utilidades de las grandes empresas estaban garantizadas pero a la vez acotadas dentro de límites acordados o definidos con el principal demandante de los bienes y servicios, o sea el Estado nacional.

Analizados estrictamente los resultados económicos, el proceso fue particularmente exitoso, y aunque en la bibliografía económica tradicional no se destaca el hecho en forma particular, existen claras evidencias que ninguna economía industrializada del tipo libre empresista logró salir de la recesión mundial comenzada en 1929, con tanta rapidez y contundencia como la economía alemana, y ello muy a pesar de las muy serias advertencias que ya había realizado Keynes, al propugnar un fuerte intervencionismo estatal para superar la recesión económica mundial.

Por supuesto que el inicio de las hostilidades terminó marcando el inicio del fin, para esa breve experiencia económica del muy sui géneris proceso político-económico que significó el nazismo.

Quede muy en claro que todo el análisis precedente se realizó desde una óptica netamente económica, sin que de ningún modo implique emitir juicios de valor respecto a los aspectos políticos, ideológicos, sociales, humanos, etc., del período analizado en este punto.

El Estatismo del “1º Mundo”

Si bien existe poca bibliografía específica sobre el tema, no deja de ser sumamente interesante y aleccionador advertir que existe un fuerte aunque muy solapado estatismo en todas las naciones del 1º Mundo. Ese estatismo tiene variaciones y particularidades acordes a las características políticas, sociales, económicas y legales de cada país, pero en todos los casos desempeña un papel importante y, en algunos casos, es particularmente relevante.

El tema no es nuevo, pues desde la vigencia del mercantilismo o inclusive antes, en diversas áreas de la actividad económica los respectivos Estados nacionales, las provincias o las comunas realizaron por sí mismos actividades de tipo empresarial.

A partir de la revolución industrial, cuando en un lapso relativamente breve de tiempo seis naciones -Gran Bretaña, Francia, EE.UU., Rusia, Alemania, y Japón- lucharon por expandir sus imperios o áreas de influencia, diversos sectores de actividades estratégicas o de importancia crucial para consolidar sus procesos de desarrollo económico y de expansión política, fueron asumidos por los respectivos Estados.

Ese proceso se enfatizó en el siglo XX, en el marco de las duras rivalidades que inclusive provocaron las dos gigantescas conflagraciones bélicas mundiales.

En ese marco se ampliaron las mayores injerencias estatales en otras naciones europeas como Italia, Austria, etc.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con sus economías arrasadas y sus infraestructuras destruidas, en prácticamente todos estos países se incrementó la intervención directa del Estado para mantener, refundar o crear diversos tipos de ramas industriales y de servicios, que apuntalaron los respectivos procesos de desarrollo nacionales.

En EE.UU., con una economía floreciente en la posguerra, y a pesar de “vender” al mundo la imagen del privatismo a ultranza, determinados servicios básicos, como el del agua potable, fueron y son considerados demasiado importantes como para depender de manos privadas.

En Francia, los combustibles (ELF), los armamentos de tecnología avanzada (Matra-Mirage), los automotores (Regie Nationale Des Usines Renault), la aviación comercial (Air France), los ferrocarriles y otros sectores, estaban y aún están total o parcialmente en manos del Estado.

En España, los ferrocarriles (RENFE), la aviación comercial (Iberia), correo, agua potable y otros.

En Alemania (otro supuesto paradigma de la “libre empresa”) el Estado interviene en Volkswagen (automotores), en aviación comercial (Lufthansa), correo, agua potable, servicios ferroviarios, etc.

En Italia, mediante el ENI (Ente Nazionale de Idrocarburi) en hidrocarburos, en ferrocarriles, correos, agua potable, Alitalia, etc.

En Holanda y Gran Bretaña, el caso de Shell es prácticamente paradigmático, pues las propias coronas nacionales tienen intervención en la petrolera.

En Gran Bretaña, British Airways, fábricas de armamentos como Vickers, los servicios de trenes, correos, agua potable y otros.

Y los ejemplos no se agotan allí.

La paradoja de todo esto es que este fuerte intervencionismo estatal se realiza “*soto voce*”, callada y semi encubiertamente, precisamente en los países que dicen ser “campeones de la libre empresa” y ultra privatistas.

Y como paradoja vinculada, muchas de las empresas supuestamente “privatizadas” por imposición del proceso neoliberal y de los fuertes intereses financieros transnacionales, tanto en Argentina como en otros países latinoamericanos, fueron compradas por o concesionadas a empresas estatales de países del 1º Mundo. Por ello, más que de procesos de privatizaciones, es mucho más preciso definirlos como procesos de extranjerizaciones de las empresas de nuestros países. Todo ello bajo el pretexto de la “libre empresa”, mito falso tanto en Latinoamérica como en Europa, EE.UU. y Japón.

El Estatismo del “3º Mundo”

Al final de la 2º Guerra Mundial, hubo una sucesión de importantes y profundos cambios políticos, sociales y económicos en casi todo el mundo. Prácticamente todos los países que habían sido industrializados antes de la guerra estaban con sus economías devastadas, a excepción de EE.UU. y Canadá.

Esa circunstancia hizo que el mercado mundial de manufacturas tardara varios años en recuperarse, lo cual dio lugar a sustentar procesos de rápido desarrollo en varios países del mundo no industrializado. De ellos, los grandes países latinoamericanos estaban en una situación privilegiada, pues no habían sufrido los embates de la guerra en sus propios territorios, y los que habían enviado tropas a combatir (como Brasil) habían insumido en esa aventura bélica relativamente pocos recursos económicos.

Por otra parte, por diversas razones, existían fuertes motivaciones en estos países para lograr autoabastecerse en la mayor medida posible, dado que durante las dos grandes guerras habían tenido que soportar graves carencias, al verse privados de importar diversos insumos económicos básicos o muy importantes. Como ejemplo, en Argentina, los colectivos urbanos debieron circular en llantas, sobre los rieles de los tranvías, al agotarse las provisiones de neumáticos.

También primaba el concepto estratégico de no depender de terceras potencias para autoabastecerse, tanto para evitar las presiones políticas como las económicas.

A la vez, nuestros países disponían de cierta abundancia de recursos financieros, con los cuales pudieron emprender ambiciosos proyectos de desarrollo para movilizar nuestros enormes recursos humanos y materiales.

Por una parte, porque no existía la posibilidad de recibir inversiones extranjeras productivas (pues los países industriales estaban en su mayoría muy ocupados en sus propias tareas de reconstrucción). Y por otra, se consideraba muy importante que diversas actividades estratégicas fueran manejadas por el Estado nacional. Dentro de esas actividades se incluía a los servicios públicos, a las industrias pesadas y a las instituciones de desarrollo tecnológico.

Debe tenerse presente que la mayor parte de los países de África y Asia se independizaron después de terminada la 2º Guerra Mundial, y sus procesos de consolidación institucional fueron en su mayoría muy traumáticos. Ese era otro motivo por el cual los grandes países latinoamericanos estaban en gran ventaja para impulsar sus procesos de desarrollo, en las décadas del '40, '50 y '60, respecto a otros países tercermundistas.

Ese proceso de estatización de las economías nacionales fue muy fuerte en Argentina, Brasil, y México, pero también incluyó a prácticamente todos los países sudamericanos y la mayor parte de los centroamericanos.

Si bien no llegó a configurar una doctrina económica en la mayor parte de ellos, fue un proceso con identidad propia. En Argentina tuvo carácter de una doctrina política (el Justicialismo), con fuertes contenidos sociales y económicos. En Brasil, con menor continuidad, el presidente Getulio Vargas lideró un proceso similar al argentino.

La Miseria Desahuciada del “4º Mundo”

Con la crisis del petróleo, a comienzos de la década del '70 cobró vigencia una nueva categoría de naciones, que vendría a ser algo así como “los pobres entre los pobres”.

Para diferenciarlos del 3º Mundo, se denominó el 4º Mundo, y su diferenciación práctica es relativamente fácil. Al 3º Mundo se lo identifica con las naciones subdesarrolladas. Pero a partir del encarecimiento del petróleo, pasó a ser una materia prima de difícil adquisición para las naciones pobres que no lo tenían o no lo podían explotar, por diversos motivos. Concretamente el 4º Mundo es el muy dispar conjunto de países subdesarrollados que no producen petróleo, y que no tienen ningún desarrollo industrial importante.

Muchos de esos países son tan pobres, que no son considerados relevantes como potenciales mercados consumidores, y prácticamente no producen casi nada o nada importante o de cierta relevancia económica o estratégica.

Como ejemplos, tenemos a los países del Sahel (el norte de África Subsahariana), a Haití, Santo Domingo, Vietnam, Laos, Camboya, etc.

En un mundo dominado cada vez más por la automatización, las producciones masivas dependen cada vez menos de la mano de obra. Si a ese hecho se le añade la abundancia de alimentos de la cual dispone el 1º Mundo, de la variedad de fuentes alternativas de abastecimiento de diversos insumos importantes (minerales, maderas, etc.), esos países muy pobres tienen muy escaso poder de negociación.

Tampoco tienen poder de compra para abastecerse de alimentos, medicinas y otros insumos básicos, pues prácticamente no poseen medios para adquirirlos.

Por otra parte, las políticas de virtual exclusión de estas naciones pobres de pobreza absoluta, han sido explicitadas por notorios voceros de los grandes intereses corporativos mundiales.

Virtualmente casi no existen economistas destacados, o con poder de difusión o influencias académicas relevantes a nivel mundial, que se ocupen de los “países parias”. Y en las universidades de estos países, las doctrinas económicas estudiadas habitualmente son las estudiadas y analizadas por y para los países industrializados. Una excepción es el economista de Bangla Desh, Mohamud Yunus, quien después de doctorarse en EE.UU. volvió a su país donde, motivado por la extrema pobreza imperante en él, virtualmente reescribió la economía para adaptarla a la durísima realidad del “4º Mundo”, y como medida concreta promovió y creó el llamado “Banco de los Pobres”, que se especializa en prestar pequeñas cantidades de dinero a personas emprendedoras de muy bajos recursos económicos.

Es un monstruoso círculo vicioso, del cual no hay salida dentro del actual esquema de distribución del poder mundial, y -aunque duela decirlo- nada importan a los grandes centros de poder mundial, las muertes de hambre y por enfermedades curables, que asolan a las poblaciones de los países excluidos o a los sectores excluidos de los países del 3º Mundo.

Las Experiencias Nacionales Estadísticas en América Latina

Realizar una completa reseña de los sucesivos procesos de estatizaciones, en muchos casos seguidas de nuevas privatizaciones, realizadas en todos los países de Ibero América, con seguridad demandará una extensión similar o mayor que la del presente libro.

Como ese no constituye el objetivo principal de este trabajo, seguidamente se efectúa una síntesis general de este tema, pues este análisis no puede ni debe omitirse para comprender la realidad de las economías de los países latinoamericanos.

En forma muy directa esos procesos se entroncan con las realidades políticas vividas por cada una de nuestras naciones, y a la vez están fuertemente influenciadas por la realidad político-económica mundial.

Por otra parte, si bien pueden señalarse algunas características o patrones comunes a los procesos de estatizaciones, sus análisis detallados -que no se realizan en este libro por cuestiones de tiempo de investigación que sería necesario dedicarle, y por la extensión que con seguridad abarcaría tan amplio tema- muestran determinadas facetas propias de acuerdo con las idiosincrasias particulares de cada nación, y a sus específicas realidades políticas, económicas y sociales de cada época.

Como rasgos o patrones generales, puede advertirse que en diversos grados de importancia económica y estratégica, todos los países Íbero Americanos poseen importantes riquezas naturales, las que por lo general desde sus respectivas independencias comenzaron a ser explotadas por empresarios locales, los que en lapsos históricos muy breves se vincularon en un plano de subordinación económica de hecho o de derecho o fueron directamente absorbidos por capitales extranjeros. Estos últimos, por lo general eran de origen inglés o estadounidense. Sin embargo, en estos aspectos existieron marcadas diferencias entre las realidades y posibilidades político-económicas e inclusive estratégicas y militares, si se comparan las historias de las pequeñas naciones centroamericanas y caribeñas con las historias de México y de prácticamente todos los países sudamericanos.

Para las provisiones de los diversos servicios públicos (ferrocarriles, teléfonos, telégrafos, energía eléctrica, agua potable y cloacas, etc.), nuestros países fueron -y en la mayoría de los casos siguen siendo- importadores netos de tecnologías y equipamientos provenientes de las naciones altamente industrializadas. Esa situación de dependencia tecnológica operó como un factor fuertemente condicionante, que en muchos casos coadyuvó a facilitar las inversiones extranjeras en el sector de los servicios públicos.

Sin embargo, la innegable importancia estratégica que poseían y continúan poseyendo los servicios públicos para influir sobre las respectivas economías nacionales, motivó fuertemente a impulsar procesos de nacionalizaciones de los servicios públicos, cada vez que los respectivos procesos políticos internos permitían el surgimiento de gobiernos de orientaciones nacionales.

Por otra parte, las evidentes sangrías de divisas que naturalmente implican los sistemáticos remesamientos de utilidades a las casas matrices extranjeras, los pagos de operaciones de autopréstamos de las mismas casas matrices a las subsidiarias latinoamericanas, con sus adicionales (que pueden ser “intereses” o conceptos similares, que abultan los montos girados al exterior), han sido también motivos importantes para impulsar las políticas de nacionalizaciones de empresas.

Resulta importante señalar que hasta la instauración del paradigma neoliberal (entre las décadas del '70 y del '80 del siglo XX), el concepto de “nacionalización” significaba clara y explícitamente un proceso de estatización de empresas y actividades. Ello puede entenderse si se parte de la base que dichas políticas en la mayoría de los casos generaron resistencias explícitas e implícitas en los respectivos *establishments* liberales-conservadores de los diversos países latinoamericanos. Y esas resistencias solo pudieron ser anuladas sobre la base de fuertes políticas de Estado, las cuales por definición solo pueden ser asumidas por los respectivos Estados nacionales

Por otra parte, por regla general, en estos países suelen ser muy escasos o directamente inexistentes los grupos empresarios privados nacionales, con suficiente capacidad económica, con la necesaria liquidez financiera, y con la capacidad de gestión necesaria para afrontar la adquisición, la conducción y la proyección de una empresa de servicio público. Por ello, en países como los nuestros, necesariamente los respectivos Estados nacionales fueron las únicas entidades capaces de suplantar el accionar de los grandes conglomerados empresarios y financieros extranjeros que habían sido por regla general los propietarios y/o concesionarios de las empresas de servicios públicos.

A la vez, siendo la mayor parte de las economías de las naciones iberoamericanas, de características preponderantemente primarias, y con unos pocos rubros marcadamente importantes dentro del conjunto de exportaciones de cada una de dichas naciones, en muchos casos los gobiernos de orientación populista y/o nacionalista consideraron de primordial importancia nacionalizar o controlar activamente esas actividades económicas preponderantes.

Eso ocurrió por ejemplo con el petróleo en Venezuela y México, con el cobre en Chile, con la minería en general en Bolivia, con las carnes y los cereales en Argentina, etc.

Por otra parte, las políticas de nacionalizaciones también tuvieron fuerte acento en las áreas económicas consideradas estratégicas para la defensa nacional y para el funcionamiento de las respectivas economías nacionales. En esa línea de pensamiento, todo lo vinculado con el sector energético siempre fue evaluado -con toda corrección- como un área marcadamente importante y estratégica. De allí que muchos de los procesos de nacionalizaciones pusieron énfasis en las actividades petroleras en general (extracción - transporte - refinación - distribución), gasíferas, carboníferas, y las distintas usinas de generación eléctrica; en las industrias pesadas y otras áreas sensibles de la economía.

Tales fueron los motivos de creación de empresas originalmente concebidas para abastecer los respectivos mercados internos, como YPF, Petrobras, ANCAP (de Uruguay), y otras.

Otro sector considerado de vital importancia ha sido el bancario. Poseer herramientas efectivas de manejo del sector financiero, que permitan actuar en forma directa orientando y regulando el crédito, la captación del ahorro nacional, la emisión y manejo de la masa financiera, etc., con toda lógica ha sido considerada una de las claves para manejar las respectivas economías con criterios nacionales. Evidentemente el razonamiento no es erróneo, tal como la experiencia lo demuestra. A la vez, es conveniente recordar el razonamiento de un destacado lord y financista inglés, quien expresó al respecto “dadme el control de la moneda de un país, y lo tendréis de rodillas”.

En general, sin perjuicio de otros procesos de nacionalizaciones, el proceso más profundo vivido en América Latina, que abarcó a mayor cantidad de sectores económicos y con efectos más significativos en cada una de las economías nacionales, fue el desarrollado durante el proceso inmediatamente después de la 2° Guerra Mundial. Y ese proceso no fue casual, pues las circunstancias coyunturales eran extremadamente favorables para realizar y consolidar ese desarrollo, tal como se analiza sintéticamente a continuación.

Por una parte, al haber involucrado ese gigantesco conflicto a todas las naciones desarrolladas de ese momento, y por ende a todas las que mantenían inversiones en Iberoamérica, resultó una obviedad que sus prioridades estaban en el propio conflicto, siendo en ese momento absolutamente marginales las importancias estratégicas y económicas que podían revestir esas inversiones en un subcontinente que básicamente no se había involucrado en el conflicto, y que en contados casos se había limitado a enviar limitados contingentes de tropas apoyando a los aliados.

Por otra parte, al finalizar el conflicto, el grado de devastación en que habían quedado sumidas todas las naciones industrializadas de pre-guerra, a excepción de EE.UU. y Canadá, hicieron para ellas prioritario encarar gigantescas tareas de reconstrucción económica, por lo que en muchos casos de muy buen grado accedieron a vender sus activos en América Latina, para contar con divisas que pudieran destinar a sus imperiosas inversiones internas.

Un par de detalles más resultan interesantes para el análisis, y para dejar planteadas algunas inquietudes que motiven otras investigaciones posteriores. Resulta innegable que el proceso de nacionalizaciones de empresas extranjeras y de creaciones de entes estatales productivos, destinados a cubrir áreas estratégicas y a crear tecnologías nacionales, que fue realizado en Argentina en las décadas del '40 y del '50 con particular énfasis y con notables efectos, sirvió como modelo en otros países de la región. Puede advertirse que la petrolera estatal boliviana fue denominada YPF, a semejanza con Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Argentina; y que la brasileña Eletrobras fue creada media década después de la argentina Agua y Energía Eléctrica, con notables similitudes.

No puede omitirse el hecho que mientras en Argentina el proceso de virtuales “privatizaciones salvajes” se realizó con muy poca (prácticamente nula) oposición popular, en Uruguay mediante un plebiscito se impidió concretar medidas similares, e inclusive en Paraguay hubo claras resistencias de la población para aceptar las ventas de ANTELCO (teléfonos) y otras estatales. En Brasil, los sectores claves no fueron privatizados, o esos procesos se realizaron muy lentamente y con grandes reaseguros para el Estado Nacional y para los usuarios-consumidores. A título de ejemplo, la petrolera estatal brasileña Petrobras continúa siendo manejada por el Estado.

El Desarrollismo

El Desarrollismo puede considerarse un híbrido entre el liberalismo y las doctrinas económicas nacionalistas, pues tomó partes de ambos, en una difícil simbiosis que no pudo perdurar como tal, por sus escasos basamentos políticos así como por algunas falencias serias en sus concepciones económicas.

Si bien es discutible que el desarrollismo -también llamado frigerismo- haya alcanzado a constituirse en una doctrina económica como tal, es evidente que constituye una corriente de pensamiento económico, que tuvo su corto período de vigencia en la Argentina. Como tal debe ser respetada y analizada.

En rigor de verdad, el desarrollismo puede calificarse como un conjunto de ideas que conformaron una orientación política cuyos fundamentos se hallan fuertemente insertados en un cuerpo de ideas con entidad propia, pero que posiblemente no hayan llegado a desarrollarse como una doctrina económica alternativa al liberalismo.

Sus nombres provienen del fuerte énfasis puesto en lograr insertar a la Argentina en un proceso de desarrollo autosostenido, y en el apellido de uno de los dos cerebros responsables de esta vertiente de pensamiento.

Arturo Frondizi, un abogado de muy vasta cultura, y con una formación tal que posiblemente lo constituya en uno de muy pocos presidentes argentinos de la segunda mitad del siglo XX que tuvo real estatura de estadista, asumió la primera magistratura en 1958, debiendo haber culminado su mandato en 1964. Fue depuesto por un Golpe de Estado militar con clara participación de elementos civiles conservadores y liberales, en 1962.

Su más cercano y permanente colaborador fue Rogelio Frigerio, un estudioso de la economía, carente de título específico habilitante, pero no por ese hecho descalificado como economista autodidacta.

Para entender el marco sociopolítico de esa época, debe señalarse que Frondizi era un político experimentado y ya fogueado en la Legislatura nacional, formando parte de la Unión Cívica Radical durante la década peronista del '46 al '55.

Ya por esa época los partidos políticos tradicionales argentinos mostraban claros signos de rigidez en sus estructuras, con veteranos dirigentes prácticamente “abulonados” a sus cargos, que no dejaban surgir a nuevas figuras políticas de sus propias estructuras.

En la U.C.R., el líder absoluto era Ricardo Balbín, político tradicional, con mucho manejo de “las estructuras” partidarias, excelente orador, hábil conocedor de los entretelones comiteriles en los que se va formando y manteniendo el poder partidario interno real, pero mediocre en sus concepciones económicas y geopolíticas, y en cierta medida un también mediocre conocedor de la realidad política internacional de su tiempo.

El prestigio político de Balbín se había acrecentado, al padecer la cárcel en épocas del peronismo, del cual fue cerrado opositor.

Depuesto Perón en 1955 por la cruenta y vengativa autotitulada “revolución libertadora”, se implementaron una serie de duras medidas tendientes a intentar borrar el notable carisma de Perón en la mayoría de la población. De tal forma, se prohibieron todos los símbolos partidarios del peronismo, llegándose inclusive a prohibir mencionar su nombre so pena de severos castigos. Un intento de toma del poder por parte de militares y civiles peronistas fue ahogado en 1956, en un marco de masivos fusilamientos, ordenados en persona por el Contraalmirante Isaac Francisco Rojas (vicepresidente de facto) y avalados por el presidente de facto, General Pedro Eugenio Aramburu.

En los tres años que duró la “revolución libertadora”, la orientación económica fue clara y crudamente liberal, reeditándose “recetas” y medidas ya implementadas en el período de 1930 a 1943, volviendo a estar la cartera de economía al mando del abogado de empresas inglesas Federico Pinedo.

En ese marco, en 1958 se convocó a elecciones, con la fuerte “tutela” de las fuerzas armadas, las cuales habían sido previamente purgadas de todos los integrantes de ideología peronista, nacionalista, o filo peronista.

Proscripto el peronismo y todas las personas que habían tenido participación política o militado en el Justicialismo, era evidente que existía un gran caudal de votos que carecía de representación propia en esos comicios.

De los otros partidos tradicionales, el conservadorismo se hallaba fragmentado en numerosos pequeños partidos, varios de ellos poco más que “sellos de goma”, pero la U.C.R. surgía como la fracción política con mayor cantidad de simpatizantes, después del proscripto Justicialismo.

Dentro de la U.C.R., el líder “natural” o tradicional era Ricardo Balbín pero Arturo Frondizi tenía serias ambiciones de llegar a la presidencia. Estando cerradas las vías partidarias internas, por esas características de la “partidocracia” tradicional que ya se vislumbraban en esa época (y que en buena medida eran una reedición de las prácticas políticas tradicionales empleadas desde 1880 hasta 1943), la U.C.R. terminó escindiéndose en dos partidos. El balbinismo o sector tradicional constituyó la U.C.R. del Pueblo, mientras que el frondizismo formó la U.C.R. Intransigente.

Buscando sumar los numerosos votos cautivos del peronismo (alrededor del 45% del electorado de la época), Frondizi realizó un pacto con Perón, siendo el emisario y representante local del líder depuesto el Dr. Arturo Jauretche.

Frondizi había expuesto lo que supuestamente era su pensamiento político-económico en su libro “Política y Petróleo”, el cual en sus concepciones básicas tenía mucha similitud con las ideas desarrolladas por el peronismo.

Habiendo ganado las elecciones, básicamente sobre la base de pacto mencionado, desde el comienzo de su gestión mostró gran creatividad e ideas propias, pero estas no eran las expuestas en su libro mencionado ni se asemejaban a la filosofía económica de la ortodoxia peronista.

Rápidamente el peronismo dio por roto el pacto preelectoral, con lo que Frondizi quedó sin el respaldo popular mayoritario.

Pero a la vez, sus ideas chocaban con las estructuras liberales tradicionales, pues ponían el énfasis de su gestión en la transformación económica nacional sobre la base de la industrialización y al desarrollo petrolero, lo cual en cierta forma alejaba el centro del poder de la esfera terrateniente de la Pampa Húmeda.

Resultaba evidente que el sector de la oligarquía terrateniente estaba vinculado y emparentado con muchos oficiales de distinta graduación de las fuerzas armadas. Pero además, la ecléctica en el accionar de la política exterior de Frondizi causaba inquietud real o al menos una buena excusa a los sectores militares ultraconservadores, que practicaban un anticomunismo acérrimo.

Resultaba evidente que Frondizi no era comunista ni filo comunista. Pero una reunión con Ernesto Che Guevara (por entonces funcionario cubano) fue considerado el detonante mayor que llevó a su destitución. Aunque en rigor de verdad, el resurgimiento del peronismo, triunfante con otro nombre en las elecciones celebradas en varios distritos de la nación, exacerbó los ánimos del *establishment*, que en el enésimo planteo militar destituyó a Frondizi y lo encarceló en Martín García, corriendo igual suerte muchos de sus colaboradores, en muchos puntos del país.

Posteriormente su partido volvió a escindirse, quedando la U.C.R.I. -Unión Cívica Radical Intransigente- (posteriormente transformada en el Partido Intransigente -P.I.-) al mando del veterano político Oscar Alende, mientras que el sector liderado por la dupla Frondizi-Frigerio se núcleo en el Movimiento de Integración y Desarrollo (M.I.D.).

La breve síntesis política previa es importante para entender y ubicar con mayor precisión las ideas económicas del desarrollismo.

El desarrollismo pretendió integrar a la Argentina en una nueva concepción del orden mundial, que había cambiado profundamente desde el fin de la 2ª Guerra Mundial, transformando las estructuras productivas internas, para lo cual una de sus bases de acción era crear o desarrollar las industrias básicas o industrias pesadas como eje para un rápido desarrollo de todo el sector industrial. Otro de sus ejes básicos era lograr el autoabastecimiento de petróleo, y en esa dirección empeñó sus mayores esfuerzos, logrando en poco tiempo resultados espectaculares. El tercer eje de acción era desarrollar un vasto plan de obras de infraestructura, que por una parte debería integrar efectivamente a nuestro extenso territorio, y por otra generaría fuentes de trabajo genuinas para eliminar el desempleo.

Los cambios producidos fueron sin duda significativos, más allá de los errores de apreciación y de instrumentación de los diversos planes.

En el sector petrolero, dio lugar a masivas inversiones de empresas extranjeras (en particular las inversoras fueron empresas norteamericanas). Dichas inversiones se canalizaron hacia las áreas de prospección y extracción, que constituían los cuellos de botella del sector petrolero argentino. El petróleo extraído era refinado y comercializado por YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), y la propiedad del crudo nunca había dejado de ser del Estado argentino. Esas características diferenciaron grandemente aquellas inversiones del proceso de enajenación de YPF, sin ningún control real y efectivo del Estado, y resignando la propiedad de las reservas, como fue implementado años después por la dupla Menem-Cavallo.

A consecuencia del fuerte impulso dado a las tareas de prospección y sobre todo de extracción, la Argentina alcanzó el autoabastecimiento petrolero por primera vez en su historia, durante la presidencia de Arturo Frondizi.

Debe destacarse además que los precios abonados a las empresas extranjeras tenían como referencia los valores internos del petróleo, por lo que las inversiones petroleras no encarecieron los precios de los combustibles para los usuarios argentinos. Esta es otra notable diferencia -a favor de la gestión de Frondizi- entre la política petrolera del desarrollismo respecto al neoliberalismo encarnado por Menem-Cavallo.

En cuanto a las industrias de base o industrias pesadas (acero, petroquímica, aluminio, química), y a industrias consideradas de tecnología compleja de alto efecto multiplicador (como la automotriz y la del tractor), las metas para ellas eran lograr el autoabastecimiento. Para ello, bajo ciertas pautas, se abrió el mercado a las inversiones extranjeras. Ya desde la época de Perón se fabricaban automotores y

tractores, pero en escalas reducidas. Las inversiones de la época desarrollista lograron en poco tiempo diversificar las producciones y elevar los volúmenes a escalas masivas.

Sin duda, si se consideran los volúmenes de producciones, hubo avances significativos e inclusive espectaculares en los rubros señalados, aunque el proceso quedó parcialmente trunco con el Golpe de Estado de 1962, y siguió sin modificaciones durante los casi cuatro años del gobierno radical de Arturo Illia. Con una visión retrospectiva, la primera parte del gobierno de la llamada “revolución argentina” retomó el curso de la industrialización acelerada, agregándose otros rubros importantes como el de los camiones pesados y maquinaria vial, dándose mayor impulso a rubros ya existentes, como astilleros, industria aeronáutica, el sector nuclear, y las fabricaciones de armamentos. En tal sentido, no puede omitirse el hecho que varios de los colaboradores principales del gobierno del *General Juan Carlos Onganía* eran claros adherentes a las políticas económicas del desarrollismo, como el caso del *General Juan Enrique Guglielmelli*.

En lo referente a la creación de infraestructura en general, el gobierno desarrollista, tanto a nivel nacional como en las provincias, puso mucho énfasis en las obras públicas. Las pavimentaciones y mejoras de la mayoría de los aeropuertos de las capitales provinciales (el de Cambá Punta en Corrientes, el de Posadas y otros), caminos, obras de tipo comunitario (como el anfiteatro de Posadas), usinas eléctricas (como la por entonces moderna Usina Sulzer de Posadas), inversiones para inducir el progreso (como el ingenio azucarero de San Javier-Misiones). Inclusive, la primera conexión física de la Mesopotamia argentina con el resto del país -el túnel subfluvial-, fue encarada por dos gobernadores de extracción desarrollista, como eran Uranga de Entre Ríos y Silvestre Begnis en Santa Fe. El Gobernador de Misiones en ese período fue el Dr. César Napoleón Ayrault, carismático líder político dotado de notable ejecutividad y con gran empuje para concretar trascendentes obras de infraestructura, muy avanzadas para su época.

Esta política de creación de infraestructura en gran escala, también fue continuada en el gobierno de Onganía.

Sin embargo, el desarrollismo no estuvo exento de cometer gruesos errores.

Uno de ellos fue tener como meta casi excluyente el autoabastecimiento, dejando de lado la posibilidad de convertir a Argentina en un poderoso centro industrial exportador, como fue el camino elegido exitosamente por Brasil.

Otras críticas expuestas por Marcelo Diamand son muy precisas, y deben ser consideradas.

El desarrollismo o frigerismo realiza un diagnóstico “estructuralista” de la dependencia argentina, poniendo énfasis en el deterioro de los términos del intercambio (que de hecho existió, pero no fue en ese momento ni ahora el problema central). De allí que con ese enfoque la política sustitutiva de las importaciones fue aplicada a ultranza, sin el necesario correlato del modelo industrial-exportador.

Pero el modelo frigerista considera como idea básica la necesidad de masivas inversiones extranjeras, pues parte del supuesto de la insuficiencia del capital nacional, no distinguiendo entre “capital” y “divisas extranjeras” u oro. La experiencia y los datos macroeconómicos muestran que prácticamente como una constante no faltó “capital” en el mercado interno argentino. Los cuellos de botella que originaron las recurrentes crisis de la balanza de pagos, que a su vez provocaron políticas de ajustes, las que fueron causas directas de las recesiones, fueron consecuencia de los “estrangulamientos” externos por falta de divisas.

El remedio básico para esa situación es obtener más divisas por medio de incrementos de las exportaciones, y por una selección de las importaciones. A la vez, para lograr estos objetivos, es necesario manejar con políticas activas tanto la parte arancelaria como el sector financiero interno, además del sector financiero externo, incluyendo en este último concepto las liquidaciones de divisas de las exportaciones.

Esa política de favorecer las inversiones externas a ultranza, llevó a una innecesaria extranjerización del patrimonio productivo nacional.

Por otra parte, la política de sustitución de importaciones -como en el caso emblemático de la industria automotriz-, si bien eliminó costosos drenajes de divisas que el país no hubiese podido realizar, y además contribuyó a producir un notable efecto multiplicador interno, al depender de cierto porcentaje -si bien decreciente- de insumos importados, hizo necesario incrementar las importaciones de dichos insumos, al aumentar la producción.

Entiéndase bien. No significa lo precedente que fue negativo poseer una poderosa industria automotriz en la Argentina. Muy por el contrario, fue altamente positivo, tanto por el efecto multiplicador

en toda la economía, como por haber abastecido al mercado interno con millones de unidades que hubiese sido imposible importar.

Lo que resultó negativo fue no haber puesto como condición básica la exportación de un porcentaje alto de la producción nacional, inclusive recurriendo a herramientas de promoción de exportaciones. El piso de dichas exportaciones debió haber sido el monto necesario para cubrir las propias importaciones del sector.

Adicionalmente, la metodología para recibir estas inversiones no fue selectiva ni planificada, pues se abrió un registro de inversiones dentro de un plazo determinado, sin límite de empresas ni de capacidad productiva. Como consecuencia, inicialmente se radicaron más de dos decenas de empresas, que al año ya se habían reducido a menos de la mitad.

Tampoco se entienden los motivos que demoraron innecesariamente varios años la fabricación de camiones y ómnibus pesados.

Yendo a las medidas económicas adoptadas, excepto el énfasis puesto en el sector industrial, prácticamente en todo lo demás se recurrió al viejo “recetario” liberal, con el agravante que -seguramente impuestos por los sectores reaccionarios de Argentina- dos clásicos ejemplos del liberalismo ultra ortodoxo, como Roberto Alemann y Álvaro Alsogaray, fueron ministros de economía de Frondizi.

Como estos economistas recurrieron a la ortodoxia, ante las crisis de la balanza de pagos y siguiendo las “recetas” del F.M.I., produjeron acentuadas devaluaciones. Los perjudicados fueron los industriales nacionales, que se habían endeudado en dólares para equipar a sus empresas. A consecuencia de ello, muchos industriales nacionales quebraron al poco tiempo.

Por otra parte, no se comprende porqué se admitieron masivas importaciones de máquinas-herramientas, siendo que la producción nacional estaba en condiciones de abastecer la mayor parte de las necesidades de la nueva y pujante industria del comienzo de la época desarrollista.

Además, el énfasis puesto en desarrollar la industria de base o pesada, no fue acompañado de similares estímulos para las producciones de bienes intermedios y finales, lo cual fue un flanco más débil ante las presiones “aperturistas” del F.M.I.

Resulta un dato discutible si en los últimos años el pensamiento doctrinario del desarrollismo se adecuó en la medida necesaria a los cambios operados en la realidad argentina y el mundo. Finalmente, y a pesar de no ser un tema económico propiamente dicho, pero partiendo de la estrecha interrelación entre la política y la economía, las posturas políticas del desarrollismo han sido cuanto menos muy oscilantes, pactando o intentando insertarse en todo tipo de gobiernos, y careciendo de una línea de acción y una trayectoria política constante o al menos previsible y con la debida continuidad ideológica. Los apoyos sucesivos al peronismo, al “proceso”, al menemismo, y al radicalismo, son la mejor prueba de dicha afirmación.

Pero más allá de las críticas y de las alabanzas, es evidente que el desarrollismo ha dejado una profunda huella en la historia económica de Argentina, que los aspectos positivos de su gestión aún perduran parcialmente más de cuatro décadas después de haber sido aplicados, y a pesar del breve lapso en que se aplicó (escasos cuatro años), sus transformaciones fueron en determinadas áreas tan profundas que no pueden ni deben omitirse en ningún estudio o análisis serio de la realidad argentina.

TERCERA PARTE

LOS TRATADOS ECONÓMICOS Y SUS VINCULACIONES CON LA ECONOMÍA POLÍTICA

BREVE INTRODUCCIÓN AL TEMA

Una vez lograda su absoluta supremacía marítima, que comenzó a forjar a consecuencia de la batalla naval en la que derrotó bajo la conducción de Francis Drake a la llamada “Armada Invencible” del Imperio Español (1588), Gran Bretaña se dedicó a expandir sus dominios y su influencia a escala mundial, alcanzando su máximo grado de esplendor y de supremacía durante el “período victoriano”, el reinado de la Reina Victoria. (1837-1901). Para esta supremacía absoluta fue importante el triunfo naval británico de la Batalla de Trafalgar, obtenido por la flota dirigida por el Comandante Nelson en 1805, logrado frente a una más numerosa escuadra combinada franco española.

Durante los tres siglos de consolidación y continua expansión del Imperio Británico (siglos XVII-XVIII-XIX y comienzos del XX hasta 1914), la diplomacia británica dio sobradas muestras de la utilización de los principios dogmáticos de la doctrina económica liberal, como sustento para su expansión política y económica.

De hecho que la supremacía británica se vio duramente cuestionada a través de sucesivos acontecimientos, muchos de los cuales significaron reveses temporarios o definitivos para el Imperio.

La independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, en 1776, tenazmente resistida directa e indirectamente hasta el fin de la Guerra de Secesión (1861-1865), constituyó finalmente un durísimo revés para los británicos al privarlos de una riquísima colonia estratégicamente ubicada.

El Imperio Napoleónico, finalmente derrotado en Waterloo (1815), representó posiblemente el más claro ejemplo de enfrentamiento entre la Europa Insular y la Europa Continental, enfrentamiento que de diversos modos continuaría -con interregnos de relativa calma- hasta la Francia de De Gaulle, a comienzos de la 2ª mitad del Siglo XX.

Pero dentro de ese contexto de luchas de poder continuas, el sigiloso, perseverante y muchas veces contundente accionar del Foreign Office (la Cancillería Británica), logró concretar tratados y alianzas que representaron notables triunfos diplomáticos, en los que se conjugaron sus intereses políticos, con sus consecuentes intereses económicos, avalados por la pátina de sustento pseudo “intelectual-cientificista” que brindaba la teoría liberal de Adam Smith y sus sucesores.

De esos múltiples pactos, alianzas y acuerdos, cabe destacar a tres de ellos, por las claras enseñanzas económicas que pueden extraerse, y por las innegables aplicaciones que pueden realizarse para la realidad argentina y latinoamericana.

Ellos son los tratados de Methuen, Utrech y el de William Eden.

El Tratado de Methuen

El Tratado de Methuen fue rubricado en 1703 entre Gran Bretaña y Portugal. En principio, y a través de una lectura poco profunda o deliberadamente superficial y dogmáticamente orientada hacia las pautas doctrinales económicas preponderantes (o sea: afines a los intereses británicos), este tratado parecería ampliamente beneficioso para ambas partes, pues se establecieron una serie de ventajas recíprocas para la venta de productos portugueses en Gran Bretaña, y su contrapartida para productos británicos en Portugal.

Pero en esa época, mientras Gran Bretaña ya se había consolidado como una formidable potencia industrial, que estaba cerca de concretar la Revolución Industrial, con una enorme flota de navíos de transporte respaldada por la mayor fuerza naval existente, Portugal evidenciaba una economía muy atrasada, con muy escaso desarrollo tecnológico e industrial, y su importancia a nivel mundial se sustentaba principalmente en sus enormes colonias en Sudamérica, en constante expansión.

La enorme disparidad de fuerzas, y posiblemente la escasa perspicacia político-económica de los gobernantes portugueses, sumadas al muy coherente accionar británico en defensa de sus intereses imperiales, dieron por resultado concreto enormes beneficios para Gran Bretaña, y unas pocas migajas económicas para Portugal, pero con desastrosos resultados en el largo plazo. El tema merece un análisis más profundo.

Portugal se aseguró la venta de toda su enorme producción de vinos de reconocida calidad, la cual a partir de ese momento sería exportada sin ninguna traba ni arancel aduanero al territorio británico, y a través de él a sus múltiples colonias y territorios vinculados.

Pero como contrapartida, Gran Bretaña obtuvo el virtual monopolio para la venta masiva de sus muy diversas manufacturas a Portugal y sus colonias de ultramar, principalmente Brasil. Todo ello sin ningún tipo de restricciones ni de protecciones arancelarias por parte de Portugal.

Como era fácil de prever, en muy poco tiempo esa política económica ocasionó el total colapso de las industrias artesanales que Portugal había logrado crear. Las consecuencias lógicas fueron una regresión o brutal involución económica de Portugal a una economía primaria, con la total falta de estímulos a sus artesanos y técnicos, muchos de los cuales se vieron forzados a emigrar o a sucumbir en la miseria. Lo notable del caso es que esa realidad económica perduró en Portugal hasta fines del siglo XX, cuando como condición para su incorporación a la Unión Europea Portugal recibió fuertes estímulos para transformar su atrasadísima economía a efectos de compatibilizarla con sus vecinos y socios del ex Mercado Común Europeo.

Pero los perjuicios para Portugal no terminaron allí. En un proceso que después se conocería como “el deterioro de los términos del intercambio”, por el cual los precios relativos termina fijándolos la potencia industrial en detrimento de la nación primaria y subdesarrollada, los excelentes vinos portugueses y otras materias primas (lanas, alimentos, etc.) terminaron vendiéndose a valores reales muy bajos, de forma tal que el valor total de las exportaciones portuguesas resultó crónicamente insuficiente para pagar la continua avalancha de productos industriales británicos.

Transcribiendo las palabras de List, “Portugal fue el viñedo de Inglaterra”, a consecuencia de este Tratado.

El crónico déficit del intercambio de Portugal debió ser saldado con cuantiosas exportaciones de oro extraído de sus colonias en Brasil.

Las ingentes cantidades de oro que entraron a la economía británica sirvieron para reforzar aún más el desarrollo de Gran Bretaña, con gran énfasis en sus sectores tecnológico, industrial, naviero y financiero.

Resulta muy fácil, con solo analizar detenidamente este ejemplo, que el modelo agro-exportador argentino resulta similarmente ruinoso para los intereses de nuestro país, habida cuenta de la total ausencia de una política de desarrollo autónomo y de claro contenido nacional, y la carencia de una planificación del desarrollo tecnológico e industrial.

El Convenio Español de Asiento

En 1713 Gran Bretaña firmó con España un convenio que fue casi la réplica del Tratado de Methuen. Sobre la base del acuerdo firmado con España, podían vender en los dominios españoles de América determinado número de esclavos africanos, a la vez que enviar un barco mercante por año a Portobello. Esto fue la puerta de entrada para el contrabando en gran escala, que tanto afectó los intereses de España en el Nuevo Mundo.

El Tratado de Utrecht

Fue rubricado por Francia, España, Baviera, Austria, Inglaterra, Holanda, Portugal, Saboya, Dinamarca y Alemania.

Este Tratado obedeció a complejas negociaciones políticas, cuyo origen principal fue el hecho que por cuestiones de parentesco, el Rey de España Felipe V tenía derecho al trono de Francia. La unificación de ambas naciones bajo un solo monarca significaba de hecho una sólida alianza entre las dos naciones más extensas (territorialmente) de la Europa Continental Occidental, las cuales a la vez eran dos de las principales potencias de la época.

La preocupación que esa concreta posibilidad generó entre otras potencias europeas de la época, motivó una serie de intensas presiones diplomáticas, y la precisa posibilidad de un conflicto bélico de grandes proporciones.

El juego de presiones afectó principalmente a España, cuyo posible resurgimiento preocupaba sobremanera a sus rivales, básicamente a Gran Bretaña.

Para entender mejor la situación, es importante considerar que a partir del Tratado de Methuen, Portugal pasó a ser un aliado incondicional de Gran Bretaña, percibiendo como retribución beneficios menores respecto a “la parte del león” que en cada botín diplomático o militar exitoso le correspondía al Imperio Británico.

Las consecuencias del Tratado de Utrech fueron múltiples y sumamente complejas, por lo que un análisis muy superficial puede conducir a interpretaciones erróneas o parcialmente tergiversadas.

El análisis profundo de este Tratado escapa al objetivo del presente trabajo, tanto por la extensión que sería necesaria, como por la orientación básicamente de política europea de la época.

Sin embargo, cabe señalar que, siempre en un contexto mayor, España debió realizar grandes concesiones, tanto territoriales como comerciales, mientras que Gran Bretaña fue la gran beneficiada, y en segundo plano su aliado Portugal.

España perdió sus dominios en Génova (actual Italia), y en el norte de la Europa Continental, sobre el Mar del Norte, así como las islas de Cerdeña y Sicilia. A la vez, resignó derechos en la Colonia del Sacramento (actual ciudad de Colonia, en Uruguay) la cual, a pesar de haber sido reconquistada por las armas, fue nuevamente cedida a Portugal, siendo un enclave ubicado estratégicamente frente a Buenos Aires, utilizado tanto para el contrabando británico de mercaderías como para fortalecer las pretensiones lusitanas sobre la “Provincia Cisplatina”, como los portugueses llamaban a La Banda Oriental del Uruguay.

Por su parte, entre otros beneficios, Gran Bretaña obtuvo autorización para enviar navíos comerciales a las colonias españolas en América, incluyendo en ello a Buenos Aires, donde aún no había sido creado el Virreinato respectivo. De hecho, los británicos aprovecharon las facilidades comerciales para introducir más mercaderías que las acordadas, sea por la creciente laxitud de los controles como por el incremento de las operaciones de contrabando. Dentro de las mercaderías importadas subrepticamente por las colonias españolas, se incluyeron impresos, en los que se introdujeron posteriormente las ideas revolucionarias emanadas de la Revolución Francesa, lo cual condujo a los movimientos emancipadores sudamericanos.

El Tratado de William Eden

El Tratado de Eden tomó su nombre del diplomático británico William Eden. Fue firmado entre Francia y Gran Bretaña en 1786, y muestra notables semejanzas con el Tratado de Methuen, tanto en su esencia como en las consecuencias que deparó a Gran Bretaña y a su contraparte.

Como “concesión”, Francia pudo exportar lanas y otras materias primas a Gran Bretaña, así como artículos manufacturados suntuarios. Pero como contrapartida, Francia debió admitir la entrada sin restricciones de todo tipo de artículos manufacturados de consumo masivo hechos por la industria británica. Ello llevó a la ruina en muy poco tiempo a la hasta entonces importante industria manufacturera artesanal francesa, anulando los beneficios que Francia había recibido a consecuencia de la aplicación del Colbertismo.

Muchos teóricos del liberalismo, tanto de Francia como de Alemania, recibieron con gran júbilo la total abolición de todas las medidas proteccionistas en estos dos países. En particular J. B. Say apoyó fervorosamente la implantación de las “medidas de tipo cosmopolita”. La miseria y el atraso de Francia y de Alemania serían las lógicas consecuencias de esas medidas, a la par de notables beneficios para la ya solidificada industria británica.

Francia tardó muchos años en recuperarse de esta política tan perjudicial para sus intereses. El caso fue descrito con gran precisión en los escritos de Friedrich List.

El mayor apogeo del Imperio Británico se logró durante el largo período de gobierno de la Reina Victoria, que abarcó de 1837 a 1901, período que a su vez marcó la máxima expansión de la doctrina liberal ortodoxa.

El Pacto Roca Runciman o “El Estatuto Legal del Coloniaje”

El antecedente más cercano al Pacto Roca-Runciman es el Pacto Oyhanarte-D’Abernon, el que fuera rubricado poco antes del derrocamiento de Yrigoyen, y que nunca tuvo la aprobación del Senado de la Nación. Sus términos básicos -según algunos historiadores- serían muy parecidos. De ser así (aspecto no confirmado por quien suscribe este libro) podría deberse muy posiblemente a la acentuada senectud de Yrigoyen, quien ya en los hechos no controlaba el gobierno.

El 27 de abril de 1933 se rubricó el Pacto Roca-Runciman, entre La República Argentina y el Reino Unido de la Gran Bretaña. Por Argentina firmó el entonces Vicepresidente Julio Argentino Roca (conocido como “Julito” pues era hijo del dos veces presidente Gral. Roca), mientras que por Gran Bretaña firmó Walter Runciman, alto funcionario del Foreign Office (la Cancillería Británica).

Las negociaciones conducentes a la firma de este acuerdo habían comenzado bastante antes, debiendo verificarse el origen de las gestiones entre los años 1930 y 1931, las cuales fueron causadas por las severas restricciones a las compras de carnes argentinas, impuestas por el imperio, a raíz de la crisis mundial de 1929, y acentuadas a consecuencia del Acuerdo de Ottawa, rubricado por Gran Bretaña con sus socios del Commonwealth en 1932. A su vez, el Acuerdo de Ottawa fue motivado por la gran recesión mundial que había comenzado a consecuencia del crac de la bolsa de valores de Nueva York, en 1929. El Acuerdo de Ottawa estableció todo un sistema de preferencias comerciales entre los miembros de la Comunidad Británica de Naciones (Commonwealth).

Los negociadores argentinos fueron Julio A. Roca (h), Manuel A. Malbrán, Miguel Angel Cárcano, Guillermo F. Leguizamón, Raúl Prebisch, Aníbal Fernández Beyró y Carlos Brebbia, mientras que los pares británicos eran Walter Runciman, Leslie Burgin, Frederick Leith Ross, Henry Fountain, H. F. Carril, A. F. Overton, R. Fraser, R. Keith Jonson, J. R. C. Helmore, R. M. Nowell, R. L. Craigie, F. T. A. Ashton-Gwatkin, D. V. Nelly, H. L. Frechn y H. Brittain.

El Pacto ha sido defendido por historiadores, políticos y economistas liberales y afines al *establishment*, como una medida necesaria ante una situación de extrema gravedad, que de no haberse resuelto habría causado perjuicios mucho mayores a los intereses nacionales; incluso se fundamentó su necesidad sosteniendo que era la única o la mejor alternativa posible.

En cambio, prácticamente la totalidad de los historiadores revisionistas y los políticos de la línea nacional del pensamiento, coinciden en criticar duramente todas las negociaciones y consideran al propio Pacto como una aberrante sumisión institucional a los intereses del Imperio Británico. Inclusive Arturo Martín Jauretche calificó al Pacto como “El Estatuto Legal del Coloniaje”, utilizando su estilo tan gráfico para definir hechos y situaciones con una breve, precisa y lapidaria frase. De la misma forma opinaron José María Rosa, Raúl Scalabrini Ortiz, los hermanos Irazusta, Juan Carlos Vedoya, Luis Dellepiane, Homero Manzi, Enrique Santos Discépolo, Juan Carlos Cornejo Linares, Gabriel Del Mazo, Manuel Ortiz Pereyra y muchos otros.

Pero para entender en su muy compleja trama el conjunto de hechos y negociaciones que culminaron con la firma del Pacto, hay que remontarse a los orígenes de la ganadería orientada hacia el mercado exterior, no ya como proveedora de carnes saladas o de ganado en pie, sino como una de las bases más robustas del comercio exterior argentino, a partir de la adopción de las tecnologías de carnes enfriadas y congeladas.

Después de patentarse sucesivamente ambas tecnologías en 1877 y 1878, la utilización comercial de las mismas comenzó en 1883.

A partir de ese momento cambió la orientación principal de las exportaciones cárneas de argentina. El charque o carne salada se embarcaba básicamente con destino a Brasil y otros mercados americanos, en los que el producto se destinaba a los esclavos o posteriormente a los hijos de los esclavos, trabajadores de muy bajo nivel de exigencias por sus bajos salarios.

Al enviarse carnes enfriadas y congeladas, los mercados de mayores poderes adquisitivos pasaron a poder ser abastecidos con carnes argentinas y, dentro de ellos, principalmente el mercado británico.

En muy poco tiempo, la producción de ganado bovino de Argentina pasó a tener dos calidades claramente diferenciadas. La producción tradicional, de ganado del tipo criollo, siguió siendo la característica de la ganadería de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes; mientras que la provincia de Buenos Aires se especializó en la cría de razas más finas, cuyos reproductores habían sido traídos especialmente

del extranjero (básicamente de Inglaterra), destacándose entre otras las razas Shorthorn, Hereford, y Aberdeen Angus.

Como era de prever, la actividad frigorífica cobró gran impulso, y la que era una nueva y pujante industria a fines del siglo XIX pasó a ser uno de los factores claves de la economía a comienzos del siglo XX.

El negocio atrajo a capitales extranjeros, básicamente ingleses y norteamericanos, si bien originalmente existió una importante participación de capitales nacionales.

En 1906 operaban los siguientes frigoríficos: “Liebigs Extracts of Meats Ltd.”; “The Colonial and South América Meat Co. Ltda.”; “The Smithfield and Argentine Meat Co. Ltd.”; “The Palmas Produce Co. Ltd.”; “La Blanca”; “Colón”; y “Frigorífico Argentino”.

Ya en 1912, el 1º de enero, se habría realizado el “acuerdo” en base al cual se “cartelizó” el mercado de exportación, definiéndose mediante reuniones periódicas y frecuentes, qué cuotas de exportación serían abastecidas por los frigoríficos norteamericanos, por los ingleses, e inicialmente por los pocos de capitales argentinos.

Algunos autores consideran que las instalaciones frigoríficas fueron una de las más importantes consecuencias directas de los ferrocarriles, unido todo ello por la trama de organismos crediticios extranjeros preponderantemente británicos, y asociado al transporte en bodegas de navíos británicos por lo que en forma solapada pero clara surgió detrás de todas esas inversiones una clara política británica de dominio de las distintas etapas de la actividad, excepto la cría y la invernada, en las cuales su sector vinculado era el de los grandes terratenientes de la Pampa Húmeda, y más específicamente de Buenos Aires. De un modo u otro, esa situación era conocida por la dirigencia nacional, siendo tolerada de buena gana, e inclusive estimulada por las políticas oficiales. El empresario argentino Ernesto Tornquist era un ejemplo de esa “asociación dependiente” asumida por Argentina, pues operaba como importador de material ferroviario inglés y como director del frigorífico “Sansinena”, en el que se mancomunaban directivos británicos y argentinos.

Los ganaderos argentinos, básicamente los grandes terratenientes de la Pampa Húmeda (principalmente de la provincia de Buenos Aires), en vez de integrar la actividad frigorífica a sus negocios, de hecho optaron por dejar la actividad industrial en manos extranjeras. Como resultó evidente que el poder real en Argentina estuvo casi permanentemente en manos del mismo puñado de familias poseedoras de las grandes extensiones de tierras fértiles de la Pampa Húmeda, fue muy claro que a “los dueños del poder” no les interesó expandir sus actividades a la rama industrial, contentándose con sus actividades tradicionales.

Pero el panorama político mostraba otras complejidades, pues mientras que el poder político nacional se preocupaba casi exclusivamente de los intereses de la provincia de Buenos Aires, las economías del interior se desenvolvían separadamente, casi por otros carriles de actividad. Así sucedió con la agricultura, pero mucho más aún con la ganadería. Por ello, mientras la ganadería de Buenos Aires se orientaba y calificaba para satisfacer el paladar inglés, la ganadería de las otras provincias siguió orientada al mercado interno y a mercados menos exigentes cualitativamente.

En los siguientes años, hasta la gran depresión mundial, los frigoríficos extranjeros afirmaron su preeminencia dentro del territorio argentino, con la condescendencia de los grupos del poder ligados a la oligarquía ganadera bonaerense, la cual se conformaba con las utilidades de la actividad ganadera y -algo marginalmente- agrícola de esta enorme provincia.

A partir del procesamiento de las carnes, prácticamente todas las etapas posteriores de comercialización estaban manejadas por el trust británico, con sus socios norteamericanos. Inclusive el mercado consumidor británico estaba manejado por el mismo trust comercial. La contracara de todo ese esquema eran las muy bajas retribuciones a la mano de obra empleada por los ganaderos y los frigoríficos. De acuerdo con la gráfica definición de Jauretche, eran “los peones de pata al suelo”, desprovistos de todo derecho laboral y, en muchos casos, de elementales aspectos de dignidad personal.

Un informe emanado del Ministerio de Agricultura en 1923, titulado “Comercio de Carnes”, reconocía que los precios eran tratados -de hecho fijados- sobre la base de reuniones de los directivos de los grandes frigoríficos, con una periodicidad semanal o quincenal. Obsérvese que el Estado argentino demostraba palmariamente una “actitud prescindente”... dejando el campo libre para la arbitraria fijación de los precios que se pagaban a los productores argentinos. Eso significaba lisa y llanamente disminuir los ingresos genuinos de divisas al país y, como consecuencia directa, la fijación de salarios de subsistencia

para la sufrida peonada, los olvidados individuos que Jauretche llamó con sus habituales gráficas definiciones “los peones de pata al suelo”.

Pero con la crisis mundial, la situación se complicó para el sector ganadero, pues su exclusivo mercado comprador se había cerrado, abroquelado a consecuencia de los acuerdos de la comunidad británica de naciones, que privilegiaba las compras de carnes de Australia y Canadá, de menor calidad que las argentinas de Buenos Aires.

Ese fue el momento que marcó el inicio de las gestiones de la misión encabezada por el propio Vicepresidente argentino, el Dr. Julio Argentino Roca.

Después de largas tratativas, se llegó a la firma del acuerdo que la historia conoce como el Pacto Roca-Runciman.

El análisis de los diversos aspectos involucrados en este Tratado, las profundas consecuencias que tuvo para Argentina, y las impensadas reacciones políticas que provocó, marcaron profundamente la vida política argentina en el siguiente cuarto de siglo.

Los otros aspectos involucrados en el Pacto Roca-Runciman, afectaron profundamente los sectores más estratégicos de la economía argentina, tal como se explica seguidamente.

La ganadería bovina es una actividad que se clasifica básicamente en dos grandes sectores: los criadores y los invernadores. Los primeros, tal como su nombre indica, se dedican a la cría (reproducción) del ganado, mientras que los segundos realizan la tarea de engorde y desarrollo del ganado. Por otra parte, tal como se explica, en Argentina la ganadería de la Pampa Húmeda (básicamente bonaerense) está orientada a la exportación de mercados de alto poder adquisitivo, mientras que la llamada ganadería del interior produce animales más rústicos, con carnes más duras y de menor valor comercial. La llamada ganadería del interior produce para el mercado interno y para mercados externos menos exigentes que los del 1º Mundo.

El Pacto Roca-Runciman protegió básicamente a los intereses de la llamada “oligarquía vacuna” con intereses concentrados fuertemente en las ricas tierras de la provincia de Buenos Aires. Y de la ganadería bonaerense, el sector más directamente vinculado con la exportación cárnea es el de los invernadores. De todo ello se advierten las vinculaciones entre los sectores detentadores del poder en Argentina (el de los grandes terratenientes bonaerenses dedicados a la ganadería de invernada), y los negociadores argentinos del Pacto de Londres (comúnmente denominado Pacto Roca-Runciman). El ente que históricamente ha sido el vocero de los intereses de la “oligarquía vacuna” (los grandes ganaderos de la Pampa Húmeda) ha sido -y sigue siendo-, la Sociedad Rural Argentina. En cambio, otros entes rurales “con menos prensa” tienen en general mayor cobertura geográfica y agrupan a mayor número de productores rurales de medianos y pequeños establecimientos.

Existe una controversia entre economistas e historiadores, acerca de cuál alcanzó a ser el aspecto más relevante de los beneficios obtenidos por Gran Bretaña a consecuencia del Pacto Roca-Runciman. Entonces, puede analizarse que el amplio o total dominio de las usinas termogeneradoras de las principales ciudades argentinas conllevó la situación de “cerrar el círculo” en lo referente a dominar el mercado de los combustibles fósiles, pues además del negocio de la importación de carbón y derivados del petróleo, del manejo de los fletes y los seguros, se aseguraron el dominio cautivo del sector unitariamente más importante del mercado consumidor.

Ello fue así, pues tal como sucede ahora, el consumo del sector automotor era muy atomizado, mientras que operando como un conjunto, el consumo de las usinas termoeléctricas constituía una muy importante porción del mercado que podía operar sincronizadamente. Si a esa importante porción del mercado consumidor de combustibles fósiles se le sumaba el mercado también unificado de los ferrocarriles, se advierte de qué manera casi todo el proceso de comercialización de los combustibles era manejado por capitales británicos. Como acotación adicional, cabe señalar que las usinas termoeléctricas dominaban ampliamente el mercado generador de Argentina pues solo existían, además de aquellas, unas pocas hidroeléctricas de baja potencia que se habían construido hasta ese momento.

Asegurándose el dominio de los ferrocarriles, los capitales británicos manejaban a su conveniencia casi la totalidad de las cargas a transportar dentro del territorio nacional, y lo propio acontecía con el transporte de pasajeros interurbano. Al respecto, considérese que la red vial estaba muy poco extendida, y las características de automotores, camiones y ómnibus de esa época no los tornaban competitivos respecto a los ferrocarriles.

Pero el control de los transportes por parte de capitales británicos se extendió también a determinadas áreas de los transportes en las grandes ciudades, como sucedía con los subterráneos y los tranvías.

El dominio de las comunicaciones se completaba con el manejo de los teléfonos.

Pero la clave de todo era el manejo prácticamente sin restricciones del sector financiero, para lo cual la pieza esencial fue la creación del Banco Central de la República Argentina. Todo el proceso de creación y de funcionamiento del Banco Central en el período denominado “la década infame”, fue particularmente irritativo para todo el amplio sector del pensamiento político identificado con los valores de la argentinidad.

Los estatutos originales del B.C.R.A. fueron redactados íntegramente en Londres, en dependencias del Banco Central de Inglaterra, y fueron traídos a Argentina por el presidente del citado órgano rector bancario del Imperio Británico, Sir Otto Niemeyer.

Esos estatutos fueron aprobados a libro cerrado por el Congreso Nacional, en una tramitación inusualmente rápida, contando con el silencio cómplice de los legisladores argentinos. En marzo de 1935, mediante la sanción de la Ley 12.155, se creó el B.C.R.A.

En el Directorio del B.C.R.A., si bien existían funcionarios designados por el Gobierno Nacional, el poder del veto estaba en manos de los representantes de los Bancos extranjeros, por lo que el manejo real de todo el sector bancario de Argentina estaba regido por funcionarios que respondían a mandatos e intereses extranjeros, predominantemente británicos. Pero más aún, en la redacción original de los estatutos, las palabras “industria”, “industrial” o similares, no se mencionaban ni siquiera una sola vez. Por lógica consecuencia, ninguna medida de estímulo o de apoyo crediticio pudo existir a partir de 1935 para el sector industrial, siendo modificada esta situación al cambiarse los estatutos durante el primer gobierno de Perón.

Por algo, más de un siglo antes un prominente Lord había expresado en una sesión de la Cámara de Los Lores (aproximadamente equivalente al Senado de Argentina) “dadme el control de la moneda y del crédito de un país, y lo tendréis de rodillas”.

Para entender con más claridad aún (si es que cabe) la mentalidad de la dirigencia argentina de la época, debe señalarse que el Vicepresidente argentino, Dr. Julio Argentino Roca, a los postres de un agasajo en su honor, realizado en Londres, manifestó “que la Nación Argentina, en lo económico, es parte integrante del Imperio Británico”.

Por su parte, el entonces diputado nacional Matías G. Sánchez Sorondo expresó “aunque esto moleste a nuestro orgullo nacional, si queremos defender la vida del país tenemos que colocarnos en la situación de colonia inglesa en materia de carnes”. Entiéndase que para esos políticos, “la vida del país” eran los intereses del sector ganadero bonaerense y nada más.

Otro de los acuerdos fue adoptar a Gran Bretaña como el proveedor casi exclusivo de cuanto manufactura necesitase Argentina, aunque en los hechos, las presiones norteamericanas hicieron que el abastecimiento de insumos de origen industrial fuera compartido entre Gran Bretaña y EE.UU., desplazando fuertemente a otros potenciales proveedores, y -lo que fue más grave- impidiendo el desarrollo industrial argentino.

Pero los atropellos a los intereses argentinos fueron aún más lejos. El Ministro de Hacienda de la época, el Dr. Federico Pinedo, admitió públicamente haber aceptado el criterio que las empresas británicas compensaran en los Balances de sus subsidiarias argentinas, las pérdidas de sus filiales en otros países. Esa medida, sin duda absurda y claramente contraria a los intereses nacionales, perjudicó fuertemente al erario argentino.

Yendo aún más lejos, los frigoríficos británicos llevaron un sistema de doble contabilidad para evitar el pago de impuestos en Argentina. Denunciado el caso en el Congreso Nacional, basándose en la tesonera acción de Lisandro De la Torre y un reducido grupo de legisladores de su partido, se aportaron las voluminosas pruebas que fueron suministradas por un empleado de uno de los más importantes frigoríficos. Pero más aún, los frigoríficos extranjeros eran claramente reticentes a suministrar los datos contables, los estudios de costos y las estadísticas de producción y de exportación de dichos establecimientos.

Todo el debate de las carnes alcanzó niveles de escándalo nacional, al presentarse contundentes pruebas que la encendida verba del insobornable senador Lisandro De la Torre convertía en sucesivas y

abrumadoras denuncias. Esto provocó una sucesión de debates entre De la Torre y el Ministro de Hacienda de la Nación, el Dr. Federico Pinedo, conspicuo abogado de empresas británicas. Pinedo fue secundado por el Ministro de Agricultura Luis Duhau, pero prontamente el debate alcanzó las características de un duelo verbal entre De la Torre y Pinedo, quien no podía refutar las sólidas pruebas y argumentos del enérgico rosarino.

El empleado que suministró las pruebas fue empujado a la desocupación y a la miseria. Y el Dr. De la Torre sufrió un atentado en plena sesión del Congreso el 23 de julio de 1935, cortándose de ese modo y en forma abrupta los acalorados debates con Pinedo. En esa oportunidad, los disparos del arma empuñada por el comisario de policía Pedro Valdez Cora -un esbirro contratado por los intereses a los que la prédica y las denuncias de De la Torre molestaban- impactaron en el cuerpo del Dr. Enzo Casiano Bordabehere, gran amigo y compañero de bancada del enérgico e incorrupto hombre público rosarino. A finales de la década, seguramente hastiado de una lucha que parecía vana, y posiblemente en una decisión acorde a su cerrado agnosticismo, De la Torre se quitó la vida, en la soledad de su austero departamento de Buenos Aires.

Las mayorías complacientes que dominaban el Congreso impidieron que se adoptara ninguna sanción contra las empresas que incurrieron en esas prácticas delictivas.

Es de señalar que los escándalos y negociados de la época involucraron a diversos estamentos de gobierno, destacándose maniobras similares en el Concejo Deliberante de Buenos Aires por las concesiones del transporte de pasajeros y otros temas.

La Corporación de Transportes fue otra consecuencia del Pacto Roca-Runciman, y su objetivo real era evitar que las numerosas pequeñas empresas de colectivos -de propiedad de empresarios argentinos-, pudieran competir contra los tranvías, que estaban en manos de capitales británicos.

Además de la lucha casi solitaria de De la Torre, a partir de 1935 un grupo de patriotas se aglutinó formando una institución que marcó toda una época del pensamiento nacional, constituyendo FORJA (Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina), la cual en sus comienzos levantaba las banderas del Yrigoyenismo, como la más clara expresión del pensamiento nacional de esa época. Pero esta es otra parte de la historia, la cual se trata en otros apartados de este libro.

El Tratado de Anthony Eden

El Acuerdo de Londres (el Pacto Roca-Runciman) fue denunciado por Gran Bretaña en 1936, pues en el breve lapso de tres años la realidad mundial había cambiado y así lo consideró el Imperio Británico, que presionó para dejar sin efecto el acuerdo hasta entonces vigente.

La preocupación que causó en los círculos del poder político-económico de Argentina la posibilidad del cierre del mercado británico, movió a realizar nuevas y rápidas negociaciones.

El embajador argentino Manuel Malbrán (que ya había intervenido en las negociaciones del Pacto Roca-Runciman) logró concretar la firma de un nuevo acuerdo, conocido como el Pacto Malbrán-Eden, o también como el Tratado de Anthony Eden.

Básicamente se mantuvieron los esquemas originarios del acuerdo precedente, con algunas pocas modificaciones. Entre estas, se redujo la cuota argentina de exportación al Reino Unido en un 20%, pero a la vez dicha cuota pasaba a ser manejada por el Gobierno Argentino (que ya en 1934 había creado la CAP (Corporación Argentina de Productores de Carnes), quitándose el manejo de la cuota de las manos directas de los exportadores (británicos, estadounidenses y sectores argentinos relacionados con los mismos).

De algunos forma, el rubricado pero no refrendado por el Senado Argentino pacto Oyhanarte-D'Abernon, el Pacto Roca-Runciman y el Pacto Malbrán-Eden, constituyeron tres claros instrumentos de perpetuación del esquema pastoril y agro-exportador que constreñía las posibilidades de un desarrollo integral y abarcativo de todo el Territorio Nacional Argentino, y que en los hechos no permitía el desarrollo tecnológico ni la construcción de un poderoso sector industrial que una nación de las potencialidades económicas y humanas, y las dimensiones geográficas de Argentina, necesita concretar.

El Pacto Malbrán-Eden reguló las relaciones comerciales anglo-argentinas desde 1936 hasta 1948; fecha en que fue dejado sin efecto, al haber cambiado sustancialmente la realidad política argentina.

El 1º de diciembre de 1936, con las rúbricas de Tomás A. Le Bretón y Manuel Malbrán por la parte argentina, y Walter Runciman y Anthony Eden por la parte británica, se concretó el acuerdo. Tal como consta en el mismo, se consideró que constituyó una actualización y perfeccionamiento del Tratado Argentino-Británico de 1825, de la época de la presidencia de Bernardino Rivadavia y en empréstito de la Baring Brothers. De la misma época en que después de ganar por las armas la reconquista de La Banda Oriental, Rivadavia convalidó la vergonzosa entrega diplomática de esa parte históricamente integrante del Virreinato del Río de la Plata y de su sucesora natural, la República Argentina.

CUARTA PARTE

ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS Y MILITARES DE LOS SIGLOS XVIII, XIX Y XX, QUE TUVIERON GRAN IMPORTANCIA ECONÓMICA

El belicismo latente como constante de La Historia

Seguidamente se realiza una breve síntesis de los conflictos bélicos de los tres siglos precedentes, comenzándose por el último del siglo XVII, que influyó de modo directo en el siguiente conflicto.

Esta reseña tiene mucha importancia, dado que permite dar el marco político mundial a las épocas de surgimiento y de aplicación de las distintas doctrinas económicas, dando a la vez los elementos básicos a partir de los cuales se pueden analizar los distintos factores geopolíticos que tienen vigencia e influencia en el complejo y siempre cambiante juego del poder regional y mundial.

Es muy importante entender que tal como se la definió, la guerra es la política ejecutada por otros medios diferentes a los diplomáticos; y es necesario advertir que detrás de toda guerra y de toda revolución están presentes y muy interrelacionados los distintos factores de poder político y económico, conjugados con y matizados por aspectos y consideraciones históricas, sociales y culturales (involucrando en estas dos últimas a los aspectos vinculados con la religión, entre otros factores sociales).

Por otra parte, se advierten los procesos de constitución, expansión, consolidación y en algunos casos, de declinación de diferentes estructuras imperiales. En tal sentido, las diversas concepciones geopolíticas han sido parte importantísima de los análisis sobre la base de los cuales se ejecutaron prácticamente todas las decisiones que a su vez fueron las consecuencias de las luchas por el dominio regional o mundial.

También es importante advertir que después de la disgregación del Imperio Romano (expansivo y consolidador de la cultura latina por excelencia), entre fines de la Edad Media y los comienzos de la Edad Moderna se asistió a los procesos de conformación de los Estados Nacionales en Europa. Posteriormente, a fines de la Edad Moderna y comienzos de la Edad Contemporánea, y en un proceso vinculado fuertemente con la Revolución Industrial, se conformaron los Neo Imperios con bases de poder industrial, tecnológico y financiero. Ese proceso marcó la historia mundial desde el siglo XVIII prácticamente hasta fines del siglo XX.

En las últimas décadas estamos asistiendo a una dura pugna de poder, en la cual las fuerzas globalizadoras están abocándose a disolver los Estados nacionales, para pasar a crear un difuso pero a la vez muy concreto mega-centro de poder mundial, edificado sobre la base de los grandes conglomerados financieros. Pero ese proceso, que parecía marchar a grandes zancadas y con muy pocas oposiciones, está enfrentándose a serias complicaciones que permiten dar nuevas oportunidades a diversos países de mediana magnitud económica (como Argentina), a las potencias emergentes (como China, India, Brasil, Indonesia, Malasia, Corea y algunos otros), y a los bloques regionales, como el Mercosur.

Por la complejidad del tema, que debe ser conocido pero que a la vez no puede ser desarrollado con toda la amplitud que su enorme importancia posee, se realiza una breve síntesis de los conflictos (guerras, revoluciones y similares), para posteriormente profundizarse en algunos hechos puntuales que se consideran particularmente relevantes por sus repercusiones mundiales, o por sus significaciones para la realidad de Argentina y de Iberoamérica.

Adviértase que el virtual estado de beligerancia, en algunos casos latente y en otros desencadenados en sucesivos conflictos, ha sido y es una constante en la historia de la humanidad. Esa situación básicamente no varió, habiendo en cambio sufrido importantes cambios la situación estratégica mundial. En los tres siglos analizados se pasó del enfrentamiento entre las potencias continentales y la gran potencia marítima -Gran Bretaña- en los siglos XVIII y XIX, surgiendo posteriormente varias potencias coloniales, algunas de las cuales también alcanzaron el estatus de potencias industriales. Después se asistió a la paulatina declinación de Gran Bretaña y el surgimiento de EE.UU.; para después pasarse al mundo de la bipolaridad; y desde la última década del siglo pasado, asistimos al nacimiento del mundo unipolar que como tal se define como de una sola mega potencia, con el proyecto globalizador, y con las resistencias crecientes que está generando.

Pero queda muy en claro que es falsa la premisa del “fin de las guerras” y del “fin de la historia” que desde el estadounidense Francis Fukuyama y los cultores del neoliberalismo a ultranza, nos quisieron imponer como una verdad dogmática y -tal como se ve- es absolutamente falsa.

LA GEOPOLÍTICA COMO CIENCIA DEL PODER POLÍTICO INTERNACIONAL

Previamente a la somera descripción de los conflictos bélicos de los tres últimos siglos, realizada en el punto siguiente (que en rigor abarca parte del precedente y los primeros tres años del actual siglo XXI), se considera conveniente definir algunas nociones básicas de la geopolítica, dada la estrecha vinculación de los análisis de esta rama de las ciencias políticas en las evaluaciones de los distintos conflictos bélicos de las grandes potencias, desde el siglo XIX hasta la actualidad.

La geopolítica es una ciencia social que estudia la interrelación entre las Políticas de los Estados y los espacios geográficos en los que se ejercen y se proyectan las influencias de dichas Políticas de Estado. Cabe decir que desde la concepción geopolítica, los “espacios geográficos” no son meras extensiones de suelo vacías; por el contrario, son las superficies territoriales y/o marítimas en las que se ejerce influencia cultural, educativa, social, económica, política y/o militarmente.

Ese espacio geográfico o zona de influencia directa varía en función del efectivo poder político, económico, cultural y militar de cada Estado.

En tal sentido, todo Estado soberano posee su “*hinterland*” o área de influencia -así sea limitada-, y consecuentemente tienen cabida necesariamente las evaluaciones y las concepciones geopolíticas. Únicamente las colonias o los países en vías de disgregación carecen de su propia concepción geopolítica nacional.

Coincidiendo con el general prusiano Karl Marie Von Clausewitz en su definición acerca de la guerra (es la política ejercida por otros medios), queda muy en claro que las relaciones internacionales se caracterizan por una situación de permanente tensión política interestatal. Esas tensiones se manifiestan políticamente de diversas formas: presiones o “sugerencias” diplomáticas; presiones mediáticas ejercidas a través de agencias o cadenas informativas “multinacionales”; condicionamientos económicos; estrangulamientos financieros (herramienta muy usada por los “globalizadores”); barreras aduaneras y seudo “sanitarias”; bloqueos económicos; presiones políticas abiertas; amenazas políticas y militares; movimientos de tropas y exhibiciones del poderío militar; intervenciones militares encubiertas o de baja intensidad; y en última instancia la guerra total. Y tal como lo demuestra la interminable cadena de conflictos bélicos (guerras, revoluciones, asonadas militares, etc.), que continúan sucediéndose ininterrumpidamente, resulta muy claro que es falso de falsedad absoluta que el denominado “Nuevo Orden Mundial” que pretende imponerse vía globalización y neoliberalismo, asegure un presente y un futuro libre de conflictos bélicos.

Basándose en ello, y con mayor vigencia aún que en épocas precedentes, la capacidad de disuasión bélica sigue siendo un poderoso factor de poder político de los Estados nacionales, extendido ese concepto a los grandes bloques regionales que están en vías de consolidación.

En tal sentido, es sumamente ilustrativo advertir de qué manera han accionado en la República Argentina los factores de poder vinculados con el modelo neoliberal y extranjerizante impuesto desde 1976, logrando por diversos medios reducir la capacidad operativa real de las Fuerzas Armadas Argentinas a una casi virtual inexistencia, abortando desarrollos tecnológicos propios (como el Proyecto Misilístico Cóndor, el Tanque Argentino Mediano TAM, el desarrollo de tecnología aeronáutica, etc.), logrando los cierres de las diversas factorías que operaban bajo la égida de Fabricaciones Militares, y reduciendo los presupuestos de modo tal que el número de efectivos sea absolutamente incompatible con las necesidades de defensa de un país de dimensiones continentales como la Republica Argentina.

A simple título enunciativo, cabe hacer mención a los geopolíticos clásicos, y a los principales de Argentina y de Brasil. Prácticamente existe coincidencia en señalar como padre de la geopolítica al ya mencionado general prusiano *Karl Marie von Clausewitz*. En la misma escuela germana lo sucedieron, *Max Haushoffer*, *Friedrich Ratzel* y *Karl Ernst Haushoffer*, este último vinculado en las postrimerías de su vida con el nazismo (posiblemente más por haber vivido en esa época que por haber coincidido con los postulados y acciones más denostados de dicho régimen); el sueco *Rudolf Kjellen*, el británico *Halford J. Mackinder*; los estadounidenses *Teddy Roosevelt*, *Alfred T. Mahan* y *Nicholas Spykman*; los soviéticos *Gorshkov* y *Eugeni M. Primakov*; los franceses *Célerier* y *Lepoitier*, el español *Fernando Solano Costa*, los brasileños *Josué de Castro*, *Mario Travassos*, *Golbery do Couto e Silva* y *Carlos de Meira Mattos*; y los argentinos *Jorge Luis Rodríguez Zía*, *Juan Enrique Guglielmelli* y *Heriberto Justo Auel*. Lista sin duda incompleta pero representativa de estudiosos reconocidos de la geopolítica.

- Guerra de la Gran Alianza (1688-97). Francia *versus* el Sacro Imperio Romano Germánico, con España, Inglaterra, Saboya y las otras potencias menores. Fue una de las últimas guerras emprendidas por “El Rey Sol” Luis XIV. Pero lo real fue que casi sin solución de continuidad se combatió desde 1688 hasta 1713, en que se terminó rubricando el Tratado de Utrech. Dada la enorme superficie geográfica en la que se combatió -tanto en tierra como en el mar-, puede ser considerada el más claro precedente de la 1º Guerra Mundial, pues los combates abarcaron tanto a buena parte de Europa Occidental, como diversas colonias o territorios de ultramar de las grandes potencias coloniales, y los mares que significaban las rutas de navegación entre las metrópolis y sus territorios de ultramar. Esta guerra, virtualmente de Francia contra casi toda Europa, fue el prolegómeno de la Guerra de Sucesión de la Corona de España, librada entre 1701 y 1714.
- Gran Guerra del Norte (1700-21). Suecia enfrentó a Rusia, Dinamarca, Noruega y Polonia; añadiéndose el enfrentamiento de Turquía contra Rusia en 1710-11. Antes de este conflicto, Suecia era la gran potencia imperial del norte europeo. Sus disciplinados y bien conducidos ejércitos eran la amenaza de los disgregados y pequeños reinos alemanes, poseyendo territorios en la mayor parte de las costas del Báltico, amenazando incluso a Polonia y a Estados ubicados más al sur. Pedro El Grande enfrentó y finalmente venció a las tropas del rey sueco Carlos XII, logrando -según su expresión- “una ventana al mar”. Fue un enorme avance para el Imperio Ruso, que lo posicionó desde entonces como una de las grandes potencias mundiales, pues además Pedro El Grande había emprendido una extensa serie de profundas transformaciones. San Petersburgo fue fundada en esa época, transformándose en la gran y muy lujosa nueva capital del Imperio Ruso, y orgullo de Pedro El Grande. En los últimos años, el rey sueco Carlos XII gestionó y obtuvo el apoyo del Imperio Otomano, lo cual expandió el conflicto pero no logró hacerlo variar en su resultado final. Carlos XII perdió la vida al final de su campaña, y sus ejércitos fueron destrozados, por lo que la paz terminó con los sueños imperiales de Suecia.
- Guerra de Sucesión Española (1701-14). Francia, España y Baviera vs. Austria, Alemania, Provincias Unidas y Gran Bretaña. Adicionalmente Portugal y Saboya colaboraron con los primeros en 1703. Es interesante observar que Portugal fue neutralizada por el *Acuerdo de Methuen*, firmado con Gran Bretaña. El origen de este conflicto fue el hecho que Felipe de Anjou -que luego sería Felipe V de España-, era a la vez heredero de la corona de Francia, por ser nieto de Luis XIV. Las fuerzas combinadas de España y Francia -por ese entonces las dos grandes potencias políticas y militares del mundo-, se vieron enfrentadas por una gigantesca coalición de prácticamente todas las otras potencias de Europa. Sintéticamente, Holanda obtuvo algunas ventajas, así como Francia, y en menores escalas otras potencias; España fue la perdedora, resignando todas sus posesiones europeas y otorgando ventajas a Inglaterra en sus posesiones en América; mientras que la gran vencedora fue Gran Bretaña, que dio importantes pasos para consolidarse como la gran potencia marítima mundial. El *Tratado de Utrech* marcó el fin de este prolongado conflicto.
- Guerra de Sucesión Polaca (1733-35). Italia, Francia, España, Baviera y Cerdeña vs. Austria y Rusia. Polonia estaba en decadencia, por los perjuicios que causaba el anacrónico mantenimiento de una estructura social muy injusta, con la riqueza concentrada en la nobleza y, como contrapartida, con grandes masas de campesinos obligados a pagar pesados tributos de servidumbre. Sin incentivos para provocar cambios, la estructura productiva siguió siendo primaria y muy anticuada. Ante la decadencia polaca, y al producirse la sucesión al trono, diversas potencias intervinieron para investir como monarca a quien mejor respondía a los intereses de cada grupo de potencias extranjeras. Finalmente, el creciente Imperio ruso y el nuevo Imperio Prusiano, ubicados al este y al oeste de la por entonces débil Polonia, triunfaron en la contienda y sojuzgaron a Polonia. El Imperio ruso fue el principal triunfador de esta contienda, prosiguiendo su expansionismo y consolidándose como gran potencia continental.
- Guerra Ruso-Turca (1736-39). Terminado el conflicto de Polonia, el Imperio ruso intentó proseguir su expansión al sureste, con lo cual colisionó con los intereses del aún poderoso Imperio Otomano. Pero no sería el último conflicto entre ambos imperios. Fue uno de los sucesivos conflictos entre ambos imperios, estando en juego el dominio de Moldavia. Precisamente en territorio de este último país se libraron también las guerras de 1768-1774 y

1787-1791, con los mismos contendientes principales (Rusia y los otomanos). Rusia no logró triunfar, pues los otomanos doblegaron los esfuerzos conjuntos de Rusia y Moldavia; faltándole a Pedro II El Grande expandirse hasta el Mar Negro para consolidarse como potencia continental. Moldavia llegó a tener acceso al Mar Negro y sus fronteras eran bastante más extensas que las actuales. Hoy Moldavia es un relativamente pequeño país ubicado entre Ucrania y Rumania, habiéndose independizado de Rusia en 1991. Dentro de su población existe una parte que pretende unificarse políticamente con Rumania, pero los independentistas han impuesto sus principios hasta comienzos del siglo XXI.

- Guerra de Sucesión Austríaca (1740-48). Al fallecer el emperador austríaco Carlos VI y no tener hijos varones se suscitó un serio problema, pues la legislación vigente impedía que una mujer pudiera acceder a sucederlo. Dicha ley se derogó con el apoyo del Sacro Imperio Romano, con lo que la proclamación recayó en su hija María Teresa, lo que malquistó a otro pretendiente al trono. Este era el Príncipe Elector de Baviera, esposo de una hija del emperador José I, hermano del fallecido Carlos VI. Sajonia, Inglaterra, Rusia, Holanda y varios Estados alemanes apoyaron a María Teresa; mientras que Prusia, Polonia, Francia, España, Suecia y otros Estados germanos e itálicos estuvieron respaldando la postura Bávara. La iniciativa bélica la tuvo Prusia, Estado que tuvo gran preponderancia en el curso de esta guerra, anexionándose la Silesia Austríaca. La guerra terminó sin mayores modificaciones en el equilibrio del poder europeo, con excepción del cambio de estatus de Prusia, que pasó a ser una de las grandes potencias militares de la época.
- Expansión colonial británica en La India y territorios adyacentes (1750-1858) -Mediante sucesivas conquistas militares, tratados diplomáticos y avances políticos, Gran Bretaña expandió sus dominios e influencia en los territorios de toda la India, Nepal, Birmania, los actuales estados de Pakistán y Bangla Desh, imponiendo la cultura y el idioma inglés, aunque no lograron anular las culturas nativas. Desde esa época comenzó la militarización de los nepaleses gurkas, que fueron tropas mercenarias de bajo costo operativo para el hoy decadente imperio.
- Guerra de los Siete Años (1756-63). Francia *vs.* Inglaterra, estando en disputa el dominio de India y Canadá. A partir de 1762 Prusia (aliada de Inglaterra) contra Rusia, Suecia y España, por el control de Silesia; venciendo la coalición anglo-prusiana sobre la franco-austríaca. La Paz de Aquisgrán (1748) no había resuelto las tensiones de Europa, pues Austria estaba disconforme por la pérdida de Silesia, mientras que Inglaterra y Francia competían con sus empresas comerciales coloniales, y adicionalmente las tensiones se acumulaban en las colonias de América. Inglaterra fue la principal ganadora, mientras que Francia soportó la caída de su primer imperio colonial.
- Guerra Ruso-Turca (1768-74). El Imperio ruso en plena consolidación combatió contra el Imperio otomano. Fue la primera de las dos guerras que Catalina II La Grande emprendió en contra del ya declarado y secular enemigo del Imperio Ruso. Rusia buscaba expandirse hacia el sur y forzar su acceso al Mar Caspio y al Mar Negro.
- Partición de Polonia (1772-1795). Tanto la Rusia Imperial de Catalina II La Grande como el nuevo Imperio Prusiano manifestaron sus vocaciones expansionistas, y la debilitada Polonia era terreno propicio para ser invadida. En 1772 Austria ocupó el territorio de Spis, mientras que Rusia no pudo reaccionar pues estaba en plena guerra contra Turquía. En 1793, y a pesar de los levantamientos populares y de las resistencias armadas dirigidas por el héroe nacional Tadeo Kosciuszko, los esfuerzos nacionalistas fueron totalmente anulados por los ejércitos invasores prusianos y rusos. En 1795 las fuerzas de Napoleón dominaron Polonia, estableciéndose en 1807 el Gran Ducado de Varsovia, subordinado a París.
- Guerra de la independencia de EE.UU. (1775-83). Contó con las valiosas ayudas de España y de Francia en 1778. La declaración de la independencia se produjo el 4 de Julio de 1776. Ya desde 1777 EE.UU. había contado con la ayuda de voluntarios aristócratas europeos, dentro de los que sobresalieron el francés Lafayette, el polaco Tadeo Kosciuszko (1746-1817) -héroe nacional de Polonia- y el prusiano Von Steuben; este último organizador del ejército norteamericano.
- Guerra de la sucesión de Baviera (1778-79). Austria *vs.* Prusia. Prusia invadió Bohemia, obteniendo ventajas con el apoyo diplomático de Rusia, quedando estos acuerdos ratificados en la Convención de Reichbach en 1790. Prusia seguía consolidándose como la gran potencia entre los desunidos Estados germanos, mellando a la vez el poderío de su gran rival en ese contexto, que era Austria.

- Cuarta Guerra Holando-Inglesa (1780-84). Las rivalidades por el dominio del comercio marítimo realizado por las grandes flotas de ambas naciones fueron la base de las rivalidades que desembocaron en esta guerra. El triunfo inglés significó la declinación holandesa en el infamante comercio de esclavos y en general consolidó el dominio británico de los mares.
- Guerra Turco-Rusa (1787-91). Rusia fue aliada de Austria, estando enmarcada en la política expansiva de Catalina II La Grande, por el pleno dominio del acceso ruso a los mares del sur de su territorio. El Imperio Otomano ofreció tenaz resistencia, siendo claro que estaba en juego el dominio de buena parte del territorio que previamente Turquía había incorporado a su otrora temible Imperio.
- Guerras de Francia (1792-1802). Conflictos contra Austria, Prusia, Inglaterra, Holanda, España, Cerdeña, Rusia, Turquía y Nápoles. En ese contexto y antes de fines del siglo XVIII surgió la figura de Napoleón Bonaparte, quien ascendió en forma meteórica y fue el general más joven del ejército francés hasta ese momento. Los conflictos tuvieron como escenario la mayor parte de Europa Occidental y buena parte de la Europa Oriental. Con Napoleón tuvieron lugar grandes campañas militares que incluso llegaron a Egipto. Francia estableció el servicio militar obligatorio, logró tener en armas a más de un millón de hombres por ese sistema (anteriormente los diversos ejércitos se constituían básicamente con mercenarios, más campesinos incorporados con poca instrucción militar, y un relativamente pequeño cuerpo de oficiales). Las tácticas de guerra cambiaron radicalmente, siendo los franceses los principales precursores. Pero en los mares, Gran Bretaña no cesó de ser la potencia dominante. Surgieron entonces las ideas de clasificar a las potencias militares en continentales y marítimas, ideas tomadas por los grandes estrategas geopolíticos de los siglos XIX y XX.
- Rusia se anexionó totalmente Polonia, por lo que pasó a ser limítrofe con Prusia y Austria (1795).
- Revolución del Loto Blanco (1796-1804) en China.
- Integración de Irlanda al Reino Unido de la Gran Bretaña mediante la Union Act. (1800). Ya poco antes, en 1791, todo el Canadá pasó a ser colonia británica, integrando el Bajo Canadá (Quebec francófono) y el Alto Canadá (angloparlante). Previamente había colonizado Australia (1788) enviando delincuentes y penados por la justicia. En 1784 la Compañía de las Indias Orientales pasó a ser de incumbencia directa del gobierno.
- Guerra de Trípoli (1801/05). Barcos de EE.UU. impusieron condiciones de “libre comercio” a los árabes de Trípoli, en el actual territorio de Libia. Los bereberes pretendían imponer una suerte de tributo para comerciar, para lo cual llegaron a atacar barcos mercantes de EE.UU. En represalia algunos barcos de guerra norteamericanos emprendieron la primera guerra marítima punitiva realizada por EE.UU., forzando a los árabes a aceptar el acceso de las mercaderías producidas en Norteamérica.
- Proclamación de la independencia de Haití (1804). Posteriormente Haití albergó a Bolívar temporalmente expulsado de América del Sur, y contribuyó con tropas a la campaña libertadora bolivariana.
- Resurgimiento del nacionalismo serbio (1804-1817). Se luchó contra la dominación otomana, entre 1804/13 y 1815/17. Se arribó a una fórmula de cogobierno entre serbios y turcos. En 1830 la Conferencia de Londres reconoció la autonomía del principado serbio.
- Guerras Napoleónicas (1805-15). Francia enfrentada a sucesivas coaliciones de los restantes Estados europeos. Napoleón alcanzó a conquistar toda Europa continental, a excepción de Rusia, no pudiendo tampoco invadir las Islas Británicas. Marcó toda una época en la historia europea, y significó grandes cambios en las estrategias políticas de las distintas potencias europeas, y notables transformaciones en las concepciones, tácticas y estrategias bélicas de ese período histórico. Habiendo surgido con la Revolución Francesa, Napoleón fue de hecho un impulsor a escala continental de las transformaciones políticas que incrementaron el poder de la burguesía, y limitaron el anterior omnímodo poder del absolutismo. El Imperio Germánico se desmembró a consecuencia de la expansión napoleónica, entre 1806 y 1807.
- Invasiones inglesas en Buenos Aires (1806 y 1807). La primera fue inicialmente exitosa, pero fue derrotada poco tiempo después. La segunda terminó en un notable y rápido fracaso militar. Fueron enfrentadas por criollos y españoles residentes en la por entonces aldea de Buenos Aires y su zona rural cercana. De algún modo, Gran Bretaña pretendía lograr el dominio político del

Virreinato, compensando de ese modo la pérdida de sus colonias en Norteamérica, las que a pesar de sus esfuerzos no logró reconquistar permanentemente.

- Guerra de la Independencia de la República Argentina (1810-1816). La fecha de finalización es considerada coincidiendo con la Declaración de la Independencia en el Congreso de Tucumán, a pesar de lo cual las acciones militares prosiguieron, terminando definitivamente recién cuando San Martín venció a los realistas en Chile y Perú, casi una década después, en 1824, en la Batalla de Ayacucho.
- Independencia del Paraguay (1811). Dirigido por el Teniente Coronel Fulgencio Yegros Franco y posteriormente por el Dr. Gaspar Rodríguez de Francia, Paraguay decidió seguir un camino político distinto al asumido por las Provincias Unidas del Río de la Plata, a cuyo virreinato pertenecía. Un hecho interesante de la independencia de Paraguay, es que se concretó prácticamente sin ninguna violencia, y jamás fue acosada posteriormente esa independencia por España, pues su mediterraneidad y la imposibilidad de acceder -en esa época- por otras vías que no fuera la fluvial, fueron factores que impidieron toda reacción de los realistas.
- Motín de Álzaga (1812). Fue un intento de insurrección, que para algunos autores habría tenido por objetivo reestablecer el dominio monárquico durante el Primer Triunvirato de Chiclana, Zarratea y Paso. Para otros autores, fue una reacción frente a las posturas afrancesadas de Castelli, Rivadavia y otros liberales a ultranza, que más que luchar por la independencia solo pretendían “cambiar de amo”. Fue reprimido con dureza, siendo fusilado Martín de Álzaga, héroe de la resistencia a las invasiones inglesas. Igual aciaga suerte tuvo otro héroe de la resistencia antibritánica, Santiago de Liniers.
- Guerra de la Independencia de las naciones andinas de Sudamérica. (1811-1820). Formaron la campaña libertadora emprendida por el otro gran libertador sudamericano, el Gral. Simón Bolívar. Ambos libertadores (Bolívar y San Martín) se encontraron en Guayaquil (actual Ecuador), finalizando la campaña el primero de ellos. Venezuela debió realizar tres revoluciones independentistas en 1811-1812 y 1816. Su independencia fue reconocida por España en 1845. El proceso de emancipación colombiano fue paralelo, llegando inclusive a constituir La Gran Colombia, que incluía a Venezuela, Nueva Granada, Colombia y Quito (actual Ecuador), constituyéndose en 1819 y disolviéndose en 1830.
- Guerra entre Inglaterra y EE.UU. (1812-13). Intentó Gran Bretaña retomar el control de sus ex colonias. Si bien inicialmente las tropas británicas lograron estar muy cerca del triunfo total, fueron finalmente derrotadas, con la ayuda brindada a EE.UU. por otras naciones europeas rivales de Gran Bretaña.
- Constitución de la Europa de los Congresos o la Europa de Metternich (1814-1830). Este período fue también llamado La Europa de la Restauración. Este movimiento político se circunscribió exclusivamente a la Europa Continental. El canciller austriaco fue el principal impulsor de un fuerte movimiento político conservador, que pretendía retrotraer la realidad política a las condiciones imperantes antes de la Revolución Francesa, volviendo consecuentemente a la constitución de gobiernos monárquicos de corte absolutista, y queriendo anular y hacer desaparecer las ideas e instituciones políticas liberales puestas en vigencia por dicha revolución y diseminadas por Bonaparte. Esta época comenzó con la caída de Napoleón, hecho que significó inicialmente un vacío de poder, al desmoronarse el imperio que el genial estratega había logrado conformar. El principio de intervención establecía que todas las potencias se comprometían a intervenir si los principios revolucionarios llegasen a amenazar el statu quo interno de cualquiera de los Estados. Para ello, las grandes potencias de la época (Rusia, Prusia, Gran Bretaña, Austria-Hungría) tuvieron asignado un papel rector en dicha política supra nacional. Esa Cuádruple Alianza se transformó en una Pentarquía, al incorporarse a ella la Francia post-napoleónica. Esa compleja política continental fue manejada por medio de seis Congresos, celebrados sucesivamente en Viena, Aquisgrán, Carlsbad, Troppau, Liubliana o Laibach y Verona. Esos Congresos modelaron el mapa político europeo, cambiando las fronteras y reasignando soberanías. Rusia y Prusia expandieron sus fronteras e influencias en este período. Las diversas jerarquías eclesiásticas jugaron un papel importante aliándose con las políticas de estos Estados conservadores, lo cual desataría después un fuerte anticlericalismo. Dentro de la mencionada Pentarquía, terminaron existiendo corrientes políticas irreconciliables, pues por una parte estaba

el bloque oriental-conservador, formado por Rusia, Austria y Prusia, y del otro el bloque occidental-liberal constituido por Francia e Inglaterra. Las ideas nacionalistas y unificadoras existentes en los todavía fragmentados Estados de Italia y Alemania, fueron duramente atacadas en este período, retardando las respectivas unificaciones nacionales. Desde 1830, una nueva era de revoluciones sociopolíticas de corte liberal puso fin a la Europa de Metternich, cobrando vigor las políticas de corte nacionalista de cada Estado. Es muy interesante acotar que si bien España no jugó un papel preponderante en ese período europeo -debido al desgaste de su proceso de independencia de Francia y a la pérdida de sus colonias en América-, solicitó el apoyo de las otras potencias continentales para restablecer sus dominios en nuestro continente, recibiendo el apoyo del Zar de Rusia. Pero ese apoyo le fue denegado por el conjunto de potencias principalmente por dos factores: el genio militar demostrado por San Martín y Bolívar, que demostró que no sería tarea fácil invadir las naciones recién emancipadas, y la influencia de Gran Bretaña que alentó esas emancipaciones para debilitar a España.

- Invasión portuguesa a la Banda Oriental -actual Uruguay- (1816). Se enmarcó en la política expansionista a ultranza de los lusitanos. Esta invasión fue una de las causas de la Guerra Argentino-Brasileña de 1825-28.
- Dictadura perpetua de Gaspar Rodríguez de Francia (1816). Gobernó con mano férrea en Paraguay, hasta su muerte en 1840. Combatió sin piedad a sus opositores, y practicó una política de aislamiento, que puede evaluarse desde distintas ópticas, tanto positivas como negativas. De las primeras, algunos autores sostienen que inculcó o acentuó el espíritu altivo e independentista de Paraguay. Dentro de estas últimas, su aislamiento restó apoyo a las otras provincias del ex-Virreinato del Río de La Plata, en sus largas luchas contra el centralismo portuario de la ciudad de Buenos Aires, y condenó a la mediterraneidad al Paraguay. También se afirma que manejó al Paraguay como un feudo propio, con escasa visión general.
- Campaña de Los Andes en Chile (1817-18). El Ejército de Los Andes de Argentina, junto con patriotas chilenos, derrotó a los realistas españoles en Chile, logrando este último país su independencia en 1818, tras haber proclamado previamente su independencia en 1811 y haber sido reestablecido en régimen colonial en 1814.
- 1º Batalla de Cepeda (1820). Las tropas de los caudillos Francisco “Pancho” Ramírez de Entre Ríos y Estanislao López de Santa Fe, derrotaron a las fuerzas enviadas por el Directorio de Buenos Aires, tropas que eran comandadas por Rondeau. El gobierno porteño se vio obligado a firmar el tratado de Pilar, a consecuencia de esta derrota de sus tropas.
- Campaña militar de San Martín en Perú (1820-24). Se concretó la liberación del Perú del dominio colonial español. Finalizó su campaña en Guayaquil Ecuador, donde se encontró con las fuerzas libertadoras de Simón Bolívar. En Buenos Aires, las conspiraciones y criterios estrechos de los rivadavianos que impulsaban el achicamiento territorial de Argentina le negaban apoyo financiero y político al Gran Libertador de Los Andes. La independencia del Perú fue proclamada en 1820, y consolidada por el gran triunfo de las fuerzas patrióticas sudamericanas en Ayacucho en 1824.
- Proclamación de la independencia del “Haití Español” -Santo Domingo- (1821).
- Revolución Griega (1821-29) para liberarse de Turquía (Imperio Otomano). Rusia intervino a favor de Grecia en 1828. La independencia griega fue obtenida en 1827. Hasta nuestros días existen serias rivalidades entre ambos países, las que se acentuaron en la isla de Chipre, cuya soberanía está dividida entre los mismos. Gran Bretaña y Francia también apoyaron la causa griega debilitando al Imperio Otomano.
- Grito de Ipiranga (1822). Se proclamó la independencia del Brasil.
- El Alto Perú -actual Bolivia- se escindió de la Provincias Unidas del Río de la Plata -actual Argentina- (1825). El General Sucre fue el líder de esta división.
- Guerra Argentino-Brasileña (1825-1828). Gran triunfo militar argentino, con valiosa intervención de la naciente Armada Argentina al mando de Guillermo Brown. Pero bajo las nefastas órdenes de Bernardino Rivadavia, el Ministro Plenipotenciario de Relaciones Exteriores, Diego García entregó vilmente por vía diplomática todo lo que se había ganado en combate. A consecuencia de la insólita derrota diplomática, Uruguay se independizó de Argentina en 1828.
- Primera Guerra Civil Portuguesa (1827-1829). Entre monárquicos y liberales. Triunfó el miguelismo, movimiento monárquico conservador.

- Fusilamiento de Dorrego (1828). El 13 de diciembre de 1828, el Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Coronel Manuel Crispulo Bernabé Dorrego fue fusilado en la Estancia El Talar, Partido de Navarro, Buenos Aires, por tropas comandadas por el General Juan Galo Lavalle. Previamente, Dorrego fue destituido de su cargo de Gobernador por Lavalle. El fusilamiento, virtual asesinato, fue instigado por políticos unitarios, dado que Dorrego era un firme defensor de las ideas federales. Según antecedentes históricos, Salvador María Del Carril - uno de los hombres afines a Rivadavia- exigió por escrito el fusilamiento. Dorrego había sido héroe de la Guerra de la Independencia, luchando al mando del General Manuel Belgrano, además de opositor al expansionismo británico en América del Sur.
- Separación de la Gran Colombia Bolivariana (1830). A consecuencia de ello, Ecuador se constituyó en nación separada de dicha virtual confederación.
- Ocupación de Argelia (1830). Francia concretó la ocupación mediante sus tropas de la Legión Extranjera. El territorio se llegó a denominar informalmente “El África Francesa”. La independencia llegó una década y media después de terminada la Segunda Guerra Mundial, luego de una cruenta guerra de insurrección y de una brutal represión.
- Período de insurrecciones en Europa (1830-1850). Marcado por el fin de la “Europa de Metternich”, resurgieron los descontentos populares, en muchos casos incluidos fuertes sentimientos nacionalistas. Dentro de ese período se concretó la independencia de Bélgica en 1830.
- Polonia fue anexada a Rusia como provincia (1830-31). Pero los más destacados patriotas polacos (como el músico F. Chopin) exiliados en París reclamaron la independencia de su patria. Esto fue un factor de inestabilidad de toda Europa, y seguiría siéndolo hasta las dos grandes guerras del siglo XX.
- Primera Guerra Carlista (1832-1839). En España, luego de expulsar a los invasores franceses napoleónicos, siguió un largo período de inestabilidad política y social. Las tensiones se agudizaron entre los partidarios de Carlos VI (los carlistas) o del Antiguo Régimen, y los anticarlistas o del Nuevo Régimen. Triunfaron los anticarlistas, y entre otras consecuencias se produjo una masiva emigración de vascos y navarros -mayoritariamente carlistas- hacia Francia y al Río de la Plata.
- Segunda Guerra Civil Portuguesa (1833). Con ayuda de los británicos, los conservadores derrotaron a los miguelistas.
- Campaña del desierto de Juan Manuel de Rosas (1833) Extendió las fronteras en La Pampa y Río Negro, integrando a los pobladores autóctonos y evitando las influencias chilenas sobre ellos y sus extensos territorios.
- Usurpación de las Islas Malvinas (1833). Perpetrada por Inglaterra contra la Argentina, nación que es la heredera histórica del archipiélago, fue concretada en una breve campaña militar a cargo de la fragata Clio, la cual desalojó al gobernador argentino Luis Vernet.
- Asesinato de Quiroga (1835). El 16 de febrero en Barranca Yaco, dos esbirros -los hermanos Reynafé- asesinaron a Juan Facundo Quiroga, quien era uno de los mayores respaldos políticos y militares de Juan Manuel de Rosas fuera de la provincia de Buenos Aires. Fue llamado “El Tigre de los Llanos”.
- Rebelión canadiense en la provincia francófona de Quebec, contra la dominación inglesa. Fue derrotada militarmente (1837). Al año siguiente (1838) estalló una nueva revuelta y esta vez la represión inglesa tuvo particular dureza. La mayoría de origen e idioma francés pretendía autogobernarse, al menos en los aspectos internos básicos, y esos derechos no fueron admitidos ni tolerados por los colonialistas británicos. Complicando más la situación, quedaban serios rencores de la época en que Francia fue desalojada militarmente del Canadá, por lo que los odios se exacerbaban. Aún hoy existen sentimientos separatistas en Quebec.
- Guerra de la Confederación Peruano Boliviana (1837-39). Chile contra Bolivia y Perú, que con su confederación pretendían volver a constituir el Imperio Inca. Fue ganada por Chile, país que se fortaleció regionalmente, siendo la primera potencia del Pacífico Sur Americano.
- Bloqueo y guerra Anglo Francesa contra la Argentina (1838-50). La paz con Inglaterra se firmó en 1849, y en 1850 con Francia. Los unitarios, desde Montevideo, apoyaron a las fuerzas extranjeras, priorizando las cuestiones de política interna (lucha de federales contra unitarios) en

lugar de los Altos Intereses Nacionales. La Vuelta de Obligado fue un hito histórico que marcó una victoria pírrica para los invasores, siendo tenaz la resistencia ofrecida por las fuerzas argentinas bajo el gobierno de Don Juan Manuel de Rosas.

- Guerra entre Escocia e Inglaterra (1839-40) llamada La Guerra de los Obispos.
- Primera de las Guerras del Opio (1839-42). Inglaterra contra China, para lograr el sometimiento de este último país, mediante la degradación de su población alentando el consumo de opio.
- Guerra Civil Uruguaya (1842-50). También llamada Guerra Grande. En ese período se enfrentaron dos sectores absolutamente irreconciliables. Uno de ellos, al mando de Oribe, estaba a favor de la reinsertión de Uruguay en la Confederación Argentina, por ese entonces dirigida por Juan Manuel de Rosas. El otro bando, fuertemente influenciado por los exiliados argentinos unitarios, opuestos a Rosas, sostenía la posición “independentista”, contraria a los antecedentes históricos y los fuertes lazos culturales y políticos de la ex Banda Oriental con la República Argentina. El más tenaz opositor a Rosas era el unitario Juan Galo Lavalle, contradictorio personaje quien había sido el promotor del fusilamiento de Dorrego. Con toda lógica, Rosas intervino a favor de los uruguayos partidarios de integrarse a La Confederación Argentina. Tanto Brasil como Inglaterra (partícipe necesaria en la gestación diplomática de Uruguay) y Francia, intervinieron en contra de Argentina. Al año siguiente, Urquiza -con ayuda de tropas brasileñas- atacó a las fuerzas rosistas, derrotándolas entre 1852 y comienzos de 1853.
- Proclamación de la independencia de la República Dominicana (1844).
- Guerra Mexicano-Estadounidense (1846-48). Comenzó con la ocupación de Texas por parte de colonos de EE.UU. Venció EE.UU. y amplió sus fronteras considerablemente hacia el sur y hacia el oeste.
- Tercera Guerra Civil Portuguesa (1846-1847). Triunfo liberal. Portugal enfrentó profundos problemas sociales y económicos, que lo rezagaron y relegaron hacia la pérdida de relevancia política y la miseria generalizada, de la cual recién mostró signos de recuperación en las últimas décadas del siglo XX, al ingresar en la CEE (Comunidad Económica Europea).
- Se constituyó Liberia (1847). En el oeste de África, se formó con ex esclavos norteamericanos de origen negro.
- Segunda Guerra Carlista (1847-1860). Esta guerra civil tuvo el mismo resultado que la precedente, triunfando los anticarlistas, desangrándose España y dejando profundos odios.
- Revoluciones en Europa Occidental (1848-1850). Fueron las culminaciones de las insurrecciones populares y los sentimientos nacionalistas comenzados tres décadas antes. Estas revoluciones comenzaron en Francia, y rápidamente se extendieron al entorno europeo, prosiguiendo en Italia, Prusia, Austria, con amenazas latentes o parcialmente manifestadas similares contra las monarquías y la aristocracia en otras naciones europeas.
- Primera Guerra Germano-Danesa (1848-1850). La política de escandinavización de los estados nórdicos, y disputas territoriales y de influencia en el Báltico, indujeron a esta y a la posterior guerra.
- Revolución Taiping en China (1850-64). Debilitó al país y posibilitó la posterior ofensiva inglesa en la 2ª Guerra del Opio. Los Taiping eran una secta cristiano-taoísta, que propugnaban cambios profundos y la modernización del sistema, aún basado en estructuras feudales con una rígida monarquía de la Dinastía Manchú. Fueron derrotados, por lo que el régimen logró perdurar un brevísimo lapso histórico.
- Derrocamiento de Rosas (1852). Con la intervención de tropas brasileñas que no llegaron a combatir pero estuvieron como reserva, y que por primera y única vez desfilaron victoriosamente en Buenos Aires, Justo José de Urquiza consiguió derrotar en la Batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, a las tropas federales que respondían a Juan Manuel de Rosas. Entre otras muchas consecuencias, el triunfo de la coalición unitaria-urquicista-brasileña significó la pérdida definitiva de la Banda Oriental (legado histórico de la Confederación Argentina, que había sido incorporado por la gestión de Rosas). También significó que, a partir de 1860, cuando las fuerzas de Mitre vencieron a las de Urquiza, se impusieron en Argentina las ideas económicas liberales, ejecutadas interrumpidamente hasta el primer gobierno de Yrigoyen. Otra consecuencia de la imposición de este modelo fue la Guerra de la Triple Alianza, hábilmente fogueada por el Imperio Británico contra el orgulloso Paraguay de los López, con sus principios de no sumisión y

de industrialización autónoma. La sanción de la Constitución Argentina en 1853, fuertemente influenciada por ideas liberales, fue la principal consecuencia jurídica de Caseros.

- “Diplomacia de la Cañonera” (1853-1854). El Comodoro Perry al mando de una cañonera norteamericana realizó una amenaza naval en Tokio, imponiendo por la fuerza condiciones de apertura económica. Japón, que vivía inmerso en un secular aislamiento, y no disponía de estructuras defensivas adecuadas, se vio en la necesidad de aceptar humillantes condiciones. Pero este hecho fue uno de los más importantes factores que condujeron casi dos décadas después a la Revolución Meiji, que triunfó en 1868, desalojando a los Shogunes (sector ultraconservador) e imponiendo una acelerada industrialización y militarización de Japón. Bajo el régimen de los shogunes, Japón estaba regido por un rígido sistema de castas sociales, bajo un sistema feudal similar al europeo de la Edad Media. Japón pasó abruptamente de la Edad Media a la Contemporánea, sin la transición de la Edad Moderna.
- Guerra de Crimea (1853-56). Rusia intentó expandirse a costa del Imperio Otomano (Turquía). Para mantener el equilibrio del poder y evitar que el creciente Imperio Ruso adquiriera mayor relevancia, Inglaterra y Francia intervinieron desde 1854 a favor de Turquía. La guerra finalizó con el triunfo de la coalición y la derrota rusa, frenándose al menos temporariamente las expansiones territoriales de los zares. De todos modos, marcó una tendencia a la declinación por parte de Turquía, y una clara vocación expansionista y una demostración de creciente poderío militar por parte de Rusia, pues para ser vencida existió una coalición de otras tres grandes potencias imperiales de la época.
- Matanza de Villamayor (1856). El 2 de febrero fueron ajusticiados sin misericordia más de 100 oficiales y soldados, que al mando del General Jerónimo Costa intentaron someter a la provincia de Buenos Aires al dominio político de la Confederación Argentina. El responsable político de este asesinato en masa recayó en Bartolomé Mitre, por entonces Ministro de Guerra de la provincia de Buenos Aires, si bien toda la plana mayor liberal porteña decidió estos ajusticiamientos. Sarmiento apoyó en duros términos esta masacre, en forma pública a través del diario “El Nacional”. A Mitre se le atribuye la autoría intelectual -publicada pero no concretada- de intentar crear la “República del Plata” que consistía en la Provincia de Buenos Aires secesionada definitivamente de la Confederación. Costa había sido héroe de la resistencia contra la flota francesa en Martín García, luchando también a favor del bando federal en Montevideo y en Caseros.
- Segunda Guerra del Opio (1856-60). China fue agredida por Inglaterra y Francia. Marcó el comienzo de la declinación china, amenazando inclusive con la disolución del enorme y milenarismo país. Recién después de la 2º Guerra Mundial, China saldría de su largo letargo para volver a asumir una posición relevante a escala mundial.
- Insurrección de La India (1857-1858). Las tropas nativas al servicio de Gran Bretaña -los cipayos- se rebelaron, logrando importantes éxitos iniciales, pero fueron derrotados y masacrados por tropas británicas ayudadas por fuerzas sikhs y gurkas. Se creó el Virreinato de La India, que perduró hasta la independencia en 1947.
- Asesinato del General Nazario Benavidez (1858). El 23 de octubre, en San Juan, fue asesinado el Gobernador Benavidez quien era leal a las ideas federales. Siendo un asesinato político, existen fuertes presunciones de haber sido instigado por los intelectuales del unitarismo. Benavidez había sido rubricante del Acuerdo de San Nicolás.
- Conquista francesa del sureste asiático (1858-1863). Por invasión, por anexión o por haber sido solicitado por las minorías dominantes, Francia se anexó los actuales territorios de Vietnam, Laos, Camboya y adyacencias; en esa época denominadas Cochinchina y Siam.
- Batalla de Cepeda (1859). También es llamada la 2º Batalla de Cepeda, dado que en 1820 se había librado otra del mismo nombre. El 23 de octubre las tropas de la Confederación, al mando de Urquiza, vencieron a las fuerzas de Buenos Aires comandadas por Mitre. No obstante el triunfo urquicista, al haber podido Mitre salvar al grueso de sus tropas, y al no invadir la ciudad de Buenos Aires, esta batalla no fue decisiva, y pocos años después se produciría la batalla de Pavón. A consecuencia de Cepeda se reformó la Constitución Nacional en 1860, admitiéndose privilegios especiales a Buenos Aires para lograr su reincorporación a la Confederación Argentina.

- Guerra Franco-Austriaca (1859). Austria enfrentó a Francia y a Piamonte (después parte de Italia). Fue de corta duración y las rivalidades subsiguientes dieron pie a sucesivos conflictos en la región.
- Asesinato del General José Antonio Virasoro (1860). En forma similar al precedente asesinato de Benavídez, existen fuertes presunciones de haber sido instigado por los conductores políticos unitarios. Virasoro -que era Gobernador de San Juan- había luchado en Caseros.
- Guerra de Unificación Italiana (1860-61). Enfrentó a Cerdeña contra Nápoles, continuando posteriormente en los sucesivos combates que llevaron a la capitulación de los Estados Pontificios, la delimitación del Vaticano dentro de los límites de Roma, y la instauración de Roma como capital de Italia.
- Batalla de Pavón (1861). Las fuerzas de Buenos Aires comandadas por Mitre derrotaron a las de la Confederación comandadas por Urquiza, el 17 de setiembre de 1861. Se consolidó la unidad nacional argentina, pero con claro predominio del puerto sobre todo el interior, y de la provincia de Buenos Aires sobre las restantes.
- Reincorporación de Santo Domingo al Imperio Español (1861). Fue solicitada basándose en severa crisis económica de esta pequeña nación isleña.
- Agresión a México (1861). El pretexto fue la falta de pago de la deuda externa, decidida por el caudillo Benito Juárez. Las flotas de Inglaterra, España y Francia fueron las agresoras. Al reanudar los pagos se retiraron las fuerzas de Inglaterra y de España, pero no las de Francia.
- Guerra de Secesión de EE.UU. (1861-65). Los Estados del norte (la Unión), partidarios de un modelo industrialista y proteccionista, vencieron a los del sur (Confederados). Con apoyo de Rusia, Francia y España, triunfó el Norte, estando el Sur apoyado por Gran Bretaña.
- Proclamación del Estado de Rumania (1861). Se nacionalizaron los bienes de la Iglesia. Ya en 1881 se organizó la explotación de los ricos yacimientos de petróleo, que desde ese momento fueron un factor estratégico hasta nuestros días. Al propio tiempo se tendieron redes ferroviarias y se modernizó el país.
- Bombardeo de Kagashima (1862). Una pequeña flota inglesa bombardeó impunemente esta ciudad portuaria, en un acto de soberbia imperial y en represalia por la muerte de un súbdito inglés. Fue otro acto de agresión que volvió a humillar a Japón y aceleró la Revolución Meiji.
- Ataques a los opositores al régimen mitrista (1862-1868). En una serie de acciones militares y para-militares, desarrolladas durante la presidencia de Bartolomé Mitre, numerosos opositores políticos fueron pasados por las armas, y otros debieron exiliarse a lugares de muy difícil acceso en el territorio nacional. Tal era la impopularidad de Mitre en el interior que debió sofocar casi 120 revoluciones y levantamientos. Existen coincidencias en varios autores revisionistas respecto al muy elevado número de muertos resultantes de la Presidencia de Mitre, en cantidad muy superior a las acaecidas en enfrentamientos fratricidas desde 1810 hasta el fin del gobierno de Rosas. Durante la Presidencia de Mitre hubo 24.500 muertes en combates civiles, 10.000 heridos de guerra muertos en los llamados “hospitales de sangre”, 5.000 fusilados o lanceados por opositores, 80.000 bajas argentinas en la impopular guerra contra Paraguay, y estimativamente 10.000 exiliados en los montes o en islas inaccesibles del río Paraná, lo que hace un total de 129.500 muertos y exiliados forzosos, a consecuencia del gobierno mitrista, con total apoyo de Sarmiento en esas acciones. Algunos de esos acontecimientos se señalan separadamente.
- Ataque de tropas mitristas al caudillo Chacho Peñaloza (1862-63). Con gran ferocidad y en una lucha de exterminio, las tropas mitristas comandadas por los coroneles uruguayos unitarios Paunero, Ambrosio Sandes, Arredondo, Irrazábal y otros vencieron a las montoneras riojanas. Acorralado, el caudillo de La Rioja, Angel Vicente Peñaloza fue asesinado y luego decapitado, y su cabeza exhibida en una pica durante ocho días en el pueblo de Olta, como atroz escarmiento para los federales que aún resistían al poder unitario y a las ideas liberales, ya triunfantes en Caseros y en Pavón. Sarmiento manifestó públicamente su alegría por esta muerte, lo cual generó grandes controversias con Alberdi y otros políticos y pensadores de esa época. El Chacho había sido fiel amigo de Facundo Quiroga.
- Guerra de México (1863-67). En ella México enfrentó los intentos colonialistas de Francia, impulsados por Napoleón III. El Archiduque Maximiliano de Austria había sido designado Emperador. Las fuerzas mexicanas al mando de Juárez derrotaron a las fuerzas invasoras.

- Guerra de la Cuádruple Alianza (1863-66). Intentos de España de restaurar el colonialismo; enfrentados por Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Argentina fue invitada a participar en defensa de las naciones hermanas de Sudamérica, pero la diferente (o muy poco comprensible) visión del General Mitre mantuvo a nuestro país en posición neutral en este cercano conflicto que tuvo visos colonialistas.
- Segunda Guerra Germano-Danesa (1864). Los territorios de Schleswig-Holstein fueron el motivo principal de la disputa bélica. Bismarck ya era el hombre fuerte de Prusia (base de la actual Alemania).
- Guerra de la Triple Alianza (1865-70). Paraguay enfrentó a Argentina, Brasil y Uruguay. Estos últimos países contaron con la ayuda del Imperio Británico, que proveyó apoyo logístico y diplomático. Nuevamente debe ponerse de manifiesto la postura del mitrismo como uno de los factores que contribuyó a desencadenar esta guerra muy poco popular entre la población argentina.
- España evacuó Santo Domingo y le concedió la independencia (1865). Las propias Cortes Españolas tomaron esta decisión.
- Revueltas musulmanas en China (1865-1877). Fueron finalmente sofocadas con intervención norteamericana. Las intervenciones extranjeras fueron imponiendo la apertura de la economía que produjo el empobrecimiento masivo de la población, y condujo a un estado general de efervescencia popular.
- Guerra Austro-Prusiana (1866). También llamada Guerra de las Siete Semanas. Austria y otros pequeños estados alemanes se enfrentaron a Prusia aliada con Italia. Se luchó entre los meses de junio y agosto de ese año.
- Ataque de fuerzas mitristas a las montoneras de Felipe Varela (1866-1868). El caudillo catamarqueño, que había sido partidario del federalismo de Rosas para posteriormente apoyar a Urquiza contra el centralismo de Mitre, era un decidido opositor a la guerra contra Paraguay (la que era muy impopular en casi todo el interior de Argentina). En plena guerra Mitre se vio obligado a desviar un fuerte destacamento al Noroeste Argentino para sofocar el alzamiento de Felipe Varela contra el centralismo porteño y el proyecto liberal. Finalmente Varela fue derrotado y las montoneras desarticuladas definitivamente.
- Revolución Meiji (1868). Los sectores progresistas desalojaron del poder a los señores feudales y ultra conservadores (reaccionarios) conocidos como Los Shogunes. A partir de este momento Japón se abocó a un acelerado proceso de industrialización y de desarrollo integral. Fue el sexto país del mundo en incorporarse a la Revolución Industrial. La modernización de su ejército fue realizada bajo el asesoramiento de militares prusianos.
- Guerra de la Independencia de Cuba o Guerra de los Diez Años (1868-78). Los sectores patriotas de Cuba enfrentaron a las fuerzas españolas, culminando con un Tratado, el que en esencia no modificó el statu quo colonial.
- Grito de independencia de Puerto Rico (1868). Esa independencia se perdió a consecuencia de la guerra hispano norteamericana de 1898, pasando a ser posteriormente un “Estado asociado” a los EE.UU.
- Rebelión del Río Colorado (1869-70). Canadá enfrentó a los rebeldes Manitobas. Esta extensa provincia canadiense del centro sur, de 650.000 Km² cuyo nombre de origen aborigen significa “pasaje del gran espíritu”, soportó una crisis en esa época motivada por el avance de colonos blancos norteamericanos y canadienses, en tierras de los pobladores locales Métis. Ya en 1860 el dominio del Canadá había intentado comprar las tierras de la Compañía de la Bahía de Hudson. Las tratativas prosiguieron sin que se tuvieran en cuenta los intereses de los pobladores originales. Ante la presunción que sus tierras serían usurpadas y su cultura aniquilada, estalló una oposición armada, liderada por Louis Riel. Esa fue la “Rebelión del Río Rojo”. Los rebeldes establecieron un gobierno provisional, y finalmente negociaron su incorporación al Canadá como Provincia Manitoba, pasando al dominio canadiense el 15/07/1870.
- Guerra Ruso-Turca (1869-70). Nuevo enfrentamiento entre estos dos históricos enemigos geopolíticos.
- Asesinato de Urquiza (1870). El 11 de abril de 1870, 50 hombres irrumpieron en el Palacio de San José de Flores, asesinando a Urquiza, quien era gobernador de Entre Ríos. El General Justo

José de Urquiza no tenía ninguna custodia al ocurrir la tragedia. El hecho fue imputado a su opositor político Ricardo López Jordán, quien fue prontamente investido como gobernador por la legislatura provincial. Los hijos de Urquiza, Justo y Waldino, fueron también asesinados ese día en Concordia. Conociéndose la autoría intelectual del asesinato, Sarmiento intervino la provincia, siendo esta intervención resistida por la fuerza de las armas durante un prolongado tiempo.

- Guerra Franco-Prusiana (1870). Entre julio y setiembre se enfrentaron ambas naciones, con un claro triunfo prusiano. Ese triunfo militar se considera el momento histórico que brindó la base política para la constitución del moderno Estado alemán. Para Francia significó una muy severa crisis de los valores nacionales, ante la severa humillación a la que fue sometido el orgullo galo. Esta guerra fue el principal prolegómeno y una de las principales causas políticas de la 1ª Guerra Mundial.
- Derrota y disolución de los Estados Pontificios (1870-71). Con este hecho se procedió a la unificación política de Italia. Garibaldi fue el más relevante luchador de la unificación italiana. Por un plebiscito Roma se convirtió en la capital de Italia. El Vaticano quedó reducido a una pequeña parte de la ciudad de Roma.
- Ataque de fuerzas centrales enviadas por Sarmiento contra Ricardo López Jordán (1870-73). La rebelión de López Jordán, sobrino de Pancho Ramírez, fue sofocada.
- Tercera Guerra Carlista (1873-1875). Nuevamente se alzaron las provincias del norte de España (navarros, catalanes y vascos) a favor de Carlos VII; pero otra vez fueron derrotados por los liberales, a esta altura partidarios de Alfonso XII de los Borbones. Además de las consecuencias internas en España, esto provocó una nueva emigración masiva de vascos hacia Argentina y Uruguay.
- Capitulación de Mitre en “La Verde” (1874). En jurisdicción de Junín, provincia de Buenos Aires, Bartolomé Mitre fue derrotado por el Coronel Inocencio Arias.
- Guerra Serbio-Turca (1875-76). Constituyó una expresión de la crisis de Los Balcanes, en la que las naciones sometidas al Imperio Otomano pugnaban por liberarse de los opresores. Fue el prolegómeno de la siguiente guerra ruso-turca.
- Guerra Ruso-Turca (1877-78). Constituyó la mayor expresión hasta esa fecha del paneslavismo, y significó un avance ruso sobre los otomanos. Pero Los Balcanes continuaron siendo una zona de gran inestabilidad política y de fragilidad del equilibrio militar.
- Campaña del Desierto del General Julio Argentino Roca (1878-85). La República Argentina doblegó las resistencias de los pobladores nativos de la región andina del sur y patagónica. Fue un hecho histórico que consolidó la soberanía argentina en los extensos territorios australes, y evitó que Chile estableciera su soberanía en la Patagonia argentina.
- Guerra Zulú (1879). La antigua Nación Zulú fue aniquilada por tropas británicas, dotadas de armamento moderno y muy superior a las armas históricas de los nativos de Sudáfrica. Para dar una idea, se enfrentaron tropas dotadas de las por ese entonces nuevas ametralladoras norteamericanas Gatling, contra las lanzas zulúes. Fue el paso previo a la conquista de Rhodesia para dominar los yacimientos de oro y diamantes de Sudáfrica.
- Guerra del Pacífico (1879-83). También llamada Guerra del Guano. Fue un nuevo enfrentamiento de Chile contra Bolivia y Perú. Además de los odios históricos, el pretexto fue la comercialización del guano de las aves, como base de producción de fertilizantes. Chile ganó la guerra básicamente en el mar, y conquistó territorios a costa de los vencidos. Bolivia perdió su salida al mar. Al estar Chile con sus recursos bélicos comprometidos en esta guerra, se vio impedido de oponer resistencia a la Conquista del Desierto realizada por el General Roca en la Patagonia. No obstante, varios historiadores opinan que al ser Perú aliado histórico de Argentina, y al haber sido Bolivia parte integrante del territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sumado todo ello al claro expansionismo manifestado por Chile, Argentina debió intervenir en este conflicto aliándose a Bolivia y Perú.
- Combates de Barracas, Puente Alsina y Los Corrales (1880). Del 17 al 21 de junio combatieron las tropas de la provincia de Buenos Aires contra las de la Nación, triunfando estas últimas. Previamente el Gobierno Nacional debió salir de Buenos Aires instalándose en Belgrano. A consecuencia de esto, Buenos Aires se subordinó al poder nacional y el 8 de diciembre se

sancionó la federalización de la ciudad de Buenos Aires, separándose geográficamente los poderes de la Nación y de la provincia de Buenos Aires, trasladados estos últimos a La Plata.

- Instalación francesa en Túnez (1881). Se estableció el protectorado.
- Proclamación del Reino Serbio (1882). Fue uno de los prolegómenos de la guerra con Bulgaria, y otro de los factores principales en sucesivas guerras europeas, en una región particularmente conflictiva.
- Ocupación de Egipto por parte de Gran Bretaña (1882).
- Conferencia de Berlín (1884-1885). Convocada por Bismark, las potencias europeas acordaron la división colonial del continente africano, comprometiéndose a respetar entre ellas los dominios de cada potencia. Los derechos de los pobladores nativos no formaron parte de las discusiones. Previamente los invasores europeos habían destrozado los regímenes locales de gobierno de cada uno de los pueblos sometidos.
- Declaración de protectorados alemanes (1884-1885). Camerún y Togo, África del Sudoeste (entre Angola y El Cabo), África Oriental Alemana (entre los grandes lagos y Rhodesia), territorios coloniales del Pacífico (en Nueva Guinea y las Islas Marshall).
- Congo Belga (1885). Fue adquirido por su monarca Leopoldo II, pasando posteriormente a propiedad del Estado Belga. La independencia recién se produjo en 1960.
- Guerra Serbio-Búlgara (1885). Sin ayuda exterior venció Bulgaria, que ya antes se había anexionado la Rumelia Oriental. Pero no superó su situación de atraso económico y social.
- Guerra Franco-China (1885). Terminó con la Paz de Tientsin, por la que China renunció al tutelaje sobre Annam, pasando Tonkin (en el actual territorio de Vietnam) a manos de Francia. Este proceso tuvo vinculación con la consolidación de la Indochina Francesa, extenso territorio imperial galo que perduró hasta poco después de la finalización de la 2º Guerra Mundial.
- Conquistas de Somalia, Kenia y Uganda (1884-1895). Pasaron a ser colonias británicas.
- Eritrea fue anexionada por Italia (1887-1890).
- Somalia cayó bajo el dominio italiano (1889).
- Sudán fue sometido por tropas egipcias y británicas (1899).
- Revolución del Parque (1890). Fue un levantamiento armado de tipo popular, liderado por la Unión Cívica (en ese entonces de orientación nacional, fuertemente reformista y popular), realizado en contra del establishment conservador-liberal (políticamente conservador, económicamente liberal ultra-ortodoxo) que gobernaba omnímodo en Argentina desde la presidencia de Bartolomé Mitre. Se la llamó de esta forma, porque los combates armados tuvieron lugar en el Parque Tres de Febrero, en la ciudad de Buenos Aires. Al cabo de pocos días de luchas y con un saldo indeterminado de bajas, los revolucionarios capitularon al ser muy inferiores en número y sobre todo en equipamiento, que las tropas policiales y militares que les hicieron frente. El “régimen” dictó una amplia amnistía para favorecer la pacificación y a la vez para evitar nuevos alzamientos populares. Las figuras políticas de Leandro Alem, de Aristóbulo del Valle, y poco después de Hipólito Yrigoyen, cobraron enorme relevancia dentro del arco político opositor de Argentina. Si bien la revolución fue derrotada, ocasionó la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman, siendo sucedido por su vicepresidente Carlos Pellegrini, cuya postura y gobierno resultaron mucho más afines a los intereses nacionales, si bien ello no fue entendido así en su época por la Unión Cívica.
- Nuevo levantamiento revolucionario en Argentina (1895). Las profundas injusticias sociales y las continuas maniobras políticas de perpetuación en el poder del “modelo” liberal-conservador provocaron gran descontento. Los disturbios costaron la renuncia del presidente Luis Sáenz Peña.
- Guerra Chino Japonesa (1894-95). Japón venció y se expandió en su cercano *hinterland*, como base de su expansión imperial y desarrollo industrial acelerado; todo lo cual a su vez se fundamentó en un proceso de militarización muy acentuado, el cual tomó como modelo a las fuerzas armadas prusianas.
- Anexión de Madagascar por parte de Francia (1895-1896). El dominio se extendió a una serie de islas que se ubican desde las Comores hasta las Kerguelen, siendo la más grande Madagascar.
- Guerra de la independencia de Cuba (1895-98). En este proceso falleció el héroe nacional José Martí. Los patriotas cubanos contaron con la ayuda de tropas de EE.UU., venciendo a España. El proceso significó una gran decepción para los cubanos, pues EE.UU. estableció de hecho una

especie de protectorado en la isla, manejando desde ese momento gobiernos títeres, con una marcada desigualdad social en el marco de una economía primaria y dependiente. EE.UU. A la vez, estableció el formal protectorado sobre Puerto Rico, y también venció a España en Filipinas, en donde la influencia norteamericana fue tan grande que incluso cambió el idioma oficial, pues dejó de hablarse español para utilizarse el inglés.

- Guerra Greco-Turca (1897). Estaba en juego el dominio de la isla de Creta, la cual en 1908 pasó a estar bajo la soberanía griega.
- Conquista de Rhodesia (1888-1891). Su nombre fue tomado de Cecil Rhodes, financista británico vinculado con las explotaciones de oro y diamantes.
- Guerra de los Boers (1899-1902). Los colonos holandeses del Estado de Orange, en Sudáfrica, se rebelaron contra el colonialismo inglés, siendo finalmente vencidos al no obtener suministros bélicos ni apoyos diplomáticos de otras potencias europeas. Las riquezas minerales de Sudáfrica fueron el motivo principal de Gran Bretaña para intentar perpetuar su dominación en este territorio. Aún hoy el comercio de oro y de diamantes de Sudáfrica se maneja en buena parte desde Londres.
- Rebelión de los Boxers en China (1900). Diversas potencias extranjeras sofocaron la rebelión, que en su momento tomó el control de las principales ciudades de China. En forma algo descoordinada a falta de una estrategia general, el objetivo de los Boxers era librar a China del dominio de los extranjeros. Fueron reprimidos con extrema dureza, siendo ejecutados en masa. El movimiento Boxer contaba con el tácito apoyo de la emperatriz china. Las potencias que sofocaron el movimiento fueron Rusia, Japón, EE.UU., Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Austria.
- Agresiones de potencias europeas contra Venezuela (1902). Alemania, Gran Bretaña e Italia enviaron una flota de guerra, pretendiendo extorsionar a Venezuela ante deudas impagas, amenazando incluso con quitarle más territorios que los que ya había perdido (las Guayanas y varias islas cercanas al continente). Fue crucial en defensa de la postura venezolana el papel desempeñado por Argentina, por medio del Canciller Luis María Drago, poniendo freno al expansionismo europeo en Sudamérica. Dentro de un documento diplomático de muy alto nivel intelectual, posiblemente la frase más relevante que sintetiza la postura que mantuvo Argentina en esa oportunidad, y que guió el accionar de las relaciones exteriores de nuestro país en el marco de la doctrina de la no intervención en terceros países, fue la siguiente: “La deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada, ni menos a la ocupación territorial, del suelo de las naciones americanas por parte de una potencia europea.” La hoy llamada “Doctrina Drago” es aplicable a toda agresión a cualquier nación latinoamericana.
- Se sancionó la Constitución Autónoma de Islandia (1903).
- Terminación del proceso de agresión contra Colombia (1903). En base al cual, con apoyo de marines norteamericanos se concretó la parte formal de la “independencia” de Panamá, que en los hechos operó como un protectorado norteamericano hasta nuestros días, al punto tal que ni siquiera posee moneda propia. Ese proceso de desguazamiento parcial de Colombia fue provocado para que los empresarios de EE.UU., con el pleno apoyo del Departamento de Estado de dicha potencia, pudieran proseguir la construcción del Canal de Panamá, obra que había sido emprendida originalmente bajo la dirección del francés Fernando De Lesseps, quien antes había logrado construir el Canal de Suez.
- Dominio del África Occidental (1904). Francia se consolidó conformando un gobierno local, que permitió su expansión al este.
- “Entente” Cordial Franco-Inglesa (1904). Francia se consolidó en Marruecos, y a cambio Gran Bretaña se afirmó en su política colonial en Egipto.
- Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905). Las políticas expansionistas de los imperios ruso y japonés estaban colisionando con creciente intensidad, dado que los respectivos *hinterlands* se superponían en el extremo oriental de Asia, particularmente en Manchuria, en China y en la península de Corea. Las fricciones fueron en aumento desde comienzos de siglo, y ya en 1903 el conflicto bélico parecía inevitable. Japón, en pleno proceso expansionista e industrialista, necesitaba imperiosamente contar con fuentes seguras de abastecimiento de materias primas diversas y en gran cantidad. Para ello, y dentro de esa concepción geopolítica, dominar un amplio

territorio continental era una necesidad básica. Manchuria y la península de Corea están muy próximos al archipiélago japonés, y hacia allí se había expandido el ejército japonés. Japón tenía ventajas estratégicas, pues su frente interno estaba monolíticamente conformado, mientras que en Rusia el descontento de las masas populares era ya palpable. Estratégicamente, también tenía considerables ventajas Japón, pues sus bases de aprovisionamiento estaban ubicadas muy cerca, contando con toda su estructura industrial en las cercanías del lugar del potencial conflicto. Rusia, en cambio, tenía su centro de poder y sus industrias muy lejos, más allá de los Montes Urales, en la Rusia Europea. Por tierra, el abastecimiento dependía únicamente del ferrocarril transiberiano, el que debe recorrer enormes distancias desde la Rusia Europea a la costa del Océano Pacífico. Finalmente la guerra se decidió en el mar. Rusia envió su flota del Báltico, en un prolongado y desgastante viaje rodeando Europa, África y el sur de Asia, para ser aniquilada en una única gran batalla. *La flota japonesa se vio considerablemente reforzada con dos nuevos y muy modernos acorazados, que la Argentina le cedió, respondiendo un formal pedido de Japón.* Al vencer Japón, Manchuria fue dividida, quedando el norte bajo el dominio ruso, pasando el sur a ser posesión japonesa. Adicionalmente, Rusia reconoció a Corea como protectorado de Japón.

- Período de inestabilidad política en Paraguay (1904-1906). Tuvo tres presidentes: Juan Bautista Gaona Figueredo, Cecilio Báez González y Benigno Asunción Ferreira; este último constitucional.
- Revolución rusa (1905). La derrota militar acentuó el descontento que ya existía a consecuencia de las injusticias sociales vigentes en Rusia. Si bien Nicolás II logró hacer prevalecer las instituciones zaristas, el descontento siguió y desembocó en la revolución de 1917.
- Formación del Kuomintang (1905). Partido Nacional del Pueblo, creado en China sobre la base de principios nacionalistas, democráticos y propiciando profundas reformas económicas.
- Constitución de la Triple Entente (1908). Sumó a Rusia a Inglaterra y Francia. Preocupaba el creciente poderío alemán y la inestabilidad política generalizada de Europa. Existían marcadas rivalidades por los dominios coloniales en África y Asia.
- Inestabilidad política en Paraguay (1908-1912). Seis presidentes, de los cuales el último fue constitucional: Emiliano González Navero, Manuel Gondra Pereira, Albino Jara Benegas, Liberato Marcial Rojas Cabral, Pedro Pablo Peña Cañete y Eduardo Shaerer Vera.
- Insurrección popular en México (1909). La dictadura de Porfirio Díaz, que acentuó los privilegios de la minoría acaudalada y de los inversores extranjeros, fue finalmente derrocada en 1911.
- Anexión del África Ecuatorial (1910). Francia extendió sus dominios coloniales.
- Revolución del Kuomintang o de los jóvenes chinos (1911). Condujo a la proclamación de la República China el 12/02/1912. Al propio tiempo, Mongolia en 1911 y El Tíbet en 1912 proclamaron sus autonomías.
- Guerra Ítalo-Turca (1911-12). El acuerdo rubricado a su fin fue perjudicial para el Imperio Otomano, el cual ya mostraba claros síntomas de debilitamiento. Entre otros factores, Turquía no había desarrollado un poderío industrial acorde a su situación de potencia regional, como había llegado a ser tiempo antes. Italia se anexó Libia, y Turquía reconoció su soberanía en ese territorio. Italia ocupó las islas de Rodas y del Dodecaneso, junto al territorio continental asiático de Turquía.
- El Grito de Alcorta (1912). Fue una masiva protesta de los agricultores de toda la provincia de Santa Fe y del norte y oeste de Buenos Aires, del sur de Córdoba y de La Pampa. La masiva inmigración de italianos que habían llegado a la Argentina en los treinta años precedentes, de aproximadamente tres millones de personas, había tenido, entre otros efectos benéficos, el de incrementar superficie sembrada en la Pampa Húmeda, que había pasado de 2.100.000 ha. a 20.000.000 de ha. en esas tres décadas. Pero dado que las tierras ya habían sido adjudicadas en propiedad a unas pocas familias -preponderantemente porteñas- a lo largo de los sucesivos hechos políticos y militares que sucedieron desde 1810 a 1880, la mayor parte de los nuevos agricultores no pudieron acceder a la propiedad de las tierras que trabajaban. Ante la ausencia del accionar del Estado para regular las relaciones entre propietarios y arrendatarios, por lo general las condiciones de arrendamientos fueron muy desfavorables para los nuevos agricultores. La excepcional cosecha de 1912, de la cual prácticamente no quedaron ganancias para los agricultores arrendatarios de campos, hizo estallar espontáneamente las protestas, comenzando

las mismas en la localidad de Alcorta, en la provincia de Santa Fe, el 25 de junio de 1912, centrándose las reuniones en el Club Italiano de esa población. Al poco tiempo, se estima que 100.000 agricultores se habían plegado al paro. El líder del movimiento fue el abogado italiano Francisco Netri. Otro de los líderes fue Luis Denegri, quien con varios de sus seguidores abrazó la filosofía del Georgismo, favorable a la implementación de un impuesto único a la tierra y otras medidas que sin coincidir con posturas “maximalistas” (comunistas y anarquistas) de aplicarse habrían cambiado el statu quo de la oligarquía terrateniente. Trabajosamente se consiguieron varias mejoras en la situación de los arrendatarios, si bien no se logró acceder a la propiedad de las tierras labradas. Se considera que estos sucesos fueron un eslabón más de los que condujeron al triunfo de Yrigoyen en 1916. Otra consecuencia del Grito de Alcorta fue la creación de la Federación Agraria Argentina, entidad representativa de los pequeños y medianos agricultores, que desde entonces tuvo una postura marcadamente diferente de la ultra liberal-conservadora y oligárquica de la Sociedad Rural Argentina. El abogado Netri fue asesinado por encargo el 5 de octubre de 1916. Estas protestas habían comenzado junto con los festejos del Centenario (1910) y prosiguieron toda la década.

- Autonomía del Tíbet (1912). Había estado bajo el dominio chino. Durante la 1º Guerra Mundial, en 1918, Tíbet rechazó una invasión de China. Después de la 2º Guerra Mundial, tropas chinas tomaron el Tíbet, exiliándose el líder espiritual Dalai Lama.
- Guerra de los Balcanes (1912-13). Turquía debió enfrentar a Grecia, Bulgaria, Serbia y Montenegro. El Imperio Otomano se iba disgregando rápida e irremisiblemente.
- Segunda Guerra de los Balcanes (1913). Bulgaria enfrentó a Grecia, Serbia, Turquía y las otras repúblicas balcánicas.
- Intervención armada norteamericana en México (1914). Las ideas nacionalistas de Pancho Villa resultaban molestas a los inversores norteamericanos y británicos, que dominaban los sectores petrolífero y ferroviario, entre otros.
- Primera Guerra Mundial (1914-1918). El sector de los aliados, conformado por Inglaterra, Francia y Rusia (inicialmente), a los que se sumaron Japón (1914), Italia (1915), Rumania (1916) y EE.UU. (1917), enfrentó a las potencias del eje, integrado por Alemania, el Imperio Austro Húngaro, Turquía y (desde 1915) Bulgaria. Fue definida como una guerra de imperios, en la que la potencia marítima y colonialista (Gran Bretaña) con sus aliados (también con vocación colonialista varios de ellos) se enfrentaron a la surgente potencia continental (Alemania), que en su expansión económica y política colisionaba con los *hinterlands* de las otras potencias. Después de un prolongado estancamiento con luchas de trincheras, la entrada de EE.UU. en el conflicto volcó la balanza del poder a favor de los aliados, a pesar de la defección rusa a consecuencia de la Revolución Bolchevique, ocurrida en pleno conflicto (1917).
- Ocupación norteamericana de Haití (1915). Esta invasión tuvo entre otras la consecuencia de pagar la deuda externa puntualmente, mientras la miseria se extendía por esta pequeña nación.
- Ocupación norteamericana de Santo Domingo (1916-1920). Al ser el principal acreedor, se encontró “el justificativo” para esta invasión.
- Acuerdo árabe británico (1915-1916). Durante la 1º Guerra Mundial, y como parte de las maniobras para limitar la influencia germana en Medio Oriente, Gran Bretaña acordó apoyar las aspiraciones independentistas de las naciones árabes. Esto no fue cumplido al finalizar la guerra, pues Francia y Gran Bretaña establecieron las bases de la partición de sus dominios coloniales en la región, sin respetar los deseos de la población local.
- Guerra de los Señores Feudales Chinos (1916-1926). Un sector apoyado por Japón enfrentó al otro apoyado por potencias europeas. Posteriormente, el Kuomintang (Partido Nacionalista) daría otra orientación a las prolongadas luchas internas, a las que se sumaría poco después el Partido Comunista Chino, que triunfaría después de la 2º Guerra Mundial.
- Declaración de Lord Balfour (1917). Iniciativa conducente a constituir un Estado Hebreo en territorio de Palestina.
- Hundimiento del barco argentino Monte Protegido (1917). Fue torpedeado por submarinos alemanes. Argentina protestó enérgicamente y obtuvo las reparaciones correspondientes. En Buenos Aires hubo violentas manifestaciones antigermanas en instituciones como el Club Alemán y empresas de propiedad germana. El suceso fue aprovechado por los anglófilos de

Argentina, vinculados con la oligarquía, que querían la intervención en la 1° Guerra Mundial a favor de los aliados. Yrigoyen se mantuvo en la neutralidad.

- Revolución Bolchevique (1917). Marcó un hito político que marcaría la historia política mundial hasta la caída y disolución de la URSS en 1991. Fue la primera vez que la doctrina político-económica del comunismo marxista se imponía en un Estado. El proceso revolucionario fue largo y sangriento, habiendo recibido los mencheviques (rusos zaristas) apoyos de tropas norteamericanas, inglesas y de otras potencias.
- Independencia de Finlandia (1918). Aprovechando la coyuntura favorable, por la Revolución Bolchevique, Finlandia se independizó de Rusia. El proceso fue seguido por una guerra civil entre sectores nacionalistas y comunistas. Triunfaron los primeros, terminando las hostilidades internas en 1920. Anteriormente, Finlandia había estado bajo dominio de Suecia, hasta que al ser derrotado Carlos XII de Suecia por Pedro II El Grande de Rusia, había quedado bajo el dominio de este último país.
- Proclamaciones de repúblicas europeas reconstituidas después de la guerra (1918). Disuelto el Imperio Austro-Húngaro, se proclamaron las repúblicas de Austria, Hungría y Checoslovaquia, casi al mismo tiempo, entre octubre y noviembre de ese año.
- Comienzo del proceso político de separación de las Indias Holandesas (1918). Posteriormente se transformó en Indonesia.
- Sucesos de la llamada “Semana Trágica” en Buenos Aires (1918-1919). Si bien hubo una sucesión de protestas de mayor o menor violencia, en el largo período entre la institucionalización argentina (década del '60 en el siglo XIX) y la revolución de orientación nacionalista de 1943, los más conocidos y de mayor violencia fueron la “Semana Trágica” y la “Patagonia Rebelde”. Los epicentros estuvieron situados en las dos Plantas de la empresa siderúrgica Vasena E Hijos. Esta empresa originariamente era de capitales argentinos, pero antes de producirse estos disturbios había sido adquirida por capitales británicos. El 2 de diciembre de 1918 se había declarado una huelga en esta fábrica. Las reivindicaciones salariales y sociales pedidas eran absolutamente justas, si se las analiza con parámetros de equidad (mejores condiciones laborales, jornadas semanales de 48 horas, aumento de sueldos -que estaban muy deprimidos-, pagos compensatorios de las horas extras y de los horarios especiales (sábado por la tarde, domingos y días festivos, etc.). Cabe acotar que la CORA (Central Obrera de la República Argentina), poco antes se había fusionado en la FORA (Federación Obrera de la República Argentina), en la cual había logrado minimizar la influencia de los grupos anarquistas, comunistas y otros “maximalistas”. Por una parte se verificaron posiciones de dureza en la parte patronal, que se negaba a las negociaciones. Adicionalmente, la sumatoria de injusticias sociales “del régimen” (como se llamaba al gobierno de los conservadores, ininterrumpido desde Mitre hasta la asunción de Yrigoyen), había creado un campo fértil para las protestas, ante la sumatoria de bajos salarios, abusos, injusticias, insensibilidad social, etc. Y a todo eso se le sumaban los accionares de agitadores comunistas, anarquistas, nihilistas, y en general de los llamados “maximalistas”. Estos últimos eran los que llevaban al extremo las protestas y los objetivos finales buscados por dichas protestas; serían en consecuencia los equivalentes de los “extremistas” o “fundamentalistas” de nuestros tiempos. Las dos centrales obreras existentes: la FORA 5° Congreso (anarquista) y la FORA 9° Congreso (sindicalista no partidaria) se sumaron a los reclamos. Inicialmente, la situación pareció encauzarse pacíficamente, pero ante una sumatoria de posturas intransigentes, las acciones de provocadores y el aporte a la violencia tanto de diarios anarquistas como de la “prensa seria” adicta al régimen conservador, sumado a las injusticias sociales existentes, los sucesos bélicos volvieron a desencadenarse con mayor violencia, particularmente entre los días 9 y 12 de enero de 1919. En un momento dado, el clima de violencia existente y las proclamas de neto corte revolucionario hicieron temer el desencadenamiento de una profunda revolución social, que pudo tener características similares a la por entonces muy reciente revolución bolchevique. El gobierno de Yrigoyen encomendó al General Dellepiane el comando general del sofocamiento de la insurrección, que por ese entonces asumía características masivas. El Jefe de Policía Elpidio González intentó negociar una salida pacífica, pero en las gestiones fue agredido y casi perdió la vida. Los combates posteriores fueron de particular dureza, y para algunos autores uno de los factores que impidió mayores derramamientos de sangre fue la medida que dentro de la situación mostró el General Dellepiane. Finalmente, el levantamiento que había adquirido connotaciones

anarquistas “duras”, fue totalmente desarticulado. No existe coincidencia en el número total de muertos y heridos que fueron consecuencia de la llamada “semana trágica”.

- Proclamación del rey de Siria (1918-1920). A pesar de ello, Siria continuó siendo un protectorado francés.
- Nuevo período de crisis política en Paraguay (1919-1923).
- Siam ingresó a la Sociedad de Las Naciones (1920). Significó un cambio del anterior estatus colonial francés. En 1939 pasó a denominarse Tailandia.
- Invasión de Hungría (1919-1920). Sacando provecho de la debilidad por las luchas internas de Hungría, Rumania invadió a ese país, ocupando Budapest y anexionándose las 2/3 partes del territorio y casi el 60% de la población.
- Guerra de la Independencia de Afganistán (1919-1929). Buscó separarse de la India Británica. En 1921 Gran Bretaña reconoció la independencia afgana.
- Golpe de Estado en Bolivia (1919). Se instaló una dictadura que favoreció la instalación de empresas de capitales norteamericanos.
- Guerra Polaco Soviética (1920). Fue librada entre abril y octubre de ese año. Al término de este conflicto Rusia se transformó en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1921, incorporando numerosas repúblicas de su entorno geográfico.
- Masacre de Armenia (1920-1921). Turquía, previo acuerdo de límites con Rusia, ocupó la parte restante de Armenia, generándose una política de exterminio de la población armenia, de enormes proporciones. La población armenia emigró masivamente a Europa, a Argentina y a EE.UU.
- Guerra Greco-Turca (1920-1922). Ante el triunfo turco, Grecia perdió Tracia Oriental (Adrianópolis) y Esmirna. Las serias rivalidades entre estos dos países continúan hasta la actualidad.
- Independencia de Mongolia (1921). Posteriormente se incorporó a la Unión Soviética.
- Proclamación de los Emiratos de Iraq y de Transjordania (1921). Feisal fue investido como monarca iraquí, y Abd Ibn Hussein en Transjordania, bajo tutela inglesa.
- Sucesos de la Patagonia Rebelde (1921-1922). Tuvieron bastantes similitudes con la “Semana Trágica” ocurrida en Buenos Aires entre fines de 1918 y comienzos de 1919, aunque las peculiaridades de La Patagonia le dieron una impronta claramente diferencial. Las condiciones de abandono y de injusticia en que estaban los asalariados en las enormes soledades patagónicas, crearon el caldo de cultivo del odio, del resentimiento y de la larga e impotente espera, fácilmente transformable en ira descontrolada. De hecho que los abusos reiterados cometidos por la patronal (con las excepciones que siempre suelen existir), agravaban las condiciones de vida de por sí penosas en esas heladas y desérticas vastedades mesetarias. Según mencionan historiadores objetivos, diversos estamentos oficiales estaban plagados de corrupción, mencionando entre ellos a las fuerzas policiales y la justicia, todo lo cual contribuía a hacer más difícil las condiciones de vida de los obreros y favorecía la buena acogida que podían tener las prédicas de dirigentes gremiales proclives al anarquismo o al comunismo. Pero además del accionar de agitadores anarquistas y anarco comunistas, en La Patagonia existían otros componentes, cuyas acciones no pueden omitirse para armar el cuadro general de situación con la mayor objetividad posible. Los factores geopolíticos eran de singular importancia. Se calcula que el 90% de la población era extranjera, mayoritariamente chilena en los sectores de clase baja y media, y predominantemente inglesa entre los grandes terratenientes, aunque la familia Menéndez Behety y algunas otras -de la clase alta argentina- poseían vastísimas extensiones en La Patagonia Continental y en Tierra del Fuego. Para agravar la situación, los pagos habitualmente se hacían en vales o en moneda chilena, o alternativamente con cheques librados sobre Bancos chilenos. Debe tenerse presente que al comienzo de la década del '20 del siglo XX, la economía patagónica estaba sufriendo los embates de bajas en los precios de la lana y carne ovina, sumado a la baja en los volúmenes exportados; todo lo cual ocasionó que las ¾ partes de los peones y obreros estuviesen despedidos y librados a la buena de Dios. Sumando otros factores negativos, la mayor parte de los ex condenados liberados de la cárcel de máxima seguridad de Ushuaia, al cumplir sus condenas eran abandonados a su suerte en los puertos patagónicos. Muchos de ellos fueron reclutados por los insurrectos vinculados a la FORA 5º Congreso (Federación Obrera de la República Argentina - anarquista), siendo el principal grupo dirigido por Juan Trini -alias “El Toscano”-, que se hizo

tristemente famoso por los desmanes cometidos. Desatada la violencia, fueron hechos prisioneros al haber combatido del lado de los insurrectos, varios militares chilenos del cuerpo de Carabineros, los que no portaban uniformes. Chile alentaba “*soto voce*” la insurrección, habida cuenta de sus ambiciones expansionistas nunca desmentidas. La situación geopolítica era particularmente delicada y muy desfavorable para los intereses argentinos. Cabe analizar que las comunicaciones con toda La Patagonia y especialmente con Santa Cruz eran muy difíciles y escasas; siendo la única vinculación física posible la que se hacía por mar. En cambio, todos los extensos territorios alejados de la costa poseían relativamente fácil comunicación por tierra con Chile. En ese cuadro de situación, el gobierno nacional en la persona del Presidente Yrigoyen, comisionó en enero de 1921 al Coronel Héctor Benigno Varela, al mando del 10° Regimiento de Caballería, a adoptar todas las medidas necesarias para restablecer el orden. Lograda una tregua en las hostilidades, se rubricó un laudo que contemplaba prácticamente la totalidad de los reclamos de los obreros. No obstante, la mentalidad oligárquica de los grandes hacendados y de la Sociedad Rural Argentina hicieron letra muerta del laudo trabajosamente logrado. Eso llevó a la huelga general y después los hechos de violencia. Muchos dirigentes gremiales eran extranjeros y de clara mentalidad antinacional, por lo que atizaron más aún los ánimos. Vuelta a estallar las insurrecciones generales, que contaban con abundante provisión de armas largas desde Chile y ante la gravedad de la situación general, el Coronel Varela intimó el cese de los saqueos y hostilidades. Al no ser acatada la intimación, las tropas del Ejército Argentino, en clara inferioridad numérica pero con muy buen armamento, desarticularon a los insurrectos entre fines de 1921 y comienzos de 1922. Un hecho particularmente negativo fue que ni el Presidente Yrigoyen ni ningún otro funcionario de alto rango quiso hacer frente a las responsabilidades por haber dado la orden -en última instancia verbal- de reprimir para evitar un estado de anarquía y eventual pérdida de la soberanía argentina en La Patagonia. Poco tiempo después, ya siendo presidente Marcelo Torcuato de Alvear, el Coronel Varela fue asesinado por un anarquista alemán.

- Ocupación militar de Haití (1922). EE.UU. invadió la isla, sin mayor oposición de los haitianos, por falta de medios para resistir. Recién en 1930 se concretó una retirada parcial de las tropas de ocupación.
- Fin del proceso de ocupación de Santo Domingo (1922). Fue rubricado en Washington. En 1924 se concretó la evacuación.
- Egipto fue declarado reino independiente (1922). Proceso pacífico con la aquiescencia británica.
- Ocupación de la Cuenca del Ruhr (1923). El hecho irritó particularmente a Alemania y contribuyó a acentuar los sentimientos nacionalistas de la derrotada nación.
- Intervención norteamericana en Panamá (1924-1926). Fue acordada con las propias autoridades panameñas, siendo el gobierno de tipo ultra liberal y elitista.
- Dimisión del Presidente Alessandri en Chile (1924). Las presiones de la coalición de la oligarquía con los elementos militares afines logró forzar la dimisión presidencial, cuyas políticas de reformas sociales y económicas beneficiaban a vastos sectores de la clase media, limitando los privilegios de las minorías adineradas.
- Guerra Civil China (1925-1949). Enfrentó a comunistas y nacionalistas. Estos últimos fueron vencidos retirándose a la Isla de Formosa, donde se constituyó la China Nacionalista, también llamada Taiwan. Los líderes de ambos sectores fueron Mao Tse Tung (o Mao Tse Dong) y Chiang Kaik Sek.
- Desembarco de tropas norteamericanas en Honduras (1925). Si bien las excusas fueron las habituales de “defensa de la democracia”, “los derechos civiles” y “la defensa de la propiedad privada”, en verdad fue para proteger los intereses de la United Fruit, empresa norteamericana que monopolizaba las exportaciones de bananas.
- Independencia de El Líbano (1925). Proceso bajo tutela francesa.
- Invasión de Marruecos (1925-1927). Tras un acuerdo entre Primo de Rivera (España) y Pétain (Francia), las tropas españolas invadieron Marruecos, derrotando finalmente al jefe del Rift Marroquí Abd-El-Krim, y sometiendo a todo el país. Si bien el movimiento independentista del Rift fue totalmente sofocado, constituyó el primero de todos los que se dieron en las naciones árabes y musulmanas, para recuperar sus independencias. La cultura, religión y -en muchos

casos- la misma identidad de origen, fueron factores de cohesión en el mosaico de los pueblos islámicos. El lado africano del Estrecho de Gibraltar (Peñón de Alhucemas) permanece hasta hoy en manos españolas. O sea que España practica con un vecino débil la misma política de la cual se queja de Gran Bretaña (la usurpación del Peñón de Gibraltar).

- Ocupación militar de Nicaragua (1926). Tropas norteamericanas invadieron esta pequeña nación centroamericana, siendo tenazmente repelidos por las tropas patrióticas al mando del General César Augusto Sandino. Décadas después, el nombre del General se utilizó para el movimiento insurgente que llegó a tomar el poder en 1979.
- Constitución del Commonwealth (1926). La Comunidad Británica de Naciones tuvo gran incidencia en las guerras posteriores en las que participó Gran Bretaña, y su importancia política sigue siendo considerable. Bajo una fórmula de asociación libremente asumida, diversas ex colonias manifestaron su adhesión a Gran Bretaña. La integran además de otros territorios insulares menores, Canadá, la Unión Sudafricana, Australia, Nueva Zelanda, Irlanda del Norte y Terranova.
- Revolución en Brasil (1927). El Capitán Luis Carlos Prestes, líder de la insurrección, debió huir a Bolivia.
- Crisis político-económica en Bolivia (1930). Provocó la caída del gobierno, pero continuó la inestabilidad, por la debilidad del país en el marco de la crisis mundial.
- Levantamiento del Coronel Pomar (1931). El 20 de julio de 1931 al mando del Regimiento N° 9 con sede en Corrientes, el Coronel Pomar se alzó contra el régimen instituido con el Golpe de 1930. Al no ser acompañado por otros regimientos comprometidos en la conspiración, fue rápidamente sofocado. Volvería a intentar la revolución en 1933/34 en Paso de los Libres.
- Guerra de Manchuria (1931). Japón ocupó totalmente Manchuria, extensa provincia que originalmente perteneció a China, siendo ocupada por Rusia posteriormente, habiendo sido uno de los motivos de la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-1905. Fue rebautizada como Estado autónomo de Manchuko, cesando la ocupación con la derrota japonesa en la Segunda Guerra Mundial. El estado de beligerancia se mantuvo latente hasta la Guerra Chino-Japonesa de 1937-45.
- Insurrección armada en San Pablo - Brasil (1932). Fue dirigida contra Getulio Vargas, y terminó siendo sofocada.
- Constitución del Reino de Arabia Saudita (1932). Proceso realizado bajo tutela británica.
- Guerra del Chaco (1932-1935). Enfrentó a Paraguay y Bolivia. Tras bambalinas se movieron los intereses de grandes empresas petroleras. Desangró a dos países de economías muy pobres y con grandes necesidades sociales irresueltas, dejando profundas huellas negativas en ambos pueblos, que a medio siglo aún parecen no haber cicatrizado totalmente. Un hecho poco conocido es la ayuda de Argentina a Paraguay, enviándole armamentos y suministros, pues Paraguay comenzó luchando prácticamente con coraje y machetes, contando Bolivia con algunos blindados y aviones de bombardeo. Bolivia inició las hostilidades. La feroz contienda terminó con un pírrico triunfo paraguayo en lo militar, en la Batalla de Boquerón, y con un acuerdo diplomático que no dejó satisfecha a ninguna de las partes. El principal factotum de la paz fue el canciller argentino Carlos Saavedra Lamas, quien por sus esfuerzos de paz fue acreedor al Premio Nobel de la Paz.
- Fusilamientos de anarquistas (1932). En Casas Viejas, España. Fue un preludio de la guerra civil.
- Terranova se constituyó nuevamente en colonia británica (1932). Motivos financieros empujaron esta decisión.
- Revolución de Paso de los Libres (1933/1934). Los Coroneles Gregorio Pomar y Francisco Bosch formaron parte de una revolución que inicialmente contaba con la participación de numerosos regimientos en diversos lugares de Argentina. Sin embargo, la mayoría de los oficiales comprometidos con dicha revolución defecionó, hecho que en buena parte se atribuyó a un muy buen trabajo de inteligencia de los sectores oficialistas leales al régimen institucional conducido por Agustín P. Justo. En Paso de los Libres, provincia de Corrientes, hubo reducidos pero feroces enfrentamientos. Los insurrectos fueron rápidamente derrotados, dada la enorme disparidad de fuerzas y armamentos. Un hecho notable fue que participaron de dicha insurrección varios de los posteriormente agrupados en FORJA (Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina), tenaces opositores de la llamada “década infame”. Dentro de ellos puede mencionarse a Luis Dellepiane,

Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche. Precisamente el primer libro de Jauretche fue “El Paso de los Libres”, poema épico gauchesco que narra lo acontecido en esa asonada revolucionaria. Esta revolución estalló el 29 de diciembre de 1933, y fue totalmente sofocada en enero de 1934. Muchos de los insurrectos, después de ser tomados prisioneros, fueron degollados inmisericordemente.

- Declaración de autonomía política de Sudáfrica (1934). Se rubricó la Status of The Union Act. Culminó así un proceso comenzado una década antes.
- Rebelión de Barcelona (1934). Se alcanzó a proclamar la independencia de Cataluña. Fue rápida y duramente sofocada.
- Guerra Árabe Yemenita (1934). El Tratado de Taif puso fin formal a esta guerra.
- Persia se transformó en Irán (1935). Se formó la dinastía de los Reza (Reza Khan y Reza Palhevi) la cual fue desalojada del poder por la Revolución del Ayatolá Khomeini en 1979.
- Protesta de agricultores en Oberá-Misiones (1936). Misiones había recibido varias corrientes inmigratorias europeas, principalmente procedentes de Polonia, Ucrania y Alemania. Estos inmigrantes, junto con migrantes de otras regiones de Argentina, habían tenido acceso a la propiedad de la tierra. Las chacras se constituyeron como unidades de pequeñas dimensiones según los parámetros de la Pampa Húmeda, pues en general oscilaron entre 20 a 30 ha. Sin embargo, el cultivo madre del entonces Territorio Nacional de Misiones, la yerba mate, permitía una vida más que decorosa, si los precios de la yerba canchada alcanzaban niveles coherentes. Pero fuertes intereses tanto de grandes grupos empresarios vinculados con la importación de yerba de Paraguay y Brasil, como otros intereses empresarios argentinos del monoposonio elaborador y comercializador, permanentemente influenciaron para mantener deprimidos los precios de la hoja verde y la hoja canchada. En 1936, ese estado de situación provocó una gran movilización de colonos que se desplazaron a la por entonces nueva pero importante localidad de Oberá (hoy segunda ciudad provincial). Las protestas fueron reprimidas por las fuerzas policiales, en jornadas de violencia que costaron varias vidas humanas. Es de destacar que el legislador rosarino Lisandro de La Torre viajó personalmente a Misiones, donde permaneció varios días, interiorizándose de todo el proceso de producción de la yerba mate, al efecto de legislar en forma ecuánime y con sentido nacional. Los aspectos fundamentales de la cuestión yerbatera han tenido sucesivas oscilaciones, mejorando parcialmente y cayendo en otros años en prohibirse las cosechas, estando aún sin solución definitiva a comienzos del siglo XXI.
- Guerra entre árabes y judíos en Palestina (1936). Guerra no declarada pero abierta entre ambas comunidades de Palestina. En 1937 los regentes británicos propusieron la partición territorial.
- Tratado anglo egipcio (1936). A cambio de la formal aceptación y protección de la independencia de Egipto, se concedió a Gran Bretaña el control militar del Canal de Suez por 20 años.
- Crisis política en Paraguay (1936). El Presidente Eusebio Ayala fue depuesto por el Cnel. Rafael Franco Ojeda, el cual a su vez fue expulsado del poder en 1937, por el sector político liberal, encabezado por el Dr. Félix Paiva.
- Período de grandes represiones a opositores (1936-1938). En la URSS de Stalin, con la activa participación del NKVD al mando de Beria, se llevaron a cabo masivas deportaciones a Siberia para realizar trabajos forzosos, así como sumarios fusilamientos. El proceso se conoció como las grandes purgas ideológicas, e incluyó a militares de altas graduaciones con destacadas actuaciones en la Revolución Soviética y en la 1º Guerra Mundial.
- Guerra de Abisinia (1936-39). Italia invadió Etiopía y se anexó Abisinia, a un alto costo humano. Esta guerra, uno de los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial, fue uno de los factores que debilitaron la moral del pueblo italiano que se agotó de soportar en total nueve años de guerras casi continuas.
- Guerra Civil Española (1936-39). Enfrentó a Nacionalistas liderados por el Generalísimo Francisco Franco, con los Republicanos. Triunfaron los primeros después de una devastadora lucha sin cuartel. Fue utilizada como campo de pruebas para las armas que después se usarían al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Los Nacionalistas fueron ayudados por Alemania e Italia, incluyendo en dicha asistencia la provisión de aviones de combate. Los Republicanos recibieron ayuda de Inglaterra, Rusia, Francia y otros países, y dentro de sus combatientes

estuvieron las denominadas brigadas internacionales, formadas por voluntarios de orientación comunista o anarquista de diversas nacionalidades.

- Comienzo de la Tiranía de Anastasio Somoza en Nicaragua (1936-1956). Fue seguido por su hijo “Tachito” Somoza, quien fue derrocado por la Revolución Sandinista.
- Confiscación de bienes de la Standard Oil (1937). En Bolivia, el gobierno del Cnel. David Toro tuvo un corte de tipo nacionalista. En 1940 el Gral. Enrique Peñaranda anuló las nacionalizaciones, indemnizó a la empresa petrolera extranjera, e instauró una tiranía que incluso fusiló a huelguistas.
- Guerra Chino-Japonesa (1937-45). Japón invadió gran parte del extenso territorio chino. China recibió apoyo de los países que posteriormente serían los aliados. El resultado de la Segunda Guerra Mundial definió este conflicto. Durante esta guerra hubo un paréntesis en la larga Guerra Civil China, librada entre comunistas y nacionalistas.
- Política de Anschluss (unión) de Alemania y Austria (1938). Formaba parte de la idea de la “pangermania”, y fue uno de los prolegómenos de la guerra en Europa.
- Invasión de la región de los “sudetes” de Checoslovaquia (1939). Antes del estallido de la guerra, y basada en la unión de las minorías germánicas (sudetes) de Checoslovaquia, lo que quedaba de este país fue invadido por tropas alemanas, transformándose en el Protectorado de Bohemia y Moravia. Esto sucedió medio año antes de la invasión a Polonia.
- Acuerdo rumano con el III Reich (1939). Rumania se vinculó política y económicamente al III Reich. Sus tropas llegaron a formar parte de la ofensiva alemana contra Rusia. Previamente Bulgaria había practicado una política de alineamiento con el III Reich.
- Ocupación político militar de Albania (1939). Italia extendió su influencia a su vecino de muy pobre economía, practicando una virtual anexión.
- Guerra Ruso-Finlandesa (1939-40) Invasión rusa a Finlandia. Después de encontrar fuerte resistencia y de sufrir bajas desproporcionadas, basándose en el mayor número de tropas la URSS venció y conquistó territorios limítrofes. Adicionalmente Finlandia quedó en cierta medida bajo la tutela soviética. Molotov fue el Canciller de la URSS durante la invasión. El nombre de ese funcionario soviético fue utilizado para denominar un explosivo antitanque de alta eficacia, utilizado por las tropas finlandesas. El “cóctel molotov” consiste en una botella de vidrio llena con nafta o una mezcla de nafta y gas oil, tapada con un trapo embebido en combustible, que hace las veces de mecha. Demostró ser muy eficiente para incendiar blindados.
- Segunda Guerra Mundial (1939-45). Fue el conflicto bélico de mayores proporciones en toda la historia del mundo hasta nuestros días. Involucró a países y colonias de todos los continentes, y se libraron batallas o acciones bélicas en todos los cinco continentes. Enfrentó a los aliados contra las potencias del eje.
- Muerte del Presidente del Paraguay José Félix Estigarribia Insaurrealde (1940). Un accidente aéreo causó la tragedia. Cortó el accionar de un breve pero activo gobierno progresista. En ese mismo año había accedido al poder mediante un golpe de Estado. La inestabilidad política prosiguió intermitentemente hasta 1948, y en crisis permanente hasta 1954.
- Intervención económica norteamericana en Ecuador (1941). En ese marco Ecuador autorizó la instalación de una base militar norteamericana en las Islas Galápagos.
- Agravamiento del conflicto de límites peruano ecuatoriano (1941). Este conflicto limítrofe originó tres guerras entre estas dos naciones hermanas.
- Concesión de autonomía a Birmania (1943). Fue concedida por Gran Bretaña, como paso previo a su independencia, obtenida pacíficamente en 1947. Hoy Birmania se denomina Myanmar.
- Transformaciones políticas y recuperaciones territoriales en Tailandia (1943-1945). Al retirarse vencidas las fuerzas japonesas, se recuperaron territorios. A la vez se combatió a insurgentes comunistas y se firmaron acuerdos para las instalaciones de bases militares norteamericanas en suelo tailandés.
- Escisión política de Islandia (1944). Se separó políticamente de Dinamarca.
- Golpe de Estado cívico militar en Venezuela (1945). Concretó importantes reformas sociales.
- Guerra de Indochina (1946-54). Fue la guerra de liberación de Vietnam. Las fuerzas Vietminh, lideradas por el mítico general Ho Chi Minh derrotaron completamente a las tropas de ocupación francesas. Al término de este conflicto, Vietnam se dividió en dos: Vietnam del Norte y Vietnam

del Sur. El norte quedó gobernado por un gobierno comunista, mientras que el sur fue gobernado bajo tutela norteamericana. Posteriormente EE.UU. fue involucrándose paulatinamente, con la oposición de la guerrilla comunista vietnamita, dando origen a la Guerra de Vietnam.

- Constitución del GATT (1947). Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio. Su sede se fijó en Ginebra, Suiza.
- Primera Guerra de Palestina (1947-49). Enfrentó a árabes palestinos contra judíos palestinos. En ese momento fue constituido el Estado de Israel.
- Guerra civil de Grecia (1947-1949). Sectores comunistas intentaron secesionar el norte del territorio, pero fueron vencidos por las tropas leales al gobierno, que contaron con apoyo logístico, de inteligencia y armamentos norteamericanos.
- Independencia de La India (1947). Lograda después de un largo y cruento proceso.
- Primera Guerra Pakistani-Hindú (1947-49). Después de la independencia de La India, en un largo proceso liderado por el carismático Mahatma Gandhi, Gran Bretaña se vio obligada a conceder la independencia a la milenaria nación hindú. Pero a la vez se exacerbaron viejos odios religiosos, culturales y pseudo étnicos, separándose en forma muy traumática Pakistán, nación que originalmente poseía dos extensos territorios al nordeste y noroeste de la India, separados entre sí. Pocos años después, en 1971, el Pakistán Oriental terminó independizándose, pasando a denominarse Bangla Desh. Tropas de La India se enfrentaron con las de Pakistán, derrotándolas, momento a partir del cual se consolidó la independencia de Bangla Desh. El armisticio decretado por la ONU en 1948 de hecho consagró la división de la región de Cachemira.
- Guerra civil en Birmania (1948-1954). Fue librada por fuerzas gubernamentales contra insurgentes comunistas y contra tropas regulares de China Nacionalista. En ese mismo año (1948) se proclamó la República Socialista de Birmania.
- Cambio del estatus de Ceilán (1948). En ese año obtuvo el Estatuto de Dominio, por lo que dejó de ser colonia británica, como paso previo a su emancipación.
- Proclamación del Estado de Israel (1948). El largo proceso de instalación de población e instituciones hebreas en Palestina culminó con este acto político, el cual fue el prolegómeno de futuras guerras árabe-israelíes.
- Guerra de Palestina (1948). En buena medida los desplazamientos de los refugiados que fueron consecuencia de la proclamación del Estado de Israel, con la afluencia de nuevos habitantes hebreos en un pequeño territorio desértico ya muy poblado, originó nuevas tensiones en un ambiente político ya cargado de odios. Tanto los palestinos como los otros vecinos árabes consideraron provisoria la instalación del Estado de Israel, por lo que -entre otras cuestiones- el problema de los refugiados no fue tratado con la profundidad que el tema exigía.
- Instauración de la política del *apartheid* en Sudáfrica (1948). Intentó mantener la supremacía de la minoría blanca, oprimiendo a la mayoría negra durante prácticamente medio siglo.
- Creación de la OTAN (1949). La Organización del Tratado del Atlántico Norte, involucró a los países de Europa Occidental y EE.UU., para hacer frente a una eventual agresión del Pacto de Varsovia liderado por la URSS.
- Proclamación de la República Popular China (1949). Se realizó como consecuencia de la victoriosa gran ofensiva de las fuerzas maoístas que conquistaron Nankin.
- Creación del COMECON (1949). Entidad supra nacional de los países de Europa Oriental, para integrar sus economías, bajo el sistema comunista.
- Pacto de amistad chino-soviético (1950). Significó el respaldo político soviético al régimen de Mao, y toda la asistencia económica, tecnológica y militar, hasta la ruptura entre ambas potencias en la década del '60.
- Ocupación del Tíbet (1950). Tropas chinas ocuparon este país montañoso, que se había mantenido muy poco comunicado con el mundo.
- Guerra de Corea (1950-53). Se libró en los territorios de Corea del Sur y Corea del Norte. Hubo masivas intervenciones de tropas de China y de EE.UU., además de otras tropas en menor escala, y masivo suministro de equipos bélicos de la URSS a Corea del Norte. Fue la primera guerra en la que se utilizaron masivamente cazas a reacción por parte de ambos bandos. Terminó en una paridad de fuerzas, con las fronteras en la situación de pre-guerra.

- Guerra civil de Colombia (1951-53). La situación de inestabilidad y de alzamientos populares y levantamientos armados abarcó el período de 1946 a 1954. El período de guerra civil de particular violencia fue el del período 51-53. Las injusticias sociales, las profundas desigualdades económicas, y la concentración del poder político en la minoría privilegiada, fueron los detonantes del profundo descontento popular. En 1953, el Gral. Rojas Pinilla tomó el poder, desalojando a los políticos de los partidos tradicionales, pero la situación general no varió sustancialmente. La guerrilla que actualmente sacude socialmente a Colombia tiene sus raíces en los movimientos insurgentes de mediados del siglo pasado.
- Independencia de Libia (1951). Se instaló una monarquía pro-británica. Su corrupción, falta de sensibilidad social y de defensa de los intereses nacionales, precipitó la revolución impulsada por el Coronel Muammar Kadaffy en la década del '60, gobernando este país hasta nuestros días.
- Nacionalización del petróleo en Irán (1951). Medida impulsada por el Primer Ministro Mosadegh, la cual fue el factor principal de su derrocamiento en 1953.
- Creación de la CECA (1951). La Comunidad Europea del Carbón y del Acero, constituida originalmente entre Francia y Alemania merced a las gestiones de Claude Monnet, fue la base de la Comunidad Económica Europea.
- Revolución en Bolivia (1952). El MNR, de orientación populista y nacionalista, nacionalizó sectores claves de la economía de Bolivia.
- Revolución Monárquica Iraní (1953). Con apoyo directo de la CIA, fue depuesto el Primer Ministro Mosadegh, quien había logrado mellar el poder del Sha. En 1954 se reestablecieron los convenios con el consorcio petrolero anglo norteamericano, dejándose sin efecto la nacionalización instrumentada por el depuesto Mosadegh, aunque las regalías acordadas para Irán fueron más importantes que las vigentes hasta la década del '40. El Sha Mohamed Reza Pahlevi se mantendría en el trono por veintiseis años, pasando a ser el “gendarme regional” en el Medio Oriente Petrolero, resguardando los intereses de las grandes empresas petroleras estadounidenses y europeas, operando a la vez como una barrera en la frontera soviética, en plena era de la “guerra fría”. Fue destituido en 1979, en medio de una gran insurrección popular dirigida por los clérigos musulmanes liderados por el Ayatolá Khomeini.
- Golpe de Estado de Guatemala (1954). Los sectores más conservadores, con directo asesoramiento e intervención de la CIA, lograron destituir al gobierno populista y nacionalista de Jacobo Arbenz Guzmán, quien con sus medidas había afectado los intereses monopólicos de la United Fruit Company.
- Revolución del Partido Colorado en Paraguay (1954). Después de una larga serie de sucesivos golpes de Estado, el General Alfredo Stroessner tomó el poder y lo conservó férreamente hasta fines de la década del '80. Fue un gobierno de elites, pero con connotaciones populistas, y a la vez impulsó notables transformaciones económicas en el que era uno de los países más atrasados de toda América. El eje principal de esas transformaciones fue el aprovechamiento del enorme potencial hidroeléctrico, tanto propio como el compartido con Argentina y Brasil. En ese marco se construyeron las centrales hidroeléctricas de Acaray, Itaipú y Yacretá, que cambiaron el perfil productivo paraguayo, y prepararon sucesivas y posteriores transformaciones aún no concretadas más que en una pequeña parte.
- Guerra de Independencia de Argelia (1954-62). En un prolongado y muy sangriento conflicto, en el que se utilizaron profusamente técnicas de terrorismo, de torturas sistemáticas y otras atrocidades, después de un profundo desgaste con muchas bajas civiles y militares Francia se vio obligada a conceder la independencia al territorio colonial que consideraba pomposamente “El África Francesa”. La independencia fue reconocida bajo la presidencia de Charles de Gaulle en Francia, siendo el líder revolucionario de Argelia Ahmed Ben Bela. Ciertos sectores militaristas franceses y los colonos franceses de Argelia se sintieron traicionados por de Gaulle, llegando a consumar un atentado contra “El Gran Charles” como se llamó al máximo héroe francés de la Segunda Guerra Mundial, y varias veces presidente de la República de Francia.
- Guerra de Vietnam (1955-75). Vietnam del Norte, con apoyo logístico, de inteligencia y amplio suministro de armamentos de China y la URSS, se enfrentó a Vietnam del Sur, que a su vez contó primeramente con el apoyo de “asesores” militares norteamericanos y suministro de armamentos, logística e inteligencia de EE.UU. Posteriormente la intervención militar norteamericana fue

directa y masiva, llegando a disponer de más de 500.000 combatientes en territorio vietnamita y de sus vecinos. La guerra en lo formal se mantuvo circunscripta a territorio vietnamita, pero en la realidad se extendió a toda la ex Indochina (Vietnam, Laos, Camboya, Tailandia). Los ataques a Vietnam del Norte revistieron la forma de bombardeos masivos, principalmente realizados por la aviación, aunque en varias oportunidades se utilizó el bombardeo naval. Para los bombardeos aéreos frecuentemente se emplearon los bombarderos estratégicos B52 con base en la Isla de Guam, mientras que para bombardeos tácticos se utilizaron diversos tipos de caza bombarderos del arsenal estadounidense. Además de la artillería antiaérea convencional, y de cazas interceptores de moderno diseño, fueron utilizados en importante número los proyectiles de largo alcance tipo SAM, los únicos del arsenal soviético de la época capaces de interceptar a los B52 en alturas estratosféricas. En el sur, el Vietminh utilizó la táctica de guerra de guerrillas, que tan buen resultado le había dado contra los franceses. El mismo General Ho Chi Minh fue el gran estratega que condujo políticamente a Vietnam del Norte; comandó la defensa de pequeño país, y dirigió estratégicamente la prolongada guerra de guerrillas en el sur. Después de soportar enormes pérdidas materiales y sufrir numerosísimas bajas (estimadas en más de un millón de personas, entre soldados y civiles), Vietnam del Norte derrotó a EE.UU., que sufrió aproximadamente 55.000 bajas, además de un número mayor pero no determinado de discapacitados por heridas de guerra. En la derrota de EE.UU. la prensa tuvo un importante papel, pues fue el factor que predispuso en contra a la mayoría de la población norteamericana que consideró insoportable seguir sufriendo muertos y heridos en sus propias tropas. Esta guerra fue uno de los principales factores de inestabilidad política en todo el Sudeste Asiático, y una gran preocupación mundial por su incidencia en la tirantez imperante en la Guerra Fría.

- Guerra Civil del Sudán (1955-72). Ex colonia británica independizada en 1965, arrastra desde antes de su independencia diversos factores de profunda raíz, que llevan a odios de difícil solución. Dada la irreversibilidad de los procesos que condujeron a la caducidad de los regímenes coloniales en casi todo el mundo, Gran Bretaña estuvo preparando un proceso de disgregación de este nuevo y muy extenso país (el de mayor superficie de toda África) de 2.506.890 km² -a título comparativo aproximadamente el 90% del territorio continental de Argentina-. En ese proceso previo a la independencia, el sur sufrió una gran marginación económica respecto al norte, algo más desarrollado. Pero a la vez, en el norte la mayoría de la población es racial o culturalmente árabe y de religión islámica, mientras que en el sur preponderantemente son nubios (negros), y cristianos o animistas. A su vez, la población negra guarda viejos rencores contra los árabes, que en siglos precedentes los capturaban para venderlos como esclavos. Complicando aún más el panorama, las mayores riquezas naturales están en el sur, mientras que las tierras del norte se están agotando por el sobre-cultivo, por lo que los ricos terratenientes del norte codician las más fértiles tierras del sur, las que además de contar con mayores reservas de agua poseen petróleo, uranio y otras riquezas. Políticamente el panorama es aún más tortuoso, pues los Estados limítrofes son hostiles al régimen oficial de Khartoum (o Jartum) -la capital del Sudán-, por lo que apoyan a sectores rebeldes y potencialmente segregacionistas del sur. Todo ello genera una gran tensión en la región llamada “el Cuerno de África” y a sus proyecciones hacia el centro del continente y hacia Egipto, cuyas riquezas también interesan a EE.UU. y otras potencias económicas. Esta situación de inestabilidad continúa hasta nuestros días.
- Guerra Civil de Argentina (1955). Después de un artero y cobarde bombardeo a la Plaza de Mayo en junio perpetrado por aviones Gloster Meteor operados por la Armada Argentina, a consecuencia del cual hubo un muy alto e indeterminado número de bajas civiles -incluyendo un ómnibus repleto de escolares provenientes del noroeste que se dirigían a una entrevista con el Presidente de la Nación-, en setiembre se alzaron varias unidades militares, las que luego de varios enfrentamientos armados lograron derribar al gobierno de J. D. Perón. En 1956 hubo un conato cívico militar del peronismo, que fue violentamente reprimido, consumándose una serie de fusilamientos ordenados personalmente por el Gral. Aramburu y el Almirante Isaac Rojas, siendo avalados por ciertos sectores civiles colaboracionistas de la llamada “revolución libertadora”. Entre esos colaboracionistas que impulsaron las venganzas y fusilamientos se destacaron varios dirigentes socialistas, como Alicia Moreau de Justo y Américo Ghioldi. Estos sucesos significaban mucho más que enconos personales, eran los enfrentamientos entre el modelo de país liberal y exclusivamente agropecuario de la llamada “generación del ‘80”

y la “década infame” de 1930, y un modelo de desarrollo autónomo, con fuerte acento industrial y tecnológico, además de marcadamente igualitario en lo social. Sin embargo, los profundos errores y vicios del peronismo (culto a la personalidad, exacerbación de los derechos de los trabajadores sin un correlato de incremento de las responsabilidades y de la productividad, persecuciones desmedidas a determinados opositores) terminaron minando la adhesión del peronismo en los sectores medios de la población. Como sea, el Golpe de Estado de 1955 marcó el comienzo de 18 años de proscripción del peronismo y de duros enfrentamientos en dos sectores políticos aparentemente irreconciliables en Argentina.

- Constitución del Pacto de Varsovia (1955). Agrupó militarmente a los países de la Europa del Este, de signo político comunista, junto a la URSS, y en contra de la OTAN. Se disolvió con la caída de la Unión Soviética.
- Presiones sobre Getulio Vargas (1954-1955). Lo llevaron a la desesperación y el suicidio. El siguiente presidente brasileño, Marcelino Kubistchek, construyó la modernísima capital, Brasilia, e intentó un gran plan de desarrollo.
- Levantamiento cívico militar contra la “revolución libertadora” (1956). Se produjo el 9 de junio de 1956. Rápidamente sofocado, se fusiló a un número indeterminado de civiles y militares que intervinieron en el alzamiento. Entre otros son conocidos los fusilamientos del General Valle, los coroneles Ibazeta, Cogorno y otros en la Penitenciaría Nacional y en otras unidades militares; los furtivos fusilamientos en el basural de José León Suárez. Con la anuencia del General Pedro Eugenio Aramburu -presidente de facto-, el Almirante Isaac Rojas -vicepresidente de facto- ordenó los fusilamientos. Américo Ghioldi y otros dirigentes socialistas los avalaron con las frases “la letra con sangre entra” y “se acabó la leche de la clemencia”.
- Proclamación de la independencia de Marruecos (1956). Existió consentimiento francés. Se anexó el Marruecos Español y Tánger.
- Independencia de Túnez (1956). Francia se vio forzada a conceder la independencia.
- Insurrección popular anticomunista en Hungría (1956). Inicialmente triunfante, la insurrección fue finalmente aplastada en forma sangrienta, con la entrada en el conflicto de las tropas soviéticas, cuyos tanques terminaron tomando la capital Budapest.
- Insurrección de Poznan (1956). En Polonia, un movimiento anticomunista fue rápidamente aplastado con intervención de tropas soviéticas.
- Guerra del Sinaí y de Suez (1956). Egipto, Jordania y Siria enfrentaron a Israel. Este último contó con el apoyo de la aviación anglo francesa, la cual bombardeó la zona del Canal de Suez. Terminó con el triunfo de Israel. Sin embargo, el genio político de Gamal Abdel Nasser transformó la derrota militar en un triunfo político que lo fortaleció en su cargo tanto en el frente interno como en el externo. EE.UU. presionó para conseguir la retirada de la coalición franco-israelí de la zona del Canal de Suez.
- Retirada de las tropas británicas de Ceilán (1956). Fue exigido por las autoridades locales, implicando un acto de independencia.
- Creación de EURATOM (1957). Es la agencia europea para la energía atómica.
- Creación de la CEE o MCE (1957). Este acuerdo y el anterior se logró en el Tratado de Roma. Fue un gran avance hacia la unificación de Europa, proceso hoy muy avanzado pero que continúa en ejecución.
- Conflictos fronterizos de la India (1957). India se anexionó la parte de Cachemira ocupada por sus tropas. China ocupó la región de Aksal Chin, una altiplanicie fronteriza, agravando las tensiones.
- Golpe de Estado en Tailandia (1957). Fue de tipo anticomunista. Como se lo analice, formó parte de la creciente militarización y escalada bélica en el sudeste asiático.
- Independencia de Ghana (1957). Fue el primer Estado de África Negra en independizarse. Buscó los apoyos de China y la URSS, si bien intentó mantener una política independiente y panafricana.
- Ofensiva china contra Formosa -Taiwán- (1957-1958). Incluyó cañoneos contra la isla de Quemoy, siendo una situación mundial muy delicada, que se solucionó sobre la base de las presiones conjuntas de EE.UU. y la URSS.
- Constitución del Parlamento Europeo (1958). Su sede se instituyó en Estrasburgo. Importante paso político de integración continental.

- Golpe de Estado en Venezuela (1958). Expulsó del poder al dictador Jiménez.
- Independencia de Guinea (1958). Teniendo su primer gobierno clara orientación comunista.
- Primera Conferencia de Estados Africanos Independientes (1958). Fue la primera de varias conferencias panafricanas, en las que rápidamente se formaron dos bloques: los moderados y los revolucionarios, de orientación marxista. De todos modos, el tema central era la consolidación de los procesos independentistas.
- Desembarco de marines de EE.UU. en El Líbano (1958). Bajo el pretexto de proteger las vidas de los ciudadanos norteamericanos residentes en ese país, y para colaborar con el gobierno local, EE.UU. consumó esta invasión.
- Insurrección en el Tíbet (1959). Fue reprimida por las tropas chinas, debiendo huir el líder espiritual tibetano, el Dalai Lama.
- Guerra fronteriza chino-hindú (1959). Fue de corta duración pero conmovió el equilibrio mundial. China no reconoció la línea divisoria y avanzó sobre territorios fronterizos en disputa.
- Guerra Civil de Guatemala (1960-96). Fue un desgastante proceso, en el cual las milicias oficiales, con apoyatura de EE.UU. enfrentaron a la guerrilla, que contó con asistencia del bloque comunista, y vio favorecido su accionar por la selva y los accidentes geográficos, que dificultaron su localización y destrucción. Las condiciones de injusticia social imperantes fueron un caldo de cultivo propicio para reclutar disconformes con el gobierno de esta pequeña y muy pobre nación.
- Luchas tribales en Zambia (décadas del '60 y '70). Solo el partido de gobierno estaba formado por 72 tribus distintas, constituyendo un mosaico cultural y de intereses diferentes.
- Independencia y posterior Golpe de Estado en El Congo (1960). El líder local independentista de orientación filo-comunista, Patrice Lumumba, fue destituido y ejecutado por sectores cívico-militares anticomunistas.
- Año preponderante por el número de países africanos independizados (1960). La larga lista incluye a Camerún, Congo-Brazzaville, Gabón, Tchad, República Centroafricana (coordinados en la Unión de Repúblicas Centroafricanas); Togo, Costa de Marfil, Dahomey, Alto Volta, Níger (que formaron la Unión Shel-Benin); Nigeria, Senegal, Malí, Madagascar, Somalia, Mauritania y Congo-Leopoldville.
- Levantamiento militar en Turquía (1960). La proclamación de la “vuelta al kemalismo” significó una orientación conservadora nacionalista. La inestabilidad política siguió por varios años.
- Rebelión militar en Bolivia (1960). En el marco de la doctrina del anticomunismo, fueron a la vez combatidos los gobiernos populistas, y la inestabilidad caracterizó a Bolivia, como a prácticamente toda América Latina.
- La Unión Sudafricana (Sudáfrica) se retiró del Commonwealth (1961).
- Independencia de Sierra Leona y Tanganika (1961). Tanganika se unió con Zanzíbar para formar Tanzania, en 1964.
- Anexión de las colonias portuguesas de Goa (1961). La India recuperó estos territorios, ubicados en su litoral centro occidental.
- Constitución de la Alianza para el Progreso (1961). Fue impulsada por el presidente norteamericano John F. Kennedy.
- Ruptura de relaciones diplomáticas de Albania con la URSS (1961). Fue coincidente con una acercamiento con la República Popular China.
- Invasión de Bahía de Cochinos (1961). Disidentes cubanos con apoyo norteamericano intentaron derrocar al gobierno de Fidel Castro, pero fueron rápidamente derrotados. La invasión se concretó el 17/04/61. EE.UU. tuvo disponible un importante contingente de marines, pero finalmente se abstuvo de intervenir directamente, e inclusive el apoyo logístico que dio a los invasores fue bastante limitado. Toda la operación significó un alto costo político para EE.UU., y fue un factor propagandístico para el gobierno de Fidel Castro.
- Creación de la OCDE (1961). Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.
- Negativa de Francia a la incorporación de Gran Bretaña a la CEE (1961-1963). Fue la firme política de De Gaulle, quien como condición exigió que se concretara el desmembramiento del Imperio Británico, lo cual aceleró muchos procesos de independencias de colonias y territorios de ultramar.

- Guerra de Independencia de Eritrea (1961-93). Se enfrentó a Etiopía. Confluyeron numerosos factores, dentro de los que cabe citar viejos odios raciales exacerbados, cuestiones políticas de la Guerra Fría, intereses políticos y económicos sectoriales, etc. Ha sido una guerra de tipo convencional entre dos naciones sumamente pobres. Esta guerra fue un importante factor de desestabilización en una zona que es un verdadero polvorín, conocida como “El Cuerno de África”. Una nueva guerra estalló en 1998, y las bases de formación del conflicto siguen vigentes hasta comienzos del siglo XXI. En 1991 Eritrea se escindió de Etiopía, siendo ratificado por un referéndum celebrado en 1993.
- Crisis de los misiles de Cuba (1962). Con el acuerdo y participación de Cuba, la URSS instaló misiles balísticos en la isla caribeña. Al ser descubiertos por las misiones de espionaje de las aeronaves U2 de EE.UU., esta nación exigió su perentorio retiro, y concretó un severo bloqueo aeronaval a Cuba con la participación de otras naciones de América. Después de varios días de gran tensión, en los que se consideró la posibilidad del estallido de una guerra nuclear, y habiéndose evaluado inclusive la posibilidad de una invasión y de un ataque convencional de fuerzas de EE.UU. a Cuba, finalmente la URSS accedió a dismantelar las instalaciones y retirar los misiles.
- Independencias de Uganda, Ruanda, Burundi (1962).
- Ataque chino al norte de India (1962). Esto produjo un acercamiento político de China con Pakistán, enemigo histórico de la India. A la vez, India se aproximó a la URSS, obteniendo asistencia militar y licencias para las fabricaciones de armamentos modernos, pues sus fuerzas armadas demostraron su debilidad en este nuevo enfrentamiento con las bien equipadas tropas chinas.
- Movimiento de agitación de la minoría Tamil (1962). En Ceilán esas agitaciones fueron contemporáneas (prácticamente sincrónicas) con la nacionalización del petróleo, decisión tomada por el gobierno en medio de un clima político convulsionado.
- Las colonias insulares británicas del Caribe cobraron autonomía (1962). Jamaica, Trinidad-Tobago se separaron de la Federación de las Indias Occidentales.
- Golpe de Estado en Birmania (1962). Se instauró una dictadura de tipo nacionalista. Se nacionalizó la Banca y se combatió a las guerrillas comunistas.
- Intervención de la ONU (Organización de las Naciones Unidas) en Katanga (1962). Las tropas internacionales y las presiones políticas de la ONU intervinieron en el conflicto separatista de la provincia de Katanga, del Congo, liderada aquella por Moisés Tshombé.
- Enfrentamientos entre sectores “azules” y “colorados” de las Fuerzas Armadas Argentinas (1962). El sector “colorado” representaba el más cerrado e intransigente antiperonismo, mientras que el “azul” pretendía profundizar el diálogo con cierto sector de la dirigencia peronista, instrumentando lo que después se llamó el “peronismo sin Perón”. Este sector, liderado por el General Juan Carlos Onganía, triunfó en los cruentos enfrentamientos. Antes de estos enfrentamientos ya Frondizi había sido depuesto, y el Presidente era el Dr. José María Guido. Después se llamaría a elecciones y en un marco de proscripción del mayoritario peronismo, la primera minoría sería de la Unión Cívica Radical, cuyo candidato triunfante fue el Dr. Arturo Illia en 1963. En 1966 sería desalojado del poder por un Golpe de Estado dirigido por el Gral. Onganía.
- Constitución de la UOA (1963). Organización para la Unidad de África. Impulsó los procesos independentistas de las colonias que aún quedaban sometidas.
- Independencia de Kenia (1963).
- Intervención militar de la ONU en la Isla de Chipre (1964). El problema político que originó la intervención subsiste hasta nuestros días. Previamente tropas turcas habían intervenido en el conflicto territorial de esta isla, disputada y compartida entre Grecia y Turquía.
- Golpe de Estado en Brasil (1964). Tuvo varias connotaciones. Por una parte, marcó el comienzo de un nuevo período de gobiernos pretorianos en toda América Latina, y principalmente en América del Sur, cuyo pretexto era el supuesto avance del comunismo. Pero a la vez, el largo período militar comenzado en Brasil marcó un muy acelerado proceso de crecimiento económico, con fuerte énfasis en la infraestructura, en el sector industrial y el tecnológico. Más allá de haber sido -de un modo u otro- un tipo de gobierno marcadamente elitista, no caben dudas que el actual

posicionamiento de Brasil como una de las grandes potencias económicas, tecnológicas e industriales actuales, debe mucho al largo interregno militar comenzado en 1964.

- Intervención militar norteamericana en Santo Domingo (1965). Fue realizada en el marco de los acuerdos de la OEA, con participación de fuerzas de la mayoría de las naciones americanas, aunque Argentina se abstuvo de intervenir. En realidad, el motivo era respaldar a Bosch, un gobernante conservador, y expulsar del poder al Coronel Francisco Caamaño Deño, de orientación progresista. Las tropas de ocupación fueron evacuadas en 1966, una vez logrados sus objetivos.
- Abortado Golpe de Estado en Bulgaria (1965). Pretendió instaurar una política de corte más autonomista, similar a la mantenida por Tito en Yugoslavia.
- Independencia de Gambia (1965-1966).
- Segunda Guerra Pakistano-Hindú (1965-1966). Se enmarca por la disputa de Cachemira, además de los odios históricos y de las profundas diferencias religiosas. Debe considerarse que la India tiene población mayoritariamente hinduista (religión politeísta), mientras que Pakistán es un Estado musulmán. Antes, durante y poco después de la independencia de la India, se desataron feroces luchas entre distintos grupos religiosos, siendo esos trágicos acontecimientos parte de los detonantes de la secesión de Pakistán y de Bangla Desh (originalmente Pakistán Oriental) de la India.
- Golpes de Estado en Dahomey, hoy llamado Benin. (1965-1967).
- Independencia de Barbados (1966). Esta pequeña nación insular caribeña era colonia británica.
- Independencia de la Guayana Británica (1966). Pasó a denominarse Guyana.
- Graves disturbios raciales en EE.UU. (1966). El grupo de resistencia negro era el de los “Musulmanes Negros”, mientras que la resistencia pacífica estaba encarnada en el religioso y Premio Nobel de la Paz, Martin Luther King.
- Violentas represiones a comunistas en Indonesia (1966).
- Golpe de Estado en Alto Volta (1966). Hoy llamado Burkina Faso.
- Golpe de Estado en Nigeria (1966). En ese año se dio un contragolpe.
- Golpe de Estado militar en Ghana (1966).
- Golpe de Estado en la República Centroafricana (1966). El nuevo mandatario Bokassa buscó perpetuarse en el poder.
- Independencia de Bostwana (1966). Anteriormente era llamado Bechuanalandia.
- Independencia de Lesotho (1966). Era el protectorado británico de Besutolandia. Está enclavado dentro del territorio de Sudáfrica.
- Independencia de Mauricio (1966). Este pequeño país insular, ubicado al este de la gran isla de Madagascar y también al este de la Isla de Reunión, se independizó de Gran Bretaña, pero continúa vinculado a través de la Commonwealth. Resulta notable observar que a pesar del amplio movimiento independentista a escala mundial, la Isla de Reunión continúa hasta nuestros días bajo tutela francesa, con la categoría de “territorio de ultramar”.
- Destitución del Rey Ntare en Burundi (1966). Fue reemplazado por el Primer Ministro.
- Proceso de la “Revolución Cultural” en China (1966-1967). Tuvo características muy duras y hasta caóticas. La “biblia” de ese proceso fue el “Libro Rojo” de Mao.
- Revolución Argentina (1966-1973). Comenzó como otro más de los frecuentes planteos y Golpes de Estado militares. Sin embargo, al poco tiempo fue patente que la idea de esta revolución era la perdurabilidad. Inicialmente fue un proceso prácticamente incruento, pero la resistencia civil operada desde 1969 generó muchas víctimas, y finalmente terminó por desgastar a todo este proceso. Fue una época contradictoria, pues incluyó medidas de corte nacionalista, otras claramente desarrollistas, y a la vez tuvo fuertes componentes liberales y ultraconservadores.
- Luchas internas en Yemen (1966-1970). El sector monárquico, apoyado por Arabia Saudita, se enfrentó al sector republicano, el cual contó con asistencia y tropas egipcias. Las luchas prosiguieron posteriormente hasta 1974. Después de una dictadura la unidad se consagró en 1990 al proclamarse la República del Yemen.
- Guerrillas comunistas en Camboya (1966-1969). Eran un reflejo de la Guerra de Vietnam. En 1970 y como una continuación de ese proceso, tropas de EE.UU. y de Vietnam del Sur invadieron este país.

- Guerra civil en Laos (1966-1972). Las tropas gubernamentales enfrentaron a las guerrillas comunistas del Patet Lao. A la vez la llamada “Ruta de Ho Chi Minh” que abastecía a la guerrilla Vietcong, era bombardeada continuamente por la aviación norteamericana.
- Guerra de los Seis días (1967). Del 4 a 10 de junio, en una guerra tipo “*Blitzkrieg*”, Israel ocupó militarmente Sinaí, Cisjordania, Gaza, las alturas del Golán y la totalidad de la ciudad de Jerusalén. Enfrentó a Egipto, Jordania, Siria e Iraq. Esta guerra es considerada un modelo típico de guerra relámpago, en los anales militares.
- Guerra de Biafra (1967-1970). Fue un intento de independización de la región de Biafra, que forma parte de Nigeria, país que por su parte obtuvo su independencia en 1960. Biafra está ubicada al sur de Nigeria, es una zona que alberga grandes riquezas petroleras, por lo que existen fundadas acusaciones que indican que el conflicto pudo haber sido fogueado por intereses extraños a este nuevo país, polifacético, pobre socialmente pero rico en recursos naturales. La Guerra de Biafra adquirió caracteres de una brutalidad pocas veces vista en las guerras del último siglo. Fue una guerra de exterminio, donde se condenó a millones de personas a morir de inanición, y en muchísimos otros casos se cometieron las mayores atrocidades de todo tipo. Las muertes provocadas se estiman muy superiores al millón y medio de víctimas, en su gran mayoría civiles. Las fuerzas separatistas fueron finalmente doblegadas y Nigeria conservó su territorio, pero se duda que haya logrado hacer cicatrizar las profundas heridas de tan cruel conflicto.
- Guerrilla castrista en Bolivia (1967). La encabezó el mítico argentino Ernesto “Che” Guevara, quien fue herido y hecho prisionero, y en esa circunstancia asesinado.
- Golpe de Estado pretoriano en Grecia (1967). Fue conocido como el “golpe de los coroneles”. En 1973 se abolió la monarquía. Con la crisis de Chipre se produjo la transformación en un sistema republicano.
- Enfrentamientos armados chino-hindúes (1967). Tuvieron lugar en territorio de Sikkim, dependiente de India y limítrofe con China.
- Golpe de Estado en Togo (1967). Se instauró una dictadura.
- Referéndum en la Somalia Francesa para decidir la independencia o la continuación del régimen colonial (1967). Hubo graves disturbios, y una década después se concretó la independencia bajo el nombre de República Djibouti. Antes se había pasado a denominar Territorio de Afar e Issas.
- Golpes de Estado militares en Sierra Leona (1967-1968).
- Invasión de Checoslovaquia (1968). El proceso político denominado “la primavera de Praga” fue abruptamente cortado por la entrada de tropas del Pacto de Varsovia, restaurando las instituciones comunistas.
- Revueltas en París (1968). En un proceso aparentemente no orgánico, diversos sectores socialistas y comunistas, con las colaboraciones de intelectuales, progresistas y disconformes con el sistema político imperante, llevaron a cabo las violentas protestas en París, que se llamaron “el mayo francés”.
- Golpe de Estado en Perú (1968). Se instauró el gobierno del General Velasco Alvarado, de orientación nacionalista y fuertemente populista, con tendencias sociales. Se realizó una profunda reforma agraria y políticas de nacionalizaciones. En 1974 se proclamó el “Plan Inca”, autodenominado revolucionario.
- Gobierno militar de tipo conservador en Bolivia (1968). Fue dirigido por el General René Barrientos.
- Golpe de Estado en Iraq (1968). El sector “duro” del Partido Baas asumió el poder. Es el mismo partido que posteriormente condujo Saddam Hussein.
- Golpe de Estado militar en Malí (1968).
- Golpe de Estado en Congo Brazaville (1968). Fue ejecutado por militares de orientación marxista. En 1969 el país se denominó República Popular del Congo.
- Independencia de la Guinea Española (1968). Pasó a llamarse República de Guinea Ecuatorial.
- Proclamación de la República de Nauru (1968). Territorio insular que forma parte del Commonwealth.
- Independencia de Suazilandia (1968). También conocido como Swazilandia, era un protectorado británico. Está enclavado entre Sudáfrica y Mozambique.

- Luchas en la zona del Canal de Suez (1968-1969). Bajo soberanía egipcia, el acercamiento producido con la URSS tornó al canal un objetivo estratégico de primera prioridad. En ese sector se instalaron bases soviéticas.
- Enfrentamientos entre tropas regulares y guerrillas comunistas en Tailandia (1968-1970). Era una extensión de la guerra de Vietnam.
- Comienzo de la guerrilla de los Tupamaros y de la contrainsurgencia mediante el “Estado de excepción” (1968-1972). El país se sumergió en una lucha enconada, y la economía se estancó, bajo un modelo que tendió a la concentración de la riqueza. Uruguay perdió aproximadamente el 40% de su población, que se vio forzada a emigrar por la falta de oportunidades laborales.
- Nuevo Golpe de Estado en Bolivia (1969). Era militar de tipo populista, implementando nacionalizaciones en áreas claves de la economía. Hubo cambios presidenciales militares en 1970 y 1971.
- Implementación de una política del terror en Guinea Ecuatorial (1969). Se prolongó hasta 1979. El dictador era Macías Nguema.
- Transferencia de soberanía del enclave de Ifni (1969). España lo devolvió a Marruecos.
- Graves disturbios entre hinduistas y musulmanes en la región de Ahmadabad - India (1969).
- Guerra del Fútbol (1969). El detonante final fue un partido por las eliminatorias para el Mundial de Fútbol. Se libró entre Honduras y El Salvador. El triunfo bélico fue de El Salvador, pero el resultado fue ruinoso para ambas pobres y subdesarrolladas naciones.
- Golpe de Estado en Libia (1969). Fue encabezado por un grupo de jóvenes militares, que destituyó a un sistema monárquico y elitista plagado de corrupciones, que había sido instaurado en el poder por Gran Bretaña, y que era funcional a los intereses de las grandes empresas petroleras que operaban en Libia. El nuevo gobierno fue de orientación nacionalista, panarábigo y de fuerte contenido social. El Coronel Muammar Kadaffy asumió la conducción, la cual mantiene hasta nuestros días.
- Asesinato del presidente de Somalia (1969). El poder pasó a manos del Supremo Consejo Militar.
- Enfrentamientos entre la población del sur de Sudán -de raza negra-, con la del norte -de raza arábiga- (1969). A ello se añadieron enfrentamientos de tipo político entre comunistas y anticomunistas. Hubo en los años siguientes un continuo estado de inestabilidad política, hasta el golpe militar de 1989.
- Graves disturbios entre la población malaya y china en Malasia (1969-1971).
- Situación de serios enfrentamientos en Irlanda del Norte (1969-1973). La mayoría católica se opuso a la ocupación inglesa, y esa oposición tomó la vía armada, a través del IRA (Ejército Revolucionario Irlandés), el cual fue reprimido por las fuerzas regulares británicas.
- Proclamación del gobierno Jmer (Khmer) Rojo en Camboya (1970). Le siguieron años de una política del terror, hasta 1975. Después de intervenciones armadas extranjeras y de represiones internas, el alto el fuego se alcanzó en 1991.
- Golpe de Estado militar en Ecuador (1970).
- Proclamación de la República de Gambia (1970). Se incorporó a la Commonwealth.
- Se constituyó la OUA (1970). Organización para la Unidad Africana.
- Golpe de Estado en Lesotho (1970).
- Proclamación de la independencia de Fiji (1970). Forma parte de la Commonwealth y es también conocida como Fidji.
- Independencia de Rhodesia (1970). El territorio tomó su nombre del banquero británico Cecil Rhodes. Las luchas políticas prosiguieron hasta el encuentro de La Conferencia de Rhodesia de Londres -en 1979-, en el que se acordó la independencia definitiva bajo el nombre de Zimbabwe.
- Muerte de Gamal Abdel Nasser y asunción presidencial de Anwar El Sadat (1970). Egipto entró en una nueva era política, saliendo del gobierno carismático y populista de Nasser. Poco después se produjo un enfriamiento de relaciones con la URSS y un claro acercamiento con EE.UU.
- Cambio de denominación del Congo Leopoldville (1971). Pasó a llamarse República del Zaire.
- Golpe de Estado en Uganda (1971). El General Idi Amin Dada tomó el poder y lo ejerció dictatorialmente y por medio del terror hasta 1979. En 1971 hubo una invasión de tropas de Tanzania.

- Guerra civil en Jordania (1970-1971). Las tropas regulares vencieron a las fuerzas irregulares palestinas.
- Tercera Guerra Indo-Pakistaní (1971). Se libró por la posesión de la región montañosa de Cachemira. Triunfó nuevamente India, dentro de un marco de cierta paridad, pues ambos países poseen mucha población y grandes cantidades de armamentos convencionales. En la actualidad también poseen armas atómicas y vectores de propulsión (cohetería) de fabricaciones propias.
- Separación de Pakistán Oriental, transformándose en Bangla Desh (1971). Fue consecuencia de la guerra Indo-Pakistaní de ese mismo año.
- El General Omar Torrijos se consolidó como el líder de un pacífico proceso revolucionario en Panamá (1972). Logró forzar la firma de un acuerdo paulatino de devolución de la soberanía del Canal de Panamá a Panamá, en ese entonces bajo soberanía y vigilancia exclusiva de EE.UU. El acuerdo duró hasta 1999, habiéndose restituido el Canal a fines del siglo XX. El 31/07/81 un accidente aéreo le costó la vida a Torrijos, existiendo sobradas sospechas que pudo tratarse de un atentado.
- Proclamación de la República de Sri Lanka (1972). Anteriormente era denominada Ceilán.
- Nuevo Golpe de Estado en Ghana (1972).
- Luchas tribales en Burundi (1972). Se enfrentaron los bahutu y los watussi, estos últimos los detentadores del poder.
- Se destituyó al Presidente Tsiranana en Madagascar (1972). Hubo un gobierno militar entre 1972 y 1975, al cabo del cual se dio otro Golpe de Estado.
- Bokassa se proclamó presidente vitalicio (1972). A la vez, instrumentó la aplicación del terror como método de gobierno en la República Centrafricana.
- Golpe de Estado en Dahomey -actualmente Benin- (1972). En ese gobierno y en 1974 el marxismo-leninismo se convirtió en doctrina oficial del país.
- Guerra del Yom Kippur (1973). Egipto y Siria enfrentaron a Israel. Esta confrontación terminó en un virtual empate, pero Egipto recuperó el dominio total del Canal de Suez. Eso permitió que el Canal se reabriera al tráfico marítimo en pocos años -previa extracción de los cascos de barcos hundidos, materiales de guerra, etc.-, lo cual era un reclamo de diversos sectores vinculados al comercio en la ruta Asia-Europa, de la cual la vía más corta es a través del Canal de Suez.
- Escándalo político de Watergate (1973). Le costó la dimisión presidencial a Richard Nixon.
- Enfrentamientos entre el ejército regular del Líbano, y los milicianos palestinos (1973).
- Honduras Británica pasó a denominarse Belice (1973).
- Independencia de Ruanda (1973). Se implementó el partido único, con exclusión de la etnia tutti.
- En Suazilandia se conformó un sistema monárquico (1973).
- Independencia de Las Bahamas (1973). Era territorio colonial británico.
- Sangriento Golpe de Estado en Chile (1973). El presidente Salvador Allende fue matado en el palacio presidencial de La Moneda. Comenzó un largo proceso dictatorial dirigido por Augusto Pinochet Ugarte.
- Independencia de Granada (1974). Este territorio insular era parte del Imperio Británico.
- Golpe de Estado en Portugal (1974). Fue un movimiento político de tipo militar, con intenciones de transformar a Portugal para preparar su ingreso al MCE.
- Actividades de insurgencia guerrillera en Guatemala (1974).
- Incremento de la guerrilla y los escuadrones de la muerte en Colombia (1974). Coincidió con la nacionalización del petróleo.
- Concesión de autodeterminación a las “provincias de ultramar” de Portugal (1974). El mantenimiento del estatus colonial era insostenible, y el cambio un virtual requisito para tramitar la incorporación al MCE. Independencia de Guinea Bissau en 1974 y de Mozambique, Sao Tomé/Príncipe, Cabo Verde y Angola en 1975.
- Destitución del presidente en Níger (1974). Estaba en su cargo desde 1960.
- Acuerdo de la República Democrática Somalí -ex Somalia- con la URSS (1974). Posibilitaba la utilización de puertos y aeropuertos a los soviéticos.
- Invasión turca al norte de Chipre (1974). Dio origen posteriormente a la intervención de fuerzas de las Naciones Unidas, las que permanecen hasta comenzado el siglo XXI.

- Guerra en Iraq (1974-1975). Se libró contra los Kurdos, en la frontera norte.
- Derrocamiento del Emperador Haile Selasie en Etiopía (1974-1975). El ejército tomó la iniciativa del Golpe de Estado. Se suprimió la monarquía, se instauró un régimen socialista, y se nacionalizaron las tierras de los latifundios. El depuesto Emperador Haile Selasie I murió en 1975.
- Instalaciones de bases soviéticas en Guinea (1974). Se instalaron misiles de largo alcance.
- Guerra Civil de Angola (1974-94). Al independizarse de Portugal, en Angola se enfrentaron grupos de irreconciliables tendencias políticas, fogueado todo ello en el marco de viejas disputas locales y del entorno mundial de la “Guerra Fría”. Cuba aportó tropas entre 1975 y 1989, si bien los enfrentamientos más encarnizados se dieron entre 1975 y 1976.
- Golpe de Estado en Perú (1975). Lo encabezó el General Morales Bermúdez, quien no pudo frenar el descontento y los disturbios. En 1978 comenzó el proceso hacia la vuelta al sistema electoral democrático tradicional.
- Nacionalización del petróleo en Venezuela (1975).
- Independencia de Surinam (1975). Pequeña nación isleña del caribe.
- Muerte de Franco (1975). A partir de ese momento los cambios políticos, si bien pacíficos, se realizaron rápidamente en España.
- Intento de Golpe de Estado en Dhomey (1975). En ese año el país pasó a llamarse Benin.
- El ejército instaló en el poder al presidente en Nigeria (1975). La inestabilidad política prosiguió a pesar de la concentración del poder esperada.
- Guerra civil en Mozambique (1975). El gobierno del FRELIMO de orientación marxista, enfrentó al RENAMO, el cual dominaba amplias zonas del país. Esta ex-colonia portuguesa soportaba enormes tensiones al ser uno de los “focos calientes” del período de la “guerra fría” entre las superpotencias. La vecina Sudáfrica apoyaba abiertamente a los insurgentes anticomunistas, mientras que tropas cubanas apoyaban y entrenaban a las fuerzas gubernamentales de orientación marxista.
- Golpe militar en Chad (1975). Provocó la muerte del presidente.
- Devolución del llamado “Sahara Español” (1975). Marruecos y Mauritania recuperaron sus territorios, concretado en 1976. Argelia no reconoció la partición, lo cual generó tensiones.
- Reapertura del Canal de Suez (1975). Fue directa consecuencia de la guerra árabe-israelí de 1973, que restituyó el margen oriental del Canal a la soberanía egipcia.
- Dos Golpes de Estado sucesivos en Bangla Desh (1975).
- Situación de guerra civil en Angola (1975). Los enfrentamientos se dieron entre dos facciones guerrilleras de distinto signo. En 1976 triunfó el sector marxista, con ayuda de tropas cubanas y suministros soviéticos.
- Guerra civil en Rhodesia -hoy Zimbabwe- (1975). Los guerrilleros estaban apoyados por Mozambique y Zambia, cuyos gobiernos eran ideológicamente afines.
- Papua-Nueva Guinea se proclamó independiente (1975). Forma parte del Commonwealth.
- Toma del poder en Laos (1975). Proceso en el que triunfó la guerrilla comunista del Patet Lao.
- Guerra civil en El Líbano (1975-1976). Enfrentó a los sectores cristiano y musulmán. El primero apoyado por Israel, y el segundo por Siria.
- Golpe de Estado en Madagascar (1974-1975). A la vez, en 1975 se acentuó la orientación socialista del gobierno, instaurándose el “Consejo Revolucionario”.
- Anulación del pacto soviético-egipcio (1976). Mostró un claro realineamiento de Egipto.
- Pacto mutuo de defensa egipcio-sudanés (1976). El objetivo básico era neutralizar el peligro potencial que significaba para la alineación con EE.UU. del Egipto de Sadat, el gobierno de Kadaffy en Libia, de mayor ortodoxia panarábiga y de tipo tercermundista.
- Golpe de Estado en Uruguay (1976). Estuvo en línea con otros Golpes de Estado sucedidos en Sudamérica.
- Golpe militar en Burundi (1976).
- Independencia de Seychelles (1976). Este archipiélago, ubicado al este de África y al nordeste de Madagascar, era un protectorado británico. Forma parte de la Commonwealth.

- Golpe de Estado en Argentina (1976). Desde varios años antes, el estado de insurrección armada sacudía violentamente el tejido social, político y económico de Argentina. Grupos guerrilleros de ultra izquierda marxista leninista, como el ERP, grupos autodenominados “peronistas de izquierda” como Montoneros, y otras facciones menores, cobraban creciente auge. En años recientes surgieron otros grupos denominados de ultraderecha, como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). En medio de todo estaba un gobierno constitucional pero muy débil, como sucedió a la muerte del Presidente Perón. La circunstancia fue muy bien aprovechada por los sectores político-económicos más reaccionarios, cipayos y antinacionales, para imponer un modelo económico retrógrado, de economía primaria, sin entes tecnológicos, y con una base de fuerte exclusión social. Ese modelo social, política y económicamente tan nefasto solo pudo imponerse a la sociedad en el marco de una violenta y sistemática represión antisubversiva, la cual a su vez fue provocada por el accionar marcadamente violento de los grupos guerrilleros, los cuales se basaban en el intento deliberado de generar un estado de caos generalizado. Para completar el panorama, existieron evidencias de financiación o de apoyos financieros por parte de agencias de inteligencia de poderosos países del área “occidental” a los grupos guerrilleros, cuyo accionar habría pasado a formar parte de todo un gigantesco esquema de desarticulación integral de la República Argentina. De todos modos, el llamado “proceso de reorganización nacional” se mantuvo en el poder desde 1976 a 1983, y marcó el inicio de la economía neoliberal en Argentina, cuyas durísimas consecuencias padece hoy casi todo el tejido social argentino.
- En la República Centroafricana se proclamó la monarquía del dictador (1976). Tomó por nombre Bokassa I.
- Toma de la ex colonia portuguesa de Timor (1976). Indonesia la incorporó a su territorio.
- Golpe de Estado militar en Pakistán (1977).
- Intervención militar cubana en Etiopía (1977). Las tropas cubanas estuvieron hasta 1989. En 1977 hubo un Golpe de Estado de carácter más acentuadamente comunista, que contó con la asistencia técnica y militar soviética y la participación de soldados cubanos.
- Conflicto Somalí-Etíope (1977-1978). Ogaden era el territorio en disputa. Las fuerzas etíopes lograron la victoria, venciendo en esa guerra a la coalición de Somalia con las fuerzas del Frente de Liberación de Eritrea.
- Independencia de Djibouti (1977). Antes era la Somalia Francesa.
- Enfrentamientos en Zaire (1977-1978). Ocurrieron en la ex provincia de Katanga, posteriormente llamada Shaba. La lucha se libró entre exiliados katangueses y fuerzas gubernamentales.
- Tensiones sociales y políticas en Túnez (1978). Gobernaba un presidente vitalicio, que fue destituido años después.
- IncurSIONES militares de Sudáfrica en Angola (1978). Combatieron a la guerrilla SWAPO.
- Inestabilidad y sucesivos Golpes de Estado en Bolivia (1978-1982).
- Guerra de Afganistán (1978-92). Los guerrilleros islámicos, con profuso armamento norteamericano y europeo, enfrentaron a tropas del gobierno y de la URSS. Después de sufrir un desgaste similar al sufrido por EE.UU. en Vietnam, la URSS hizo retirar a sus tropas en 1989. Después de ello, un gobierno ultra ortodoxo islamita, conocido como Los Talibanes (“estudiantes del Corán”) tomó el gobierno en Afganistán.
- Histórico acuerdo de paz egipcio-israelí (1979). Significó cambiar las ecuaciones de fuerza en esta conflictiva región.
- Revolución Sandinista (1979). El 15/07/79 triunfó sobre las fuerzas somocistas la Revolución Sandinista, de orientación popular, mezclándose en la misma militantes izquierdistas, nacionalistas y humanistas. La dictadura de los Somoza (padre e hijo) se había perpetuado por décadas, sumiendo al país en la miseria, la opresión y el oprobio generalizados, con una casta de personeros del régimen disfrutando de la suma del poder público. El gobierno Sandinista tomó su nombre del General Augusto Sandino, quien había enfrentado a las fuerzas de ocupación norteamericana a comienzos del siglo. Este gobierno impulsó una serie de reformas estructurales, mejorando diversos aspectos sociales (salud pública, educación, vivienda, etc.), realizando modificaciones económicas, y otras. Sin embargo, en las elecciones de 1990 fue derrotado por sectores conservadores, encabezados por la Sra. Violeta Chamorro, viuda de uno de los grandes opositores anteriores del régimen somocista.

- Revolución Iraní (1979). Comandada desde el exilio por el Ayatolá Khomeini, y con enorme participación popular, esta revolución triunfó y expulsó del poder a la monarquía del Sha. Comenzó una era de gran hostilidad entre EE.UU. e Irán, la cual tuvo altibajos pero continúa vigente hasta comenzado el siglo XXI.
- Toma de la embajada de EE.UU. (1979). El personal que se encontraba en la misma fue hecho rehén, por más de un año. En 1980 hubo una fallida operación militar norteamericana para liberar a los rehenes.
- Golpe de Estado en Ghana (1979).
- Guerra civil en Chad (1979). Libia intervino en esta guerra civil en 1980 hasta 1982. La paz con Libia se consagró en 1987.
- Intensificación de las luchas en Angola (1979). El movimiento llamado SWAPO intervino desde Namibia.
- Golpe militar en El Salvador (1979). La situación era de virtual guerra civil.
- Dos golpes militares en Granada (1979). El segundo de ellos instauró un régimen nacional de tipo socialista, el cual dio motivos para la invasión norteamericana en 1983.
- Asunción al poder de Saddam Hussein (1979). Su gobierno contó con todo el respaldo de ambas superpotencias, pues era un factor de contraposición de Irán, cuya nueva línea de gobierno cortó la alineación con EE.UU. y tampoco se recostó en el bloque soviético.
- Marruecos ocupó militarmente el sur del ex Sahara Español (1979). Hubo combates con las fuerzas del Frente Polisario. Mauritania se perjudicó con esta ocupación.
- Invasión soviética a Afganistán (1979). Fue el comienzo de un largo proceso de luchas en este extenso y muy pobre país, que históricamente siempre resistió todos los intentos de invasiones.
- Golpe de Estado militar en Turquía (1980). Fue un gobierno de extrema dureza, pero a la vez impulsó la modernización económica del país.
- Golpe de Estado en Surinam (1980). Asumió una junta militar de orientación socialista. En 1987 debió entregar el poder.
- Ataque de tropas libias en Chad (1980). El incidente comenzó ante el despliegue de fuerzas norteamericanas en este país limítrofe al sur de Libia.
- Gran hambruna en el África Sub Sahariana (1980-1981). Es la región conocida como El Sahel, y está en proceso de desertización, agudizado por la miseria general que lleva a la sobreexplotación de las tierras.
- Destitución y muerte del presidente de Liberia (1980). Fue a consecuencia de un golpe militar.
- Incursión norteamericana en Irán (1980). Se realizó para intentar rescatar a los rehenes estadounidenses mantenidos en tal situación durante más de un año, en la embajada norteamericana en Teherán. El operativo militar terminó en un estruendoso fracaso.
- Golpes de Estado en Alto Volta (1980-1983). Sucedieron en 1980, 1982 y 1983.
- Guerra Iraní-Iraquí (1980-88). Comenzó como una guerra de gran movilidad, con masivo uso de tanques y de aviación militar. El comienzo de las acciones bélicas correspondió a Iraq, que había logrado formar unas fuerzas armadas considerables, las que en su momento habrían sido las segundas en importancia en todo el Oriente Medio, después de Israel. Los antecedentes de esta guerra hay que buscarlos más atrás en la historia, partiendo del hecho que a pesar de ser ambas naciones islámicas, Iraq es árabe, mientras que Irán es persa. Adicionalmente, las corrientes mayoritarias del islamismo son distintas en cada uno de estos países. Y más allá de muy viejas cuestiones históricas, de las que las primeras conocidas arrancan en la época del Antiguo Testamento, existen antecedentes muy recientes, que calaron hondo en el conciencia colectiva de ambos países. En las décadas recientes, cuando el Sha Rezha Palhevi gobernaba con mano férrea Irán, habiéndose instaurado en su trono como “gobernante confiable” por parte de EE.UU. y de Europa Occidental, en plena época de la Guerra Fría, fue considerado el “gendarme regional”, según la política claramente explicada por el entonces Secretario de Estado de EE.UU., Henry Kissinger. Durante todo su extenso reinado, y siempre con el respaldo de EE.UU., el Irán del Sha hizo sentir su peso político y militar en todo su entorno, hecho que sin duda provocó serios resentimientos en su *hinterland*, y preponderantemente en Iraq. Al ser defenestrado de su cargo el Sha por los partidarios del Ayatolá Khomeini, Irán cambió su política interior y exterior. Su sistema de gobierno pasó a ser una teocracia, de forma afin a las ancestrales tradiciones

musulmanas. De la anterior postura pro-norteamericana, pasó a sostener la teoría de “los dos satanes” (URSS y EE.UU.). Su tirantez con EE.UU. tuvo su pico de tensión durante el proceso de la toma de los rehenes de la embajada, el cual incluso originó una frustrada operación de rescate por parte de tropas especiales de EE.UU., que terminó en un desastre militar y en un gran fiasco político de enormes repercusiones internacionales. A partir de ese momento, al no contar con el aval de ninguna de las dos superpotencias, el sistema político de Irán soportó todo tipo de tensiones y de agresiones diplomáticas y económicas. En ese contexto, no cabe duda que el Iraq de Sadham Hussein fue claramente alentado a expandirse militarmente a costa de su gran vecino y enemigo histórico, Irán. Pero como en el marco del intrincado juego geopolítico de Oriente Medio, Iraq constituía una amenaza para Israel, pues había manifestado claramente su aversión al Estado hebreo, este ayudó militarmente a Irán. El resultado fue un empantanamiento de las acciones militares que llevó a un desgaste acelerado de ambas partes, pero sobre todo para Iraq, de territorio más reducido y cuya población sintió los efectos de la guerra. Este conflicto terminó en un virtual empate y con ambas economías muy afectadas, además del enorme costo social de haber perdido toda una generación destruida o mutilada durante el prolongado período de hostilidades. Otro efecto de esta guerra fue haber socavado la unidad de los miembros de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), de la cual ambas naciones fueron fundadoras.

- Intento de Golpe de Estado en España (1981). Fue encabezado por el Coronel Tejero. Fue rápidamente abortado.
- Independencia de Belice (1981).
- Anexión de las Alturas del Golán por parte de Israel (1981). Es territorio que perteneció a Siria, hasta la guerra del '73.
- Atentado mortal contra Anwar El Sadat (1981). Tanto su política interna de perpetuación en el poder como el acuerdo alcanzado con Israel disgustaron a sectores opositores, sobre todo dentro de las fuerzas armadas. Su atentado se perpetró durante un desfile militar, provocando numerosas víctimas, pues fue ametrallada y atacada con explosivos la tribuna principal en la que estaba Sadat con otras autoridades e invitados especiales. Le sucedió en el gobierno Hosni Mubarak, quien hasta el 2003 continúa en el cargo. Adviértase que cuando existe un gobierno afin a los intereses políticos de las potencias del “G7” (Grupo de los Siete países más desarrollados del mundo), poco o nada importa que sea “democrático” o autocrático (como lo es el gobierno de Egipto).
- Golpe de Estado incruento en la República Centroafricana (1981). Bokassa fue destituido por el General Kolingba. En 1987 Bokassa fue condenado a muerte, por haber cometido innumerables atrocidades.
- Intento fallido y Golpe de Estado en Bangla Desh (1981-1982).
- Golpe de Estado en Ghana (1981-1982). Proseguía la inestabilidad política, crónica en este Estado centroafricano.
- Guerra Civil de El Salvador (1981-91). Las profundas desigualdades sociales y económicas de la población de este pequeño país centroamericano fueron el caldo de cultivo de grandes resentimientos entre los marginados y entre las clases cultas con sentimientos humanitarios. A todo esa explosiva situación social solo le faltaba la chispa que encendiera la mecha de ese polvorín político, social y económico. Los sectores nacionalistas y marxistas descontentos y convencidos de la imposibilidad del cambio por las vías pacíficas, ante las cerradas estructuras políticas que impiden los cambios, vieron la vía armada como el camino hacia los cambios buscados. El desgaste del largo conflicto terminó sin lograr las transformaciones que dijo buscar, y con un alto costo en vidas y bienes.
- Devolución de la Península del Sinaí (1982). Fue parte de los acuerdos egipcio-israelíes.
- Guerra del Atlántico Sur (1982). Entre el 2 de abril y el 14 de junio se libró una corta pero encarnizada guerra, entre las tropas colonialistas del Commonwealth, claramente respaldadas por EE.UU. (en abierta violación al TIAR {Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, que estipula la defensa de cualquier país de América ante la agresión de cualquier potencia extra continental}), contando además Gran Bretaña con el respaldo de la Unión Europea. Este conflicto marcó un punto de inflexión en las relaciones entre América Latina y EE.UU., siendo el catalizador de la solidaridad latinoamericana con una justa causa de todo el subcontinente. El

triunfo de la coalición liderada por Gran Bretaña solo fue posible a un muy alto costo en vidas y bienes. Sin ninguna duda las cifras “oficiales” de bajas están claramente falseadas del lado británico, pues es imposible pensar en menos de 300 muertes si se considera que 14 barcos fueron hundidos, otros tantos o más severamente averiados, a lo cual deben agregarse las previsibles bajas resultantes de casi un mes y medio de lucha en tierra. Para tener una idea del costo bélico de las tropas agresoras, antes de la guerra Gran Bretaña poseía varias escuadrillas de cazas bombarderos Sea Harrier, tanto en la marina como en la RAF, y actualmente solo posee una escuadrilla combinada de ambas armas. Entre los derribados en combate, y los que se fueron a pique junto con el transporte Atlantic Conveyor, Gran Bretaña perdió entre 40 y 50 Sea Harrier. Un hecho poco conocido es que al cumplirse 150 años de la usurpación de las islas, Gran Bretaña tenía planeada concederle la “independencia”, creando un pseudo Estado insular de las Falklands, con lo cual hubiese creado otro “estado tapón” con proyecciones hacia La Antártida. El verdadero escándalo de la guerra impidió que pudiera consumar esa nueva agresión. Varios factores se conjugaron para que esta guerra tuviera amplia cobertura periodística mundial; entre ellos el hecho de no ser un enfrentamiento ideológico pero sí una anacrónica guerra de tipo colonialista, la única mantenida por la Argentina en el siglo, y la primera y única del siglo posterior a la 2ª Guerra Mundial causante del hundimiento de varios buques de guerra británicos. Es de destacar que Perú y Venezuela nos brindaron su total apoyo, así como el que nos suministró Libia; mientras que Chile operó claramente a favor de los intereses británicos.

- Invasión de Israel al sur de El Líbano (1982). Permanecieron hasta 1985. Esta operación militar se enmarcó dentro de las continuas agresiones entre el Estado hebreo y sus vecinos árabes, habiendo pasado casi desapercibida en el contexto internacional, pues se hizo coincidir con la Guerra del Atlántico Sur. En ese marco acaeció la masacre de los campamentos de refugiados de la O.L.P. (Organización para la Liberación de Palestina) de Chabra y Chatila, en El Líbano, el cual se atribuyó a milicias opuestas a los musulmanes, con la aquiescencia de las tropas israelíes.
- Unión de Gambia con Senegal (1982). Fue una decisión política vigente hasta 1989.
- Proclamación de la República Turca del Norte de Chipre (1983).
- Guerra civil en Zimbabwe -antes Rhodesia- (1982). Si bien existían factores de tensiones sociales, esta guerra civil se enmarcó dentro de la “guerra fría”.
- Bombardeo naval norteamericano en El Líbano, contra posiciones sirias acantonadas en dicho país (1983). Tuvo carácter punitivo por un sangriento atentado perpetrado en la ciudad de Beirut, que costó más de dos centenares de víctimas militares norteamericanas.
- Invasión de EE.UU. a Granada (1983). En una operación militar de proporciones, y luego de enconada lucha no prevista inicialmente, EE.UU. derribó al gobierno granadino, de orientación filo-comunista, e instauró en su lugar a otro gobierno afín con la política exterior norteamericana. En la lucha intervinieron los asesores militares que Cuba tenía destacados en esta pequeña nación insular caribeña.
- Segunda Guerra Civil de El Sudán (1983). Constituyó la continuación de las disputas anteriores, con ingredientes étnicos, culturales, religiosos, regionales y mundiales, en el foco de tensiones que es “El Cuerno de África”.
- Golpe de Estado en Nigeria (1983). Fue orientado por el General Buhari.
- Masacre de civiles de Uganda (1983-1984). Se estima que sucumbieron aproximadamente 100.000 personas, a manos de la dictadura militar.
- Golpe de Estado militar en Guinea (1984).
- Cambio de nombre de Alto Volta (1984). Pasó a llamarse Burkina Faso.
- Hambruna en Etiopía (1984). Al propio tiempo se acentuó la orientación comunista del país. En ese año también se ejecutó la “Operación Moisés”, que fue un puente aéreo para llevar parte de la población judía de Etiopía a Israel. Se supone que son parte de una de las doce tribus originales de los tiempos bíblicos, y se trata de población de raza negra.
- Acuerdo de Mozambique con Sudáfrica (1984). Este último país se comprometió a no intervenir en los problemas internos de Mozambique.
- Ataque de fuerzas militares regulares al Templo Dorado de Amritsar (1984). Hubo cientos o miles de muertos Sjjs (tercera minoría religiosa en La India). Una consecuencia fue el asesinato

de la Primera Ministra Indira Gandhi, en ese mismo año, en los jardines del Palacio de Gobierno, a manos de guardias de la etnia y religión sij.

- Disturbios y acciones terroristas fundamentalistas en Argelia (1984-1985).
- Enfrentamientos fronterizos entre Malí y Burkina Faso -ex Alto Volta- (1985).
- Golpe de Estado en Nigeria (1985). Dirigido por el General Babangida.
- Dos Golpes de Estado en Uganda (1985-1986). Protagonizados por dos diferentes líderes militares.
- Sanciones económicas contra Sudáfrica (1986). Las implementaron los llamados “países occidentales”, en contra de la política del *apartheid*.
- Provocaciones de una poderosa flota norteamericana en el Golfo de Sidra (1986). Provocó la reacción de las defensas de Libia. Fueron bombardeadas las ciudades de Trípoli y Bengasi, siendo objeto de varios ataques las residencias de Kadaffy. En esas incursiones murió la hija adoptiva del jefe de Estado libio.
- Con la aquiescencia del gobierno boliviano, intervención de tropas norteamericanas para combatir el narcotráfico en Bolivia (1986).
- Derrocamiento del tirano Duvalier hijo (1986). El sistema democrático, con todas las limitaciones de instaurarlo en el más pobre país de América, no logró superar los condicionamientos del subdesarrollo.
- Revolución en Filipinas (1986). La larga dictadura de Ferdinando Marcos llegó a su fin.
- Golpe de Estado militar en Lesotho (1986).
- Guerra civil en la República Democrática Somalí (1986-1991). A su término fue destituido el presidente Barre.
- Accidente de aviación del presidente de Mozambique (1986). Su sucesor inició el cambio hacia la llamada “economía de mercado”, que se concretó en 1990.
- Levantamiento “carapintada” en Argentina (1987). Dirigido por los Coroneles Mohamed Alí Seineldín y Aldo Rico, se produjo un alzamiento militar que claramente no estuvo dirigido a cortar el orden institucional, por lo que no fue una revolución en el usual sentido del término. Buscaba reivindicaciones para las Fuerzas Armadas, cuya situación institucional había quedado seriamente afectada por las secuelas de la guerra antisubversiva librada desde 1975 hasta 1981 aproximadamente. Además pretendió evitar el virtual estado de desarme en que se sumió posteriormente a la Argentina, sobre todo en las presidencias de Alfonsín y Menem, y que ya se podía prever en ese año. Una particularidad fue que uno de los focos de la insurrección estuvo en el Regimiento de San Javier, provincia de Misiones. Fue rápidamente sofocado, y sin que se produjeran enfrentamientos armados. En la presidencia de Menem (1989/90) se produjeron los últimos alzamientos carapintadas, que también fueron abortados, aunque esta vez con dureza y derramamientos de sangre.
- Comienzo de la “intifada” (1987). Rebelión de los pobladores árabes de Palestina, contra la ocupación israelí. Fue un proceso largo y sangriento.
- Destitución del presidente vitalicio de Túnez (1987). La causa fue la incapacidad, presuntamente por envejecimiento.
- Nuevo Golpe de Estado militar en Burundi (1987).
- Intervención armada en Sri Lanka (1987-1990). Fue realizada por tropas de La India, bajo el pretexto no logrado de la pacificación entre singaleses y tamiles, dos grupos raciales y culturales diferentes y aparentemente irreconciliables.
- Reconocimiento formal del fracaso de la unidad africana (1988). Fue en la Conferencia de Addis Abeba. Los motivos del fracaso estuvieron relacionados con el estado de convulsión política generalizada, las numerosas revoluciones, luchas entre etnias y guerras; todo dentro de un marco de atraso y pobreza generalizada.
- Nuevos disturbios generalizados en Argelia (1988). Fueron provocados por un proceso de carestía general.
- Ataques a los Kurdos en Iraq (1988). Además de la violencia y persistencia de la campaña de las tropas regulares iraquíes, cobró mucha repercusión por haberse utilizado gases tóxicos.
- Retirada de las tropas cubanas y sudafricanas de Angola (1988). Pero a pesar de convenirse el cese de las hostilidades, las luchas continuaron.

- Retirada de las tropas soviéticas de Afganistán (1988-1989). Con altos costos en hombres y equipos, los soviéticos optaron por retirarse, sin haber podido doblegar totalmente a la resistencia de los mujaidines afganos, los que contaron con abastecimiento de modernos armamentos de EE.UU. y Europa Occidental.
- Graves disturbios en China (1989). Uno de sus hechos más conocidos fue la llamada “masacre de la plaza de Tiananmen”. Sectores de estudiantes y otros disconformes pedían cambios drásticos en la sociedad y en las estructuras del poder.
- Golpe de Estado militar en Sudán (1989). Significó una realineación política internacional, acorde a los cambios mundiales.
- Derrocamiento del régimen del General Alfredo Stroessner (1989). Se mantuvo en el poder desde 1954. El golpe fue dirigido por el General Andrés Rodríguez.
- Graves disturbios populares en Venezuela (1989). Fueron causados por la política de severos ajustes inducidos por el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Ya en esa época Chávez mostró su disconformismo con el *establishment* y se perfiló como partidario de un drástico cambio político, social y económico.
- Recrudescimiento de la lucha militar contra el “Cartel de Medellín” (1989). Contó con el amplio apoyo de equipos y asesores militares de EE.UU.
- Invasión estadounidense a Panamá (1989-90). Entre diciembre de 1989 y febrero de 1990, en una gran operación militar, EE.UU. atacó a la Guardia Republicana (equivalente al ejército) de Panamá, con el claro objetivo de derrocar al hombre fuerte de ese pequeño país, el General Noriega. Logrado su propósito, Noriega fue llevado a EE.UU., donde está detenido como preso común, acusado de estar involucrado en el narcotráfico, en un proceso que conlleva muchas dudas, pues más allá de las escasas condiciones morales del depuesto General, es evidente que los motivos básicos tienen que ver con la política exterior. El antecesor de Noriega, el carismático General Omar Torrijos, hombre de gran estatura moral y de intachable patriotismo, había muerto en un dudoso accidente de aviación después de haber luchado incansablemente para obtener la devolución del Canal de Panamá a la jurisdicción de su propio país. Este hecho se concretó mucho después de la trágica muerte de Torrijos, y marcó un hito importantísimo para la vida política y económica de Panamá.
- Virtual guerra civil en Afganistán (1989-1990). Entre el sector gubernamental y los mujaidines ultra ortodoxos musulmanes.
- Graves disturbios en las regiones de Cachemira y Punjab (1990). Forma parte de las tensiones internas de La India.
- Nueva constitución en Mozambique (1990). Implicó el fin formal de la época marxista.
- Liberación del principal opositor al *apartheid* en Sudáfrica (1990). Nelson Mandela estuvo 27 años en prisión, por oponerse a la segregación de la mayoría negra en ese país.
- Disolución de Checoslovaquia (1990). Se separaron la República Checa y la República Eslovaca.
- Derrota electoral de los Sandinistas (1990). La opositora Violeta Chamorro ganó las elecciones, después de un largo proceso de hostigamiento militar del sector ultra conservador y afín al somocismo, denominado “los contras”, el cual contó con asistencia logística y armas de EE.UU., tal como se ventiló públicamente en el llamado escándalo de Irán y Los Contras, según las públicas declaraciones del Coronel Olivier North.
- Declaraciones de las independencias de los Estados Bálticos (1990). Con muy pocas semanas de diferencia, se declararon independientes Lituania, Estonia y Letonia; estando en pleno proceso de disgregación política y económica la URSS.
- Protestas y levantamientos de orientaciones nacionalistas en varias repúblicas de la URSS (1990). Sucedió en Ucrania, Georgia, Armenia, Moldavia, Uzbekistán y Kirguistán.
- Luchas por el poder entre facciones cristianas en El Líbano (1990).
- Conflicto fronterizo entre Mauritania y Senegal (1990).
- Independencia de Namibia (1990). Intervino activamente el SWAPO en el proceso.
- Disturbios internos en Togo (1990). El dictador proseguía en el poder desde 1967.
- Nacionalización bancaria en Benín (1990). En ese año el país abandonó la doctrina marxista.
- Cambio de signo político en Etiopía (1990-1991). Se autorizaron inversiones extranjeras y se pasó a instrumentar medidas de tipo capitalista. El presidente Mengistu fue destituido en 1991.

- Guerra Civil de Ruanda (1990-97). Se libró entre las etnias Tutsis y Hutus. Complicaron el panorama las influencias de algunas naciones vecinas, pasando a ser en cierta forma un conflicto con ramificaciones en el entorno cercano. El pico de la guerra civil se dio en 1994, el estrellarse un avión en el que viajaban los presidentes de etnia hutu de Ruanda y Burundi. El conflicto produjo estimativamente más de un millón de muertos, y una cifra similar o mayor de exiliados. Ruanda es una nación pequeña (más chica que la provincia de Misiones), con más de siete millones de habitantes, muy pobre, y su conformación política, social y económica tan conflictiva es en buena parte consecuencia de las épocas de dominación francesa.
- Represión militar soviética en los países bálticos (1991). Intentó evitar las secesiones de Letonia, Lituania y Estonia.
- Asesinato del ex Premier de la India, Rajib Gandhi (1991). El otro hijo de la ex Primer Ministro de la India había muerto en un accidente de aviación, y la propia Indira Gandhi también fue asesinada en 1984.
- Golpe de Estado en Malí (1991).
- Fin de la política del *apartheid* en Sudáfrica (1991).
- Acuerdo para comenzar la creación de la futura Comunidad Económica Africana (1991). La OUA (Organización de la Unidad Africana) acordó con la firma de 51 Estados miembros, tomando como modelo la CEE. Se prevé concretar la CEA (Comunidad de Estados Africanos) en el año 2025.
- Disturbios sociales en Argelia (1991). A las tensiones de una sociedad pobre y económicamente subdesarrollada, se sumaron los descontentos de los integristas islámicos.
- Acuerdo de paz en Angola (1991). Lo rubricó el gobierno local con la UNITA.
- Presiones del ejército regular libanés contra las tropas irregulares en el sur del territorio (1991).
- Guerra del Golfo Pérsico o Primera Guerra de Iraq (1991). Primeramente Iraq recuperó Kuwait, territorio que históricamente había sido propio, y que fue secesionado por la diplomacia inglesa al verse obligada a concederle la independencia después de la 2º Guerra Mundial. La recuperación de Kuwait fue concretada “manu militari”, en una rápida operación militar con masivo uso de unidades blindadas y mecanizadas. Esto sucedió a fines de 1990. La coalición liderada por EE.UU. intimó a Iraq a retirarse de territorio kuwaití, y al no suceder dicha retirada, se dio principio a la operación militar denominada “Tormenta del Desierto”. En esta operación militar la cobertura legal estuvo suministrada por las Naciones Unidas, que avalaron la “liberación” de Kuwait. Gran Bretaña fue la principal aliada en la coalición, de la cual participaron numerosos países, tanto militar como financieramente. Las naciones del Commonwealth participaron activamente, y algo similar ocurrió con los miembros de la UE. Inclusive Argentina envió un par de barcos de la Marina de Guerra para colaborar con el bloqueo naval, rompiendo con dicho acto una vieja postura de no intervención en terceros países, tal como había sostenido nuestro país en toda su historia. Fue una de las más deleznable actitudes dentro de la política que el nefasto Canciller Guido Di Tella denominó “las relaciones carnales” con EE.UU.
- Profundo cambio político en Polonia (1990). Después de un largo proceso de resistencia y huelgas en contra del poder comunista, e influenciado por la asunción del polaco Karol Wojtyla como el Papa Juan Pablo II, asumió la presidencia de Polonia el líder sindical Lech Walesa.
- Disolución formal de la URSS (1991). Se concretó el 31/12/91. En ese mismo año, y en procesos vinculados, se disolvieron el COMECON (alianza económica de los países europeos del bloque soviético), y el Pacto de Varsovia (alianza militar de defensa conjunta de esos mismos países).
- Guerra de Los Balcanes (1991-95). Fue el proceso de brutal desmembración de Estados diferentes que constituía Yugoslavia, que se había logrado consolidar bajo la rígida dirección de Josip Broz, más conocido como Tito. Fallecido Tito, Yugoslavia no tardó en sentir con todo rigor las fuerzas centrífugas de la desintegración. Con rapidez se avivaron viejos odios religiosos, étnicos, históricos, políticos, etc. En 1991 se independizaron Eslovenia y Croacia. En 1992 Bosnia-Herzegovina. Posteriormente estalló una guerra entre Bosnia (musulmanes) contra Serbia (ortodoxos) y Croacia (católicos). La última etapa de estas guerras fue la librada por el control de la provincia serbia de Kosovo.
- Guerra de Chechenia (1991-96). Los guerrilleros separatistas chechenos mantuvieron una enconada guerra de independencia contra las tropas de la URSS. El conflicto logró sofocar los

intentos independentistas, pero varios recientes atentados cometidos en la URSS llevan la impronta de las inmolaciones musulmanas por una causa superior, lo que denominan “la guerra santa”. Y en países como Chechenia y otros de la región del sur de la ex URSS, las grandes mayorías de las poblaciones son precisamente musulmanas. Por ello, cabe suponer que este conflicto esté larvado, pero no terminado.

- Intervención militar norteamericana en Mogadiscio -Somalia- (1992-1993). Terminó con un gran fiasco militar de EE.UU., con gran costo en vidas y con serias repercusiones políticas negativas para la potencia agresora.
- Guerra Peruano-Ecuatoriana (1995). Se libró por el dominio de una zona selvática amazónica. Duró pocas semanas y se circunscribió a la zona en disputa, pero en ella fue de gran ferocidad. Lamentablemente se avivaron viejos rencores de guerras pasadas. El papel de la Argentina fue tristísimo, dada la dualidad de integrar un comité de paz, y a la vez estar involucrada en un vil comercio de armas con Ecuador, operación con la cual se actuó en contra del más antiguo y fiel aliado político y militar de nuestro país (Perú). En esta operación de venta de armas se involucraron -al menos por sus funciones oficiales- poderosos personajes políticos incluyendo al entonces presidente Carlos Menem, al Ministro de Economía D. F. Cavallo, al Canciller Oscar Camilión, al Comandante del Ejército Gral. Balza, así como a otros personajes menos conocidos públicamente pero de anteriores actuaciones en operaciones de tráfico de armamentos.
- Recrudescimiento de las acciones guerrilleras y anti guerrilleras en Colombia (1996-continúa). Existe apoyo táctico, de asesores y de equipos de EE.UU.
- Enfrentamientos en Iraq (1996). EE.UU. y Gran Bretaña establecieron “zonas de exclusión aérea” en las que violaban continuamente el espacio aéreo de Iraq, concretando continuos ataques. Además establecieron un virtual bloqueo económico que impidió a Iraq adquirir del exterior diversos insumos imprescindibles, entre ellos medicamentos, por lo que millones de civiles murieron por falta de medicamentos que ese país no produce.
- Guerra Civil en Zaire (1996-97). El 17 de mayo de 1997 cambió su nombre por el de República Democrática de El Congo. Enfrentó a etnias y grupos de poder diferentes, en el mosaico de distintas etnias negras cuyos territorios fueron unificados políticamente tras la terminación del régimen colonial francés. Es un país de territorio algo menor a la superficie continental de Argentina, con una población (50 millones) mayor que la nuestra. Sus riquezas naturales la hacen un blanco de lucha por su dominio, por parte de las potencias industriales.
- Bombardeos punitivos de EE.UU. contra una base militar islámica en Afganistán y contra una fábrica de fármacos en Sudán (1998). Fueron las respuestas militares a dos atentados a embajadas norteamericanas en África Central.
- Guerra de Eritrea-Etiopía (1998-2000). Además de existir regímenes gubernativos diferentes y viejas cuestiones que derivan de la época colonial italiana y aún anteriores, en su extensa frontera común de más de 1.000 km han quedado muchos sectores sin definir, lo cual fue motivo para el inicio de las hostilidades. A un alto costo en vidas y bienes, Etiopía obtuvo el triunfo militar, pero la situación está lejos de haberse superado totalmente. Las masas de población desplazadas por la guerra se estiman entre 750.000 y 1.000.000 de personas.
- Asunción al poder de Hugo Chávez en Venezuela (1999). Sus radicales medidas de gobierno significaron un notable cambio en la política venezolana, históricamente dominada por sectores conservadores que mantuvieron una estructura social muy inequitativa con una muy desigual distribución de la riqueza y de las oportunidades sociales.
- Ataques a Kosovo (1999). Las fuerzas de la OTAN, lideradas por EE.UU. atacaron esta provincia de Serbia (ex Yugoslavia), forzando la retirada de las tropas serbias.
- Atentado de las Torres Gemelas en Nueva York (2001). El 11 de setiembre pasó a ser una fecha emblemática, pues la magnitud y la inédita característica de los atentados, con sendos aviones de transporte estrellándose con pocos minutos de diferencia, a lo cual se sumaron otros aviones estrellándose contra otros objetivos -como el Pentágono-, marcaron profundamente el sentimiento colectivo de los estadounidenses, afectando entre otras cosas el sentimiento de invulnerabilidad y de ilimitado poder, creando una psicosis de preocupación colectiva y en algunos casos de pánico generalizado. Estos atentados fueron las excusas para las agresiones a Afganistán e Iraq.

- Grandes disturbios sociales en Argentina (2001). El inepto Presidente Fernando De la Rúa fue echado del poder, en medio de grandes manifestaciones populares, que inicialmente lograron la dimisión del Ministro de Economía Domingo Felipe Cavallo, claro representante de los grandes capitales transnacionales y de los grupos del poder que durante su gestión en la presidencia de Carlos Saúl Menem se adueñaron de las empresas de servicios públicos nacionales a precios viles y/o en condiciones leoninas, en contra del Estado argentino y de los usuarios de los servicios públicos. Las agitaciones sociales y populares siguieron continuamente hasta la asunción del Presidente Néstor Kirchner, destacándose los grupos manifestantes de los piqueteros y de los “*caceroleros*”. Los primeros identificaron principalmente a los desocupados y otros marginados del sistema, mientras que los “*caceroleros*” a la empobrecida clase media estafada por un sistema bancario plagado de corrupciones y de inequidades, mantenido por el *establisment* oficial, del cual Cavallo y otros economistas “de renombre” eran y son piezas claves, sustentados por determinados sectores de los comunicadores sociales y empresarios de este sector.
- Invasión de EE.UU. y Gran Bretaña a Afganistán (2001-2002). Expulsó del poder al gobierno de Los Talibanes, sector integrista musulmán. De todos modos, las acciones guerrilleras no se han terminado, pues a excepción de las grandes ciudades, el resto del extenso y desértico país sigue bajo dominio real de las fuerzas opositoras al actual régimen gubernativo. La resistencia armada continúa en el año 2003.
- Tractorazo en Misiones (2002). Los muy bajos precios abonados a los productores de hoja verde (sin elaboración) y de yerba canchada, provocaron una masiva protesta de agricultores, los que en muchos casos marcharon con sus familias hacia Posadas. Las sucesivas caravanas de camiones, sobre los cuales se transportaron los vetustos tractores que conforman la mayor parte del parque existente en esta provincia. En algunos puntos estratégicos, algunos piquetes policiales intentaron impedir el paso, desarrollándose algunos hechos de violencia, pero sin tener que lamentarse heridos graves ni muertos. Acampando en plena plaza principal, todas las calles laterales y los accesos a la vecina gobernación fueron virtualmente ocupados pacíficamente por los manifestantes, durante aproximadamente dos meses. Después de largas y por momentos tensas negociaciones, con algunas soluciones parciales y con difusas promesas de mejoras a futuro, la protesta fue disuelta. Entre muchas otras anécdotas sucedidas en esas febriles jornadas, pueden citarse dos: por una parte las expresiones de un diputado, que reconoció que “de la yerba mate, solo sabe que sirve para hacer mate”; y por otra el agudo contraste entre los flamantes autos -muchos de ellos caros modelos importados- de los dirigentes políticos, comparados con los ya veteranos camiones y los desvencijados tractores de 30 ó 40 años, que formaban el parque motor del tractorazo.
- Tensiones crecientes entre India y Pakistán (2002-2003). Además de los viejos odios entre ambas naciones, las tensiones de la región acentuaron el cuadro de crisis.
- Golpe de Estado de tipo palaciego, contra el Presidente Chávez en Venezuela (2002). Contó con el apoyo de un General, bajo la dirección de poderosos grupos empresarios locales -destacándose los de las comunicaciones masivas-, y con la clara aquiescencia de EE.UU. Fue abortado por la intervención conjunta de la mayoría de los mandos militares -de orientación nacionalista- y de grandes masas populares.
- Guerra de Iraq (del 20 de marzo al 1º de mayo de 2003). Fuerzas de EE.UU. y de Gran Bretaña, con el apoyo diplomático de España atacaron a Iraq, logrando el dominio militar y político de este milenar y a la vez nuevo país. Sin embargo, continúan las acciones de resistencia, por lo que el futuro parece impredecible. EE.UU. está invitando a terceras naciones, entre ellas Argentina, a integrar una “fuerza de paz” (en rigor una fuerza de ocupación) que permita disminuir el número de sus propias tropas o incluso minimizar drásticamente su cantidad, pues los costos políticos de la prolongada intervención militar pueden tener serias repercusiones en la política interna norteamericana, y seguramente harán variar la opinión de la opinión pública de EE.UU. contra la guerra y el proceso de ocupación de todo Iraq.
- Gran inestabilidad política internacional en torno a Corea (2003). Corea del Norte, uno de los pocos regímenes comunistas que subsisten, poseedor de un arsenal nuclear y de un vasto arsenal convencional, con el implícito apoyo de China desafió al poderío político, económico y militar de EE.UU. El tema está pendiente al momento de escribirse este libro.

- Amenazas de invasión de la coalición de EE.UU. y Gran Bretaña a Irán (2003). Se instrumentó en base a la acusación de integrar un supuesto “eje del mal” (según la óptica de las potencias anglosajonas). Al igual que Corea, Irán posee un avanzado proceso de desarrollo tecnológico nuclear, lo cual preocupa a los estrategas de las actuales potencias atómicas, aunque Irán parece orientar esta tecnología a fines pacíficos.

AMPLIACIONES CONCEPTUALES ACERCA DE ALGUNOS HECHOS SIGNIFICATIVOS EN LA HISTORIA MUNDIAL, CON GRAN SIGNIFICACIÓN POLÍTICA Y ECONÓMICA

La unificación de Italia (alcanzada bajo la conducción política de Cavour y finalmente de Víctor Manuel de Saboya) y la acción militar de Garibaldi fue lograda después de someter a los Estados Pontificios. Todo ello configuró un largo proceso bosquejado en la década de 1820, comenzado a tomar forma en 1830, con acciones militares y políticas desarrolladas entre 1858 y 1871. Militarmente había culminado en 1870, con la derrota de Los Estados Pontificios, mientras que en 1871 Roma fue proclamada capital del Estado Parlamentario Italiano, reduciéndose la soberanía papal a los estrechos límites de la Ciudad del Vaticano, enclavada dentro de Roma.

En la misma época, y bajo la férrea conducción de Otto Von Bismarck, Alemania logró su unificación política, aplicándose en ese cometido el pensamiento político, social, geopolítico y económico del visionario Friedrich List.

La Confederación Germánica había existido desde mucho tiempo atrás, pero el poder real giraba en torno de los dos Estados principales, que eran Prusia y Austria.

Las luchas por los espacios de poder, rápidamente se transformaron en conflictos bélicos, como en el caso de la Guerra de Crimea en la que lucharon Rusia, Turquía, Gran Bretaña y Francia, desde 1853 a 1856; y la breve Guerra Franco-Prusiana de 1870, cuya culminación con el triunfo germano marcó la unificación política de Alemania. A consecuencia de esta guerra los territorios de Alsacia y Lorena pasaron a formar parte de Alemania.

La Guerra Franco-Prusiana fue en buena medida uno de los antecedentes que más influyó en el desencadenamiento de la 1ª Guerra Mundial. Y tal como es más conocido, las profundas heridas sociales, políticas y económicas de esta fueron las causas de la 2ª Guerra Mundial. Al fin de cada una de las guerras mundiales, Alsacia y Lorena pasaron a integrar el territorio francés, situación que perdura hasta hoy.

En EE.UU. la Guerra de Secesión (1861-1865) marcó un hito muy importante, pues no solo significó el fin de la esclavitud en ese país, sino que también impuso los criterios industrialistas, progresistas y expansivos del norte, sobre el conservadurismo agrícola del sur. Es notable constatar cómo el relativamente pequeño país que era EE.UU. al momento de su independencia, fue rápidamente agrandando su territorio, sea por compras, por anexiones de Estados previamente “independientes”, o por directas anexiones a consecuencias de la guerra con México.

La frontera original establecida en 1793, siguiendo el curso del río Misisipí, fue progresivamente corriéndose al oeste. En 1803 compró Luisiana a Napoleón, y en 1819 hizo lo propio con las dos Floridas, que pertenecían a España. Previo apoyo a la “independización” de Texas (en un proceso orquestado que incluyó el apoyo directo a colonos estadounidenses que se habían asentado en ese Estado), se libró la guerra contra México, entre 1846 y 1848. A consecuencia de esa guerra, dos millones de km² adicionales pasaron a engrosar el patrimonio de EE.UU., en todo el sud y centro oeste del actual territorio norteamericano. En 1846 se fijó la frontera norte, con el Canadá, la cual se mantuvo hasta nuestros días.

Otro antecedente de la 1ª Guerra Mundial fue la Guerra Ruso-Otomana de 1877, en la cual Rusia se tomó desquite de la Guerra de Crimea, en la que participó Turquía.

En cierta forma, lo propio puede decirse de la Guerra Ruso-Japonesa de 1898-1905, en la que las batallas decisivas se libraron en el mar, y en la cual la posesión de dos modernísimos acorazados inclinó la balanza a favor de Japón. Es un hecho poco conocido que dos de esos barcos habían sido mandados a construir por Argentina en Inglaterra, y por especial pedido de Japón fueron cedidos al uso de ese país.

En Japón se realizó una rapidísima transformación social, política y económica, que puso fin a la política de aislamiento que había logrado mantener la casta gobernante por varios siglos. La irrupción de una cañonera norteamericana en 1853 impuso la apertura comercial forzosa. Y fue el gran estímulo para

que Japón pasara abruptamente de la Edad Media a la era industrial, con lo cual pasó también a constituirse en un imperio en expansión.

Finalmente, los conflictos de Los Balcanes, en 1912 y 1913, fueron ya los claros preludios de la 1º gran guerra, pues la chispa de esta se encendió precisamente en la zona de Los Balcanes, más precisamente en Sarajevo.

Ya a comienzos de siglo, el Imperio Turco se encontraba en clara descomposición. Pero aún conservaba una franja de territorio desde Constantinopla hasta el Mar Adriático. El resto de Los Balcanes era una complicadísima mezcla de nacionalidades y religiones contrapuestas. Estaban Grecia, Rumania, Bulgaria, Serbia y Bosnia-Herzegovina. A su vez, este último pertenecía al Imperio Otomano, pero estaba ocupado y administrado por Austria, desde 1878. El también débil Imperio Austro-Húngaro (cuya capital era Viena), poseía los territorios de Croacia y Eslovenia. Serbia era el foco principal de agitación en la región. Las religiones que entrecruzaban sus influencias eran (y siguen siendo) los cristianos ortodoxos, los católico-romanos, los musulmanes, y en menor número los judíos.

La primera de las Guerras de Los Balcanes tuvo en un bando a Turquía, y en el otro a Serbia, Bulgaria y Grecia. La segunda de las Guerras de Los Balcanes enfrentó a Bulgaria, contra Serbia, Grecia y Turquía. La situación era muy volátil, y los juegos de alianzas cambiaban muy rápidamente, dando más explosividad a toda la región, de por sí ya muy conflictiva.

La 1º Guerra Mundial tuvo como antecedente político un juego de alianzas en el que finalmente se enfrentaron los aliados -Serbia, Bélgica, Rusia, Francia e Inglaterra, a los que se sumarían luego Italia, Rumania, Portugal y Grecia-, contra las llamadas potencias centrales -Alemania, el Imperio Austro-Húngaro, y más tarde Turquía y Bulgaria-. En ese momento, Japón atacó y conquistó las posesiones alemanas en Chantung, China. También se sumaron las colonias africanas y asiáticas de las potencias en guerra. Al final de la misma, en 1917, EE.UU. se unió a los aliados, inclinando la balanza a su favor.

Pero específicamente las profundas crisis que fueron originadas en la 1º Guerra Mundial fueron las causales de grandes transformaciones, como la Revolución Bolchevique en 1917, génesis de la Unión Soviética; la Revolución Italiana y los sucesos consecuentes (de 1922 a 1925), que llevaron al fascismo al poder; y la Revolución Alemana de 1933, de la que emergió triunfante el Partido Nacional Socialista, más conocido como Nazi. En 1935 la Italia de Mussolini invadió Abisinia (actual Etiopía), rubricando el pacto del Eje con Alemania en 1936.

Además de ello, en 1929 se produjo el crac económico mundial, cuyo punto de partida fue la quiebra de la Bolsa de Comercio de Nueva York. Esta severísima recesión fue el marco que permitió la evolución de la teoría económica keynesiana, elaborada por el economista británico John Maynard Keynes, quien propuso un fuerte intervencionismo estatal para salir de la crisis, y para evitar en el futuro otras crisis económicas, que a la vez actuaran como fuertes detonantes de grandes cambios políticos y sociales.

La crisis mundial afectó a todos los países, salvo Rusia y Japón, pues sus economías no se encontraban integradas ni dependientes de las naciones anglosajonas o europeas centrales.

A comienzos de la década del '30, Japón invadió el territorio chino de Manchuria, siendo el más claro prolegómeno de la 2º Guerra Mundial.

Aunque el campo de pruebas de las armas con las que se comenzaría la 2º gran guerra fue la Guerra Civil Española, en la cual las potencias europeas del Eje (Alemania e Italia, a los que se sumaría a esta guerra civil Portugal) apoyaron a los nacionalistas del Generalísimo Francisco Franco; mientras que Inglaterra, la Unión Soviética y otras naciones que formarían el grupo de Los Aliados, apoyaron a las fuerzas republicanas, dentro de las cuales hubo voluntarios de brigadas internacionales comunistas. La guerra civil española comenzó en 17 de julio de 1936, y finalizó con la toma de Barcelona y la llegada de las tropas franquistas hasta la frontera francesa en enero de 1939.

España había mantenido su neutralidad en la 1º Guerra Mundial, posición que mantendría después en la 2º Guerra Mundial. Pero al fin de la 1º G.M., la crisis económica se hizo sentir duramente y provocó crecientes conflictos sociales. Esos conflictos fueron exacerbados por las irreconciliables posturas de los sectores revolucionarios (anarquistas, comunistas y afines) y de los nacionalistas tradicionales (Iglesia, fuerzas armadas, sectores políticos no revolucionarios).

Décadas después, el gobierno franquista establecería las bases del acelerado proceso de industrialización de España, que a comienzos del siglo XXI la posiciona como una de las grandes potencias europeas, inmediatamente después de Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña.

QUINTA PARTE

BREVE RESEÑA ARGENTINA Y MUNDIAL. SIGLOS XIX Y XX

Etapas de la economía argentina. La economía primaria exportadora. La economía semi-industrial dependiente. La restauración del liberalismo

Conceptos Generales

Este análisis se realiza sobre la base de la metodología expuesta por el Dr. Aldo Ferrer en su obra “La Economía Argentina”, en la cual distingue cuatro etapas claramente diferenciadas, a saber: la Etapa Colonial o de las Economías Regionales de Subsistencia - la Etapa de Transición - la Economía Primaria Exportadora - la Economía Semi Industrial Dependiente.

Es de hacer notar que la Segunda Edición de ese libro data de tres décadas atrás (1973), por lo que es anterior a la que en este libro es denominada la Etapa de Restauración del Liberalismo, que en Argentina cabe precisar desde el 24 de marzo de 1976.

A los fines buscados en esta obra, más allá de los análisis efectuados a nivel histórico mundial y nacional, en lapsos históricos que abarcan varios siglos, se consideró importante profundizar las investigaciones comparativas entre la realidad argentina y su respectivo contexto mundial, a partir de las dos últimas etapas consignadas por Aldo Ferrer, llegando hasta nuestros días.

Dentro de dichos análisis e investigaciones, para una mejor exposición y para facilitar la comprensión del amplio espectro de lectores a los que va dirigida esta obra (estudiantes universitarios y lectores en general interesados en la temática), se estimó conveniente realizar subdivisiones temporales, las que en general abarcan una década.

La metodología adoptada sin duda puede ser objetada, dado que los períodos y subperíodos históricos poseen sus propias dinámicas, que no se ciñen a los estrechos límites del calendario ni se constriñen a espacios decenales.

Pero se estima que las ventajas del acotamiento adoptado permiten una más fácil comprensión, y al abarcar breves lapsos de tiempo permiten mantener una constante ilación entre la realidad argentina de cada década o subperíodo y su respectivo contexto mundial.

La economía Primaria Exportadora - Siglo XIX - Marco Argentino

Según el Dr. Aldo Ferrer, la etapa de la economía primaria exportadora comenzó después de la reorganización nacional desde la reincorporación de Buenos Aires a la Confederación, lo cual sucedió a partir de la derrota de Urquiza frente a Mitre.

A partir de allí -década del 60 en el siglo XIX- se implantó una rápida inserción de Argentina en la economía mundial, siguiendo un modelo liberal que podría considerarse ortodoxo, apegado a los principios de los economistas clásicos ingleses.

Dicho modelo se consolidó a partir de la influencia ejercida por la llamada “generación del ‘80” (siglo XIX), y motivó grandes transformaciones macroeconómicas y sociales.

Las transformaciones macroeconómicas ocurrieron a partir de la creciente inserción en el comercio mundial como exportador de materias primas alimenticias; primeramente cueros y carnes saladas, para después cobrar gran auge a partir de las por entonces nuevas tecnologías de enfriado y congelado de las carnes. A la vez, el país recibió y estimuló fuertes inversiones en infraestructura, de las que sobresalieron por su vinculación con ese modelo agroexportador los ferrocarriles y el puerto de Buenos Aires.

Las transformaciones sociales se concretaron sobre la base de los profundos cambios culturales que de hecho produjeron las grandes y sucesivas oleadas de inmigrantes, la mayor parte de los cuales eran europeos. Con todo ello se extendieron las fronteras agrícolas, pasando el país a ser fuerte exportador de cereales y oleaginosas.

Pero de hecho, el modelo político era fuertemente restrictivo, pues mediante el voto cantado, el fraude y otras presiones, se perpetuaba a una minoría en el gobierno, concentrando el poder político y el económico, en asociación con los crecientemente importantes capitales extranjeros, básicamente británicos.

La oposición se aglutinó en torno a la figura de Leandro N. Alem, llegándose a producir un breve y sangriento conato de revolución en Buenos Aires, rápidamente sofocado. Dado que los combates tuvieron lugar en el Parque 3 de Febrero, fue recordada después como “La Revolución del Parque”.

Por otra parte, muchos de los inmigrantes traían consigo las ideas anarquistas, las que adquirieron cierto auge hasta las tres o cuatro primeras décadas del siglo XX.

Pero de todos modos, el modelo económico parecía básicamente sólido y exitoso.

Inclusive algunos dirigentes, cuyas políticas de gobierno tuvieron un matiz más vinculado al nacionalismo, o si se quiere a un liberalismo mucho más atenuado o más “a la argentina”, como Carlos Pellegrini (creador del Banco de La Nación Argentina), o Julio Argentino Roca (que incorporó efectivamente a La Patagonia al territorio nacional), de hecho no alcanzaron a confrontar con el modelo político, social y económico vigente en esa época.

La economía Primaria Exportadora- Siglo XIX - Marco Internacional

Gran Bretaña era la gran potencia mundial, cuyas colonias abarcaban todos los continentes. En particular Inglaterra era la gran factoría, alimentada por las materias primas provenientes de todo el mundo, y movida por la energía del abundante carbón de su propia isla.

Pero ya comenzaban a surgir otras naciones con vocación imperial, tomando el lugar de la por entonces decadente España.

En América, la expansión de EE.UU. parecía no tener límites. A grandes rasgos, la prolongada y sangrienta guerra civil norteamericana terminó con el triunfo del norte, de mentalidad federal, integradora de su gran territorio, industrialista, expansionista, y -al menos en teoría- antiesclavista.

Grandes extensiones territoriales de México le fueron arrancadas por la fuerza, en una desigual guerra, pasando a formar parte del actual sur de EE.UU.

Alaska, originalmente ocupada por el Imperio Ruso, le fue ofrecida en venta a EE.UU. en la hoy ridícula suma de 7.200.000 dólares, a mediados del siglo XIX, en una operación originalmente muy criticada en Norteamérica. A la vez, EE.UU. compró a Francia una importante faja territorial ubicada al centro-sur-oeste, territorio conocido como Luisiana (en alusión a los sucesivos reyes Luises en Francia). También compró Florida a España.

A partir de fines del siglo XIX, la ya por ese entonces poderosa marina de guerra de EE.UU. desalojó por la fuerza a España de sus colonias en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y áreas circundantes. En el caso de Cuba, los patriotas que anhelaban la efectiva independencia de su país fueron de hecho utilizados simplemente para “cambiar de amo”, pues el tutelaje norteamericano fue desde entonces permanente hasta el surgimiento del gobierno de Fidel Castro (un siglo después).

Japón, que había mantenido a su pueblo en un feudo cerrado, con nulo comercio exterior y con características sociales medievales, fue obligado a abrir sus fronteras mediante la presencia intimidatoria de la flota norteamericana, en la segunda mitad del siglo XIX. La evolución japonesa fue muy rápida, saltando de esa sociedad medieval a una sociedad contemporánea, en un proceso prácticamente sin transición intermedia.

De una economía primaria a mediados del siglo XIX, pasó a ser una potencia tecnológica e industrial antes del fin de esa centuria. De allí, a la expansión imperial en los territorios continentales e insulares cercanos, medió un solo paso.

En Europa y Asia, la Rusia Zarista, si bien inmersa en múltiples problemas y contradicciones internas, mantenía sus extensos territorios, siendo de hecho un imperio por su tamaño y potencialidad, aunque su economía era atrasada y la mayor parte de su pueblo vivía sumida en la miseria.

En ese marco, a comienzos del siglo XX Japón y Rusia mantuvieron una guerra al colisionar sus intereses territoriales en las costas del Pacífico. Esa guerra se libró en su mayor parte en el mar, triunfando Japón con la ayuda de Argentina (que le cedió el uso de dos poderosos acorazados recientemente construidos en Europa).

Siendo por eso entonces innegable la superioridad británica en los mares, las otras potencias económicas y militares europeas rivalizaban por la supremacía continental.

Francia seguía siendo una potencia importante, poseyendo colonias en América, en África y en Asia, aunque de hecho era básicamente una potencia militar de tipo continental (con fuerzas armadas fundamentalmente terrestres).

Pero dentro del complicado tablero político que siempre fue el fragmentado territorio europeo, entre las décadas del '70 y del '80 del siglo XIX se concretaron las unificaciones nacionales de Italia y de Alemania.

En Italia (hasta ese entonces separada en múltiples ducados, principados, etc.), la unificación política fue un proceso difícil en el que intervino militarmente Garibaldi.

En Alemania, el ejecutor de la férrea política de unificación fue el canciller Otto Von Bismark, quien no dudó en canalizar hacia el exterior (con sucesivos conflictos armados) las tensiones que provocó esa rápida unificación de los hasta ese entonces políticamente dispersos territorios germanos, cuyo poder político se dividía entre múltiples nobles y señores con pequeñas jurisdicciones poco más que comunales.

Esas unificaciones trajeron consigo rápidos procesos de industrialización, pasando a competir con Francia y Gran Bretaña, todo lo cual generó tensiones políticas con sucesivos enfrentamientos diplomáticos y armados.

Es de señalar que Von Bismarck aplicó como política económica, durante su prolongado período de gobierno, las ideas expuestas por Friedrich List, un pensador y economista que vivió entre fines del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, que había rebatido con sólidos argumentos el pensamiento liberal de Adam Smith.

Turquía también era una potencia militar, habiéndose enfrentado a Rusia y a otras potencias de la época. Su imperio abarcó a los Balcanes y al Cercano Oriente (dominando Siria, El Líbano y otras regiones arábigas, colisionando con los intereses británicos). En Crimea, hubo sangrientos combates entre estos contendientes, a fines del Siglo XIX.

Toda la zona de los Balcanes (en territorios actuales de Yugoslavia, Croacia, Bosnia, Albania, etc.) era de gran inestabilidad social y política, al ser la bisagra entre Occidente y Oriente y entre el predominante cristianismo -con sus variantes católica y del protestantismo- y las comunidades europeas musulmanas.

Toda África era un mosaico de colonias de diversas potencias europeas, tanto en el norte (con población arábiga) como al sur del Sahara (con población negra).

En Asia, naciones con tradición milenaria, como China e India, permanecían sojuzgadas y desorganizadas; otros pueblos, también con culturas milenarias, estaban bajo dominios coloniales europeos.

En América Latina, los procesos de emancipación se habían completado habiendo surgido ya grandes tensiones entre varias de las nuevas naciones, aunque en general, al existir una lengua, una historia y una religión en común, y en la mayor parte de los casos marcadas similitudes raciales, el marco general era mucho más armónico que en otros continentes.

Entre 1900 y 1910 la economía argentina no mostró signos visibles de deterioro del modelo agroexportador, no obstante su intrínseca fragilidad al no impulsar el sector industrial ni promover la creación de tecnología nacional.

A pesar de la falta de estímulos a las actividades industriales y tecnológicas, existió cierto desarrollo en diversas ramas manufactureras, inclusive metalúrgicas; aunque prácticamente todas ellas configuraban pequeñas o medianas empresas, solamente pensadas para abastecer parcialmente determinados nichos del mercado interno, sin ninguna incidencia en las exportaciones nacionales.

La por entonces constante expansión de las fronteras agropecuarias de la rica pampa húmeda, integradas por los ferrocarriles y rápidamente puestas en producción por las laboriosas oleadas de inmigrantes, hizo crecer rápidamente las producciones. Además, los precios recibidos por nuestros productos eran buenos. Por ello, se llegó a suponer que esa bonanza sería perdurable y que ese modelo de producción primaria resultaría exitoso sin modificaciones.

Las oleadas inmigratorias estaban formadas básicamente por españoles e italianos, aunque también hubo muchos sirio-libaneses, europeos orientales, europeos occidentales, nórdicos, etc., a los que se sumaban algunos inmigrantes de los países vecinos.

Prácticamente sin excepciones, la República Argentina fue receptiva, generosa y abierta con todos los inmigrantes de los más diversos orígenes, culturas, razas y religiones.

Los cambios políticos, si bien lentos para los cánones actuales, seguían produciéndose en la Argentina.

La sanción de la Ley Sáenz Peña, que instauró el voto secreto y obligatorio, fue un instrumento fundamental para permitir la libre expresión política de las mayorías populares.

La principal oposición al “régimen” (como se llamó al “*establishment*” formado por los partidos políticos conservadores y sus múltiples ramificaciones) estaba constituida por la Unión Cívica, ya por ese entonces liderada por el parco Hipólito Yrigoyen, habiéndose antes suicidado su antecesor Leandro N. Alem al no vislumbrar la concreción de sus ideales.

Si bien menos numerosos, los anarquistas configuraban una oposición global al sistema social, político y económico vigente, en muchos casos manifestada en forma violenta. También existían corrientes políticas afines al marxismo, en esos años una doctrina teórica sin aplicación en todo el mundo.

Las Décadas del ‘10 y del ‘20 - Marco Internacional

Las tensiones políticas iban en Europa en un “crescendo” constante, alimentadas por múltiples motivos, como la competencia económica, las luchas por las posesiones coloniales, odios seculares a consecuencias de anteriores guerras, prejuicios culturales, raciales, religiosos, etc.; a todo lo cual se sumaban notables desigualdades entre las distintas clases sociales, las que en muchos casos generaban condiciones de trabajo infrahumanas para vastos sectores de la población.

Por lógica consecuencia, la carrera armamentista involucró de uno u otro modo a las diversas potencias militares europeas, además de EE.UU. y Japón.

El polvorín estaba listo para estallar, y la chispa que lo encendió fue un asesinato político, en la ciudad de Sarajevo, en 1914.

Por primera vez en la historia de la humanidad, una guerra involucró a naciones de todos los continentes, por lo que fue denominada La Primera Guerra Mundial.

Los grandes y constantes avances tecnológicos que se habían concretado, si bien por una parte habían permitido incrementar y mejorar notablemente distintas ramas de la producción de uso civil, a la vez posibilitaron el desarrollo de armas mucho más efectivas y letales.

En esta guerra, por primera vez tuvieron su debut bélico los aviones, los tanques y los submarinos, junto a medios de comunicación como el teléfono y el telégrafo. Además fue usual el empleo de armas químicas modernas, como los gases venenosos o paralizantes (como el Gas Sarín), de letales efectos en las desgastantes batallas de trincheras.

La intervención de EE.UU. fue decisiva para la definición de la contienda, siendo otro hecho político destacado el triunfo de la revolución bolchevique en 1917, constituyéndose de facto en la primera nación en aplicar la teoría marxista.

Tal fue el grado de intervención de los contendientes, que prácticamente todas las producciones industriales tuvieron que ser aplicadas directa o indirectamente a apuntalar el esfuerzo bélico.

Ello implicó que las naciones industrializadas dejaran durante ese lapso (de 1914 a 1918) de abastecer al resto del mundo con sus manufacturas. A la vez, todo el mundo estaba ávido de consumir alimentos, textiles y otras materias primas, lo cual favoreció de hecho a la Argentina.

Al finalizar la guerra se alteró el cuadro de poder, respecto al existente antes de la conflagración.

Las naciones vencidas fueron particularmente afectadas, y las condiciones del armisticio a las que fue sometida Alemania fueron consideradas humillantes, restringiendo severamente la cantidad de sus tropas (con tope de 100.000 hombres en el ejército), el tonelaje máximo de sus navíos de guerra, y en general sus industrias bélicas.

El Imperio Otomano se disolvió, por lo que la influencia de Turquía se redujo a sus fronteras nacionales.

Lo mismo pasó con el Imperio Austro-Húngaro, por lo que la fastuosa Viena pasó a ser una capital de características imperiales, sin imperio.

Dado que la guerra se libró básicamente sobre el territorio continental europeo, esas naciones resultaron seriamente afectadas.

Al final del conflicto, Gran Bretaña mantenía su supremacía en Europa, pero a nivel mundial ya EE.UU. había alcanzado claramente un estatus de gran potencia, con la ventaja que su economía no había sido dañada y seguía funcionando a pleno.

La hiperinflación fue un proceso caótico e incontrolable en algunas naciones de Europa, particularmente en Hungría y Alemania, generando el consecuente descontento social.

En Rusia, la revolución bolchevique triunfó sobre el zarismo, imponiendo sus transformaciones a costa de brutales medidas de represión sobre los opositores o quienes fueran sospechosos de serlo, como sucedió durante la época stalinista.

La reforma agraria, la estatización de los medios de producción, la planificación a ultranza y los severos planes quinquenales se ejecutaron con notable rigor, creándose grandes complejos industriales, a semejanza de los grandes conglomerados europeos y norteamericanos. Dentro de las actividades, el desarrollo de una poderosa industria bélica fue preponderante, tanto por la constitución de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) -en sí un gran imperio-, como por su propio expansionismo hacia Europa Oriental (concretado después de la Segunda Guerra Mundial), como por las tensiones que el régimen comunista generaba en su interrelación con las potencias no comunistas.

Las Décadas del '10 y '20 - Marco Argentino

Fue a comienzos del siglo cuando la Argentina exhibía una de las economías aparentemente más prósperas del mundo, y algunos vaticinios la presentaban como una futura potencia mundial.

Buenos Aires parecía una moderna ciudad europea enclavada en medio de un extraño y nuevo continente, que a poco de observar aparecía lleno de contradicciones.

En esas épocas, la Argentina importaba todos y cada uno de los insumos necesarios para construir grandes y fastuosos edificios públicos y grandes mansiones privadas, siendo la mayoría de esas construcciones levantadas en la Capital Federal, o en algunos puntos destacados de la pampa húmeda.

Ese marco de esplendor, montado sobre la base de costosas importaciones, coexistía con vastas zonas del territorio nacional inmersas en una economía primaria, atrasada y estancada.

Cuesta conseguir cifras comparativas, pero resulta evidente que las divisas gastadas en materiales e insumos suntuarios -en algunos casos de lujo sibarítico- eran superiores a las escasas inversiones en maquinarias que permitían equipar y fortalecer al casi inexistente sector industrial y tecnológico.

A pesar de ello, hay un aspecto muy positivo que debe ser destacado: la alta tasa de alfabetización que se lograba y mejoraba de año a año, junto con la rápida integración de la enorme masa de inmigrantes, asimilaba a la dinámicamente cambiante pero sin duda nacional cultura argentina. Dicho de otro modo, el hijo del inmigrante (y a veces el mismo inmigrante) pensaba “en argentino”.

En el año 1916, después de los primeros comicios nacionales celebrados bajo las normas de la Ley Sáenz Peña, triunfó Hipólito Yrigoyen. Es importante destacar que la Ley Sáenz Peña estableció el voto secreto y obligatorio (aunque aún solo restringido a los hombres), dejándose de lado el pernicioso sistema del “voto cantado”, el cual implicaba notables presiones sobre los votantes, los que eventualmente quedaban sujetos a todo el juego de castigos del “sistema”. Por ejemplo, dentro del sistema del voto verbal, un peón no podía jamás votar en contra del partido y los intereses de su patrón, o del poderoso del pueblo.

Yrigoyen fue el primer gobernante populista y con clara orientación nacional, desde la época de Rosas. Pero permanentemente debió luchar contra las mayorías opositoras en ambas cámaras del Poder Legislativo. A ello se le añadía la constante oposición de los grandes medios periodísticos, voceros incondicionales del liberalismo económico y el conservadurismo político.

A pesar de ello, concretó importantes transformaciones económicas y sociales, pudiendo alcanzar con estos nuevos beneficios hasta el sector de la por entonces nueva clase media argentina.

Resistió las presiones de los grupos anglófilos locales, que exigían la participación de Argentina en la primera Guerra Mundial.

El Gobierno de Yrigoyen no estuvo tampoco libre de serias contradicciones, como las sangrientas represiones en los episodios de “La Patagonia Trágica” (con cientos de obreros fusilados en operaciones de represiones), y en los talleres metalúrgicos “Vasena Hermanos” en Buenos Aires, ocupados por los obreros y también reprimidos con extrema dureza. Intentando ser muy objetivos en el análisis de ambos sangrientos sucesos, cabe destacar que las controversias entre los historiadores son muy pronunciadas, teniendo mucho que ver con las bases ideológicas desde las que se realizan las investigaciones históricas. En efecto, es bien sabido que en esa época la agitación anarquista era muy fuerte en Argentina. Considérese que inclusive uno de los grandes militantes y agitadores -a nivel mundial- del anarquismo en su faz más violenta y revulsiva, como Enrico Malatesta, había vivido cuatro años en nuestro país.

En las fases organizativas y en ambos levantamientos armados, se habrían verificado las participaciones de militantes anarquistas y comunistas, cuyos objetivos iban mucho más allá de meras reivindicaciones laborales y sociales. Estaba en juego la propia perdurabilidad del Estado Argentino y de sus instituciones, más allá de existir respecto a este tema en particular, coincidencias entre sectores ultra conservadores (el *establishment*) y los progresistas, como lo eran en esa época los radicales, los demócrata-progresistas y otros grupos menores o aislados.

Según el análisis del Dr. Arturo Jauretche, lúcido escritor de tendencia claramente nacionalista, ya al fin de la Primera Guerra Mundial el modelo económico mostraba claros síntomas de agotamiento, y simplemente siguió por inercia hasta la crisis del '30.

Yrigoyen fue presidente entre 1916 y 1922, y entre 1928 y 1930, cuando fue derrocado.

Entre 1922 y 1928 la presidencia fue ejercida por Marcelo Torcuato de Alvear, también radical, pero ya del sector vinculado con los grandes terratenientes de la pampa húmeda.

Reelegido presidente, Yrigoyen reasumió el cargo ya viejo y enfermo, rodeado de un círculo de funcionarios que lo alejaban del contacto con el pueblo y la realidad. A tal punto llegó ese aislamiento, que incluso imprimían tiradas especiales y falsas de los diarios para suministrarle al anciano presidente una visión más distorsionada de la realidad.

La crisis bursátil de Wall Street, del año 1929, hizo sentir sus efectos en Argentina en 1930, dando lugar y argumentos al Golpe de Estado de Uriburu, el cual dos años después dio comienzo a un período de la vida nacional que los escritores revisionistas denominaron "la década infame". En rigor de verdad, bajo la presidencia de Agustín P. Justo (1932-1938) comenzó efectivamente uno de los más nefastos períodos de la Historia Argentina, que continuó vigente hasta 1943.

LA ECONOMÍA SEMI-INDUSTRIAL DEPENDIENTE

La Década del '30 - Marco Internacional

La gran crisis y consecuente depresión del año 29 provocó un crack bursátil en todos los grandes centros financieros mundiales.

La desocupación llegó a altos niveles a consecuencia del brutal retroceso de los niveles de producción y por la caída del consumo, consecuencia a su vez de la baja sustancial de la masa salarial y de la drástica disminución del poder adquisitivo de los asalariados.

Las grandes potencias económicas (principalmente EE.UU.) aplicaron fuertes estímulos estatales para minimizar los efectos sociales de la crisis, implementando subvenciones a los desocupados y fuertes estímulos a las actividades productivas, así como grandes planes de construcciones de obras públicas. Todo ello acorde con las ideas de intervención estatal en el marco del capitalismo, expuestas por John Maynard Keynes.

En Alemania, después del caos, hiperinflación y desocupación, el nuevo partido Nacional Socialista (Nazi) llegó en forma relativamente fácil al poder capitalizando el descontento popular. Logró la recuperación y el pleno empleo, con fuertes incentivos a la producción, con estímulos a la investigación tecnológica (de uso civil y básicamente militar) y con un vasto plan de obras públicas destinadas a reactivar y facilitar la producción en general (que incluyó la construcción de algunas de las primeras autopistas del mundo, inmediatamente después de las italianas de la época del fascismo).

En la URSS, la triunfante revolución bolchevique del '17, implementaba sucesivos planes quinquenales, los que en un marco comunista de cerrada planificación se esforzaban por incrementar aceleradamente la producción general y desarrollar tecnológicamente una nación de colosales dimensiones, pero que era social y técnicamente muy atrasada.

El Reino Unido, con el sostén político y económico de la Comunidad Británica de Naciones (Commonwealth), intentaba mantener la supremacía económica y política mundial, ya claramente disputada por EE.UU.

Japón ya mostraba un agresivo proceso de expansión en su *hinterland* (área o región de influencia) del Asia costera e insular, dominando claramente en el campo económico y concretando profundas y exitosas incursiones armadas en territorio de China, Corea y Malasia. Sus áreas de influencia ya colisionaban con las del Reino Unido y -marginalmente- EE.UU.

Ya a mediados de la década del '30, la economía del mundo industrializado comenzaba a mostrar indicios de recuperación, principalmente en EE.UU. a consecuencia de la política del *New Deal* (nuevo acuerdo, referido al acuerdo socioeconómico entre el Estado y los diversos sectores privados) aplicada por Franklin Delano Roosevelt.

A fines de la década del '30, en Europa la maquinaria bélica alemana había adquirido enormes dimensiones y un gran desarrollo tecnológico. En 1939 comenzaron formalmente las hostilidades, pues después de anexionar sin oposición Austria y de invadir Los Sudetes (las zonas germano parlantes de Checoslovaquia también prácticamente sin oposición), comenzó la agresión a Polonia -que ofreció tenaz resistencia- ocupándose totalmente el territorio polaco en pocas semanas. Pocos meses después invadió Holanda, Bélgica y Francia, pasándose luego al bombardeo y cerco naval sobre Gran Bretaña, generalizándose el conflicto que duraría seis años y costaría aproximadamente 50 millones de muertos, incontables mutilados físicos y mentales, y una destrucción sin precedentes en muchas partes del mundo.

La Década del '30 - Marco Argentino

La crisis del '29 golpeó a Argentina un año después. Uno de sus principales efectos fue el Golpe de Estado de Uriburu, que comenzó una larga serie de gobiernos de facto con breves períodos civiles, por más de medio siglo. Los interregnos de gobiernos pretorianos (militares) fueron en total más prolongados que la suma de gobiernos civiles elegidos en elecciones sin fraudes (como las del '30), aunque con proscripciones entre 1955 y 1973.

Para dar una idea más clara de la inestabilidad institucional, desde 1930 a 1983 el único gobierno democrático que completó su período constitucional de mandato gubernativo fue el primero de Perón (1946-1952), sin considerar el precedente gobierno de Justo durante la “Década Infame” que arribó al poder mediante el fraude. Desde 1955 a 1973, Perón estuvo proscrito como candidato a la presidencia, a pesar de mantener a su favor la mayoría del electorado en esos 18 años de forzoso exilio del país.

En los años '30, la desocupación, la miseria y la desesperanza alcanzaron niveles de caos social en Argentina. La oposición fue silenciada por la fuerza, estando los diversos estamentos de la Sociedad (Universidad, Fuerzas Armadas, Iglesia, Poder Judicial, etc.), claramente dominados o influenciados por los sectores más conservadores y por ende liberales a ultranza en lo económico, antinacionales y antipopulares.

Las conquistas sociales instrumentadas por Yrigoyen fueron en buena parte distorsionadas, minimizadas o dejadas sin efecto.

Se instauró la figura del llamado “fraude patriótico” -al decir de la oligarquía gobernante-, o fraude político -a secas- según las expresiones de todos los pensadores nacionales, mediante el cual los gobiernos conservadores se sucedían en el poder, instrumentando elecciones fraudulentas, con cambios de votos en las urnas, padrones tramposos con difuntos votantes, etc.

En 1935, el Vicepresidente Julio Roca (“Julito”, hijo del Gral. Julio Argentino Roca) firmó el Pacto Roca-Runciman mediante el cual, a cambio del compromiso británico de mantener los volúmenes de compras de carne argentina, virtualmente se le entregó a Gran Bretaña el dominio irrestricto de la economía argentina. Además de los Ferrocarriles (desde su construcción muchos de ellos en manos Británicas), los ingleses y sus socios dominaron el transporte urbano de Bs.As., la generación y venta de energía eléctrica, distintas facetas del comercio exterior, la Banca y los seguros, etc.

El broche de oro de esa política fue la creación en 1935 del Banco Central de la República Argentina, cuyo estatuto fue redactado en Gran Bretaña y aprobado en el Congreso a libro cerrado. En el Directorio del Banco Central el poder de decisión fue dejado en manos de los representantes de la Banca extranjera (mayoritariamente británica). El estímulo a la actividad industrial argentina era un concepto desconocido (ni siquiera mencionado) en ese Estatuto de Constitución del B.C.R.A.

El radicalismo se había “alvearizado” (seguía los lineamientos del ex presidente Torcuato Marcelo de Alvear), dejando de ser una expresión popular para pasar a constituir parte del “*establishment*” (poder establecido) oligárquico y conservador.

La poca y en cierta forma desperdigada oposición llamó a esta “La Década Infame” y al Pacto Roca-Runciman “El Estatuto Legal del Coloniaje”.

El diputado Lisandro De la Torre, con su minoritario Partido Demócrata Progresista, era la escasa oposición parlamentaria, habiendo denunciado con abundantes pruebas las escandalosas maniobras de

subfacturación de exportaciones de los frigoríficos británicos, con las que eludían los aranceles aduaneros.

Eso le valió un atentado contra su vida en plena sesión de la Cámara de Diputados, en la que un esbirro de los sectores que detentaban el poder económico (a la razón un policía) disparó contra De la Torre, interponiéndose su amigo y también legislador Enzo Bordabehere, quien falleció en ese heroico acto.

Poco después, destruido anímicamente y viendo que sus esfuerzos eran aparentemente estériles, Lisandro De la Torre se suicidó.

A partir de mediados de la década, un conjunto de brillantes intelectuales opositores dio origen a F.O.R.J.A. (Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina).

Dentro de los fundadores de F.O.R.J.A. se destacaban Arturo Jauretche (abogado, escritor, historiador y analista sociológico), José María Rosa (abogado, escritor e historiador), Homero Manzi (compositor de música popular), Discépolo (compositor), los hermanos Irazusta, Dellepiane y otros. Sin formar parte orgánicamente de F.O.R.J.A., también colaboró activamente Raúl Scalabrini Ortiz, agrimensor y brillante analista de la economía y la política argentina.

Sin accesos a los diarios, sin autorización para dictar conferencias públicas, sin posibilidad de publicar sus críticas ideas, F.O.R.J.A. improvisaba disertaciones en las esquinas de Buenos Aires, distribuía folletos y opúsculos, y básicamente nucleaba a los intelectuales disconformes con el poder encarnado en la alianza de la oligarquía con el capital extranjero (principalmente británico).

En la segunda mitad de la década, dentro de las fuerzas armadas (básicamente del Ejército) se gestó un sector de opinión con claras ideas nacionalistas, que entendió que la defensa nacional efectiva solo era posible con la consolidación de una poderosa y moderna estructura industrial, tanto de aplicación civil como bélica.

Dentro de esos militares se distinguió claramente el accionar del General Mosconi, gestor de la explotación nacional de hidrocarburos, y el General Savio, primer gran propulsor de la industria siderúrgica argentina.

Es de destacar que a los efectos de montar la primera acería argentina, Savio corrió el riesgo de incurrir en la figura de malversación de fondos pues utilizó, para comprar los altos hornos y demás maquinarias industriales, una partida presupuestaria que estaba destinada a importar camiones para el Ejército Argentino.

Ya a finales de la década, la oficialidad de las Fuerzas Armadas disconforme con la conducción política nacional había constituido el G.O.U. (Grupo de Oficiales Unidos; o según otra versión, Grupo de Obra de Unidad), que estructurado como una logia conspiraba activamente para tomar el poder.

La Década Del '40 - Marco internacional

Por segunda vez en la historia, un conflicto bélico involucró a naciones de todos los continentes. En 1942 la guerra ya se había generalizado, obligando a desplegar enormes esfuerzos que cambiaron drásticamente la realidad política y económica mundial.

Los países involucrados (todas las naciones industrializadas, sus colonias y las naciones ligadas o dependientes de los países centrales), debieron apelar a todos sus recursos, por lo que sus saldos exportables de manufacturas disminuyeron drásticamente e inclusive desaparecieron en muchos rubros con importancia estratégica.

Por ello, las naciones de la periferia económica, como Argentina, se vieron privadas de insumos importados esenciales, lo que motivó una rápida industrialización, acicateada por las urgentes e insatisfechas necesidades del mercado interno, que no podían ser satisfechas con manufacturas importadas.

Las cuantiosas necesidades bélicas provocaron una rápida revalorización de las materias primas, favoreciendo a las naciones de economías primarias, como Argentina.

Los escenarios de la contienda abarcaron principalmente a casi toda Europa, la mayor parte de Asia, el norte de África, parte de Oceanía y los territorios insulares del Pacífico, y algunos hechos menores en América; además de la guerra naval librada en el Atlántico, la similar del Pacífico, y enfrentamientos menores escalas en virtualmente todos los mares, incluyendo la persecución y hundimiento del acorazado alemán Graf Spee en las cercanías del Río de La Plata.

La guerra trajo como consecuencia un impresionante salto tecnológico en campos nuevos, como el de la energía nuclear, la informática, la aviación a reacción, el transporte transoceánico aéreo de grandes cargas, nuevas áreas de la medicina, etc.

Después de la guerra, EE.UU. se consolidó como la potencia hegemónica en el campo económico, pues junto con Canadá fueron las únicas naciones altamente industrializadas que no soportaron las consecuencias del conflicto en sus propios territorios (a excepción de unos aislados bombardeos japoneses con globos aerostáticos, y algunas osadas incursiones de submarinos alemanes en las costas norteamericanas).

Todo el enorme complejo tecnológico e industrial norteamericano no solo estaba intacto al fin de la 2ª. Guerra Mundial, sino que además estaba fortalecido y consolidado, después de haber operado más de tres años a plena capacidad.

La supremacía política y militar estaba en plena y sórdida disputa con la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), con un feroz enfrentamiento ideológico, habiéndose acordado después de la Guerra una verdadera partición del mundo, en la conferencia de Yalta, celebrada entre Stalin, Roosevelt y Churchill.

Pero el fin de la Guerra trajo múltiples consecuencias políticas, provocando un acelerado proceso de descolonización y la consecuente creación de Estados independientes, o la consolidación de ellos en los casos de países con historias y tradiciones milenarias, como Egipto, China e India.

A fines de la década del '40 se independizaron varias naciones árabes del norte de África y del Cercano Oriente, Israel, India, y otras de Asia; y virtualmente comenzaron las hostilidades en Corea, con escauceos bélicos independentistas y marxistas en Vietnam, como prolegómenos de la Guerra Fría entre las superpotencias económicas.

Respecto a la incidencia de la 2ª Guerra Mundial en Sudamérica, cabe señalar que Argentina fue neutral prácticamente hasta el final, cuando poco antes de la caída del 3º Reich envió la declaración formal de guerra a Berlín.

Por su parte, Brasil envió un contingente de tropas a luchar en el frente italiano, participando en la sangrienta y prolongada batalla de Montecassino, con muy pocos sobrevivientes. Al fin de la guerra Brasil recibió asistencia tecnológica y crediticia para construir su primera gran acería, denominada Volta Redonda, además de otros masivos apoyos industriales y tecnológicos.

La Década del '40 - Marco Argentino

En el marco del descontento popular que provocó la “década infame”, fue relativamente fácil al G.O.U. (Grupo de Oficiales Unidos, o Grupo Obra de Unidad) tomar el poder mediante un golpe militar, que suplantó a la coalición de civiles y militares conservadores.

Dentro de ese nuevo gobierno pretoriano, un cargo que pasó a ser clave fue el del Ministerio de Bienestar Social, el que pasó a ser ocupado por el entonces Coronel Juan D. Perón.

Con Gran Bretaña muy ocupada en la contienda bélica desde 1939, y con EE.UU. también involucrado desde 1942, los sectores conservadores de Argentina quedaron huérfanos de apoyo externo en sus luchas por el poder.

Manteniendo la Argentina su tradicional posición neutral en un conflicto en el que los intereses nacionales no estaban de ningún modo en juego, los grupos político-militares nacionalistas ampliaron decisivamente su participación en el poder, hasta pasar a dominarlo totalmente a mediados de la década.

La guerra cortó totalmente el abastecimiento de insumos industriales, dado que nuestros habituales proveedores estaban inmersos en el conflicto.

La conflagración bélica elevó sideralmente las necesidades de los contendientes, motivo por el cual no contaban con saldos exportables para abastecer las por ese entonces modestas necesidades normales de la Argentina.

Por ejemplo, fue patético el caso de los pequeños ómnibus urbanos de Buenos Aires, que al carecer de neumáticos circulaban en llantas sobre las numerosas redes de vías de los tranvías que por entonces poseía la Capital Federal.

Es decir, que tanto por plena convicción de la dirigencia de orientación nacionalista, como por la cruda necesidad que el momento imponía, la Argentina se abocó a un acelerado proceso industrial de sustitución de importaciones.

Por otra parte, ante las enormes necesidades mundiales de alimentos, Argentina se vio favorecida por una gran demanda que permitió concretar importantes volúmenes de exportaciones a excelentes precios.

Ello también benefició a las arcas oficiales, por lo que el Estado Nacional contó con abundantes fondos para cumplir sus funciones, siendo buena parte de ellos canalizados hacia actividades del Ministerio de Bienestar Social, favoreciendo la popularidad del carismático y hábil ministro J. D. Perón.

La carencia de bodegas disponibles en buques mercantes extranjeros durante la guerra, hizo ver la necesidad de contar con una flota mercante propia. La creación de esta Flota Mercante del Estado fue favorecida por el hecho que varios barcos mercantes de propiedad de Naciones del Eje (como se llamaba a la alianza entre Alemania, Italia y Japón y otros países) quedaron varados en el puerto de Buenos Aires, bloqueados por el poderío naval aliado, por lo que resultó fácil al Estado argentino incautarse legalmente de ellos.

Es decir que ya durante la guerra, toda la situación interna y el marco internacional era marcadamente favorable a una política económica marcadamente estatista.

Después de la guerra, el proceso de descolonización fue sumamente acelerado, multiplicándose en las nuevas naciones los procesos de nacionalizaciones de empresas extranjeras, cuando no de confiscaciones en muchos casos teñidas de clara xenofobia, especialmente con relación a las respectivas ex metrópolis dominantes.

Por ese motivo (una creciente inseguridad institucional, legal y social para las inversiones extranjeras a escala planetaria), así como por la imperiosa necesidad de repatriar divisas que tenían las naciones que habían quedado con sus economías destrozadas a consecuencia de la guerra, puede afirmarse que la política de nacionalizaciones de empresas extranjeras fue un proceso que de hecho resultó conveniente e inclusive estratégicamente satisfactorio para ambas partes (el respectivo Estado Nacional y las empresas extranjeras).

Pero en Argentina, la notable ampliación de la injerencia del accionar estatal llegó mucho más lejos, pues no solo se nacionalizaron los servicios que por largos años habían sido manejados por el capital extranjero (como los ferrocarriles, los teléfonos, la energía eléctrica, el transporte colectivo de Buenos Aires, el comercio fluvial y de ultramar), sino que además se constituyeron diversas empresas para cubrir necesidades estratégicas y tecnológicas en sectores claves de la economía moderna de posguerra.

De esa forma se crearon o se fortalecieron una serie de empresas e instituciones estatales de enorme importancia, como la Comisión Nacional de Energía Atómica, Agua y Energía Eléctrica, la Fábrica Militar de Aviones, los Astilleros Navales Río Santiago, el I.R.A.M. (Instituto de Racionalización Argentino de Materiales), el complejo industrial F.M. (Fabricaciones Militares), se expandió el accionar de Y.P.F. y sus complejos petroquímicos de producción y el importante centro de investigación cercano a La Plata, O.S.N. (Obras Sanitarias de la Nación) que tuvo a su cargo el desarrollo de diversas obras de saneamiento social (agua potable y cloacas) en diversas poblaciones de Argentina, fábricas de automotores y tractores, el I.N.R. (Instituto Nacional de Reaseguros), que cumplió un importantísimo papel al establecer la obligatoriedad que al menos el 50% de los fletes marítimos de exportaciones e importaciones debía contratarse con empresas aseguradoras nacionales; la Banca Nacional expandió sus actividades, estableciéndose líneas especiales de fomento industrial (creándose el Banco Industrial de la República Argentina), de fomento hipotecario (mediante el Banco Hipotecario Nacional), y social (al extenderse el accionar de la Caja Nacional de Ahorro Postal), etc.

Debe destacarse que dentro de esos entes estatales se advirtió un claro énfasis en el proceso de creación de tecnologías nacionales, en las diversas áreas de actividades.

La C.N.E.A. constituye aún hoy el único nicho de actividad en el que la República Argentina posee y elabora tecnología que es considerada de avanzada en el ámbito mundial. Cualitativamente es un importante exportador, además de producir servicios en los campos tecnológico, energético, medicinal, industrial, agrícola, físico y químico.

Agua y Energía Eléctrica ha sido una entidad de gran importancia para desarrollar el potencial hídrico y eléctrico de Argentina. Para ello realizó los aforos (medidas) de los caudales de diversos cursos de agua en todo el territorio nacional, tarea desarrollada ininterrumpidamente a lo largo de casi cinco décadas.

Proyectó numerosas centrales hidroeléctricas, de las cuales un importante número se concretó. Además construyó una amplia red de centrales termoeléctricas, y desarrolló el Sistema Interconectado Nacional.

El I.R.A.M. (Instituto Racionalizador Argentino de Materiales) proveyó pautas técnicas nacionales (las Normas I.R.A.M.) para el control de calidad en diversas áreas industriales, racionalizando y estandarizando (homogeneizando) los criterios de medición a nivel nacional. El sello de aprobación de I.R.A.M. pasó a ser sinónimo de calidad de los productos nacionales.

El complejo industrial de F.M. (Fabricaciones Militares) logró autoabastecer la mayor parte de las necesidades de las fuerzas armadas en lo referente a armamentos livianos, municiones y piezas de artillería. En la parte aeronáutica, a comienzos de los años '50, con la colaboración de científicos alemanes radicados en Argentina durante la posguerra, se construyeron pequeñas series de cazas de reacción denominados Pulqui I y Pulqui II, estando entre los más avanzados de la época, prácticamente al nivel de los Sabre F 86 y Mig 15 (de EE.UU. y la URSS respectivamente) que combatieron en Corea.

De las pequeñas series de automotores producidos, se destacaron el Autoar (Auto Argentino), el Institec (pequeño sedan con motor de dos tiempos) y el utilitario Rastrojero Diesel, que con algunas modificaciones se mantuvo en producción hasta fines de la década del '70, cuando Martínez de Hoz dispuso arbitrariamente el cierre de la Planta.

La fuerte influencia de Perón en el gobierno se verificó desde su ascenso al Ministerio de Bienestar Social. Pronto sus colegas del G.O.U. (de un nacionalismo de corte más aristocrático o -si se quiere- ortodoxo o conservador) no se sintieron representados por quien adquiría perfiles claramente populistas.

Allí posiblemente haya que rastrear las causas del arresto que le fue impuesto, el cual a su vez originó el primer gran y espontáneo movimiento de masas el 17 de octubre de 1945 (tildado de “aluvión zoológico” por los intelectuales conservadores de la época).

Dada la intensa y desembozada campaña que el embajador norteamericano Spruille Braden hizo a favor de la fórmula presidencial Tamborini-Mosca, el eje de la campaña del justicialismo fue el eslogan “Braden o Perón”.

Los diez años que abarcaron las dos primeras presidencias de Perón se desarrollaron en contextos internos e internacionales que mostraron cambios muy rápidos, evaluados desde una perspectiva histórica.

En el '45 el mundo estaba severamente empobrecido, con las diversas economías nacionales maltrechas o virtualmente arrasadas, a consecuencia del conflicto, que en algunas regiones fue particularmente violento.

Los escenarios del conflicto abarcaron principalmente los territorios de las naciones industrializadas de esa época, con excepción de EE.UU. y Canadá.

Por ese motivo, EE.UU. emergió al final de la 2ª Guerra Mundial como la gran potencia hegemónica mundial en el plano económico, y en cierta forma en los campos político y militar.

Dentro de las naciones neutrales en el conflicto, la República Argentina estaba en una posición de notable privilegio, al finalizar el año 1945.

Argentina había sido un fuerte exportador de materias primas durante toda la guerra. El destino de esas exportaciones había sido principalmente el Reino Unido de Gran Bretaña. Por ello, al finalizar la guerra, Argentina estaba posicionada como una de las mayores naciones acreedoras del mundo. Nuestro principal deudor era precisamente Gran Bretaña. Es decir que, por una parte, la situación del Sector Externo de la Economía Argentina era excelente.

A ello, se agregaba la enorme cuantía de las reservas de oro que atesoraba el Banco Central (lo cual dio origen a una frase posteriormente muy recordada en uno de los primeros discursos de Perón como Presidente: “Hay oro acumulado hasta en los pasillos del Tesoro Nacional”).

Por otra parte, tanto por la vocación industrialista de los militares y políticos nacionalistas, como por el desabastecimiento externo que soportó la Argentina durante la guerra, se estaba desarrollando y consolidando un importante proceso de desarrollo industrial, con un interesante perfil abarcativo de diversos sectores de la producción de manufacturas.

Sectores tan dispares como las tradicionales ramas textil y alimenticia (preexistentes desde las décadas anteriores), se consolidaron, a la par que tomaban vigor ramas industriales muy poco desarrolladas o inexistentes antes de la década del '40, como la metalurgia, la elaboración de artículos de la “línea blanca” (como cocinas y heladeras), la producción de neumáticos, la industria cementera, la

química (fármacos, fertilizantes y otros), la petroquímica, y ciertos intentos de producción de bienes de tecnología más compleja (como tractores, automotores, aviones, barcos y material ferroviario).

Pero por dentro de todo, a mediados de los '40, Argentina era un país de un funcionamiento poco complejo, con estructuras económicas marcadamente simples, de relativo fácil manejo y control.

Casi la totalidad del comercio exterior se desarrollaba a través de Buenos Aires y -en mucha menor escala- Rosario y Santa Fe. Los ferrocarriles eran la principal alternativa de transporte interno, a lo que se sumaba el tráfico fluvial en el río Paraná, y el cabotaje marítimo en los puertos patagónicos.

El tráfico comercial aéreo era prácticamente inexistente, existiendo muy contados aeropuertos.

Las rutas pavimentadas eran muy escasas, circunscribiéndose a algunos tramos de las rutas troncales de la Pampa Húmeda.

Las comunicaciones telefónicas eran muy precarias, siendo muy utilizado el telégrafo para las comunicaciones de larga distancia.

La radiofonía era el único vínculo cultural que permitía contactar inmediata y permanentemente a Buenos Aires con todo el Interior de Argentina.

El servicio público de electricidad abastecía en forma permanente solo a las grandes ciudades, siendo muy precario y limitado en muchas capitales provinciales (como Posadas). En la mayoría de las pequeñas poblaciones del interior, era usual que "la usina" (siempre pequeña e insuficiente), solo funcionaba unas pocas horas por día.

Pero dentro de esas limitaciones generales, la educación primaria estaba muy extendida, abarcando prácticamente a todo el extenso territorio continental y a Tierra del Fuego.

Las escuelas secundarias eran casi inexistentes fuera del ámbito de las grandes ciudades y de los capitales provinciales.

Las Universidades Nacionales eran muy pocas (menos de 10), y circunscriptas solamente a las principales ciudades del centro del territorio nacional.

Las provincias eran solo las 14 históricas, estando el resto de las actuales provincias bajo la figura jurídica y administrativa de los "territorios nacionales". Para tener una idea más precisa de ello, en el Nordeste Argentino, solo Corrientes tenía jerarquía de provincia.

Los "territorios provinciales" carecían de legislatura, siendo sus gobernantes designados por el Poder Ejecutivo Nacional.

Solo la población masculina tenía el derecho del voto, y la población total estaba en menos de 15.000.000 de habitantes.

En síntesis, como lo afirma el historiador Félix Luna en una de sus obras, la Argentina del '45 era un país muy simple, y relativamente fácil de manejar desde la Capital Federal.

La Década del '50 - Marco Internacional

Después de la guerra, el dólar había reemplazado a la libra esterlina como divisa usual para las transacciones internacionales. A la vez, Nueva York desplazó a Londres como la gran plaza financiera mundial.

Al comienzo de la década, el mundo estaba en plena tarea de restañar las heridas que el conflicto había dejado en el tejido social, político y económico de las naciones intervinientes.

Nunca antes en la historia una guerra había alcanzado tales niveles de devastación general, ni tan altos guarismos de víctimas mortales, pues las cifras definitivas de muertes ocasionadas por la 2ª. Guerra Mundial estuvieron en el orden de los 50 millones. La Unión Soviética soportó por sí sola 20 millones de bajas, siguiéndola en orden decreciente Alemania, Japón, China y otras naciones de Europa.

Pero ya en el año 1950, mediante el Plan Marshall y otras políticas de fomento a la actividad económica, dirigidos por la poderosa economía norteamericana, la reactivación era palpable en el llamado "bloque occidental" de naciones. Lo propio ocurría en el bloque europeo oriental y en el Asia Soviética.

Es de hacer notar que poco antes del fin de la Guerra, en la Conferencia de Yalta, los líderes de EE.UU., el Reino Unido y la URSS (el presidente Roosevelt, el primer ministro Churchill y el soviético Stalin) habían acordado una virtual partición del mundo en dos grandes áreas de influencia, una capitalista y otra comunista.

A poco de finalizar la guerra, la dirigencia de EE.UU. tuvo que optar entre dos planes alternativos.

El Plan Morgenthau proponía impedir el reequipamiento industrial de las naciones vencidas que quedaron bajo la esfera política norteamericana (Alemania Occidental, Japón e Italia). De esa forma se las condenaría a una economía primaria y pastoril, con el doble propósito de evitar todo intento de rearmarse (probabilidad bastante remota por ese entonces), y evitar que resurgieran como posibles competidores de la por ese entonces omnipotente industria norteamericana.

Por otra parte, resulta claro que el Plan Morgenthau tenía un fuerte componente revanchista, pues pretendía condenar a la miseria permanente a las tres principales naciones vencidas. Incluso en EE.UU., durante la guerra, tuvo difusión reservada un proyecto de esterilización masiva de toda la población alemana, a ejecutarse al fin de la guerra.

El Plan Marshall, en cambio, proponía un vigoroso estímulo político, económico y financiero, al efecto de acelerar los planes de reconstrucción y para permitir la rápida reindustrialización de esas naciones en particular, y toda Europa Occidental en general. Quedaba muy claro que las economías de Alemania Occidental, Italia y Japón, en un marco de prosperidad social, serían las barreras de contención al expansionismo comunista.

EE.UU. decidió aplicar el Plan Marshall, claramente expansivo, en lugar del recesivo Plan Morgenthau.

Por su parte, el bloque soviético aplicó sucesivos planes quinquenales, que en un marco de economía planificada y comunista buscó superar el atraso tecnológico, incrementar la producción agropecuaria y avanzar rápidamente en un proceso de crecimiento tecnológico y expansión industrial.

Muy pronto el enfrentamiento ideológico entre el liberalismo y el comunismo pasó a un plano de enfrentamientos armados en algunas de las “áreas marginales” (como eran llamadas Asia, África y América Latina).

A la vez, el enorme poderío bélico convencional, y la carrera armamentista nuclear que había comenzado entre EE.UU. y la URSS -en esa década- (seguida luego por Francia, el Reino Unido y China) hacía poco menos que impensable una conflagración bélica directa y total, pues la destrucción habría alcanzado niveles apocalípticos a escala mundial.

Comenzó entonces un proceso de insurgencia armada en diversos países subdesarrollados, siendo particularmente violentos e importantes en el sudeste asiático, a lo largo de esta década.

A las continuas escaramuzas entre China Continental y Taiwán (la llamada China Nacionalista), se sumaron las luchas en Vietnam en contra de la potencia colonial imperante (Francia), y los abiertos enfrentamientos en Corea. A la vez todo esto creaba un clima de gran inestabilidad política y militar en los vecinos territorios de Camboya, Laos, Tailandia, Malasia y Singapur.

En Vietnam, la guerrilla Vietminh contaba no solo con la asistencia china, sino también con modernos armamentos soviéticos.

En Corea se declaró abiertamente la guerra, con directa participación de chinos y norteamericanos, además de contingentes menores de otros países.

Por su parte, la administración coreana del sur contaba con apoyo de otras naciones del bloque occidental, como Australia, además del masivo suministro bélico norteamericano. Por otro lado, Corea del Norte tenía el apoyo chino y ruso.

La guerra de Corea abarcó buena parte de la primera mitad de la década, con gran despliegue de combatientes y maquinaria bélica de última generación (como los Sabre F 86 y los Mig 15).

Algunos analistas políticos creyeron ver en esto el comienzo de la 3ª Guerra Mundial, por la rápida escalada del conflicto (aunque EE.UU. se cuidó particularmente de no atacar abiertamente el territorio de China, para evitar extender el conflicto, pues habría provocado la participación masiva de China y la directa intervención rusa).

Es de hacer constar que indudablemente Argentina en 1951/52 apostó a esa posibilidad, que habría beneficiado -en cantidad y precio- la demanda de nuestros productos primarios.

Otra región en permanente tensión era el Cercano Oriente, con continuas escaramuzas entre árabes e israelíes.

Las aún recientes declaraciones de independencia de naciones con tradiciones milenarias -como Egipto e Israel-, sumaban elementos de tensión con las potencias coloniales que motivaron entre otros hechos el bombardeo anglo-francés a Egipto, en el marco de la puja por el dominio del Canal de Suez, recientemente nacionalizado por Gamal Abdel Nasser.

En Europa se había sembrado la semilla de la unificación, que bajo el silencioso y persistente accionar de Claude Monnet fructificaría en la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero

(C.E.C.A.), entre Francia y Alemania. Esta organización sería la base del Mercado Común Europeo, el que a fines de siglo derivó a su vez en la Unión Europea.

Sobre la base de políticas económicas con fuerte intervencionismo estatal, con claros estímulos oficiales a los procesos de industrialización y al fomento de las exportaciones, otorgando primerísima importancia a la investigación científica, y con el doble mensaje de predicar el liberalismo extremo pero siendo fuertemente proteccionistas en sus respectivos mercados internos, tanto las viejas potencias industriales europeas occidentales (Francia, Alemania, Italia, y en menor medida Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega, Austria y otras menores) como también Japón, se desarrollaron rápidamente.

Ya a mediados de la década, varios de esos países irrumpieron con creciente fuerza en el mercado mundial, pasando en pocos años a ser principalísimos proveedores del mercado interno de EE.UU.; el mayor mercado de consumo del mundo.

El proceso de descolonización que fue consecuencia de la 2ª. Guerra Mundial cobró gran ímpetu en la década del '50. En estos años se acentuó la lucha por la independencia en los vastos territorios coloniales aún existentes en África y Asia.

En varios de ellos, las luchas por la independencia fueron marcadamente crueles, confundiéndose muchas veces los movimientos independentistas nacionalistas, con otros de orientación clara o encubiertamente marxista.

Dentro de ellos, cabría destacar las luchas en Argelia, en el Congo, y en Vietnam.

En Europa Oriental hubo numerosas manifestaciones de descontento popular e intentos de morigerar o cambiar el régimen comunista. Los sucesos más violentos y sangrientos se dieron en Hungría, donde una pequeña insurrección cobró cuerpo y finalmente contó con masivo apoyo popular e incluso de tropas regulares húngaras. Fue finalmente reprimida por tropas del Pacto de Varsovia, con el apoyo de aproximadamente 6.000 blindados soviéticos. Esto ocurrió a fines de 1956. Los líderes del levantamiento fueron ejecutados.

A fines de la década, una insurrección armada derribó al régimen del dictador Fulgencio Batista en Cuba. Ese movimiento revolucionario inicialmente tuvo algunos matices nacionalistas, pero ante algunos condicionamientos impuestos por EE.UU. para recibir asistencia económica, militar y respaldo político, derivó rápidamente hacia el marxismo.

Así comenzó el período de gobierno de Fidel Castro, única experiencia marxista duradera en el "patio trasero" -como era llamada América Latina- de la principal potencia mundial.

En esta década comenzó la investigación aeroespacial. También en esta década la aviación comercial desplazó a la navegación marítima como principal medio de transporte transoceánico de pasajeros.

El uso de los materiales plásticos reemplazó rápidamente a otros materiales tradicionales (como la madera y los metales), en numerosos artículos de consumo; en base a su gran ductilidad, a sus diferentes cualidades y a sus bajos costos.

El petróleo se constituía en la base en la que se sustentaba tan gigantesco proceso de desarrollo, proveyendo el insumo básico para generar energía eléctrica, para el transporte, y como materia prima para la petroquímica.

Pero claro está que las principales áreas de producción y exportación, dejaron de ser territorios coloniales, para dar lugar a naciones independientes.

Y en estas naciones recientemente independizadas, los procesos de creciente nacionalismo llevaron a tomar conciencia de la importancia estratégica del petróleo, así como de los insignificantes precios que estas naciones recibían en pago por parte de las empresas petroleras transnacionales (de capitales norteamericanos y europeos).

Este cuadro de situación daría origen, a partir de la siguiente década, a la creación de la O.P.E.P. (Organización de Países Exportadores de Petróleo).

La Década del '50 - Marco Argentino

Las políticas de asistencia social, salud pública y educación implementadas a partir de 1943, y expandidas notablemente desde 1946, mejoraron sin duda las condiciones de vida generales del país, y muy en particular las del sector asalariado.

Algunos logros fueron muy destacables, como la eliminación del paludismo, anteriormente un mal endémico que afectaba a los sectores más carenciados de todo el país. Esta campaña sanitaria en particular se debió al accionar del Dr. Ramón Carrillo, siendo notable tanto por sus resultados como por el relativamente escaso tiempo insumido para ello. Dicha campaña se realizó durante la 1° presidencia de Perón, e irónicamente, el “premio final” para el Dr. Carrillo, fue morir en la pobreza y virtualmente desterrado por la llamada “revolución libertadora”, terminando sus días en el norte de Brasil.

A las inversiones realizadas en las áreas sociales, se sumaban también significativas inversiones en un vasto plan de obras públicas, en diversas áreas de la infraestructura económica, algunas de ellas de notable relevancia tecnológica, como el “Tren de las Nubes” entre la ciudad de Salta y la frontera chilena, en plena cordillera.

Asimismo, la política de nacionalizaciones de los servicios públicos -como ferrocarriles y teléfonos- y las creaciones de diversos entes y empresas estatales, también constituyó otro de los ejes centrales de la política económica.

El conjunto de inversiones señaladas precedentemente requirió la necesaria financiación por parte del Tesoro Nacional, siendo a la postre uno de los factores causantes del desequilibrio fiscal al reducirse paralelamente otros ingresos previstos que hubieran compensado aquellas erogaciones.

En 1945, por la conjunción de una serie de hechos favorables (la bonanza de las exportaciones argentinas en épocas de guerra, la carencia de políticas sociales de profundo alcance de los gobiernos conservadores, y su renuencia a invertir en infraestructura), dieron como resultado la existencia de vastas reservas de oro y divisas en el Tesoro Nacional.

A ello se sumaba el hecho que Argentina era -en 1945- una fuerte acreedora a nivel mundial; siendo el Reino Unido nuestro principal deudor.

Es decir que sin perjuicio de haber existido la voluntad política de implementar los profundos cambios sociales y económicos realizados por Perón, las condiciones eran particularmente favorables para ello.

Algunos de esos cambios resultaron muy significativos, como la sanción del Estatuto del Peón, que prácticamente posibilitó la dignificación del trabajo rural, sustrayendo a los peones de situaciones de inequidad en muchos casos manifiestamente injustas o directamente inhumanas; pues anteriormente el trabajador rural era -jurídica y socialmente hablando- poco más que “una cosa” u objeto carente de todo derecho y dignidad.

Pero en un quinquenio, la situación macroeconómica había experimentado notables cambios, y el contexto global había dejado de ser tan favorable.

Por una parte, a poco de finalizar la guerra el Reino Unido decretó la inconvertibilidad de la libra esterlina. Esa virtual cesación de pagos motivó que Argentina se cobrara buena parte de las cuantiosas acreencias importando rezagos de la guerra (camiones y jeeps militares, materiales bélicos diversos, grupos electrógenos, etc.), los cuales no significaron contribuciones significativas a la capacidad productiva de nuestro país, e impidieron contar con divisas en efectivo para seleccionar adecuadamente nuestras importaciones.

Por ejemplo, hubiese sido mucho más productivo importar maquinaria de alta tecnología o plantas industriales “llave en mano”, para diversificar la producción nacional, principalmente en el campo de la industria pesada.

Por otra parte, a lo largo de toda la década del gobierno justicialista (así como en varias décadas posteriores), la composición cualitativa de nuestras exportaciones prácticamente no sufrió cambios significativos, pues casi exclusivamente se componía de materias primas con muy escaso valor agregado.

El proceso de deterioro de los términos del intercambio (caída en los precios relativos de las materias primas con relación a los precios de las manufacturas) hizo que el saldo comercial mutase de cifras altamente favorables a déficits que pasaban a ser preocupantes.

Por otra parte, tal vez uno de los mayores problemas que socavaban la sustentabilidad política del peronismo estaba constituido por la ausencia del debido correlato entre los derechos de los trabajadores (la mayor parte de reciente adquisición) y los deberes como factores de producción, o sea su necesaria contrapartida.

Este hecho, además de afectar la productividad laboral, creó condiciones adversas para la aceptación -sin altos costos políticos- de medidas económico-laborales tendientes a superar el cuadro de crisis que ya a comienzos de la década del ‘50 podía vislumbrarse.

Iniciativas como la de donar una hora de trabajo al Estado, u otras similares (aplicadas con éxito en la posguerra europea y japonesa), no contaron con consenso en la Argentina de los '50.

También debe destacarse el sesgo que había adquirido el acelerado proceso de industrialización puesto en vigencia, y fomentado con claras medidas arancelarias, crediticias y económicas en general.

En efecto, casi la totalidad de las inversiones industriales realizadas en el primer período peronista (1946-1952), se orientaron hacia la manufactura liviana, y con destino casi exclusivo a satisfacer las necesidades del mercado interno.

Si bien su efecto inmediato en el P.B.I. nacional fue altamente positivo (a la vez que proveyó la satisfacción de las más elementales comodidades y bienes a la nueva y poderosa clase media argentina), y su impacto en la tasa de ocupación resultó previsiblemente muy favorable, su incidencia en la balanza de pagos fue claramente negativa.

Si bien la industria argentina de los '40 y los '50 sustituyó exitosamente importaciones de manufacturas que de otro modo deberían haberse importado, ahorrando divisas -o no se habrían tenido bienes de consumo en las cantidades necesarias a disposición del floreciente mercado interno-, la industria liviana requería de una serie de insumos que la casi inexistente industria pesada nacional no podía proveer.

En efecto, el acero, los laminados y aleaciones especiales, los plásticos, los químicos, los petroquímicos y otros bienes básicos similares, debían ser importados en crecientes cantidades para abastecer -como insumos- a la diversificada industria liviana argentina. Como la industria liviana nacional no estaba orientada (ni siquiera en forma marginal) a la exportación, queda en claro que todo incremento de la producción demandaba mayor cantidad de insumos importados (o sea que incrementaba el volumen de importaciones, sin correlato en exportaciones).

Agravando aún más el cuadro del sector externo, debe señalarse que ante la baja de los precios internacionales de las materias primas y la carencia de políticas de estímulos a la producción (posiblemente vinculadas con el claro enfrentamiento político entre el gobierno y la Sociedad Rural Argentina y todo el gran sector de los terratenientes en general), los productores agropecuarios vieron caer rápidamente su rentabilidad, por lo que redujeron las producciones.

De esta forma, al comienzo de la década del '50 se dio la circunstancia de haberse producido el menor tonelaje de granos del siglo, mientras que la cantidad de cabezas de ganado bovino no solo no crecía, sino que tendía a reducirse.

En ese contexto general interno y externo, muy diferente al de mediados de la década anterior, la Argentina comenzó negociaciones tendientes a obtener facilidades crediticias con entes financieros transnacionales, a la vez que estimuló a las inversiones extranjeras en áreas industriales de alta tecnología, como el sector automotor y químico.

Dentro del sector automotor se concretaron importantes inversiones de Kaiser en Córdoba (Industrias Kaiser Argentina, posteriormente adquirida por Renault), y Mercedes Benz Argentina en el Gran Buenos Aires. No puede dejar de señalarse la importancia relativa que aún poseía Argentina en el contexto global, pues la indicada fue la primera inversión en el extranjero concretada por Daimler Benz A. G. de Alemania.

Intentando revertir la política industrial de los primeros años, durante el segundo quinquenio peronista se puso mayor énfasis en montar el complejo industrial pesado que la Argentina necesitaba imperiosamente, y que en el contexto regional Brasil ya estaba montando más decididamente, sobre la base del complejo siderúrgico de Volta Redonda.

Las necesidades de financiación del Presupuesto Nacional se suplieron en parte apelando a la emisión monetaria sin respaldo de oro o divisas, lo cual motivó un continuado proceso de inflación, de cierta importancia para la época, el que a su vez provocaba mayores tensiones sociales.

Este panorama lo describe con precisión el Dr. Aldo Ferrer, en sus libros.

Con la llamada "Revolución Libertadora", concretada a fines de 1955, se volvieron a aplicar pautas económicas de neto corte liberal.

Es de hacer constar que si bien la situación fiscal y del sector externo de la economía no eran holgadas, tampoco se estaba inmerso en un caos económico ni al borde de la cesación de pagos, como bien lo describe el Dr. Arturo Jauretche en algunos de sus libros.

Lo cierto es que a partir de la "revolución libertadora" se repitieron "recetas" ya aplicadas en la década del '30, limitando de hecho diversos derechos establecidos para el sector asalariado, limitando el

proteccionismo que la industria gozaba en el mercado interno, limitando las líneas de financiación y otras medidas similares antiestatistas.

Históricamente queda muy en claro que ese Golpe de Estado, que por cierto fue cruento (con notorios fusilamientos en 1955 y 1956), obedeció a motivos políticos, los que a su vez estaban vinculados a la aplicación de la política económica liberal y anglófila, que con los únicos interregnos de Yrigoyen y Perón, se aplicó ininterrumpidamente desde la caída de Rosas.

Con el peronismo proscripto a partir del Golpe de 1955 (proscripción que duraría hasta 1973), en 1958 se convocó a elecciones, triunfando en ellas el Dr. Arturo Frondizi, quien a su vez gobernó hasta el Golpe de Estado de 1962.

Frondizi pactó con Perón, prometiendo aplicar una política económica similar a la peronista, recibiendo el apoyo del proscripto partido.

Una vez en el gobierno, la dupla Frondizi-Frigerio aplicó una filosofía económica que después sería llamada desarrollismo.

Las diferencias fundamentales estaban dadas por la activa participación que se le otorgó a las inversiones extranjeras, como motor de la economía.

Posiblemente lo más destacado, desde la óptica histórica, fue la política petrolera aplicada, que al otorgar áreas de concesión a empresas transnacionales logró en 1960 que por primera vez el país alcanzara su abastecimiento petrolero (lo cual se perdería al anularse los contratos petroleros en 1963/64).

Es de resaltar que en esa concepción económica, el capital privado (nacional y extranjero) resultaba complementario de la estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales, y de ningún modo se mencionó la privatización de esta y otras empresas estatales.

Además de la política petrolera descrita, el desarrollismo implementó, tanto a nivel nacional como en diversas provincias, un vasto plan de obras públicas, con el doble propósito de dotar al país de infraestructura socioeconómica y crear fuentes de empleo.

Entre otras obras públicas caben mencionar el túnel subfluvial (construido por los gobiernos provinciales de Uranga (Entre Ríos) y Silvestre Begnis (Santa Fe), el aeropuerto internacional de Cambá Punta (Corrientes), el anfiteatro de Posadas, el Arco y puesto policial de ingreso a Misiones en la Ruta Nacional Nro 12, el Ingenio Azucarero San Javier, diversas usinas térmicas en el interior de Misiones, la por entonces denominada “Super Usina Sulzer” de Posadas (en el Barrio Tiro Federal), etc.

Frondizi intentó, y lo mencionó explícitamente, reemplazar a Brasil como receptor masivo de inversiones industriales y, consecuentemente, polo de desarrollo subcontinental.

Para ello, entre 1959 y 1960 promulgó la ley de promoción de la industria automotriz, de tractores y autopartes, hecho que por primera vez en la historia posibilitó la producción de automóviles, camiones y tractores en gran escala.

Con fuerte proteccionismo (prohibiendo las importaciones de bienes similares a los producidos localmente) y con una pauta rápida integración de componentes nacionales, estos dos sectores de la industria (automotores y tractores) crecieron hasta ser los más dinámicos y los mayores generadores de empleo a nivel nacional.

A la vez, se estimularon las inversiones del empresario nacional, alentándolos a equiparse y a incorporar tecnología de punta, sobre todo en el sector de las pequeñas y medianas empresas.

Sin embargo, en su afán de favorecer la industrialización, permitió la importación de máquinas-herramientas sin impuestos aduaneros, lo cual afectó mucho la producción nacional de estos bienes.

Pero por otra parte, al perder la base de sustentación política que le dio inicialmente el proscripto peronismo, el desarrollismo quedó en situación muy débil ante los embates del “*establishment*”, que representaba a los sectores más conservadores del espectro social, político y económico.

Los sectores vinculados con el liberalismo y su concepción de la economía (integrado entre otros por la Sociedad Rural Argentina y entes relacionados con el sector primario de la economía y otras vinculaciones civiles y militares), sometieron al gobierno a sucesivos planteos castrenses, presiones a través de los medios masivos de comunicaciones, etc., agravado ello con la abierta oposición sindical a un proyecto político económico que ya no era propio.

El “*establishment*” logró imponer a Álvaro Alsogaray como Ministro de Economía en 1960, quien aplicó inicialmente una fuerte devaluación del peso, puso en circulación un bono denominado “Empréstito Nacional 9 de Julio”, con el que se pagaban sueldos a los estatales, y eliminó una serie de medidas de promoción al sector industrial.

Alsogaray acuñó una frase que -sarcásticamente- fue utilizada durante mucho tiempo: “hay que pasar el invierno”. Esa estación más que climática fue económica, pues se vinculó a una fuerte recesión y disminución del poder adquisitivo de los asalariados, así como a demoras -en algunos casos de meses- para efectivizarse los sueldos de los estatales.

La Década del '60 - Marco Internacional

Esta década fue muy particular a nivel mundial, produciéndose hechos y transformaciones que repercutirían profundamente a escala global en las siguientes décadas.

Como referencia, en la década del '60 el proceso de descolonización continuó en toda el África Negra, con características muy conflictivas y con dolorosas secuelas, sobre todo en el primer lustro ('60-'65), pues las particiones territoriales no tuvieron en cuenta los históricos territorios que cada etnia ocupó y pobló, y en los procesos de independencia se contraponían los intereses de las potencias coloniales y sus empresas junto a los de algunos administradores o asociados locales, confrontando con grupos claramente nacionalistas, y con otros de tendencia encubierta o abiertamente marxista.

En el Sudeste Asiático, Francia había sido derrotada en Dien Bien Phu por la insurgencia Vietminh, conducida por el estratega Ho Chi Minh. Ya Vietnam había sufrido una partición similar a la operada en Corea en los años '50, con el norte comunista y belicoso, y el sur pronorteamericano y en situación de franco acoso.

La inestabilidad se proyectaba a las naciones vecinas, por lo que ante la retirada francesa, EE.UU. comenzó a intervenir en Vietnam. Al comienzo de este proceso, la intervención norteamericana consistió en el suministro de pertrechos bélicos y la presencia de un limitado número de militares norteamericanos en carácter de “asesores”.

A la vez, se producían fricciones políticas y ciertas escaramuzas fronterizas entre los dos gigantes comunistas: la URSS Y China. Más avanzada la década, La India y China sostuvieron enfrentamientos armados fronterizos, estando muy cerca de un enfrentamiento convencional total, de imprevisibles consecuencias ante las magnitudes de estas dos gigantes naciones.

En el África Árabe (en el Sahara y áreas nórdicas cercanas) también soplaban vientos de liberación, con procesos enmarcados en menores o mayores dosis de violencia (como en la traumática guerra de independencia de Argelia); o cerca del fin de la década en Libia con el Coronel Muammar Kadaffy, quien derrocó a una monarquía muy corrupta y anglófila, iniciando entonces grandes transformaciones políticas, sociales y económicas que mejoraron sustancialmente el nivel de vida de la población de Libia. Sin embargo, dada su postura claramente contraria a EE.UU. y Gran Bretaña, fue acusado de instigar atentados de corte fundamentalista, como el que causó la explosión y caída de un avión comercial británico en las inmediaciones de Lockerbie, Inglaterra, en 1983.

En el llamado Cercano Oriente, las tensiones entre árabes y judíos provocaron un sin fin de escaramuzas y otra guerra de tipo convencional, breve pero particularmente violenta, por la moderna tecnología en uso.

Estos sucesos precipitaron la constitución de la O.P.E.P. (Organización de Países Exportadores de Petróleo), tal como se explica en forma separada.

Esta fue la década del nacimiento del movimiento hippie, el que nacido como protesta contra el sistema terminó siendo un motivo para continuar el consumismo y otros desvalores materialistas.

También fue la década de Los Beatles, cuya proyección entre los jóvenes del '60 llegó mucho más allá de los valores musicales, canalizando inquietudes proclives a los cambios de valores sociales y de transformaciones de paradigmas culturales.

En EE.UU., el comienzo de la década marcó el comienzo de la presidencia del demócrata John Fitzgerald Kennedy, cuya concepción acerca de América Latina y el Tercer Mundo en general, era marcadamente diferente a la impulsada por los republicanos, asociados a los “halcones” (belicistas) del Pentágono (el Comando de Defensa de EE.UU.).

Kennedy impulsó la creación y acción de la Alianza para el Progreso, organismo que mediante asistencia crediticia con bajos intereses (créditos “blandos”), transferencias tecnológicas, y estímulos a las radicaciones industriales norteamericanas en los países líderes de las diversas regiones tercermundistas, intentaba mejorar rápida y efectivamente las condiciones de vida de la población.

Diversas obras de infraestructura social (barrios de viviendas, sistemas de agua potable y efluentes, unidades sanitarias, etc.) se ejecutaron en diversas partes de los países latinoamericanos. Esa fue la época de la primera gran oleada de inversiones industriales norteamericanas en Argentina, Brasil y México, y en menor escala Venezuela y otras naciones.

La concepción política de estas medidas económicas partía de la premisa de considerar al desarrollo socioeconómico como la mejor barrera de contención a la infiltración comunista, dado el creciente auge que adquirirían los procesos guerrilleros en América Latina.

Esas medidas de fomento socioeconómico, si bien no atacaban a diversos gobiernos de corte dictatorial, no eran tampoco incompatibles con regímenes más participativos, como algunas democracias más o menos consolidadas de la región.

En 1963 fue asesinado Kennedy, sucediéndolo su vicepresidente Lyndon B. Johnson, atribuyéndose este crimen tanto a sectores ultraconservadores opuestos a su política de otorgamiento de derechos civiles a la minoría negra norteamericana, como a los “halcones” deseosos de lograr un papel más directo y activo de EE.UU. en Vietnam y en otros escenarios bélicos de luchas no convencionales (de insurgencia guerrillera); todo esto con vinculaciones con el multimillonario negocio de la fabricación de armamentos e insumos bélicos de EE.UU.

Bajo la presidencia de Johnson, la escalada militar norteamericana fue rápidamente implementada, llegando en poco tiempo a comprometer directamente en el conflicto a más de medio millón de hombres, con un impresionante despliegue de pertrechos y con la cobertura de la VII Flota operando en el Mar de China.

Según analistas, sobre Vietnam (principalmente en el norte), al cabo de esta guerra, se arrojaron más toneladas de explosivos que las que soportó toda Europa durante la 2ª Guerra Mundial.

Respecto a América Latina, EE.UU. adoptó la Doctrina de la Seguridad Interior, bajo cuya concepción política el enemigo militar e ideológico se encontraba dentro de las fronteras.

Cientos de oficiales de los diversos ejércitos latinoamericanos fueron adiestrados en la Escuela de Defensa que funcionaba en la zona del Canal de Panamá, área bajo dominio norteamericano.

La Alianza para el Progreso fue rápidamente desactivada, dado que después de Kennedy evidentemente la concepción global de cuestión socioeconómica fue marcadamente diferente en EE.UU.

Rápidamente hubo una sucesión de golpes militares en América Latina, desplazando por la fuerza a los diversos gobiernos civiles.

En Brasil, el golpe militar se realizó en 1964, gobernando este país por más de dos décadas, concretando espectaculares transformaciones económicas, pero con grandes costos sociales al mantenerse una estructura social marcadamente injusta. No obstante, cabe hacer notar que aumentó notablemente la demanda de trabajo en general, y se logró conformar una “masa crítica” de científicos y profesionales de muy buen nivel sobre la base de la cual se siguen ejecutando acentuadas transformaciones económicas. A la vez, se favoreció la conformación de un poderoso empresariado nacional, capacitado para competir a nivel mundial.

En Argentina, el golpe militar se realizó en 1966, estando prevista su continuidad por varias décadas, aunque este gobierno duró hasta 1973. En el caso argentino, las transformaciones proyectadas se truncaron, particularmente a partir de la reinstauración desde 1976 de viejos paradigmas liberales, esta vez con “ropaje” neoliberal.

En Europa, las fricciones políticas alcanzaron muy alto voltaje en la “cortina de hierro” (como era denominada la línea divisoria entre el sector occidental -capitalista- y el oriental -comunista-).

Pero en 1968, a ambos lados de la cortina de hierro sucedieron grandes protestas multitudinarias en París (Francia) y en Praga (Checoslovaquia). Los sucesos de París trascendieron a la historia como “el mayo francés”, mientras que los de Checoslovaquia se denominaron “la primavera de Praga”.

Los grandes desórdenes producidos en París eran una gigantesca protesta de la juventud (básicamente universitaria y obrera) en contra de las condiciones de exclusión y marginamiento, con claras orientaciones filo-comunistas y de otras vertientes contestatarias al statu quo imperante; mientras que el virtual levantamiento cívico de Praga fue un intento de terminar con la injerencia soviética en este pequeño país, y por abrir las cerradas estructuras político-económicas comunistas.

El mayo francés fue enfrentado por la policía, terminando al cabo “aggiornándose” (adecuándose e insertándose) en el contexto general; mientras que el levantamiento de Praga fue rápida y brutalmente aplastado por las divisiones blindadas rusas del Pacto de Varsovia. Aunque en los hechos fue uno de los

primeros síntomas visibles del resquebrajamiento interno de la aparentemente monolítica Unión Soviética y de todo el sistema comunista, concretado un cuarto de siglo después.

Es de hacer destacar que hacia fines de la década habían surgido diversos focos de insurrección armada en el África Negra y en América Latina.

Tuvo gran repercusión periodística, política e histórica la muerte del líder emblemático de la revolución cubana dirigida por Fidel Castro, el argentino Ernesto Guevara, el Che, ultimado por el ejército boliviano después de haber sido hecho prisionero al intentar realizar un proceso de guerrilla en el vecino país. Esto ocurrió a fines de la década del '60.

La Década del '60 - Marco Argentino

El desarrollismo (personalizado en Frondizi y Frigerio) no pudo completar su programa de gobierno, comenzado en 1958, y que debería haberse prolongado hasta 1964.

En 1962 se produjo otra interrupción del gobierno civil, siendo el golpe encabezado -entre otros- por el Gral. Julio Alsogaray, casualmente hermano del "capitán-ingeniero" y ex ministro Álvaro Alsogaray.

Provisoriamente fue puesto en funciones presidenciales el Dr. José María Guido, pero el poder real estaba claramente en manos de la comandancia militar, la cual a su vez comulgaba con la filosofía de los sectores más conservadores.

Durante la presidencia de Guido se produjo un cruento enfrentamiento entre dos facciones de las fuerzas armadas, a la sazón denominadas "azules" y "colorados".

En la facción triunfante se destacaron, entre otros, el Gral. Alcides López Aufranc (quien después sería presidente de Acindar S.A., la por ese entonces principal acería privada) y el Gral. Juan Carlos Onganía, quien comandaría el Golpe de Estado de 1966.

El fuerte estímulo dado al sector industrial de mediana y alta complejidad (como el automotriz), si bien no fue anulado, no se profundizó después de 1962, ni tampoco se extendió significativamente a otras áreas de la industria.

Pero sin duda, el tema más controversial fue el petróleo, dentro del cual los contratos de exploración y explotación tenían como opositores y detractores a todo el arco político, a excepción del gobierno de Frondizi (por entonces su partido político se denominaba la Unión Cívica Radical Intransigente -U.C.R.I.-).

En las elecciones de 1963, el eje de la campaña de la Unión Cívica Radical del Pueblo (U.C.R.P.) fue la oposición a los contratos petroleros y la promesa de su inmediata anulación.

La U.C.R.P., que venía a ser el tronco político principal de la histórica U.C.R. de Yrigoyen (a su vez sucesora de la Unión Cívica de Alem), triunfó en las elecciones de 1963 con poco más del 20% de los votos, pues la mayoría peronista seguía proscripta y había votado en blanco.

Con gran impacto político los contratos fueron anulados al poco tiempo de asumir la Presidencia de la Nación el Dr. Arturo Illia.

Esa anulación significó al poco tiempo una disminución en la producción de petróleo, y con ello la pérdida del total autoabastecimiento del mercado argentino, logrado a mediados del gobierno de Frondizi.

Lo destacable fue que esa anulación de los contratos no fue acompañada por una medida equivalente para asumir la decisión política de dotar a Y.P.F. de los recursos necesarios para reemplazar la producción de las contratistas extranjeras.

De todos modos, sin medidas espectaculares, pero con una administración en algunos aspectos muy austera, casi espartana, muy cuidadosa del gasto público y favorecida en lo macroeconómico por tres años consecutivos de excelentes cosechas, el P.B.I. creció en forma muy acentuada.

Sin grandes innovaciones en las medidas de fomento y protección industrial, se mantuvieron vigentes las protecciones arancelarias, de forma que el mercado interno quedara reservado para la producción nacional.

A excepción de los ferrocarriles, el resto de las empresas estatales se autofinanciaba e inclusive tenía en algunos sectores (Y.P.F., Aerolíneas Argentinas, la Banca estatal y otras) importantes utilidades.

Sin embargo, al igual que el gobierno de Frondizi después de las elecciones, cuando perdió el apoyo de la mayoría justicialista, el gobierno de Illia adolecía de una gran fragilidad política, inclusive

mayor que su predecesor constitucional, pues mientras Frondizi había ganado las elecciones por mayoría con los votos peronistas, Illia obtuvo un escuálido porcentaje levemente menor al 25%.

Partiendo de esa debilidad intrínseca, el “*establishment*”, a través de diversos medios de comunicación social, comenzó una persistente campaña de desprestigio, que bajo la caricaturización de una tortuga endilgaba inacción al gobierno.

Diversos sectores castrenses (de las tres armas), unidos ideológicamente bajo la Doctrina de la Seguridad Nacional impuesta en América Latina por EE.UU. después de la muerte de Kennedy, complotaron y finalmente se concretó el Golpe de Estado de 1966, orientado por el Gral. Juan Carlos Onganía.

Bajo la dirección de Onganía se inició un proceso de gobierno autodenominado “La Revolución Argentina”, pensado para permanecer en el poder por varias décadas, pero que finalmente solo se sostendría hasta 1973.

En estos siete años, el Poder Ejecutivo fue sucesivamente ejercido por Juan Carlos Onganía, Roberto Marcelo Levingston y Alejandro Agustín Lanusse.

El análisis meduloso pero sintético de este período resulta bastante complicado, pues se dieron paralelamente medidas económicas de tipo nacionalista, junto con otras de corte liberal; todo ello en un marco de forzosa disolución de los partidos políticos y con un aparato represivo que sin llegar a la violencia institucionalizada del “Proceso” militar posterior, tuvo picos de gran tensión y violencia, como “la noche de los bastones largos” en 1966 y “el cordobazo” en 1969.

El primer ministro de economía fue Adalberto Krieger Vasena, enrolado en el liberalismo, aunque aplicó cierto eclecticismo al compatibilizar un conjunto de medidas mucho más cercanas al nacionalismo tradicional que sostenían sectores importantes de la oficialidad del Ejército.

Al forzarse el breve interregno de Roberto Marcelo Levingston, su ministro de economía fue el Dr. Aldo Ferrer, un ex colaborador del desarrollismo del Dr. Frondizi, y en cierta forma con planteos afines al nacionalismo.

Perdurando A. Ferrer al nuevo cambio institucional encabezado por Alejandro Agustín Lanusse, al final el Ministerio de Economía fue ocupado por liberales más cercanos a la ortodoxia, como José Dagnino Pastore.

Los ejes de acción iniciales impuestos por Krieger Vasena fueron los siguientes:

a)- Se instrumentó una gran devaluación de nuestra moneda, lo cual subvaluó fuertemente de hecho al peso respecto a la paridad real histórica.

Esta medida trajo varios efectos paralelos, a saber:

- Encareció las importaciones, lo cual influyó tanto en los costos de las empresas industriales al encarecer los insumos importados, como de hecho a la vez favoreció la producción nacional, al resultar muy caros los artículos importados respecto a los nacionales, desalentando las importaciones.

- Abarató los productos nacionales en el mercado internacional, favoreciendo de hecho a nuestras exportaciones.

- Creó un colchón antidevaluatorio, pues al haber subvaluado fuertemente al peso, la tasa mensual de inflación (que a la vez se redujo fuertemente) no presionaba sobre las urgencias de los exportadores respecto a sus precios internacionales. Es decir que el sector exportador no necesitó de nuevas y sucesivas devaluaciones para competir en el exterior. Es de recordar que esa serie de devaluaciones sucesivas fue -históricamente demostrado- un relevante factor de aceleración de la tasa de inflación, aunque cabe realizar la salvedad que las causas profundas de la inflación obedecen a los severos desequilibrios estructurales que padece la economía argentina, fuertemente condicionada por el sector externo y por la adopción de políticas económicas “recetadas” que no son acordes a las reales necesidades nacionales.

- Abarató fuertemente la valuación patrimonial de las empresas argentinas, respecto a los valores medios internacionales. Esto se entiende si se considera que -con toda lógica- los balances y las valuaciones extracontables de las empresas nacionales se realizaban en moneda argentina. Al devaluarse esta, los patrimonios de las empresas argentinas, transformados a dólares, resultaban muy bajos comparativamente respecto a empresas similares de otros países.

Esto produjo un rápido proceso de desnacionalización de importantes sectores industriales, que históricamente habían sido creados y operados por el capital privado nacional.

Posiblemente el caso más emblemático haya sido el de la industria tabacalera, que hasta 1966 se componía de 4 empresas privadas nacionales de dimensiones semejantes. En el mercado de consumo, el 80% era abastecido por esas cuatro empresas y el 20% restante era cubierto por el contrabando desde países vecinos y -muy marginalmente- por importaciones legales.

Durante este proceso, las cuatro empresas fueron adquiridas por capitales extranjeros, para posteriormente concentrarse en un claro oligopolio de solo dos empresas.

De hecho, una de las consecuencias posteriores fue la posición de extrema fortaleza de la industria frente al conjunto de pequeños productores tabacaleros -básicamente del NOA y Misiones-, con la presión hacia la baja en los precios de la producción primaria.

b)- Se planificó y ejecutó un fuerte plan de obras públicas, con un claro sentido de integración nacional. Las inversiones fueron muy significativas en el sector vial (camino pavimentados y grandes puentes); energético (instalación de grandes centrales térmicas en el área industrial, construcción del complejo hidroeléctrico de el Chocón-Cerros Colorados, planeamiento de la red de grandes represas en la cuenca del Río Negro, construcción de presas de menor porte en otras áreas de Argentina), energético tecnológico (comienzo de la construcción de la central nuclear de Atucha 1, y planificación de media docena más que deberían estar listas para fines de la década del '80); de infraestructura aeronáutica (construcción de grandes aeropuertos, como el de Resistencia e Iguazú); social (fuerte impulso a construcciones de grandes núcleos habitacionales); sanitario (hospitales y dispensarios); educativo (escuelas); etc.

Esta política de grandes obras públicas produjo un fuerte impacto positivo en el crecimiento del PBI, así como en los niveles reales de empleo.

Para dar una idea de la magnitud de ese plan de obras públicas, recién en esa época se vincularon al resto del país por caminos pavimentados y aeropuertos, los dos más importantes polos naturales de atracción turística internacional de Argentina, como son Bariloche e Iguazú. Antes de 1969'70 Misiones no estaba unida al resto del país por caminos pavimentados. Además se construyó el puente Gral. Belgrano (Corrientes-Resistencia), y se comenzó el complejo ferroviario de Zárate-Brazo Largo (durante el Ministerio de Aldo Ferrer). El Chocón, por su parte, fue la primera gran central hidroeléctrica de Argentina.

c)- Se congelaron inicialmente los salarios, como otra medida para reducir las causas (supuestas o reales) de la inflación.

d)- Se incentivaron las radicaciones industriales extranjeras de alta tecnología, como en el sector automotriz pesado (grandes camiones de más de 200 HP, rubro hasta ese entonces inexistente en Argentina), maquinaria vial mediana y pesada, máquinas herramientas, plantas químicas y petroquímicas, etc.

e)- Se puso en marcha un ambicioso plan de creación de tecnología bélica, que contó con la asistencia europea (principalmente francesa), a la vez que se incrementó la producción del complejo industrial de Fabricaciones Militares, tanto para abastecer al mercado interno como para exportar.

Dentro de esa producción caben destacar el cañón de 105 mm. sin retroceso, el cañón pesado Citer de 155 mm., el avión de combate IA 58 Pucará, el comienzo de los estudios del avión a reacción IA 63 Pampa, cohetería de corto alcance, el comienzo de la planificación de la serie de blindados T.A.M. (Tanque Argentino Mediano), etc.

f)- Posiblemente por primera vez se estimularon las "exportaciones no tradicionales", es decir que Argentina comenzó a exportar cantidades relativamente significativas de manufacturas.

g)- Se concretó el gasoducto que interconectó a Bolivia con el gran mercado de consumo residencial e industrial de Argentina, hecho que no solo tuvo importancia económica sino también geopolítica.

h)- Se planificó y comenzó a construir el gran polo petroquímico de Bahía Blanca, base del abastecimiento nacional de plásticos, fertilizantes y otros químicos.

De hecho, todo este proceso económico contó con el aval o al menos con el asentimiento tácito del "establishment", siendo perceptible que los sectores más poderosos y conservadores de Argentina no solo se concentraban en el rico sector agrícola-ganadero de la Pampa Húmeda, sino que también se extendían y/o contactaban con otras áreas del comercio exterior, con la Banca y con algunas áreas industriales.

Debe destacarse que no se ponían reparos al accionar de las empresas estatales, considerándolas factores importantes para el desarrollo e integración nacional.

Década del '70 - Marco Internacional

En lo político, el llamado enfrentamiento “este-oeste” (en rigor URSS-EE.UU.) tuvo varios picos de gran tensión, con sucesivos matices en las “regiones marginales” (concepto que significaba el 3º Mundo) de Asia, África y América Latina.

La carrera armamentista estaba en pleno auge, a la vez que nuevas naciones se incorporaban al selecto “Club Nuclear”, que eufemísticamente denominaba a las naciones que poseían armamentos nucleares.

No por casualidad los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas eran (y aún son) las cinco primeras naciones que contaron con tecnología bélica nuclear.

A las cinco naciones con poder de veto en el seno de la ONU. -Organización de las Naciones Unidas- (EE.UU., URSS, Gran Bretaña, Francia y China), se sumaban potencialmente una serie de “naciones emergentes”, cuya capacidad tecnológica las hacía aptas para poseer armamento nuclear en el corto o mediano plazo.

Esas naciones “aspirantes al Club Nuclear” o con capacidad tecnológica para serlo, eran India, Pakistán, Israel, Egipto, Sudáfrica, Brasil y Argentina, además de Japón y Alemania, sobre las que aún pesaban las limitaciones armamentistas impuestas al fin de la Segunda Guerra Mundial.

En el Cercano Oriente fue muy claro el enfrentamiento entre las tecnologías bélicas de Norteamérica (básicamente utilizadas por Israel) y soviéticas (utilizadas por los países árabes).

El cierre e inutilización temporaria del Canal de Suez (que fue consecuencia de la invasión israelí a la Península de Sinaí) obligó a los buques mercantes a utilizar la ruta histórica de El Cabo, para unir a Europa, el norte de África y el Medio Oriente, con la Península Arábiga, el Sur y Sudeste Asiático.

A la vez, esto coincidió con la crisis del petróleo, al comenzar a accionar política y económicamente la O.P.E.P.

Sin la limitación física de ancho y tonelaje que de hecho imponía el Canal de Suez, y con la necesidad de abaratar costos para grandes volúmenes de cargas, surgieron rápidamente los super petroleros y los gigantescos cargueros porta contenedores y multipropósito.

Esta nueva (por ese entonces) generación de grandes buques motivó la necesidad de construir puertos de aguas profundas, incrementando en ellos las dimensiones y aplicando alta y muy específica tecnología de transferencia y almacenaje de mercaderías.

Todo esto constituyó una profunda modificación que abarató e incrementó el comercio internacional.

Ya a fines de los '60 se había producido una notable fisura en las relaciones entre los dos “gigantes rojos” (China Continental y la URSS). Esta confrontación, matizada por cuestiones ideológicas e interpretativas de la teoría marxista, en rigor adquiría claros perfiles geopolíticos, a partir de roces en sus extensas fronteras y de las colisiones de sus áreas de influencia en Asia (particularmente en el sur y sudeste), así como en las diferentes metodologías aplicadas frente a los numerosos movimientos armados en África y América Latina.

La guerra de Vietnam pasó por sus mayores escaladas de agresión, con masivos bombardeos aéreos y navales en el norte y en el sur, pero que no lograban disminuir el accionar guerrillero en el sur, a pesar del uso de defoliantes fosforados y otros productos químicos letales, como el cancerígeno y mutante del ADN denominado “Agente Naranja”, rociado sobre la selva por la Fuerza Aérea de EE.UU.

Según algunos analistas militares, después de la retirada francesa se arrojaron sobre Vietnam más toneladas de explosivos que las que soportó toda Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Sin ninguna duda, la directa participación de EE.UU. benefició en gran medida a la poderosa e influyente industria bélica privada norteamericana, a la vez que incentivó la creación de nueva tecnología en armamentos, comunicaciones e informática.

Todo ello influyó para incrementar el gigantesco déficit fiscal norteamericano, aunque favoreció sus exportaciones de armas al tercer mundo.

A pesar de tamaño esfuerzo bélico, en esta guerra EE.UU. tuvo que retirarse derrotado de Vietnam, siendo el primer revés militar en su historia.

En Irán a su vez, el omnímodo régimen del Sha Reza Palhevi sería derrotado por un movimiento cívico-religioso con facetas fundamentalistas, encabezado por el Ayatolá (líder religioso musulmán shiita) Khomeini.

El Sha, mandando una nación musulmana de origen persa, había desempeñado el papel de “guardián” de EE.UU. enclavado en el mundo arábigo petrolero de Asia, para lo cual había recibido constante apoyo político y masivas cantidades de armamento norteamericano.

A partir de la revolución de Khomeini, la postura de Irán fue particularmente problemática para las grandes potencias económicas, a la vez que resultó irritativa en una región tan compleja y belicosa del mundo.

Así como en lo político y militar el eje de la confrontación mundial giraba en torno a la conflictiva relación de EE.UU. y la URSS, con las participaciones relativamente secundarias de China y la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), en lo económico la supremacía era disputada por los tres grandes polos tecnológicos, industriales y financieros: EE.UU., la CEE. (Comunidad Económica Europea) y Japón.

En esos tres grandes bloques económicos se hizo muy notorio el proceso de concentración económica que se realizó en los sectores más dinámicos de la economía.

De tal forma se acentuaron, respecto a las décadas pasadas, los procesos de “alianzas estratégicas” entre grandes empresas, fusiones, absorciones u otros procesos similares.

La búsqueda de competitividad llevaba a masivas inversiones en tecnología, cuya financiación y posterior rápida amortización solo era factible en los marcos de gigantescas producciones masivas, como la de la poderosísima industria automotriz nipona, la norteamericana y la europea.

Por su parte, en su intento por obtener rápidos avances en su producción global, la URSS firmó novedosos acuerdos con empresas industriales “occidentales” como FIAT, pasando a producir bienes de consumo en forma masiva (como automóviles y electrodomésticos con tecnología extranjera, pero con marcas propias), y bienes de capital (como grandes plantas para fabricar camiones pesados, tractores y máquina vial).

Con estos nuevos productos y una política de bajos precios comparativos, la URSS salió a competir en el mercado mundial. Por su parte, las multinacionales asociadas tenían una rentabilidad asegurada y un mercado laboral exento de huelgas o adversidades similares.

El ejemplo fue seguido en menor escala por otras naciones del bloque de Europa Occidental, como Polonia, Rumania, Hungría, etc.

A comienzos de la década, el inicio y posterior profundización de la crisis del petróleo obligó a rápidos cambios en las políticas económicas de las naciones industrializadas del bloque “occidental” (básicamente EE.UU.-Canadá, la CEE. -Comunidad Económica Europea- y Japón), pues todos ellos eran fuertes importadores de petróleo, materia prima imprescindible que se había encarecido rápida e imprevisiblemente, y cuyo abastecimiento no controlaban a partir de la consolidación de la O.P.E.P. y con sus consecuentes políticas de nacionalizaciones de las empresas petroleras en estas naciones productoras de hidrocarburos.

En el bloque soviético la situación era diferente, pues se autoabastecía con las grandes producciones de petróleo, gas y carbón de la U.R.S.S, de Rumania, de Polonia y otros.

Primera Mitad de la Década del '70 - Marco Argentino

Los primeros años de la década marcaron la lenta agonía de la “Revolución Argentina”, cuyo punto de inflexión fue “el cordobazo” de 1969.

Crecía el descontento social, a la vez que por otras vías los procesos de insurrección ideológica y armada continuaban su accionar, insertándose básicamente en los sectores obreros, universitarios e intelectuales.

En el marco político, la figura de Perón tenía características excluyentes, y su retorno parecía cada día más factible.

En un contexto de violencia entre irreconciliables sectores del amplísimo arco político-social que abarcaba el peronismo en esos años, se produjo en 1972 el retorno del ya avejentado dirigente, que había sido desde el exilio el referente y árbitro excluyente de 18 años de la vida política argentina.

Aún proscrito Perón como candidato, ganó las elecciones por muy amplio margen (más del 50% del electorado), el designado candidato peronista Dr. Héctor J. Cámpora.

Este gobierno constitucional, que comprendió el tercer período del peronismo, tuvo tres orientaciones políticas y económicas marcadamente diferenciales.

El primer y brevísimo interregno de Cámpora tuvo como protagonistas a dirigentes vinculados con sectores que se autodefinían como del “socialismo nacional”, más afín con Montoneros.

Convocadas rápidamente nuevas elecciones, el justicialismo se impuso en forma abrumadora, con la fórmula Perón-Perón.

El viejo y enfermo líder intentó gobernar bajo la filosofía política y económica ya aplicada en el decenio 1946-1955, en un marco de fuerte estatismo coexistente con la propiedad privada, cuyas transformaciones se intentaban acordar o consensuar entre los grandes sectores económicos (empresarios, gremios, Estado).

Los sectores de creación de tecnología, de propiedad estatal, recibieron nuevos impulsos, pues su papel era considerado crucial en ese programa de gobierno.

En ese marco se inauguró la Central Nuclear Atucha I, la primera puesta en funcionamiento en América Latina. También se constituyó Hidronor (Hidroeléctrica Nordpatagónica), ente encargado de construir y administrar la mayor concentración de centrales hidroeléctricas, en la importante cuenca hidroeléctrica del Río Negro.

Fue en este breve período de gobierno en el que se crearon las nuevas universidades nacionales, situadas en las provincias no tradicionales y más allá de las grandes “provincias centrales” (Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba). De allí data la creación de la Universidad Nacional de Misiones. También se crearon varias universidades nacionales en el Conurbano Bonaerense y en otros puntos del territorio nacional.

Fallecido Perón a mediados de 1974, con el brevísimo interregno del Presidente de la Cámara de Diputados -Lastiri- como Presidente de la Nación, asumió como presidente la esposa del ya extinto líder, María Estela Martínez de Perón.

Este fue el tercer ciclo caracterizado por una nueva mutación política y económica, combinándose en lo político cierto nacionalismo de corte más bien fundamentalista, con aspectos conservadores; y en lo económico insertando sucesivas pautas y medidas liberales, en un marco que pretendía ser nacionalista-estatista.

Con el aparato productivo intacto, pero afectado el marco macroeconómico por la extrema debilidad política, ya en 1975 el cuadro económico general era poco menos que inmanejable para un gobierno acosado por el “*establishment*” (materializado en voceros empresariales y rurales, periodistas, militares retirados y en actividad, políticos conservadores, etc.), y también acosado por la creciente guerrilla, por las estructuras militares e inclusive mal visto por la dirigencia sindical tradicional.

La inflación, el déficit presupuestario, la rápida e irrefrenable caída de las reservas internacionales del Tesoro Nacional, y el endeudamiento externo creciente, junto con claros síntomas recesivos y una sensación general de acefalía, conformaron un cuadro general en el que el nuevo Golpe de Estado era una certeza solo indefinida en su fecha de concreción.

Así, el 24 de marzo de 1976, sin ninguna oposición, se materializó el Golpe de Estado que marcaría el comienzo de uno de los más oscuros períodos de la historia argentina.

Con la fina ironía que lo caracterizó, el ya anciano historiador revisionista José María Rosa (el mismo que había militado en F.O.R.J.A. durante su juventud en épocas de la “Década Infame”), se referiría con crudeza crítica al “gobierno marzista” (de marzo) del “proceso”.

LA RESTAURACIÓN LIBERAL. EL “PROCESO DE REORGANIZACIÓN NACIONAL”

Segunda Mitad de la Década del '70 - Marco Argentino

El cuidadosamente planificado golpe de Estado del 24/03/76, encontró a la Argentina con el aparato productivo en virtual estado de parálisis, pero intacto. Las reservas eran solo 25 millones de dólares, y la deuda externa alcanzaba la cifra récord -por ese entonces- de 7.500 millones de dólares.

Los problemas derivados de los precios relativos eran en algunos sectores muy significativos, destacándose la bajísima retribución a los productores agropecuarios. Como ejemplo, una cabeza de ganado en pie valía menos que un par de zapatos.

Las distorsiones de la alta inflación interna impedían concretar exportaciones de grandes volúmenes de productos manufacturados, lo cual era muy bien aprovechado por la agresiva política de exportaciones de la industria brasileña, sobre todo en los mercados de América del Sur.

En ese contexto irrumpió el gobierno cívico-militar encarnado por los tres comandantes: Videla, Massera y Agosti.

La represión comenzó la misma noche del Golpe, con los rápidos desplazamientos de los posteriormente tristemente famosos “Falcon Verdes”. La lucha antiguerrillera sirvió de marco para disuadir las protestas contra el nefasto modelo económico.

El primer Ministro de Economía dejaría su honda huella en la economía argentina. Se trataba del Dr. (abogado) José Alfredo Martínez de Hoz, o “Joe” para sus íntimos.

Portador de un conocido apellido proveniente del sector de grandes terratenientes de la Pampa Húmeda, directo descendiente de uno de los que a principios de siglo había apuntalado a Mar del Plata como el gran balneario de Buenos Aires (un sector de la Costanera Marplatense lleva su apellido), su plan demostró tener objetivos muy precisos, más allá de los plazos de ejecución (que por cierto excedieron a los largos tres años en que se mantuvo en el cargo).

Los ejes troncales en que se basó la política económica inicial de Martínez de Hoz fueron los siguientes:

- Liberación total de los precios de las mercaderías.
- Congelamiento absoluto de los salarios.
- Drástica disminución de los aranceles a las importaciones.
- Desaparición casi total del crédito bancario interno.
- Desaparición de todo estímulo oficial o semioficial a las exportaciones, lo que afectó sobre todo a las exportaciones de manufacturas.
- Implementación de la indexación (actualización) de los préstamos.
- Indexación general de la economía, afectando particularmente a los pocos créditos existentes, a los alquileres y a otros pagos de servicios.
- Desaparición de casi todas las prohibiciones a las importaciones de mercaderías.
- Aumento de los servicios públicos estatales en proporciones sensiblemente menores a los incrementos de sus costos.
- Devaluación de nuestra moneda en porcentajes sensiblemente inferiores a los de la tasa general de inflación. Esto provocó una revaluación real del peso en relación con otras monedas, con múltiples consecuencias negativas.
- Eliminó diversas medidas de fomento de las posteriormente llamadas “Economías Regionales”, eufemismo que representa a las “provincias marginales”, o sea las excluidas del “País Central”.
- Acorde con la Escuela Monetarista de Chicago, liderada por el Premio Nobel Milton Friedman, Martínez de Hoz privilegió lo financiero sobre lo económico.
- Pocos años después, y con el claro apoyo de “periodistas de renombre” (como Neustadt y Grondona) y con el “apoyo crítico” de Álvaro Alsogaray y de otros “gurús” de la economía, y de cámaras empresariales de importadores, eliminó las prohibiciones aún existentes para importar whisky, cigarrillos y automotores. A consecuencia de esta medida, vino la primera gran oleada de automotores importados después de la posguerra, en 1980/81.

Las consecuencias de la aplicación de las medidas económicas fueron las descriptas seguidamente.

- Abrupta caída en el poder adquisitivo real de los salarios.
- Rápida regresión del porcentaje de participación de los asalariados en la distribución del Ingreso Nacional. Del 50% alcanzado en la mejor época de los primeros gobiernos de Perón (1946-1955) y del 47/48% vuelto a alcanzar en el tercer gobierno peronista (1973/76), esa participación se redujo a poco más del 25% con las medidas de Martínez de Hoz y “El Proceso”.
- Aunque no inmediatamente, el crecimiento del Producto Bruto Interno (P.B.I.) sintió el impacto de las medidas recesivas. Dentro del marco de la misma política económica y con sus efectos acumulativos desde 1976, en la década del ‘80 por primera vez en medio siglo (desde la “década infame” de 1932/43), el P.B.I. dejó de crecer, para pasar a una fuerte disminución del orden del 9% decenal. Como los guarismos históricos mostraban un 50% de crecimiento por década, la pérdida total entre 1970 y 1979 fue del orden del 60% del P.B.I.

-Estancamiento de las exportaciones, con un fuerte cambio cualitativo, volviendo a tener preponderancia las materias primas con escaso o nulo valor agregado.

-Virtual desaparición de los artículos de mediana y alta tecnología entre los rubros de exportación argentinos.

-Fuerte incremento de las importaciones, estimuladas por el tipo de cambio, la carencia de barreras aduaneras y las facilidades crediticias externas, más baratas y de más largo plazo que en la plaza bancaria argentina.

-Crecimiento desmesurado de la Banca en Argentina, sobre la base de la “timba financiera”, al alentarse la constitución de los depósitos a plazo fijo con fuertes tasas pasivas. Como consecuencia de ello, las tasas activas eran sensiblemente mayores que la inflación, resultando impagables para los tomadores de créditos. En un contexto económico recesivo, estas medidas operaron como una gigantesca burbuja que explotó a comienzos de los años ‘80, con una serie de quiebras espectaculares de varios Bancos de primera línea y regionales. Dentro de los primeros, el caso más impactante fue la quiebra del B.I.R. (Banco Intercambio Regional) que era el principal Banco privado nacional, y del cual uno de los síndicos era el Dr. Mariano Grondona (al momento del vaciamiento y quiebra). En Misiones quebró el Banco del Iguazú, siendo uno de los directivos principales uno de los ministros de economía provinciales del “Proceso”.

-Rápida regresión del Sector Industrial en el P.B.I. argentino. La economía argentina adquirió un fuerte sesgo primario.

Al término del “Proceso” el retroceso cualitativo equivalía a 25 años (la producción industrial global era equivalente a la de un cuarto de siglo antes), siendo el retroceso cualitativo mucho más sensible, pues virtualmente había desaparecido la mayoría de las industrias de alta tecnología (como la de maquinaria vial, o buena parte de la máquinas-herramientas) reduciéndose a su mínima expresión otras áreas industriales como la de construcciones navales, la aeronáutica, la de motocicletas, la de tractores y la automotriz.

-La avalancha importadora tuvo características tan violentas e inauditas que, por ejemplo, los jugos de naranja envasados en EE.UU. resultaban más baratos que los cítricos nacionales sin elaborar, por lo que en Misiones se pudo ver las chacras con grandes producciones de naranjas, mandarinas, pomelos y limones, sin que se las cosechara, pues el simple costo de la recolección tornaba a estas producciones no competitivas frente a los jugos importados. De esa época data la virtual desaparición del sector cítrico en Misiones y de las plantas elaboradas de jugo de Garupá y Puerto Rico, ante la imposibilidad de competir con los importados y -marginalmente- con los cítricos de Entre Ríos y el Delta del Paraná.

-La deuda externa creció descontroladamente y en progresión geométrica, pasando de 7.500 millones de dólares en marzo de 1976 a 45.000 millones de dólares al fin del “Proceso”, a fines de 1983.

-El crecimiento de la deuda era incoherente no solo en cantidades nominales, sino también en relación con las exportaciones anuales. En 1976 la deuda externa equivalía a casi dos años de exportaciones, mientras que en 1983 ya equivalía a más de cuatro años de exportaciones.

-Los analistas superficiales repetían sin cesar que la deuda externa argentina era menor que la brasileña (que en 1983 rondaba los 100.000 millones de dólares) aunque omitían mencionar que representaba proporcionalmente mucho menos que la argentina, tanto en relación al P.B.I. como respecto a las exportaciones totales. Además, la deuda externa brasileña tenía su clara contrapartida en el vastísimo plan de obras públicas y en el fortalecimiento general de la economía brasileña, mientras que en la Argentina el destino final de buena parte de los 37.500 millones de dólares adicionales de la deuda nunca pudo determinarse.

-Las multinacionales radicadas en Argentina tenían acceso a créditos en el exterior, a tasas coherentes con la economía mundial. Las PyMES (pequeñas y medianas empresas) de capital privado nacional, no podían acceder a esos créditos extranjeros, mientras que el crédito existente era muy escaso y muy caro. Resultó sintomática la quiebra del sector de máquinas agrícolas (como cosechadoras y sembradoras autopropulsadas, máquinas arrastradoras de troncos, etc.), pues hasta 1976 estaba en manos de empresas familiares con varias generaciones de trabajo en esta rama industrial. Marcas como Señor, Vasalli, Grosspal y otras desaparecieron como fabricantes o tuvieron que “convertirse” (achicarse o pasar a ser simples importadoras), siendo que a comienzos de siglo algunas de las primeras cosechadoras del mundo habían sido construidas en nuestro país.

Todo ese proceso de brutal achicamiento de la economía argentina solo pudo ejecutarse en un marco de terror institucional, que impedía o eliminaba toda oposición, así fuera intelectual o de tipo

catedrático. Tal vez una de las pocas excepciones fue el Dr. Walter Beveraggi Allende, catedrático de la U.B.A. y autor de libros de economía argentina, quien criticó dura y abiertamente la política económica de Martínez de Hoz.

Aldo Ferrer y Rogelio Frigerio -entre algunos pocos más- también publicaron artículos críticos durante esos años.

Se puede decir que la “era Martínez de Hoz” fue una versión corregida, ampliada y actualizada de la década del ‘30, aunque no necesitó del fraude político para permanecer en el poder, suplido ese fraude con la contundencia de los fusiles.

En la parte económica, el “proceso” puede dividirse en dos grandes períodos: el de Martínez de Hoz y el posterior.

Inmediatamente después de la época del “amigo de Rockefeller” (como le gustaba autoproclamarse a Martínez de Hoz), fue el turno de Lorenzo Sigaut, quien en una de sus primeras medidas produjo una gran devaluación del peso, para intentar corregir las distorsiones que la política cambiaria de su predecesor ocasionaban a la economía argentina.

La serie de ministros que se desarrollaron posteriormente hasta 1983 estuvo caracterizada por lo efímero de sus funciones, y desfilaron en el cargo Whebe, Dagnino Pastore y otras conocidas -o no tanto- figuras del liberalismo.

Desde el Banco Central cobraba relevancia la figura del Lic. Domingo Felipe Cavallo, cuyas medidas intentaban sustraer a la economía argentina del “efecto dominó” que ocasionaban las sucesivas y escandalosas quiebras bancarias.

Entre otras medidas, aún se recuerda la confiscación de los plazos fijos, montos que fueron incautados por el Estado para sanear las cuentas públicas. Esta violenta confiscación afectó a muchos pequeños ahorristas (como jubilados y cuentapropistas), que vieron desaparecer en un fin de semana los ahorros de toda la vida (cuestión que nunca se solucionó). Tampoco cabe olvidar la estatización de las deudas de los particulares, que en este momento engrosaron las ya muy abultadas deudas externas del Sector Público.

Evidentemente, el país ya era otro, muy diferente al contexto de crecimiento, de altas tasas de empleo, de prosperidad creciente, y de movilidad social que había caracterizado a La Argentina entre 1943 y 1976. Ya por ese entonces la clase media (cuya existencia nos diferenciaba del resto de América Latina) estaba en franco retroceso, casi en vías de extinción.

La Década del ‘80 - Marco Internacional

Derrotados los EE.UU. en Vietnam, la “guerra fría” pareció adquirir escenarios rápidamente cambiantes.

En la URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia, la situación era tan sólida en lo militar (con una superioridad de más de tres a uno en armamentos convencionales respecto a la OTAN), como año a año más frágil en lo económico. También afloraban crecientes descontentos sociales y políticos.

No solo Berlín Occidental constituía la vidriera de la tecnología y del bienestar de Alemania Occidental (y de toda la CEE), respecto al mucho menor nivel de vida de Berlín Oriental, de Alemania Oriental y del conjunto de países de la Europa del COMECON (bajo la tutela soviética).

También la Polonia de General Jaruzelski se tambaleaba ante las huelgas y protestas que desde el astillero de Gdansk dirigía y protagonizaba el líder sindical Lech Walesa, que sería a la postre quien comandaría el cambio político y económico en este milenar y siempre católico país. Por supuesto que para esto no era un hecho menor que el Papa sea el polaco Karol Wojtila.

En otros países de Europa Oriental también se advertían señales de descontento y de cambios, como los que sobrevendrían en Rumania tras la ejecución de Ceasescu y en Yugoslavia tras la muerte de Tito.

En el sur y sudeste de Asia surgían rápidamente los llamados “tigres asiáticos” (Corea del Sur, Malasia, Hong Kong y Taiwán), con economías que exhibían grandes índices de crecimiento, rápidas industrializaciones y gran vocación exportadora.

China Continental -ya era llamada simplemente China- se había lanzado a la carrera del crecimiento económico acelerado, para alcanzar a fines de la década y comienzos de la siguiente tasas anuales de dos dígitos, superando inclusive al explosivo crecimiento del Brasil de los ‘60 y ‘70 que fuera comandado por el economista Delfim Neto.

El acercamiento político operado entre China y EE.UU., operado por Henry Kissinger y los líderes chinos, cambió significativamente el tablero político mundial.

Capitalizando inversiones extranjeras, básicamente japonesas, pero con fábricas propias y con marcas locales, China no solo abastecía su gigantesco mercado interno, sino que también se lanzó a competir en el exterior. Ya en esta década China producía más motocicletas que Japón, además de sus masivas producciones en rubros de electrónica, juguetes, textiles, etc.

La China Nacionalista, la insular Taiwán, era ya conocida más por esta denominación que por la primera, remanente denominación de los años del Gral. Chiang Kai Sek, enconado adversario de Mao Tse Tung en las décadas del '30, '40 y '50.

India, a pesar de su secular pobreza y grandes desigualdades sociales, se lanzaba también hacia el crecimiento industrial y tecnológico, priorizando acuerdos con empresas europeas que proveyendo modelos tecnológicos modernos no avanzaban hacia el control de las empresas hindúes. Uno de los ejemplos es el gigante fabril Tata, que para los automotores utiliza tecnología de la alemana Daimler Benz, pero con marca propia, con modificaciones locales, e inclusive compite con los productos Mercedes Benz a nivel internacional.

Sectores de avanzada, como la informática, la cohetaría y la tecnología nuclear fueron fuertemente estimulados en la India.

En EE.UU. y Japón, después de la irrupción de las minicalculadoras a fines de la década del '70, a comienzos de los '80 empezó la gran masificación de la informática, con la irrupción de las computadoras personales (las PC o *personal computer* -en inglés-).

En África Central y del Sur, algunas excepciones al marco de estancamiento económico eran Sudáfrica y Nigeria, aunque profundamente sacudidas por problemas políticos y sociales internos (en Sudáfrica el *Apartheid* y en Nigeria la corrupción y la falta de políticas sociales que distribuyeran los frutos del crecimiento que comenzaban a vislumbrarse).

En América Latina de comienzos de los '80, la revolución de Nicaragua, instalando por breves años a un gobierno que combinaba elementos nacionalistas y marxistas, era considerado un factor preocupante para el "patio trasero" de EE.UU.

En Panamá, el líder nacionalista e infatigable luchador por la causa de la restitución del Canal a su país, el General Omar Torrijos (quien también era un respetuoso analista de la realidad argentina), murió en un raro accidente de aviación que para muchos recordó los métodos de la C.I.A.

Su sucesor en la Guardia Nacional de Panamá, el Gral. Noriega, fue acusado de narcotraficante por EE.UU., lo que dio lugar a una directa intervención armada norteamericana, que culminó con el apresamiento y juzgamiento en EE.UU. después del bombardeo e invasión norteamericana a este pequeño país.

Ya antes EE.UU. había invadido Granada, una pequeña nación insular del Caribe en la que se había instalado un gobierno filo-marxista, con componentes ideológicos también nacionalistas.

En América del Sur, la Guerra de Las Malvinas había logrado conmover al mundo, poniendo en primer plano los reclamos argentinos respecto a nuestros derechos soberanos sobre los tres archipiélagos en disputa.

Brasil continuaba desarrollando su economía, y toda política cambiaria, antiinflacionaria, o de cualquier otra función económica nunca tuvo prioridad sobre sus políticas de desarrollo tecnológico e industrial.

En el bloque soviético, al fin de la década las tropas soviéticas se vieron envueltas en un pantano bélico bastante similar al que EE.UU. había padecido en Vietnam. Esta vez el territorio bélico era Afganistán.

Pero antes de ello, durante más de siete largos años la guerra entre Iraq e Irán (dos naciones musulmanas y miembros de la O.P.E.P.) había desangrado y empobrecido a ambos países, en una contienda en la que se emplearon armas convencionales y químicas de devastadores efectos.

El rápido desmoronamiento del imperio soviético no era fácil de predecir -al menos en la magnitud de sus efectos y en la celeridad de su resolución- cuando finalizaba la década del '80.

Dentro de los bloques económicos más desarrollados, las fusiones, absorciones y colaboraciones entre grandes grupos empresarios fueron adquiriendo dimensiones mayores, preparándose para competir por el mercado global.

La Década del '80 - Marco Argentino

Ya antes de la Guerra de Malvinas, el régimen militar mostraba claros síntomas de disolución, ante la creciente hostilidad en los sectores civiles no comprometidos con el régimen.

Después de esta breve pero muy violenta contienda bélica (que evidentemente infligió al decadente pero orgulloso imperio anglosajón mucho más de las admitidas 256 bajas), el gobierno del “proceso” entró en franca retirada, por momentos desordenada.

Por primera vez en la historia, en las elecciones de 1983 el Justicialismo fue claramente derrotado, siendo el triunfador el carismático Dr. Raúl Alfonsín.

Si la herencia política era muy difícil de manejar, con continuos condicionamientos de los sectores más conservadores de las Fuerzas Armadas, la situación económica tampoco resultaba nada sencilla, pues a la postración económica se le sumaba un cuadro externo de fuertes condicionamientos que dificultaba todo tipo de decisiones.

Un intento de enjuiciamiento a Martínez de Hoz no pudo prosperar, habiéndose registrado amenazas armadas y tiroteos en pleno estacionamiento del Congreso Nacional a los más importantes miembros de la Comisión Especial constituida al efecto.

A los esfuerzos del Ministro Grinspun por controlar la inflación y reemprender el crecimiento, le siguió el Plan Sourrouille, de características muy novedosas e innovadoras. Tenía por finalidad contener el proceso inflacionario. No obstante, su aplicación se resintió al producirse filtraciones días antes de su aplicación práctica, siendo difundido por un conocido diario financiero, con lo que se diluyeron muchos efectos que hubiesen sido consecuencia del factor sorpresa.

Después de Sourrouille se sucedieron otros ministros más vinculados con el ala política del radicalismo (como Jesús Rodríguez), que no pudieron resistir las presiones del *establishment*, con lo cual se tuvo que adelantar la entrega del poder al triunfante Dr. Menem, en 1989.

Cabe destacar que durante la presidencia de Alfonsín, si bien no se profundizaron las medidas liberales impuestas por Martínez de Hoz, tampoco se las dejó totalmente sin efecto; por lo que el contexto económico general siguió siendo muy afín a los postulados neo liberales.

En general, debilitado por el acoso operado por el “*establishment*” liberal, por los sectores “duros” de las Fuerzas Armadas, por el gremialismo, y por otros sectores del arco opositor, el gobierno de Alfonsín no pudo frenar el proceso inflacionario, como tampoco superar el cuadro recesivo (configurando la explosiva mezcla de la “estanflación” -estancamiento con inflación-), dados los gravísimos condicionantes de la deuda externa y del aparato productivo gravemente afectado durante “el proceso” precedente.

La Década del '90 - Marco Internacional

Para algunos analistas, como el argentino Adrián Salbuchi, políticamente el siglo XXI comenzó en la década de 1990. Fundamentó esa afirmación en los profundos efectos de una sumatoria de hechos sociales, políticos, económicos, militares y estratégicos, ocurridos en una muy rápida sucesión -muchas veces concatenados- que tuvieron muy profundos efectos a escala planetaria.

La afirmación y la consolidación de los nuevos paradigmas del neoliberalismo, impuesto con la fuerza arrolladora que dio la conjunción de los macro poderes políticos, de las mega corporaciones financieras, y los sectores mediáticos y académicos imbricados con aquellos, virtualmente barrió con todo tipo de oposición organizada en la generalidad de los casos.

Sin embargo, con muy poca prensa y en los casos conocidos, difundidos con notables distorsiones conceptuales, resultó muy claro que las inserciones, acatamientos o sumisiones directas a las pautas de la globalización han sido muy dispares, dependiendo ello de múltiples factores.

La importancia relativa de cada nación, el grado de conciencia nacional de la población y de la dirigencia de cada uno de ellas, sus diversos roles geopolíticos en función de sus inserciones regionales y sus grados de gravitaciones en sus respectivos *hinterlands*, sus capacidades militares de disuasión y otros factores similares, marcaron el grado de “acatamiento” o de “rebeldía” a las pautas globalizadoras.

De esa forma, en un extremo de “acatamiento” pueden señalarse los casos de la mayoría de las naciones hispanoamericanas -dentro de los que por sus catastróficos efectos sociales, políticos y económicos sobresalieron Argentina, Ecuador, y prácticamente todos los pequeños países de América

Central y El Caribe. Dentro del extremo de “rebeldía”, o de aplicación muy atenuada del neoliberalismo, puede señalarse entre otros casos a China, India, Pakistán, Brasil, Corea, Israel, etc.

Por supuesto que los integrantes del muy selecto G7 (Grupo de los Siete), que concentra las siete mayores potencias tecnológicas, industriales y económicas, aplican un esquema “sui generis” del neoliberalismo, interpretándolo de acuerdo con sus conveniencias y necesidades. O sea: liberales para exportar y proteccionistas para importar.

Pero de hecho, esa aplastante imposición de la globalización solo pudo aplicarse al haberse derribado súbita y drásticamente el mundo bipolar, al derribarse el Muro de Berlín, al resquebrajarse el Pacto de Varsovia y el COMECON, al consolidarse la rebelión en Polonia, al desintegrarse la URSS, a la derrota política del comunismo en Rusia, y a consecuencia de todo ello al fin de la Guerra Fría.

Con una contundencia equiparable a la “Pax Romana” del auge del Imperio Romano, pero aplicado a escala planetaria (no confinada al ámbito mediterráneo-europeo del gran imperio de la Edad Antigua), surgió la aparentemente todopoderosa influencia de la única mega potencia dominante: EE.UU. de la era unipolar.

Y la Primera Guerra del Golfo o Primera Invasión a Iraq marcó el comienzo de la aplicación masiva de la tecnología militar del siglo XXI, la denominada guerra tecnotrónica.

La brutal contundencia de la abismal diferencia militar entre un buen ejército de fines del siglo XX, y unas excelentes fuerzas armadas de última generación, sustentadas en una logística de una escala posiblemente mayor que la aplicada por los aliados en el auge de la Segunda Guerra Mundial, marcó a su vez una nueva era en las relaciones internacionales.

La invasión a Iraq de 1991 marcó el comienzo de las intervenciones y amenazas militares directas de la superpotencia, que comenzó a operar sin la “cobertura legal” de las Resoluciones de las Naciones Unidas (como en la Guerra de Corea en la década del '50) o de otros entes regionales (como la OEA en la invasión a Santo Domingo en la década del '60).

A la vez, tal como ya se había perfilado en la Guerra del Atlántico Sur (mal llamada Guerra de Las Malvinas), la coalición tecnológico-militar anglosajona comenzó a operar en forma muy clara y explícita, a partir de la Primera Guerra del Golfo.

Al respecto, es muy esclarecedor analizar los razonamientos del mencionado Adrián Salbuchi, acerca de la conformación de la alianza estratégica anglosajona, que estaría conformada por EE.UU., Canadá, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda y -posiblemente- Sudáfrica.

En el plano social, resultó muy evidente que los paradigmas neoliberales dieron como consecuencia una muy rápida concentración de la riqueza en muy pocas manos, proceso que se concretó no solo en los países “globalizados” y marginales, como los de Iberoamérica y África, sino también en los de la sociedad postindustrial. En estos últimos, la dura realidad de los llamados “homeless” (literalmente los “sin hogar”) adquirió características de masificación que en el mundo opulento no se veían desde la gran depresión de 1929.

En los sectores tecnológico e industrial, la rapidez de los avances sigue una escala geométrica cada vez más acentuada. La brecha tecnológica entre las naciones líderes y las naciones del denominado “Cuarto Mundo” aparece cada vez más como un abismo absolutamente infranqueable, que se ahonda rápida y sistemáticamente día a día, en un proceso autoalimentado sin solución de continuidad.

Tal como están desarrollándose los acontecimientos, la enorme brecha tecnológica descrita solo podrá ser acortada, o al menos mantenida en los niveles actuales, por un pequeño y a la vez muy selecto grupo de naciones emergentes, de los que pueden señalarse entre algunos otros China, Brasil, India, Indonesia, Malasia, México, Israel, Sudáfrica y -si se vuelve a esquemas de desarrollo tecnológico e industrial- Argentina.

Pero operando en forma bastante sutil, siempre enmascarados bajo pautas ecologistas de claro corte fundamentalista, las grandes transnacionales de la ecología operan con grandes recursos financieros, con enormes despliegues mediáticos y, trabajando sobre la base de mensajes de fuertes contenidos subliminales, desarrollan sus persistentes accionares para mantener en el subdesarrollo crónico a todas las naciones que no alcanzaron el desarrollo tecnológico e industrial autosustentable. Las excusas ambientales (o “ecologistas” como usualmente se las llama) son los pretextos casi perfectos para confundir a la gente desinformada, utilizándola como instrumentos para perpetuar el subdesarrollo, siempre bajo las difusas y fuertes amenazas de “desastres ambientales” potenciales.

La Década del '90 - Marco Argentino

En cierta forma el análisis de la Década del '90 en Argentina comienza en 1989 con la asunción de Carlos Saúl Menem a la Presidencia de la República.

Si bien es cierto que existe una continuidad en los aspectos básicos de la política económica, desde el 24 de marzo de 1976 hasta el 2002 inclusive, es indudable que la profundización de las pautas neoliberales y globalizantes se verificó en la década de Menem, entre 1989 y 1999.

No puede soslayarse que el abrumador triunfo en las elecciones de ese año se elaboró sobre la base del estruendoso fracaso político-económico del anterior Presidente Raúl Ricardo Alfonsín, y a la esbozada y muy difusa plataforma política de corte nacional que difundió Menem en esa campaña electoral.

Pero ambos temas merecen una breve explicación. Respecto a la Presidencia de Alfonsín, si bien tuvo muchos aspectos objetables o al menos fuertemente cuestionables, quedó muy en claro que el crack financiero que se produjo al final de su gestión, y que apuró en medio año el proceso de entrega del poder, fue un plan orquestado por el *establishment* económico-financiero local y transnacional, y en el cual habrían tenido particular influencia los contactos del por entonces Licenciado Domingo Felipe Cavallo. Con relación a la propuesta preelectoral de Menem, y su aplicación real a posteriori, una frase suya define con claridad su pensamiento: -“¿creen que me habrían votado si hubiese explicado previamente en qué consistía mi verdadero proyecto económico?”-.

El caso es que en esa década se vivió un proceso político-económico sin precedentes en toda la Historia Argentina, concretándose una profundísima transformación que significó la mayor regresión económica, el mayor proceso de extranjerización de la Economía Argentina y, a la postre, la mayor crisis social y política que padeció la República Argentina en toda su historia.

Muy rápidamente se puso en marcha un acelerado y profundo plan de “privatizaciones” de las empresas de servicios públicos, de concesiones de diversos tipos (como las de peajes), y de cierres de entes nacionales que acreditaban poco más o menos de medio siglo de servicios.

A la vez, bajo el pretexto de implementar “racionalizaciones del gasto público”, se practicaron recortes presupuestarios que alteraron sustancialmente los funcionamientos de diversos entes tecnológicos, y a las propias universidades.

A la vez, los niveles de endeudamiento público siguieron creciendo aceleradamente. Inclusive la temporaria disminución de la deuda pública, que fue consecuencia de haberse utilizado parcialmente las divisas obtenidas de las mal llamadas “privatizaciones”, pronto fue anulada por los sucesivos y cuantiosos préstamos que continuamente se solicitaban.

No debe soslayarse que en esa década hubo tres años de alto crecimiento económico. Pero es innegable que ese modelo se sostenía básicamente en un desmesurado e ininterrumpido crecimiento de la deuda pública externa. De hecho, el mantenimiento del Plan de Convertibilidad por una década, solo pudo sostenerse sobre la base del endeudamiento irracional asumido “alegremente”, y defendido a rajatabla por la dupla Cavallo-Menem.

En su momento, la convertibilidad fue la herramienta que frenó la hiperinflación que se desató en los dos primeros años de Menem. Por ello, indudablemente tuvo efectos iniciales positivos. Pero su mantenimiento sin otras medidas de fondo correctivas logró destrozar casi toda la economía nacional, pues al seguir incrementándose los costos internos las producciones nacionales se encarecían rápidamente respecto a las extranjeras.

Si bien al comienzo de la convertibilidad existió un relativamente importante boom de inversiones extranjeras, no solo en las empresas de servicios, sino también en determinadas ramas industriales, sus efectos se diluyeron prontamente y las producciones migraron hacia nuevas plantas levantadas en Brasil.

Diversos aspectos de la política económica de la época (que en realidad contenían verdaderas políticas activas contrarias al interés nacional) forzaron las ventas de centenarias empresas industriales y comerciales fundadas en Argentina y manejadas por las propias familias de los fundadores. Ello ocurrió con la mayoría de las empresas elaboradoras de alimentos, y con casi todas las instituciones bancarias privadas nacionales. A su vez, casi toda la Banca estatal fue “privatizada” o directamente cerrada.

El poder adquisitivo de los sueldos, largamente congelados, disminuyó, mientras que la tasa de desocupación llegó a niveles pavorosamente altos, mayores incluso que los de la “década infame” de los años '30.

Los negociados, cada vez más escandalosos y desenfrenados, pasaron a ser moneda corriente, y en diversos aspectos de la realidad nacional.

La aprobación de la venta de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) alcanzó niveles oprobiosos, habiéndose incluso aplaudido la sanción de la ley respectiva y felicitándose entre sí los legisladores que vendieron a precio vil tan preciada Empresa estatal.

No faltó tampoco un Ministro de la Nación, de apellido Flamarique, que con total desparpajo dijo (fue reproducido en los medios de comunicación), -“a estos (los legisladores nacionales) yo los ‘arreglo’ con mi Banelco (en alusión a su tarjeta de crédito)”-.

En los últimos años de Menem, Cavallo se vio obligado a renunciar, siendo el último Ministro de Economía de esa época Roque Fernández, hombre del CEMA (Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina), institución de orientación ultra liberal, que en los hechos manejó prácticamente a discreción el Banco Central de la República Argentina. (B.C.R.A.). Pedro Pou, por varios años presidente del B.C.R.A., protagonizó unos escandalosos procesos de quiebras fraudulentas de varias instituciones bancarias, que sus auditorías contables deberían haber previsto con mucha anticipación.

En lo referente a las relaciones exteriores, toda esa particularísima década no tiene parangón en la historia casi bicentenaria de Argentina. Y sus particularidades no son precisamente positivas.

Argentina abandonó de un portazo el Grupo de Naciones No Alineadas, del que había sido uno de los líderes tanto por el peso político propio como por la trayectoria de muchos años, defendiendo posturas señeras, como la de la no intervención en asuntos de terceros países, y en mantener ciertos principios de no alineación automática con ninguna de las superpotencias.

A partir de la Presidencia de Menem, y profundizándose mucho durante la gestión de Guido Di Tella como Canciller, Argentina pasó a practicar una política de alineamiento automático con la política exterior desarrollada por EE.UU. Tan drástico fue el cambio, que el particularísimo estilo del Canciller Di Tella fue denominado por él mismo como “la política de las relaciones carnales con EEUU”.

El envío de dos barcos de la Marina de Guerra Argentina para colaborar con el bloqueo naval a Iraq en 1991; el acompañamiento de la postura de EEUU en las votaciones anuales de las Naciones Unidas respecto al urticante tema de los derechos humanos en Cuba; las escandalosas ventas encubiertas de armas a Croacia y Ecuador (que configuraron un gigantesco negociado, a consecuencia del cual se habría hecho estallar la Fábrica Militar de Río Tercero en Córdoba, para tapar las evidencias); y muchas otras actitudes de similar tenor, significaron echar por la borda una larga y bien fundamentada postura propia en el campo de las relaciones exteriores, la cual en muchos puntos de la historia incluso se había enfrentado a los dictados de una o ambas superpotencias.

En el caso de la venta de armas a Ecuador, toda la operatoria es particularmente oprobiosa para Argentina. Esa venta de armamentos se concretó en plena guerra entre Perú y Ecuador, mientras Argentina formaba parte del grupo de países mediadores que intentaba poner fin al conflicto. Semejante falta de valores éticos no tiene parangón en la historia de las relaciones exteriores del siglo XX; y posiblemente solo pueda ser comparada -hasta cierto punto- con la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay y sus consecuencias, las que -solapada pero claramente- favorecieron los intereses británicos y lusitanos, perjudicando a la comunidad de naciones hispanoamericanas

Pero como mayor felonía en el acto de vender armas a Ecuador, además de ser un acto incoherente pues Argentina formaba parte de la comisión de naciones mediadores en ese conflicto, debe tenerse presente que de hecho se traicionó a Perú, precisamente el país que ha sido el más fiel aliado político de Argentina a lo largo de su historia, hermandad que nace desde las épocas en que la campaña libertadora de San Martín nos unió en una sola gigantesca gesta.

Dentro del marco de las “relaciones carnales”, Argentina aceptó poner fin al proyecto misilístico denominado Cóndor II, el cual nos hubiese puesto en una ventajosa posición para poseer un vector espacial para usos civiles y militares.

Adicionalmente se llevó a cabo la absurda política de “seducción” de los isleños malvinenses, que no dio ningún resultado positivo y fue el hazmerreír de los propios isleños y de los británicos. En la misma línea de acción, y sin ningún beneficio diplomático para Argentina, se autorizaron los vuelos comerciales desde Chile, con escala en Argentina, hacia las Islas Malvinas. Esa medida evitó los muy costosos puentes aéreos de abastecimiento que los británicos habían mantenido desde Londres, Ascensión y otros puntos ubicados fuera de Sudamérica, a la vez que benefició comercial y políticamente a Chile.

En lo referente a la Antártida Argentina, la dupla Menem-Di Tella aceptó la “sugerencia” británica de cambiar las denominaciones de las bases militares argentinas en el Continente Blanco, excluyendo las

toponimias militares de los nombres. Por ejemplo, la Base General Belgrano pasó a ser Base Belgrano, y la Base Vicecomodoro Marambio, se transformó en Base Marambio. Al propio tiempo, se aceptó limitar la presencia militar en las delegaciones científicas en La Antártida, después de un incidente en el que un oficial argentino sacó con cajas destempladas a un prepotente británico que se arrogó “derechos superiores” frente a azorados e inermes científicos argentinos. De estos tópicos tan urticantes, solo han trascendido fugaces y muy pequeños comentarios en algunos de los grandes diarios de Buenos Aires.

Por algo, ese largo período que arrancó en 1976, y que se profundizó entre 1989 y 1999, es considerado la reedición corregida y aumentada de la década infame.

SEXTA PARTE

LA REPÚBLICA ARGENTINA EN LA ÉPOCA DE LA RESTAURACIÓN DEL LIBERALISMO

LA CRISIS DEL PETRÓLEO - SU INCIDENCIA EN LATINOAMÉRICA

Contexto General

Resulta sumamente importante evaluar las vinculaciones que a la postre tuvo la crisis del petróleo de comienzos de la década del '70, con todo el proceso de rápida y brutal inserción del neoliberalismo en los diversos países latinoamericanos, y el consecuente proceso de asfixiante endeudamiento con el que se sometió a nuestras economías a un rol de virtual vasallaje explícito y descarnado respecto a los grandes centros financieros mundiales y a los entes financieros transnacionales, que tácita pero claramente operan como organismos vinculados con aquellos grupos del mega poder financiero.

Tal como se detalla seguidamente, la creación y -una década después- posterior puesta en efectiva vigencia operativa de la OPEP obedeció a varias causales. Por una parte, varios países productores y fuertes exportadores de petróleo tomaron conciencia de dos factores básicos, a saber: el enorme poder político que representaba la posesión de los grandes yacimientos petrolíferos en explotación y el sideral nivel de sobreutilidades que estaban percibiendo casi a discreción las grandes empresas petroleras transnacionales, sobre todo los mega consorcios conocidos como “las siete hermanas”.

Para entender cabalmente el enorme poder estratégico que tenía el petróleo, y supletoriamente el gas y el carbón, debe tenerse presente que en la década del '70 las economías de los países desarrollados basaban sus funcionamientos en la abundancia, segura provisión y baratura de los hidrocarburos. La mayor parte de las matrices energéticas de los países de Europa Occidental, así como de EE.UU., Canadá, Japón, Australia y otros países industrializados, se conformaban preponderantemente basándose en los hidrocarburos. A la vez, todos esos países, en mayor o en menor grado, dependían del abastecimiento de crudo que fluía a raudales desde los pozos ubicados principalmente en el Golfo Pérsico, en el norte de África, en Venezuela, en México, y en menor medida otros países, como Ecuador.

Adicionalmente debe considerarse que la Guerra Fría estaba en plena vigencia, y nada permitía prever la abrupta desintegración del bloque soviético y del Pacto de Varsovia, sucesos que sobrevendrían menos de dos décadas después. Por ello, era impensable suponer que los hidrocarburos de la ex Unión Soviética, de Rumania y de otros países del bloque comunista pudieran ser abastecimientos seguros y confiables para las economías del bloque capitalista.

A la vez, los muy bajos precios de los hidrocarburos, y el pleno dominio político y económico que las grandes petroleras ejercían sobre las fuentes de producción, desalentaban toda urgencia en las investigaciones de fuentes sustitutivas y, más aún, tornaban muy poco rentables las explotaciones de otros medios tecnológicos que reemplazaran a los hidrocarburos, sobre todo para los motores de combustión interna para uso automotor, aéreo, naval, etc.

En ese marco político-económico, en el cual había sido una constante la docilidad a las presiones de los bloques industrializados, que manifestaban los gobiernos de los países productores de petróleo, surgió otro componente político-estratégico que tuvo gran significación.

El continuo enfrentamiento entre las naciones musulmanas del Medio Oriente y el Estado de Israel iba sumando tensiones en el complicado tablero geopolítico mundial.

Las sucesivas guerras entre árabes y judíos, siempre favorables a estos últimos, con el claro y masivo respaldo tecnológico, logístico, armamentístico y de inteligencia de EE.UU., convencieron a los líderes árabes y musulmanes de la conveniencia de llevar la confrontación a otros terrenos que les sean más propicios a estos últimos.

De la conjunción de todos esos factores surgió la decisión de utilizar el petróleo como arma política, y a la vez de provocar un alza sostenida en el valor del barril de petróleo, terminando de ese modo con la hegemonía de las grandes petroleras en el manejo de los precios del crudo.

De allí surgió la primera gran crisis del petróleo, la cual significó una abrupta suba en los precios del crudo, provocado por el racionamiento de la producción y las paralelas exigencias de precios acordes a la real importancia y valor de los combustibles fósiles. Todo ese proceso fue acompañado por una ola de nacionalizaciones de los pozos petrolíferos, de las refinerías y de todas las instalaciones vinculadas con la producción y exportación del petróleo.

Todo ese complejo y dramático cambio operado en el mercado petrolero tomó prácticamente de sorpresa a los líderes de las potencias “occidentales” (difuso concepto este, pues incluía también a Japón) industrializadas y no comunistas. Tampoco lo habían previsto los grupos del mega poder financiero y corporativo, por lo que inicialmente el impacto en la economía mundial fue sencillamente formidable.

La capacidad de reacción inicial de las grandes potencias industriales fue muy limitada, pues no tenían disponible ningún sustituto que pudiera reemplazar totalmente a las grandes masas de petróleo que importaban diariamente, y que abastecían a sus usinas eléctricas, sus millones de automotores, camiones, tractores, máquinas viales, trenes, aviones, barcos, etc.

Además de restringirse el consumo por la escasez de carburante, provocando entre otros efectos largas colas de automóviles frente a los surtidores, los precios sufrieron alzas significativas. Y como principalmente en EE.UU. las industrias estaban orientadas a la producción de enormes automóviles de altísimos niveles de consumo, al derroche en los sistemas de calefacción, de iluminación, etc., prácticamente de un día para otro se tuvieron que cambiar las pautas de consumo, y con ello -a una velocidad normalmente menor, dadas las dificultades en cambiar los diseños, las plantas motrices, etc.- cambiaron las orientaciones de las industrias de todo tipo de elementos mecánicos, principalmente automóviles. Lo propio ocurrió en los diseños de los grandes motores para transporte en general (camiones, ómnibus, ferrocarriles, barcos) y generación eléctrica, enfatizándose las modificaciones técnicas tendientes a disminuir el consumo.

En EE.UU., las grandes empresas automotrices se encontraron sin capacidad de producción para satisfacer la demanda, dado que los pesados y gastadores automotores norteamericanos resultaban muy onerosos frente a los más pequeños y muchos menos gastadores automotores europeos y -sobre todo- japoneses.

En el sector de generación eléctrica se produjo un auge de la generación hidroeléctrica y la nuclear. En los países altamente desarrollados, que ya habían utilizado casi en su totalidad sus respectivos potenciales hidroeléctricos (virtualmente en algunos de ellos no queda casi ningún lugar donde instalar nuevas usinas hidroeléctricas importantes, pues ya las han construido hace muchos años), las construcciones de nuevas centrales atómicas de generación de electricidad tomaron gran impulso.

Dos claros ejemplos de esa política de impulso del sector nucleoelectrico fueron -y aún son- Francia y Japón, en los que en términos históricos muy breves se revirtieron profundamente las matrices de generación eléctrica, pasando a depender preponderantemente de la electricidad producida en sus nuevas y numerosas centrales atómicas.

Pero a los fines básicos del análisis de este libro, interesa conocer qué aconteció con el sector financiero y sus profundas implicancias en toda la actividad económica; a la vez que entender de qué forma todos esos cambios a la postre resultaron perfectamente funcionales para instrumentar el proceso de imposición de las pautas político-económicas neoliberales, y de la consecuente globalización a escala planetaria. Por supuesto que el proceso fue desigual, y es muy claro que muchos países se resistieron a “ser globalizados a ultranza” a fuerza de presiones subliminales, políticas, económicas, financieras, mediáticas, académicas, e inclusive militares.

Los ingresos de los países exportadores de petróleo se vieron rápidamente multiplicados en forma exponencial. En término de meses prácticamente se decuplicaron, y en el corto lapso de un puñado de años los precios por barril se multiplicaron más de 30 veces.

Esas enormes masas financieras fueron recibidas por un conjunto de naciones subdesarrolladas, que en muchos casos dependían (y aún dependen) casi exclusivamente de las exportaciones de hidrocarburos. La mayoría de esos países no poseían prácticamente ninguna estructura industrial no vinculada con la producción de hidrocarburos, y todos los países petroleros del Golfo Pérsico, de Golfo de Arabia y del norte del Sahara eran absolutamente dependientes inclusive de las importaciones de alimentos.

En varios casos, sus carencias de infraestructura económica y social eran también muy acentuadas, y al propio tiempo sus necesidades estratégicas requerían ingentes provisiones de modernos armamentos, que tampoco producían.

Dentro de ese marco socioeconómico tan particular (enormes riquezas en concepto de hidrocarburos, en un marco de economías no desarrolladas horizontal ni verticalmente, y en muchos casos claramente subdesarrolladas), resulta muy claro comprender que sus estructuras financieras no estaban preparadas para manejar eficientemente las enormes masas de divisas que a diario afluían a sus arcas nacionales.

*Para hacer más comprensible el párrafo anterior, cabe señalar que por **desarrollo económico horizontal** se entiende abarcar los diversos tipos de producciones agrícolas, ganaderas, mineras, de servicios, etc. En cambio el concepto de **desarrollo económico vertical** se refiere a completar todos los eslabones de una cadena productiva determinada. Por ejemplo, en la siderurgia, significa partir del mineral de hierro, procesarlo en los altos hornos para elaborar distintos tipos de aceros, y posteriormente con esos aceros producir perfiles, chapas, caños con y sin costura, etc. Y con todo ello alimentar a otras industrias para las cuales el acero es un insumo, como son la industria automotriz, la naval, etc.*

Volviendo al caso expuesto de los países de la OPEP, dado que sus estructuras financieras no tenían los medios para manejar rentable y eficientemente tan enormes masas financieras, y que sus mercados económicos internos muy parcialmente desarrollados y no integrados vertical ni horizontalmente (a excepción de la industria de los hidrocarburos) no podían tampoco absorber tan ingentes masas de divisas, con toda lógica sucedió lo previsible: los países de la OPEP, principalmente los arábigo-musulmanes colocaron sus cuantiosos excedentes de divisas en los grandes mercados financieros mundiales, donde pasaron a ser manejados por los grandes consorcios bancarios transnacionales.

De esa forma, los mega *trusts* financieros recibieron el reflujo de los fondos pagados a los productores de petróleo, por todo el mundo consumidor de petróleo -dentro de él principalmente las naciones más desarrolladas-, y que volvía a las arcas del Primer Mundo... pero ahora con la enorme diferencia de ser propiedad de Estados y magnates arábigo-musulmanes.

Por supuesto que partes importantes de estas nuevas masas financieras que aflúan a las arcas de los países de la OPEP volvieron al primer mundo para pagar grandes inversiones en equipamientos, en infraestructura socioeconómica construida con insumos, tecnología y en muchos casos mano de obra especializada del 1º Mundo para adquirir diversos bienes suntuarios en muchos casos inauditos para nuestras pautas económicas y culturales, para adquirir masivas cantidades de armamentos de última generación (como la enorme y muy bien equipada Fuerza Aérea Saudí que posee varios centenares de cazas bombarderos F 15 y F 16, cuyos costos unitarios rondan los 30 millones de dólares por unidad), e inclusive los nuevos magnates de la OPEP adquirieron costosas propiedades en zonas residenciales privilegiadas de Europa y EE.UU., y también adquirieron acciones de poderosos complejos industriales del 1º Mundo.

Al ser dineros ajenos a los grandes consorcios financieros, debían asegurarse a sus propietarios rentabilidades adecuadas, que hicieran al menos interesante la inmovilización de sus fondos.

Los grandes consorcios bancarios dispusieron de fondos en una magnitud que excedía las normales posibilidades de colocación en los mercados financieros del 1º Mundo.

Dada la situación vigente de “Guerra Fría”, era inviable canalizar esos fondos (al menos en cantidades significativas) hacia los países del 2º Mundo (las potencias industriales del área comunista).

Quedaba entonces la posibilidad de concretar masivas colocaciones financieras en el amplio espectro de países subdesarrollados. Pero dentro de este variado conjunto de países, la propia crisis del petróleo había desencadenado una clara subdivisión. Al concepto de 3º Mundo, se había agregado el de 4º Mundo.

Sintéticamente descripto, el 3º Mundo estaba formado por todos los países no desarrollados, independientemente de cuál fuera el sistema político económico vigente en ellos (capitalista liberal, capitalista con fuerte injerencia estatal, socialista moderado, comunista, u otras variantes sui generis).

Pero era muy claro que dentro de ese variado grupo de países coexistían las llamadas potencias emergentes, con cierto nivel de tecnologías avanzadas propias y con desarrollos industriales desde moderados hasta muy avanzados en algunos casos (como eran Argentina y Brasil), junto a países de estructuras económicas muy simples, absolutamente subdesarrollados, y carentes de la “masa crítica” de científicos, profesionales y técnicos, sin la cual es imposible encarar cualquier proceso de desarrollo avanzado. La mayoría de estos países muy pobres, adicionalmente no poseen hidrocarburos o sus yacimientos no estaban (y en muchos casos no están) en explotación.

En este último grupo, por cierto muy numeroso, de países pobres de pobreza absoluta, la crisis del petróleo golpeó muy duramente. La mayoría de los países que estaban en ese abigarrado y variado conjunto de países muy pobres son los mismos que hoy son considerados “mercados inviables”, pues son totalmente irrelevantes como potenciales consumidores, y tienen muy pocos bienes importantes o marcadamente estratégicos para vender. Estos países fueron considerados “el Cuarto Mundo”.

El más elemental análisis de las capacidades de pagos -muy menguadas por cierto, y en la mayoría de los casos prácticamente inexistentes- excluía y sigue excluyendo a los países del 4º Mundo como potenciales mercados receptores de operaciones de créditos de importancia

Por otra parte, tal como se advierte al analizar la Cuarta Parte de este libro, la situación geopolítica mundial era muy conflictiva y marcadamente inestable, en la gran mayoría del mundo subdesarrollado. Pero las regiones más inestables políticamente eran Asia y África, estando en situación muy similar las pequeñas naciones de América Central y del Caribe.

De hecho en ese marco, la solidez y la pujanza de las economías de Argentina, Brasil, México, y en menor medida otros países de Sudamérica, resultaban las más propicias para ser receptoras de masivas operaciones crediticias. Adicionalmente -y no era un tema menor- sus situaciones políticas internas y sus marcos geopolíticos regionales resultaban mucho más estables y confiables que las imperantes en casi toda África y casi toda Asia.

Como situación fáctica adicional, montado sobre la “Doctrina de la Seguridad Nacional” enseñada y difundida por las academias militares y centros de entrenamiento de EE.UU. para las fuerzas armadas latinoamericanas (como la existente en la zona del Canal de Panamá), se produjo una rápida sucesión de Golpes de Estado que instauraron gobiernos pretorianos en toda Iberoamérica. Al respecto, no fue un tema menor la creciente actividad insurgente de diversos grupos guerrilleros de orientaciones marxistas, filo marxistas, etc.

La creciente actividad guerrillera creó un clima propicio para las instalaciones de gobiernos autocráticos. Pero un aspecto notable -conocido bastante después- fue el entrecruzamiento de los factores de poder, dando como consecuencia hechos que prima facie parecían absolutamente impensables. El caso más notorio es la financiación por parte de la CIA (Central de Inteligencia de EE.UU.) de los grupos guerrilleros, respecto a lo cual si bien -lógicamente- es casi imposible encontrar pruebas concluyentes, se recogieron numerosos testimonios y opiniones de analistas políticos e historiadores serios y objetivos.

Dentro de todo ese esquema de luchas por el poder, y en el marco de persistentes adoctrinamientos que las academias militares estadounidenses habían realizado en numerosas camadas de oficiales latinoamericanos becarios en dichos institutos, y respaldado ese proceso en el persistente accionar de influyentes medios periodísticos y académicos del *establishment*, las pautas filosóficas del neoliberalismo fueron asumidas como propias por proporciones significativas de las oficialidades de las fuerzas armadas latinoamericanas. Ese proceso fue a la vez exacerbado por la existencia tangible del enemigo visible y letal, que constituía el violento accionar guerrillero.

Por supuesto que hubo honrosas excepciones, de destacados militares dotados de una clara concepción nacional. En Argentina, entre otros, en ese período resaltan la figuras del Contraalmirante Carlos Castro Madero, notable impulsor del Plan Atómico Argentino; del profundo analista de la realidad geopolítica que fue el General de División Juan Enrique Guglielmelli; y del perseverante estudioso y enjundioso escritor y disertante que fue el Coronel Jorge Luis Rodríguez Zía. Pero esas y otras voces esclarecidas y con claro sentido nacional fueron minoritarias, al menos en los sectores de poder.

No debe omitirse que las enormes y en muchos casos inmanejables deudas externas que con toda intención y con claras presiones de los propios centros financieros mundiales nos indujeron (prácticamente nos obligaron) a asumir, han tenido de última claras finalidades políticas.

Tal como entre otros, lo afirmó con todas las letras el Premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz (que trabajó en el propio riñón del poder financiero mundial), la deuda externa era absolutamente impagable, en las condiciones y en las descomunales magnitudes en que fue realizada; y eso era desde el comienzo perfectamente conocido por los centros de poder financiero mundial. El objetivo principal no era realizar excelentes negocios financieros, imponiendo tasas usurarias, y mezclando deuda legítima con deuda ilegítima. *La finalidad última de todo ese esquema cargado de perversión es lograr perpetuar la situación de dependencia política y económica de nuestros potencialmente muy ricos países.*

Los dictados de las consabidas “recetas” económicas (siempre recesivas) provenientes del FMI, del Banco Mundial y otras instituciones que operan como apéndices de los mega grupos financieros, llevan a un callejón sin salida, en el cual todas las “sugerencias” de esos entes financieros y de otras personalidades influyentes del 1º Mundo vinculados con el *establishment* financiero transnacional, terminan siendo aceptadas por los sucesivos gobernantes formales de los países subdesarrollados. Esos gobernantes formales pasan a ser meros administradores, pues el poder formal queda sujeto firmemente a los dictados de los centros de poder mundial, con muy pocas y honrosas excepciones.

En la forma descrita, la crisis del petróleo de comienzos de la década del '70 del siglo XX fue perfectamente funcional con la imposición del neoliberalismo salvaje, y este a su vez resulta la mejor herramienta para imponer la globalización sin límites, la cual tiende a disolver totalmente los Estados nacionales, y realiza políticas activas para balcanizar a los países de grandes dimensiones territoriales, con grandes recursos naturales y con bases humanas y tecnológicas que puedan representar si no amenazas a la globalización, al menos casos muy díscolos o no confiables a las pautas de esos centros financieros del poder mundial. El accionar de estos mega centros financieros de poder es parcialmente funcional a los intereses de las grandes potencias mundiales, pero muy posiblemente opere en forma separada, llegando incluso a manejar las estructuras políticas de EE.UU., la UE y Japón.

CREACIÓN Y ACCIONAR DE LA O.P.E.P. INCIDENCIA EN LA ECONOMÍA MUNDIAL Y PRINCIPALMENTE EN LAS ECONOMÍAS DEL TERCER MUNDO

La O.P.E.P. (Organización de Países Exportadores de Petróleo) nació en Bagdad (Iraq) en 1960 (el 9/09/1960).

Sus fundadores fueron Arabia Saudita, Venezuela, Iraq, Kuwait e Irán.

Después de un comienzo sin estridencias y posiblemente con más vacilaciones que decisiones, la institución fue consolidándose para tener decisiva influencia mundial en la década del '70.

Inicialmente, el desenvolvimiento de la O.P.E.P. afectó el hasta ese entonces casi omnímodo poder de las grandes empresas petroleras, de capitales norteamericanos y europeos.

Las principales empresas petroleras eran conocidas como “las siete hermanas” (EXXON, BRITISH PETROLEUM, MOVIL OIL, ARAMCO, TEXACO, SHELL -entre otras-), y hasta la consolidación de la O.P.E.P. habían manejado prácticamente a discreción el mercado petrolero mundial.

Una vez absorbido el impacto político y económico que significó el accionar de la O.P.E.P., las grandes petroleras se beneficiaron, incrementando sus beneficios, lo cual se reflejó en la magnitud que adquirieron las petroleras a nivel mundial, superando en ventas globales y utilidades a las grandes automotrices, que hasta entonces conformaban el sector empresario más importante de la economía mundial.

Evolución del precio del petróleo

Se citan varias fuentes de informaciones, con la salvedad expresa que existen discordancias entre los datos de las distintas fuentes. Esas diferencias pueden obedecer a varios motivos, a saber:

- Existen diferentes tipos de petróleo crudo, con disímiles densidades y con diversos componentes (como el azufre, mezclas de barros, etc.). Cada tipo de petróleo es particularmente apto para determinados productos finales, luego del proceso de refinación. Sus precios son también diferentes.
- A la vez coexisten precios diferentes para idénticos tipos de crudos, variando sobre la base de acuerdos bilaterales u otros factores similares. En muchos casos “el precio” considerado puede ser un simple promedio o valor referencial.
- El petróleo sigue siendo un insumo de altísimo valor estratégico, por lo que las estadísticas veraces son de difícil obtención, y en muchos casos los datos “de segunda mano” suelen ser “dibujados” o intencionalmente tergiversados, según cuál sea la finalidad política o económica del respectivo informe.

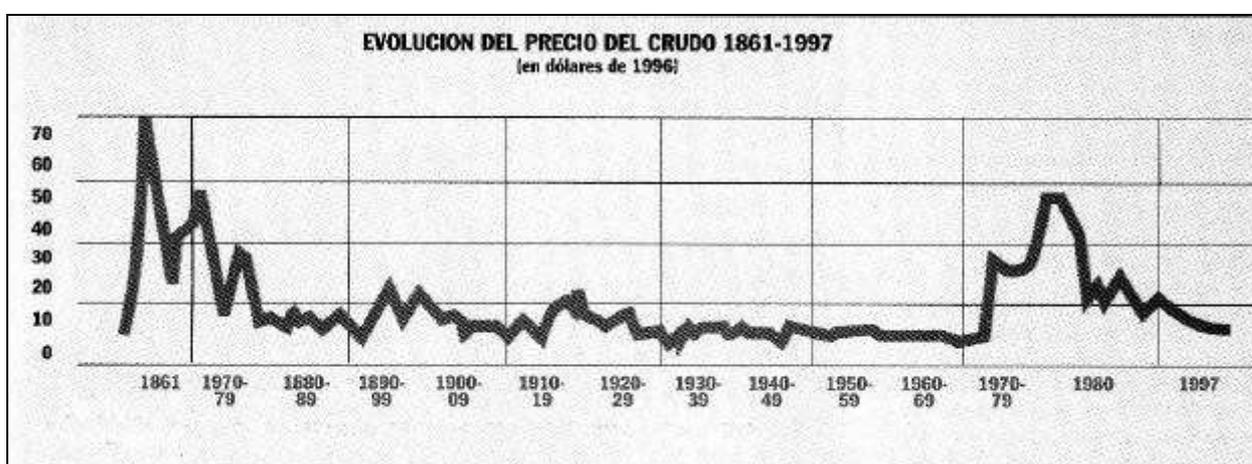
- Los siguientes son valores del crudo tipo WTI (West Texas Intermediate), que corresponde al tipo producido en Argentina y en casi toda América.

Año	Precio (U\$S98/bl) (a)	Precio (U\$S corrientes/bl) (b)
1948	9,55	
1950	8,36	
1960	7,65	
1970	6,5	
1971	7,94	
1972	6,28	
1973	8,2	
1974	25,42	
1975	23,99	
1976	24,91	12,23
1977	27,24	14,22
1978	35,89	14,55
1979	39,62	25,08
1980	52,58	37,96
1981	45,79	36,08
1982	41,85	33,65
1983	37,22	30,3
1984	35,18	29,39
1985	33,72	27,99
1986	18,7	15,04
1987	23,23	19,19
1988	18,6	15,97
1989	21,82	19,68
1990	26,22	24,5
1991	23,01	21,54
1992	21,84	20,57
1993	19,3	18,45
1994	17,78	17,21
1995	18,38	18,42
1996	21,58	22,16
1997	20,09	20,61
1998	14,39	14,39
1999	19,56	19,31
2000	30,46	30,37
2001	25,25	25,93
2002	24,86	26,16
2003	28,65	30.91 (*)
Fuente	(a) Petroleum Economist en valores corrientes, afectado por índice de precios de commodities de USA (b) BP Statistical Review of World Energy, June 2003 (*) Estimado sobre la base de valores diarios del 2003	

Datos gentilmente suministrados por el Ing. Víctor Bravo de la Fundación Bariloche, San Carlos de Bariloche.

Evolución del precio del petróleo. Precio a boca de pozo. Datos recopilados de fuentes varias, sujetas a revisión.

1900	U\$S 1.20	
1929	U\$S 1.19	(Crisis económica mundial)
New Deal	U\$S 1.10	Mediados del '30-Reactivación económica de EE.UU.
1941	U\$S 1,14	Pearl Harbor
1946/47	U\$S 1.20	Bretton Woods-Plan Marshall
1950	U\$S 1.70	Comienzo de la "Guerra Fría"
1960	U\$S 1.80	Creación de la O.P.E.P.
1967		Guerra de los Seis Días Árabe-Israelí
1970		Libia (con Kadaffy) obtuvo un incremento de 0.50 por barril.
1973	U\$S 35=	Guerra Árabe Israelí. El petróleo pasó a ser utilizado como arma de presión política.



Datos para 1861-1914= promedio estadounidense; para 1945-85= árabe libano en Ras Tanura y para 1986-97= bert.
Fuente: British Petroleum.

Entre 1970 y 1975 el precio del barril de crudo experimentó sucesivos aumentos, pasando los U\$S 35. el barril.

La mayor parte de las naciones del 3er. Mundo que eran productoras de petróleo pasaron a formar parte de la O.P.E.P.

Básicamente son los países árabes de la zona del Golfo y los norafricanos, a los que se sumaron Venezuela y Ecuador.

El incremento del precio del petróleo provocó enormes acumulaciones de divisas por parte de los principales productores de petróleo (principalmente Arabia Saudita, Irán, Iraq, Kuwait y Los Emiratos Árabes).

Como las economías de esas naciones no estaban en condiciones de absorber inversiones de tan grandes magnitudes (pues sus estructuras económicas eran -y aún son en muchos casos- poco diversificadas y no industrializadas), y dado que no contaban con instituciones financieras propias capaces de absorber o manejar ese voluminoso caudal de divisas, canalizaron gran parte de ellas hacia las grandes instituciones financieras privadas con sede en los países desarrollados.

Esas instituciones a su vez buscaron mercados donde colocar -en forma de préstamos- esos fondos.

Evidentemente, aunque el riesgo país es mayor, la rentabilidad a obtener en los países subdesarrollados pasó a ser mayor (por vía de más altas tasas y otros factores vinculados).

Los países centro y sudafricanos, recientemente emancipados (alrededor de 1960), no resultaron interesantes ni fiables dados los cuadros de inestabilidad social y de debilidad estructural de sus economías -aún muy elementales y carentes de la más mínima infraestructura-.

Asia se mostraba muy convulsionada y muy vulnerable al avance del comunismo (la guerra de Vietnam estaba en su apogeo, con remezones en los Estados vecinos).

América Latina se presentaba más favorable como potencial receptora de créditos, dado que algunas naciones habían alcanzado un cierto grado de desarrollo industrial, de diversificación de sus economías, y por sus capacidades de pago.

Los mercados más apetecibles eran Brasil, México, Argentina y Venezuela.

Pero para aceptar el brutal endeudamiento a que fueron sometidos, eran necesarios gobiernos económicamente dóciles, proclives a los dictados monetaristas de la “Escuela de Chicago” o similares.

No resultó entonces casual la sucesión de golpes militares en Sudamérica en la década del ‘70 que, entre otras consecuencias, fueron proclives a levantar las barreras arancelarias y a asumir fuertes endeudamientos.

En los años siguientes, el precio del crudo tendió a bajar en forma relativamente lenta pero sostenida, a pesar de algunos picos de alza como durante la prolongada guerra sostenida entre Iraq e Irán, dos de los más importantes productores, o durante la Guerra Del Golfo (las fuerzas de la OTAN contra Iraq, después que Iraq recuperara temporariamente Kuwait, que originalmente fue territorio iraquí secesionado por Gran Bretaña).

Las causas de esa baja del barril de petróleo fueron múltiples, destacándose las siguientes:

- Rápidas innovaciones tecnológicas de las naciones industriales, mejorando acentuadamente el rendimiento -disminuyendo el consumo- de los diversos tipos de motores (automotores, usinas térmicas, etc.).
 - Utilización de sustitutos, como el gas ruso en Europa Occidental, el gas de Alaska en EE.UU., la energía atómica a escala mundial, el abastecimiento de proveedores no alineados en la O.P.E.P. (como México), etc.
 - Fisuras internas en la O.P.E.P., que dificultaron la concertación de los volúmenes de producción y precios entre los miembros de la organización.
 - Un claro proceso de deterioro de los términos del intercambio, en perjuicio de las materias primas.
- Las presiones financieras sobre los países de la O.P.E.P. fuertemente endeudados (como Ecuador y Venezuela). Etcétera.

En 1998 y 1999 la cotización del crudo alcanzó niveles muy deprimidos, levemente superiores a diez dólares el barril, tendiendo a mejorar levemente en el segundo semestre de 1999, en perspectivas de superar los veinte dólares por barril.

En Argentina, con YPF privatizada y extranjerizada (adquirida por la española Repsol), el Estado no parece tener herramientas efectivas de regulación del precio. Las bajas internacionales del precio del crudo no se reflejaron en los precios internos de los combustibles, mientras que las últimas subas sí se transmitieron a los consumidores. Estamos pagando caro por consumir nuestro propio petróleo.

La situación vigente en Argentina desde la época de la dupla Menem-Cavallo es un calco -corregido y aumentado- de la política de precios de los combustibles implementada durante la “década infame” por el gobierno del General Justo, secundado por el Ministro de Hacienda Federico Pinedo. En aquella oportunidad se adoptaron valores internacionales (más altos) para comercializar el petróleo argentino, con lo cual se benefició a las petroleras extranjeras y se perjudicó a los consumidores argentinos.

OTROS ANTECEDENTES ARGENTINOS SOBRE POLÍTICA ECONÓMICA

En otros puntos del presente libro se analizaron los aspectos considerados más destacados de la etapa económica denominada “la restauración del liberalismo”, cuya génesis formal se ubica en Argentina el 24 de marzo de 2003 al nacer a la luz el “proceso” inicialmente manejado por la dupla Videla-Martínez de Hoz si bien existen claros antecedentes que permiten ubicar dicho origen en el breve pero contundente

lapso en el que el Ministerio de Economía de la Nación fue ocupado por Celestino Rodrigo, cuyas medidas pasaron a la historia como “el rodrigazo”.

Queda muy en claro que un profundo y muy exhaustivo análisis de este período de la economía argentina, vigente ininterrumpidamente desde 1976 al menos hasta 2002, requeriría por sí solo la redacción de aproximadamente un par de voluminosos tomos, dada la complejidad del tema, las sucesivas e intrincadas medidas políticas, económicas, sociales y educativas impuestas tanto por la fuerza de las armas como por la fuerza de los numerosos factores de presión a disposición del *establishment*.

Existe una sumatoria de otros factores que inciden en la economía, habida cuenta que es una ciencia social con profundas vinculaciones con la política.

Inclusive puede afirmarse que si bien los daños económicos que soportó Argentina a consecuencia de las medidas neoliberales han sido de una magnitud descomunal, sin parangón en toda la Historia Argentina, el daño infligido al tejido social ha sido mucho mayor y de una gravedad y profundidad que posiblemente lleve varias décadas corregir.

En tal sentido, seguidamente se analizan algunos de esos hechos que formaron parte de la impronta neoliberal-globalizante, cuyas consecuencias soporta el país, y que constituyen factores muy importantes que dificultan todo proceso de reversión de esta segunda edición -corregida y aumentada- de la década infame.

- Las nuevas pautas culturales que en cierta forma lograron imponerse en amplios estamentos de la población argentina, transmitidas reiteradamente por muchos comunicadores sociales, medios masivos de comunicación, etc., insisten en la cultura del facilismo, de la ley del menor esfuerzo, del todo vale, del “éxito” económico (conseguido a cualquier costo, aun de la dignidad) como parámetro de medición y como pauta de clasificación social, y otros disvalores aún más negativos y degradantes. La existencia de crecientes sectores sociales en la marginalidad social, producto del desempleo, del subempleo o de otras lacras sociales, se muestra como el espejo social al cual conduce con muy poca oposición el modelo neoliberal globalizante.
- La negación de la soberanía, tanto al aceptarse la injerencia de tribunales extranjeros en cuestiones jurídicas internas de Argentina (como condición de determinadas emisiones de bonos de la deuda, por cuestiones de “derechos humanos”, etc.). De allí a la “internacionalización” total y a la disolución nacional, solo resta un pequeño paso. La absoluta falta de controles en la circulación de divisas, con la constante sangría de recursos financieros al exterior, es otra consecuencia de esa inducida abulia implementada para el manejo de los temas nacionales.
- Los neologismos económicos del estilo del concepto de “las economías regionales”, tratados implícitamente como un calificativo peyorativo. Esto funcionó como un mecanismo particularmente perverso. Las propias políticas económicas nacionales, con la plena complicidad de determinados grupos económicos de cada provincia, impusieron pautas económicas que conformaron claras estrategias recesivas y destructoras de las economías provinciales. Pero después, merced al bombardeo mediático de comunicadores sociales y economistas “exitosos” (léase afines al *establishment*), se presentó a las provincias como a “las malas de la película”. De allí a afirmar la “inviabilidad económica” de la mayor parte de las provincias restaba solo un pequeño paso, que fue dado con enérgica saña. Y como lo “inviabile” es una carga que molesta, estorba, y de lo cual “conviene deshacerse”, la total disolución nacional será el siguiente paso, si no se alteran profunda, enérgica y decididamente las reglas de juego generales.
- El punto precedente llevó a la conformación de hecho de “las tres Argentinas”. La zona privilegiada, el llamado “país central” está delimitado en forma algo difusa por el paralelo que atraviesa las ciudades de Paraná y Santa Fe, al norte; y por el paralelo que discurre aproximadamente entre las ciudades de Bahía Blanca, Neuquén y Cipolletti. Al sur está la Patagonia casi deshabitada y permanentemente olvidada; al norte el NEA y el NOA, conformando el vasto y pauperizado Norte argentino, la mega región más pobre de toda Argentina.
- Bajo la falsa premisa de la “prescindibilidad” del Estado (dogma que ninguna nación soberana cumple, pero que en Hispanoamérica se presenta como una “verdad sagrada”) se instrumentó el achicamiento del Estado hasta niveles de virtual inoperabilidad. Pero más aún, en muchos temas claves -como el comercio exterior, el tipo de cambio, las políticas fiscales, financieras, etc.-, se implementaron verdaderas políticas activas en contra de los intereses nacionales.

- Las falsas premisas del neoliberalismo, analizadas particularmente en otro ítem de este libro, obraron como el “reaseguro ideológico” que dio un viso de sustento “intelectual” a todo el desmadre social y económico. A título de ejemplo, recuérdese “la teoría del derrame” inventada por algunos de los autotitulados “gurúes” de la economía, e impuesta por los comunicadores sociales mercenarios. Mediante esa poco ingeniosa argucia se avaló la desmedida e impiadosa concentración de la riqueza, bajo el falso razonamiento que una vez que se saciaran las necesidades de las clases dominantes (el llenado del vaso), el excedente de la riqueza abundantemente incrementada a consecuencia de las “sabias políticas” neoliberales se “derramaría” sobre todos las restantes habitantes de nuestro bendito suelo argentino. Pero no solo no se incrementó la producción de riqueza, sino que “el vaso” nunca derramó, pues estaba permanentemente “conectado” al exterior, donde efectivamente derramó las partes del león de las riquezas argentinas.
- La colonización cultural acelerada jugó un importantísimo papel en todo este proceso. Conjugada con el vaciamiento de los contenidos de la educación formal, pautas, modas y costumbres que poco y nada tienen que ver con el Ser Nacional, como la “música pop” digitada desde Miami y otros centros “internacionalizantes”, o expresiones “musicales” meramente ruidosas y con letras de pésimo gusto y muchas veces soeces y denigrantes; ritos anglosajones como el Halloween, se conjugan con el vacío cultural y nacional instrumentada a partir del “proceso” (1976) en adelante.
- En medio de todo ese variopinto aquelarre de desquicios, la brutal e insólita regresión económica argentina pasó a ser aceptada casi como “un hecho natural” impuesto casi sin oposición durante casi tres décadas.
- La carencia prácticamente total de Políticas de Estado, unida al continuo denostar a toda idea de planificación socioeconómica fue perfectamente funcional al modelo, dejando toda la iniciativa a los grandes grupos oligopólicos -generalmente extranjeros-, libres de toda oposición y virtualmente con manejos discrecionales en todos los ámbitos de la realidad argentina.
- La destrucción educativa y el desquicio social acelerado han sido objetivos claramente provocados por las políticas neoliberales globalizantes. Los resultados reales de la tan promocionada “reforma educativa” han sido claramente desastrosos, como lo prueban los bajísimos niveles de las pruebas de ingreso a las universidades, los bajos rendimientos y escasos niveles de capacitación de los egresados del nivel medio, los paupérrimos resultados de la destrucción de las otrora orgullosas escuelas técnicas argentinas (que han provocado un vacío de aspirantes a cursar “ciencias duras” [ingenierías, física, química, etc.] sin las cuales es impensable el desarrollo científico, tecnológico e industrial de un país), etc. Por otra parte, la creciente desocupación, los bajísimos niveles salariales, y las agresiones de hecho que sufre la familia como institución básica de la sociedad, han dejado una terrible secuela de marginalidad que ya dejó huellas muy hondas y terriblemente nefastas en el tejido social argentino.

Todo lo precedente, que para los “economistas puros” (léase los no comprometidos con la realidad nacional, sus problemas y las posibles soluciones) seguramente no serían considerados “temas económicos”, sin duda juegan y mucho con la implementación, subsistencia y continuidad en el tiempo, de todo el modelo neoliberal y extranjerizante.

EL LIBERALISMO Y SU ACCIONAR EN LA REPÚBLICA ARGENTINA EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XX

Resulta sumamente interesante analizar el pensamiento de Diamand en lo referente a la creación y mantenimiento del liberalismo como paradigma económico prácticamente inamovible. Un paradigma es un modelo teórico de la realidad, aceptado por la comunidad científica e intelectual.

En todas las ciencias, determinados principios o ideas llegan a ser aceptados por los especialistas después de superar los escollos iniciales que toda idea renovadora normalmente genera, pues lo habitual es que los nuevos postulados sean muy diferentes o incluso contrapuestos con las ideas vigentes y aceptadas -hasta el momento del nacimiento del nuevo paradigma como la verdad absoluta en el tema-.

Esto ocurre en las diversas ramas de la ciencia. Pero la sustancial diferencia entre las ciencias naturales y las ciencias sociales es que en estas últimas los “modelos” a analizar son siempre

construcciones teóricas. Por ese motivo, es prácticamente imposible que todos los postulados de las doctrinas económicas puedan ser probados en forma “aséptica”, en condiciones “ideales” o, si se quiere, “de laboratorio”.

Queda muy en claro que el paradigma liberal se autosostiene por las múltiples y profundas imbricaciones entre los sucesivos economistas afines al modelo, con los factores de poder -usualmente muy poderosos y sumamente ramificados en distintos sectores sociales, políticos y en diversas ramas de la actividad económica-. Es perfectamente comprensible esa simbiosis entre el paradigma liberal y los factores conservadores-liberales del poder, pues precisamente estos deben la perpetuidad de su poder y las ventajas económicas de las que gozan, al mantenimiento del paradigma como tal.

Esos factores de poder, en nuestro país, están muy vinculados (en el mejor de los casos) con fuertes intereses político-económicos extranjeros, o directamente operan como testaferros internos de esos sectores económico-financieros transnacionales.

De allí que todo el andamiaje académico-intelectual opera como un aceitado engranaje de premios y castigos, los cuales operan como eficientes e implacables filtros que promueven al “éxito” profesional o condenan al ostracismo a los intelectuales (economistas, académicos, periodistas, consultores económicos, etc.), según su afinidad u oposición con el paradigma liberal.

Es evidente que aunque perjudique notablemente a la República Argentina, condenándola a mantener una economía primaria, a ser incapaz de proveer trabajo digno a más de la mitad de la población, a limitarla a ser una republiqueta de segundo o tercer orden a nivel mundial, el “modelo” liberal o neoliberal permite extraer jugosísimas ganancias a los reales dueños del poder. Y sin duda es tanto el nivel de extracción de beneficios hacia el exterior, que el propio modelo se encarga de retribuir con generosas migajas a los “nativos” que operan al servicio de esos intereses.

Esos gerenciadore del modelo especulativo y extractivo fueron políticamente denominados cipayos, tomando dicho nombre de un conocido regimiento del hoy disuelto Imperio Británico, formado por nativos hindúes, de reconocida ferocidad para reprimir y mantener dominado a su propio pueblo, en épocas en que la India era una preciada colonia e importante parte del Imperio.

Una de las razones por las que “el sistema” (el liberalismo, o su remozamiento formal, el neoliberalismo) se mantiene en el poder, o vuelve recurrentemente a él, es el hecho que Arturo Jauretche describe como la colonización cultural.

Sin duda, la verdadera vivisección de la realidad argentina que en forma notablemente clara y muy sintética, para lo complejo y vasto del tema, realizó este notable escritor, excede en mucho a los fines de este libro, pues Jauretche se refirió a las múltiples connotaciones de la colonización cultural, desde la historia academicista y complaciente, las frases hechas que repiten desde los docentes primarios hasta los de las universidades y de la Escuela Superior de Guerra, pasando por los análisis sociológicos, el nefasto papel de los medios de comunicación masiva, los “doctos” que asimilan doctrinas o modelos preconcebidos, pero son incapaces de entender la realidad, las estructuras legales distorsionadas y retorcidas, los “aparatos” partidarios y sindicales rígidamente estructurados para evitar todo cambio abrupto, y las estructuras económicas.

Analizando la importancia que reviste la orientación casi sin excepciones uniformemente liberal de la enseñanza de economía en las Facultades de Ciencias Económicas de las Universidades Nacionales, así como un liberalismo de laboratorio y descolgado de la realidad argentina, que es la constante casi sin excepciones en los institutos universitarios privados; y entendiendo su vinculación con la permanencia de las estructuras económicas favorables al statu quo (o sea al liberalismo claramente antiindustrial y antinacional), resulta interesante conocer la clasificación en seis categorías de economistas (de Argentina y otros países subdesarrollados), que en su obra escrita en la década del '70 describió el Ing. Marcelo Diamand.

1º Categoría: Economistas adoctrinados, que se ponen directamente (y desembozadamente) al servicio del poder dominante. Son los que Jauretche llamaría “los cipayos asumidos”.

2º Categoría: Los “científicos” (podríamos llamarlos “cientificistas”), que encerrados en sus torres de marfil (los institutos de investigación y universidades) elaboran trabajos complejos o pseudo complejos, de muy escasa utilidad práctica, y descolgados de la realidad

3º Categoría: Economistas académicos con vocación política, sinceramente comprometidos con ideas progresistas, de orientación política nacional y/o reformista en lo social, pero obnubilados mentalmente

con los preconceptos liberales. Sus análisis parten de enfoques equivocados, desde los cuales es imposible superar los condicionamientos impuestos por los factores de poder.

4° Categoría: *Marxistas propiamente dichos.* En sus rígidos esquemas doctrinarios analizan la realidad desde la óptica del modelo tradicional (tal como lo hizo Marx), criticándolo "desde adentro", en lugar de encontrar soluciones originales "desde afuera". Parten del supuesto del "estallido" del modelo, por lo que de hecho suelen favorecer su profundización, pasando a ser aliados implícitos pero reales del esquema liberal.

5° Categoría: *Economistas con mentalidad nacional, sinceramente preocupados por el desarrollo argentino, y dotados de las necesarias dosis de flexibilidad conceptual y amplitud de criterios como para poder elaborar modelos propios, a partir de los cuales Argentina puede cortar los lazos de dependencia.*

6° Categoría: *Profesionales de otras disciplinas, estudiosos serios de la economía. En esa categoría se incluyen a los numerosos ingenieros, abogados, etc., y en cierta forma, a los contadores que nos ocupamos de temas económicos.*

Posiblemente el hecho de haber incursionado en la economía, migrando desde la ingeniería, dio a Marcelo Diamand la amplitud de criterio necesaria para no atarse a esquemas dogmáticos estrechos, permitiéndole concretar un brillante análisis de las interrelaciones entre el liberalismo y las estructuras conservadoras del poder en Argentina, con conclusiones aplicables a Latinoamérica.

Precisamente Diamand describe lo que llama "*las tenazas del liberalismo*", en su doble papel de instrumento de dependencia comercial y financiera, de los países subdesarrollados, respecto a los pocos países que ya a fines del siglo XX alcanzaron el nivel de "sociedades post-industriales".

Lo notable del tema es que muchos economistas y estudiosos del tema, aún de buena fe, comprenden rápidamente la dependencia comercial que directamente genera la aplicación a rajatabla de la teoría neoliberal; pero son relativamente pocos los que perciben la existencia, la magnitud y la perversa influencia que la dependencia financiera genera en las naciones no industrializadas, cuyas recurrentes crisis de las balanzas de pagos, originadas por los servicios (léase intereses financieros) de la deuda y la maraña de intereses de todo tipo vinculados al mantenimiento del modelo, obran como ajustado corsé, del cual es imposible salir dentro de las "recetas" del liberalismo o del neoliberalismo.

Las "tenazas ideológicas" que describe con mucha precisión M. Diamand tienen dos brazos:

- Confunden el diagnóstico, impidiendo ver *el problema principal -el desequilibrio externo-*, y ponen como principales los aspectos accesorios, como son la supuesta ineficiencia, el presunto exceso de demanda, la insuficiencia del ahorro y el déficit del presupuesto.
- *Crean la "trabas psicológicas" e ideológicas, mediante las cuales, si se llegara a comprender cuál es el problema principal, las clases dirigentes, académicas y los comunicadores sociales pondrían infinitos obstáculos a las implementaciones de las medidas económicas que son necesarias.* Queda muy en claro que estas medidas necesarias son "herejías" para la ortodoxia liberal.

El análisis de Diamand es muy preciso también al evaluar el modo en que *la comunidad financiera transnacional no se resigna a dejar a un lado la política del "patrón oro"*, y de qué modo existe una lucha -relativamente no muy perceptible pero absolutamente real-, entre el sector financiero y el sector productivo, a escala mundial.

Es importante enfatizar que dos de los aspectos básicos para que el manejo real de la economía argentina pueda hacerse "desde adentro" y con claro sentido nacional (y por qué no decirlo, con patriotismo), consisten en:

- 1- *Operar directamente en el sector financiero interno, mediante las políticas financieras ordenadas por el Banco Central de la República Argentina, pero imbuidas estas de un claro sentido nacional y con precisos objetivos de incentivar la producción. Esto equivale a dar prioridad a la economía sobre las finanzas.*
- 2- *Evitar los estrangulamientos provocados por las balanzas de pagos desfavorables, para lo cual es imprescindible una activa política exportadora, y una política selectiva en lo referente a las importaciones.*

La política de mantener los Bancos Centrales de diversas naciones fuera del manejo y del control del poder político significa preservar la preeminencia de los poderes financieros transnacionales, los que a través de sus hombres de confianza manejan las políticas financieras de diversos países. Según Diamand, eso sucede en Gran Bretaña, donde el Banco Central responde a dichos intereses financieros corporativos; en EE.UU., donde sucede lo propio en la Reserva Federal (el equivalente al Banco Central); y a todas luces es evidente en la República Argentina, donde se llegó a la aberración jurídica -y moral- de exigir impunidad legal total para los funcionarios del Banco Central. Cuestión de por sí sumamente grave, que adquiere caracteres de escándalo mayúsculo, a poco que se analicen los gravísimos cargos delictivos -aún impunes- que pesan sobre el ex Director del B.C.R.A. Pedro Pou donde, entre otros casos, no se dilucidaron varias quiebras bancarias claramente fraudulentas, que debieron preverse a través de los controles mensuales del B.C.R.A., donde es perfectamente conocido que el ultra conservador y ultra monetarista C.E.M.A. (Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina) maneja prácticamente a su total voluntad el B.C.R.A. desde hace por lo menos una década y media; e inclusive regentea una elitista universidad privada, donde forma los futuros cuadros de técnicos neoliberales, fieles “al modelo”, aún en contra de los intereses nacionales. Del riñón del C.E.M.A. (es su Director) proviene el ex viceministro de Economía Carlos Rodríguez, quien acuñó el concepto de “provincias inviables”. También es del C.E.M.A. el ex Ministro Roque Fernández, y el actual vocero del modelo neoliberal, el economista Jorge Ávila (el mismo que defiende la absurda teoría de mantener toda la Banca que opere en Argentina bajo el sistema “*off shore*”) que significa nada menos que mantener en nuestro país simples sucursales de grupos financieros cuyas casas centrales operen desde los “paraísos fiscales” (como Las Bahamas o las Islas Caimán), en donde es imposible ejercer ningún tipo de control (o sea que propugna terminar de desnacionalizar todo el sistema bancario argentino).

Resulta sumamente interesante analizar las “frases hechas” de los personeros locales del liberalismo, pues las mismas se transformaron en verdaderas “ideas-fuerza” que calaron hondo en el subconciencia de los argentinos, a punto tal de haber sido aceptadas como verdades irrefutables; motivo por el cual pudo ejecutarse con muy poca oposición la nefasta política económica esbozada ya por Celestino Rodrigo, y ejecutada implacablemente a partir del período inaugurado por la dupla conformada por Jorge Rafael Videla y José Alfredo Martínez de Hoz.

Lo notable del caso, es que la propia clase media, reconocida por poseer una relativamente buena formación cultural, fue la que más rápida y entusiastamente adhirió a los postulados neoliberales, en un fenómeno con profundas connotaciones sociológicas, cuyo estudio en profundidad escapa al análisis de este libro. Sin embargo, son totalmente aplicables los agudos razonamientos de Don Arturo Jauretche, sobre todo en sus tres obras principales: “Manual de Zoncercas Argentinas”, “El Medio Pelo en la Sociedad Argentina”, y “Los Profetas del Odio y la Yapa”, obras totalmente vigentes y cuya lectura se recomienda para entender el tema, pues se trata de un patente caso de colonización cultural.

Para entender el tema en su real dimensión, debe reiterarse que el caso de las estructuras económicas de las naciones desarrolladas (las que hoy conforman la llamada “sociedad post industrial”) es diferente al de las nuevas potencias en camino de su industrialización (como era Argentina en 1976, y como son Brasil, China, India, México, Sudáfrica y algunos pocos casos más), y a su vez es diferente en el caso de las naciones totalmente primarias y subdesarrolladas, como son la inmensa mayoría de los países del mundo.

Como en la Argentina “el modelo” impuesto por el neoliberalismo no se ajusta a nuestra realidad (pues es muy claro que nos queda chico), la “solución” intelectual de los voceros del establishment es considerar patológicas todas las características (que son muchas) del caso argentino, que no caben en el molde neoliberal.

Ejemplificando, las pautas neoliberales (que no son otra cosa que un leve remozamiento de las vetustas ideas de Adam Smith), equivalen a las pautas de crianza de niños del siglo XVIII, cuando eran considerados poco menos que infradotados, a los que por cerrado convencionalismo de “las señoras gordas” y “los señorones poderosos” se los excluía de toda conversación profunda, dejándolos relegados a jueguitos muy elementales, y al cuidado de niñeras semi analfabetas.

Pero, siguiendo el ejemplo, sucede que Argentina es como un niño prodigio, que a los seis años ya sabe dos o tres idiomas, domina las matemáticas y escribe obras literarias de buena calidad, además de saber música y tener capacidad para dialogar de igual a igual (e incluso superarlos) a los adultos, mucho de los cuales muestran claros signos de esclerosis.

Continuando con el ejemplo, como a Argentina le queda demasiado chico el molde de los juguetes infantiles estupidizantes, como la niñera no lo puede controlar, pues es demasiado vivaz e inteligente, y como para los obtusos cerebros de “los dueños de casa” (en este caso, los miembros de la oligarquía, que en vez de enorgullecerse de la vivaz criatura que pueden hacer crecer rápida y ventajosamente, se sienten molestos porque perturba a sus vaquitas) la notoria capacidad de la criatura les parece un caso enfermizo, optan por lo más sencillo. Como no lo pueden controlar y “poner en el molde” con las recetas ortodoxas, recurren a una batería de “instrumentos pedagógicos” para sancionar al discolo: lo castigan físicamente, lo humillan psicológicamente, le repiten incesantemente que es un infradotado y además un discolo desagradecido con “los parientes poderosos” (como “el abuelo inglés” o “el tío norteamericano”), y como aún no hace caso, lo ponen en un chaleco de fuerza, y si pretende continuar resistiendo, están dispuestos a mutilarlo para arrancar de raíz su espíritu discolo, su capacidad de inventiva, su chispeante ingenio, sus ganas de vivir, y su natural don de liderazgo.

En esa etapa, la del chaleco de fuerza -e intentando librarnos de él-, estamos ahora, después de casi treinta años de torturar al cuerpo y el espíritu de la República Argentina con las aberrantes políticas sociales y económicas neoliberales.

Los neoliberales nos hablaron de “la eficiencia”, del “sobrecalentamiento de la economía, que genera cuellos de botella”, de la necesidad de “sincerar las variables económicas, terminando con el intervencionismo estatal”, de “los altos salarios de los obreros argentinos, que restan competitividad a las exportaciones”, de “eliminar todas las industrias ineficientes”, de “hacer competir a nuestros empresarios, abriendo las fronteras”, de “eliminar el atraso tecnológico permitiendo competir libremente a los productos importados”, de “eliminar distorsiones anulando todos los incentivos y financiamientos a las exportaciones no tradicionales”, de “la ineficiencia crónica e insalvable de las empresas del Estado, que deberían ser vendidas, regaladas o cerradas cuanto antes”, de “las absurdas pretensiones del país de vivir por encima de sus posibilidades”, de “malacostumbrar a la gente con pretensiones excesivas”, de “practicar el realismo, la seriedad y la cordura”, de “la insuficiencia del ahorro nacional”, de “no derrochar plata ni esfuerzos en actividades para las que no estamos naturalmente dotados”, de “la imperiosa necesidad de sanear la economía” aunque ello implique cerrar miles de fábricas y dejar -literalmente- a miles de argentinos en las calles, de “dejar que el libre juego de la oferta y la demanda defina los precios”, afirmaron que “achicar el Estado es agrandar la nación”, de “la necesidad de practicar el estoicismo y aprender a aguantar el sufrimiento” (aunque más que sufrimiento se esté practicando una política gigantesca de genocidio por hambre, enfermedades, desesperanza, y otras “lindezas” semejantes), etc., etc.

Si bien esa lista parece muy larga, por cierto no se agota allí, pero es muy positivo contestar cada uno de esos burdos argumentos, pues confundieron a muchas personas de buena fe.

“La eficiencia”

Es un concepto básicamente subjetivo, que se mide esencialmente por comparación. Los liberales lo utilizan habitualmente para descalificar a toda actividad económica diferente a las tradicionales de Argentina (ganadería y agricultura de la Pampa Húmeda). Con el criterio de “eficiencia” que manejan en Argentina los liberales, EE.UU. nunca se hubiese industrializado; tampoco la Alemania del siglo XIX, ni Japón, ni Corea del Sur, ni nación alguna excepto Gran Bretaña.

“El sobrecalentamiento de la economía que genera cuellos de botella”

Como los liberales no buscan llegar al pleno empleo, pues no es el objetivo principal ni tampoco accesorio de sus políticas económicas, para ellos el “nivel normal” de la economía argentina es aquel en el cual no se genera ningún tipo de “cuellos de botella”. O sea que es una economía a menos de “media máquina”, donde la infraestructura no se renueva ni se amplía más que lentamente, la industria es casi inexistente, y los altos niveles de desocupación son -para ellos- aceptados como una consecuencia normal de la supuesta “estructura patológica” de la economía argentina.

Ejemplificando: si a consecuencia de un período de bonanza general se incrementa sustancialmente la producción de automóviles para el mercado interno, es lógico que la red de caminos,

autopistas y de calles pase a ser insuficiente. En una economía volcada al desarrollo, eso se supera aumentando la infraestructura vial. Esas inversiones aumentan el patrimonio nacional y contribuyen a acentuar el efecto multiplicador positivo en toda la economía. En la Argentina de los liberales, como eso requiere más inversiones y parte de ellas significa erogaciones de divisas, y dado que una cuota de las inversiones tiende a solventarse mediante financiación externa, puede ocasionar algunos problemas en la balanza de pagos. En vez de solucionar esas limitaciones aumentando las exportaciones para nivelar el sector externo compensando las importaciones adicionales que puede requerir el proceso de inversiones viales, se recurre a “la solución fácil”. Se “enfría” la economía, provocando una recesión, con lo cual disminuye la necesidad de realizar nuevas inversiones en infraestructura vial. ¡Total, la culpa se la echa a la estructura económica supuestamente “patológica” de Argentina! Pero adicionalmente, las erogaciones en inversiones reales (como son las obras viales) para la terminología liberal son consideradas “gastos”, lo cual cambia el enfoque que se les da a esas erogaciones presupuestarias, rodeándolas del “aura culposa” al mezclarlas conceptualmente con los gastos improductivos.

“Sincerar las variables económicas, terminando con el intervencionismo estatal”

Como el mercado empresario privado es oligopólico y oligopsónico (unas pocas empresas vendedoras y unas pocas empresas compradoras, en algunos sectores claves), al retirarse todo intervencionismo estatal prima la ley de la selva. Por ejemplo: las retribuciones a los pequeños productores de materias primas se reducen a niveles ínfimos “a piacere” de los grandes grupos compradores; los precios de los combustibles, alimentos, medicinas, etc., suben hasta donde se maximice la utilidad de los grandes grupos empresarios. La recesión y la miseria no son aspectos tenidos en cuenta, ni menos aún prioritarios, para los analistas liberales.

“Los altos salarios de los obreros argentinos, que restan competitividad a los obreros argentinos”

Con esa excusa se atacó el relativo nivel de bienestar del que llegó a disfrutar la mayoría de la población argentina, en épocas anteriores a 1976. Pero si ese pensamiento fuera cierto, países como Alemania, Francia o Japón, no podrían exportar manufacturas, pues sus operarios perciben muy buenos niveles de retribución. Siempre con ese criterio -falso por supuesto- países pobres en extremo como Haití o Santo Domingo deberían ser grandes exportadores industriales, pues en ellos la mano de obra es casi esclava. Pero no sucede así, lo que demuestra la falacia del argumento.

“Eliminar todas las industrias ineficientes”

Con esos criterios o parámetros de “eficiencia”, sugieren que lo único “posible” es la actividad agrícola-ganadera. Aplicando similar miope criterio, Brasil debería seguir exportando solo café, bananas y cacao. O Japón no hubiese podido pasar a ser el mayor exportador de automóviles del mundo. La supuesta “ineficiencia” inicial es una excusa para mantenernos en una economía primaria, y en total dependencia de los poderes externos.

“Hacer competir a nuestros empresarios, abriendo las fronteras”

Esa fue la excusa de Martínez de Hoz para concretar su abrupta y brutal apertura aduanera. Lástima que ni los militares que se decían “defensores de la patria”, ni la dirigencia económica, ni la clase media, percibieron a tiempo que era imposible competir con un peso sobrevaluado, sin financiación barata (o directamente sin financiación) en el mercado interno, y con otras medidas sutiles (o no tan sutiles) que significaron una verdadera política de desindustrialización y de desnacionalización planificada de la economía argentina. En otros países con una dirigencia con claro sentido nacional, se hace competir a los empresarios nacionales, fomentando sus exportaciones, en vez de fomentar y subsidiar de hecho las importaciones, como lo hicieron en Argentina desde Martínez de Hoz hasta ahora (texto escrito en 2003).

“Eliminar el atraso tecnológico, permitiendo competir libremente a los productos importados”

Fue otra excusa para destruir a la industria argentina, cuya calidad era conocida, a pesar de cierto atraso tecnológico que suele ser propio de las nuevas naciones industriales. Si se hubiese pretendido realmente “modernizar” tecnológicamente a la industria se hubiese apelado a medidas de incentivos fiscales, crediticios, y de financiaciones de exportaciones, como condicionantes de las inversiones en renovación tecnológica.

“Eliminar distorsiones anulando todos los incentivos y financiaciones a las exportaciones no tradicionales”

Es bueno tener presente que las grandes potencias industriales recurren permanentemente a esas medidas para incrementar sus exportaciones. Si para esas economías los incentivos de ese tipo no son considerados “distorsiones”, ¿por qué son consideradas “distorsiones” en Argentina? Fue otra excusa para eliminar a la otrora pujante industria argentina.

“La ineficiencia crónica e insalvable de las empresas del Estado, que deberían ser vendidas, regaladas o cerradas cuanto antes”

Argentina fue uno de los pocos países que prácticamente regaló o liquidó sus múltiples empresas y entes estatales. El daño causado ha sido mayúsculo, y los costos que estamos pagando son cuantiosos. Uno de los ejemplos son los altísimos precios de los combustibles, sin ningún justificativo, como no sea la infinita voracidad de las empresas extranjeras que manejan a su antojo el sector. Este tema es analizado en mayor profundidad en el ítem “El proceso de privatizaciones en la Rep. Arg. ...” de este libro.

“Las absurdas pretensiones del país de vivir por encima de sus posibilidades”

Para los liberales, pretender lograr el pleno empleo, condiciones dignas de trabajo, una mejor distribución de la riqueza, salud pública y educación gratuitas y de buena calidad, son siempre “pretensiones excesivas”. Esas son prerrogativas solo al alcance de los “obreros nórdicos” (claro prejuicio racial) y en Argentina, un exclusivo privilegio de las clases altas. Lógicamente que quienes pensamos “en nacional” consideramos inadmisibles y aberrantes esos razonamientos.

“Malacostumbrar a la gente con pretensiones excesivas”

Parecería que disfrutar de vacaciones, salario digno, vivienda decorosa, servicios sanitarios, salud pública, etc., son “pretensiones excesivas”. En cambio, no fue “excesivo” endeudar al país a niveles absurdos, pagando intereses altísimos y en porcentajes del presupuesto que impiden toda política de desarrollo socioeconómico.

“Practicar el realismo, la seriedad y la cordura”

¿Cuál es el “realismo”? ¿Mantener al país en la miseria, resignadamente?

“La insuficiencia del ahorro nacional”

Es otra falsedad. Adviértase que las divisas enviadas al extranjero, por ciudadanos y residentes argentinos, serían más que suficientes para cancelar la deuda externa, incluidas las abultadas partes fraudulentas de la misma.

“No derrochar plata ni esfuerzos en actividades para las que no estamos naturalmente dotados”

Con ese criterio, ninguna nación se hubiera desarrollado ni diversificado su economía, excepto Gran Bretaña. Es falso de falsedad absoluta.

“La imperiosa necesidad de sanear la economía”

La falsa prioridad es mantener la economía en niveles “equilibrados” (que significa sin inversiones, en atraso permanente), y con el presupuesto “equilibrado” (siendo que se sabe que cierto desequilibrio, si se utiliza para el desarrollo, se compensa con el aumento genuino de actividad).

“Dejar que el libre juego de la oferta y la demanda defina los precios”

Como la competencia perfecta no existe en ninguna parte del mundo, es una falsedad que solo favorece a los poderosos. Además, recuérdese que en épocas de Martínez de Hoz, mientras que se liberaron todos los precios “para sincerar las variables de la economía” los salarios nominales se mantuvieron congelados, lo cual llevó al rápido empobrecimiento de todos los asalariados.

“Achicar el Estado es agrandar la Nación”

Fue otra de las muletillas impuestas en épocas de Martínez de Hoz. Los resultados están claramente a la vista. Los mejores niveles de vida de los argentinos se lograron en épocas de fuerte intervencionismo estatal. Este tema también se amplía en el ítem “El proceso de privatizaciones en la República Argentina ...” de este libro.

“La necesidad de practicar el estoicismo y aprender a aguantar el sufrimiento”

A diferencia de los países que soportaron penurias durante y después de largas guerras y en los cuales el sacrificio fue compartido pero sabiendo que el esfuerzo significaría un aporte a la solución, acá todo el esfuerzo se hace recaer en los desposeídos y en la marginal ex clase media; además que con el esquema neoliberal vigente la solución no llegará nunca, por lo que más que estoicismo para salir de la crisis se exige resignación permanente para acostumbrarse a la miseria, a la indignidad y a la semiesclavitud permanentes.

EL PROCESO DE PRIVATIZACIONES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA. EL PERÍODO DE RESTAURACIÓN DEL LIBERALISMO

Este es un tema de mucha importancia que ha sido uno de los ejes troncales de toda la política de desnacionalización, de desguace y de destrucción de la economía argentina.

Sin ninguna duda, las empresas del Estado eran “el bocado mayor” que los grupos de poder ultra conservadores de Argentina tenían reservado en la mira, y que “generosamente” compartieron con varias ramificaciones del gran poder financiero y mega empresarial del Primer Mundo.

Haciendo un poco de historia, es bueno recordar que ya en épocas de la llamada “década infame” (del '32 al '43) hubo sucesivas denuncias de groseros negociados en los ámbitos de la Legislatura nacional, de algunas Legislaturas provinciales, y en el Concejo Deliberante de Buenos Aires. Esos negociados, como una constante favorecieron a grupos monopólicos u oligopólicos extranjeros, preferentemente británicos.

Recordadas son las brillantes piezas oratorias del Dr. Lisandro De la Torre, tenaz defensor de los intereses nacionales en el Senado de la Nación. Una de sus denuncias tuvo pruebas tan concretas e irrefutables, que la alianza de los intereses extranjeros afectados (los frigoríficos británicos) con sus

socios nativos, pagó a un asesino a sueldo (a la sazón un policía) para matarlo a De la Torre en pleno recinto de sesiones del Senado. Y el intento de asesinar al verdadero patriota que era el político rosarino hubiese tenido éxito de no ser por el acto de arrojo extremo de su compañero de bancada y amigo, el Dr. Enzo Casiano Bordabehere, quien con su robusto cuerpo protegió al del diminuto pero fibroso y enérgico De la Torre, recibiendo los balazos asesinos.

La década infame fue también la época de los negociados en las concesiones de las empresas generadoras de electricidad, como la CHADE y la CIADE. (Compañía Hispano Argentina de Electricidad y Compañía Ítalo Argentina de Electricidad, respectivamente).

Fue también en el año 1935 cuando se firmó el llamado Pacto Roca-Runciman, el que entregó vastos sectores económicos argentinos al manejo discrecional de Gran Bretaña, a cambio de mantener las cuotas de exportaciones de carne vacuna argentina a aquel mercado (este tema se amplía por separado).

Concretadas las nacionalizaciones de los servicios públicos a partir de 1946, y habiendo sido constituidos al mismo tiempo numerosos entes creadores de tecnología nacional y empresas que apuntalaran el proceso de industrialización emprendido, la oposición política constituida por los sectores ultra conservadores se manifestó primeramente mediante los conocidos y solapados ataques a través de algunos medios de comunicación y de “sectores influyentes”.

Pero a partir de 1955, y durante cada Golpe de Estado cívico-militar de orientación liberal-conservador, fueron constantes los procedimientos tendientes a entorpecer, a cerrar o a complicar el funcionamiento de todo ese enorme conglomerado de empresas e instituciones estatales. Como una constante en esos períodos (e inclusive impuesto por el “*establishment*” como Ministro de Economía a un gobierno progresista e industrialista como el de Arturo Frondizi) surgía la prédica y el accionar antinacional de la cara visible más conocida del liberalismo en la Argentina, la del “capitán ingeniero” Álvaro Alsogaray.

Inicialmente, los sectores de poder tradicionales lograron disolver el Instituto Argentino de la Promoción del Intercambio (I.A.P.I.), cuyas funciones eran regular y nacionalizar el comercio exterior, evitando maniobras de sobrefacturación y de subfacturación. Además, cuidaba rigurosamente la calidad de las exportaciones argentinas, impidiendo las ventas de artículos de mala manufactura que perjudicaran la imagen de calidad argentina en el exterior. Pero tal vez lo más importante del I.A.P.I. era unificar en un solo vendedor la totalidad de la oferta de carne y granos de Argentina, evitándose que los grandes grupos empresarios transnacionales lograran presionar a los pequeños y medianos productores, los que en la desesperación por vender, habitualmente terminaban concretando operaciones a precios muy bajos, permitiendo a esos grupos la obtención de enormes sobreutilidades.

Ya poco antes del Golpe de 1976, en plena época de la disolución del poder real que se produjo a la muerte de Perón, determinados medios masivos de comunicación (como el semanario sensacionalista y “cholulo” de mayor tiraje en ese momento) acuñaron y difundieron la nefasta frase de “achicar el Estado es agrandar la Nación”.

Resultaba patético ver cómo esa frase llegó a calar hondo inclusive en personas de clase media-baja, las que objetivamente se vieron beneficiadas directamente en sus niveles de vida, en todo el período de fuerte intervencionismo estatal.

Y por supuesto que los sectores de clase media y media-alta, como los pequeños empresarios, adherían fervorosamente a los “postulados libre-empresistas” sin advertir que con ello cavaban la propia fosa de sus empresas, la mayoría de las cuales fueron estranguladas por las múltiples tenazas de achicamiento del mercado consumidor, altísima presión impositiva, políticas financieras recesivas, falta de créditos o tasas crediticias exorbitantemente altas, competencia desleal de grandes corporaciones internacionales, etc.

Es un hecho incontrastable, que al desprestigio en que se había sumido al accionar estatal y a las políticas de fuerte contenido social, contribuyeron en gran escala los evidentes abusos y el estado de corrupción del sindicalismo, así como la pesadez burocrática y los bolsones de corrupción enquistados en diversas áreas de las estructuras estatales.

Por si algún atisbo de resistencia hubiese podido surgir ante la crudeza, perversión y claro sentido antinacional y antisocial de las medidas implementadas rápida y sistemáticamente por Martínez de Hoz y sus “Chicago’s Boys” (como se llamaba a su equipo de colaboradores, en general economistas o abogados jóvenes y totalmente identificados con la doctrina monetarista o “Escuela de Chicago”), el estado de represión brindó el marco adecuado para ahogar toda protesta, que rápidamente podía ser tildada de “subversiva”.

Ello no implica desconocer la existencia de las crecientes actividades ideológicas y armadas, implementadas por diversas facciones cuyas ideologías abarcaban el amplio arco de la llamada “ultra derecha” como la Triple A de López Rega, pasando por el llamado “peronismo disidente” de Montoneros, a la denominada ultra izquierda, como el Ejército Revolucionario del Pueblo. Téngase presente que poco tiempo atrás habían tenido lugar los violentísimos enfrentamientos armados en la provincia de Tucumán, que eran el recuerdo fresco en el tiempo de los horrores que podrían sobrevenir.

En ese marco general, las medidas económicas impuestas por Martínez de Hoz no sufrieron prácticamente ninguna resistencia, para lo cual un aspecto muy importante previo fueron las “purgas ideológicas” que habían sufrido las Fuerzas Armadas, principalmente el Ejército, a partir de 1955 en forma ininterrumpida. Dichas purgas habían quitado prácticamente todos los vestigios de la Doctrina Nacionalista, con fuerte acento en los aspectos tecnológicos e industriales, que habían caracterizado precisamente a las Fuerzas Armadas desde fines de la década del '30 hasta el '55.

Y aunque a algunos analistas económicos “asépticos” el factor psicológico y los aspectos culturales puedan parecerles superfluos o sin importancia, lo real es que el verdadero proceso de “lavado de cerebro” practicado en vastos sectores de la dirigencia civil y militar argentina había hecho su efecto. De esa forma, todo el proceso de destrucción de la economía argentina fue no solo aceptado como “los costos necesarios e inevitables” que la Argentina “debía pagar” por “haber incurrido en el pecado de transgredir las normas económicas básicas” (la doctrina liberal), de la cual supuestamente “nunca debió apartarse”. Todos los mecanismos de colonización cultural aplicados soterradamente durante tantos años surgían ahora con toda crudeza, encontrando poderosos “justificadores intelectuales” en conocidos periodistas desde siempre afines al *establishment*, y con largas trayectorias antinacionales, como varios “periodistas exitosos”.

Es importante analizar separadamente y en su conjunto las medidas implementadas por Martínez de Hoz, las cuales produjeron un verdadero efecto de “*shock*” en todo el espectro económico y social argentino, con el explícito respaldo del *establishment* y con el claro beneplácito de las cúpulas militares de aquel momento, además de contar con todo el respaldo de los organismos crediticios transnacionales y las “opiniones técnicas favorables” de los grandes diarios de las naciones exportadoras de capital.

Esas medidas fueron:

- “Liberación” de todos los precios internos, suprimiendo todos los controles estatales o medidas para morigerar sus incrementos.
- Congelamiento de los salarios (obsérvese que la retribución a los trabajadores no mereció la misma “consideración” que los otros factores de la producción).
- Apertura inicial casi irrestricta de la economía. Al poco tiempo, los únicos sectores protegidos fueron los automóviles, whisky y cigarrillos. Pero desde 1980, después de intensas presiones de B. Neustadt y otros periodistas “influyentes”, la apertura llegó también a esos rubros.
- Inmediata cancelación de todas las líneas crediticias de los Bancos Oficiales para las financiaciones de exportaciones no tradicionales.
- Implementación del por entonces novedoso mecanismo de la indexación de los créditos y deudas bancarias. Esta medida, unida a un fuerte incremento en las tasas que se pactaron a partir del comienzo del período económico de la “reinstauración del liberalismo”, produjo un fortísimo encarecimiento de los créditos bancarios. Poco tiempo después, la financiación bancaria para las pequeñas y medianas empresas, así como para los particulares, desapareció del mercado argentino. Todo ello condujo al ahogo financiero de todo el sector productivo de capital nacional, excepto unas pocas empresas de muy grandes dimensiones, las cuales podían acceder a créditos externos.
- Desmesurado crecimiento de las especulaciones financieras, llegándose a pagar altísimas tasas por las colocaciones a plazos fijos. Esta medida condujo a la formación de una gigantesca “burbuja financiera especulativa”, la cual colapsó a comienzos de la década del '80, siendo el más claro indicador la quiebra fraudulenta del por entonces principal Banco privado nacional, el B.I.R. o Banco de Intercambio Regional. Es de destacar que el síndico de ese Banco al momento de la quiebra era el Dr. Mariano Grondona, uno de los más conspicuos voceros del sector conservador-liberal.

- Anulación de una serie de estímulos preexistentes para las actividades industriales, habiéndose mantenido casi exclusivamente algunas vinculadas con las leyes de promociones industriales de algunas provincias.
- Implementación de diversas medidas económicas, las cuales pretendían atacar las supuestas “causas” de la inflación, todas ellas desde la óptica liberal. Para ese enfoque, tanto los aumentos de sueldos como la supuesta “conducta desaprensiva de los empresarios argentinos”, como la “ineficiencia” vernácula, u otros factores similares serían los grandes culpables de la inflación. Pero lo real es que con salarios congelados y con severas presiones sobre los otros supuestos “culpables” de la inflación, el proceso inflacionario siguió descontrolado. Como “la doctrina” no admite la inflación estructural originada en un sector externo deficitario y por cuellos de botella de la producción agravados por la desinversión y por políticas monetarias restrictivas, no se atacó a las causas profundas de la recesión, sino tan solo a algunos de sus efectos secundarios; con los resultados previsibles: el proceso inflacionario siguió siendo muy alto.
- Al poco tiempo, y fundamentado en los falsos paradigmas de “necesidad de promover mayor competencia en el mercado interno”, y en “obligar a los empresarios argentinos a reducir sus costos”, se implementó la nefasta “tablita cambiaria”. Mediante ese curioso instrumento de política cambiaria se preanunciaba cuál sería la cotización del dólar con anticipación de algunos meses, con ajustes diarios. Lo notable del caso es que los ajustes mensuales acumulados eran, en promedio, de menos de la mitad de la inflación mensual esperable y la real acaecida en la larga vigencia de la “tablita”. Por ello, en un fenómeno que no siempre resultó bien comprendido, dentro de una política de devaluaciones constantes de nuestra moneda, se dio un proceso de revaluación real del poder adquisitivo del peso. Esto produjo una época de “plata dulce” artificial, la cual provocó una verdadera avalancha de importaciones de todo tipo y una masiva afluencia de turistas argentinos al extranjero. Como lógica contrapartida, resultó prácticamente imposible exportar nada que no fuesen materias primas, y el turismo extranjero a Argentina prácticamente desapareció.
- Con Martínez de Hoz comenzó el período de crecimiento descontrolado e incoherente de la deuda externa argentina. Es un indicador muy preciso comparar la deuda externa existente al comienzo del “proceso” (7.500 millones de U\$S), con la existente al fin del “proceso” (45.000 millones de U\$S). También resulta importante evaluar que las políticas de otorgamiento de créditos de los grandes Bancos de los países desarrollados y de los organismos crediticios internacionales (el B.M., el B.I.D., el F.M.I., etc.), sistemáticamente omitieron considerar lo peligroso y vulnerable que era el creciente endeudamiento externo en el cual iba sumiéndose Argentina. Y ese período de masivas colocaciones financieras en Argentina (tanto de capitales “golondrinas” como de los créditos mencionados) fue coincidente con la época en que los capitales de los grandes exportadores de petróleo eran colocados masivamente en las grandes plazas financieras mundiales. O sea: esos mega entes financieros tenían imperiosa necesidad de colocar sus excedentes financieros, y por cierto que los prestaron a tasas mucho más altas al 3º Mundo que a sus propios mercados de los países industrializados.
- Pero un hecho relativamente poco conocido, es que una de las exigencias de estos entes crediticios privados y transnacionales era garantizar esos créditos con los patrimonios de las empresas del Estado argentino. Ese mecanismo fue perverso, pues hizo asumir a esas empresas fuertes deudas pero los créditos en realidad no eran manejados por dichas empresas, pues eran simples intermediarias entre los Bancos extranjeros y el Ministerio de Economía de La Nación, que disponía de los créditos. Pero los pasivos -y sus fuertes “servicios de la deuda”- (eufemismo que significa intereses financieros) fueron incluidos como pesada carga en los pasivos de las empresas estatales. De esa forma, al poco tiempo, todas las Empresas del Estado comenzaron a mostrar balances negativos. Pero si esos balances eran analizados con mayor detenimiento, podía constatarse que en casi todos los casos las pérdidas eran de origen financiero, siendo sus resultados operativos positivos. Téngase presente que como medidas adicionales, en muchos casos los Directores de las Empresas del Estado, prácticamente a partir de 1976 en adelante, eran personas vinculadas de uno u otro modo con las empresas privadas y extranjeras competidoras de las propias Empresas del Estado. Y en todos los casos, eran personas claramente hostiles a la filosofía estatista (como el caso de los Alsogaray), por lo que no eran precisamente entusiastas

defensores de las empresas de propiedad del Estado argentino. Sáquense las conclusiones debidas.

Es importante destacar que los aspectos esenciales de las políticas sociales y económicas impuestas por la dupla Videla-Martínez de Hoz nunca fueron cambiados (hasta el momento de escribirse este libro), más allá de reformas de tipo “cosmético”, que mostraban supuestos cambios sin que variaran los aspectos básicos.

El “broche final” de ese proceso tuvo lugar bajo el accionar de la dupla Menem-Cavallo, en cuya gestión se “privatizaron” o se disolvieron casi todas las empresas y entes estatales. *Lo de la “privatización” es todo un eufemismo, pues en varios casos, las empresas adquirentes o concesionarias resultaron ser empresas y entes estatales de varios países europeos. Por ello, más que de “privatizaciones” corresponde definirlos como lisas y llanas extranjerizaciones.*

Las consecuencias de esa brutal batería de políticas sociales y económicas claramente recesivas, antinacionales y antiindustrialistas, fueron las previsibles.

- Drástica redistribución negativa de los ingresos, concentrándose masivamente en el segmento de clase media alta y alta, con un nivel de desigualdad que es propio de economías subdesarrolladas y virtualmente destrozadas o estancadas, en lugar de la estructura acentuadamente igualitaria que existió -con altibajos- en el período 1943-1976.
- Destrucción de áreas enteras del Sector Industrial, como el de las maquinarias viales, productos electrónicos, aparatología de alta complejidad (de uso mecánico, electromecánico, etc.), juguetería, y otros.
- Aumento muy acentuado de las importaciones de todo tipo, incluyendo a rubros suntuarios, artículos de consumo masivo absolutamente prescindibles, e inclusive basura; como los casos de importaciones de neumáticos usados, ya al límite de su vida útil.
- Achicamiento de otras áreas industriales, a niveles ínfimos en relación con los anteriores (como la automotriz, que de la fabricación integral pasó a la simple armadura de insumos casi totalmente importados; la fabricación de camiones, que apenas subsiste; las máquinas herramientas; las máquinas especializadas -como las de perforación petrolera-, etc.).
- Transformación de la estructura de las exportaciones argentinas, volviéndose al esquema “tradicional” de simple proveedor de materias primas, casi sin excepciones.
- Aumento exponencial de la desocupación, en función de las destrucciones de trabajos genuinos, sobre todo en el Sector Industrial y Tecnológico, lo cual destruyó el efecto multiplicador positivo que es típico de esas actividades.
- Éxodo masivo de población, sobre todo de los segmentos calificados técnica y profesionalmente.
- Caída abrupta en los niveles de calidad de la educación pública, la salud pública y la seguridad pública.
- Hambruna endémica en vastos sectores de la población, con reiterados y sucesivos casos de muertes de niños y ancianos por desnutrición y falta de medicamentos e insumos en los hospitales.
- Aumento constante y en crecimiento geométrico, de la cantidad de niños y adultos sin techo, que sobreviven en las calles en condiciones infrahumanas.

En la Argentina, la totalidad de los ministros de economía del *establishment*, los denominados “economistas exitosos” o de renombre, y los “comunicadores sociales exitosos” (periodistas con acceso a programas televisivos en horarios centrales, o con columnas destacadas en los diarios de gran tirada afines “al modelo” liberal y neoliberal) son por supuesto explícitos adherentes a estas ideas.

Esos pseudo-intelectuales, que conformaron lo que nuestro profundo analista de la realidad nacional, el Dr. Arturo Jauretche llamó despectivamente “la *intelligentzia*”, se caracterizaron por ser meros recopiladores de frases y conceptos acuñados en otras latitudes y en otras realidades, pero habitualmente incapaces de “embarrarse los zapatos” para conocer “in situ” la realidad nacional.

En La Argentina, los liberales siempre prefirieron ajustar al país dentro del modelo, en vez de crear un modelo económico a la medida del país.

EVOLUCIÓN DE LA DEUDA EXTERNA ARGENTINA

El tema de la deuda externa es uno de los factores esenciales para analizar la evolución y la situación actual de la Economía argentina.

En tal sentido, y a modo de breve síntesis, se analiza su evolución, sus relaciones con las sucesivas presidencias y otros hechos vinculados.

En 1822, durante la nociva y apátrida gestión de Bernardino Rivadavia, se solicitó el primer empréstito con la Banca Baring Brothers de Londres, por un total de un millón de libras esterlinas.

La finalidad de ese préstamo -que por entonces representaba una cifra considerable- era construir el puerto de Buenos Aires, instalar un sistema de aguas corrientes y de desagües en la ciudad de Buenos Aires, y construir tres nuevos pueblos en la costa hacia el sur de esa ciudad.

Esa operación financiera se cerró en 1824, acordándose un interés del 6% anual. Del monto total se detrajeron 100.000 libras esterlinas en concepto de comisión para los tres intermediarios que intervinieron en la operación. Eran tres comerciantes radicados en Buenos Aires, un criollo llamado Félix Castro, y dos británicos de nombres John y Gibson Parish Robertson.

Pero además, la entidad otorgante del préstamo descontó su propia comisión y dos cuotas anuales con sus respectivos intereses, con lo cual la suma neta disponible para el gobierno de Buenos Aires se redujo a 560.000 libras esterlinas. Completando el cuadro de situación, el remanente neto del préstamo fue girado en remesas escalonadas, enviadas no en efectivo sino en simples letras de cambio. Estos documentos debían ser entregados a los comerciantes británicos radicados en Buenos Aires para hacerlos efectivo. Esas letras de cambio volvían a Gran Bretaña en pago de importaciones de manufacturas. Todo eso significa que el incipiente Estado argentino (o más bien porteño), contrajo una enorme deuda, pero no recibió ni oro ni divisas, y tampoco realizó ninguna de las obras públicas previstas al tomarse la deuda.

Pocos años después, al asumir el gobierno Juan Manuel de Rosas, los pagos se interrumpieron tanto por las dificultades financieras existentes como por los conflictos políticos y bélicos suscitados entre la Confederación Argentina y Gran Bretaña.

Después de dilatadas gestiones entre el gobierno de la Confederación -a cargo de Rosas- y los banqueros británicos, la deuda siguió impaga, y continuó creciendo durante los gobiernos posteriores, aún después de la Batalla de Pavón y la reunificación de la provincia de Buenos Aires a la Confederación, incluyéndose en la misma morosidad a las presidencias de Mitre (1862-1868) y Sarmiento (1868-1874). Pero paralelamente se contrajeron nuevas deudas, las que financiaban las enormes inversiones que la Argentina iba realizando, sobre todo en infraestructura.

El Presidente Nicolás Avellaneda (1874-1880) expresó su decisión de abonar todo el empréstito, pronunciando la famosa frase “pagaré sobre el hambre y la sed de los argentinos”. Esa política de dura austeridad, que implicó fuertes recortes en las partidas públicas, rebajas de los sueldos de los empleados públicos y despidos de buena parte del personal del Estado, provocó una ola de manifestaciones de oposición, tanto a nivel popular como en los medios de prensa y en la Legislatura Nacional. Sin embargo, la deuda no pudo cancelarse.

Lo sucedió en la presidencia Julio Argentino Roca (1880-1886) en su primer período.

Miguel Juárez Celman -concuñado de Roca- fue presidente entre 1886 y 1890, renunciando a consecuencia de la revolución que estalló en 1890 dirigida por Leandro N. Alem, sucediéndolo su vicepresidente Carlos Pellegrini, quien gobernó hasta 1892.

En 1890 La Argentina cayó en cesación de pagos, siendo la primera gran crisis financiera desde la reorganización nacional después de Caseros y Pavón. El presidente era Carlos Pellegrini, quien había asumido la primera magistratura ante el fallecimiento del presidente electo.

Uno de los actos de gobierno de Pellegrini fue hacer estudiar prolijamente los antecedentes de la deuda externa argentina, separando la deuda legítima de la ilegítima. Además creó el Banco de la Nación Argentina.

El siguiente presidente fue Luis Sáenz Peña, quien asumió el cargo con 70 años de edad. A los tres años de ejercicio de la primera magistratura, en 1895, se vio obligado a renunciar, a consecuencia de una revolución que había estallado en buena parte del territorio nacional. Fue reemplazado por su vicepresidente José Evaristo Urriburu, quien completó el mandato en 1898.

Desde 1898 a 1904 Julio Argentino Roca ejerció su segundo mandato presidencial, y recién en 1904 pudo cancelarse el empréstito de la Baring Brothers, 80 años después de haber sido tomado, pagándose una suma ocho veces superior a la del crédito original.

Los avatares políticos y económicos mundiales desde comienzos del siglo XX no incentivaron los movimientos internacionales de capitales en forma de nuevos empréstitos. Esa situación se mantuvo sin mayores modificaciones hasta mediados de la década de '70, con muy pocas excepciones poco significativas en el entorno de Latinoamérica. La Alianza para el Progreso fue una de las pocas excepciones a esa baja incidencia de los créditos externos en América Latina.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la Argentina era una nación acreedora, sobre todo de la Gran Bretaña. Pero como el decadente imperio decretó la inconvertibilidad de la libra esterlina, nuestro país no pudo cobrar la deuda en divisas convertibles ni en oro. También se retaceó la posibilidad de adquirir plantas industriales de moderna tecnología y máquinas herramientas. Por ello, Argentina se cobró la deuda nacionalizando los ferrocarriles y adquiriendo abundante material de rezago de la guerra, tanto de uso civil como militar.

A excepción de un crédito muy reducido al fin de la década peronista '45-'55, prácticamente no hubo ningún ingreso de capital a largo plazo en la República Argentina, y eso seguramente tuvo correlación con las sucesivas trabas interpuestas por las potencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial, para dificultar la industrialización de la Argentina, entre otras políticas agresivas hacia el giro nacionalista que se había impuesto en la conducción política nacional.

Algunos movimientos de capitales de relativa importancia se verificaron en el marco de la Alianza para el Progreso, que fue impulsada por la Administración Kennedy, lo cual se truncó prontamente a consecuencia del magnicidio acaecido en 1963.

Desde 1966, la evolución de la deuda es la señalada en el cuadro siguiente.

EVOLUCIÓN DE LA DEUDA EXTERNA ARGENTINA DESDE 1966					
Año	Presidente	Partido gobernante	Monto de deuda externa	% de increm. del período	Observaciones
1966	Onganía	De facto (Revolución Argentina)	3.276	46%	
1967			3.240		
1968			3.395		
1969			3.970		
1970			4.765		
1971			4.800		
1972	Lanusse		4.800		
1973	Cámpora/Perón	Peronista	4.890	62%	A fines de 1975 cada argentino debía U\$S 320.- en concepto de deuda externa
1974	Martínez de Perón		5.000		
1975	Perón		7.800		
1976	Videla	De facto (Proceso)	9.700	364%	Coincidió con la era de los petrodólares. Inicialmente a bajas tasas y fáciles accesos. En 1980 se encareció el crédito y Argentina no estaba capacitada para pagar pues no se había invertido para inducir al desarrollo sino al revés. En 1983 cada argentino debía al exterior U\$S 1,500.-
1977			11.700		
1978			13.600		
1979			19.000		
1980			27.200		
1981			35.700		
1982	Galtieri		43.600		
1983	Bignone		45.100		
1984	Alfonsín	Unión Cívica Radical	46.200	44%	Se manifestó la intención de tender a la solución de la economía y la deuda externa. Se implementó el Plan Austral pero los resultados fueron escasos. Se frenó el desarrollo tecnológico nacional mediante políticas negativas.
1985			49.300		
1986			52.500		
1987			58.500		
1988			58.700		
1989			65.300		
1990			62.200		Se malvendieron o se concesionaron en forma leonina en contra del interés
1991		Justicialista	61.334		

1992	Menem		62.586	123%	nacional casi todas las empresas estatales y servicios públicos. Cavallo se incautó de fondos de pequeños ahorristas para sanear déficits públicos. Además "nacionalizó" las deudas de grandes grupos empresarios privados que lo respaldaron en el cargo. Época de vergonzosos negociados y peculados.
1993		72.209			
1994	seudo peronista	85.656			
1995		98.547			
1996		109.756			
1997		124.832			
1998		140.884			
1999		146.210			
2000	De La Rúa	U.C.R.	147.667		
2001			<i>Sin datos</i>	9%	Siguió la corrupción, en medio de una inoperancia gubernativa total. 3,200 p/c
2002	Duhalde	Justicialista	<i>Sin datos</i>		Detuvo la inflación. Evitó el caos total.
2003			178.795		En ejercicio al momento de escribirse.
2004	Kirchner	Justicialista			La economía crece pero las medidas de fondo no se definen al comienzo del año 2004.
2005					
2006					
2007					

Salvedad importante: excepto datos disponibles en Internet de diversas fuentes, en los organismos específicos (B.C.R.A. - Ministerio de Economía de la Nación) no es fácil ni directo recabar este tipo de datos de importancia crucial para la Economía Argentina, existiendo en cambio multiplicidad de indicadores de tipo financiero (en la página web del B.C.R.A.), útiles para operadores o analistas financieros, pero indicadores de corte netamente económicos no están a fácil acceso, salvo error u omisión involuntario de quien escribe este libro.

DEUDA EXTERNA ESTIMADA A DICIEMBRE 2003

(millones de Dólares)

Deuda que se está pagando	84.493
Organismos Internacionales	30.792
BODEN	22.580
Préstamos con Garantías Nacionales	15.588
Bonos con Garantías Provinciales	10.200
Otros	5.333
Deuda a reestructurar	94.302
Organismos Oficiales	5.217
Bonos(deuda incluida en la propuesta)	87.050
Banca Comercial y otros	2.035
DEUDA TOTAL ESTIMADA	178.795

Fuente : Clarín 11 de octubre 2003, página 4, cita Ministerio de Economía

CONCLUSIONES

Con toda la simplicidad posible y con la brevedad que un tema enciclopédico como el acometido en este libro puede permitir, se ha intentado reflejar, exponer y fundamentar los diferentes matices y consideraciones que están relacionados con las Doctrinas Económicas, y sus directas vinculaciones con la Historia Económica y la Política Económica, además de sus nexos con la Historia Mundial.

De alguna forma se quiso presentar libre de toda postura “aséptica” (léase falta de compromiso) pero a la vez con sólidos fundamentos, que las Doctrinas Económicas son un claro y muy importante instrumento de la Política, sea esta desarrollada por los Estados Nacionales (tal como estuvo plenamente vigente hasta comienzos del siglo XX) y por los grandes conglomerados empresarios y financieros, como se comenzó a perfilar desde fines de la Primera Guerra Mundial y se acentuó en las dos últimas décadas del mismo siglo XX.

En ninguna parte de este libro se oculta el Pensamiento Nacional que guió su concreción, conciente que a nuestra querida y amenazada República Argentina le falta precisamente una Concepción Nacional que genere precisas Políticas de Estado conducentes a concretar La Gran Nación que podemos y debemos ser.

Pero queda muy en claro que ese proceso inconcluso no será fácil, aunque tampoco es imposible ni mucho menos. El primer paso es precisamente reconocer la situación actual, partiendo del conocimiento de los antecedentes históricos, y evaluando las perspectivas futuras, entrando en análisis de futurología básicos, que no por modestos dejan de ser válidos como ejercicio de prospectiva.

Se reafirma que esta obra está básicamente destinada a estudiantes universitarios de Doctrinas Económicas, Historia Económica y materias afines. Pero también se orienta a personas que intentan conocer algo más de estos temas tan vinculados con todos los aspectos económicos, políticos y sociales; y también pretende brindar elementos de análisis enfocados desde una clara perspectiva nacional argentina.

Dado que los enfoques parcializados y las presentaciones esquematizadas y desvinculadas del contexto general, de la Historia y las Doctrinas Económicas, son afines y funcionales con los esquemas que tienden o al menos favorecen los paradigmas vigentes y emanados del *establishment*, en esta obra se ha intentado establecer algunos conceptos básicos que sirvan como nexos de análisis entre los enfoques puramente economicistas, con las necesarias pautas históricas, enmarcado todo ello dentro de las respectivas y cambiantes condiciones políticas nacionales, regionales y mundiales; y a la vez, vinculado con las realidades geopolíticas cuyas influencias son directas e innegables en el complejo tablero del poder mundial, del cual las doctrinas económicas son sutiles pero muy poderosas herramientas de sometimiento o de liberación, de estancamiento crónico e insalvable, o de poderoso desarrollo autoinducido.

Determinados temas han sido tratados en más de un Capítulo, tanto por la importancia relativa que se le asignan, así como por las imbricaciones de toda esta temática tan amplia y tan abarcativa de la realidad humana.

A la vez, el análisis de determinados temas habitualmente no incluidos en los Tratados tradicionales de Historia y de Doctrinas Económicas, o usualmente solo mencionados en forma tangencial, ha permitido desmitificar y destruir varios falsos paradigmas machaconamente mencionados desde las usinas de comunicación al servicio del neoliberalismo salvaje y de la consecuente globalización a ultranza.

Dentro de ellos cabe mencionar la supuesta “ausencia de conflictos bélicos” que se afirmó que es intrínseca a un mundo “en camino a la total globalización”, como sería el caso de las últimas dos a tres décadas. Ello solo echa por tierra las tergiversadas y mendaces “fundamentaciones” de ausencia de hipótesis de conflictos, que llevaron a la virtual desintegración de las Fuerzas Armadas de Argentina, que en los hechos nos dejaron en un estado de virtual indefensión ante cualquier tipo de agresión que pueda sufrirse.

Y esas agresiones en muchos casos se pueden plantear aparentemente como internas, aunque en la realidad son por lo general operadas o fogueadas desde afuera, como sucede con las prédicas ultraecologistas, que de facto tienden a favorecer las “internacionalizaciones” de extensos territorios de un modo u otro codiciados por sus riquezas naturales, como son los casos de La Patagonia, las llamadas “Yungas” del Noroeste Argentino, los Esteros del Iberá, las áreas protegidas de la provincia de Misiones, y La Amazonia.

También puede advertirse la falsedad del paradigma del “fin de La Historia”, pues supuestamente la arrolladora fuerza de la globalización habría detenido todas las otras transformaciones históricas y dejado totalmente inoperables a todos los otros esquemas de poder, lo cual se advierte que es falso pues muchas variables “se están saliendo de cauce”, de las previsiones rígidamente globalizadoras.

Por otra parte, en esta obra pueden advertirse las numerosas falacias y distorsiones en las que se fundamenta “filosóficamente” el liberalismo y su nueva versión “modernizada”, el neoliberalismo. También puede verificarse que diversas filosofías político-económicas supuestamente ubicadas en las antípodas del liberalismo y del neoliberalismo, en los hechos son la contracara de la misma moneda, y son perfectamente afines al funcionamiento de las instituciones económicas liberales y son funcionales a su permanencia indefinida y renovada; entendido todo ello como parte del esquema de poder mundial que divide al mundo entre unas pocas naciones opulentas, y la enorme mayoría de naciones pobres sin aparente solución.

En síntesis, este es un libro que aporta datos, que abunda en reflexiones fundamentadas pero sin duda polémicas, y que invita al lector y al estudiante a seguir profundizando por su cuenta en toda esta compleja y muy apasionante temática, no cayendo en las supuestas “verdades institucionales” y en pensamientos dogmáticos, que tanto daño hacen a países como la República Argentina y las hermanas naciones de Iberoamérica, dotados de tan formidables potencialidades, pero siempre atados a esquemas político-económicos de intrínseca perversidad, que nos impiden precisamente desarrollar plenamente nuestras enormes potencialidades.

Si esta modesta obra sirve para hacer reflexionar a los lectores, contribuyendo a sacudir las telarañas mentales que todo el aparataje de sometimiento cultural nos inculca día a día; y si de ese modo invita a realizar análisis basados en la realidad y en el sentido común, evaluado todo desde una óptica clara y orgullosamente argentina e iberoamericana, habrá cumplido sus objetivos.

Siendo una verdad bíblica que la palabra (el verbo) expresada con convicción y con veracidad posee una enorme fuerza potencial, capaz de inducir a la acción que a su vez conduzca a los cambios necesarios para poder cristalizarse en hechos concretos la sumatoria de ideales que han motivado estas investigaciones y reflexiones, queda la esperanza y el firme convencimiento que todos y cada uno de los lectores en los que laten con fuerza los sentimientos nacionales, podrán sumar sus esfuerzos para construir la Gran Nación que podemos y debemos ser.

BIBLIOGRAFÍA

- RAPOPORT, Mario y col. –*Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)* – Ediciones Macchi.
- LAJUGIE, Joseph –*Los sistemas económicos* – Cuadernos de EUDEBA N° 22 – Ed. 1969.
- PODESTÁ, Ricardo Augusto –*Economía Política y economía argentina* – Editorial Idearium – Mendoza – Ed. 1992.
- DIAMAND, Marcelo –*Doctrinas económicas, desarrollo e independencia* – Paidós – Ed. 1973.
- RANDALL, Laura –*Historia Económica de la Argentina en el siglo XX* – Amorrortu.
- VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín –*Historia Económica Mundial* – De los orígenes a la Revolución Industrial – Ediciones Rialp S.A.
- ITURRIOZ, Eulogio –*Manual de Economía Política* – Ed. Macchi – 1982.
- HAGUE, Stonier –*Manual de Teoría Económica* – Ed. Aguilar – 1969.
- LIST, Federico –*Sistema Nacional de Economía Política* – Fondo de Cultura Económica – Ed. 1941.
- Historia Universal Ilustrada – Tomos I a IV - Ed. Bach S.R.L. – 1980.
- Enciclopedia Temática Océano – Tomo 4.
- HEILBRONER, Robert L. –*Vida y Doctrina de los Grandes Economistas* – Ed. Aguilar – Edición 1972.
- DILLARD, Dudley –*La Teoría Económica de John Maynard Keynes* – Ed. Aguilar – Edición 1971.
- FERRER, Aldo –*La Economía Argentina* – Fondo de Cultura Económica – Edición 1993.
- FERRER, Aldo –*Crisis y alternativas de la política económica argentina* – Fondo de Cultura Económica.
- LASCANO, Marcelo Ramón –*Crisis de la política económica argentina* – Editorial Astrea. Edición 1978.
- ROTH, Roberto –*Los mecanismos del despojo* – El Cid Editor. Edición 1982.
- BEVERAGGI ALLENDE, Walter –*Manual de Economía Política* – Ediciones Macchi – Edición 1986.
- Economía Política y Argentina* – Editorial Manuel Belgrano. Edición 1972.
- CONESA, Eduardo –*Que pasa en la economía argentina* – Ediciones Macchi. Edición de mayo de 2000.
- Economía argentina. Bases y puntos de partida para su recuperación* – Ediciones Macchi.
- PIERRE; PROUDHON, Joseph –*¿Qué es la propiedad?* – Hyspamérica – Edición 1984.
- GODIO, Julio –*Los orígenes del movimiento obrero* – Biblioteca fundamental del hombre moderno. Centro Editor de América Latina.
- MALATESTA, Enrico –*Pensamiento y acción revolucionarios* – Proyección, Buenos Aires. Edición 1974.
- BULZOMI, Gabriel Antonio –*Manual de Historia Económica* – Ediciones Macchi – Edición 1973.
- SPIEGEL, Henry W. –*El desarrollo del pensamiento económico* – Omega.
- GUICHONNET, Paul –*Mussolini y el fascismo* – Oikos-Tau.
- CURIA, Eduardo Luis –*El crecimiento como práctica* – Editorial Tesis.

- MAUROIS, André – *Historia de Alemania* – Hachette.
- COLLOTTI, Enzo – *La Alemania Nazi* – Hyspamérica.
- Diario “La Calle” – 24 de abril de 2003 – Págs. 16 y 17.
- Revista “Todo es Historia” N° 78.
- Revista “Todo es Historia” N° 124.
- Revista “Todo es Historia” N° 131.
- Revista “Todo es Historia” N° 358.
- KENNETH GALBRAITH, John – *Desarrollo Económico* – Editorial Ariel.
- JAURETCHE, Arturo – *Manual de Zonceras Argentinas* – Peña Lillo Editor.
– *Política y Economía* – A. Peña Lillo Editor S.A.
– “*De memoria*”, *Pantalones Cortos* – A. Peña Lillo Editor S.R.L.
– *El Medio Pelo en la Sociedad Argentina* – A. Peña Lillo Editor.
– *Los profetas del odio y la yapa* – La colonización pedagógica. A. Peña Lillo Editor.
– *Prosa de Hacha y Tiza*.
– *Mano a mano entre nosotros* – Juárez Editor.
- GALAZZO, Norberto – *La búsqueda de la Identidad Nacional en Jorge Luis Borges y Raúl Scalabrini Ortiz* – Homo Sapiens Ediciones.
– *Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa* – Ediciones del Pensamiento Nacional.
- PEREYRA, Horacio J. – *Arturo Jauretche y el bloque de poder* – Biblioteca Política Argentina – N° 247.
- ROSA, José María – *Historia Argentina* – Tomo 2.
- SONEGO, Víctor M. – *Las dos Argentinas. Pistas para una lectura crítica de nuestra historia* – Tomos I y II – Ediciones Don Bosco Argentina.
- SALBUCHI, Adrián – *El cerebro del mundo* – Ediciones del Copista.
- SCANNONE; ERRAMOUSPE y otros – *Argentina: alternativas frente a la globalización. Pensamiento social de la Iglesia en el umbral del tercer milenio* – Fondo de Cultura Económica.
- ZINDER, Hermann – *Atlas histórico mundial* – Tomo I y Tomo II – Werner Hilgemann.
- Diario ABC Color – Asunción – Paraguay – 04/09/01 – Suplemento Especial N° 28
- CAVARNOS, Constantine – *Cultural and educational continuity of Greece* – The Institute for Byzantine and Modern Greek Studies, Inc. – Con prólogo del Dr. Saúl A. Tovar, y redactado en base a una conferencia de este intelectual misionero.
- MARINI, José Felipe – *El conocimiento geopolítico* – Círculo Militar de Argentina.
- Revista “Estrategia” N° 19/20 – Director Juan Enrique Guglielmelli.
- ÑIGO CARRERA, Héctor J. – *Memorial de La Patria* – Tomo 2 – La experiencia radical 1916-1922. – Director Félix Luna – Ediciones La Bastilla.
- BOUILLY, Víctor – *Memorial de La Patria* – El interregno de los lomonegros – Director Félix Luna – Ediciones La Bastilla.
- Autores varios – *Historia Integral Argentina* – Tomo 6 – “La clase media al poder” — Centro Editor de América Latina.

- Autores varios – *Historia Integral Argentina* – Tomo 7 – “El sistema en crisis” – Centro Editor de América Latina.
- BOTANA, Natalio R. – *El orden conservador – La política argentina entre 1880 Y 1916* – Editorial Sudamericana.
- STIGLITZ, Joseph – *Los felices 90 – La semilla de la destrucción – La Década más próspera de la historia como causa de la crisis económica actual* – Editorial Taurus.
- CAMPANARIO, Sebastián – *La economía de los zombies* – Philip Mirowski - Diario Clarín – 9/11/03 – Suplemento Económico - Pág. 5
- MUCHNIK, Daniel – *De la furia a la resignación – Economía y política entre 1973 y 1998 – Argentina modelo* – Editorial Manantial.
- MONTENEGRO, Carlos
ROJO, Luis Angel – *Las inversiones extranjeras en América Latina* – Editorial Coyoacán.
– *Keynes y el pensamiento macroeconómico actual* – Biblioteca Tecnos de Ciencias Económicas.
- PUIGGRÓS, Rodolfo
JUSTO, Liborio – *De la colonia a la revolución* – Ediciones Cepe.
– *Nuestra Patria vasalla – Historia del coloniaje argentino – De los Borbones a Baring Brothers – Mayo y antimayo* – Tomo 1 – Editorial Schapire.
- MIGNONE, Emilio F.
LUNA, Félix – *Estudio de la realidad social argentina* – Ediciones Coliseo.
– *Argentina de Perón a Lanusse – 1943/1973* – Biblioteca Universal Planeta.
- VIÑAS, David – *Lisandro* – Editorial Merlín.
- LARRA, Raúl – *Lisandro De la Torre* – Colihue – Grandes Biografías.
- PARODI, Daniel – *Ensayo sobre la economía y la política* – Editorial Albatros.
Historia visual de La Argentina – Enciclopedia Clarín.
- LANGE, Oskar – *Problemas de economía política del socialismo* – Fondo de Cultura Económica.
- PERÓN, Juan Domingo – *La Hora de los Pueblos* – Ediciones Argentinas.
- KOZULJ, Roberto; BRAVO, Víctor – *La Política de desregulación petrolera argentina* – Antecedentes e impactos – Centro Editor de América Latina.
- Gral. de Div. MOSCONI, Enrique – *El petróleo argentino 1922/1930* – Círculo Militar – Vol. N° 713.
- GEORGE, Henry – *El credo del Georgismo – Compendio de “La condición del trabajo” – Carta abierta de Henry George al Papa León XIII – Liga Española para el Impuesto Único* - Zambrano Hermanos Impresores (Málaga. España).
- Revista “Visión” – 1 al 15 de abril de 1998.
- WASKIEWICZ, Silvia Andrea – *La masacre de Oberá, 1936* – Editorial Universitaria de Misiones.
- PETRAS – COOK – PUIG – CARELLA – MONETA – PÉREZ LLANA – *Política de Poder en América Latina* – Pleamar editora.
- BRODER – GUSSONI – ROTBLAT – RUDOY – SPINELLI – *Desarrollo y estancamiento en el proceso económico argentino* – Ediciones La Bastilla.
- Antecedentes diversos obtenidos en Internet.